

# Eifelheim



MICHAEL  
FLYNN

Robert A. Heinlein Award 2003

«Un magistral logro sobre un complejo panorama de la vida medieval, repleto de fascinantes personajes cuyos destinos se interconectan con profunda ironía.»

— *Publishers Weekly*

Lectulandia

En 1348, cuando la Peste Negra asola Europa, una nave extraterrestre realiza un aterrizaje forzoso en un pequeño pueblo de la Selva Negra alemana. El padre Dietrich, el cura del pueblo, establece contacto con los extraños e intenta ayudarles a encontrar y elaborar el hilo de cobre que resulta imprescindible para reparar su nave espacial. También convierte a algunos de esos extraterrestres al cristianismo...

Mientras, en la actualidad, un investigador analiza la sorprendente desaparición de ese pueblo medieval, pese a que la zona reunía todas las condiciones para que si una población resultaba destruida, se reconstruyera en ese mismo lugar. Pero el recuerdo de antiguos «contactos con el diablo» y sus terribles consecuencias parecen ser más fuertes y actuar como un efectivo tabú que impide la reconstrucción de esa población medieval....

**Lectulandia**

Michael F. Flynn

**Eifelheim**

ePub r1.0

Pesas5802 11.12.16

Título original: *Eifelheim*  
Michael F. Flynn, 2008  
Traducción: Rafael Marín Trechera

Editor digital: Pesas5802  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

## Del Editor

Los lectores asiduos de NOVA ya saben que Michael Flynn es uno de mis nuevos autores preferidos. Su primera novela, *EN EL PAÍS DE LOS CIEGOS* (1990), alcanzó un gran éxito y obtuvo los premios LOCUS y Compton Crook a la mejor primera novela del año, además del Prometheus. La obra, ambientada en el siglo XIX, presenta una sociedad secreta de matemáticos que construye realmente el ordenador diseñado por Charles Babbage y, con la ayuda de la cliología (la ciencia estadística de la historia), controla en cierta forma el devenir de la historia humana.

Tras el éxito de *EN EL PAÍS DE LOS CIEGOS*, reeditada en 2000, la gran fama que hoy tiene Flynn entre los lectores de ciencia ficción de todo el mundo se cimenta, sobre todo, en una magna obra del más espectacular estilo heinleniano: la serie iniciada con *FIRESTAR* (1996) y que incluye ya tres títulos más: *ROGUE STAR* (1998), *LODESTAR* (1998) y *FALLING STARS* (2001). Se trata de una magna y épica saga del futuro cercano, una nueva «historia del futuro» al estilo de Heinlein.

Para un editor como yo y una colección como NOVA, el problema con esta serie de Flynn es la monumental extensión del primer libro de la serie: casi mil páginas que, evidentemente, habrán de aumentar en la traducción al español.

Por eso me he decidido por mostrarles antes la riqueza narrativa de Michael Flynn en otras obras suyas, siempre destacables y merecedoras de atención.

Hace poco fue con esa sorpresa que era *EL NAUFRAGIO DE EL RÍO DE LAS ESTRELLAS* (2003), una maravillosa, interesante y emotiva aventura de la más clásica *space opera* contada de una nueva manera.

Una sorprendente novela de ciencia ficción *hard* basada no tanto en la tecnología como en los personajes y sus complejas interacciones.

A la *space opera* clásica le era imprescindible una operación de cambio y remozado, algo parecido a lo que, por ejemplo, hizo *Sin perdón* por el western hace poco más de una década: mantener el tradicional interés por el aspecto aventurero pero, sobre todo, hacer descansar el valor de una obra en el tratamiento que se da a sus personajes. La vieja historia de los «perdedores» ha dado siempre mucho juego en la narrativa tradicional, y el western crepuscular no iba a ser una excepción. La *space opera* tampoco lo va a ser como demuestra brillantemente *EL NAUFRAGIO DE EL RÍO DE LAS ESTRELLAS*.

Mientras decidía si finalmente me atrevía o no con la edición en español de *FIRESTAR* (1996), Flynn publicó otra novela, precisamente esta *EIFELHEIM* (2006) que ahora les presento. Y no voy a comentarla yo, aunque podría hacerlo.

Me limitaré (y sin que sirva de precedente) a citar aquí lo que dijo de *EIFELHEIM* un gran conocedor como Orson Scott Card. Su admiración por esta última novela de Flynn viene avalada por su propio saber hacer narrativo y por su fundada experiencia de la dificultad que entraña lograr un acierto tan brillante como

el de *EIFELHEIM*.

Ya en marzo de 2006, antes de que la novela llegara a las librerías, en esa página web en la que comenta todo tipo de obras (novelas, películas, obras de teatro, ensayos y todo lo que se tercié...), mi amigo Scott decía lo siguiente:

«*EIFELHEIM*, de Michael E Flynn, puede llegar a ser la mejor novela de ciencia ficción de este año. Desafortunadamente, todavía no podéis comprarla, ya que la he leído en una copia de prueba enviada por el editor. Pero con el tiempo he descubierto que sí no escribo el comentario inmediatamente después de leer el libro, luego me veo obligado a releerlo, si es que al final me acuerdo de hacerlo... Por eso os lo digo ahora y podéis encargarla por adelantado *on-line* o reconocerla cuando la veáis en la librería.

«En otras palabras, con mi floja memoria, deposito esa carga sobre vuestros hombros.

«La recompensa, si os acordáis de hacerlo, es que vais a leer un libro fabuloso.

«Flynn nos lleva con intensidad a dos mundos maravillosos: una aldea medieval en Alemania, donde el racionalismo y la cultura popular se ven forzadas a enfrentarse con una intrusión extraterrestre, y nuestro mundo moderno, en el que un historiador y una teórica de la física son capaces de cruzar los límites entre las respectivas especialidades y hacer juntos unos descubrimientos vitales. «En unos tiempos en los que el declinar de la ciencia ficción como género literario es un tema ampliamente comentado, es refrescante constatar la propuesta de Flynn, con una novela bien pensada para la que ha hecho una profunda investigación, una novela que nos conmueve y nos hace más listos tras haberla leído. ¿Con cuánta frecuencia encontramos una novela cuya lectura nos haga pensar: «Este tipo sabe de lo que está hablando?»»

«No es un libro fácil. Como *El nombre de la rosa* de Umberto Eco, espera del lector que absorba lenguajes, ideas y sistemas culturales muy distintos de los de la actualidad. Pero nada resulta enigmático. La dificultad procede del contenido que nos desafía, no de una escritura abstrusa. En realidad, Flynn es luminosamente claro.

«Como no siempre ocurre en la ciencia ficción, esta novela incluye personajes memorables y adorables (no como los de hoy, que en general resultan irritantes, por desgracia).

«Al final, descubrí que había acabado creyéndome la historia de los extraterrestres llegados a Alemania en el siglo XIV. Casi como me ocurrió cuando al acabar de leer *Shogun*, me sentí como si supiera hablar japonés (craso error). Quería que esa llegada extraterrestre pudiera haber sido verdad, de una manera extraña, casi semitrágica. «Y, como un entretenido tratado sobre las maneras de encontrar significado en la historia, *EIFELHEIM* es un libro excelente».

No creo que nadie se extrañe de que, tras leer este comentario de Scott Card, e interesado como siempre he estado en la obra de Michael Flynn, pidiera

inmediatamente la novela a su agente español, la leyera, me sintiera sumamente de acuerdo con la opinión de Orson Scott Card sobre esta novela, y decidiera publicarla en NOVA cuanto antes.

Sé por experiencia que introducir un nuevo autor en España suele ser sumamente difícil. El lector español tiende a preferir una malísima novela de un autor ya conocido a una obra excepcional si todavía no le consta el nombre de su autor. Pero también sé que hay que insistir. El éxito actual de autores como el mismo Orson Scott Card, Lois McMaster Bujold, Vernor Vinge, Connie Willis, Neal Stephenson, Dan Simmons, Robert J. Sawyer y varios más que, poco ha poco, se han ido introduciendo incluso entre los lectores españoles acaba dándome la razón.

Mis últimas apuestas, por si alguien quiere saberlo, son el británico Jasper Fforde (*EL CASO JANE EYRE* y la incomparable serie protagonizada por esa también incomparable «detective literaria» llamada Thursday Next) o, en una vena más clásica y menos surrealista, este Michael Flynn del que ya les hemos ofrecido en *NOVA EN EL PAÍS DE LOS CIEGOS* (1990), *EL NAUFRAGIO DE EL RÍO DE LAS ESTRELLAS* (2003) y este nuevo *EIFELHEIM* (2007).

Como suele decirse, el que avisa no es traidor, y les aseguro que puedo ser muy insistente. Sobre todo cuando sé que mis cartas son buenas. Soy transparente y nunca me tiro un farol; Michael Flynn (al igual que Jasper Fforde en su terreno) es uno de los autores que, al menos hasta hoy, todavía no me ha decepcionado en ninguna de sus novelas, todas distintas, todas sugerentes y todas, a mi entender, merecedoras de su atención.

Como esta EIFELHEIM y sus entrañables personajes. Que ustedes la disfruten.

MIQUEL BARCELÓ

## Agradecimientos

Me gustaría dar las gracias especialmente al doctor Mohsen Janatpour, de la Facultad de San Mateo, por su ayuda en la creación del espacio Janatpour para el relato original, allá por 1986. La velocidad de la luz variable mediante las dimensiones Kaluza-Klein, el tiempo tridimensional y el tiempo cuantizado parecían algo muy descabellado en aquellos días. Ahora que lo pienso, siguen siéndolo.

*Vielen Dank*, también, al personal del Fürstenfeld Museum por su información sobre Ludwig el Bávoro, Guillermo de Ockham y el arte y la cultura alemanes de esa época; también al padre William Seifert por su información sobre la liturgia previa al Concilio de Trento.

También me gustaría dar las gracias a Stan Schmidt, editor de la revista *Analog Science Fiction*, por publicar el relato de donde proceden los capítulos titulados «Ahora» de este libro, y a Eleanor Wood, mi agente, por darme la lata para que escribiera los capítulos medievales de este libro. Finalmente, también, al editor de *Tor*, David Hartwell, que me ayudó a ir dando forma al primer borrador.

NOTA SOBRE EL CALENDARIO. Aunque el año civil *III Caroli, rex germanorum* empezaba el 1 de enero, el año del Señor (*Anno Domini*) no comenzaba en algunos sitios hasta el 25 de marzo, fiesta de la Encarnación. Por tanto, los tres primeros meses de lo que consideramos 1349 seguían siendo de 1348 en algunas partes de Europa. Otras regiones contaban los años del Señor a partir de la Natividad en vez de a partir de la Encarnación, y otros se regían por el año civil. Los griegos usaban un sistema diferente. ¡Una caravana de mercaderes podía viajar de año en año tan fácilmente como de un lugar a otro!



## Lista de personajes

**Sharon Nagy.** Cosmóloga y pareja de Tom desde hace mucho tiempo.

**Tom Schwoerin.** Cliólogo (historiador matemático) y pareja de Sharon desde hace mucho tiempo.

**Judy Cao.** Bibliotecaria, más tarde ayudante de Tom en su investigación.

**Jackson Welles.** Jefe de Sharon.

**Hernando Kelly.** Posgraduado en ingeniería nucleónica; comparte oficina con Sharon.

**Anton Zaengle.** Historiador de la Universidad Albert-Louis de Friburgo y colega de Tom.

**Monseñor Heinrich Lurm.** Miembro de la diócesis de Friburgo y arqueólogo aficionado.

**Gus Mauer y Sepp Fischer.** Trabajadores de Friburgo.

### GEMEINDE OBERHOCHWALD.

**Pastor Dietrich.** El *doctor seclusus*. Antiguo alumno de Jean Buridan de Béthune y pastor de la iglesia de Santa Catalina en Oberhochwald.

**Hermano Joachim von Herbholzheim.** Franciscano espiritual a la espera de la resolución de una disputa en el convento de Estrasburgo.

**Theresia Gresch.** Herborista y curandera; antigua pupila de Dietrich.

**Gregor Mauer.** Cantero de Oberhochwald.

**Lorenz y Wanda Schmidt.** Herrero de Oberhochwald y su esposa.

**Klaus Müller.** *Maier* de la aldea. Encargado del molino del *Herr*.

**Hildegarde Müller.** La esposa del molinero.

**Volkmar Bauer.** Granjero rudo que posee varias parcelas.

**Seppl Bauer.** Hijo de Volkmar; prometido de Ulrike Ackermann.

**Félix e Ilse Ackermann.** Granjero de Oberhochwald y su esposa.

**Maria Ackermann.** La hija menor de los Ackermann.

**Ulrike Ackermann.** La hija mayor de los Ackermann; prometida de Seppl Bauer.

**Heinrich Altenbach.** Propietario de una granja cercana a Oberhochwald.

**Herwyg el Tuerto.** Atiende las tierras en diezmo de Dietrich.

**Trude Metzger.** Viuda. Tiene surcos junto a los de Herwyg. Sus hijos son Melchior y Peter.

**Nickel Langermann.** Un *Gärtner*.

**Walpurga Honig.** Apicultura y cervecera.

**Oliver Becker.** Hijo de Jakob el panadero.

**Bertram Unterbaum.** Debe rendir «servicio manual» como heraldo al *Herr*. El rival de Oliver por el amor de Anna Kohlmann.

**Anna Kohlmann.** Hija de Kohlmann.

**Geirech Jaeger.** Cazador.

### BURG HOCHWALD

**Herr Manfred von Hochwald.** Señor de los Altos Bosques. Viudo.

**Kunigunda.** Hija mayor de Manfred, prometida de Eugen.

**Irmgard.** Hija menor de Manfred.

**Eugen.** *Junker* de Manfred (*der junge Herr*).

**Thierry von Hinterwaldkopf.** Uno de los vasallos de Manfred. Caballero (*Ritter*).

**Max Schweitzer.** Sargento de armas al mando de la guarnición de Manfred.

**Peter von Rheinhausen.** *Minnesinger* de Manfred.

**Padre Rudolf.** Capellán de Manfred.

**Everard.** Administrador de Manfred, responsable de las tierras y los siervos.

### LOS KRENKEN

**Herr Gschert.** Mayordomo del navío, más tarde llamado barón Grosswald.

**Kratzer.** Científico jefe del grupo investigador.

**Shepherd.** *Maier* de los peregrinos.

**Johann (Hans).** Sirviente de la cabeza parlante.

**Gottfried.** Sirviente de la esencia electrónica.

**Arnold.** Cirujano.

**Ulf y Heloïse.** Técnicos de laboratorio.

### OTROS.

**Philip von Falkenstein.** Barón ladrón.

**Malacai ben Shlomo.** Agente de la familia Seneor, con sede en Regensburg.

**Tarkhan Hazer ben Bek.** Criado de Malacai.

**Einhardt y Rosamund.** Un caballero imperial y su esposa. Tienen un feudo cerca de Oberhochwald.

**Una pescadera de Friburgo y su hijo.**

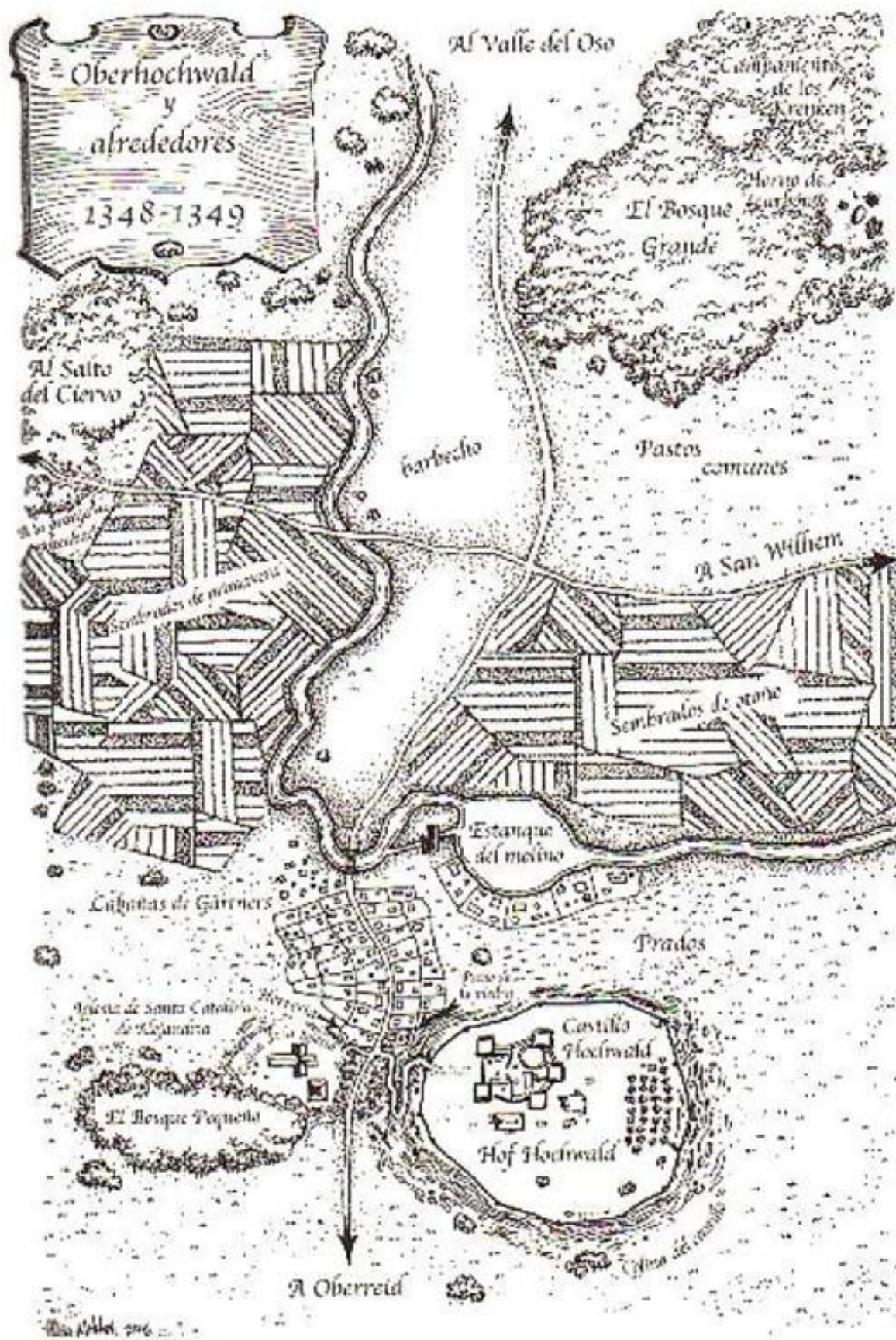
**Archidiácono Willi Jarlsberg.** Antiguo compañero de estudios de Dietrich. Representa en Friburgo al obispo de Estrasburgo.

**Un cirujano saboyano.**

**Guillermo de Ockham.** El *venerabilis inceptor*. Reconocido filósofo de la corte del kaiser Ludwig.

**Imre.** Buhonero de Hungría.

**Jean Buridan De Béthune** el maestro de París.



*Pues Dios está hoy en día sordo y no nos escucha,  
y por nuestra culpa convierte a hombres buenos en polvo.*

*WILLIAM LANGLAND, Pedro el Labrador.*

*C'est le chemin qu'on appelle le Val d'Enfer.  
Que votre Altesse me pardonne l'expression;  
je ne suis pas diable pour y passer.*

*CLAUDE-LOUIS-HECTOR DE VILLARS, refiriéndose al Höllenthal, 1702*

# Prefacio

## Anton

Sé dónde se encuentra el camino a las estrellas. La puerta se abrió una vez, hace mucho tiempo y en un lugar lejano e improbable. Y luego se cerró. Esta es la historia de cómo se abrió y de cómo se cerró y, tal vez, de lo que dependió de ella.

Verán, Sharon Nagy era física y Tom Schwoerin era cliólogo. Eso era el meollo del negocio entonces. Eso era el principio y el final y la mayor parte de lo que sucedía entre uno y otro.

O tal vez no lo vean, pues ver no es fácil. Las pautas de asentamientos medievales y la teoría de branias múltiples parecen a mundos de distancia. De hecho, están en mundos distintos, tangentes solo en aquel pequeño apartamento de Filadelfia que Tom y Sharon compartían. Pero tan apretujados no pudieron evitar aprender cada cual un poco del trabajo del otro, y ese fue el fulcro sobre el que movieron el mundo.

Pero mi intervención en el asunto fue insignificante, y tal vez sea mejor dejar que la historia se cuente sola.

# I

## AGOSTO DE 1348

*Maitines, en la conmemoración  
de la muerte de Sixto II y sus diáconos.*

Dietrich despertó con una sensación de inquietud en el corazón, como una voz grave cantando desde un rincón oscuro del coro. Abrió los ojos y escrutó la habitación. Una vela que chisporroteaba en su candelero proyectaba sombras sobre la mesa y la palangana, el reclinatorio y el libro de salmos, y hacía que la figura del crucifijo se agitara como si intentara desclavarse. En los rincones y ángulos del cuarto, las sombras se hinchaban cargadas de secretos. A través de la ventana que daba al este, un oscuro brillo rojo, fino como un cuchillo a través de la garganta, recortaba la cima del Katerinaberg.

Inspiró profundamente, para calmarse. La vela indicaba que ya tocaban maitines de todas formas, así que apartó la manta y se cambió el camisón por una sotana. Se le puso la carne de gallina y el vello se le erizó en la nuca. Dietrich se estremeció y se abrazó. «Hoy va a suceder algo».

Junto a la ventana había una mesita de madera con una jofaina y un aguamanil. El aguamanil era de cobre, tallado en forma de gallo, con las plumas labradas por el hábil buril del artesano. Cuando lo inclinó, el agua cayó del pico hasta sus manos y el cuenco.

—Señor, lava mis pecados —murmuró.

Sumergió las manos en el agua fría del cuenco y se la echó en la cara. Una buena friega dispersaría los temores nocturnos. Con un trozo de jabón se restregó las manos y la cara. «Hoy va a suceder algo». ¡Menuda profecía! Su miedo le hizo sonreír un poco.

Por la ventana vio una luz que se movía, casi al pie de la montaña. Aparecía, avanzaba un poco, luego desaparecía, solo para volver a materializarse al cabo de un momento y repetir la danza. Dietrich frunció el ceño, sin saber qué era. ¿Una salamandra?

No. Un herrero. Dietrich fue consciente de su tensión solo en el momento de liberarla. La fragua se hallaba al pie de la montaña, con la casita del herrero al lado. La luz era una vela que se movía de un lado a otro ante una ventana abierta: Lorenz, caminando como una bestia enjaulada.

Vaya. El herrero también estaba despierto y evidentemente nervioso, o lo estaba su mujer.

Dietrich tomó el aguamanil para enjuagarse el jabón y sintió un picotazo en la palma.

—¡Santa Catalina!

Dio un paso atrás, derribando la jofaina y la jarra al suelo, donde el agua jabonosa se desparramó sobre el enlosado de piedra. Se buscó alguna herida en la mano y no encontró ninguna. Después de un instante de vacilación, se arrodilló y recogió el aguamanil, sujetándolo con precaución, como si pudiera picarle de nuevo.

—Eres un gallo atrevido. Mira que picotearme de esa forma... —le recriminó al recipiente.

El gallo, ajeno a la advertencia, se dejó colocar en su sitio. Mientras se secaba las manos con la toalla, Dietrich advirtió que tenía los pelos de punta, como el pelaje de un perro antes de una pelea. La curiosidad se debatía con el miedo. Se arremangó la sotana y vio que el vello de su brazo también estaba erizado. Aquello le recordó algo sucedido hacía mucho tiempo, pero el recuerdo era confuso.

Consciente de sus deberes, decidió ignorar el enigma y se acercó al reclinatorio, donde chisporroteaba la vela moribunda. Se arrodilló, se persignó y, uniendo las manos, miró la cruz de hierro que había en la pared. Lorenz, el mismo herrero que caminaba de un lado a otro al pie de la montaña, había forjado la forma sacramental con un puñado de clavos y pinchos y, aunque no llegaba a parecer un hombre en la cruz, podía pasar por tal con la suficiente concentración. Recuperó su breviario del estante del reclinatorio, lo abrió por donde había marcado su oficio matutino con una cinta el día anterior.

—«Los pelos de tu cabeza están contados —leyó en la oración de maitines—. No tengas miedo. Eres más valioso que muchos gorriones...».

¿Y por qué esa oración aquel día en particular? Era demasiado adecuada. Se miró de nuevo el vello del dorso de la mano. ¿Una señal? Y si lo era, ¿de qué?

—«Los santos se regocijarán en la gloria —continuó—. Se regocijarán en sus altares. Danos la alegría de la comunión con Sixto y sus diáconos en la beatitud eterna. Te lo pedimos por Nuestro Señor Jesucristo. Amén».

Naturalmente. Era el día del papa Sixto II, y por eso lo mencionaba la oración de maitines. Dietrich permaneció arrodillado en silenciosa meditación acerca de la firmeza de aquel hombre, incluso en la muerte. Un hombre tan bueno como para ser recordado once siglos después de su asesinato: decapitado en la celebración de la misa. Sobre la tumba de Sixto, que el propio Dietrich había visto en el cementerio de Calixto, el papa Dámaso había hecho inscribir más tarde un poema y, aunque los versos no eran tan buenos como buen hombre había sido Sixto, contaban bastante bien su historia.

«Teníamos mejores Papas en aquellos tiempos», pensó Dietrich, y luego inmediatamente se reprendió. ¿Quién era él para juzgar a nadie? La Iglesia, aunque no perseguida abiertamente por los reyes que se decían cristianos, se había convertido en el juguete de la corona de Francia. La subordinación era una persecución más sutil, y por eso tal vez hacía falta un valor más sutil. Los franceses no habían decapitado a Bonifacio como habían hecho los romanos con Sixto..., pero el Papa había muerto por el maltrato.

Bonifacio había sido un hombre arrogante y despectivo sin un solo amigo en el mundo. Sin embargo, ¿no era también un mártir? Aunque había muerto no tanto por proclamar el Evangelio como por proclamar la *Unam sanctum*, para gran descontento del rey Felipe y su corte, mientras que Sixto había sido un hombre de Dios en una época sin Dios.

Dietrich miró de repente por encima del hombro, y luego se reprendió por el sobresalto. ¿Pensaba que iban a ir por él también? Era posible que lo hicieran. Pero ¿qué motivo tenía el duque Friedrich para detenerlo?

O, más bien, ¿qué motivo podía conocer Friedrich?

«No tengas miedo», le ordenaba la oración del día, la orden más frecuente en boca del Señor. Pensó de nuevo en Sixto. Si los antiguos no vacilaban ante la muerte, ¿por qué debería su propio corazón, instruido por la sabiduría moderna, tener miedo por ninguna causa concreta?

Estudió el vello erizado del dorso de su mano, se lo alisó y lo vio alzarse otra vez. ¿Cómo habría abordado Buridan ese problema, o Alberto? Marcó por dónde iba leyendo el libro para laudes; luego colocó una nueva vela en el pebetero, la espabiló y la encendió con lo que quedaba de la vela antigua.

Alberto había escrito: «*Experimentum solum certificat in talibus*». Experimentar es la única guía segura.

Colocó la manga de lana de su sotana ante la llama de la vela y una sonrisa elevó lentamente sus labios. Sintió esa curiosa satisfacción que siempre lo invadía cuando por medio de la razón se planteaba una pregunta y luego buscaba una respuesta en el mundo.

Las fibras de lana de su manga también se erizaron. *Ergo*, pensó, la fuerza que empujaba su vello era tanto externa como material, ya que una sotana de lana no tenía parte espiritual alguna capaz de asustarse. Por tanto, el temor sin nombre que lo perturbaba no era más que un reflejo de ese impulso material sobre su alma.

Pero el conocimiento, por mucho que satisficiera al intelecto, no apaciguaba la voluntad.

Más tarde, mientras Dietrich se dirigía a la iglesia para la misa matutina, un gemido llamó su atención procedente del rincón en sombras junto a los escalones de la iglesia y, a la luz vacilante de su antorcha, vio un perro negro y amarillo allí acurrucado, con las patas delanteras cruzadas sobre el hocico. Las manchas de su pelaje se confundían en la oscuridad de modo que parecía una criatura de locura, en parte perro y en parte queso suizo. El chucho siguió a Dietrich con ojos llenos de esperanza.

Desde la cima de la colina de la iglesia, Dietrich vio un resplandor intenso, como el pálido fulgor que teñía los cielos matutinos, cubrir el Bosque Grande al otro lado del valle. Pero era demasiado temprano... y en el lugar equivocado. En lo alto de la torre de la iglesia, fuegos fatuos azulinos danzaban alrededor de la cruz. ¿Incluso



aquellos que dormían en el cementerio se habían despertado de miedo? Si ese signo no tenía que producirse hasta los últimos días del mundo...

Murmuró una plegaria apresurada contra el peligro oculto y dio la espalda a las extrañas manifestaciones, volviéndose hacia las paredes de la iglesia en busca de su familiaridad.

Mi catedral de madera, la llamaba Dietrich a veces, pues sobre sus cimientos de piedra las paredes y postes y puertas de roble de Santa Catalina habían sido tallados por generaciones de diligentes artesanos con una mezcla de santos, bestias y criaturas míticas.

Junto a la puerta, la sinuosa figura de la propia santa Catalina apoyaba la mano en el potro donde habían querido quebrarla. «¿Quién ha triunfado? —decía su débil sonrisa—. Los que hicieron girar el potro han desaparecido, pero yo permanezco». Sobre el dintel de la puerta, león, águila, hombre y buey se volvían hacia el tímpano, donde habían tallado la Última Cena.

Gárgolas de sonrisa obscena se asomaban por el borde del tejado, con fantásticos cuernos y alas. En primavera, de sus bocas abiertas caía la nieve derretida en las tejas inclinadas. Bajo los aleros martilleaban los *Koholds*. En los marcos de puertas y ventanas, paneles y columnas otras criaturas fantásticas sobresalían de la madera. Los basiliscos mostraban los dientes, los grifos y los *Wyverns* se agazapaban. Los centauros saltaban; las panteras dejaban escapar su dulce y amenazador aliento. Aquí un dragón huía de los caballeros de Amaling; allá, un *ciópodo* se alzaba sobre su único y enorme pie. *Blemyae* sin cabeza miraban con ojos tallados en el vientre.

Los postes de roble de las esquinas del edificio habían sido tallados con imágenes de gigantes de las montañas que sujetaban el tejado. Grim y Hilde y Sigenot y Ecke los llamaban los aldeanos. Ecke, al menos, resultaba un nombre apropiado para un poste. Alguien con sentido del humor había dado al pedestal de cada columna la forma de un cansado e irritable enano que sostenía al gigante y miraba con resignación a los que pasaban.

La maravillosa amalgama de figuras que emergía de la madera sin llegar nunca a separarse del todo de ella parecía viva. «En algún lugar —pensó Dietrich—, hay criaturas como estas».

Cuando el viento soplaba con fuerza o la nieve se acumulaba en el tejado, la estructura susurraba y gemía. No eran más que los crujidos de las vigas y las tablas, pero a menudo parecía que Sigenot susurrara y el enano Alberich se retorciera y santa Catalina canturreara para sí. Casi siempre los murmullos de las paredes le divertían, pero no aquel día. Con la intranquilidad que sentía, Dietrich temía que los Cuatro Gigantes soltaran su carga y se le desplomara encima el edificio entero.

En más de una casita al pie la montaña se veía ya un atisbo de luces en las ventanas, y en lo alto de la fortaleza de Manfred, al otro lado del valle, la guardia nocturna hacía su ronda alerta, mirando primero a derecha y luego a izquierda en busca de algún enemigo invisible.

Una figura corrió dando tumbos hacia él desde la aldea, recuperó el equilibrio, resbaló en la tierra. Un sollozo quebró el aire de la mañana. Dietrich alzó su antorcha y esperó. ¿La amenaza anunciada se abalanzaba hacia él descaradamente?

Pero antes de caer de rodillas sin aliento, la figura se había convertido en Hildegarde, la esposa del molinero. Iba descalza, con el pelo enmarañado y una capa puesta apresuradamente sobre el camisón. La antorcha de Dietrich titiló iluminando un rostro sin lavar. Puede que la mujer hubiera visto una amenaza, pero de otro tipo y muy familiar.

—¡Ay, pastor! —exclamó—. Dios ha descubierto mis pecados.

Dios, reflexionó Dietrich, no había tenido que buscar mucho. Ayudó a la mujer a ponerse en pie.

—Dios conoce tus pecados desde el principio de los tiempos.

—Entonces ¿por qué me ha despertado hoy con tanto miedo? Tenéis que confesarme.

Ansioso por poner los muros entre ellos y la imponente miasma, Dietrich condujo a Hilde hasta la iglesia y se sintió decepcionado, y hasta sorprendido, al descubrir que su ansiedad no disminuía. El suelo sagrado podría mantener a raya lo sobrenatural hasta el fin de los tiempos, pero lo meramente natural se colaba por donde debía.

En la quietud Dietrich oyó un suave susurro, como el de un viento leve o un arroyuelo. Protegiéndose los ojos del brillo de la antorcha, Dietrich distinguió una sombra más pequeña agazapada ante el altar mayor. Joachim el minorita estaba allí, su apresurada jaculatoria atropellándose como una multitud en desbandada de modo que las palabras se mezclaban en un susurro indistinguible.

Joachim interrumpió la oración, se dio la vuelta y se incorporó con un rápido y ágil movimiento. Llevaba un ajado hábito marrón que usaba desde hacía mucho tiempo, remendado con cuidado muchas veces. La capucha cubría unos rasgos bruscamente cincelados: era un hombrecito moreno de cejas tupidas y ojos profundos. Se humedeció los labios con un rápido lengüetazo.

—¿Dietrich...? —dijo el minorita, y la palabra tembló un poco al final.

—No temas, Joachim. Todos lo sentimos. Las bestias también. Es algo natural, una perturbación en el aire, como un trueno silencioso.

Joachim sacudió la cabeza y un rizo de pelo negro le cayó sobre la frente.

—¿Un trueno *silencioso*?

—No se me ocurre otra forma mejor de describirlo. Es como el tubo del bajo de un gran órgano que hace temblar el cristal. —Le contó a Joachim su experimento con la lana.

El minorita miró a Hildegarde, que se había quedado al fondo de la iglesia. Se frotó ambas manos bajo la túnica y miró de un lado a otro.

—No, este temor es la voz de Dios llamándonos para que nos arrepintamos. ¡Es demasiado terrible para ser ninguna otra cosa! —Lo dijo con la entonación que

empleaba para predicar, de modo que las palabras resonaron en las estatuas que observaban desde sus nichos.

Para predicar Joachim empleaba gestos y contaba historias pintorescas, mientras que los sermones cuidadosamente razonados de Dietrich tenían un efecto soporífero sobre sus feligreses. A veces envidiaba al monje su habilidad para conmover el corazón de los hombres; pero solo a veces. Un corazón conmovido puede ser terrible.

—Dios es capaz de llamar por medios completamente materiales —le dijo al joven. Lo hizo volverse con una suave presión en el hombro—. Ve, prepara el altar. La misa *clamaverunt*. Según las rúbricas hoy debe vestirse de rojo.

Un hombre difícil de tratar, pensó Dietrich mientras Joachim se marchaba, y aún más difícil de conocer. El joven monje vestía sus harapos con más orgullo que el Papa de Aviñón su corona dorada. Los espirituales predicaban la pobreza de Jesús y sus apóstoles y estaban en contra de la riqueza del clero; pero el Señor había bendecido no a los pobres, sino a los pobres de *espíritu: Beati pauperes spritu*. Una sabia distinción. Como habían advertido Agustín y Tomás de Aquino, la mera pobreza se conseguía con demasiada facilidad para merecer un premio como el cielo.

—¿Por qué está él aquí? —preguntó Hildegarde—. Lo único que hace es sentarse en la calle y pedir y echar sermones.

Dietrich no respondió. Había razones. Razones que llevaban tiaras doradas y coronas de hierro. Deseaba que Joachim no hubiera aparecido nunca, pues poco podía conseguir aparte de llamar la atención. Pero el Señor había dicho: «Era forastero y me aceptasteis», y él nunca había mencionado ninguna excepción. «Olvida los grandes acontecimientos del mundo más allá del bosque —se recordó—. Ya no te conciernen». Pero otra cosa, menos reconfortante, era si el mundo que había más allá del bosque podía olvidarlo a él.

Hildegarde Müller confesó un pecado venial tras otro. Había sisado harina de los sacos de grano que le habían traído a su marido para que lo moliera, el segundo secreto peor guardado de Oberhochwald. Había codiciado el broche que llevaba la esposa de Bauer. Había desatendido a su anciano padre en Niederhochwald. Parecía dispuesta a repasar todo el Decálogo.

Sin embargo, dos años antes, esa misma mujer había dado cobijo a un peregrino harapiento que iba camino del Santo Sepulcro en Jerusalén. Brian O'Flainn había llegado caminando desde Hibernia, en el mismo confín del mundo, atravesando una tierra tumultuosa (pues ese año el rey inglés había masacrado la caballería de Francia), solo para que el señor de la Roca del Halcón se lo robara todo. Hilde Müller había aceptado a ese hombre en su casa, curado sus heridas y magulladuras, le había dado ropa nueva del armario de su esposo, a quien eso no hizo mucha gracia, y le había puesto en camino recuperado y sano. Contra el hurto y la envidia y el egoísmo, también eso pesaba en la balanza.

El pecado no consistía en el acto concreto, sino en la voluntad. Tras la retahíla de

la mujer se hallaba el pecado cardinal del cual estas transgresiones eran los signos visibles. Se podía devolver un broche o visitar a un padre; pero a menos que el defecto interior se corrigiera, el arrepentimiento (aunque fuese sincero en el momento) se marchitaría como la simiente en tierra baldía.

—Y he holgado por placer con hombres que no eran mi legítimo esposo.

Ese era el secreto peor guardado de Oberhochwald. Hildegarde Müller acechaba a los hombres con la misma fría determinación con que *Herr* Manfred acechaba los venados y jabalíes que adornaban las paredes de Hof Hochwald. Dietrich tuvo una súbita y desconcertante visión de lo que podía colgar de la pared de los trofeos de Hildegarde.

¿Trofeos? ¡Ay! *Ese* era el pecado intrínseco. El orgullo, no la lujuria. Mucho después de que los placeres carnales hubieran palidecido, el acecho y la captura de los hombres seguían siendo una afirmación de que podía tener lo que se le antojara cuando se le antojara. Su amabilidad con el peregrino irlandés... no era una contradicción sino una confirmación de ello. Lo había hecho para que se notara, para que los demás admiraran su generosidad. Incluso su interminable lista de pecados veniales era una cuestión de orgullo. Estaba alardeando.

Por cada debilidad, una fuerza; por eso, para el orgullo, humildad. Su penitencia, decidió Dietrich, requeriría las restituciones habituales. Devolver el broche, devolver la harina, visitar a su padre. No tener a ningún otro hombre más que a su marido. Tratar a cualquier peregrino necesitado, fuera cual fuese su condición, con la misma caridad que había demostrado con el noble irlandés. Pero también, como lección de humildad, debía fregar el suelo de piedra de la nave de la iglesia.

Y debía hacerlo en secreto, para que no se enorgulleciera de su penitencia.

Después, mientras se vestía en la sacristía para la misa de la mañana, Dietrich se detuvo con el cíngulo a medio atar. Había un sonido, como el de una abeja, más allá del límite de su capacidad de audición. Atraído hacia la ventana, vio en la distancia pichones y grajos dando vueltas erráticas sobre el punto donde antes había brillado aquella pálida luminiscencia. El brillo había menguado o ya no destacaba contra el cielo iluminado. Pero el espectáculo resultaba extraño de un modo inclasificable. Había una especie de pinzamiento en la perspectiva, como si el bosque se hubiera doblado y plegado sobre sí mismo.

Al pie de la colina de la iglesia, un puñado de personas deambulaba con la misma falta de rumbo que los pájaros en el cielo. Gregor y Theresia se hallaban junto a la fragua, conversando agitadamente con Lorenz. Llevaban el pelo despeinado y revuelto, la ropa pegada como si estuviera mojada. Había gente cerca, pero el trabajo habitual de la mañana se había detenido. El fuego de la fragua estaba apagado y las ovejas balaban en su corral porque los pastorcitos no aparecían por ninguna parte. Faltaba la columna de humo que normalmente marcaba el lugar de la carbonera en el bosque.

El zumbido se hizo más claro cuando Dietrich se acercó a la ventana. Al tocar levemente el cristal con una uña sintió una vibración. Sobresaltado, apartó la mano. Dietrich se la pasó por los rizos y notó entonces que su pelo se agitaba como un nido de serpientes. La causa de esas anomalías ganaba fuerza, al igual que el sonido y el tamaño de un caballo al galope aumentan a medida que este se aproxima: podía argumentarse por tanto que la fuente del impulso se acercaba. «Ningún cuerpo puede moverse a menos que se le aplique una fuerza de empuje», había argumentado Buridan. Algo se acercaba.

Dietrich se apartó de la ventana para continuar vistiéndose y se detuvo con una mano en la casulla roja.

«¡Ámbar!».

Dietrich se acordó. Si se frotaba ámbar (*elektron*, como lo llamaban los griegos) contra el pelaje de un animal, el efecto era que se levantaba de modo bastante similar a su vello. Buridan lo había demostrado en París cuando Dietrich era estudiante. El maestro había encontrado tanto deleite en la enseñanza que había olvidado el doctorado... y por sus acciones se había convertido en la mayor rareza: un sabio que nunca pasaba penurias. Dietrich lo recordó frotando el ámbar vigorosamente contra el pelaje del gato, sonriendo sin darse cuenta.

Dietrich estudió su propia imagen en la ventana. *Dios estaba frotando ámbar contra el mundo*. De algún modo, el pensamiento lo entusiasmó, como si estuviera a punto de descubrir algo oculto. Notó una sensación de vértigo, como cuando subía al campanario. Naturalmente, Dios no estaba frotando nada contra el mundo. Pero algo sucedía que hacía que pareciera como si frotaran el mundo con ámbar.

Dietrich se acercó a la puerta de la sacristía y se asomó al santuario, donde el minorita terminaba de preparar el altar. Joachim se había quitado la capucha y los apretados rizos negros que rodeaban su tonsura bailaban movidos por el mismo ímpetu invisible. Se movía con la agilidad y la elegancia propias de los de noble cuna. Joachim nunca había conocido las chozas de los aldeanos ni las libertades de las villas francas. Tanto más asombroso era que un hombre así, heredero de importantes feudos, dedicara su vida a la pobreza. Joachim se volvió apenas y la luz del triforio recortó unos rasgos finos, casi femeninos, dispuestos de manera un tanto incongruente bajo unas cejas tupidas que se unían sobre el puente de la nariz. Quienes apreciaban la belleza de los hombres, hubiesen considerado a Joachim hermoso.

Joachim y Dietrich cruzaron la mirada un momento antes de que el monje se volviera hacia la credencia para tomar dos candelabros que se usarían en la *missa lecta*. Cuando las manos del minorita se acercaron a los objetos de cobre, saltaron chispas que bailaron sobre las yemas de sus dedos.

Joachim dio un salto y apartó el brazo.

—¡La maldición de Dios ha caído sobre estas riquezas!

Dietrich avanzó y lo agarró por el brazo.

—Sé razonable, Joachim. Tengo estos candelabros desde hace muchos años y

nunca han mordido a nadie. Si a Dios le disgustan, ¿por qué esperar hasta ahora?

—Porque Dios ha perdido por fin la paciencia con una Iglesia enamorada de Mammon.

—¿Mammon? —Dietrich indicó el edificio de madera. Desde las vigas y los travesaños los observaban rostros salvajes. En las ventanas ojivales, los santos de los vitrales fruncían el ceño o sonreían o alzaban una mano en gesto de bendición—. Esto no es Aviñón.

Se inclinó para observar el cincelado de los candelabros: el crismón grabado en la Madre Pelicano. Acercó un dedo para tocarlo. Cuando estuvo a la distancia de un pulgar de la base se produjo un chasquido y una chispa apareció en el aire entre la yema del dedo y el candelabro. Aunque sabía lo que iba a suceder, apartó la mano tan rápidamente como había hecho Joachim. Sentía la yema del dedo como si se la hubieran pinchado con una aguja caliente. Se metió el dedo en la boca para aliviarlo y se volvió hacia Joachim.

—Uf. —Se miró el dedo—. No es nada —anunció—; parece peor por lo inesperado. —Había sido muy parecido al incidente con el aguamanil, pero más fuerte. Una nueva prueba a favor de que algo se acercaba—. Pero es puramente material. Hace un momento he recordado un truco con ámbar y pelaje animal que surte un efecto similar.

—Pero los pequeños rayos...

—Rayos —dijo Dietrich. Una nueva idea se le ocurrió. Se frotó el dedo, ausente—. ¡Joachim! ¿Podría ser esta esencia de la misma especie que el rayo mismo?

Sonrió de oreja a oreja y tocó de nuevo el candelabro, creando otro arco. ¡Fuego de la tierra! Se echó a reír y el minorita se apartó de él.

—Imagina una noria forrada de pieles frotando contra placas de ámbar —le dijo al monje—. ¡Podríamos generar esta esencia, este *elektronikos* y, si aprendiéramos a controlarlo, dominar el rayo mismo!

*¡El rayo golpeó sin previo aviso!*

Dietrich sintió el fuego recorrer todo su ser. A su lado, el minorita arqueó la espalda, los ojos abiertos de par en par y los labios contraídos. Saltaron chispas entre los dos candelabros.

Un gran estallido de luz inundó los vitrales de la pared norte de la iglesia proyectando arco iris. Santos y profetas quedaron bañados en luminosa gloria: María, Leonardo, Catalina, Margarita de Antioquía brillantes como el sol. El fulgor recorrió las imágenes y jugó en el oscuro interior de la nave, moteando las estatuas y columnas de dorado y amarillo y rojo y blanco de modo que parecían moverse. Joachim se hincó de rodillas e inclinó la cabeza, protegiéndose el rostro de las radiantes ventanas. Dietrich se arrodilló también, pero no dejó de mirar a todas partes, tratando de abarcarlo todo.

Una avalancha de truenos siguió a los relámpagos, y las campanas de la torre entonaron una loca y arrítmica cadencia. Las vigas de la iglesia crujieron y gimieron

y el viento se coló por las rendijas del tejado, aullando como una bestia. Grifos y *wyverns* rugieron. Los enanos de las cavernas gruñeron. Los vitrales crujieron y se quebraron formando telarañas.

Y entonces, tan bruscamente como había empezado, la luz menguó y los truenos y el viento se calmaron. Dietrich esperó, pero no sucedió nada más. Inspiró profundamente y notó que la sensación de temor lo había abandonado también. Susurrando una breve oración de agradecimiento se puso en pie. Miró a Joachim, que se había encogido en el suelo con los brazos sobre la cabeza, luego se volvió hacia la credencia y tocó el candelabro.

No sucedió nada.

Miró las ventanas rotas. Lo que se acercaba, fuera lo que fuese, había llegado.

# 1

## AHORA

### Sharon

Durante el verano, Sharon y Tom realizaban su labor de investigación desde casa. Hoy en día es bastante fácil, porque el mundo se encuentra literalmente al alcance de la yema de nuestros dedos; pero también puede ser una trampa, pues lo que necesitamos puede que se encuentre más allá del alcance de la mano. Ahí está Tom, encorvado sobre el ordenador, junto a la ventana, siguiendo vagas referencias en la red. Está de espaldas a la habitación, es decir, a Sharon, que tendida en el sofá al otro lado de la misma, con el cuaderno abierto, rodeada de bolas de papel y tazas de infusión a medio terminar, piensa en lo que sea que piensan los físicos teóricos. Mira hacia Tom, pero contempla alguna visión interna, así que en cierto modo también ella está de espaldas. Sharon utiliza ordenador, pero es orgánico y lo tiene entre las orejas. Puede que no esté conectado por medio de ninguna red con el mundo exterior, pero Sharon Nagy crea sus propios mundos, extraños e inaccesibles, uno de los cuales se encuentra en el confín mismo de la cosmología.

No es hermoso ese mundo suyo. Las líneas geodésicas son combadas y retorcidas. El espacio y el tiempo divergen formando espirales en curiosos vórtices fractales, en direcciones para las cuales no existe nombre alguno. Las dimensiones son resbaladizas como el mercurio... Vistas de lado, desaparecerían.

Y sin embargo...

Y sin embargo, ella sentía una pauta oculta bajo el caos y la acechaba como un gato: con pasos sigilosos, nunca de frente. Tal vez solo le faltaba la manera acertada de verlo para encontrarlo bello. Pensemos en Cuasimodo, o en la Bestia de la Bella.

—¡Maldición!

Una voz ajena se coló en su mundo. Oyó a Tom golpear el monitor de su PC y cerró los ojos, tratando de no escuchar. Casi podía verlo con claridad. Las ecuaciones apuntaban a múltiples grupos de rotación conectados por una meta-álgebra. Pero...

—¡Durák! ¿Bünözö! ¡Jáki!

... Pero el mundo se quebró en un caleidoscopio y, durante un momento, se sintió abrumada por una sensación de pérdida infinita. Lanzó el bolígrafo contra la mesita, donde chocó contra las tazas de porcelana. Evidentemente, Dios no quería que resolviera todavía la geometría del espacio Janatpour. Miró a Tom, que murmuraba sobre el teclado.

Hay una cosa cierta acerca de Sharon Nagy, un detalle casi inadvertido: usa bolígrafo y no lápiz. Lo que anuncia una cierta arrogancia.

—Muy bien —exigió saber—. ¿Qué pasa? Llevas todo el día maldiciendo en lenguas raras. Algo te molesta y yo no puedo trabajar: eso me molesta.



Tom giró en su silla y se volvió para mirarla.

—¡CLIO no quiere darme la respuesta correcta!

Ella hizo una mueca.

—Bueno, pues espero que pudieras arrancársela con esos golpes.

Él abrió la boca y la cerró de nuevo y tuvo el detalle de parecer cortado, porque también hay algo cierto acerca de él. Si existen dos tipos de personas en el mundo, Tom Schwoerin es del otro tipo. Pocos pensamientos suyos no llegaban a su boca. Era un hombre que se hacía escuchar, lo que significa que era fundamentalmente sonoro.

Frunció el ceño y se cruzó de brazos.

—Estoy frustrado, eso es todo.

De eso no había duda. Sharon opinaba de su verborrea lo que un avaro del despilfarro. Era el tipo de persona a quien la expresión «ni que decir tiene» induce en efecto al silencio. En cualquier caso, la frustración de Tom era solo un síntoma.

—¿Por qué estás frustrado?

—¡Eifelheim no desaparece!

—¿Y por qué debería desaparecer?

Él abrió las manos, desesperado.

—¡Porque no está!

Sharon, que tenía otro *por qué* pendiente, se frotó el puente de la nariz. «Sé paciente y al final todo tendrá sentido».

—Vale, vale —admitió él—. Parece una tontería, pero... mira, Eifelheim era una aldea de la Selva Negra que no fue repoblada nunca.

—¿Y...?

—Que *debería* haberlo sido. He hecho dos docenas de simulaciones de la parrilla de asentamientos de Schwarzwald y el lugar se repuebla cada vez que lo hago.

Ella no tenía paciencia con sus problemas. Como historiador, Tom no creaba mundos, solo los descubría; así que era realmente del otro tipo de personas. Sharon añoraba sus geodésicas. Casi tenían sentido. Tom ni siquiera empezaba a tenerlo.

—¿Una simulación? —replicó—. Entonces cambia el puñetero modelo. Tendrás multicolinealidad en los términos, o algo por el estilo.

La emoción, sobre todo la emoción profunda, siempre pillaba a Tom desprevenido. Lo suyo eran breves estallidos. Sharon podía estallar como un volcán. La mitad de las veces, él no acababa de entender por qué estaba enfadada con él; la otra mitad de las veces se equivocaba. La miró un momento antes de poner los ojos en blanco.

—Claro. Ignorar la teoría de Rosen-Zipf-Christaller. ¡Una de las piedras angulares de la cliología!

—¿Por qué no? —dijo ella—. En la ciencia *de verdad*, la teoría tiene que encajar con los hechos, no al revés.

La cara de Tom se puso roja, pues ella había tocado (como ya sabía) uno de sus

puntos flacos.

—¿Ah, sí, *a cuisla*? ¿De verdad? ¿No fue Dirac quien dijo que era más importante que las ecuaciones fueran bellas que no que encajaran en el experimento? He leído en alguna parte que las mediciones de la velocidad de la luz han ido menguando con los años. ¿Por qué no ignorar entonces la *teoría* de que la velocidad de la luz es constante?

Sharon frunció el ceño.

—No seas tonto. —Ella también tenía sus puntos flacos. Tom no sabía cuáles eran, pero conseguía encontrarlos igualmente.

—¡Tonto, y un infierno! —Golpeó bruscamente el terminal y ella dio un leve respingo. Luego se dio la vuelta y miró una vez más la pantalla. Se hizo un silencio que fue la continuación de la discusión.

Sharon tenía la peculiar habilidad de proyectarse fuera de sí misma, algo muy valioso si vuelves a tu interior de vez en cuando. Los dos se estaban comportando como unos tontos. Ella estaba furiosa porque le habían hecho perder el hilo de sus pensamientos y Tom porque una de sus simulaciones no funcionaba. Sharon miró su propio trabajo y pensó: «No me estoy ayudando al no ayudarlo». Aunque fuese un mal motivo para ser caritativa era mejor que no tener ninguno.

—Lo siento.

Hablaron al unísono. Ella alzó la cabeza y él se dio la vuelta, y se miraron el uno al otro un momento y ratificaron un armisticio tácito. La línea geodésica de la paz y la tranquilidad era escucharlo, así que Sharon cruzó la habitación y se sentó en la esquina de su escritorio.

—Muy bien —dijo—. Explícamelo. ¿Qué es esa teoría de Zip-lo-que-sea?

Por respuesta, él se volvió hacia el teclado, introdujo los comandos con la fluidez de un pianista y movió la silla para dejarle sitio.

—Dime qué ves.

Sharon suspiró y se colocó tras él con los brazos cruzados y la cabeza ladeada. La pantalla mostraba una red de hexágonos, cada uno de ellos con un solo punto en su interior. Algunos puntos brillaban más que otros.

—Un panal —le dijo ella—. Un panal con luciérnagas.

Tom gruñó.

—Y dicen que los físicos son unos poetas pésimos. ¿Notas algo?

Ella leyó los nombres situados junto a los puntos. *Omaha. Des Moines. Ottumwa...*

—Cuanto más brillante es el punto, más grande es la ciudad. ¿Correcto?

—Al revés, en realidad, pero correcto. ¿Qué más?

¿Por qué no podía decírselo? Tenía que convertirlo todo en un juego de las adivinanzas. Sus estudiantes, que esperaban sus clases con la boca abierta, a menudo sentían la misma inquietud. Sharon se concentró en la pantalla, buscando lo obvio. No consideraba la cliología una ciencia especialmente profunda, ni siquiera la

consideraba una ciencia.

—Muy bien. Las ciudades grandes forman un anillo abierto. Alrededor de Chicago.

Tom sonrió.

—*Ganz bestimmt, Schatz*. Tendría que haber seis, pero el lago Michigan se interpone, así que el anillo está incompleto. Ahora, ¿qué rodea cada una de las grandes ciudades?

—Un anillo de ciudades no tan grandes. ¡Qué fractal! Pero la pauta no es perfecta...

—La vida no es perfecta —respondió él—. La microgeografía y las condiciones limítrofes distorsionan la pauta, pero la corrijo transformando las coordenadas en el equivalente de una llanura infinita.

—Un multipliegue. Muy bonito —dijo ella—. ¿Cuál es tu transformación?

—La distancia *real* es una función del tiempo y la energía necesarios para viajar entre dos puntos. No-abeliana, lo cual complica las cosas.

—¿No-abeliana? ¿Pero entonces...?

—B puede estar más lejos de A que A de B. Claro, ¿por qué no? A los portugueses les resultó más fácil navegar bordeando la costa de África hacia el sur que recorrer el camino inverso. O, por ejemplo, nuestra propia tintorería: las calles son de una sola dirección, así que tardamos el triple en llegar a ella que en volver de allí.

Pero Sharon ya no le estaba escuchando. «¡No-abeliana! ¡Claro, claro! ¿Cómo he podido ser tan estúpida?». ¡Oh, la vida feliz y sin dudas de un campesino abeliano, euclidiano, hausdorff! ¿Podía ser noisotrópico el espacio Janatpour? ¿Era posible que la distancia que había en una dirección no fuera la misma en la dirección inversa? «Siempre es más rápido el camino de vuelta a casa». ¿Pero cómo podía ser? ¿Cómo?

La voz de Tom interrumpió de nuevo sus meditaciones.

—... Carros tirados por bueyes o automóviles. Por tanto, el mapa está siempre en transición de un equilibrio a otro. Ahora, observa.

Si ella no le apoyaba mientras se quejaba, nunca terminaría de hacer su propio trabajo.

—¿Que observe qué? —preguntó, quizá con más brusquedad de lo que pretendía, porque él la miró dolido antes de inclinarse de nuevo sobre el teclado. Mientras lo hacía, Sharon cruzó la habitación y recuperó su cuaderno de notas para atrapar su huidizo pensamiento.

—La investigación original de Christaller —dijo Tom, que no había advertido su movimiento—. En Württemberg, siglo XIX.

Sharon miró por compromiso la pantalla.

—Muy bien...

Entonces, casi en contra de su voluntad, se inclinó hacia el ordenador.

—Otro panal —dijo—. ¿Es una pauta común?

Él no respondió. En lugar de eso, le mostró una serie de mapas. El estudio de Johnson de los asentamientos de Late Uruk alrededor de Warka. La reconstrucción de Alden de las ciudades toltecas en el valle de México. El análisis de Skinner de las aldeas de Sichuan. El poco común estudio de Smith sobre el oeste de Guatemala que encontró *dos* redes, india y ladina, superpuestas, como universos paralelos.

—Ahora estudia este mapa. Asentamientos comprobados de antiguos sumerios y elamitas.

A su pesar, Sharon estaba intrigada. Un mapa así podía ser una rareza; dos o tres, una coincidencia; pero tantos...

—¿Por qué es rojo ese punto? —preguntó.

Tom miró la pantalla con indulgencia.

—Mi derecho a la fama. No había ningún pueblo conocido en ese lugar. Pero los escritos antiguos están llenos de referencias a lugares que nunca hemos localizado. Así que envié al viejo Hotchkiss un *e-mail* diciéndole que desplazara su excavación. Eso lo sacó de quicio..., es un microhistoriador de la vieja escuela. Pero lo que realmente le fastidió fue encontrar por fin las ruinas, dos años más tarde, justo donde yo le había dicho que estarían.

Así que sus pautas tenían también un valor predictivo. Las pautas eran interesantes. Podían guiar, como la astrología, hacia la verdadera ciencia.

—Tiene que haber una causa —dijo ella.

Él asintió, satisfecho.

—*Ochen khoroshó*.

—Muy bien, picaré. ¿Cuál es?

Él tocó la pantalla con una uña.

—Cada lugar proporciona cierto grado de refuerzo biopsicológico a sus habitantes. Tierras ricas, una veta de plata, un buen surtido de guano, lo que sea. *Andere Länder, andere Sitten*. La intensidad de ese refuerzo define una función potencial sobre el paisaje, y el gradiente de ese potencial es una fuerza que llamamos afinidad.

Sharon no hizo ningún comentario. Nunca había considerado las «fuerzas de la historia» de Tom como otra cosa que una metáfora. Ella era física, y los físicos tratan con fuerzas reales.

—Si la afinidad fuera la única fuerza —continuó Tom—, toda la población se centraría en un punto de máxima densidad. Pero la demografía en sí crea una segunda fuerza porque, *caeteris paribus*, la gente prefiere espacios abiertos y amplios a notar el codo de otro en la oreja. Así que existe la tendencia contraria, es decir, a que la población se esparza por el paisaje en una especie de muerte térmica cultural. La interacción entre estas dos fuerzas genera las ecuaciones diferenciales de un proceso de reacción-difusión. La población se acumula en los emplazamientos de equilibrio, que se distribuyen por tamaño según la ley de rangos de Zipf. Cada asentamiento genera un campo potencial cultural cuya fuerza es proporcional a su riqueza y

población y que disminuye proporcionalmente al cuadrado de la distancia. Geográficamente, esos asentamientos y sus tierras adyacentes forman pautas hexagonales llamadas redes de Christaller. *Ert, Nagy kisasszony?*

—*Ertek jol, Schwoerin ur*—respondió ella. Sharon no estaba convencida del todo, pero si se lo discutía se enzarzarían toda la noche en la conversación y nunca volvería al espacio Janatpour. Además, el modelo explicaba aquella notable consistencia de pautas de asentamiento. Frunció los labios. Si no tenía cuidado, se vería arrastrada a resolver el problema de Tom en vez del suyo—. ¿Entonces, dónde encaja ese Eifelheim tuyo?

Tom hizo un gesto de desestimación.

—No encaja. —Hizo aparecer otro mapa en la pantalla—. Aquí está la Selva Negra. ¿Notas algo raro?

Después de ver todos aquellos mapas, la celdilla vacía le saltó a la vista. Sharon tocó la pantalla pasando el dedo de aldea en aldea. Bärenthal, Oberreid, Hinterzarten, St. Wilhelm... Todos los caminos giraban alrededor del espacio en blanco, algunos se doblaban sobre sí mismos para evitarlo. Tom tenía razón. *Tendría que haber habido una población allí.*

—Eso es Eifelheim —anunció Tom amargamente.

—El pueblo que no estaba —murmuró ella—. Pero ¿cómo puede una población que no está tener nombre siquiera?

—Del mismo modo que el pueblo elamita tenía uno. Hay suficientes referencias en vanas fuentes para triangular su emplazamiento. *Attendez.* —Introdujo otra orden—. La misma región, en la Baja Edad Media, reconstruida a partir de fotos del LANDSAT. —Ladeó la cabeza—. *C'est drôle, ma chérie.* De cerca, no se ve nada; sin embargo, desde kilómetros de altura, los fantasmas de las aldeas desaparecidas destacan claramente. —Miró la pantalla y señaló—. Ahí está Eifelheim.

El puntito ocupaba la casilla anteriormente vacía.

—Entonces no lo entiendo. Has descubierto otra «ciudad perdida», como en Sumeria.

Pero Tom negó con la cabeza.

—No —dijo apenado, mirando la pantalla—. Los asentamientos se abandonan porque su afinidad decrece o porque la tecnología hace que las distancias no sean lo mismo. Las minas de plata se agotan o una autopista atraviesa la zona. No es este el caso. La afinidad tendría que haber hecho que un «pueblo posterior» se fusionara al cabo de una generación en algún lugar de ese hexágono. Bagdad reemplazó a Seleucia, Babilonia y Acad en el mismo hexágono, en Mesopotamia.

—¿Te indican tus fotos satélite cuándo desapareció ese Eifelheim?

—Por eliminación, supongo que en la Alta Edad Media, probablemente durante la Peste Negra. La pauta de uso de las tierras cambia a partir de entonces.

—¿No se despoblaron muchos sitios entonces? He leído en alguna parte que murió un tercio de la población de Europa.

Ella creía haber explicado algo, haber visto algo que Tom había pasado por alto. Ningún campo del conocimiento es tan transparente como el de otro.

Tom ignoró su comentario triunfal.

—Sí —dijo sin hacerle caso—, y en Oriente Medio también. Ibn Jaldún escribió que... Bueno, hicieron falta doscientos años para que la densidad de población fuera de nuevo la de los tiempos medievales, pero todas las aldeas abandonadas fueron reocupadas o sustituidas por un nuevo asentamiento cercano. *Você acredita agora?* Allí vivió gente durante más de cuatrocientos años, y luego... no volvió a vivir nadie más.

Ella se estremeció. Por la forma en que Tom lo decía, no parecía natural.

—El lugar se convirtió en tabú —continuó él—. En 1702, el mariscal Villars se negó a pasar por allí con su ejército para reunirse con sus aliados bávaros.

Tom abrió una delgada carpeta y leyó un papel.

—Esto es lo que escribió al elector: «*Cette vallée de Neustadt quevous me proposez. C'est le chemm qu'on apelle le Val d'Enfer. Que Votre Altesse me pardonne l'expression: je ne suis pas diable pour y passer*». Esta fue la ruta que rechazó, a través del Höllenthal: el valle del Infierno. Siguió con el dedo una ruta en el mapa de la pantalla, hacia el noreste, desde Falkenstein hasta más allá de Eifelheim, al pie del Feldberg.

—Ni siquiera había un camino que atravesara esa selva hasta que los austríacos construyeron uno en 1770... para que María Antonieta pudiera viajar a Francia cómodamente, cosa que resultó ser una mala idea. Incluso después de construido el camino, era difícil viajar por allí. La retirada de Moreau por ese valle fue una hazaña tal que, cuando por fin salió de él, lo consideró casi una victoria. Y luego aquí... —Rebuscó de nuevo en la carpeta—. Tengo una copia de una carta de un viajero inglés llamado Hughes, que en 1900 escribe: «Continué hasta Himmelreich, para que la noche no me sorprendiera en el maligno territorio de Eifelheim». Está siendo un poco sarcástico: el típico inglés eduardiano burlándose de los «pintorescos» cuentos populares alemanes. Pero, fíjate, no se quedó a pasar la noche. Y Anton Zaengle (ya recuerdas a Anton), me envió un recorte de periódico que... Toma, léelo tú misma. —Le tendió la carpeta—. Adelante. Es el primero.

Si algo se aprende en cosmología, es que el camino más corto no siempre es la línea recta. Dentro de la carpeta Sharon encontró un recorte del *Freiburger Wochenbericht* junto con su traducción al inglés.

#### CULTO A DRÁCULA ENCUENTRA NUEVA TUMBA

*(Friburgo i/Br). Aunque los oficiales lo consideran una pura superstición, algunos soldados norteamericanos de maniobras en la zona creen haber encontrado la tumba del conde Drácula, a cientos de kilómetros de Transilvania. Un portavoz de la Tercera División de Infantería Norteamericana reconoció que*

algo a caballo entre el culto y la moda acerca de una lápida medieval decorada con la talla de un rostro demoníaco se ha extendido entre los soldados.

La tumba se encuentra en una región de la Selva Negra llamada Eifelheim.

La región es un denso bosque y los soldados se niegan a divulgar la localización exacta de la tumba con el argumento de que la curiosidad de los turistas ofendería a su ocupante. Esto conviene a los granjeros de las cercanías, que temen de un modo supersticioso el lugar.

A Monseñor Heinrich Lurm, portavoz de la diócesis de Friburgo de Bisgrovía, le preocupa que los buscadores de curiosidades puedan profanar el cementerio, a pesar de sus siglos de antigüedad. «Supongo que no se puede impedir que estos jóvenes creen lo que quieren creer —dijo—. Los hechos son mucho menos emocionantes que las fábulas».

Monseñor también restó importancia a la posible relación entre la talla que los soldados han descrito y las historias locales de monstruos voladores llamados Krenkl. «Después de unos cientos de años de viento y lluvia, mi rostro no tendría tampoco buen aspecto. Si los soldados americanos contemporáneos pueden inventar historias sobre una talla, también pudieron hacerlo los campesinos alemanes».

Sharon le devolvió el recorte.

—Aquí está tu respuesta. *Krenkl*. Tienen su propia versión del demonio de Jersey revoloteando por allí.

Él le dedicó una mirada compasiva.

—Sharon, es la Selva Negra. Hay en ella más demonios, fantasmas y brujas por kilómetro cuadrado que en ningún otro lugar del planeta. Estos «*Krenkl* voladores de Eifelheim» van de la mano del «demonio de Feldberg» y el «púlpito del diablo» y los refugios de brujas de Kandel y la cueva secreta de Tannhäuser y de todo lo demás. No, *Schatzi*. La historia se desarrolla por fuerzas materiales, no por creencias místicas. El abandono fue el origen de las historias, no al contrario. La gente no se despierta una mañana y decide de repente que el lugar en el que lleva viviendo cuatro siglos está de pronto *verboten*. *Das ist Unsimi*.

—Bueno... La Peste Negra...

Tom se encogió de hombros.

—Pero la peste hizo «causa común». Asoló todas las poblaciones. Sea cual sea la respuesta, tiene que explicar no solo por qué Eifelheim fue abandonada para siempre, sino por qué solo lo fue Eifelheim. —Se frotó los ojos—. El problema es que no hay datos. *Nada*. *Nichts*. *Nichto*. *Nincs*. Unas cuantas fuentes secundarias, nada contemporáneo a los hechos. La referencia más antigua que he encontrado es un tratado teológico sobre meditación, escrito tres generaciones más tarde. Está ahí. —

Indicó con un dedo la carpeta.

Sharon vio una imagen escaneada de un manuscrito en latín. Ocupaba casi toda la página una D capitular rodeada por una greca de parras entrelazadas siguiendo una pauta compleja interrumpida aquí y allá por hojas y bayas, extraños triángulos y otras figuras geométricas. Una vaga sensación de *déjà vu* se apoderó de ella mientras la estudiaba.

—No es demasiado bonita —dijo.

—Feísima —dijo Tom—. Y el contenido es aún peor. Se titula «El alcance de otro mundo por medio de la búsqueda interior». *GottesHimmel*, no estoy bromeando. Un rollo místico sobre una «Trinidad de Trinidades» y cómo Dios puede estar en todas partes en cualquier momento, «incluidos momentos y lugares que no podemos conocer excepto mirando en nuestro interior». ¡Pero...! —Tom alzó el dedo índice—: el autor atribuye las ideas, cito textualmente, «al viejo cantero Seybke, cuyo padre conoció personalmente al último pastor del lugar que llamamos Eifelheim». Fin de la cita. —Se cruzó de brazos—. ¿Qué te parece como dato de primera mano?

—Qué forma tan curiosa de expresarlo. «El lugar que llamamos Eifelheim». — Sharon pensaba que Tom estaba alardeando, además de quejándose, como si hubiera acabado por amar aquella pared de ladrillo contra la que se daba cabezazos. Le recordaba a su madre, quejándose constantemente de su salud. No le gustaba estar enferma, pero no dejaba de enorgullecerse de lo insoportables que eran sus enfermedades.

Sharon repasó las páginas, preguntándose si había algún modo de hacer salir a Tom del apartamento. No paraba de dar vueltas a lo mismo y le amargaba la vida. Le devolvió la carpeta.

—Necesitas más datos.

—*Bozhe moi*, Sharon. *Ya nye durák!* ¡Dime algo que no sepa! He buscado y buscado. CLIO ha seguido todas las referencias a Eifelheim que hay en la red.

—Bueno, no todo está en la red —replicó ella—. ¿No hay viejos papeles polvorientos en archivos y almacenes de bibliotecas que nadie ha leído, mucho menos escaneado. Creía que eso era lo que hacíais los historiadores antes de tener ordenadores... Echar raíces junto a estantes polvorientos, quitar telarañas.

—Bueno... —dijo él, dudoso—. Todo lo que no esté *on-line* puede ser escaneado a petición...

—Eso es si sabes que el documento existe. ¿Y el material que no está catalogado? Tom frunció los labios y la miró. Asintió lentamente.

—Había unos cuantos artículos sin importancia —admitió—. En su momento no parecieron demasiado prometedores, pero ahora... Bueno, como dicen: *Cantabit vaceus coram latrone viator*. —Le sonrió—. «Un hombre sin blanca canta antes que un ladrón» —explicó—. Como yo, ¿qué puede perder?

Se acomodó en su asiento y miró al techo, pellizcándose ausente el labio inferior. Sharon sonrió para sí. Conocía esa costumbre. Tom no estaba mal, pero era como una



motocicleta vieja. Había que darle una buena patada para que arrancara.

Más tarde, cuando Tom se marchó a la biblioteca, Sharon advirtió la pantalla de CLIO todavía encendida y suspiró, exasperada. ¿Por qué Tom lo dejaba todo encendido siempre que salía? Ordenadores, luces, aparatos de música, televisores. Dejaba una estela de electrodomésticos en marcha tras de sí dondequiera que fuese.

Cruzó la habitación para apagar el PC, pero se detuvo con el dedo sobre la indicación del camino mientras contemplaba la celdilla vacía. Eifelheim... Un siniestro agujero negro rodeado por una constelación de poblaciones vivas. Algo horrible debía de haber sucedido allí una vez. Algo tan perverso que siete siglos más tarde la gente lo rehuía y había olvidado por qué.

Bruscamente, se apartó de la máquina. «*No seas tonta*», se dijo. Pero eso le recordó algo que había dicho Tom. Y eso a su vez la hizo dudar. ¿Y si...? Y nada volvió a ser igual.

## II

### AGOSTO DE 1348

*Hora prima, en la conmemoración  
de Sixto II y sus diáconos.*

Cuando salió de la iglesia, Dietrich se encontró Oberhochwald hecho un caos: los tejados de paja caídos; los goznes de los postigos sueltos; las ovejas dando vueltas en los rediles y balando a la puerta del prado. Las mujeres gritaban o abrazaban a niños que sollozaban. Los hombres discutían y señalaban. Lorenz Schmidt estaba en la puerta de su fragua, con un martillo en la mano, buscando con los ojos un enemigo a quien golpear.

Dietrich inhaló el olor polvoriento y apremiante del humo. Desde el pórtico, donde podía ver el otro extremo de la aldea, vio techos de paja ardiendo. Más lejos, al otro lado del prado, nubes negras se congregaban sobre el Bosque Grande donde antes había estado el lustroso resplandor. Gregor Mauer, subido a una mesa, en su patio, gritaba y señalaba hacia el molino. Sus hijos, Gregerl y Seybke, corrían cargados con cubos. Theresia Gresch iba de casa en casa, enviando a la gente al arroyo. Al otro lado de la carretera de Oberreid, el puente levadizo del castillo de Manfred se alzó con un crujido de cadenas y un pelotón de soldados bajó corriendo la colina.

—Es la ira del infierno —dijo Joachim. Dietrich se volvió para mirar al joven que se apoyaba en la jamba de la puerta. El águila de san Juan sobresalía de la madera, junto a él, con el pico y los espolones listos para el ataque. Los ojos de Joachim estaban muy abiertos de miedo y satisfacción.

—Ha sido el rayo —dijo Dietrich—. Ha incendiado algunas casas.

—¿El rayo? ¿Sin una sola nube en el cielo? ¿Habéis perdido la razón?

—¡Entonces habrá sido el viento, que ha derribado lámparas y velas! —Dietrich, agotada la paciencia, agarró a Joachim por el brazo y lo empujó colina abajo hacia la aldea—. Rápido. Si las llamas se extienden, todo el pueblo arderá.

Dietrich se subió los hábitos hasta las rodillas y se unió a la multitud que corría hacia el estanque del molino.

El minorita se cayó a mitad de camino.

—Ese fuego no es natural —dijo cuando Dietrich lo adelantaba. Luego se dio la vuelta y regresó arrastrándose a la iglesia.

Las viviendas de los *Gärtners*, unas pobres chozas, estaban rodeadas por las llamas y la gente había renunciado a la idea de salvarlas. Max Schweitzer, el sargento del castillo, organizaba filas para llevar cubos de agua desde la acequia hasta las casas incendiadas de los propietarios. Los animales sueltos ladraban y bufaban y corrían locos de pánico. Una cabritilla iba hacia el camino, perseguida por Nickel

Langermann. Schweitzer sostenía una vara en la mano derecha y apuntaba aquí o allá, dirigiendo la acción. ¡Más cubos a la casa de Feldmann! ¡Más cubos! Golpeó la vara contra su bota de cuero y agarró a Langermann por el hombro para dirigirlo de vuelta al fuego.

Sepl Bauer, encaramado en la viga del tejado de la casa de Ackermann, lanzó un cubo vacío y Dietrich lo agarró al vuelo, se abrió paso entre la maleza y los hierbajos que rodeaban el estanque hasta la cabeza de la fila de cubos, donde encontró a Gregor y Lorenz metidos en el agua hasta las rodillas, llenando cubos y pasándolos a tierra. Gregor se detuvo y se pasó un brazo por la frente, manchándose de barro. Dietrich le tendió el cubo vacío. El cantero lo llenó y se lo devolvió. Dietrich lo pasó cuando el siguiente de la fila le dejó sitio.

—Este incendio no es natural —murmuró Gregor mientras sacaba otro cubo del agua. A su lado, Lorenz le indicó con la mirada que se daba por enterado, pero el herrero mantuvo silencio.

La gente que había cerca también le dirigió miradas furtivas. Sacerdote sagrado, ungido. Él conocería las respuestas. ¡Lanzaría anatemas contra las llamas! ¡Agitaría ante ellas una reliquia de santa Catalina! Durante un momento Dietrich se enfureció y anheló el frío racionalismo escolástico de París.

—¿Por qué dices eso, Gregor? —preguntó mansamente.

—Nunca en mi vida había visto cosa semejante.

—¿Has visto alguna vez a un turco?

—No...

—¿Son los turcos sobrenaturales?

Gregor frunció el ceño, captando un fallo en el argumento pero incapaz de desentrañarlo. Dietrich pasó el cubo, luego se volvió hacia Gregor con las manos tendidas, esperando.

—Puedo crear una versión más modesta del mismo relámpago solo con el pelaje de un gato y ámbar —le dijo, y el cantero gruñó, sin comprender la explicación, pero consolándose con la existencia de una explicación.

Dietrich se sumergió en el ritmo del trabajo. Los cubos pesaban y las asas de cuerda le desollaban las palmas de las manos, pero el temor por los misteriosos acontecimientos de la mañana había sido sofocado por el miedo natural al incendio y la urgente y familiar tarea de combatirlo. El viento cambió y Dietrich tosió cuando el humo lo envolvió momentáneamente. Una interminable sucesión de cubos pasó por sus manos, y empezó a imaginarse a sí mismo como una pieza de engranaje en una compleja bomba de agua compuesta de músculos humanos. Sin embargo, los artesanos podían liberar a los hombres de ese tipo de trabajo embrutecedor. Existían las levas y las manivelas de dientes afilados. Si los molinos podían ser impulsados por el agua y el viento, ¿por qué no una fila de cubos? Si alguien hubiese podido...

—El fuego está apagado, pastor.

—¿Qué?

—El fuego está apagado —dijo Gregor.

—Oh.

Dietrich salió de su ensimismamiento. A lo largo de toda la fila, hombres y mujeres cayeron de rodillas. Lorenz Schmidt alzó el último cubo y se lo echó por encima de la cabeza.

—¿Qué daños hay? —preguntó Dietrich. Se sentó entre los juncos de la orilla del estanque, demasiado cansado para subir la cuesta y verlo con sus propios ojos.

El maestro cantero sacó provecho de su altura. Se cubrió los ojos para protegerse del sol y estudió la escena.

—Se han perdido las cabañas —dijo—. Habrá que sustituir el tejado de Bauer. Ackermann ha perdido su casa por completo. Los dos Feldmann, también. Cuento... cinco viviendas destruidas, posiblemente el doble dañadas. Y los edificios exteriores también.

—¿Algún herido?

—Unas cuantas quemaduras, por lo que puedo ver —dijo Gregor. Luego se echó a reír—. Y el joven Sepl se ha quemado el fondillo de los pantalones.

—Entonces tenemos mucho que agradecer. —Dietrich cerró los ojos y se persignó. «Oh, Señor, que no sufres porque los que tienen fe en ti estén demasiado afligidos sino que escuchas atentamente sus plegarias, te damos gracias por haber oído nuestras peticiones y habernos concedido nuestros deseos. Amén».

Cuando abrió los ojos, vio que todos se habían congregado en el estanque. Algunos chapoteaban en el agua y los niños más pequeños, que no comprendían lo cerca que habían estado del desastre, aprovechaban la oportunidad para nadar.

—Tengo una idea, Gregor. —Dietrich se examinó las manos. Tendría que preparar un unguento cuando volviera a casa o le saldrían ampollas. Theresia los preparaba también, pero probablemente iría escasa de remedios aquel día y Dietrich había leído a Galeno en París.

El cantero se sentó a su lado. Se frotó las manos lentamente, palma contra palma, observándoselas con el ceño fruncido, como buscando signos y portentos entre las cicatrices y los nudillos hinchados. Le faltaba el dedo meñique de la mano izquierda, que había perdido en un accidente hacía tiempo. Sacudió la cabeza.

—¿Qué?

—Unir los cubos a un cinturón movido por la noria de Klaus Müller. Solo hace falta el permiso de *Herr* Manfred y el servicio de un maestro hábil para manejar la manivela. No. Un cinturón no. Un fuelle. Y una bomba, como la que se usa en Joachimstal.

Gregor frunció el ceño y volvió la cabeza para poder ver la noria de Klaus Müller, situada más abajo, en el estanque. El cantero arrancó un junco y lo sostuvo a la distancia de un brazo.

—La noria de Müller está desequilibrada —dijo, mirando a lo largo de la caña—. ¿Por ese extraño viento, quizá?

—¿Has visto alguna vez una bomba de agua? —le preguntó Dietrich—. La mina de Joachimstal está en la cima de la montaña, pero los mineros han ideado un entramado de varas de madera que sube por la falda desde el arroyo. Obtiene su energía de una noria, pero una leva traslada el movimiento circular de la noria al entramado de un lado a otro. —Movi6 las manos en el aire, tratando de ilustrar para Gregor los movimientos—. Y ese ir de un lado a otro hace que la bomba funcione en la mina.

Gregor se abraz6 las rodillas.

—Me gusta cuando comentáis esas locas ideas vuestras, pastor. Deberíais escribir fábulas.

Dietrich gruñó.

—No son fábulas, sino hechos. ¿Habría tanto papel sin norias que golpeen la pulpa? Hace veinticinco años que se ideó una leva para impulsar un fuelle y, últimamente, he oído que un artesano de Lieja ha unido fuelles a un horno y ha creado una especie de horno de hierro..., uno que usa una corriente de aire. Lleva ocho años fundiendo acero en el norte.

—Son tiempos maravillosos —reconoció Gregor—. Pero ¿qué hay de vuestra fila de cubos?

—¡Es sencillo! Hay que equipar el fuelle para que eche agua en vez de aire y unirlo a una bomba, como en Joachimstal. Unos cuantos hombres sujetando ese sifón podrían dirigir un chorro continuo de agua contra un incendio. No habría necesidad de filas de cubos ni...

Gregor se echó a reír.

—Si esa máquina fuera posible, alguien la habría construido ya. Nadie lo ha hecho, así que debe de ser imposible. —Gregor se pasó la lengua por el interior de la mejilla y reflexionó—. Ahí está. Eso era lógica, ¿no?

—*Modus tollens* —reconoció Dietrich—. Pero tu premisa básica es err6nea.

—¿Lo es? No sería yo un buen sabio... Todas esas cosas son un misterio para mí. ¿Cuál es la premisa básica?

—La inicial.

—¿En qué es err6nea? Los romanos y los griegos eran listos. Y los sarracenos, aunque sean paganos. Vos mismo lo dijisteis. ¿Cómo se llamaba aquello? Lo que hacen con los números.

—*Al-jabr*. La cifra.

—Álgebra. Eso es. Y luego está ese tipo genovés que cuando yo era aprendiz en Friburgo decía que había ido y vuelto de Catay. ¿No describía artes que había visto allí? Bueno, lo que quiero decir es que todos ellos son gente lista, cristiana, infiel y pagana, antigua y moderna, que ha inventado cosas desde el principio del mundo. ¿Cómo podrían haber pasado por alto algo tan simple como lo que decís?

—Habría dificultades con los detalles. Pero hazme caso: un día, todo el trabajo lo harán máquinas eficientes y la gente será libre para contemplar a Dios y dedicarse a

la filosofía y las artes.

Gregor agitó una mano.

—O para afrontar problemas. Bueno. Supongo que todo es posible si pasamos por alto los detalles. ¿No me dijisteis que alguien le había prometido al rey de Francia una flota de carros de guerra impulsados por el viento?

—Sí, Guido da Vigevano le dijo al rey que con carretas equipadas con velas como un barco...

—¿Y el rey de Francia las ha usado en esa nueva guerra suya contra los ingleses?

—No que yo sepa.

—A causa de los detalles, supongo. ¿Qué hay de las cabezas parlantes? ¿Quién fue ese?

—Roger Bacon, pero es solo una leyenda.

—Eso es. Ahora me viene a la memoria el nombre. Si alguien creara de verdad esa cabeza parlante, Everard la usaría para llevar mejor las cuentas de nuestras rentas y deberes. Luego, toda la aldea se enfadaría con vos.

—¿Conmigo?

—Bueno, Bacon está muerto.

Dietrich se echó a reír.

—Gregor, cada año ve un artefacto nuevo. Hace solo veinte años que los hombres descubrieron las lentes para leer. Incluso hablé con el hombre que las inventó.

—¿Sí? ¿Qué clase de mago era?

—Ningún mago. Solo un hombre, como tú o como yo. Un hombre que se cansó de forzar los ojos delante de su libro de oración.

—Un hombre como vos, entonces —reconoció Gregor.

—Era franciscano.

—Oh —asintió Gregor, como si eso lo explicara todo.

Los aldeanos llevaron a casa sus cubos y rastrillos, o rebuscaron entre las vigas calcinadas y los techos de paja humeante algo que salvar de las ruinas. Langermann y los otros *Gärtners* no se molestaron. Había muy poca cosa en sus chozas para que mereciera la pena remover las cenizas. Sin embargo, Langermann había recuperado su cabra. Las vacas del establo, todavía por ordeñar, se quejaban sin comprender nada. Dietrich vio a fray Joachim, ennegrecido por el humo y agarrando un cubo, y corrió tras él.

—Joachim, espera. —Lo alcanzó en unos pocos pasos—. Diremos una misa como acción de gracias. *Spiritus Domini*, puesto que el altar ya está vestido de rojo. Pero retrasémoslo hasta vísperas, para que todos puedan descansar del trabajo.

El rostro manchado de hollín de Joachim no mostró emoción alguna.

—Vísperas, pues. —Se dio media vuelta, y de nuevo Dietrich lo agarró por la manga.

—Joachim. —Vaciló—. Antes he pensado que habías huido. El minorita lo miró

envarado.

—Fui por esto —dijo, agitando el cubo.

—¿El cubo?

Se lo tendió a Dietrich.

—Agua bendita. Por si las llamas eran diabólicas.

Dietrich miró en el cubo. Había un residuo de agua en el fondo. Se lo devolvió al monje.

—Y cuando las llamas resultaron ser materiales, después de todo...

—Bueno, pues un cubo de agua más para combatir las.

Dietrich se echó a reír y le dio a Joachim una palmada en el hombro. A veces el emotivo joven le sorprendía.

—¿Ves? Entiendes algo de lógica.

Joachim señaló con un dedo.

—¿Y quién dice la lógica que cargó con los cubos que han extinguido el fuego del Bosque Grande?

Una fina columna gris se alzaba sobre el bosque.

Dicho esto, continuó camino de la iglesia, y esta vez Dietrich lo dejó marchar. Dios había enviado a Joachim por algún motivo. Algún tipo de prueba. Había ocasiones en que envidiaba al minorita sus éxtasis, los gritos de alegría que pronunciaba en presencia de Dios. El deleite que Dietrich sentía por la razón parecía exangüe en comparación.

Dietrich habló con quienes habían perdido sus hogares. Félix e Ilse Ackermann se quedaron mirándolo, aturcidos. Habían metido todo lo que habían conseguido rescatar de las ruinas en dos saquitos, que Félix y su hija Ulrike llevaban a la espalda. La pequeña Maria agarraba una muñeca de madera, ennegrecida y cubierta por un harapo chamuscado. Parecía uno de esos hombres africanos que los sarracenos vendían en los mercados de esclavos por todo el Mediterráneo. Dietrich se agachó junto a la niña.

—No te preocupes, pequeña. Te quedarás con tu tío Lorenz hasta que la aldea pueda ayudar a tu padre a construir una casa nueva.

—Pero ¿quién hará sanar a Anna? —preguntó Maria, alzando la muñeca.

—Me la llevaré a la iglesia y veré qué puedo hacer. —Trató de soltar con suavidad la muñeca de la firme tenaza de la niña, pero al final tuvo que obligarla a abrir los dedos.

—¡Muy bien, indignos hijos de esposas infieles! ¡Volved al castillo! ¡No os quedéis aquí! Ya habéis salido de la rutina y os habéis dado un baño en el estanque... ¡Ya era hora, por cierto! ¡Pero todavía hay trabajo que hacer!

Dietrich se hizo a un lado y dejó pasar a los soldados.

—Dios os bendiga a ti y a tus hombres, sargento Schweitzer —dijo.

El sargento se persignó.

—Buenos días, pastor. —Indicó el castillo con un gesto de cabeza—. Everard nos

envió a combatir el incendio.

Maximilan Schweitzer era un hombre pequeño y ancho de hombros que recordaba a Dietrich el tocón de un árbol. Había llegado del país alpino hacía unos años para vender su espada y *Herr* Manfred lo había contratado para que se encargara de sus soldados de infantería y combatiera a los forajidos de los bosques.

—Pastor, ¿qué...? —El sargento frunció de pronto el ceño y miró a sus hombres—. Nadie os ha dicho que escuchéis. ¿Es que os tengo que llevar de la mano? Solo hay una calle en esta aldea. El castillo está en un extremo y vosotros estáis en el otro. ¿No podéis deducir el resto vosotros solos?

Andreas, el cabo, gritó una orden y se pusieron en marcha. Schweitzer los vio marchar.

—Son buenos chicos —le dijo a Dietrich—, pero necesitan disciplina. —Se tiró del jubón de cuero para ajustárselo—. Pastor, ¿qué ha pasado hoy? Toda la mañana he tenido la sensación de... Como si esperara una emboscada pero no supiera cuándo ni dónde. Ha habido una pelea en la sala de guardia y el joven Hertl se ha puesto a llorar sin motivo alguno. Y cuando echábamos mano al cuchillo o el casco... a cualquier cosa que fuera de metal, sentíamos un dolor breve y punzante que...

—¿Ha habido algún herido?

—¿Por un dardo tan pequeño? No en el cuerpo, ¿pero quién sabe qué daño habrá causado en el alma? Algunos de los muchachos de esta zona del bosque dicen que era una flecha de elfo.

—¿Una flecha de elfo?

—Son flechas pequeñas, invisibles, que disparan los elfos. ¿Y bien?

—Bueno, esa hipótesis «salva las apariencias», tal como requiere Buridan, pero estás creando entidades sin necesidad.

Schweitzer frunció el ceño.

—Si es una burla...

—No, sargento. Estaba recordando a un amigo mío de París. Decía que cuando intentamos explicar algo misterioso, no deberíamos sugerir nuevas entidades para hacerlo.

—Bueno... los elfos no son nuevas entidades —insistió Schweitzer—. Llevan pululando por el bosque desde que yo era joven. Andreas es del valle del Murg y dice que pueden haber sido los *Gnurr*, que nos han jugado alguna mala pasada. Y Franzl *Nariz-larga* dice que han sido los *Aschenmännlein* del bosque de Siegmann.

—La imaginación de los suabos es maravillosa —dijo Dietrich—. Sargento, lo sobrenatural se encuentra siempre en cosas pequeñas. En un trozo de pan. En la amabilidad de un desconocido. Y el demonio se revela en malvadas y sutiles transacciones. Todos esos temblores de esta mañana, y el viento que aullaba y el estallido de luz..., todo ha sido demasiado dramático. Solo la naturaleza es tan teatral.

—Pero ¿qué lo causó?



—Las causas son un misterio, pero sin duda materiales.

—¿Cómo podéis estar tan...? —Max calló y se subió al puente de madera que cruzaba el arroyo, junto al molino. Y se volvió hacia el bosque.

—¿Qué pasa? —preguntó Dietrich. El sargento sacudió la cabeza.

—Esa bandada de grajos. De pronto ha levantado el vuelo desde el claro del bosque. Algo se mueve allí.

Dietrich se cubrió los ojos y miró hacia donde señalaba el suizo. El humo flotaba perezoso en el aire, como hebras de lana cardada. Los árboles, en la linde del bosque, proyectaban sombras oscuras que el sol de la mañana no conseguía dispersar. En la mezcla de blanco y negro, Dietrich detectó movimiento, aunque a esa distancia no pudo captar ningún detalle. La luz parpadeaba, como se ve a veces cuando el sol resplandece en el metal.

Dietrich se protegió los ojos.

—¿Es una armadura?

Max hizo una mueca.

—¿En el bosque del *Herr*? Eso sería muy osado, incluso para Von Falkenstein.

—¿Lo sería? El antepasado de Falkenstein vendió su alma al diablo para escapar de una prisión sarracena. Ha robado a monjas y peregrinos. No creo que eso lo frenara.

—Cuando el barón estuviese demasiado enfadado —convino Max—. Pero la garganta es un camino demasiado difícil. ¿Por qué iba enviar Philip a sus hombres ahí arriba? Para nada bueno, desde luego.

—¿Lo haría Von Scharfenstein? —Señaló vagamente hacia el sudeste, donde otro barón ladrón tenía su nido.

—*Burg Scharfenstein* ha sido tomado, ¿no os habéis enterado? Su señor encarceló a un mercader de Basler para pedir rescate, y ese fue su fin. El sobrino del hombre fingió ser un famoso mercenario de quien habían oído hablar y fue a verlos contándoles que sería fácil conseguir botín en el valle del Wiesen. Bueno, la avaricia embrutece a la gente, así que lo siguieron... y se toparon con una emboscada preparada por la milicia de Basler.

—Una buena lección.

Max sonrió como un lobo.

—«No hagas enfadar a los suizos».

Dietrich estudió el bosque una vez más.

—Si no son caballeros ladrones, entonces serán hombres sin tierra, obligados a cazar furtivamente en el bosque.

—Tal vez —concedió Max—. Pero son las tierras del señor.

—Y entonces ¿qué harás? ¿Salir a perseguirlos?

El suizo se encogió de hombros.

—Tal vez Everard los contrate para la siega. ¿Por qué buscarse problemas? El señor volverá dentro de unos días. Ya está harto de Francia, o eso dice en su mensaje.

Le preguntaré su opinión. —Siguió contemplando el bosque—. Allí había un brillo extraño antes del amanecer. Luego, el humo. Supongo que me diréis que ha sido también la «naturaleza».

Se dio media vuelta y se marchó, tocándose el gorro al pasar junto a Hildegarde Müller.

Dietrich no vio ningún otro movimiento entre los árboles. Tal vez no había visto nada antes, solo los retoños cimbreándose en el bosque.

### III

## AGOSTO DE 1348

*Completas, en la vigilia de San Lorenzo*

—*Dispersit* —dijo Dietrich—. *Dedit pauperibus; justitia ejus manet in saeculum saeculi: cornu ejus exaltabitur in Gloria.*

Joachim le respondió:

—*Beatus vir, qui timet Dominum; in mandates ejus cupit nimis.*

—*Gloria Patri et Filio et Spintui Sancti.*

—Amén —dijeron ambos al unísono, sin otro eco por parte de la congregación que el de Theresia Gresch, arrodillada sobre las piedras de la nave a la luz de las velas. Pero Theresia era una presencia tan constante en la iglesia como las estatuas de las hornacinas.

Solo había dos tipos de mujeres tan fervorosas en su devoción: las locas y las santas, aunque no eran dos especies muy alejadas entre sí. Hay que estar un poco loco para ser santo, al menos tal como entiende el mundo la locura.

Theresia tenía el rostro suave y redondo de una doncella, aunque Dietrich la conocía desde hacía veinte años. Que él supiera, nunca había estado con un hombre, y en efecto hablaba con sencillez e inocencia. En ocasiones, Dietrich sentía celos, pues el Señor había abierto las puertas del cielo a aquellos que eran como niños pequeños.

—«... de la opresión de la llama que me rodeaba —leyó Joachim del Libro de la Sabiduría— y en medio del fuego no me quemé...».

Dietrich dio gracias en silencio por haber sido salvados del fuego tres días antes. Solo Rudolf Pforzheimer había muerto. Su anciano corazón se había parado cuando la esencia elektronik estaba en su apogeo.

Dietrich trasladó el libro al otro lado del altar y leyó el Evangelio de Mateo, concluyendo:

—«Si alguien quiere venir conmigo, que coja lo que tiene y se lo dé a los pobres».

—Amén —exclamó Joachim.

—Na, Theresia —dijo Dietrich mientras cerraba el libro y ella se sentaba sobre sus talones para escucharlo con sonrisa carente de toda culpa—. Solo unas cuantas fiestas tienen vigilia nocturna. ¿Por qué está la de San Lorenzo entre ellas?

Theresia sacudió la cabeza, lo cual significaba que se acordaba, pero prefería que Dietrich se lo dijera.

—Hace unos cuantos días, recordamos al papa Sixto II, que fue asesinado por los romanos mientras cantaba misa en las catacumbas. Sixto tenía siete diáconos. Cuatro murieron con él en la misa y a otros dos que fueron perseguidos los mataron el mismo día. Por eso decimos «Sixto y sus compañeros». Lorenzo fue el último de los

diáconos y eludió la captura durante varios días. Sixto le había entregado las posesiones de la Iglesia para que las guardara..., incluyendo, dicen, la copa de la que bebió Nuestro Señor en la Última Cena y que los papas habían usado hasta entonces para decir misa. Lorenzo las distribuyó entre los pobres. Cuando los romanos lo encontraron y le ordenaron que entregara las riquezas de la Iglesia, Lorenzo los llevó a los suburbios de la ciudad y les mostró a los pobres, señalando...

—¡Ahí están las riquezas de la Iglesia! —exclamó Theresia, y dio una palmada—. ¡Oh, me encanta esa historia!

—Ojalá les gustara tanto a más papas y obispos —murmuró Joachim. Entonces, al escucharse a sí mismo, continuó con más fuerza—: ¡Recuerda lo que escribió Mateo del camello y el ojo de la aguja! Algún día, oh, mujer, puede que los artesanos creen una aguja singularmente grande. En algún lugar de la lejana Arabia tal vez viva un camello diminuto. Sin embargo, el significado implícito de las palabras del Maestro es el siguiente: los ricos y los obispos, aquellos que comen en mesas repletas, que sientan sus posaderas en cojines de seda, no son nuestros guías morales. ¡Mira al sencillo carpintero! Y mira a Lorenzo, que sabía dónde estaba el auténtico tesoro: donde el ladrón no puede robar ni los ratones consumir. ¡Benditos sean los pobres! ¡Benditos sean los pobres!

Exaltaciones como esa habían hecho que se recelara mucho de la orden de Joachim. Los conventuales habían repudiado a sus hermanos por ello, pero los espirituales no se mordían la lengua. Algunos habían muerto en la hoguera, otros habían huido en busca de la protección del kaiser. Cuánto mejor era, pensaba Dietrich, pasar completamente inadvertido. Alzó los ojos al cielo y algo pareció moverse entre las sombras producidas por las velas en las vigas y travesaños del techo de la iglesia. Un pájaro, tal vez.

—Pero la pobreza no es suficiente mérito —le advirtió Dietrich a Theresia—. Muchos *Gärtners* en sus chozas aman más las riquezas que un señor generoso de mano abierta. El bien y el mal están en todas partes. —Antes de que Joachim pudiera discutir el argumento, añadió—: Ja, el rico tiene más problemas para encontrar a Cristo porque el brillo del oro deslumbra sus ojos; pero nunca olvides que el pecado está en el hombre, no en el oro.

Regresó al altar para terminar la misa y Joachim tomó el pan y el vino de la credencia y lo siguió. Theresia le entregó una cesta de hierbas y raíces que había recogido y Joachim la llevó también al altar. Luego, como solo había recibido órdenes menores, el franciscano minorita se hizo a un lado. Dietrich abrió los brazos y recitó una oración para la ofrenda.

—*Oratio mea...*

Theresia lo aceptó todo con la simpleza con que lo aceptaba todo en la vida. Era una buena mujer, pensó Dietrich. Nunca sería colocada en el calendario de los santos, nunca sería recordada por los siglos de los siglos como Lorenzo y Sixto: sin embargo, poseía su misma generosidad de espíritu. Cristo vivía en ella porque ella vivía en

Cristo. Sin poder evitarlo, la comparó con la casquivana Hildegarde Müller.

Los concilios habían propuesto que el sacerdote diera la espalda a su rebaño y no los viera desde el altar como se había hecho desde tiempos inmemoriales. El argumento era que pastor y grey debían mirar juntos a Dios, el oficiante delante de todos como el comandante de un ejército conduce a sus lanceros a la batalla. Algunas de las grandes catedrales habían invertido ya sus altares, y Dietrich esperaba que la práctica pronto se hiciera universal. Sin embargo, qué triste sería no poder contemplar a las Theresias del mundo.

Después de la vigilia, mientras regresaban a la rectoría, Joachim le dijo a Dietrich:

—Ha sido hermoso eso que habéis dicho. No me lo esperaba.

Dietrich había estado observando a Theresia marcharse con su cesta de hierbas, ahora bendecidas y por tanto aptas para preparar pócimas y ungüentos.

—¿Qué he dicho? —No esperaba recibir alabanzas por parte de Joachim y el cumplimiento de la primera observación le satisfacía más que la crítica implícita de la puya subsiguiente.

—Cuando dijisteis que el rico no puede encontrar a Cristo porque el oro deslumbra sus ojos, me ha gustado. Me gustaría repetirlo.

—He dicho que le costaba más encontrarlo. Nunca es fácil para nadie. Y no olvides el resplandor. El oro en sí es una cosa útil. Es el resplandor la ilusión cegadora.

—Podrías haber sido franciscano.

—¿Y arder con todos vosotros? Soy un cura sencillo de la diócesis. Gracias, pero me quedaré al margen. Los kaisers y los papas son como las piedras del molino de Klaus. Entre ellas, mal sitio para situarse.

—Nunca he leído que Cristo predicara el lujo y la riqueza.

Dietrich alzó la antorcha para ver mejor a su compañero.

—¡Tampoco he oído yo que dirigiera bandas de campesinos armados para saquear un feudo!

Tanta vehemencia hizo que Joachim se encogiera.

—¡No! —dijo el minorita—. No predicamos eso. El ejemplo de Francisco es...

—¿Dónde estabais cuando el movimiento campesino de los *Armleder* fue por toda Rhineland colgando a los ricos y quemando sus casas?

Joachim se lo quedó mirando.

—¿Los *Armleder*? Yo era un niño y vivía en casa de mi padre. Los *Armleder* nunca llegaron hasta allí.

—Agradece que no lo hicieran.

Una extraña expresión se dibujó en los rasgos del monje. Miedo, pero también algo más. Luego el rostro se cerró una vez más.

—Es inútil discutir lo que podría haber sido.

Dietrich gruñó, cansado de pronto de pinchar al joven, quien seguramente tenía ocho o nueve años cuando las turbas habían campado a sus anchas por la región.

—Cuida de no dar rienda suelta a pasiones como la envidia-dijo.

Joachim se apartó de él, pero se volvió después de unos cuantos pasos.

—De todas formas, ha sido una buena frase.

Se marchó, y Dietrich agradeció que el joven no le hubiera hecho la misma pregunta. «¿Dónde estabas, Dietrich, cuando pasaron los *Armleder*?».

Un movimiento a su derecha le llamó la atención, pero deslumbrado por la antorcha no pudo distinguir más que una sombra que saltó de detrás de la iglesia. Dietrich corrió hasta la cima de la colina y alzó la antorcha para iluminar la pedregosa cuesta del otro lado, pero solo vio agitarse unos matorrales y una piedra cayendo colina abajo.

Otro movimiento, este detrás de él. Se dio media vuelta y atisbo unos grandes ojos brillantes. Luego le arrebataron la antorcha de las manos y cayó al suelo. Soltó un grito mientras el segundo intruso huía dejando un rastro de ramas rotas y hojas agitadas.

En unos instantes, Joachim y Theresia acudieron a su lado. Dietrich aseguró a sus rescatadores que estaba ileso, pero de todas formas Theresia exploró su cráneo y sus brazos buscando heridas. Cuando sus dedos le tocaron la nuca, dio un respingo.

—¡Ay!

—Tendréis un chichón aquí por la mañana —le dijo Theresia—, pero el hueso no está roto.

Joachim había recuperado la antorcha y la alzó para que Theresia pudiera ver lo que estaba haciendo.

—¿También eres cirujana? —preguntó.

—Mi padre me enseñó las hierbas y medicinas, y a arreglar huesos tal como decían sus libros —le dijo Theresia—. Poneos algo frío, padre —le recomendó a Dietrich—. Si os duele la cabeza, tomad un poco de raíz de peonía con aceite de rosas. Haré una mezcla esta noche y os la traeré.

Cuando se marchó, Joachim dijo:

—Os ha llamado «padre».

—Muchos lo hacen —respondió Dietrich secamente.

—Me pareció que quería decir... algo más.

—¿Ah, sí? Bueno, fue mi pupila, por si quieres saberlo. La traje aquí cuando tenía diez años.

—Ah. ¿Entonces sois su tío? ¿Qué les ocurrió a sus padres?

Dietrich recuperó la antorcha.

—Los *Armleder* los mataron. Quemaron la casa con todos dentro. Solo Theresia escapó. Le enseñé lo que había aprendido de medicina en París y, cuando cumplió los doce años y se hizo mujer, *Herr* Manfred le concedió el derecho de practicarla en sus tierras.

—Siempre había pensado...

—¿Qué?

—Siempre había pensado que tenían una causa justa. Los *Armleder*, quiero decir, contra los ricos.

Dietrich contempló las llamas de la antorcha.

—Sí que la tenían; pero *summum ius, iniuria summa*.

Un lunes, Dietrich y Max partieron hacia el Bosque Grande para buscar a Josef el carbonero y su aprendiz, a quienes no habían visto desde los incendios del Día de Sixto. Hacía calor y Dietrich ya estaba empapado de sudor antes de que hubieran recorrido la mitad de la distancia. Una fina bruma mitigaba la intensidad del sol, pero era un pobre alivio. En los campos de primavera, donde el ejército recolector trabajaba en las tierras del señor, Oliver Becker descansaba a la sombra de un grueso roble, ajeno a las miradas de sus compañeros.

—El muy descarado —dijo Max cuando Dietrich lo señaló—. Se deja el pelo largo como si fuera un joven señor. Se pasa todo el día sentado viendo a todos los demás trabajar porque puede pagar la multa. En Suiza, todo el mundo trabaja.

—Debe de ser un país maravilloso, entonces, Suiza.

Max le dirigió una mirada recelosa.

—Lo es. No tenemos «*mein Herrs*». Cuando hay que resolver un asunto, reunimos a todos los guerreros y lo resolvemos a mano alzada, sin que hagan falta señores.

—Creía que las tierras suizas eran feudos de Habsburg.

Schweitzer manoteó.

—Supongo que el duque Albrecht lo piensa también: pero la gente de las montañas tenemos una idea distinta... Parecéis pensativo, pastor. ¿Qué ocurre?

—Temo que las manos de todos esos vecinos, alzadas juntas, puedan imponer un día una tiranía mayor que la mano de un solo señor. Con un señor, al menos sabes a quién pedir cuentas, pero cuando una turba alza muchas manos, ¿de quién es la culpa?

Max hizo una mueca.

—¿Pedir cuentas a un señor?

—Hace cuatro años, la aldea presentó un pleito contra el administrador de Manfred cuando este cerró el prado común.

—Bueno, Everard...

—El señor debe salvar su honor. Es una artimaña legal, pero resulta útil. Como esa daga tuya. Un palmo más larga y sería una espada, lo cual estaría por encima de tu rango.

—A los suizos nos gusta —respondió Max, posando una mano en el pomo y sonriendo.

—Lo que quiero decir es que Manfred pudo entonces castigar a su administrador

por hacer lo que le había dicho que hiciera, y todo el mundo fingió creerlo.

Max hizo un gesto cortante.

—Moorgarten consiguió un veredicto más contundente. Trajimos al duque de Habsburg a rendir cuentas.

Dietrich lo miró.

—Todo lo que sea demasiado contundente acaba con los campesinos colgando de un árbol. Es una fruta que preferiría no ver cosechada otra vez.

—En Suiza, los campesinos ganaron.

—Y sin embargo estás aquí, sirviendo al señor de Hochwald, quien sirve al conde de Baden y al duque de Habsburg.

A esto Max no contestó nada.

Cruzaron el puente sobre el arroyo y siguieron el camino hacia el valle del Oso. A la izquierda quedaron los campos en barbecho y a la derecha los de otoño. El terreno era cada vez más escarpado e iba acercándose al camino de tierra, de modo que este parecía más una trinchera que un sendero. Setos y matorrales para impedir que las vacas y ovejas se internaran en los sembrados proporcionaban un poco de sombra a los caminantes... y parecían auténticos árboles a causa de la altura del terreno donde brotaban. El camino, enfangado en ese trecho a causa de un arroyuelo, serpenteaba primero hacia un lado, luego hacia el otro según dictaba la pendiente. Dietrich se había preguntado muchas veces qué tipo de lugar podía ser el valle del Oso para que los viajeros no parecieran dispuestos a ir allí directamente.

Cerca de los pastos comunes, el camino abandonaba su aspecto subterráneo y remontaba la cima de una colina, una leve hinchazón del terreno que marcaba el primer pico hacia el Katerinaberg. El sol estaba allí más implacablemente presente, pues incluso la leve sombra de los setos había desaparecido. Alguien había abierto la puerta entre los campos comunes y los de otoño para que las vacas de la aldea pudieran pastar y depositar sus excrementos para la siembra de otoño.

Desde la elevación del prado, amarillo de flores de amor del hortelano, divisaron la mansión de Heinrich Altenbach, en el camino del Salto del Ciervo. Altenbach había dejado la mansión hacía varios años para desecar los páramos. Como eran territorio yermo, los páramos no habían sido reclamados como propiedad de ningún señor, y Altenbach había construido en ellos una casa para no tener que caminar cada día hasta sus campos.

—Supongo que todos los hombres preferirían vivir en sus propias tierras —sugirió Max cuando Dietrich indicó la granja—. Si poseyera su propio arado y sus bestias, y no tuviera ningún deseo de compartirlos con su vecino. Pero está muy lejos del castillo si un ejército pasa por aquí, y esos vecinos tal vez no le abrieran la puerta.

Al otro lado del prado, el bosque se oscurecía lentamente. Finas columnas de humo blanco se retorcían entre los pinos, robles y abedules. Dietrich y Max se detuvieron bajo un roble solitario para beber de sus odres de agua. Dietrich llevaba



algunas nueces en el zurrón, que compartió con el sargento. Este, por su parte, estudió las columnas de humo con mucha atención mientras sopesaba las nueces en su mano como si fueran un par de dados.

—Es fácil perderse ahí—comentó Dietrich.

—No hay que dejar el sendero —contestó Max, medio distraído—. No debe uno internarse en la maleza.

Cascó la nuez y se metió el fruto en la boca.

El bosque era más frío que el campo abierto. La luz del sol penetraba solamente aquí y allá, llegando a los matorrales y las florecitas que crecían bajo las copas. Unos cuantos pasos y Dietrich se sintió engullido. Los sonidos de la cosecha se alejaron, luego se apagaron hasta cesar por completo de enfrentarse al silencio. Max y él pasaron entre los robles, abedules y abetos negros pisando la alfombra crujiente de hojas del año anterior. Dietrich no tardó en desorientarse por completo y procuró no apartarse del sargento.

El aire apestaba a humo rancio y cenizas y, superponiéndose a todo, imperaba un penetrante olor a sal y orina y azufre mezclados. Pronto llegaron a un terreno quemado. Allí, las ascuas brillaban dentro de los troncos hendidos, esperando un sople de aire para estallar de nuevo en llamas. En los matorrales había atrapados cuerpos calcinados de animales pequeños.

—La carbonera de Holzbrenner está más allá, creo —dijo Dietrich—. Por ahí. —Max no dijo nada. Intentaba mirar a todas partes a la vez—. El carbonero es un hombre solitario —continuó Dietrich—. No le habría ido mal la vida contemplativa. —Pero Max no escuchaba—. Solo fue un rayo —dijo Dietrich, y el sargento dio un respingo y se volvió por fin a mirarlo.

—¿Cómo sabíais...?

—Pensabas en voz alta. No te habría pedido que me acompañaras, pero nadie ha visto a Josef desde el incendio y Lorenz teme por él y su aprendiz.

Max gruñó.

—El herrero teme quedarse sin carbón. Klaus me ha dicho que ese Josef solo va a la aldea cuando tiene carbón que vender o impuestos que pagar al señor, y entonces casi siempre envía al muchacho. El viento sobrenatural derribó su horno y prendió fuego al bosque, y ha estado cavando uno nuevo. Por eso no hemos visto su humo.

—El viento no fue sobrenatural —insistió Dietrich, pero sin demasiada convicción.

La desolación fue aumentando a medida que avanzaban. Vieron árboles caídos, desenraizados, tumbados, apoyados unos sobre otros. La luz del sol asomaba entre las copas.

—Un gigante ha jugado a los bolos —dijo Dietrich.

—He visto una destrucción como esta.

—¿Como esta? ¿Dónde?

Max sacudió la cabeza.

—Pero no tan grande. Mirad cómo los árboles yacen en direcciones opuestas, como si todos hubieran caído hacia afuera desde un mismo centro.

Dietrich lo miró con interés.

—¿Por qué?

—En el asedio de Cividale en Friuli, hace casi... Oh, casi veinte años ya, creo. Cristo, sí que era joven y estúpido para haberme escapado de esa forma. ¿Ayudar a los austríacos contra los venecianos? ¿Qué tenía que ver esa disputa conmigo? Dos de los caballeros alemanes trajeron un *pot-de-fer* con pólvora negra. Bueno, nos ayudó a tomar la ciudad, pero uno de los barriles estalló mientras mezclaban la pólvora... Siempre hacen la mezcla en el campo y comprendo por qué. Hubo un estallido como un trueno y el viento hizo caer a hombres y equipo por todas partes. —Miró de nuevo los árboles caídos—. Como estos.

—¿De qué tamaño debe ser un barril de pólvora negra para producir tanto daño? —preguntó Dietrich.

Max no respondió. Un sonido vibrante, como el canto de las cigarras, llenó el aire: aunque no era tiempo de chicharras. Dietrich contempló los árboles caídos y pensó: «El impulso vino de esta dirección».

Finalmente, el sargento resopló.

—Bueno, pues. Por aquí.

Se volvió para seguir el camino que conducía a la carbonera.

El claro era un pozo poco profundo de cincuenta pasos de diámetro cubierto con una capa de ceniza y tierra batida. En el centro aplanado se encontraba el horno en sí: un montículo de tierra y hierba de cinco largos pasos de diámetro. Pero el sello de tierra se había abierto por un lado, revelando la madera de su interior y permitiendo que el viento avivara el fuego. Las chispas se habían dispersado hacia el bosque, iniciando los incendios cuyos restos acababan de encontrar.

El Día de Sixto, el viento había hecho sonar las campanas de la iglesia al otro lado del valle. Allí tenía que haber soplado con cien veces más fuerza..., sacudiendo los árboles que rodeaban el claro, arrasando los cortavientos que regulaban la entrada de aire en el horno, arrancando la tierra y creando un canal a través del bosque como un río en una riada. Solo los árboles más fuertes permanecieron firmes, y muchos se doblaron y quebraron.

Dietrich rodeó el horno destrozado. Un abanico de troncos quemados y paja marcaba el lugar donde antes se encontraba la casa del carbonero. Al fondo, contra los árboles caídos al otro lado del claro, Dietrich encontró a Josef y su aprendiz.

Sus torsos calcinados carecían de brazos y piernas y, en el caso del muchacho, de cabeza. Dietrich rebuscó en su memoria el nombre del chico, pero no logró recordarlo. Ambos cuerpos habían sido zarandeados y se habían roto, como si

hubieran caído de una gran altura, y estaban cubiertos de astillas de madera. Sin embargo ¿qué viento podía ser tan fuerte? Más allá, vio una pierna ensartada en una rama de abedul. No siguió buscando, sino que dio la espalda al terrible espectáculo.

—Están muertos, ¿verdad? —preguntó Max desde el otro lado del horno.

Dietrich asintió y rezó con la cabeza gacha una breve plegaria de corazón. Cuando se persignó, Max hizo lo mismo.

—Necesitaremos un caballo para transportar los cuerpos —dijo el sargento—. Mientras tanto, el horno servirá de cripta.

Solo hicieron falta unos minutos, en el transcurso de los cuales Dietrich encontró la cabeza del muchacho. El pelo se había quemado por completo y los ojos se habían derretido, y Dietrich lloró sobre los restos calcinados de la belleza del joven. Anton. Recordó entonces el nombre. Un muchacho simpático, de ojos prometedores. Josef lo amaba con toda el alma, como al hijo que su vida solitaria nunca le había concedido.

Cuando terminaron, colocaron hierba suelta en la abertura para protegerla lo más posible contra los animales.

Schweitzer dio un respingo y un paso hacia los bosques humeantes que tenía detrás. El crujido de unas ramas se perdió velozmente en la distancia.

—Nos vigilan —dijo.

—No parecían pasos —comentó Dietrich—. Parecía más bien un ciervo, o un conejo.

El sargento negó con la cabeza.

—Un soldado sabe cuándo lo vigilan.

—Entonces, sean quienes sean, son tímidos.

—No lo creo —respondió Max sin darse la vuelta—. Creo que son centinelas. Corren para llevar la noticia o para que no los veamos. Es lo que yo haría.

—¿Caballeros proscritos?

—Lo dudo. —Acarició el pomo de su daga—. En Francia hay trabajo de sobra. No tienen por qué vivir como ladrones en un sitio como este. —Pasados unos segundos, añadió—: De todas formas, se han ido. El señor volverá mañana. Veremos cuáles son sus deseos.

## IV

### AGOSTO DE 1348

*Santa Clara de Asís Bajo el calor asfixiante de la tarde de agosto, Herr Manfred von Hochwald hacía danzar su palefridus por el camino de Oberreid para diversión y deleite de los campesinos inclinados sobre la cosecha. En cabeza iba Wolfram el heraldo, a lomos de una jaca blanca, portando el estandarte con las armas de Hochwald y anunciando a gritos el regreso del señor al ejército de campesinos dedicados a la recolecta. Lo seguía la tropa de soldados, con las picas al hombro y los cascos resplandeciendo como el sol en el arroyo del molino. Luego venían los capitanes y los caballeros, después el capellán Rudolf y Eugen, el jung-herr o escudero, y luego el propio señor: alto y espléndido, erguido en su silla, hermoso con su sobrepelliz, el casco bajo el brazo y la mano levantada en bondadoso saludo.*

En los campos sembrados en primavera, ahora repletos de grano, las mujeres se levantaban, las hoces colgando de sus manos entumecidas, y los hombres se volvían con las guadañas a medio descargar para contemplar la procesión. Se detenían, se frotaban la frente con un pañuelo o una gorra, intercambiaban miradas de incertidumbre, suposiciones, exclamaciones, hasta que todos (siervos y hombres libres, hombres y mujeres y niños) echaron a andar hacia el camino, cada vez más rápido, la emoción acumulándose, desparramándose sobre el arroyo que bordeaba los campos, mientras las voces pasaban de ser un murmullo a convertirse en un grito. Detrás, en las carretas, los capataces se lamentaban de la tarde perdida, pues el grano maduraría con o sin la guadaña. Pero también los capataces agitaron el gorro al paso de la noble procesión antes de volver a encasquetárselo.

La partida cruzó el valle. Pies y cascos tamborilearon sobre el puente del arroyo; los soldados gritaron saludando a novias y esposas anhelantes (o eso esperaban). Los padres llamaban a los hijos que habían regresado felizmente (y se habían vuelto muchísimo mayores), entre gemidos por los esposos, hijos, hermanos desaparecidos de las filas. Los perros ladraron y corretearon tras los hombres. Hubo destellos en el aire cuando Eugen lanzó unas cuantas monedas a la multitud. El botín tomado a los soldados ingleses muertos, o conseguido como rescate por los vivos. Hombres y mujeres corrieron a recoger las piezas de cobre del suelo, alabando a su señor por su generosidad y mordiendo las monedas.

La procesión remontó la colina de la iglesia, donde Dietrich, Joachim y Theresia esperaban. Dietrich se había vestido para la ocasión con una casulla dorada, pero la menor llevaba la misma túnica remendada de siempre y observó la llegada del señor con una mezcla de cautela y desdén. Posiblemente más de lo segundo que de lo primero, pensó Dietrich. Junto a ellos, menos tranquilas, más inseguras, las hijas del señor charlaban con su ama. Irmgard, la menor, alternaba sonrisas con gestos de aprensión. ¡Venía su padre! Pero dos años son una eternidad para una niña, y hacía

tiempo que se había convertido en un desconocido. Everard se mordisqueaba el bigote con la intranquilidad de un hombre que ha estado dos años a cargo de las posesiones de su amo. Klaus, el *Maier* del pueblo, se encontraba junto a él con una indiferencia que revelaba o bien un corazón inocente o uno más seguro de sus malversaciones.

Max había hecho formar en dos filas a la guardia del castillo, y dieciséis hombres presentaron armas con un grito y un estrépito de metal cuando su señor cabalgó entre ellos. Incluso Dietrich, que había visto demostraciones más espléndidas que esta en pueblos y ciudades mucho más espléndidas, se sintió conmovido por el espectáculo.

El heraldo desmontó y plantó el estandarte de Hochwald: un jabalí bajo un roble, sinople, muy adecuado. Manfred se detuvo ante él y su caballo retrocedió y alzó una mano. Los campesinos, que habían subido con ellos la colina, aplaudieron la maestría del jinete, pero Theresia susurró:

—¡Oh, pobre bestia, tan agotada que está!

Si el caballo estaba agotado, también lo estaban los hombres. Dietrich advirtió los signos de una marcha forzada bajo la valiente demostración. Ojos cansados; uniformes ajados. Eran menos de los que habían partido y se les habían añadido algunos rostros extraños: los rechazados y refugiados de algún campo de batalla, ansiosos de un señor que los alimentara. Lo suficientemente hambrientos para dejar atrás su patria.

Eugen, el *jung-herr*, desmontó, se tambaleó y se agarró a las riendas para no caer. El caballo se asustó y golpeó el suelo con los cascos, levantando un poco de tierra. Entonces Eugen avanzó hacia el estribo de su señor y lo sostuvo mientras este desmontaba.

Manfred tocó el suelo con una rodilla ante Dietrich y el pastor colocó su mano izquierda sobre la frente del señor y trazó en el aire la señal de la cruz con la derecha, dando gracias públicamente por el regreso a salvo de la tropa. Todos se persignaron y Manfred le besó la mano.

—Quisiera rezar un momento en privado —le dijo a Dietrich tras levantarse.

Dietrich vio arrugas antes inexistentes alrededor de sus ojos y más canoso el pelo. El rostro alargado y demacrado indicaba pesar. «Estos hombres deben de haber sufrido mucho», pensó.

Al dirigirse a la iglesia, el señor estrechó la mano a su administrador y a Klaus y les dijo que fueran esa noche a la casa para rendir cuentas. Abrazó a sus dos hijas con pasión, tras quitarse los guantes para acariciarles el pelo. Kunigunda, la mayor, rio de placer. Estudió con profunda preocupación a todos los que saludó (sacerdote, administrador, *Maier*, hijas), cuando había sido Manfred quien había estado ausente y sin dar noticias durante esos dos años.

El señor se detuvo ante la puerta de la iglesia.

—La buena santa Catalina —dijo, pasando una mano por la figura de la santa y tocando con un dedo su triste sonrisa—. Hubo momentos, Dietrich, en que pensé que

nunca volvería a verla.

Después de una mirada de curiosidad a Joachim, entró en la iglesia. Lo que le dijo a Dios, qué gracia pidió o qué le agradeció, no lo comentó nunca.

El *Herrenhof*, el castillo del señor, se alzaba dentro de las tierras de la diócesis, en la cima de una colina, en el valle situado frente a la iglesia, de modo que señor y sacerdote dominaban el terreno desde sus respectivas posiciones y vigilaban a la gente que había entre ambos: cuerpos y almas. La separación tenía otro simbolismo: era la representación a pequeña escala del drama que en otras partes había sacudido tronos y catedrales.

En la cresta, *Burg Hochwald* vigilaba el camino de Oberreid. La muralla exterior, que abarcaba además del castillo terreno de la diócesis, no tenía nada de imponente. Era, junto con el foso, para mantener alejados a los animales salvajes y que no escaparan los domésticos, sin ningún valor militar. La muralla interior, la *Schildmauer*, era más orgullosa y militarmente más valiosa. Tras la muralla escudo se encontraba la torre o *Bergfried*, la edificación que antiguamente había servido de refugio a los lores de los altos bosques cuando sarracenos y vikingos saqueaban a placer y cada amanecer podían ver una horda magiar recortándose contra el horizonte. El castillo era una máquina diseñada para la defensa y bastaba para guardarlo, como a la mayoría, solo una pequeña guarnición; pero había sido puesto a prueba una sola vez, y no hasta el límite. Ningún ejército había marchado por Bisgrovia desde que Ludwig el Bávvaro derrotara a Friedrich el Hermoso en Mühlendorf; por eso el puente levadizo estaba bajado y la reja subida y los guardias no vigilaban demasiado.

El recinto cubría media hectárea alrededor de la casa. Coronaban la colina una lechería, un palomar, un redil de ovejas, una cervecera, una cocina y una panadería, además de un granero de doce silos para guardar la cosecha de grano de las tierras del señor y un establo donde mugían vacas y bueyes y relinchaban los caballos. Al fondo, más ruidoso, estaba el excusado común. Además, había un huerto de manzanos, una viña, un corral para los animales extraviados que se habían internado inocentemente en sus tierras.

En otros tiempos el feudo había producido para sí todo lo necesario, pero mucho de ese trabajo se había abandonado. ¿Por qué tejer en casa cuando podía encontrarse tela mejor en el mercado de Friburgo? En la actualidad los buhoneros venían desde Bisgrovia, arriesgándose, para conseguir beneficios, a incurrir en las iras de Von Falkenstein.

No había siervos. Según la costumbre, la jornada de cosecha terminaba cuando se servía la cena en el campo y el señor no podía exigir que se trabajara después. Ningún sacristán monástico, contemplando su reloj de agua para marcar las horas canónicas, calculaba tan bien el tiempo como un siervo del feudo. Las cosas eran distintas entre los hombres libres. Dietrich había advertido mucha actividad tardía en cobertizos y

jardines y dentro de las murallas al pasar por la aldea a la luz del candil. Pero un hombre que trabajaba por su cuenta no observaba el sol con tanta atención como el que trabajaba para otro.

La entrada de Dietrich en las tierras del castillo fue recibida con gran indignación por parte de los gansos residentes, que corrieron a perseguir al sacerdote.

—El próximo San Martín adornaréis la mesa del *Herr*-reprendió Dietrich a las aves.

Pero la reprimenda no tuvo ningún efecto mientras lo escoltaban hasta las puertas de la mansión, anunciando su llegada. La vaca de Franz Ambach, retenida por haberse colado en el recinto, observaba tan tranquila mientras esperaba su rescate.

Gunther, el mayordomo, condujo a Dietrich hasta un pequeño *scriptorium* situado al fondo de la mansión, donde *Herr* Manfred estaba sentado a una mesa, bajo una ventana. Por la ventana entraban el humo de las cenas, los gritos de los halcones que sobrevolaban las almenas de la torre, los martillazos de los herreros, el lento redoble de Joachim tocando la campana del *Angelus* al otro lado del valle y los restos de color ámbar de la luz de la tarde. El cielo se teñía de añil ribeteado de naranja bajo las nubes. Manfred estaba sentado en una silla curul de palisandro cuyas láminas terminaban en forma de cabezas de bestias. Su pluma rasgaba una hoja de papel.

Alzó la cabeza cuando vio a Dietrich, se dedicó una vez más a su escrito, luego apartó la pluma y le pasó la hoja a Max, que estaba de pie a un lado.

—Que Wilimer haga copias de esto y lo envíe a cada uno de mis caballeros.

Manfred esperó a que Max se hubiera marchado antes de atender a Dietrich. Sus labios se curvaron en una leve sonrisa.

—Dietrich, llegas puntual. Siempre te he admirado por eso.

Quería decir en realidad «por obedecer una llamada», pero Dietrich se guardó los comentarios. Tal vez ni siquiera fuese cierto, pero ninguno de los dos lo había probado todavía.

Manfred señaló una silla de respaldo recto que había ante la mesa y esperó a que Dietrich se hubiera sentado.

—¿Qué es esto? —preguntó cuando el sacerdote colocó un *pfenning* ante él.

—La multa por la vaca de Ambach.

Manfred recogió la moneda y miró a Dietrich un momento antes de dejarla en una esquina de la mesa.

—Se lo diré a Everard. Sabes que si siempre pagas las multas por ellos perderán el miedo a delinquir.

Dietrich no dijo nada y Manfred se volvió hacia su cofre y sacó un puñado de pergaminos envueltos en piel y atados con una cuerda.

—Toma. Son los últimos tratados de los sabios de París. Los hice copiar mientras nos aburríamos en Picardía. La mayoría son copias directas de los maestros, pero hay unas cuantas de los Oxford Calculators del Merton College que te interesan mucho.

Son copias de los originales, naturalmente, hechas por eruditos ingleses.

Dietrich revisó el montón. *Sobre el cielo*, de Buridan, además de sus *Preguntas sobre los ocho libros de física*. Un fino volumen, *Sobre el dinero*, de un estudiante llamado Oresme. *El Libro de los cálculos*, de Swineshead. Los títulos conjuraron un enjambre de recuerdos y durante un cegador momento de insoportable anhelo Dietrich se acordó de sus días de estudiante en París, de Buridan y Ockham y él hablando sobre dialéctica ante jarras de cerveza. Peter Aureoli frunciendo el ceño e interrumpiendo con la petulancia propia de la edad. Los debates públicos, con el maestro respondiendo las preguntas lanzadas por la multitud. A veces oyendo el rumor de los abetos que rodeaban Oberhochwald a Dietrich le parecía escuchar las disputas de doctores, maestros, inceptores y bachilleres, y se preguntaba si la paz y el aislamiento habían tenido un precio demasiado alto.

Encontró la voz con dificultad.

—*Mein Herr*, no sé qué... —Se sintió como el famoso asno de Buridan, inseguro de qué manuscrito leer primero.

—Ya sabes el precio. Comentarios, si los consideras útiles. Adecuados para un «cabezón» como yo. Debes escribir tu propio tratado...

—Compendio.

—Compendio, pues. Cuando esté terminado, lo enviaré a París, a tu antiguo maestro.

—Jean Buridan —dijo Dietrich, reflexionando—. En la escuela llamada Sorbona. ¿De verdad quería que París se acordara de su paradero?

—Bien. —Manfred cruzó las manos bajo la barbilla—. Veo que tenemos por aquí a un franciscano.

Dietrich esperaba el interrogatorio. Apartó los manuscritos.

—Se llama Joachim de Herbholzheim, del convento de Estrasburgo. Vive aquí desde hace tres meses.

Esperaba que Manfred preguntara por qué el minorita se alojaba en una parroquia perdida en el bosque en vez de en la abarrotada ciudad catedralicia de Alsacia, pero el señor ladeó la cabeza y se pasó un dedo por la mejilla.

—¿Un Von Herbholz? Tal vez conozca a su padre.

—A su tío, más bien. Su padre es el hermano menor. Pero Joachim renunció a su herencia cuando hizo voto de pobreza.

El labio de Manfred tembló.

—Me pregunto si renunció a ella antes de que su tío lo desheredara. No me causará problemas, ¿verdad? El muchacho, quiero decir, no el tío.

—Solo las habituales denuncias por demasiada riqueza y excesivos dispendios. Manfred hizo una mueca.

—Que proteja él la zona sin los medios para mantener a una tropa de hombres.

Dietrich conocía todos los argumentos en contra y vio en la mirada entornada del



señor que Manfred así lo recordaba. Las rentas y servicios de los campesinos mantenían algo más que a los soldados. Sufragaban los ropajes y los banquetes y a los bufones y a los trovadores. Manfred tenía una casa de acuerdo con su posición y se enorgullecía de ello; si era necesaria protección, se encontraba en el fondo de un valle, en la Roca del Halcón, mucho más cerca que Mühldorf o Crécy.

—Lo mantendré atado corto, sire —le aseguró al *Herr* antes de que los viejos asuntos pudieran resucitar.

—Encárgate de ello. Lo último que quiero es a un *exploratore* haciendo preguntas e inquietando a la gente. —De nuevo hizo una pausa y dirigió a Dietrich una mirada significativa—. Ni tú, supongo.

Dietrich decidió ignorar la resurrección.

—Trato de no inquietar a la gente, pero no puedo evitar hacer preguntas de vez en cuando.

Manfred se lo quedó mirando un momento, luego echó atrás la cabeza y soltó una carcajada y dio un manotazo sobre la mesa.

—Por mi honor, te he echado de menos estos dos últimos años. —Se tranquilizó al instante y sus ojos parecieron contemplar otra cosa sin dejar de mirarlo—. Por Dios, vaya si lo he hecho —añadió, más calmado.

—¿Fue mala entonces, la guerra?

—¿La guerra? No peor que otras, aparte de que John *el Ciego* tuvo una muerte estúpida. Supongo que ya te habrás enterado de la historia.

—Cargó en la batalla unido por una cuerda a sus doce paladines. ¿Quién no se ha enterado? Un acto imprudente para un ciego, diría yo.

—La prudencia no fue siempre su principal virtud. Todos esos luxemburgueses están locos.

—Su hijo es ahora rey de Alemania.

—Sí y káiser romano también. Todavía estábamos en Picardía cuando nos enteramos de la noticia. Bueno, la mitad de los electores habían votado a Karl contra el rey mientras Ludwig estaba todavía vivo, así que supongo que no hubo muchas vacilaciones una vez que estuvo muerto. El pobre Ludwig... Sobrevivir a todas esas guerras con los Habsburgo, y luego caerse del caballo yendo de caza. Supongo que el viejo Graf Rudolf..., no, ahora es Friedrich, según he oído... y el duque Albrecht habrán hecho sus juramentos, lo cual deja para mí zanjado el asunto. ¿Sabes por qué no murió Karl con John en Crécy?

—Puestos a suponer —dijo Dietrich—, diría que no tenía ningún lazo con su padre.

Manfred hizo una mueca.

—O una cuerda desorbitadamente larga. Cuando la caballería francesa cargó contra los arcos largos ingleses, Karl von Luxemburg cargó en dirección contraria.

—Entonces fue un hombre sabio, o un cobarde.

—Los hombres sabios suelen serlo. —Los labios del *Herr* se torcieron—. Todo es

a causa de la lectura, Dietrich. Saca a los hombres del mundo y los mete dentro de su propia cabeza, y ahí no hay nada más que fantasmas. He oído que Karl es un hombre instruido, el pecado que Ludwig nunca cometió.

Dietrich no respondió. Los káiseres, como los papas, eran de tipos muy distintos. Se preguntó qué les sucedería ahora a los franciscanos que habían huido a Munich.

Manfred se levantó y se acercó a la ventana ojival para asomarse.

Dietrich lo vio acariciar ausente la suciedad del alféizar. El sol de la tarde bañaba el rostro del señor, dándole a su tez un tono rojizo.

—No has preguntado por qué he tardado dos años en regresar —dijo al cabo de un rato.

—Imaginé que habría dificultades —respondió Dietrich con cuidado.

—Imaginaste que estaba muerto. —Manfred se apartó de la ventana—. Una suposición natural cuando se piensa en cuántos muertos hay desde aquí hasta Picardía. Está anocheciendo —añadió, levantando la cabeza hacia el cielo—. Querrás una antorcha para regresar sin problemas.

Dietrich no respondió y, después de otro instante, Manfred continuó.

—El reino francés es un caos. El rey fue herido; su hermano murió. El conde de Flandes, el duque de Lorena, el rey de Mallorca... y el necio rey de Bohemia. Como he dicho... Todos muertos. Los Estados se han reunido y han reprendido amablemente a Felipe por perder la batalla, y a cuatro mil caballeros en ella. Le concedieron más fondos, naturalmente, pero quince *deniers* no compran lo que tres compraban antes. Nuestro regreso ha sido difícil. Los caballeros venden su lanza a quien quiera contratarlos. Fue... una tentación desprenderse de toda responsabilidad y agarrar todo lo que un fuerte brazo derecho puede tomar. Cuando los príncipes huyen de la batalla y los príncipes van por libre y los barones roban a los peregrinos, ¿qué valor tiene el honor?

—Bueno, aún más, viendo lo raro que se ha vuelto.

Manfred se rio sin ganas, luego continuó estudiando la puesta de sol.

—La peste llegó a París este junio pasado —dijo en voz baja.

Dietrich se sobresaltó.

—¡La peste!

—Sí. —Manfred se cruzó de brazos y pareció encogerse—. Dicen que la mitad de la ciudad ha muerto y creo que no es una exageración. Vimos... cosas que ningún hombre debería ver. Los cadáveres pudriéndose en las calles. Los forasteros sin sitio donde cobijarse. Obispos y señores huyendo, dejando París abandonada a su suerte. Y las campanas de las iglesias llamando a un funeral tras otro hasta que el consejo de la ciudad las obligó a parar. Lo peor, creo, fueron los niños: abandonados por sus padres, muriendo solos y sin comprender nada.

Dietrich se persignó tres veces.

—Santo Dios, ten piedad de ellos. ¿Tan malo como en Italia, entonces? ¿Emparedaron a familias enteras en sus casas, como hicieron los Visconti en Milán?

¿No? Entonces quedaba una pizca de hospitalidad.

—Ja. Me dijeron que las hermanas del Hospital permanecieron en sus puestos. Murieron, pero por rápido que fueran muriendo, otras ocupaban su lugar.

—¡Un milagro!

Manfred gruñó.

—Tienes un extraño gusto para los milagros, amigo mío. A los ingleses no les fue mejor en Burdeos. La peste llegó a Aviñón en mayo, aunque para entonces ya había pasado lo peor. No te preocupes, Dietrich. Tu Papa sobrevivió. Sus médicos judíos le hicieron sentarse entre dos fuegos y ni siquiera cayó enfermo. —El *Herr* hizo una pausa—. Allí conocí a un hombre valiente. Quizás al hombre más valiente que conoceré jamás. Guy de Chauliac. ¿Lo conoces?

—Solo de oídas. Se dice que es el médico más importante de la cristiandad.

—Es posible. Es un hombre grande con manos de campesino y una forma lenta y deliberada de hablar. Yo no lo habría identificado como médico si no lo hubiera encontrado en la batalla. Después de que Clemente se marchara de la ciudad y se fuera a su casa de campo, De Chauliac se quedó... «para evitar la infamia», me dijo, aunque no hay vergüenza ninguna en huir de un enemigo semejante. Él mismo cayó enfermo de peste. Y mientras yacía en cama, comido por las fiebres y el dolor, describió sus síntomas y se trató de formas diversas. Lo anotó todo, para que quien lo sucediera conociera el curso de la enfermedad. Perforó sus propias bubas y tomó nota del efecto. Era... Era como el caballero que defiende su territorio contra el enemigo, no importa qué heridas haya recibido. Ojalá tuviera yo a seis hombres con su valor a mi lado en la batalla.

—¿De Chauliac ha muerto, entonces?

—No, vivió, alabado sea Dios, aunque es difícil decir qué tratamiento lo salvó..., si en efecto fue por algo más que por el capricho de Dios.

Dietrich no comprendía cómo la enfermedad podía recorrer tales distancias. Había habido epidemias anteriormente (en ciudades amuralladas o castillos, entre ejércitos al asedio), pero desde la época de Eusebius no habían consumido naciones enteras. Una criatura invisible y malévolamente parecía acechar la Tierra. Pero todos los médicos estaban de acuerdo en que era el mal aire. Un *mal odour*.

Una conjunción de planetas había provocado terribles terremotos en Italia y los abismos habían exhalado un enorme cuerpo de aire rancio y malo que los vientos llevaban luego de un lugar a otro. Nadie sabía hasta dónde llegaba el mal, hasta dónde viajaría antes de que finalmente se disolviera. Los habitantes de diversas ciudades habían tratado de aplacarlo con ruidos fuertes, campanas de iglesia y cosas similares, pero sin conseguir nada. Los viajeros habían marcado su progreso a través de la península italiana y a lo largo de la costa hasta Marsella. Ya había llegado a Aviñón y, de ahí, a París y Burdeos.

—¡Nos ha pasado de largo! —exclamó—. ¡La peste se ha dirigido al oeste y al norte! —Dietrich sintió una vergonzosa alegría. No se alegraba de que París hubiera

sufrido, sino de que Oberhochwald se hubiera salvado.

Manfred le dirigió una dura mirada.

—¿Ningún signo entre los suizos, entonces? Max dijo que no, pero hay más de un camino para salir de Italia desde que construyeron ese puente en el paso de San Gotthard. Mientras veníamos, nos preocupaba encontraros a todos muertos, que hubiera pasado por aquí antes de llegar a Aviñón.

—Tal vez estamos a demasiada altura para que llegue el mal —le dijo Dietrich.

Manfred hizo un gesto de indiferencia.

—No soy más que un simple caballero, y dejo esas cosas a los eruditos. Pero en Francia hablé con un caballero de San Juan, que acababa de llegar de Rodas, y dijo que la peste venía de Catay, y la historia es que allí los muertos son incontables. Me dijo que llegó a Alejandría, y que su hermandad al principio consideró que era un castigo de Dios sobre los sarracenos.

—Dios no tiene tan mal tino como para arrasar a la cristiandad mientras diezma al infiel —dijo Dietrich.

—Han estado quemando judíos en la hoguera por todo el norte Mediterráneo..., excepto en Aviñón, donde tu Papa los protege.

—¿Los judíos? Eso no tiene sentido. También los judíos mueren de peste.

—Eso dijo Clemente. Tengo una copia de su Bula que conseguí en Aviñón. Sin embargo, los judíos viajan por toda Europa, como hace la peste. Se dice que sus cabalistas han estado envenenando los pozos, así que es posible que los judíos buenos no sepan nada.

Dietrich sacudió la cabeza.

—Es aire malo, no agua mala.

Manfred se encogió de hombros.

—De Chauliac decía lo mismo, aunque en su delirio escribió que las ratas eran las causantes de la peste.

—¡Las ratas! —Dietrich negó con la cabeza—. No, no puede ser. Siempre ha habido ratas y esta peste es nueva sobre la Tierra.

—Es posible —respondió Manfred—. Pero el pasado mayo el rey Pedro acabó con una matanza de judíos en Barcelona. Recibí la noticia de don Pedro mismo, que había venido al norte buscando la gloria en la guerra de Francia. Los catalanes se levantaron en armas, pero la milicia del burgo protegió los barrios judíos. La reina Juana tuvo la misma intención en Provenza, pero la gente se alzó y expulsó a los napolitanos. Y el mes pasado el conde Henri ordenó que todos los judíos de Dauphine fueran encarcelados, para protegerlos de la turba, creo; pero Henri es un cobarde y la muchedumbre puede que sea más fuerte que él. —Manfred cerró el puño derecho—. Así que ya ves que no ha sido algo tan simple como la guerra lo que me ha impedido volver durante dos años.

Dietrich no quería creer que fuera verdad.

—Las historias de los peregrinos...

—... pueden ir exagerándose de boca en boca. Ja, ja. Tal vez solo hayan quemado a dos judíos y muerto solo veinte en Catay; pero sé lo que vi en París, y preferiría no verlo aquí. Max me ha dicho que hay furtivos en el bosque. Si traen la peste consigo, tendré que expulsarlos.

—Pero la gente no lleva consigo el aire malo —dijo Dietrich.

—Debe de haber un motivo para que se extienda tanto. Algunas ciudades, como Pisa y Lucca, han informado de cierto éxito impidiendo el paso a los viajeros, así que los viajeros bien pueden extender la peste. Tal vez el mal se aferra a su ropa. Tal vez es verdad que envenenan los pozos.

—El Señor ordenó que asistiéramos a los enfermos. ¿Haréis que Max los persiga, poniendo en peligro nuestras almas?

Manfred hizo una mueca. Sus dedos tamborilearon inquietos sobre la mesa.

—Averiguadlo, entonces —dijo—. Si están sanos, los capataces pueden utilizarlos para la cosecha. Un *pfennig* al día más la cena y pasaré por alto cualquier pieza de caza o pesca furtiva que hayan podido obtener hasta ahora. Dos *pfennig* si no quieren la comida. Sin embargo, si necesitan hospitalidad, es asunto tuyo. Emplaza un hospital en mi bosque, pero que ninguno de ellos entre en mi feudo ni en el pueblo.

Por la mañana, Max y Dietrich fueron en busca de los furtivos. Dietrich había preparado dos pañuelos perfumados con los que filtrar el mal, por si lo encontraban, pero no creía mucho en la teoría de Manfred de que la ropa pudiera llevar el aire malo consigo. Galeno no decía nada de eso, ni tampoco Avicena lo había escrito. Todo lo que en la ropa había eran pulgas y piojos.

Cuando llegaron al lugar donde los árboles estaban caídos como paja segada, Max se agachó e inspeccionó un tronco.

—El centinela echó a correr en esa dirección —dijo, extendiendo el brazo—. Más allá de ese abedul blanco. Localicé su posición en aquel momento.

Dietrich vio gran cantidad de abedules blancos, todos iguales. Confiado, siguió al soldado.

Pero Max solo se había adentrado unos pasos en los matorrales cuando se detuvo junto al grueso tocón de un gran roble.

—Vaya. ¿Qué es esto?

Había un hatillo en el tocón.

—Comida robada de la despensa —dijo el sargento, abriéndolo—. Son las hogazas que Becker hornea para la cena de la cosecha... ¿Ves que son más largas que las normales? Y rábanos, y ¿qué es esto? —Olisqueó—. Ah. Coles agrias. Y un trozo de queso.

Max se volvió, sosteniendo una hogaza lo bastante grande para alimentar a tres hombres.

—Parece que comen bien para ser hombres sin tierra.

—¿Por qué lo habrán abandonado? —se preguntó Dietrich.

Max miró a su alrededor.

—Los hemos asustado. ¡Silencio! —Extendió un brazo hacia Dietrich para hacerlo callar mientras sus ojos estudiaban los matorrales cercanos—. Continuemos nuestro camino —dijo en voz alta, y se volvió como para seguir internándose en el bosque, pero el súbito chasquido de una rama tras ellos le hizo girarse y, de dos saltos, agarró un brazo.

—¡Te tengo, basura!

La figura que arrancó de su escondite chilló como un cerdo. Dietrich vio una toca de brocado y dos largas trenzas rubias.

—¡Hilde!

La esposa del molinero se volvió hacia Max, que se había girado al oír el grito de Dietrich, y lo golpeó en la nariz. Max aulló y la abofeteó con la mano libre, haciéndola girar de modo que pudo sujetarle el brazo tras la espalda, subido casi hasta el omóplato.

—¡Max, basta! —gritó Dietrich—. ¡Suéltala! ¡Es la esposa de Klaus!

Max retorció otra vez el brazo y empujó a la mujer. Hilde se tambaleó un par de pasos, luego se volvió.

—Creía que erais ladrones que veían a robar la comida que dejo para los pobres.

Dietrich observó el pan y el queso que había en el tocón.

—Ah... ¿Traes a los furtivos comida del festín de la cosecha? ¿Desde cuándo? —Dietrich no sabía por qué Hilde podría haber hecho una cosa así. No había nada en el hecho de lo que enorgullecerse.

—Desde el Día de Sixto. Lo dejo aquí en este tocón justo antes del anochecer, después del trabajo en la cosecha. A mi marido nunca le falta comida y este es un uso tan bueno como cualquiera. Le pagué al hijo del panadero que me hace las hogazas.

—Así es como se libró del trabajo obligatorio. Pero ¿por qué?

Hilde se irguió.

—Es mi castigo ante Dios.

Max bufó.

—No deberías venir aquí sola.

—Dijisteis que había hombres sin tierra por aquí. Os oí.

—Los hombres sin tierra pueden ser peligrosos —dijo Dietrich.

—¿Más peligrosos que este patán? —Hilde señaló a Max con la cabeza—. Son tímidos. Esperan a que me marche para recoger la ofrenda.

—¿Y por eso pensaste en esconderte para echarles un vistazo? —dijo el sargento—. Típico pensamiento femenino. Si son siervos que han escapado de su feudo, no desearán ser vistos.

Hilde se dio la vuelta y señaló con un dedo a Schweitzer.

—¡Espera a que le diga a mi Klaus, el *Maier*, cómo me has tratado!

Max sonrió.

—¿Eso será *después* de haberle dicho cómo te internas en el bosque para dar de comer a los furtivos? Dime, ¿muerdes y arañas además de golpear?

—Acércate y verás.

Max sonrió y avanzó un paso al tiempo que Hilde retrocedía. Entonces su mirada pasó de largo y la sonrisa se le heló en la cara.

—¡Por las heridas de Cristo!

Dietrich vio una figura esbelta que corría hacia el bosque con el hatillo de comida. Era larguirucho: brazos y piernas demasiado largos para su cuerpo, las articulaciones demasiado abajo en los miembros. Llevaba un cinturón de material brillante, pero más arriba de la cintura. Eso, y piel grisácea a través de vetas de tela de colores, fue todo lo que Dietrich pudo ver antes de que la figura desapareciera entre los arbustos. Las ramas de avellano crujieron, un grajo se quejó. Luego todo quedó en silencio.

—¿Lo habéis visto? —preguntó Max.

—Esa palidez... —dijo Dietrich—. Creo que es un leproso.

—Su cara...

—¿Qué pasa con su cara?

—No tenía cara.

—Ah. Es lo que pasa en las últimas etapas, cuando la nariz y las orejas se pudren. No supieron qué hacer, hasta que Hildegard Müller avanzó hacia los matorrales.

—¿Adonde vas, mujer ignorante? —exclamó Max.

Hilde miró sombría a Dietrich.

—Dijisteis que eran hombres sin tierra —dijo con una voz que parecía una cuerda de laúd demasiado afinada—. ¡Lo dijisteis!

Dio dos pasos más hacia la maleza, se detuvo y miró alrededor.

Max cerró los ojos y resopló. Luego desenvainó la daga y siguió a la mujer del molinero.

—Max —dijo Dietrich—, dijiste que no nos apartaríamos de los caminos de los venados.

El sargento marcó un árbol.

—Los venados tienen más sentido común. ¡Quieta, mujer idiota! Te perderás. Que Dios nos ayude. —Se agachó y se pasó por la mano algunas ramas de morera—. Rotas —dijo—. Por ahí.

Y echó a andar sin mirar si los otros lo seguían.

Cada pocos pasos, Max se agachaba a examinar el terreno o una rama.

—Pasos largos —murmuró en un momento determinado—. ¿Veis cómo el zapato ha pisado el barro? El propietario estaba aquí.

—Va saltando —dedujo Dietrich.

—O tiene los pies deformes. Mirad la hechura. ¿Cuándo se ha visto a un lisiado saltando?

—Hechos de los Apóstoles —dijo Dietrich—. Capítulo tres, versículo ocho.

Max gruñó, se levantó y se frotó las rodillas.

—Por aquí.

Los condujo poco a poco al interior del bosque, marcando en ocasiones un árbol o disponiendo las piedras del suelo como signo de que habían seguido aquel camino. Apartaron matorrales y maleza, pasaron por encima de árboles caídos que se habían enterrado en el sendero, saltaron sobre barrancos inesperados.

—¡Santo Dios! —exclamó Max cuando encontraron las huellas una vez más—. ¡Ha saltado de una orilla a otra!

Los árboles se fueron haciendo más altos y más dispersos, sus ramas se alzaban sobre ellos como la cúpula de una catedral. Dietrich comprendió lo que había querido decir Max cuando hablaba de no apartarse de los senderos. Allí, protegidos por el risco, ninguno de los árboles había caído con la andanada y todas las direcciones parecían iguales. Los matorrales y los árboles más pequeños habían entregado el terreno a sus triunfantes hermanos mayores. Una capa de hojas de otoño, de años de grosor, suavizaba sus pasos. Tampoco podían guiarse por el sol. La luz solo llegaba en lanzadas dispersas que, como flechas, penetraban el follaje superior. Cuando Max marcó un árbol, ecos apagados hablaron desde todas las direcciones, de modo que Dietrich pensó que el sonido mismo se había perdido. Hilde empezó a decir algo, pero también su voz susurró en medio de la quietud y se calló inmediatamente y, a partir de entonces, siguió al suizo más de cerca.

En un pequeño claro donde un arroyo se abría paso a través del bosque, se detuvieron a descansar entre los helechos. Dietrich se sentó en una piedra cubierta de líquen junto a un estanque. Max probó el agua, luego la recogió con las manos y bebió.

—Está fría —dijo, mientras llenaba su odre—. Debe de venir del Katerinaberg.

Hilde miró a su alrededor y se estremeció.

—Los bosques son aterradores. Aquí viven lobos, y brujas.

Max se rio de ella.

—Historias de aldeanos. Mis padres vivían en el bosque. ¿Os lo he contado alguna vez, pastor? Cortábamos leña y la vendíamos a los carboneros. Comprábamos nuestro grano a la gente del valle y nadie nos molestaba mucho, excepto una vez una tropa de hombres de Saboya que llegaron después de una batalla. —Reflexionó en silencio un momento, luego cerró el tapón de su odre de agua—. Fue entonces cuando me marché. Ya sabéis cómo son los jóvenes. Me preguntaba si había un mundo fuera del bosque y los de Saboya necesitaban un guía. Así que fui con ellos hasta que les enseñé el camino a... a alguna parte. Se me ha olvidado. Allí lucharon con los Visconti por un trozo sin valor del Piamonte. Pero me marché con ellos y aprendí a llevar armas y combatí a los milaneses. —Llenó el odre de Dietrich también—. No creo que podáis comprender eso, pastor. La alegría abrumadora cuando tu enemigo cae. Es como... es como tener a una mujer, y supongo que tampoco entendéis eso. Os lo advierto, nunca he matado a un hombre que no hubiera



desnudado su hoja ante mí. No soy ningún asesino. Pero ahora sé por qué nunca podré regresar. Vivir en los Alpes después de lo que he visto, vivir en un lugar como este... —Hizo un gesto abarcando cuanto le rodeaba.

Hilde miró al sargento con peculiar intensidad.

—¿Qué tipo de hombre *disfruta* matando?

—Uno vivo.

La réplica fue recibida en silencio por parte del sacerdote y la esposa del molinero, y en ese silencio oyeron el continuo chirrido de las cigarras, el sonido de martillos lejanos. Max estiró el cuello.

—Por allí. En marcha. Y sin hacer ruido. El sonido se transmite en el bosque.

Al acercarse a la fuente, Dietrich oyó un coro, una mezcla arrítmica pero no desagradable. Tambores, pensó. O maracas. Por debajo de todo, roces y chasquidos. Un sonido pudo identificar: el golpe de un hacha contra un árbol, seguido por el peculiar estrépito de un pino al caer.

—No podemos consentirlo —dijo Max—. Esos árboles pertenecen al *Herr*.

Indicó a los demás que se apartaran y se arrastró a cuatro patas hasta el borde de la pantalla de árboles que marcaba la cima del risco. Allí se detuvo y Dietrich, que lo había seguido, susurró:

—¿Qué ocurre?

Max se volvió.

—¡Corred, por vuestra alma! —exclamó.

Dietrich, en cambio, agarró al sargento.

—¿Qué...?

Y entonces también él vio lo que había allá abajo.

Habían abierto un gran claro circular en el bosque, como si un gigante hubiera pasado una guadaña. Los árboles estaban caídos en todas direcciones. En el centro había un edificio blanco, tan grande como el granero de una abadía, con puertas abiertas en un costado. Una docena de figuras se habían quedado quietas y contemplaban a Max y Dietrich.

No eran hombres sin tierra.

No eran hombres.

Larguiruchos, delgados, con articulaciones extrañas. Los cuerpos adornados con tiras de ropa. Piel gris moteada de manchas verde claro. Torsos largos y sin pelo rematados por caras inexpresivas que carecían de nariz y orejas, dominadas por ojos enormes y dorados, globulares, facetados como diamantes, que no miraban a ninguna parte pero lo veían todo. En sus frentes cimbreaban antenas como el trigo en verano.

Solo sus bocas tenían expresión: se movían suavemente o colgaban entreabiertas, o se cerraban en una firme línea. Labios húmedos y suaves se separaban de dos formas a cada extremo, de manera que parecían sonreír y fruncirse al mismo tiempo. En los pliegues de cada comisura, de unas tiras gemelas de materia córnea, surgía un

sonido entrecortado, como el de chicharras lejanas.

Una criatura era sujetada por dos de sus compañeros. Abrió la boca como para hablar, pero lo que salió de ella no fueron palabras, sino un pus amarillo que le corrió por la barbilla. Dietrich trató de encogerse, pero la garganta se le cerró de terror. Recordó las pesadillas de su infancia, pobladas de grandes gárgolas de piedra de la catedral de Colonia que cobraban vida en la noche para arrancarlo de la cama de su madre. Se dio la vuelta, dispuesto a huir, pero encontró a otras dos criaturas más tras él. Oyó el fuerte olor de la orina y su corazón redobló como los tambores del Schmidmühlen. ¿Eran esos monstruos los que esparcían la peste?

—Santa María, Madre de Dios —susurraba Max una y otra vez.

Por lo demás, todo estaba en silencio. Los pájaros se habían callado y solo se oía el leve susurro del viento. El bosque parecía tranquilo, sus helechos y recovecos una mentira de seguridad. Dietrich pensó que si echaba a correr, se perdería... ¿Pero no era eso mejor que quedarse allí y perderse para toda la eternidad?

Sin embargo, era todo lo que se interponía entre aquellas apariciones y sus dos acompañantes, pues solo a él se le había concedido el poder para expulsar demonios. Con el rabillo del ojo vio que los dedos de Max se posaban sobre la empuñadura de su daga.

La mano derecha de Dietrich subió hasta el pecho y agarró su cruz pectoral, sosteniendo ante sí al Crucificado como si fuera un escudo. Un demonio respondió acercando lentamente la mano a una bolsa que colgaba de su cinturón..., solo para ser apaciguado por su compañero. Dietrich advirtió que la mano tenía seis dedos, un número poco reconfortante. Trató de pronunciar las palabras del exorcismo, «Yo, sacerdote de Jesucristo, os ordeno abjurar de espíritus impíos», pero la boca se le había secado.

Un agudo zumbido taladró el aire y todas las cabezas se volvieron hacia el granero, de donde había salido otra criatura, esta enana y con una cabeza enorme. Corrió hacia ellos y uno de los demonios más altos dejó escapar un sonido ululante y la siguió en la carrera. ¿Para hacer qué? ¿*Para arrancarles el alma del cuerpo?*

La situación estalló.

Dietrich gritó.

Max desenvainó su daga.

El demonio que tenían detrás sacó un extraño tubo brillante de su bolsa y les apuntó con él.

Y Hildegarde Müller bajó dando tumbos hacia donde estaban los demonios.

Se detuvo una vez y miró atrás, cruzando la mirada con Dietrich. Su boca se abrió como para hablar; entonces cuadró los hombros y continuó su camino. Extrañamente, las criaturas se apartaron de ella.

Dietrich controló su miedo y contempló con terrible concentración el drama que se desarrollaba ante ellos. «¡Dios, concédeme la gracia de comprender!». Intuía que muchas cosas dependían de su comprensión.

Hildegarde se detuvo ante el demonio que escupía pus por la boca y tendió ambos brazos hacia él. Las manos se cerraron, se apartaron, volvieron a abrirse. Y el demonio cayó en sus brazos y se desplomó contra ella.

Con un agudo grito, Hildegarde se arrodilló sobre el polvo y la ceniza y los pedazos de madera y acunó a la criatura en su regazo. El líquido verdoso y amarillento le manchó la ropa. Desprendía un olor nauseabundo y dulzón.

—Bienven...

Se detuvo, tragó saliva y empezó de nuevo.

—Bienvenidos, peregrinos, a la hospitalidad de mi casa. Me complace... Me complace que podáis quedaros con nosotros.

Acarició amablemente la cabeza de la criatura y pareció la Madre Dolorosa de esas *Vesperbilder* que se habían hecho tan populares últimamente, excepto que tenía los ojos cerrados y no miraba al ser que consolaba.

Para Dietrich todo quedó claro en un súbito y mareante segundo. El monstruo que la esposa del molinero acunaba estaba malherido. El efluvio que manaba de él era alguna especie de humor. Las tiras de tela que los demonios llevaban eran los restos rasgados y quemados de ropa empleada como vendaje alrededor de torsos y extremidades. Sus cuerpos y rostros estaban manchados de humo y el moteado de su piel indicaba magulladuras y arañazos verde oscuro. «¿Sufren tormentos terrenales las criaturas del infierno?». En cuanto a la criatura más pequeña que había echado a correr zumbando como un moscardón furioso...

Un niño, comprendió Dietrich. Y los demonios no tenían hijos; tampoco corrían y se abrazaban como había hecho la segunda criatura que corría detrás de la primera.

—¿Pastor? —dijo Max. Su voz temblaba. Estaba a punto de estallar, la mano en la daga—. ¿Qué clase de demonios son estos?

—No son demonios, sargento. —Dietrich había agarrado la muñeca de Max. Miró a Hildegarde y al herido—. Creo que son hombres.

—¡Hombres!

Dietrich sujetó al otro con fuerza.

—¡Piensa, sargento! ¿No existen los centauros, medio hombres y medio caballos? ¿Y qué hay de los *Blemyaes* de los que habló Plinio, hombres con los ojos en el torso? Honorius Augustodenensis describió y dibujó una docena de ellos.

Las palabras se atropellaban y luchaban entre sí, como si huyeran de su propia lengua.

—¡Seres más extraños que estos adornan las paredes de nuestra iglesia!

—¡Criaturas de las que se habla, pero que nadie ha visto!

Sin embargo, Dietrich notó que el hombre se relajaba un poco, y por eso le soltó el brazo. El sargento retrocedió un paso y luego otro. «Un paso más y echará a correr», pensó Dietrich.

Entonces las historias correrían por el pueblo y por toda la montaña para alojarse en los oídos de Friburgo; y se produciría una conmoción en aquel tranquilo rincón del

mundo. Los predicadores encontrarían a Dios y al Diablo en las habladurías y anunciarían nuevas Herejías. Habría quien diría haber visto a esas criaturas en visiones extáticas; los filósofos cuestionarían su existencia. Algunos, en habitaciones ocultas, quemarían incienso y rezarían a sus imágenes; otros prepararían la hoguera para quienes lo hicieran. Se harían preguntas; vendría la inquisición. Se recordarían viejos asuntos, antiguos nombres.

Un cuclillo trinó desde la copa de un árbol y Dietrich advirtió como los monstruos se asustaban de un pájaro inocente.

—Max —dijo—. Corre a la rectoría y trae mi bolsa de ungüentos y mi ejemplar de Galeno. Está encuadernado en cuero marrón oscuro y tiene el dibujo del cuerpo de un hombre en la portada.

Dudaba que Galeno tuviera mucho que decir sobre heridas de demonios, pero no podía dejar que nadie muriera vomitando en el suelo sin intentar salvarlo.

—Y, Max —añadió, llamando al sargento—, no le digas *a nadie* lo que hemos visto. No queremos que cunda el pánico. Si alguien pregunta, di que... que estos forasteros pueden tener la peste.

Max lo miró gravemente.

—¿Quieres avisarlos que hay peste para que no haya pánico?

—Entonces diles que es otra cosa. Lepra. *Pero mantenlos alejados*. Necesitamos tranquilidad. Ahora date prisa... y trae mis ungüentos.

Dietrich se deslizó por la cara del risco hasta donde se encontraban las criaturas, que formaban un grupo compacto. Algunos tenían hachas y mazas preparadas, pero había otros que no empuñaban ningún arma y se apartaron de él. Habían hecho un montón de troncos junto al extraño edificio blanco, y Dietrich advirtió que habían estado despejando los árboles caídos a su alrededor. Sin embargo ¿cómo podían haber levantado un edificio tan grande en pleno bosque sin despejarlo primero?

Se arrodilló junto a la criatura que Hilde consolaba y se humedeció los dedos con saliva.

—Con la condición de que hayas llevado una buena vida, yo te bautizo en el Nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Amén. —Trazó la cruz sobre la frente de la criatura.

—Amén —dijo Hildegarde.

Dietrich se levantó y se sacudió el hábito, preguntándose si habría cometido sacrilegio. ¿Reservaba el cielo un lugar para estas criaturas? Tal vez, si tenían alma. No podía interpretar nada en la mirada sin expresión del ser herido; de hecho, no podía saber si estaba mirando o no, ya que no había párpados sobre los hemisferios facetados. Los otros no habían vuelto la cabeza mientras él le administraba a su compañero el bautismo condicional. Sin embargo, tenía la extraña sensación de que todos lo estaban mirando directamente. Sus extraños ojos saltones no se movían. No podían hacerlo, supuso.

Ahora que habían sido descubiertas, ¿qué harían estas criaturas? Era buena cosa

que hubieran intentado permanecer ocultas, pues su antinatural presencia, demoníaca o no, debía permanecer en secreto. Sin embargo, se habían construido una casa en la tierra del *Herr*, así que parecía que pretendían quedarse, y ningún secreto podía ser guardado para siempre.

## AHORA

### Tom

Tom Schwoerin no era ningún ermitaño. Era el tipo de hombre a quien gusta la compañía y, aunque no era especialmente bullicioso, disfrutaba de una canción y una copa, y había clubes en la ciudad donde en otros tiempos había sido un cliente conocido.

Antes de conocer a Sharon, naturalmente. No sería justo decir que Sharon era una aguafiestas, pero controló las cosas. Eso no es del todo malo. Las varillas de carbono sirven también de controladores, y para un buen propósito. Tom siempre había sido algo frívolo antes de que ella lo tomara de la mano. Un hombre adulto no debería acicalarse tanto, y parte de la seriedad de ella se le pegó. Así que Tom, cuando se lo proponía, podía imitar de manera plausible a un ermitaño..., aunque fuera a un ermitaño más predispuesto a charlar que la mayoría. Le gustaba dar entidad a sus ideas, y eso implicaba hablar de ellas en voz alta. Sharon solía escucharlo a regañadientes (a veces muy a regañadientes, como aquella noche concreta), pero lo que le importaba era hablar, no que le escucharan. Tom siempre estaba dispuesto a hablar solo, y a veces lo hacía.

Sabía bien que lo habían echado del apartamento. No era una persona especialmente sensible a las sutiles pistas de las relaciones humanas, pero es difícil pasar por alto la conocida orden de romper filas. Y un nombre no tiene que ser demasiado sensible para sentirse un poco frustrado por ello. Visitar los archivos era en efecto lo sensato visto desde las claras y frías alturas de la lógica; pero aquello no tenía lógica.

La colección medieval de la biblioteca Memorial Teliow había empezado con una pequeña colección de arte en una galería decorada como un salón medieval. Había algunas piezas hermosas: trípticos, frentes de altar, ese tipo de cosas. Luego estaban las biblias, los libros de salmos y otros incunables, pergaminos y cartularios, registros y documentos de propiedad, libros de cuentas y archivos..., la materia prima de la historia. Originales comprados en subastas o encontrados en tesoros ocultos o donados para desgravar impuestos; sin revisar e inéditos, agrupados según su fuente de procedencia en clasificadores, atados en montones entre planchas de cartón y guardados a la espera de un investigador lo suficientemente desesperado para chapotear entre ellos. Allí habían estado esperando a Tom, y lo habían pillado bien.

Tom había preparado una lista. No era demasiado metódico, pero incluso él sabía que no podía lanzarse de cabeza en aguas desconocidas. No sabía qué estaba buscando, pero sí qué tipo de cosa buscaba, y por eso tenía media batalla ganada. Así que revisó el contenido de cada caja, apartando algunos documentos para

examinarlos con más atención. Paralelamente, obtuvo fragmentos dispersos del *trivium* y el *quadrivium*, pues era el tipo de hombre que no puede buscar una cosa sin encontrar en el proceso otra media docena. De esta manera el día fue pasando y cayó la noche.

Entre la paja ya cribada había un solo grano de trigo: una nota en el índice de casos episcopales del siglo xvii que decía que «*de rerumEifelheimensis*, la cuestión del bautismo de un tal Johannes Sterne, caminante, era dudoso debido a la muerte por peste de todos los protagonistas». Aquel índice procedía en parte de otro de principios del siglo xv, basado a su vez en originales del siglo xiv perdidos.

No era exactamente una pista fresca.

Cerró los ojos y se frotó la frente y pensó en rendirse. Podría haberse marchado entonces, si no hubiera recibido un inesperado toque de atención:

—¿Sabe, doctor Schwoerin, que no hay demasiados vivos por aquí?

Pablo camino de Damasco no podría haberse sobresaltado más por la repentina voz. La bibliotecaria, que le había traído diligentemente cajas y más cajas durante toda la noche, en silencio, estaba junto a la mesa con la que él acababa de revisar apoyada en la cadera. Era una mujer atractiva, con un vestido estampado por debajo de las rodillas y gafas grandes y sencillas. Llevaba el pelo recogido en un moño.

«*Lieber Cott* —pensó Tom—. ¡Un arquetipo!».

—¿Disculpe? —dijo en voz alta.

La bibliotecaria se ruborizó.

—Normalmente los investigadores piden sus datos por teléfono. Uno de los miembros del personal los escanea y los pasa al ordenador, cobra el coste a la beca correspondiente y eso es todo. Este puede ser un trabajo terriblemente solitario, sobre todo de noche, cuando lo único que hacemos es esperar peticiones del extranjero. Trato de leer todo lo que escaneo, y luego está, naturalmente, mi propia investigación. Eso nos ayuda, a algunos.

Ahí estaba el nexo. Una bibliotecaria solitaria quería una conversación humana y un cliólogo solitario necesitaba un descanso de su infructuosa búsqueda. De otro modo, no habría habido ninguna conversación entre los dos en toda la noche.

—Necesitaba salir un rato del apartamento —dijo Tom.

—Oh —le respondió la joven—. Me alegro de que haya venido. He estado siguiendo sus investigaciones.

Los historiadores normalmente no tienen seguidores.

—¿Por qué demonios lo ha hecho? —preguntó, sorprendido.

—Me licencié en historia analítica con el doctor LaBret, en Massachusetts, pero la topología diferencial era demasiado dura para mí, así que me pasé a historia narrativa.

Tom se sintió como un biólogo molecular entrando en contacto con un «filósofo natural». La historia narrativa no era ciencia, sino literatura.

—Recuerdo mis propios problemas con las superficies catastróficas de Thorn —logró decir—. Siéntese, por favor. Me está poniendo nervioso.

Ella permaneció de pie, con la caja apoyada en la cadera.

—No pretendo distraerlo de su trabajo. Solo quería preguntarle... —Vaciló—. Oh, probablemente es obvio.

—¿De que se trata?

—Bueno, está usted investigando una aldea llamada Eifelheim.

—Sí. El lugar es un vacío inexplicable en la cuadrícula de Christaller.

Tom la estaba poniendo a prueba deliberadamente. Quería saber qué entendía ella. La bibliotecaria alzó las cejas.

—¿Abandonado y nunca repoblado?

Tom asintió.

—Y sin embargo —musitó ella—, en el lugar tuvo que haber afinidad o nunca habría sido ocupado por primera vez. Tal vez un lugar cercano... ¿No? Qué raro. A lo mejor las minas se agotaron o el agua se secó.

Tom sonrió, encantado de su perspicacia y de su interés. Le había costado trabajo convencer a Sharon de que había un problema, y lo único que le había sugerido era una causa general, como la peste negra. Esa joven sabía al menos lo suficiente para sugerirle causas particulares.

Después de que él le explicara su problema, la bibliotecaria frunció el ceño.

—¿Por qué no ha buscado información *anterior* a la desaparición de la aldea? Lo que causó su abandono puede que ocurriera antes.

Él señaló la caja de cartón.

—¡Por eso estoy aquí! ¡No quiera enseñarle a la abuela a batir huevos!

Ella ladeó la cabeza, capeando el temporal.

—Pero nunca ha buscado la referencia de Oberhochwald, así que pensé...

—¿Oberhochwald? —Él sacudió la cabeza, irritado—. ¿Por qué Oberhochwald?

—Ese era el antiguo nombre de Eifelheim.

—¿Qué?

Tom se puso bruscamente de pie, derribando la pesada silla de lectura, que golpeó el suelo con estrépito. La bibliotecaria dejó caer la caja y los clasificadores se esparcieron. Se llevó la mano a la boca y luego se agachó para recogerlos.

Tom rodeó la mesa.

—No se preocupe por eso ahora —dijo—. Ha sido culpa mía. Yo lo recogeré. Dígame qué sabe de Oberhochwald.

Cuando la ayudó a ponerse en pie le sorprendió lo bajita que era. Sentado, le había parecido más alta.

Ella se zafó de sus brazos.

—Lo recogeremos entre los dos —le dijo. Colocó la caja en el suelo y se puso a cuatro patas. Tom se arrodilló junto a ella y le tendió un clasificador.

—¿Está segura de lo de Oberhochwald?



Ella metió tres clasificadores en la caja y lo miró, y él advirtió que sus ojos eran grandes y marrones.

—¿Quiere decir que no lo sabía? Yo lo descubrí por accidente, pero pensaba que usted... Bueno, fue hace un mes, creo. Un hermano de la escuela de teología me pidió que le buscara un manuscrito raro y lo escaneara para introducirlo en la base de datos. El nombre Eifelheim me llamó la atención porque ya había escaneado varios artículos para usted. Era una glosa marginal sobre el nombre Oberhochwald.

Tom se detuvo con varios clasificadores en la mano.

—¿Cuál era el contexto?

—Lo ignoro. Sé latín pero estaba en alemán. Oh, si lo hubiera sabido le habría enviado un *e-mail* comentándoselo. Pero pensé... Tom le puso una mano en el brazo.

—No hizo nada malo. ¿Lo tiene aquí? El manuscrito que pidió el hermano. Necesito verlo.

—El original está en Yale.

—Una copia me servirá.

—Sí. Estaba a punto de preguntárselo. Guardamos una copia en formato pdf en nuestra propia base de datos, y *df\_imaging* entra una vez al mes y nos organiza los archivos. Puedo recuperarlo.

—¿Lo haría por mí? *Bitte sehr?* Quiero decir por favor... Yo acabaré de recoger.

Buscó bajo la mesa y recuperó otro clasificador. ¡Rayos! ¡Otro hallazgo imprevisto! Amontonó otros dos clasificadores sobre los que ya había recogido. No era extraño que no hubiera encontrado ninguna alusión a Eifelheim de la época. *No se llamaba Eifelheim todavía.* Miró a la bibliotecaria, ocupada ante el teclado de su despacho.

—*Entschuldigung* —la llamó. Ella se detuvo y se volvió—. No le he preguntado su nombre siquiera.

—Judy —le dijo ella—. Judy Cao.

—Gracias, Judy Cao.

Era una pista poco sólida, un hilo suelto que colgaba de una antigua maraña de hechos. En un momento indeterminado del siglo XIV un minorita errante llamado fray Joachim había dado un sermón sobre «los hechiceros de Oberhochwald». El texto del sermón no había sobrevivido a los siglos, pero la fama como orador del hermano Joachim sí, y un comentario sobre el sermón había sido incluido en un tratado de homilética contra la brujería y el culto al diablo. Un lector posterior (del siglo XVI a juzgar por la caligrafía) había añadido una glosa al margen: *Dieses Dorp heit jetzt Eifelheim*, «ahora este pueblo se llama Eifelheim».

Y eso significaba...

Tom gruñó y dejó el papel impreso sobre la mesa.

Judy Cao posó una mano en su brazo.

—¿Qué ocurre, doctor Schwoerin?

Tom señaló la hoja.

—Tengo que volver a repasar todos esos archivos. —Se pasó una mano por el pelo—. Oh, bueno. *Povtorenia... ma't uchenia*. —Acercó la caja.

Judy Cao sacó un clasificador de la caja y, con la mirada gacha, le dio vueltas una y otra vez.

—Podría ayudar —sugirió.

—Oh... —Él negó con la cabeza, distraído—. No puedo pedirle que haga eso.

—No, en serio. —Ella alzó la cabeza—. Me ofrezco voluntaria. Siempre hay una pausa en el servidor después de las ocho de la noche. Las peticiones de California disminuyen y las que llegan a primera hora desde Varsovia o Viena no lo hacen hasta más tarde. No entiendo de matemáticas, pero sí de investigación y documentación... Tendré que comprobar esas cajas en tiempo real, naturalmente, pero también puedo investigar en la red.

—Puedo preparar un motor de búsqueda —dijo Tom.

—No se ofenda, doctor Schwoerin, pero nadie puede navegar por la red como una bibliotecaria experta. Hay tanta información ahí fuera, tan mal organizada... y tan falsa, que saber cómo encontrar algo es una ciencia en sí mismo.

Tom gruñó.

—A mí me lo va a decir. Investigo y encuentro cientos de respuestas, la mayoría *Klimbim*, y que me aspen si sé cómo se han colado en la lista.

—La mayoría de los sitios no valen el papel en el que no están escritos —dijo Judy—. La mitad de ellos han sido creados por bromistas o entusiastas aficionados. Hay que acotar la búsqueda. Puedo programar un gusano que detecte no solo las citas referentes a Oberhochwald, sino también las citas de cualquier palabra clave asociada con el lugar. Como...

—¿Como Johannes Sterne? ¿O como Trinidad de Trinidades?

—O lo que sea. El gusano puede distinguir el contexto (eso es lo difícil) e ignorar todo lo que no sea relevante.

—Muy bien-dijo Tom—. Me ha convencido. Le pagaré con el dinero de mi beca. No será mucho, pero le valdrá un título: asistente de investigación. Y su nombre aparecerá en el estudio detrás del mío. —Se enderezó en la silla—. Le daré un código de acceso especial para CLIODEINOS, para que pueda entrar en mis archivos cada vez que encuentre algo. Mientras... ¿Qué ocurre?

Judy se apartó de la mesa.

—Nada. —Desvió brevemente la mirada—. Estaba pensando que podríamos reunirnos aquí periódicamente. Para coordinar nuestras actividades.

Tom agitó una mano.

—Podemos hacerlo más fácilmente a través de Internet. Lo único que hace falta es un teléfono inteligente y un módem.

—Tengo un teléfono inteligente —le dijo ella, tirando de la cuerda que cerraba el clasificador que sostenía—. Mi teléfono es más listo que mucha gente.

Tom se echó a reír, sin pillar todavía el chiste.

Las dos cajas que ya había sobre la mesa eran un punto de partida tan bueno como cualquier otro, así que Tom se hizo con una y Judy con la otra y se pusieron a repasarlas, clasificador por clasificador. Tom leía los mismos artículos por segunda vez esa noche, así que se esforzó por concentrarse en las palabras. Buscando «Oberhochwald» sus ojos se dirigían a cualquier palabra que empezara por «O», o incluso por «Q» o por «C». Los manuscritos habían sido escritos por una descorazonadora variedad de manos; la mayoría estaban en latín, pero algunos en alemán medieval y unos cuantos en francés o italiano. Un puñado variopinto de documentos sin otra cosa en común que sus donantes.

Tres horas más tarde y dos horas después de que el turno de Judy hubiera terminado, con los ojos enrojecidos y el cerebro embotado, Tom salió a tomar aire con una hoja manuscrita en la mano.

Judy todavía estaba allí y había encontrado algo también.

Que Judy supiera leer latín sorprendió a Tom. Le parecía curioso que una asiática estuviera interesada en la cultura y la historia de Europa, aunque lo contrario no le hubiese extrañado lo más mínimo. Así que aunque Tom descubriera poco sobre Eifelheim esa noche, no podía decir que no hubiera aprendido nada. De hecho, se sentía un poco confundido por los intereses de Judy Cao.

—«*Moriuntur amici mei...*».

Mientras Judy leía, Tom escuchaba con los ojos cerrados. Era un recurso que usaba cada vez que quería concentrarse en lo que oía. Al desconectar un canal de información creía aumentar la capacidad de atención del otro. Sin embargo, nunca se cubría los oídos cuando quería ver algo con especial claridad.

Tom me contó una vez que los alemanes llevamos los verbos en el bolsillo, de modo que el significado «no se sabe hasta el final de la frase». El latín puede esparcir las palabras como caramelos en *Fasching*, confiando en que los sufijos mantengan la disciplina. Por fortuna, los medievales habían impuesto un orden a las palabras en latín (un motivo por el que los humanistas los detestaban), y Tom tenía facilidad para el idioma.

Mis amigos están muriendo a pesar de todo lo que hacemos. Comen, pero la comida no los nutre, así que el final se acerca. Rezo cada día para que no sucumban a la desesperación. Oberhochwald está muy lejos de sus hogares, pero miran a su Creador con esperanza y fe en los corazones.

Dos más han aceptado a Cristo en sus últimos días, lo que safistace a Hans no menos que a mí. Tampoco nos culpan a aquellos de nosotros que los aceptamos, sabiendo bien que nuestro tiempo también se acerca. Los rumores vuelan veloces como flechas, y de un modo igualmente dañino, y se dice que la peste que asaltó las tierras del sur el año pasado ahora ataca a los suizos.

¡Oh, que sea una enfermedad menor la que ha caído sobre nosotros! Que este amargo cáliz pase de largo.

Eso era todo. Solo el fragmento de un diario. Anónimo. Sin fecha.

—De entre 1348 y 1350 —aventuró Tom, pero Judy afinó más.

—De mediados a finales de 1349. La peste llegó a Suiza en mayo de 1349 y a Estrasburgo en julio, lo cual la sitúa en la linde de la Selva Negra.

Tom, mientras aceptaba que la historia narrativa tenía cosas buenas, le tendió una segunda hoja.

—He encontrado esto en la otra caja. Una petición de compensación por parte de un herrero de Friburgo a *Herr* Manfred von Hochwald. Se queja de que un lingote de cobre del pastor Dietrich de Oberhochwald como paga por extraer fino alambre de cobre ha sido robado.

—Fechado en 1349, la vigilia de la festividad de la Virgen. —Ella le devolvió la página.

Tom hizo una mueca.

—Como si eso aclarara algo... La mitad del año medieval estaba lleno de fiestas marianas. —Escribió otra nota en su agenda electrónica, se pellizcó el labio. Había algo en la carta que le molestaba, pero no acertaba a saber qué—. Bueno... —Recogió el material, lo guardó en el maletín y lo cerró—. La fecha exacta no importa. Estoy intentando descubrir por qué el lugar fue abandonado, no si su sacerdote timó a un artesano local. Pero, *alles gefällt*, he descubierto una cosa que ha hecho que todo este viaje merezca la pena.

Judy cerró una de las cajas y anotó los datos de la tapa. Le dirigió una breve mirada.

—¿Sí? ¿Cuál?

—Puede que no tenga una pista fresca; pero al menos sé que hay una pista.

Cuando salió de la biblioteca descubrió que la noche ya estaba avanzada y el campus desierto y tranquilo. Los aularios bloqueaban los ruidos del tráfico de Olney y el único sonido era el suave rumor de las ramas de los árboles. Sus sombras se agitaban a la luz de la luna. Tom encogió los hombros contra la insistente brisa y se dirigió hacia la puerta del campus. Así que Oberhochwald había cambiado de nombre... Eifelheim... «¿Por qué Eifelheim?», se preguntó en vano.

Casi había cruzado el patio cuando de repente se le ocurrió. Según el documento *Moriuntur*, la aldea se llamaba Oberhochwald hasta que la Peste Negra la borró de la faz de la Tierra.

¿Pero por qué cambió de nombre una aldea que ya no existía?

## V

### AGOSTO DE 1348

*San Joaquín Seppel Bauer entregó el diezmo de gansos el Día de Santa María: dos docenas de aves, grandes y pequeñas, blancas y negras y moteadas, las cabezas en todo tipo de ángulos inquisitivos, quejándose y caminando con la arrogancia inevitable de los gansos. Ulrike, con su cuello alargado y su barbilla hundida, parecida a un ganso ella misma, corría delante de la bandada y abrió la puerta mientras Otto el cuidador apremiaba a las aves para que entraran en el patio.*

—Veinticinco aves —anunció Seppel mientras Ulrike echaba el cerrojo—. Franz Ambach ha añadido una de regalo porque rescatasteis su vaca del *Herr*.

—Dale las gracias de mi parte —dijo Dietrich con grave formalidad—, y a los otros también, por su generosidad.

El tributo de gansos lo fijaba la costumbre y no la generosidad, pero Dietrich siempre lo tomaba como un regalo. Aunque se encargaba de su propio huerto y poseía una vaca lechera que atendía Theresia, sus deberes sacerdotales le impedían dedicar tiempo a la cría de ganado como alimento, y por eso los aldeanos daban una parte de su propio sustento para mantenerlo. Del recordatorio de este privilegio se encargaban el archidiácono Willi en Friburgo y *Herr* Manfred. Dietrich sacó un *pfenning* de su zurrón y se lo puso a Seppel en la palma de la mano. También esto era una costumbre, y por eso los jóvenes de la aldea se disputaban el privilegio de entregar el tributo.

—Lo invertiré en mi propio terreno —anunció el muchacho, guardando la moneda en su bolsa—, y no lo malgastaré, como algunos que podría mencionar.

—Eres un muchacho frugal —dijo Dietrich.

Ulrike se había unido a ellos y daba la mano al chico mientras Otto jadeaba y su mirada pasaba del muchacho a la muchacha con sorprendidos celos.

—Bien, Ulrike —dijo Dietrich—, ¿estás preparada para la boda?

La muchacha asintió.

—Sí, padre.

Cumpliría doce años el mes siguiente, una mujer adulta, y la unión de los Bauer y los Ackermann había sido planeada hacía mucho tiempo.

Mediante acuerdos comprensibles solamente para un campesino ambicioso, Volkmar Bauer había organizado un intercambio en el que estaban implicados otros tres aldeanos, varios terrenos, algún ganado y una bolsa de *pfennigs* de cobre para conseguir la casa llamada Unterbach para su hijo. Los intercambios habían permitido que los Bauer y los Ackermann planearan juntos un acuerdo más amplio. «Menos turnos en el arado», había explicado Félix Ackermann con grave satisfacción.

Dietrich, mientras contemplaba marcharse a la joven pareja, esperaba que la unión fuera tan buena para ellos como ventajosa prometía ser para sus parientes. Los

*Minnesingers* pregonaban las virtudes del afecto sobre el cálculo y los campesinos siempre imitaban las costumbres de sus superiores; sin embargo, los hombres tenían una forma de amar que podía reportar beneficios. El amor no impedía a ningún rey comerciar con sus hijos e hijas. La hija de Inglaterra, había dicho Manfred, descansaba en Burdeos camino de su boda con el hijo de Castilla, y por ningún motivo mejor que el hecho de que la unión molestaría a Francia. Del mismo modo, el amor no detenía tampoco a ningún campesino, por largo y estrecho que fuera su reino.

Al menos Seppl y Ulrike no eran desconocidos el uno para el otro, como lo eran el príncipe Pedro y la princesa Joan. Sus padres habían acordado también eso, cultivando los afectos entre sus retoños con la misma paciencia que atendían sus parras con la esperanza de una futura cosecha.

Dietrich entró en su patio, para descontento del diezmo de gansos, y sacó una maza y un cuchillo del cobertizo. Saludó a Theresia, que se ocupaba de las judías del huerto, golpeó a un ganso con la maza, lo llevó al cobertizo y lo amarró por las patas a un gancho. Le cortó el cuello, cuidando de no cercenar la espina dorsal para que los músculos no se contrajeran e hicieran más difícil el desplume.

—Siento, hermano ganso —le dijo al cadáver—, que mi hospitalidad (y tú mismo) hayan tenido tan corta vida, pero conozco a unos peregrinos que puede que agradezcan tu carne.

Y entonces colgó al ganso para desangrarlo.

Al día siguiente, con el ganso desplumado y envuelto en una bolsa de cuero, Dietrich se marchó a *Burg Hochwald*, donde Max Schweitzer esperaba con dos caballos ya ensillados.

—Una montura bien blandita para un sacerdote —prometió el sargento, ofreciéndole uno de los caballos—. El jamelgo está más gordo que un monje y se detendrá a comer siempre que pueda, así que su gordura no es accidental. Una buena patada en las costillas y echará a andar. —Aupó a Dietrich y esperó a que el sacerdote estuviera sentado en la silla—. ¿Conocéis ya el camino?

—¿No vas a venir esta vez?

—No. El *Herr* desea que me encargue de ciertos asuntos. Decidme si conocéis el camino.

—Conozco el camino. Seguir el sendero hasta la carbonera y los árboles caídos, y luego seguir las marcas como antes.

Schweitzer parecía dubitativo.

—Cuando los veáis... a ellos, tratad de comprar uno de esos tubos que guardan en sus zurriones. Nos apuntaron con uno la primera vez.

—Me acuerdo. ¿Supones que es un arma?

—Ja. Algunos demonios mantienen la mano cerca de esos zurriones mientras andamos por allí. La mano de un hombre alerta siempre está cerca de su empuñadura

de esa forma.

—La mía se acercaría al crucifijo.

—Creo que puede ser algún tipo de honda. Un *pot-de-fer* en miniatura.

—¿Pueden hacerlas tan pequeñas? Dispararía una bala tan pequeña que no podría causar mucho daño.

—Eso dijo Goliat. Ofrecedles mi daga si creéis que pueden querer cambiarla. — Se había desabrochado el cinto y se lo entregó a Dietrich, con vaina y todo.

Dietrich lo sopesó.

—¿Tanto quieres esa honda? Bueno, pues solo queda la cuestión de cómo decírselo.

—¡Sin duda que los demonios sabrán latín!

Dietrich no discutió.

—No tienen lengua ni labios adecuados para ello. Pero haré lo que pueda. Max, ¿para quién es el otro caballo?

Antes de que el soldado pudiera responder, Dietrich oyó la voz de *Herr* Manfred y, un momento más tarde, el señor atravesó la puerta de la muralla con Hilde Müller del brazo. Le sonreía, cubriendo con su mano la de ella, que llevaba prendida del codo izquierdo. Dietrich esperó a que un criado colocara un banco y ayudara a Hilde a montar.

—Dietrich, ¿hablamos? —dijo *Herr* Manfred. Sujetó el caballo por la rienda y le acarició el hocico, susurrando unas palabras para tranquilizar a la bestia. Cuando el caballo se alejó lo suficiente, dijo en voz baja—: Tengo entendido que hay demonios en nuestros bosques.

Dietrich dirigió una brusca mirada a Max, pero el soldado se limitó a encogerse de hombros.

—No son demonios —le dijo al *Herr*—, sino peregrinos enfermos de un lugar extraño y lejano.

—Muy extraño y muy lejano, si hay que creer a mi sargento. Dietrich, no quiero demonios en mis bosques. —Alzó una mano—. No, ni «peregrinos de un lugar extraño y lejano». Exorcízalos o ponlos en camino, lo que te parezca apropiado.

—Mi señor, vos y yo estamos de acuerdo en eso.

Manfred dejó de acariciar a la bestia.

—Lo contrario me disgustaría. Ven esta noche, tras tu regreso.

Soltó al caballo y Dietrich lo hizo volverse hacia el camino.

—Adelante, caballo —dijo—. Encontrarás más cosas que mordisquear más allá.

Los caballos avanzaban por los campos, donde los campesinos seguían trabajando en la cosecha. Tras haber completado el trabajo en las tierras del señor, los aldeanos trabajaban sus propias parcelas. Los siervos se habían retirado al granero para moler el grano del señor. Los campesinos trabajaban en el común, pasando de una franja a otra siguiendo un intrincado plan que el *Maier*, el *Schultheiss* y los capataces habían

elaborado mucho antes.

Una pelea había estallado en Zur Holzbrücke, una parcela que pertenecía a Gertrude Metzger. Dietrich se alzó en los estribos y vio que los capataces ya habían intervenido.

—¿Qué ocurre? —preguntó Hilde mientras se le acercaba.

—Una mujer se estaba guardando grano en la blusa para robarlo y el sobrino de Trude ha alzado la guadaña y la ha acusado.

Hilde se envaró.

—Trude debería volver a casarse y dejar que un hombre trabajara su tierra.

Dietrich, que no veía ninguna relación entre la viudez de una y el robo de la otra, permaneció en silencio. Continuaron avanzando hacia el bosque.

—¿Un pequeño consejo? —dijo poco después.

—¿Referido a qué?

—El *Herr*. Es un hombre de apetitos. No estaría bien alimentarlos. Su esposa lleva dos años muerta.

La mujer del molinero no dijo nada durante un rato. Luego agitó la cabeza y dijo:

—¿Que sabéis vos de apetitos?

—¿No soy un hombre?

Hilde lo miró con desdén.

—Buena pregunta. Si pagarais la tarifa podríais demostrármelo. Pero la tarifa es doble si la mujer está casada.

El cuello de Dietrich enrojeció y la miró un rato mientras los caballos seguían avanzando firmemente. *Frau Müller* cabalgaba con la falta de elegancia propia de una campesina, aplanada contra la silla, botando a cada desnivel. Dietrich apartó la mirada antes de que sus pensamientos pudieran ir más lejos. Había probado de esa mesa y había encontrado sus placeres demasiado exagerados. Gracias a Dios, las mujeres tenían poco atractivo para él. Hilde no volvió a hablar hasta que entraron en el bosque.

—Fui a suplicarle comida y bebida para esos horribles seres del bosque. Eso fue todo. Me dio los sacos que veis aquí, atados tras la silla. Si pensó en un precio por ese favor, no lo mencionó.

—Ah. Había pensado...

—Sé lo que pensasteis. Tratad de no pensar tanto en ello.

Y tras esa observación, espoleó su caballo y se adelantó en el camino, agitando las piernas sin gracia con cada sacudida.

Tras llegar a la carbonera, Dietrich frenó su montura y pronunció una breve oración por las almas de Anton y Josef. Poco después, el caballo se inquietó y retrocedió y Dietrich alzó la cabeza para ver a dos de las extrañas criaturas observándolos desde el borde del claro. Se detuvo un instante. ¿Se acostumbraría alguna vez a su aspecto? Las imágenes, por grotescas que fueran, eran una cosa cuando estaban talladas en madera o piedra y otra muy distinta cuando estaban



formadas de carne.

Hilde no se volvió.

—Son ellos, ¿verdad? —dijo—. Lo noto por la forma en que miráis.

Dietrich asintió, algo aturdido, y Hilde suspiró.

—Me marea su olor —dijo—. Con su contacto se me eriza la piel.

Uno de los centinelas agitó un brazo en una imitación pasable de un gesto humano y saltó hacia el bosque, donde se detuvo para que Dietrich y Hilde lo siguieran.

El caballo de Dietrich vaciló, así que tuvo que espolearlo hasta que la bestia avanzó, con notable reticencia. El centinela se movía con grandes saltos deslizantes, deteniéndose de vez en cuando para repetir el gesto de llamada con el brazo. Llevaba un arnés en la cabeza, según vio Dietrich, aunque tenía una parte libre alrededor de la boca. De vez en cuando trinaba o parecía escuchar.

En la linde del claro donde las criaturas habían erigido su extraño granero el caballo trató de escapar. Dietrich recurrió a habilidades medio olvidadas y luchó contra la bestia, haciéndola volverse y cubriéndole los ojos con su ancho sombrero de viaje.

—¡Quédate atrás! —le dijo a Hilde, que se había rezagado—. Los caballos temen a estos seres.

Hilde tiró con fuerza de las riendas.

—Entonces tienen más sentido común.

Dietrich y ella desmontaron lejos de la vista de los extraños. Después de amarrar los caballos, llevaron los sacos de comida al campamento, donde los esperaban varias de las criaturas. Una recogió los sacos y, usando un instrumento de algún tipo, cortó la comida en trocitos que metió en pequeños frascos de cristal. Dietrich vio a la criatura olisquear la boca de un frasco y alzarlo hacia la luz, y de repente se le ocurrió que era un alquimista. Tal vez aquella gente nunca había visto gansos ni rábanos ni manzanas y algunos temían comerlos.

El centinela tocó el brazo de Dietrich: era como el roce de un palo seco. Trató de recordar las características especiales de la criatura, pero no había nada a lo que su mente pudiera agarrarse. Su altura: más alto que muchos. Su color: un gris más oscuro. La veta amarilla que asomaba por la abertura de su camisa... ¿una cicatriz? Pero, fueran como fuesen, la terrible impresión que causaban aquellos ojos amarillos facetados y los labios callosos y los miembros demasiado largos se imponía a todo lo demás.

Siguió al centinela hasta el granero. La pared era al tacto sutil y resbaladiza, muy distinta a ningún material que conociera, como si fuera un cuerpo mixto que combinara los elementos tierra y agua. Una vez dentro, descubrió que el granero era de hecho una *ínsula* como las que solían construir los romanos, pues el interior estaba dividido en apartamentos, más pequeños incluso que la choza de un *Gärtner*. Aquella extraña gente debía de ser tremendamente pobre para vivir tan apretujada.

El centinela lo condujo a un apartamento donde esperaban otros tres y luego se marchó, dejando a Dietrich curiosamente desconcertado. Estudió a sus anfitriones.

El primero estaba sentado justo enfrente de él, tras una mesa sobre la que había varios curiosos objetos de diversas formas y colores. Un fino marco rectangular encuadraba el dibujo de un prado florido y árboles lejanos. ¡No era un bajorrelieve y sin embargo tenía profundidad! El artista había resuelto evidentemente el problema de plasmar la distancia en una superficie plana. ¡Ay, qué no habría dado Simone Martini, muerto ya desde hacía un puñado de años, por estudiar aquella técnica! Dietrich miró con más atención.

Había algo extraño en las formas, algo incorrecto en los colores. No llegaban a ser flores del todo, ni árboles, y había demasiado azul en su verde. Los capullos tenían seis pétalos de intenso dorado, dispuestos en tres pares opuestos. La hierba era del color pálido de la paja. ¿Una escena de la patria de donde venían esos seres? Debía estar muy lejos, pensó, para tener flores tan extrañas.

La iconografía del cuadro, su simbolismo, que llamaba la atención sobre las habilidades del pintor, se le escapaba a Dietrich. La colocación de santos o bestias concretos, o el tamaño relativo de las ricuras, o el tamaño relativo de las figuras, o sus gestos o entornos tenían un significado; *pero ninguna criatura viva ocupaba la escena*, lo cual era quizá lo más extraño de todo. ¡Era como si el cuadro tuviera la pretensión de ser simplemente la reproducción de un paisaje! Sin embargo, ¿para qué semejante crudo realismo cuando el ojo podía contemplarlo sin ayuda?

La segunda criatura estaba sentada a una mesa más pequeña, en la zona derecha del apartamento. Llevaba un arnés en la cabeza y estaba sentada medio vuelta hacia la pared. Dietrich interpretaba el arnés como una marca de servicio. Como todo aquel que se concentraba en su deber, no advirtió la entrada de Dietrich, pero sus dedos bailaban sobre otro cuadro: un grupo de cuadrados de colores con extraños símbolos. Entonces el sirviente tocó uno... ¡y la imagen cambió!

Dietrich se quedó boquiabierto y retrocedió tambaleándose, y la tercera criatura, la que se apoyaba contra la pared de la izquierda con sus largos brazos entrelazados como si fueran parras, abrió mucho la boca y agitó sus labios inferior y superior, emitiendo un sonido como un bebé que empieza a hablar.

—Wa-bwa-bwa-bwa.

¿Era un saludo? Esa criatura era alta, quizá más alta que el propio Dietrich, e iba adornada con un atuendo más pintoresco que los demás: un chaleco sin botones como los que usaban los moros, pantalones anchos tres cuartos, un cinturón con diversos artilugios colgando, una faja amarillo vivo. Tantos finos detalles indicaban que se trataba de un hombre de rango. Dietrich, recuperado el aplomo, inclinó la cabeza y los hombros.

—Wabwabwabwa —dijo, repitiendo el saludo lo más certeramente que pudo.

Como respuesta, la criatura le dio un fuerte golpe.

Dietrich se frotó la mejilla dolorida.

—No debes golpear a un sacerdote de Jesucristo —le advirtió—. Te llamaré *Herr Gschert* («zafio»).

El que la criatura recurriera tan fácilmente a los golpes había confirmado su sospecha de que era de noble cuna.

La primera criatura, vestida tan sencillamente como el sirviente pero con cierto aire de mando, golpeó la mesa con el antebrazo. Se produjo un parloteo y tanto él como Gschert agitaron los brazos. Dietrich vio que los sonidos los hacían con las comisuras callosas de la boca, haciéndolas chasquear rápidamente como las hojas gemelas de unas tijeras. Pensó que debía ser habla, pero a pesar de su absoluta concentración le pareció solamente ruido de insectos.

La discusión entre los dos llegó a un punto culminante. El que estaba sentado alzó ambos brazos y los frotó. Había bordes callosos en ellos y el gesto produjo un sonido como de ropa al rasgarse. *Herr Gschert* hizo un movimiento como para golpear, y el que estaba sentado se levantó dispuesto a devolver el golpe. Desde el otro lado del apartamento, el sirviente siguió mirando, como tienen que hacer los sirvientes cuando sus superiores pelean.

Pero el *Herr* cambió el golpe e hizo otro movimiento completamente distinto, un gesto de arrojar que Dietrich no tuvo ninguna dificultad para interpretar como de despedida, lo que apoyaba que habían discutido. La otra criatura echó atrás la cabeza y abrió los brazos y *Herr Gschert* chasqueó una vez las mandíbulas laterales, bruscamente, mientras el otro ser se sentaba.

Dietrich no pudo comprender del todo qué había sucedido. Se había producido una discusión. La primera criatura había desafiado a su señor... y de algún modo había triunfado. ¿Cuál era entonces el estatus del que estaba sentado? Plantear un desafío implicaba que el individuo tenía honor, cosa que no podía poseer un villano. ¿Era entonces un sacerdote? ¿Un poderoso vasallo o el hombre de otro señor a quien Gschert no deseaba ofender? Dietrich decidió llamar a este Kratzer, «raspador», por el gesto que había hecho con los brazos.

Gschert se apoyó contra la pared y Kratzer volvió a sentarse. Luego, mirando a Dietrich, empezó a chasquear sus labios callosos. En medio del zumbido de insecto, una voz dijo:

—Alabado sea Dios.

Dietrich se sobresaltó y se volvió para ver si alguien más había entrado en la habitación.

—Alabado sea Dios —repitió la voz. ¡Brotaba claramente de una cajita que había sobre la mesa! A través del tejido, Dietrich distinguió una membrana. ¿Tenían las criaturas un *Heinzelmännchen* atrapado dentro? Trató de mirar a través de la cortina (nunca había visto a un duende), pero la voz dijo—: Siéntate.

La orden fue tan inesperada que a Dietrich no se le ocurrió otra cosa sino obedecer. Había algo parecido a una silla cerca y, como pudo, encajó en ella. El asiento era incómodo, para un trasero distinto al suyo.

Por tercera vez, la voz habló.

—Alabado sea Dios.

Esta vez, Dietrich simplemente respondió:

—Alabado sea Dios. ¿Cómo te va, amigo *Heinzelmannchen*?

—Va bien. ¿Qué significa esa palabra *Heinzelmannchen*?

Las palabras eran monótonas y parecían el latido de un péndulo. ¿Se divertía el duende? La gente pequeña disfrutaba con las bromas, y aunque algunos tenían fama de juguetones, otros, como los *Gnurr*, podían ser malintencionados y maliciosos.

—Un *Heinzelmannchen* es uno como tú —dijo Dietrich, preguntándose adónde iría a parar aquel diálogo.

—¿Entonces conoces a otros como yo?

—Eres el primero que he visto —admitió Dietrich.

—Entonces ¿cómo sabes que yo soy un *Heinzelmannchen*?

¡Qué astuto! Dietrich vio que se iniciaba una batalla de ingenio. ¿Habían capturado las criaturas a un duende y requerían ahora de los oficios de Dietrich para hablar con él?

—¿Quién —razonó— podría caber dentro de una cajita muy pequeña sino un hombre muy pequeño?

Esta vez una pausa como respuesta, y *Herr Gschert* hizo sonidos wa-wa de nuevo, a lo que *Kratzer*, que no había dejado de mirar a Dietrich, respondió con el gesto despectivo. Chasqueó los labios y el duende dijo:

—No hay ningún hombre pequeño. La caja habla.

Dietrich se echó a reír.

—¿Cómo puede ser, si no tiene lengua?

—¿Qué significa «lengua»?

Divertido, Dietrich sacó la lengua.

*Kratzer* extendió su largo brazo y tocó el marco del cuadro. La imagen cambió para convertirse en un retrato de Dietrich en el acto de sacar la lengua. De algún modo, la lengua del retrato brillaba. Dietrich se preguntó si se había equivocado acerca de la naturaleza demoníaca de esos seres.

—¿Esto es lengua? —preguntó el *Heinzelmannchen*.

—Sí, eso es la lengua.

—Muchas gracias.

—Y cuando me dio las gracias —le contó Dietrich a *Manfred* más tarde—, empecé a sospechar que era una máquina.

—Una máquina... —reflexionó *Manfred*—. ¿Quieres decir como el eje de levas de *Müller*?

Los dos estaban junto a una mesita, cerca de la chimenea, en el gran salón. Habían retirado los restos de la cena, las niñas se habían ido a la cama con su ama, el malabarista había dado las gracias y se había marchado con su *pfennig* y *Gunther*

había escoltado a los otros huéspedes a la puerta. El salón estaba cerrado e incluso los criados se habían visto obligados a marcharse, dejando solo a Max para guardar la puerta. Manfred llenó dos *Maigeleins* de vino él mismo. Ofreció ambos y Dietrich eligió el de la izquierda.

—Gracias, *mein Herr*.

Manfred sonrió.

—¿Debo sospechar que también tú eres todo ejes y poleas?

—Por favor, fui consciente de la ironía.

Se apartaron de la mesa para acercarse al fuego. Las ascuas rojizas siseaban y se convertían ocasionalmente en llamas.

Dietrich se frotó las manos contra el cristal rugoso del cuenco de vino mientras reflexionaba.

—No había ninguna cadencia en la voz —decidió—. O, más bien, su cadencia era mecánica, sin florituras retóricas. Carecía de entonación, de alegría, de énfasis..., de vacilación. Dijo «muchas gracias» como el volante recorre la urdimbre de un telar.

—Ya veo —dijo Manfred, y Dietrich alzó un dedo.

—Y hay otro punto interesante. Vos y yo comprendemos que por «ver» dais a entender algo más que la impresión directa del sentido de la vista. Como dijo Buridan, hay más en el significado de un murmullo que en las palabras murmuradas. Pero el *Heinzelmännchen* no comprendía las figuras retóricas. Cuando descubrió que la «lengua» es una parte del cuerpo, pareció confuso cuando me referí a «la lengua alemana». No comprendía la *metonimia*.

—Yo tampoco sé qué es eso.

—Lo que quiero decir, mí señor, es que creo... Creo que puede que desconozcan la poesía.

—Sin poesía... —Manfred frunció el ceño, agitó su copa de vino y tomó un trago—. Imagínate.

Durante un momento, Dietrich pensó que el *Herr* había hablado con ironía, pero el hombre lo sorprendió cuando murmuró casi para sí:

—¿Ningún *Rey Rother*? ¿Ninguna *Eneida*?

Alzó la copa y recitó:

*Roldán se lleva el olifante a los labios respira hondo y sopla con todas sus fuerzas.*

*Altas son las montañas y, de un pico a otro, el sonido resuena a treinta leguas de distancia...*

—Por Dios, no puedo oír esos versos sin sentir un escalofrío. —Se volvió hacia Dietrich—. ¿Juras que ese *Heinzelmännchen* es solo un artilugio y no un duende de verdad?

—*Mein Herr*, Bacon describió una «cabeza parlante» similar, aunque sabía que no se podía crear ninguna. Hace trece años los milaneses construyeron un reloj

mecánico en su plaza pública que da las horas *sin que intervenga la mano de ningún hombre*. Si un aparato mecánico puede decir la hora, ¿por qué no puede un aparato más sutil hablar de otros asuntos?

—Esa lógica tuya te meterá en líos un día de estos —le advirtió Manfred—. Pero dices que ya conocía algunas frases y palabras. ¿Cómo es posible?

—Colocaron artilugios cerca de la aldea para escucharnos hablar. Me han enseñado uno. No era más grande que mi pulgar y parecía un insecto, y por eso los llamo «bichos». Por lo que oyeron, el *Heinzelmannchen* dedujo de algún modo un significado... Ese «¿cómo va?» es un saludo o ese «cerdo» un animal concreto, y cosas así. Pero estaba limitado por lo que los bichos mecánicos veían y oían, mucho de lo cual no entendían adecuadamente. Así que, aunque sabían que a ese cerdo se le llama a veces «gorrino» o «cochinillo», no captan la diferencia, mucho menos la que hay entre los que se guardan en el primero, segundo o tercer corral o se crían para reproducción..., por lo cual deduzco que esta gente no son criadores de cerdos.

Manfred gruñó.

—Sigues llamándolo *Heinzelmannchen*, pues.

Dietrich se encogió de hombros.

—Es un nombre tan bueno como otro cualquiera. Pero he acuñado un término en griego para definir tanto al duende como a los bichos.

—Sí, típico en ti.

—Los llamo «autómatas», porque actúan solos.

—Como la noria del molino, entonces.

—Muy parecido, excepto que no sé que fluido los impulsa.

Los ojos de Manfred escrutaron el salón.

—¿Podría un «bicho» estar escuchándonos ahora mismo?

Dietrich se encogió de hombros.

—Los colocaron la víspera del Día de Lorenzo, justo antes de vuestro regreso. Son sutiles, pero dudo que hayan podido internarse en el *Hof* o el *Burg*. Los centinelas puede que no sean los más atentos, pero habrían advertido la presencia de un saltamontes de un metro ochenta de estatura.

Manfred se echó a reír y le dio a Dietrich una palmada en el hombro.

—¡Un saltamontes de metro ochenta! ¡*Ja!* ¡Sí, lo habrían advertido!

En la rectoría, Dietrich examinó las habitaciones con cuidado y acabó por encontrar un bicho no mayor que la uña de su dedo meñique colocado en los brazos de la cruz de Lorenzo. Un buen escondite. El autómata podía observar toda la habitación sin dejar, oscuro como era, de ser invisible.

Dietrich lo dejó en su sitio. Si la intención de los forasteros era aprender la lengua alemana, cuanto antes lo consiguieran antes podría explicarles Dietrich la necesidad de que se marcharan.

—Tomaré una vela de horas nueva —anunció al instrumento de escucha. Luego,

tras sacarla del arcón, explicó—: He sacado una vela de horas nueva.

Alzó la vela ante el bicho.

—Esto se llama «vela de horas». Está hecha de... —Le dio un pellizquito—. De cera de abeja. Cada número marca una doceava parte del día, desde el amanecer al atardecer. Mido el tiempo viendo hasta dónde ha ardidido la vela.

Habló conscientemente al principio, luego más bien al estilo de un maestro artesano que da una lección. Sin embargo, no le escuchaba una clase de estudiantes, sino una de las cabezas parlantes de Bacon, y se preguntó hasta qué punto lo entendía el aparato o si, en caso de hacerlo, el hecho de comprender tenía algún sentido.

## VI

### SETIEMBRE DE 1348

*Los Estigmas de San Francisco Se hacían llamar los krenken, o algo a lo que la lengua humana no podía acercarse; pero Dietrich no pudo discernir de inmediato si el término era tan amplio como «humano» o tan concreto como «habitante de la Selva Negra».*

—Desde luego, parecen enfermos —dijo Max después de una visita, y se rio la gracia, pues *krenk* sonaba muy parecido a la palabra «enfermo» en alemán. De hecho, con su forma larguirucha y su tez gris, el nombre le parecía a Dietrich un incómodo ejemplo de capricho divino.

Theresia había querido acompañarlos con hierbas.

—Es lo que Dios Nuestro Señor habría hecho —dijo, cosa que avergonzó a Dietrich, pues a él mismo le preocupaba más verlos marchar que curarlos y, aunque admitía que curarlos era un medio eficaz para lograr ese fin, había que hacer el bien por el bien mismo y no como medio para conseguir otro bien. Sin embargo, era reacio a admitir a Theresia en el círculo de aquellos que conocían la existencia de los krenken. Seres de tan extraño aspecto y poderes atraerían el interés, destruyendo para siempre el aislamiento de Dietrich... y cuatro era ya un número suficientemente alto para guardar secretos. Contentó a Theresia recurriendo a las instrucciones del *Herr*, pero ella le dio las pociones de todas formas. Los krenken parecieron mejorar o no con su uso, igual que los humanos.

A medida que el verano transcurría, Dietrich visitaba el campamento cada pocos días. A veces iba solo, a veces con Max o Hilde. Hilde cambiaba vendajes y limpiaba las heridas, que sanaban lentamente, y Dietrich les enseñaba a Kratzer y Gschert suficiente alemán a través de los buenos oficios de la cabeza parlante para que ellos entendieran que tenían que marcharse. Su respuesta hasta el momento había sido una negativa cortés, pero no quedaba claro si era por deseo propio o por incomprensión.

Max se sentaba a veces con él durante aquellas sesiones. Como ejercitarse era para él algo natural, ayudaba con la repetición y el juego continuo necesario para comunicar el significado de muchas palabras. Más a menudo, el sargento vigilaba a Hilde como si fuera su ángel guardián y luego, cuando terminaba su desinteresada labor, la escoltaba de vuelta a Oberhochwald.

El *Heinzelmannchen* aprendió rápidamente alemán, pues la cabeza parlante, una vez que aprendía un uso, no lo olvidaba nunca. Poseía una memoria prodigiosa, aunque las lagunas en su comprensión eran curiosas. Había aprendido lo que significaba «día» intuitivamente, escuchando hablar a la gente en la aldea, pero lo que significaba «año» lo sorprendió por completo cuando se lo explicó. Sin embargo, ¿cómo podía ninguna raza del hombre, por distante que fuera su patria, no conocer el recorrido del sol? También ocurría lo mismo con la palabra «amor», que el aparato



confundía con la griega *eros* debido a desafortunadas observaciones clandestinas acerca de las cuales Dietrich consideraba mejor no indagar.

—Es una agrupación intuitiva de poleas y engranajes —le dijo Dietrich al sargento después de una sesión—. Aprende de inmediato cualquier palabra que sea un signo en sí misma, es decir, las que se refieren a seres o acciones de los seres; mientras que se confunde con las que significan especies o relaciones. Por ejemplo, tuvo claro el significado de «casa» y «castillo», pero el de «habitación» tuve que aclarárselo.

Max sonrió.

—Tal vez no tiene tan buena educación como tú.

En septiembre el año hizo una pausa, cansado de la cosecha, y tomó aliento para la siembra de otoño, la vendimia y la matanza. El aire se volvió frío y las hojas de los árboles temblaron de expectación. Tiempo suficiente, entre el verano y las labores de otoño, para terminar las reparaciones del Gran Incendio y casar a Seppl y Ulrike.

La boda tuvo lugar en los prados de la aldea, donde los testigos podían congregarse alrededor de la pareja. Allí, Seppl declaró su intención y Ulrike, vestida con el traje amarillo tradicional, dio su consentimiento, después de lo cual todos subieron la colina de la iglesia. El Concilio de Letrán había exigido que todas las bodas fueran públicas, pero no que la Iglesia participara en ellas. Sin embargo, a pesar de sus pérdidas en el incendio, Félix había querido una misa nupcial para la de su hija. Dietrich predicó un sermón sobre la historia y el desarrollo del matrimonio, y explicó cómo era una metáfora de Cristo casado con su Iglesia. Estaba explicando el contraste entre *Muntehe*, o alianza familiar, y *Friedehe*, la unión amorosa preferida por la Iglesia, cuando sintió la inquietud de los congregantes y la creciente concupiscencia de la pareja, y concluyó su sermón de un modo apresurado y poco razonado.

Los amigos y parientes acompañaron a la pareja desde la iglesia hasta una cabaña que Volkmar había preparado para ellos, y los vieron acostarse juntos, dando valiosos consejos de última hora todo el rato. Luego los vecinos se marcharon y esperaron ante la ventana. Dietrich, que se había quedado en la iglesia, oyó los gritos y los golpes a las cacerolas que llegaban hasta la cima de la colina. Se volvió hacia Joachim, que le estaba ayudando a recoger el altar.

—Es asombroso que los jóvenes se casen en público, si tienen que soportar todo esto.

—Sí —respondió Joachim, con expresión sombría—. Un matrimonio en el bosque tiene sus ventajas.

La observación del minorita estaba cargada de ironía y Dietrich se preguntó qué habría querido decir con ella. La ventaja de los votos pronunciados en privado es que son fáciles de negar después. En ausencia de testigos, ¿quién podía decir qué se había prometido o si se había dado consentimiento? Un matrimonio prometido en la agonía

de la pasión podía desvanecerse como esa misma pasión. Para combatir este mal, la Iglesia insistía en las bodas públicas. Incluso así, muchas parejas todavía intercambiaban sus votos en el bosque... ¡y hasta en la misma cama!

Dietrich dobló por la mitad el mantel del altar y luego otra vez por la mitad. Decidió que Joachim había pretendido remachar con humor su propia observación.

—*Doch* —dijo, y eso le valió una brusca mirada, rápidamente reprimida, por parte del franciscano.

Las chozas reconstruidas fueron bendecidas en la conmemoración del papa Cornelio, todavía recordado como amigo de los pobres y por tanto un patrón auspicioso para semejante bendición, Lueter Holz hacker condujo una tropa de hombres hasta el Bosque Pequeño, al pie de la colina de la iglesia y allí taló un pino, quizá de siete metros de altura, que llevaron al prado con gran ceremonia. Los hombres pelaron el tronco de mitad para arriba, dejando intactas las ramas más altas y liberando el dulce aroma de la madera virgen. Decoraron las ramas restantes con coronas, guirnaldas y otros adornos, y una profusión de banderas de colores. Luego levantaron el árbol en el agujero preparado en una esquina de la cabaña de Félix Ackermann.

Después, hubo cantos y bailes y se sirvieron grandes jarras de cerveza y la carne de un cerdo asado que Ackermann y los hermanos Feldmann ofrecieron conjuntamente como regalo a sus vecinos. Las celebraciones se extendieron por toda la calle, alcanzando también el pozo, el horno y el prado del molino.

Los soldados que habían ayudado a combatir el incendio acudieron desde el *Burg* para unirse a la fiesta. Eran algo fanfarrones y endurecidos. A su lado los jóvenes de la aldea parecían unos inocentes. Más de una doncella se dejó embaucar por historias de tierras lejanas y acciones intrépidas, y más de un soldado se dejó engatusar por una bella doncella. Los padres ardían de recelo y las madres de desaprobación. Hombres como aquellos rara vez poseían tierras, y eran poca cosa para la hija de un campesino.

Después de bendecir solemnemente el árbol y las cabañas, Dietrich se mantuvo aparte y observó las celebraciones. Era solitario por naturaleza: uno de los motivos por los que había ido a vivir a aquella aldea remota. Buridan a menudo lo castigaba por esa tendencia. «Vives demasiado dentro de tu cabeza y, aunque a veces es una cabeza muy interesante, también debe de ser un sitio solitario», le decía el maestro. La broma le había hecho mucha gracia al visitante de Oxford, quien al encontrar a Dietrich leyendo sus libros en lugares solitarios por toda la universidad, empezó a llamarlo *doctor seclusus*. Ockham poseía la mente más brillante que Dietrich hubiese conocido, pero sus afectos a menudo le causaban problemas. Era un hombre hábil con las palabras que poco después había descubierto que el mundo se componía de algo más que de palabras, pues había sido convocado a Aviñón para ser interrogado.

—Pensarán que sois poco amigable—dijo Lorenz, apartándolo de aquellos recuerdos—. Estáis aquí sentado junto al árbol mientras todos los demás están allí.

Indicó los sonidos de violines, silbatos y gaitas, una mezcla de ruidos con la apariencia de canciones populares, aunque atenuada un poco por la distancia y las risas, de modo que solo tenían sentido fragmentos dispersos de la tonada.

—Estoy vigilando el árbol —dijo Dietrich muy serio.

—¿Ah, sí? —Lorenz volvió la cabeza hacia los alegres adornos que aleteaban en la copa del árbol. La brisa agitaba las banderas y guirnaldas de modo que también el árbol parecía bailar—. ¿Y quién podría robar una cosa así?

—Grim, tal vez. O Ecke.

Lorenz se echó a reír.

—Qué gracioso.

El herrero se sentó en el suelo y se apoyó contra la pared de la cabaña de Ackermann. No era un hombre grande (Gregor le superaba en altura), pero estaba templado como el metal con el que trabajaba: era inmune a los golpes más fuertes y tan flexible como el famoso acero de Damasco. Tenía el pelo negro, como el de un italiano, y la piel manchada por el humo de la fragua. Dietrich a veces lo llamaba Vulcano, por motivos obvios, aunque sus rasgos eran finísimos y su voz más aguda de lo que cabía esperar en un hombre con semejante apodo. Su esposa era una mujer guapa, más grande y mayor que él, de rasgos fuertes y conducta casta. Dios no los había bendecido con hijos.

—Siempre me encantaron esas historias cuando era joven —confesó el herrero—. Dietrich de Berna y sus caballeros combatiendo a Grim y los otros gigantes; engañando a los enanos; rescatando a la Reina de Hielo. Cuando imagino a Dietrich, siempre se parece a vos.

—¡A mí!

—A veces imagino nuevas aventuras para Dietrich y sus caballeros. Pensaba que podría escribirlas, si supiera de letras. Había una... La situé en la época que el héroe pasó con el rey Etlz, que me parecía especialmente buena.

—Siempre puedes contar tus historias a los niños. No hace falta saber de letras para eso. ¿Sabías que el verdadero nombre de Etlz era Atila?

—¿De veras? Pero no, nunca me atrevería a contar mis historias. No serían de verdad, solo invenciones.

—Lorenz, todas las historias de Dietrich son invenciones. El casco invisible de Laurin, la espada encantada de Wittich, el brazalete de la sirena que llevaba Wildeber. Los dragones y los gigantes y los enanos. ¿Cuándo has visto tales cosas?

—Bueno, siempre había supuesto que en estos tiempos ruines hemos olvidado cómo forjar espadas encantadas. Y en cuanto a los dragones y los gigantes... Vaya, Dietrich y los demás héroes los mataron a todos.

—¡Los mataron a todos! —rio Dietrich—. Sí, eso salvaría las apariencias.

—Habéis dicho que Etlz fue real. ¿Qué hay de los reyes godos? ¿Teodorico y Ermanarico?

—Sí, todos vivieron en tiempos de los francos.

—¿Hace tanto?

—Sí. Fue Etlz quién mató a Ermanarico.

—¿Lo veis?

—¿Ver qué?

—Si ellos fueron reales (Etlz y Ermanarico y Teodorico), entonces ¿por qué no Laurin el enano o Grim el gigante? ¡No os riais! Una vez conocí a un buhonero de Viena que me contó que, cuando estaban construyendo la catedral allí, encontraron unos huesos enormes enterrados. Así que los gigantes fueron reales, y *sus huesos estaban hechos de piedra*. Llamaron al pórtico la Puerta de los Gigantes por esa causa. No podrían haberlo hecho si fueran solo invenciones.

El sacerdote se rascó la cabeza.

—Alberto el Grande describió esos huesos. Pensaba, como Avicena, que se habían vuelto de piedra por algún proceso mineral. Pero puede que fueran los huesos de algún gran animal perdido en el Diluvio y no de hombres gigantes.

—Tal vez los huesos de un dragón, entonces —sugirió arteramente Lorenz, acercándose y colocándole una mano conspiradora en el brazo.

Dietrich sonrió.

—¿Eso crees?

—Vuestra jarra está vacía. Os traeré otra.

Lorenz se puso en pie pero vaciló antes de marcharse.

—Corren habladurías —dijo tras una pausa.

Dietrich asintió.

—Suele haberlas. ¿Sobre qué?

—Dicen que vais demasiado a menudo al bosque con *Frau Müller*.

Dietrich parpadeó y miró su jarra vacía. Se preguntó por qué le sorprendía enterarse de esos chismes.

—Dicho llanamente, amigo mío, el *Herr* ha creado un lazareto...

—En el Bosque Grande. *Ja, doch*. Pero sabemos qué pie calza *Frau Müller* y, si está de verdad cuidando a los leprosos, será por otro par de zapatos.

También Dietrich se preguntaba por qué una mujer tan egoísta y orgullosa había insistido en practicar la caridad.

—Juzgar de esa manera es pecado, Lorenz. Además, Max el suizo suele venir con nosotros.

El herrero se encogió de hombros.

—Dos hombres en el bosque con su esposa difícilmente tranquilizarán al molinero. Solo he dicho lo que he oído. Sé... —Hizo una pausa y volcó la jarra que tenía en la mano. Era como si su alma se hubiera retirado de las dos ventanas de su rostro. Los restos de cerveza cayeron al suelo—. Sé la clase de hombre que sois, así que os creo.

—Podrías intentar creer con más convencimiento —dijo Dietrich bruscamente, de modo que Lorenz se volvió hacia él, molesto, antes de marcharse.

El herrero era un hombre amable (algo sorprendente, dada su fuerza), pero le podían los chismes.

Felix e Ilse fueron a darle un par de gallinas por la bendición de su casa. Dietrich las hubiese rechazado, pero el invierno se acercaba e incluso los sacerdotes tienen que comer. Los huevos serían apreciados y, más tarde, el guiso. A cambio, Dietrich buscó en su zurrón y sacó la muñeca de madera para su hijita. La había pulido para eliminar las partes chamuscadas y había sustituido los brazos y piernas quemados por palos nuevos que había encontrado. El pelo era de su propia cabeza. Pero María tiró la muñeca al suelo y exclamó:

—¡Esa no es Anna! ¡No es Anna! —Y echó a correr hacia la cabaña reconstruida, dejando a Dietrich arrodillado en el suelo.

Con un suspiro, volvió a guardar la muñeca en su zurrón. No se trataba de la muñeca, pensó. La muñeca era solo una figura de palos y trapos. Esas cosas no tenían nada de precioso. Se levantó y recogió la caja de madera con las gallinas.

—Ahora venid, hermanas gallinas —dijo—. Conozco a un gallo que está ansioso por conoceros.

«Algo que ha sido reparado nunca es como era», pensó mientras regresaba a la rectoría. Aunque las piezas fueran sustituidas, los recuerdos no podían serlo nunca.

Dos años antes de su muerte, mientras rezaba fervorosamente en el monte Alvernia, san Francisco de Asís recibió en su cuerpo una impresión de las sagradas heridas de Cristo. Tres cuartos de siglo más tarde, el papa Benedicto XI, un hombre erudito, enfermizo y amante de la paz, intranquilo sin la compañía de su orden dominica, estableció la fiesta como signo de buena voluntad hacia la orden rival. Así que, aunque Hildegarde de Bingen era la santa del día, Dietrich leyó la misa *Mihi autem* para honrar a Francisco y como gesto fraternal hacia su huésped. Esto tal vez decepcionara a Theresia, pues la abadesa Hildegarde, autora de un famoso tratado sobre medicina, era una de sus favoritas; pero, si fue así, no protestó.

La misa acababa de terminar cuando Joachim se tiró de bruces en el suelo recién fregado, ante el altar. Dietrich, que guardaba los cálices, pensó que la exhibición era inadecuada. Cerró el armario y rodeó al monje postrado mientras cruzaba el santuario.

—Hoy en Gálatas —dijo—, Pablo nos ha dicho que no importa que llevemos marcas visibles mientras nos convirtamos en hombres nuevos.

Las oraciones de Joachim se interrumpieron bruscamente. Al cabo de un momento el hombre se puso de rodillas, se persignó y se dio la vuelta.

—¿Eso es lo que pensáis?

—En Galacia, los judíos que no habían aceptado a Cristo criticaban a aquellos que lo habían hecho, porque los paganos gálatas que también habían sido salvados no seguían la Ley de Moisés. Así que los judíos cristianos instaron a los gálatas cristianos a circuncidarse, con la intención de usar esa marca externa para apaciguar a

sus acusadores. Pero los gálatas tenían terror a las mutilaciones corporales, así que se produjo un gran alboroto. Pablo les escribió para recordarles que los signos externos ya no importaban.

Joachim apretó los labios y Dietrich pensó que iba a replicarle, pero se puso en pie y se alisó la túnica.

—No estaba rezando por eso.

—¿Porqué, entonces?

—Por vos.

—¡Por mí!

—Sí. Sois un buen hombre, creo; pero sois frío. Preferís pensar en el bien que hacerlo y os parece más atrayente debatir sobre ángeles y cabezas de alfiler que vivir la auténtica vida de pobreza de los compañeros del Señor..., cosa que sabríais, si pensarais en lo que quería decir Pablo en esa carta.

—¿Tan santo eres, pues? —dijo Dietrich, algo acalorado.

—Soy plenamente consciente de que el corazón de los hombres no siempre alberga lo que proclaman sus labios... ¡ja, desde la infancia! ¡Muchos proclaman a Jesús con su lengua y lo crucifican con sus manos y sus cuerpos! Pero en la Nueva Era el Espíritu Santo guiará al Hombre Nuevo para que se perfeccione en el amor y el espíritu.

—*Ja doch* —dijo Dietrich—. «La Nueva Era». ¿Fue Carlos de Anjou o Pedro de Aragón quien la inició? Se me ha olvidado.

Había profetizado la Nueva Era Joaquín di Fiore. París lo había considerado un fraude y un futurólogo aficionado, pues sus seguidores aseguraban primero que la Nueva Era comenzaría en 1260 y luego en 1300 dependiendo del viento político que soplara en las Dos Sicilias. De Fiore decía que san Francisco había sido una reencarnación del propio Cristo, algo que para Dietrich era a la vez impío y lógicamente imperfecto.

—«El hombre carnal persigue a los nacidos del espíritu» —citó Joachim—. Oh, tenemos muchos enemigos: el Papa, el emperador, los dominicos...

—Yo consideraría a papas y emperadores enemigos suficientes sin tener que enfrentarme a los dominicos.

Joachim echó atrás la cabeza.

—Burlaos. La Iglesia visible, tan corrompida por Pedro con falsificaciones judías, siempre ha perseguido a la Iglesia pura del espíritu. ¡Pero Pedro desaparece y el amado Juan aparece! ¡La muerte azota la tierra, los mártires arden! ¡El mundo de los padres será sustituido por un mundo de hermanos! ¡El Papa ya ha sido expulsado y los emperadores gobiernan en su nombre!

—Lo cual nos deja todavía a los dominicos —dijo Dietrich secamente.

Joachim bajó los brazos.

—Las palabras cuelgan como un velo ante vuestra comprensión. Subordináis el espíritu a la naturaleza, y a Dios mismo a la razón, y por eso no podéis ver. Dios no

es ser, sino que está por encima del ser. Está en todas partes en cualquier momento, en momentos y lugares que no podemos conocer excepto mirando en nuestro interior. Es todas las cosas porque combina todas las perfecciones de una forma que está más allá de nuestra comprensión. Pero cuando vemos más allá de las limitaciones de cosas como la «vida» y la «sabiduría», lo que queda es Dios.

—Lo cual no parece estar más allá del alcance de la comprensión en absoluto y reduce a Dios a un mero *residuum*. Predicas platonismo recalentado como las gachas de ayer.

El rostro del joven se cerró.

—Soy un pecador. Pero si rezo a Dios para que perdone mis pecados, ¿tan terrible es que incluya también los vuestros?

Se inclinó y volvió a levantarse con una ramita de avellano que se había caído de la cesta de Theresia. Los dos se marcharon sin decir nada más.

Dietrich siempre se ponía nervioso en sus reuniones con los krenken.

—Es la inmovilidad de sus rasgos —le decía a Manfred—. Carecen de capacidad para sonreír o fruncir el gesto, no digamos ya expresiones más sutiles. Tampoco tienden a gesticular o expresarse de otro modo, y los rodea un aire de amenaza. Parecen estatuas que hubieran cobrado vida.

Ese había sido uno de los terrores de su infancia. Recordaba haber estado sentado junto a su madre, en la catedral de Colonia, contemplando las estatuas en sus nichos, y cómo el aleteo de las velas hacía que pareciera que se movían. Pensaba que si las miraba demasiado se enfadarían y bajarían de sus pedestales para ir por él.

Dietrich había llegado a la conclusión de que no era el *Heinzelmannchen* quien hablaba, sino Kratzer quien lo hacía a través de él, y había aprendido a percibir las palabras de la cabeza parlante como si surgieran del gigantesco saltamontes... Aunque que las cajas o los saltamontes hablaran era en cualquier caso maravilloso. Se lo dijo así a Kratzer, quien le explicó que la caja recordaba las palabras como números.

—Un número puede ser expresado como una palabra —respondió Dietrich—. Tenemos la palabra, *eins*, que significa «el número uno». ¿Pero cómo puede *una palabra* ser expresada como un *numero*? Ah... Te refieres a un código. Los mercaderes y los agentes imperiales utilizan esos métodos para mantener sus mensajes en secreto.

Kratzer se inclinó hacia delante.

—¿Tenéis ese tipo de conocimiento?

—Los signos que usamos para seres y relaciones entre ellos son arbitrarios. Los franceses e italianos usan signos-palabra diferentes a los nuestros, por ejemplo, así que asignar un número a un significado es en principio lo mismo. Sin embargo ¿cómo lo hace el *Heinzelmannchen*? Ah, ya veo. Realiza un *al-jabr* de algún tipo con el código.

Entonces tuvo que explicar qué era el *al-jabr...* y luego quiénes eran los sarracenos.

—Bien —dijo Kratzer por fin—. Pero esos números solo tienen dos signos: *zero* y *uno*.

—¡Qué pobre! Normalmente hay más de dos cosas de una especie.

Kratzer frotó sus antebrazos.

—¡Atiende! La... esencia-que-fluye... ¿Fluido? Mucha gracia. El fluido que impulsa la cabeza parlante fluye a través de innumerables pequeños caminos de molinos. *Uno* le dice al *Heinzelmännchen* que abra una compuerta para que el fluido pueda correr por un camino concreto. *Cero* le dice que deje la compuerta cerrada.

La criatura tamborileó rápidamente sobre la mesa, pero Dietrich no estaba seguro de qué significaba eso. En un hombre, podía significar impaciencia o frustración. Estaba claro que Kratzer buscaba comunicar ciertos pensamientos que difícilmente encajaban con el vocabulario que su cabeza parlante le había proporcionado hasta el momento, y por eso Dietrich debía extraer el significado de las palabras como si hilara lana.

*Herr Gschert* había estado escuchando la conversación en su postura habitual, apoyado desenfadadamente en la pared del fondo. De repente zumbó y chasqueó y la cabeza parlante captó algo de lo que decía a través del autómata de «pequeño-sonido» al que Dietrich había dado el nombre griego de *mikrophone*.

—¿De qué sirve esta conversación?

—Todo conocimiento sirve, siempre —dijo Kratzer. Dietrich no creía que el comentario estuviera dirigido a él y se mantuvo impertérrito..., aunque mantenerse impertérrito podía significar muchas cosas para gente tan inexpresiva como los krenken. El sirviente que atendía la cabeza parlante se volvió un poco y, aunque sus grandes ojos facetados nunca miraban de frente, Dietrich tuvo la incómoda sensación de que lo había mirado para calibrar su reacción. Los suaves labios superiores e inferiores del sirviente se unieron y separaron en una lenta y silenciosa versión de lo que el sacerdote había llegado a considerar la risa krenk.

«Creo que he visto sonreír a uno de ellos». El pensamiento le llenó de una curiosa sensación de comodidad.

—El número doble es el fragmento menor de conocimiento —le instruyó Kratzer.

—No estoy de acuerdo —respondió Dietrich—. No es conocimiento alguno. Una frase puede contener conocimiento; incluso una palabra. Pero no un número que representa un mero sonido.

Kratzer se frotó los antebrazos en lo que pareció ser un gesto ausente, y Dietrich pensó que era algo parecido a rascarse la cabeza o frotarse la barbilla en un hombre.

—El fluido que impulsa la cabeza parlante no es como el que impulsa vuestra noria, pero puede que sepamos algo de uno estudiando el otro —le dijo Kratzer al cabo de un momento—. ¿Tenéis una palabra que signifique esto? ¿Analogía? Mucha gracia. Oye esta analogía, pues. Puedes romper una vasija en pedazos y estos pedazos



en fragmentos y los fragmentos en polvo. Pero incluso el polvo puede romperse en piezas más pequeñas.

—Ah, debes referirte a los *átomos* de Demócrito.

—¿Tenéis una palabra para esto?

Kratzer se volvió hacia *Herr Gschert* y, en otro aparte, traducido por la cabeza parlante, dijo:

—Si conocen esas cosas, es posible que aún puedan ayudarnos.

—No digas nada —replicó el *Herr*.

Al oír esto, Dietrich miró con curiosidad al sirviente.

—La analogía —dijo Kratzer— es que el número doble es el «átomo» del conocimiento, pues lo menos que se puede decir sobre una cosa es que es, o sea, *uno*; o que no es, que es *cero*.

Dietrich no parecía convencido. Que una cosa existiera bien podía ser lo máximo que podía decirse de ella, ya que no había ningún motivo excepto la gracia de Dios para que nada existiera. Pero se guardó sus dudas.

—Usemos entonces el término *bisschen* para este número doble vuestro. Significa «un bocadito» o «una cantidad muy pequeña», así que bien puede significar un pequeño fragmento de conocimiento. Nadie ha visto tampoco los átomos de Demócrito.

Lo del «bocadito» le hacía gracia. Siempre había pensado que el conocimiento era algo que se bebía (las fuentes del conocimiento), pero bien podía ser algo que se mordía.

—Háblame más de vuestros números —dijo Kratzer—. ¿Los aplicáis al mundo?

—Si es posible. Los astrónomos calculan la posición de las esferas celestiales. Y William de Heytesbury, un *calculator* del Merton, aplicó números al estudio del movimiento *local* y demostró que, comenzando de cero, toda velocidad, mientras sea finita y mientras aumente o disminuya uniformemente, equivaldrá a su media.

Dietrich había pasado muchas horas leyendo las *Reglas para resolver sofismas de Heytesbury*, que le había regalado Manfred, y la prueba de Euclides le había parecido muy satisfactoria.

Kratzer volvió a frotar entre sí los antebrazos.

—Explica qué significa eso.

—Dicho de manera simple, un cuerpo en movimiento que aumenta o disminuye de velocidad uniformemente durante un periodo determinado de tiempo recorrerá una distancia exactamente igual a la que recorrería en el mismo tiempo si se moviera constantemente a velocidad media. —Dietrich vaciló, para luego añadir—: Eso escribió Heytesbury, si no recuerdo mal las palabras.

—Debe ser esto —dijo Kratzer finalmente—: la distancia es la mitad de la velocidad final por el tiempo.

Escribió en una pizarra y Dietrich vio aparecer símbolos en la pantalla del *Heinzelmännchen*. El corazón le latió con más fuerza cuando Kratzer identificó cada

símbolo como distancia, velocidad y tiempo. Ahí estaba la idea de Fibonacci: letras utilizadas para indicar las proposiciones de *al-jabr* de manera tan sucinta que se podían resumir párrafos enteros en una sola línea. Sacó un palimpsesto de su zurrón y escribió con carboncillo, usando letras alemanas y los números árabes. ¡Ah, cuánto más claramente podía decirse! Se le nublaron los ojos y se los frotó. «Gracias, oh, Dios, por este regalo».

—Así vemos los frutos del aliento divino —dijo por fin.

—El *Heinzelmannchen* no está seguro. «Aliento» es cuando exhalas, ¿qué tiene eso que ver con el movimiento?

—Hubo una gran pregunta para nosotros: ¿participa más o menos el hombre en que el espíritu no cambie o crece o disminuye este en el hombre? Lo llamamos «intensión y remisión de las condiciones», lo cual, por analogía, puede aplicarse a otros movimientos. Igual que una sucesión de condiciones de diferente intensidad explica un aumento o una disminución de la intensidad del color, la sucesión de nuevas posiciones adquiridas por un movimiento puede ser considerada una sucesión de condiciones que representan un nuevo grado de intensidad de ese movimiento. La intensidad de una velocidad aumenta con la aceleración, igual que el rojo de una manzana aumenta con su madurez.

El saltamontes gigante se agitó en su asiento e intercambió una mirada con el sirviente, diciendo algo que el *mikrophone* no tradujo esta vez. La conversación entre ambos aumentó de tono. El sirviente casi se levantó de su asiento y Kratzer golpeó con el antebrazo la mesa, mientras *Herr Gschert* seguía mirando sin cambiar de postura excepto para chasquear rítmicamente sus callosos labios laterales.

Dietrich se había acostumbrado a esas encendidas discusiones, aunque le molestaba su súbita vehemencia. Eran como las tormentas de verano, que descargaban de pronto venidas de ninguna parte y pasaban con la misma rapidez. Los *krenken* eran una raza colérica, como los italianos, o estaban sometidos a una gran tensión.

Cuando Kratzer recuperó la compostura, dijo:

—Esto ha sido dicho por otro. —Dietrich sabía que se refería al sirviente—. Tú dices una palabra. El *Heinzelmannchen* la repite en nuestra lengua. ¿Pero ha hablado lo que se ha dicho?

—Ese es un gran problema filosófico —admitió Dietrich—. El signo no es el significado, ni puede expresar el significado completo.

Kratzer echó brevemente atrás la cabeza en un gesto cuyo significado Dietrich aún no había deducido.

—Ahora lo oímos —se quejó el *krenk*—. El pobre *Heinzelmannchen* se ha quedado sin habla. ¿Qué es un «problema»? ¿Qué es una «filosofía»? ¿Cómo puede la madurez de una fruta o vuestro «aliento divino» ser como la velocidad de un cuerpo que cae?

El sirviente volvió a hablar y esta vez la caja tradujo sus palabras.

—La caja-que-habla dice que la palabra «filosofía» no pertenece a la lengua alemana.

—Filosofía es una palabra griega —explicó Dietrich—. Los griegos son otro pueblo, como los alemanes pero más antiguos e instruidos, excepto que sus grandes días fueron hace mucho tiempo. La palabra significa «amor a la sabiduría».

—¿Y «sabiduría» qué significa?

De inmediato Dietrich sintió lástima por el Aquiles de Zenón, corriendo eternamente detrás de la tortuga, acercándose siempre de manera gradual y sin alcanzarla nunca del todo.

—«Sabiduría» es... quizá tener la respuesta a muchas preguntas. Nuestros filósofos son aquellos que buscan respuestas a tales preguntas. Y un «problema» es una pregunta cuya respuesta no conoce nadie todavía.

—Qué bien conocemos ese significado.

Gschert se apartó de la pared y Kratzer se volvió hacia el sirviente, y por ese gesto Dietrich supo que había sido el sirviente el último en hablar, y que no era su turno.

—¡Silencio!

Dietrich no estaba seguro de si había sido Gschert o Kratzer quien había gritado, pero el sirviente no se dejó dominar.

—Podéis preguntarle a él.

Con eso, *Herr* Gschert cruzó de un salto la habitación a la velocidad del rayo, volcando los muebles y, antes de que Dietrich llegara a comprender lo que había sucedido, empezó a golpear al sirviente de la cabeza parlante con los antebrazos alzados, causándole cortes y magulladuras con cada golpe. También Kratzer volvió su furia contra el sirviente y le dio de patadas.

Dietrich permaneció mudo durante un momento antes de exclamar, sin pensarlo:

—¡Alto!

Se interpuso entre los combatientes. El primer golpe que recibió en la cabeza fue suficiente para dejarlo inconsciente, así que no llegó a sentir los demás.

Cuando recuperó el sentido se encontraba en el mismo lugar, tendido donde había caído. No había ni rastro de Gschert ni de Kratzer, Sin embargo, el sirviente estaba sentado a su lado en el suelo, con las largas patas recogidas. Mientras que un hombre podría haber apoyado la barbilla en las rodillas, las de la criatura superaban la altura de su cabeza. La piel del sirviente ya se ponía lívida con las magulladuras verde oscuro de su raza. Cuando Dietrich se agitó, el sirviente chisporroteó algo y la caja de la mesa habló.

—¿Por qué aceptaste los golpes sobre ti mismo?

Dietrich sacudió la cabeza para librarse del zumbido, pero la sensación en sus oídos no desapareció. Se llevó una mano a la frente.

—No era esa mi intención. Pensaba detenerlos.

—Pero ¿por qué?

—Te estaban golpeando. He pensado que eso no estaba bien.

—«Pensar...».

—Cuando decimos frases dentro de nuestra cabeza que nadie puede oír.

—¿Y «bien»?

—Me apena, amigo saltamontes, pero hay demasiado ruido dentro de mi cabeza para responder a una pregunta tan sutil, —Dietrich se puso en pie con dificultad. El sirviente no hizo ningún gesto de ayudarlo.

—Nuestro carro está roto —dijo el sirviente.

Dietrich se palpó el hombro y dio un respingo.

—¿Qué?

—Nuestro carro está roto y su *Herr* ha muerto. Y debemos quedarnos aquí y morir y no volver a ver nunca más nuestra tierra. El mayordomo del carro, que gobierna ahora, dijo que revelar esto mostraría nuestra debilidad e invitaría a un ataque.

—El *Herr* no...

—Nosotros oímos las palabras que decís-dijo el krenk—. Vemos las cosas que hacéis y todas las palabras para estas cosas que el *Heinzelmännchen* ha aprendido. Pero las palabras para lo que hay aquí... —La criatura se colocó una grácil mano de seis dedos sobre el estómago—. Esas palabras no las tenemos. Tal vez nunca podamos tenerlas, pues sois muy extraños.

## VII

### SETIEMBRE DE 1348

*La Aparición de Nuestra Señora del Socorro En la aldea, cuando vieron las magulladuras que su sacerdote había recibido de manos de aquellos a quienes había pretendido ayudar, hubo quien quiso expulsar a los «leprosos» del Bosque Grande; pero Manfred von Hochwald ordenó que nadie traspasara los límites sin su permiso. Colocó un pelotón de soldados en el camino del valle del Oso para obligar a retroceder a todo el que, por curiosidad o por venganza, quisiera ir al lazareto. En los días siguientes, los hombres de Schweitzer rechazaron a Oliver, el hijo del panadero, además de a otros jóvenes del pueblo; a Theresia Gresch y su cesta de hierbas y, para sorpresa de Dietrich, a fray Joachim de Herbholzheim.*

Los motivos del joven Oliver y sus amigos eran conocidos. Los hechos de los caballeros eran su modo de vida. Oliver se había dejado crecer el pelo hasta los hombros para imitar a sus superiores, y llevaba el cuchillo cruzado como una espada en el cinturón. El amor por una buena pelea los azuzaba, y vengar a su pastor proporcionaba una buena excusa para emprenderla a puñetazos y garrotazos. Dietrich les echó una reprimenda y les dijo que sí él podía perdonar a quienes le habían golpeado, ellos podían hacer lo mismo.

Los motivos que impulsaron a Theresia a dirigirse al Bosque Grande eran a la vez más transparentes y menos, pues en su cesta de hierbas había sumado a la ruda y la milenrama y la caléndula ciertas setas venenosas y el afilado cuchillo que empleaba a veces para extraer sangre. Dietrich la interrogó sobre estos artículos cuando los hombres de Schweitzer la devolvieron a la rectoría, y las respuestas adecuadas estaban en la *Medicina* de la abadesa Hildegarde; sin embargo, Dietrich se preguntaba si tenía otros usos en mente. La idea lo preocupó, pero no podía preguntarle con lógica sus motivos si no había sabido determinar su intención.

En cuanto a Joachim, el fraile solo dijo que los pobres y los sin tierra necesitaban la palabra de Dios más que nadie. Cuando Dietrich respondió que los leprosos necesitaban más alivio que sermones, Joachim se echó a reír.

Cuando Max y Hilde fueron al lazareto el Día de San Eustaquio, Dietrich argumentó que estaba todavía demasiado dolorido y se quedó en el refectorio de su rectoría, donde comió unas gachas de avena que Theresia había cocinado en el edificio exterior. Theresia estaba sentada frente a él, absorta, cosiendo. Él tenía junto a las gachas una pechuga de gallina sazónada con salvia y pan y un poco de vino y luego hervida. La gallina estaba seca a pesar de todo, y cada vez que la mordía la boca le dolía porque tenía la mandíbula hinchada y se le había aflojado un diente.

—Una tintura de clavo podría hacer que ese diente mejorara —dijo Theresia—, si el clavo no fuera tan caro.

—Que bueno es oír hablar de tratamientos inexistentes —murmuró Dietrich.

—El tiempo lo curará —respondió ella—. Hasta entonces, solo gachas o sopa.

—Sí, «Oh, doctora Trotula».

Theresia ignoró el sarcasmo.

—Mis hierbas y remedios para los huesos son suficientes para mí.

—Y tus sangrías —le recordó Dietrich.

Ella sonrió.

—A veces la sangre quiere salir. —Cuando Dietrich la miró, añadió precipitadamente—: Es cuestión de equilibrar los humores.

Dietrich no pudo captar el sentido de la frase. ¿Había pretendido ella vengarse de los krenken? ¿Sangre por sangre? «Cuidado con la ira de los plácidos, pues sus ascuas duran mucho tiempo después de que se hayan apagado las llamas».

Dio otro mordisco a la gallina y se llevó una mano a la mandíbula.

—Los krenken saben golpear.

—Debéis mantener la cataplasma en su sitio. Así mejorará la magulladura. Son gente terrible, esos krenken vuestros, para trataros de esa forma, querido padre.

Las palabras lo conmovieron.

—Están perdidos y tienen miedo. Los hombres en tal situación suelen revolverse.

Theresia continuó cosiendo.

—Creo que el hermano Joachim tiene razón. Creo que necesitan otro tipo de ayuda diferente a la que vos (y la esposa del molinero) les habéis estado ofreciendo.

—Si yo puedo perdonarlos, también tú.

—Entonces, ¿los habéis perdonado?

—Naturalmente.

Theresia depositó la labor en su regazo.

—No es tan natural perdonar. La venganza es natural. Pegadle a un perro y morderá. Sacudid un nido de avispas y os picarán. Por eso hizo falta alguien como nuestro bendito Señor para enseñarnos a perdonar. Si habéis perdonado a esa gente, ¿por qué no habéis regresado, como han hecho el soldado y la esposa del molinero?

Dietrich hizo a un lado la pechuga a medio comer. Buridan había argumentado que no podía haber acción en la distancia, y el perdón era una acción. ¿Podía haber perdón en la distancia? Bonita pregunta. ¿Cómo conseguiría que los krenken se marcharan si no iba a verlos? Pero la ferocidad de los krenken lo aterrorizaba.

—Unos cuantos días más de descanso —dijo, posponiendo la decisión—. Venga, trae los pasteles que están al fuego y te leeré el *De usu partium*.

Su hija adoptiva sonrió.

—Me encanta oíros leer, sobre todo los libros de curaciones.

El Día de Nuestra Señora del Socorro, Dietrich se acercó renqueando a los prados para comprobar la siembra de las tierras que tenía en diezmo y que atendían Félix, Herwyg *el Tuerto* y otros. La segunda plantación había dado comienzo y por eso los

bramidos de los bueyes y los relinchos de los caballos se mezclaban con el tintineo de los arneses y el esfuerzo de los percherones, las maldiciones de los campesinos y el golpeteo de las azadas destripando terrones. Herwyg había iniciado el trabajo en abril y sembraba a mayor profundidad. Dietrich habló brevemente con el hombre y aprobó su trabajo.

Vio a Trude Metzger tras el arado, en la parcela vecina. Su hijo mayor, Melchior, tiraba del buey con una cuerda mientras el menor, un mozalbete, blandía una azada de su misma altura. Herwyg, mientras su yunta se volvía en la parcela principal, comentó sabiamente que la siembra era trabajo de hombres.

—Es peligroso que un niño tan pequeño tire del buey —le dijo Dietrich al granjero—. Así es como fue arrollado su marido.

El rugido de un trueno lejano resonó en Katerinaberg y Dietrich alzó la mirada al cielo sin nubes.

Herwyg escupió en la tierra.

—Tiempo de tormenta —dijo—. Aunque no huele a lluvia. Pero a Metzger lo arrolló, un caballo, no un buey. El necio avaricioso agotaba a la bestia. También en domingos, aunque no me gusta hablar mal de los muertos. Un buey ataca de frente, pero un caballo puede darse la vuelta y lanzar una coz. Por eso yo uso bueyes. ¡Hai! ¡Jakop! ¡Heyso! ¡Tira!

La esposa de Herwyg empujó a *Heyso*, el buey principal, y la yunta de seis animales empezó a avanzar. La tierra húmeda y pesada se abrió formando un montoncillo a cada lado del surco.

—La ayudaría —dijo Herwyg, señalando con la cabeza a Trude—. Pero su lengua no sería más agradable ni su hombre regresaría. Y tengo mis propias parcelas que sembrar todavía, pastor, cuando termine con la vuestra.

Era una invitación cortés para que se marchara, así que Dietrich cruzó la valla hacia la tierra de Trude, donde su hijo aún se debatía con la yunta. Cada vez que el buey cambiaba de postura, Dietrich esperaba que el joven quedara aplastado debajo. El niño más pequeño se había sentado a un lado del surco y lloraba de cansancio, la azada caída de sus dedos entumecidos y sangrantes. Trude, mientras tanto, azuzaba al buey con su látigo y al chico con la lengua.

—¡Cógelo por el morro, mocososo perezoso! —exclamó—. ¡A la izquierda, atontado, a la izquierda!

Cuando vio a Dietrich, volvió hacia él el rostro manchado de barro.

—¿A qué vienes, cura? ¿Con más consejos inútiles, como el viejo tuerto?

—Tengo un *pfennig* para ti —dijo Dietrich, buscando en su zurrón—. Puedes contratar a un *Gärtner* para que te ayude con el arado.

Trude se quitó la gorra y se pasó una mano por la frente enrojecida, dejando otra sucia marca de tierra.

—¿Y por qué debo compartir mi riqueza con un destripaterrones?

Dietrich se preguntó cómo su *pfennig* se había convertido en su riqueza.

—A Nickel Langermann le vendrá bien el trabajo y tiene fuerza para manejar el arado.

—Entonces, ¿por qué no lo ha contratado nadie?

«Porque tiene tan malas pulgas como tú», pensó Dietrich, pero se mordió la lengua por prudencia. Trude, sospechando tal vez la inminente retirada del *pfennig*, se lo arrancó de los dedos.

—Hablaré con él mañana —dijo—. ¿Vive en la choza que hay junto al molino?

—Allí mismo. Klaus lo emplea en el molino cuando tiene trabajo.

—Veremos si es tan bueno como dicen vuestras alabanzas. ¡Melchior! ¿Has enderezado ya la yunta? ¿Es que no sabes hacer nada bien?

Trude soltó las riendas y corrió a la cabeza de la yunta y le arrancó las riendas a su hijo. Apoyándose en la yunta, pronto tuvo a los animales alineados y devolvió las riendas al muchacho.

—¡Así es como se hace! ¡Ahora, espera a que empuñe el arado! Dios de los cielos, ¿qué he hecho para merecer a estos inútiles? Peter, te has saltado unos cuantos pedazos de tierra. Recoge esa azada.

Peter se puso en pie antes de que su madre pudiera arrancarle la cabeza como había hecho con el buey principal.

Dietrich salió al camino y regresó a la aldea. Pensó en visitar a Nickel para advertirlo.

—No parecéis un hombre feliz—anunció Gregor cuando Dietrich pasaba ante el patio del cantero. Gregor había colocado una gran losa de piedra en su bastidor y sus hijos y él estaban trabajando en ella.

—He visto a Trude en el campo —explicó Dietrich.

—¡Ja! A veces pienso que el viejo Metzger se arrojó él mismo a los pies del caballo para escapar de ella.

—Creo que estaba borracho y se cayó.

El cantero sonrió sin humor.

—La causa primaria es la misma en cualquier caso. —Esperó a ver si Dietrich apreciaba su uso del lenguaje filosófico y luego se echó a reír. Sus hijos, sin entender qué era una causa primaria, comprendieron que su padre había hecho un chiste y se rieron con él—. Eso me recuerda una cosa —añadió Gregor—. Max os ha estado buscando. El *Herr* quiere hablaros, allá en el Hof.

—¿Dijo sobre qué asunto?

—La colonia de leprosos.

—Ah.

Gregor siguió trabajando la piedra, dando con su cincel golpes duros y precisos. Volaron lascas. Entonces se agachó para estudiar el nivelado, pasando una mano por encima.

—¿Es peligroso tener a leprosos tan cerca? —preguntó.

—La putrefacción se extiende por contacto, o eso escribieron los antiguos. Por



eso deben vivir aparte.

—*Ach*, no me extraña que Klaus esté como está. —Gregor se irguió y se limpió la mano en un trapo que colgaba de su delantal de cuero—. Teme el contacto de Hilde. O eso he oído. —El cantero lo miró bajo sus cejas pobladas—. Y eso dicen todos. No la ha montado nadie este mes pasado, pobre mujer.

—¿Eso es algo malo?

—La mitad de la aldea puede explotar de lujuria. ¿No fue Agustín quien escribió que puede tolerarse un mal menor para impedir uno mayor?

—Gregor, todavía podré hacer de ti un sabio.

El cantero se persignó.

—Que el cielo prohíba semejante cosa.

El sol de la tarde aún no había alcanzado el ventanuco y el *scriptorium* de Manfred estaba en parte a oscuras porque las antorchas no lograban iluminarlo. Dietrich se sentó a la mesa mientras Manfred cortaba en dos una manzana y le ofrecía la mitad.

—Podría ordenarte que regresaras al lazareto —dijo el señor.

Dietrich dio un mordisco a la manzana y la saboreó. Miró los candeleros, el tintero de plata, las bestias voraces de los brazos de la silla curul de Manfred.

Manfred esperó un momento más y luego apartó el cuchillo y se inclinó hacia delante.

—Pero necesito tu sabiduría, no tu obediencia. —Se rio—. Llevan tanto tiempo en mi bosque que debería cobrarles tributo.

Dietrich trató de imaginar a Everard cobrando tributo a *Herr Gschert*. Le dijo a Manfred lo que le había contado el sirviente: que su carro estaba roto y que no podían marcharse. El *Herr* se frotó la barbilla.

—Tal vez sea lo mejor.

—Creía que queríais que se marcharan —dijo Dietrich con cuidado.

—Y así es —respondió Manfred—. Pero no debemos apresurarnos. Hay cosas que debo saber sobre esa extraña gente. ¿Has oído los truenos?

—Toda la tarde. Se acerca una tormenta.

Manfred negó con la cabeza.

—No. Ese estallido lo produce un *pot-de-fer*. Los ingleses los usaron en Calais, así que conozco su sonido. Max está de acuerdo. Creo que tus «leprosos» tienen pólvora negra, o conocen su secreto.

—Pero si no es ningún secreto —dijo Dietrich—. El hermano Berthold lo descubrió en Friburgo en los días de Bacon. Aprendió de Bacon los ingredientes, aunque no las proporciones, que dedujo por prueba y error.

—Son los errores lo que me preocupa —dijo Manfred con sequedad.

—Llamaban a Berthold *el Negro* porque se chamuscaba con su pólvora muy a menudo.

Ockham le había enseñado a Buridan una copia de Bacon hecha por los monjes del Merton directamente de la del maestro, y Dietrich la había leído con avidez.

—Si no recuerdo mal, es el nitrato potásico lo que causa la violencia, junto con azufre para hacerlo arder y...

Dietrich calló y miró a Manfred.

—Y carbón —terminó Manfred tranquilamente—. El mejor es carbón de sauce, según he oído. Y últimamente hemos perdido a nuestros carboneros, ¿no es así?

—Esperáis que esos krenken os fabriquen pólvora. ¿Por qué?

Manfred se apoyó contra las piedras. Enlazó los dedos bajo la barbilla, descansando los codos en los brazos del asiento.

—Porque el barranco es una ruta natural entre el Danubio y el Rin, y la Roca del Halcón está ahí como un tapón en una tubería. El comercio se ha reducido a un hilillo... y con él, mis propios ingresos. —Sonrió—. Pretendo demoler la Roca del Halcón.

Dietrich reconocía que Von Falkenstein, saqueador de peregrinos y monjas santas, necesitaba un correctivo. Sin embargo, se preguntaba si Manfred se daba cuenta de que suficiente pólvora para demoler la Roca del Halcón era más que suficiente para arrasar *Burg Hochwald*. Dietrich se contentó con la idea de que el arte era bastante difícil y requería un toque seguro. Si los krenken podían manejar la mezcla con seguridad, y Manfred lo aprendía de ellos, ¿cuánto pasaría antes de que toda la cristiandad lo conociera? ¿Qué sería, entonces, *Burg* o *Schildmauer*?

En su mente, filas de campesinos cargaban las «lanzas de fuego» de Bacon por un campo de batalla mientras los carros de guerra armados de Da Vigevano lanzaban bolas de piedra desde inmensos *pots-de-fer*. Bacon había descrito tubitos de pergamino que su amigo William Rubruck había traído de Catay, que explotaban con gran ruido y destellos. «Si se fabricara un artilugio de gran tamaño —había escrito el franciscano en su *Opus tertius*—, nadie podría soportar el ruido y la luz cegadora, y si el pergamino fuera sustituido por metal, la violencia de la explosión sería mucho más grande». Bacon fue un hombre de visiones grandes y perturbadoras. Aquellos aparatos, plantados en el campo de batalla, podrían destruir la caballería de una nación entera.

Cuando entró en su aposento, Dietrich vio que la vela de horas estaba apagada. Colocó un poco de yesca en una retorta y la encendió con pedernal. Tal vez algún día un artesano ideara un reloj mecánico lo suficientemente pequeño para que cupiera en una habitación. Entonces, en vez de olvidarse de encender la vela, podría olvidarse de cambiar los contrapesos. Usando una bujía, trasladó la llama a la vela de horas. La luz espantó las sombras del centro de la habitación, confinándolas a las esquinas. Dietrich se inclinó para leer la hora y agradeció descubrir que solo se había perdido un poco de la posición del sol. La vela debía de haberse apagado hacía apenas un ratito.

Se enderezó, y al otro lado de la habitación los ojos globulares de un krenk

bailaron con el reflejo de un centenar de llamas. Dietrich dio un respingo y retrocedió un paso.

El krenk tendió su largo brazo, haciendo oscilar el arnés que llevaban muchos sirvientes. Como Dietrich no hizo ningún movimiento, el krenk lo sacudió vigorosamente y se señaló la cabeza para indicar su gemelo. Entonces colocó el arnés sobre la mesa y dio un paso atrás.

Dietrich comprendió. Recogió el arnés y, tras estudiar a su visitante para saber cómo se ponía, se lo colocó en la cabeza.

La cabeza de los krenken era más pequeña, así que el arnés le quedaba mal. Las orejas de las criaturas tampoco estaban adecuadamente colocadas, de modo que cuando Dietrich insertó la «almeja para oír» en su oreja (como vio que había hecho el krenk), la otra pieza, el *mikrophone*, no colgó junto a su boca. El krenk derribó la mesa y agarró a Dietrich.

Dietrich trató de zafarse, pero la tenaza del krenk era demasiado fuerte. Hizo rápidos pases sobre la cabeza de Dietrich, pero no eran golpes y, cuando la criatura se apartó, Dietrich descubrió que las correas se le ajustaban más cómodamente.

—Encaja ahora bien el arnés; pregunta —dijo una voz en su oído.

De modo involuntario, Dietrich volvió la cabeza. Entonces se dio cuenta de que la pieza de la oreja debía contener un *Heinzelmännchen* aún más pequeño que la caja de los apartamentos de los krenken. Se volvió a mirar a su visitante.

—Hablas en tu *mikrophone*, y te oigo a través de esta almeja.

—*Doch* —dijo la criatura.

Como no podía haber acción a distancia, tenía que haber un medio a través del cual fluía el impulso. Pero si la voz hubiera fluido a través del aire, él habría oído el sonido directamente, en vez de a través de ese ingenio. Por tanto, debía existir un éter. Reticente, Dietrich descartó el tema.

—Has venido a entregar un mensaje —supuso.

—Ja. El que llamas Kratzer pregunta por qué no has regresado. *Herr Gschert* está preocupado porque cree saberlo. No aceptan la explicación que les ofrezco.

—Eres el sirviente. Al que intentaron golpear.

Hubo un momento de silencio mientras el krenk meditaba su respuesta.

—Tal vez no un «sirviente» según tu uso —dijo por fin.

Dietrich no insistió.

—¿Y qué motivo les has dado para explicar mi ausencia?

—Que nos temes.

—¿Y a Kratzer se le han caído los palos del sombrero? Él no tiene ninguna magulladura.

—«Se le han caído los...».

—Es una frase hecha. Significa desanimarse.

—Vuestro idioma es extraño; sin embargo, la imagen es sugerente. Pero atiende. Kratzer observa tu... ¿tu condición? Observa que eres un «filósofo natural», como él.

Así que no acepta mi sugerencia.

—Amigo saltamontes, obviamente crees haber explicado algo, pero no entiendo qué.

—Los que son golpeados aceptan la gracia de la paliza..., como cualquier filósofo debería saber.

—¿Es común entre vosotros, entonces? Se me ocurren gracias mejores.

El krenk hizo un gesto de rechazo.

—Tal vez «gracia» es una palabra desacertada. Vuestros términos son extraños. Gschert ve que nosotros somos pocos mientras que vosotros sois muchos. Tiene la frase en la cabeza de que vais a atacarnos... y por eso no venís.

—Si no vamos, ¿cómo podemos atacar?

—Le digo que nuestros bichos no ven ningún preparativo bélico. Pero él responde que todos los bichos del *Burg* han sido eliminados con cuidado, lo cual explica los preparativos secretos.

—O que a Manfred no le gusta que le espíen. No, nada de atacar: el *Herr* propone que seáis sus vasallos.

El krenk vaciló.

—Que significa «vasallo»; pregunta.

—Que os concederá un feudo y sus ingresos.

—Explicas un término desconocido con otro igualmente desconocido. Es común en vosotros; pregunta. Vuestras palabras dan vueltas sin cesar, como esos grandes pájaros del cielo.

El krenk se frotó los antebrazos lentamente. ¿Irritación?, se preguntó Dietrich. ¿Impaciencia? ¿Frustración?

—Un feudo es un derecho a usar o poseer lo que pertenece al *Herr* a cambio de un pago en dinero o servicios. A cambio, él... os protegerá de los golpes de vuestros enemigos.

El krenken permaneció inmóvil mientras las sombras de los rincones aumentaban y el cielo visible por la ventana se oscurecía hasta convertirse en magenta. La cima del Katerinaberg brillaba al sol, libre todavía de la sombra engullidora del Feldberg. Dietrich empezaba a preocuparse ya cuando la criatura se apartó lentamente de la ventana y contempló... ¿Qué? ¿Quién podía decir en qué dirección enfocaban aquellos peculiares ojos?

—Por qué hacéis esto; pregunta —inquirió por fin.

—Se considera buena cosa entre nosotros ayudar a los débiles y un pecado explotarlos.

La criatura volvió sus ojos dorados hacia él.

—Tonterías.

—Tal como el mundo entiende las cosas, tal vez.

—«Regalos hacen esclavos» es un dicho nuestro. Un señor ayuda para demostrar su fuerza y su poder, y obtiene los servicios de aquellos a quienes gobierna. El débil

da regalos al fuerte para ganar su clemencia.

—Pero ¿qué es la fuerza?

El krenk golpeó el alféizar de la ventana con el antebrazo.

—Juegas con las palabras —susurró la voz del *Heinzelmännchen* al oído de Dietrich, y en ese momento pareció un extraño espíritu sin cuerpo sobre su hombro—. La fuerza es la habilidad para aplastar a otro.

El krenk extendió el brazo izquierdo y cerró lentamente sus seis dedos, antes de alzar el puño y descargarlo contra el suelo.

La criatura alzó la cabeza para mirar directamente a Dietrich, que no pudo moverse ni hablar, paralizado por tanta vehemencia. No hacía falta regresar al lazareto para arriesgarse a ser golpeado por esa gente de feroz temperamento. Los krenken eran muy capaces de llegar a la aldea, y hasta ahora se habían abstenido de hacerlo solo porque se consideraban demasiado débiles. En el momento en que adivinaran su propio poder, quién sabía que brutalidades podrían cometer.

—Hay... —empezó a decir, pero no pudo terminar la frase bajo aquella mirada de basilisco, y por eso miró el crucifijo de Lorenz sobre su reclinatorio—. Hay otro tipo de fuerza —dijo—. Y es la habilidad de vivir ante la muerte.

El krenk chasqueó una vez sus mandíbulas laterales, enfáticamente.

—Te burlas de nosotros.

Dietrich cayó en la cuenta de que aquel chasquido le recordaba el de las hojas de unas tijeras. Recordó que, cuando uno usaba aquel signo, el otro había ofrecido el cuello. Dietrich alzó la mano hacia su cuello involuntariamente y puso de nuevo la mesa entre él mismo y el forastero.

—No pretendo burlarme. Dime cómo os he ofendido.

—Incluso ahora —respondió el krenk, pegado a su oído, aunque la habitación se interponía entre ambos—. Incluso ahora, y no sé por qué, pareces insolente. Debo decirme siempre que no eres un krenk y que no conoces la conducta adecuada. Te lo he dicho: nuestro carro está roto y estamos perdidos y por eso debemos morir en este lugar lejano. Y tú nos dices que «vivamos ante la muerte».

—Entonces debemos reparar vuestro carro, o encontraros otro. Zimmerman es bueno haciendo ruedas y Schmidt podrá forjar las piezas de metal que sean necesarias. A los caballos les desagrada vuestro olor y los aldeanos no podrán dejar sus bueyes para tirar de vuestro carro: si tenéis plata podremos reclutar animales en otro sitio. Si no, cuando sepamos cómo, un buen paseo...

La voz de Dietrich se apagó cuando el krenk golpeó sus antebrazos arrítmicamente contra la pared.

—No, no, no. No se puede ir andando y vuestros carros no pueden soportar el viaje.

—Bueno, William de Rubruck fue a Catay caminando y volvió, y Marco Polo y sus tíos han hecho lo mismo más recientemente, y no hay ningún sitio en esta tierra que esté más lejos que Catay.

El krenk lo miró una vez más y a Dietrich le pareció que aquellos ojos amarillos brillaban con peculiar intensidad. Pero fue un truco de las sombras y la luz de la vela.

—Ningún sitio en esta tierra —dijo la criatura—, pero hay otras tierras.

—Claro que las hay, pero el viaje hasta allí no es un viaje natural.

El krenk, siempre impasible, pareció envararse más.

—Tú... conoces esos viajes; pregunta.

El *Heinzelmännchen* aún tenía que dominar la expresión. Kratzer le había dicho a Dietrich que los lenguajes krenken empleaban el ritmo en vez de tono para indicar humor o pregunta o ironía. Así que Dietrich no podía estar seguro de haber oído esperanza en la traducción de la máquina.

—El viaje al cielo... —sugirió Dietrich, para asegurarse.

El krenk señaló hacia lo alto.

—«Cielo» está ahí arriba; pregunta.

—Ja. Más allá del firmamento de estrellas fijas, más allá incluso del orbe cristalino o el motor primero, el cielo empíreo inmóvil. Pero el viaje lo hacen nuestras esencias internas.

—Qué extraño que sepas eso. Cómo decís «todo-lo-que-es»: tierra, estrellas, todo; pregunta.

—*Kosmos*, «el mundo».

—Entonces, escucha. El mundo es en efecto curvo y las estrellas y... debo decir, «familias de estrellas» están en su interior, como en un fluido. Pero en otra... dirección, ni a lo ancho ni a lo largo ni a lo alto, se encuentra el otro lado del firmamento, que se asemeja a una membrana o piel.

—Un toldo —sugirió Dietrich; pero tuvo que explicar qué era «toldo», ya que el *Heinzelmännchen* no había oído nunca el término.

—La filosofía natural progresa de manera diferente, en artes distintas —dijo el krenk—, y quizá tu gente ha dominado el «otro mundo» mientras sigue siendo... simple en otros aspectos. —Miró por la ventana—. Tal vez tengamos salvación...

Dietrich sospechó que el último comentario no había sido hecho para que él lo oyera.

—Todos la tenemos —dijo, con cautela.

El krenk lo llamó con su largo brazo.

—Ven y te lo explicaré, aunque la cabeza parlante puede que no tenga las palabras.

Cuando Dietrich se le acercó vacilante, el krenk señaló el cielo cada vez más oscuro.

—Allí hay otros mundos.

Dietrich asintió lentamente.

—Aristóteles lo consideró imposible, ya que cada mundo se movería de manera natural hacia el centro del otro; pero la Iglesia dicta que Dios podría crear muchos mundos si lo deseara, como demostró mi maestro en su decimonovena pregunta sobre

el cielo.

El krenk se frotó los brazos lentamente.

—Debes presentarme a tu amigo, Dios.

—Lo haré. Pero dime, para que existan otros mundos, debe existir un vacío más allá del mundo, y este vacío debe ser infinito para acomodar la multitud de centros y circunferencias necesarios para proporcionar lugares para esos mundos. Sin embargo «la naturaleza aborrece el vacío» y correría a rellenarlo, como sucede en un desagüe y una copa de extracción.

El krenk tardó en responder.

—El *Heinzelmännchen* vacila. Dice ja a una multitud de centros, pero qué significa... circunferencias; pregunta. A menos que sea lo que nosotros llamamos el terreno-del-sol. Dentro del terreno-del-sol, los cuerpos caen hacia dentro y rodean el sol; más allá, caen hacia afuera hasta que son capturados por otro sol.

Dietrich se echó a reír.

—Pero entonces cada cuerpo tendría dos movimientos naturales, lo cual es imposible.

De repente vaciló. ¿Poseería un cuerpo colocado más allá de la circunferencia convexa del motor primero una *resistencia* a su movimiento natural hacia abajo? Sin embargo, la criatura había sugerido también el sol como centro del mundo, lo cual era imposible, pues entonces habría paralaje de las estrellas fijas vistas desde la Tierra, algo contrario a la experiencia.

Pero un pensamiento más inquietante le asaltó.

—¿Dices que caísteis hacia fuera desde uno de esos mundos a través del «terreno-del-sol» para caer sobre el nuestro?

Satán y sus seguidores habían caído del mismo modo, «Estos krenken no son sobrenaturales», se recordó. De esto, su cabeza estaba convencida, por mucho que dudaran sus entrañas.

La conversación posterior aclaró ciertos asuntos y embrolló otros. Los krenken no habían caído de otro mundo, sino más bien habían viajado de algún modo tras los cielos empíricos. Los espacios situados tras el firmamento eran como un mar, y la ínsula, aunque en algunos aspectos era como un carro, era también un gran navío. Cómo esto era posible se le escapaba a Dietrich, pues carecía de velas y remos. Pero comprendía que no era ni máquina de engranajes ni galera, sino solo *como* una máquina de engranajes o una galera, y no surcaba los mares sino algo *como* los mares.

—El éter-dijo Dietrich asombrado. Cuando el krenk ladeó la cabeza, Dietrich continuó—: Algunos filósofos especulan acerca de que hay un quinto elemento a través del cual se mueven las estrellas. Otros, incluido mi propio maestro, dudan de la necesidad de una *quinta esencia* y enseñan que los movimientos celestiales pueden ser explicados por los mismos elementos que encontramos en las regiones sublunares.

—O eres muy sabio o muy ignorante —dijo el krenk.

—O ambas cosas —admitió Dietrich alegremente—. Pero se aplican las mismas leyes naturales, ¿no?

La criatura devolvió su atención al suelo.

—Cierto, nuestro vehículo se mueve a través de un mundo insensible. No puedes verlo, olerlo ni tocarlo desde esta existencia. Debemos atravesarlo para regresar a nuestro hogar en los cielos.

—Así debemos hacer todos —reconoció Dietrich, mientras su miedo a aquel ser se convertía en piedad.

El krenk sacudió la cabeza y emitió una y otra vez un sonido de succión con sus labios superior e inferior, muy distinto al aleteo de su risa.

—Pero no sabemos qué estrella marca nuestro hogar —dijo después de unos minutos—. Por el modo de hacer nuestro viaje, a través de las direcciones hacia dentro-curvas, no podemos saberlo, porque el aspecto del firmamento difiere en cada sitio y la misma estrella puede tener un color distinto y estar en un lugar diferente de los cielos. El fluido que impulsa nuestra nave saltó de un modo inesperado y corrió por el surco equivocado. Ciertos artículos ardieron. ¡*Ach!* —Se frotó los antebrazos bruscamente—. No tengo palabras para decirlo, ni tú palabras para escucharlo.

Las palabras de la criatura intrigaron a Dietrich. ¿Cómo podía venir de un mundo *diferente* y sin embargo sostener también que había venido de una estrella que estaba dentro de la octava esfera de *este* mundo? Se preguntó si el *Heinzelmannchen* había traducido adecuadamente el término «mundo».

Pero sus pensamientos se vieron interrumpidos por el sonido de pasos en la grava, ante la puerta.

—Mi huésped regresa. Sería mejor que no te viera.

El krenk saltó al alféizar de la ventana.

—Conserva esto —dijo, indicando su arnés—. Usándolo, tal vez podamos hablar a distancia.

—Espera. ¿Cómo debo llamarte? ¿Cuál es tu nombre?

Los grandes ojos amarillos se volvieron hacia él.

—Como quieras. Me divertirá enterarme de tu elección. El *Heinzelmannchen* me ha contado lo que significan los términos *Gschert* y *Kratzer*, pero no he permitido que intercale esos términos en nuestra habla por su adecuado significado.

Dietrich se echó a reír.

—Vaya. Así que juegas tu propio juego.

—No es un juego.

Y dicho esto la criatura se marchó, saltando sin hacer ruido desde la ventana al Bosque Pequeño, al pie de la colina de la iglesia.



## VIII

### OCTUBRE DE 1348

*De San Miguel a la Feriae Messis San Miguel llegó y con él la corte anual, que el Herr celebró en el prado bajo un antiguo tilo amarillo claro. El árbol se agitaba con la brisa de otoño y las mujeres se arrebujaban en los chales que llevaban alrededor de los hombros. Al sudeste, nubes oscuras se congregaban sobre el valle de Wiesen, pero el aire no olía a lluvia y el viento suspiraba en dirección opuesta. Un invierno seco, profetizó Volkmar Bauer, y la charla pasó a la siembra de invierno. Hombres y mujeres vestían sus mejores galas para honrar a la corte: calzas y blusas cuidadosamente zurcidas y casi limpias, pero vulgares comparadas con la elegancia de Manfred y su séquito.*

Everard presidía desde un banco situado ante el gran árbol y los miembros del jurado estaban sentados a su lado para asegurarse de que no se violaba ninguna costumbre. Richart el *Schultheiss* trajo las *Weistümer*, las leyes de la aldea, escritas en pergamino y encuadradas en forma de libro, y consultaba de vez en cuando las normas y privilegios registrados en él. No era tarea fácil, ya que los derechos se habían acumulado a lo largo de los años como el desorden en un cobertizo, y un hombre podía tener derechos diferentes por diferentes parcelas de tierra.

Jürgen, el *Vogt*, enseñó sus varas de medir y sus cuerdas anudadas y presentó el balance de las tierras del señor del año anterior. Los arrendatarios libres asistieron al recital con claro interés, comparando los beneficios del *Herr* con los suyos propios con la sutil aritmética que les permitía, a aquellos que no sabían de números, el uso de los dedos. Wilimer, el contable del *Herr*, que había dejado de sembrar y segar hacía apenas unos años, lo transcribió todo con letra clara en hojas de pergamino pegadas por un lado. Comprobó sus sumas en un ábaco y anunció que el *Herr* le debía a Jürgen veintisiete *pfennig* para cuadrar la cuenta.

Después, el viejo Friedrich, el ayudante del administrador, hizo recuento de multas y deudas. Como Wilimer, realizó las sumas con los números árabes de Fibonacci, pero tradujo los resultados a números romanos para su copia final. Eso hacía que la probabilidad de error fuera elevada, porque el viejo Friedrich entendía de números romanos poco más que de gramática latina... Solía confundir el ablativo con el dativo.

—Si escribo las palabras en latín, tengo que escribir los números en latín también—explicó el hombre en una ocasión.

La primera multa fue *Buteil* para el viejo Rudolf de Pforzheim, que había muerto el día de Sixto. El *Herr* tomó posesión de su «mejor bestia», una yegua de tiro llamada *Isabella*, y naturalmente todos los hombres debatieron si en efecto era la mejor bestia de Rudolf, lo cual dio pie a diversas opiniones, ninguna coincidente.

Felix Ackermann se levantó para pagar *Merchet* por su hija, pero Manfred, que

estaba atento en su asiento bajo el tilo, anunció una condonación «a la vista de las pérdidas del hombre en el incendio». Esto levantó un rumor de admiración en la asamblea; a Dietrich le pareció que los había comprado barato. El *Herr* podía ser generoso en asuntos de poca monta.

Trude Metzger sorprendió a todo el mundo pagando *Merchet* para pedirle al *Herr* permiso «para casarse a voluntad». Esto disparó las lenguas de todas las mujeres y arrojó una sombra de aprensión sobre todos los hombres solteros. El *Herr*, divertido, le concedió el permiso.

Y así estuvieron hasta que el sol ascendió alto en el cielo. Heinrich Altenbach tuvo que pagar cuatro *pfennig* de multa por vivir fuera del feudo sin permiso del señor. Petronella Lürm había cosechado los campos del *Herr* «contraviniendo las prohibiciones del otoño». El hijo de Fulk Albrecht había robado el grano de Trude durante la cosecha. Los miembros del jurado interrogaron a los testigos con atención y, conociendo a las partes implicadas, recomendaron las penalizaciones.

Oliver Becker había increpado a gritos a Bertram Unterbaum el pasado uno de mayo, lleno de rencor por los afectos de Anna Kohlmann. Reinhardt Bent se había apropiado de tres surcos de todos los sembrados adyacentes a su terreno. Por esta ofensa, el hombre recibió sus buenos abucheos, pues para el campesino no hay mayor crimen que robar un surco a un vecino.

El propio Manfred presentó litigio contra doce *Gärtners* que durante la cosecha de heno de julio se habían negado a cargar las balas en los carros. Nickel Langermann explicó que el trabajo se había hecho en años anteriores «por amor al *Herr*», pero que no se requería en el *Weistümer*. Pidió a los arrendatarios libres que investigaran el asunto y Everard nombró una comisión de miembros del jurado.

Después de esto, la corte hizo una pausa para almorzar pan y cerveza a expensas del *Herr*.

—Langermann se considera un *Schulteiss* —dijo Lorenz cuando la multitud se dispersó—. Siempre está buscando leyes que dicen que no tiene que trabajar.

—Si hace muchos hallazgos, nadie lo contratará, porque entonces no trabajará nada —contestó Dietrich.

Max Schweitzer apareció y se lo llevó a cierta distancia de los demás.

—El *Herr* me envía a preguntaros por la pólvora —murmuró.

—Su alquimista reconoció el carbón de las muestras —le dijo Dietrich—, y el azufre por sus propiedades y aspecto; pero el *Heinzelmännchen* no sabía la palabra *krenk* para nitrato potásico, así que estamos a la espera. Le dije que se encontraba normalmente bajo el estiércol, pero su mierda no es como la nuestra.

—Tal vez huele mejor —sugirió Max—. ¿Y si les damos una muestra? De nitrato potásico, quiero decir. Los alquimistas pueden identificar materiales desconocidos, ¿no?

—Ja, pero los *krenken* no parecen dispuestos a hacer el esfuerzo.

Max ladeó la cabeza.

—No creo que su predisposición cuente.

—Tienen prisa por reparar su navío y regresar a su propio país.

Dietrich se volvió a mirar hacia el lugar donde estaba Manfred, acompañado por su séquito. Los hombres se reían por algo y Kunigunda, con el vestido orlado por una franja blanca bordada *in orfrois* con escenas de caza de ciervos y liebres, no sabía si comportarse con la dignidad de una dama en compañía de Eugen o perseguir a su hermana menor, que acababa de quitarle la toca. Manfred pretendía retener a los krenken contra su voluntad hasta aprender sus secretos ocultos.

—El *Herr* haría bien en no insistir en este tema.

—¿En su propia tierra? ¿Por qué no?

—Porque el brazo fuerte debe ser usado con amabilidad con la gente que puede tener pólvora.

Por la tarde, los aldeanos eligieron catadores de cerveza, miembros del jurado, guardianes y otros funcionarios para el año de cosechas que se avecinaba. Jürgen *el Blanco* declinó el honor (y el potencial gasto) de otro periodo como *Vogt*, así que Volkmar Bauer fue elegido en su lugar. Klaus fue elegido de nuevo *Maier*.

Seppl Bauer votó tímidamente por primera vez, alzando la mano a favor de Klaus como los demás propietarios. O como la mayoría de ellos, pues Trude Metzger expresó su descontento en voz alta y, como era propietaria de su parcela, votó en solitario por Gregor.

—Puede que el cantero sea lelo, pero no es un ladrón que agua la comida — declaró.

Gregor se volvió hacia Dietrich.

—Me alaba para ganar mis afectos.

Lorenz, al otro lado, agitó un dedo.

—Recuerda, Gregor, si alguna vez piensas en volver a casarte, que ella ya ha pagado *Merchet*, así que te saldría barata.

—Y valdría cada *pfennig*.

—El cuerpo no es más que una pantalla —dijo Theresia Gresch, rompiendo el silencio que había mantenido todo el día—, que brilla si dentro hay auténtica belleza. Por eso ella parece más simple de lo que es.

—Tal vez seas tú quien encienda su lámpara —le dijo Lorenz a Gregor.

Gregor hizo una mueca, ahora más que preocupado, no fuera a ser que sus amigos estuvieran planeando un nuevo matrimonio.

—Un hombre necesita una hoguera entera para esa empresa —gruñó.

Dietrich había puesto a su visitante nocturno el nombre de Johann von Sterne: Juan-de-las-estrellas. Reemprendió sus visitas al lazareto, y lentamente recuperó la confianza. Las criaturas lo miraban cuando llegaba, se detenían un momento y luego, tranquilamente, continuaban con sus actividades. Ninguna lo amenazó.

Algunos trabajaban diligentemente en el navío. Dietrich los vio encender fuego en algunas grietas y esparcir fluidos y extender tierra de colores sobre sus superficies. El aire, sin duda, también participaba en las reparaciones, pues a veces oía el siseo de gases en las profundidades desconocidas de la estructura.

Otros se ocupaban de la filosofía natural, dando extraños saltos sin sentido o paseando en solitario. ¡Algunos se encaramaban a los árboles como pájaros! Como el bosque en otoño se había convertido en una llamarada de color, usaban maravillosos instrumentos (*fotografía*) para capturar «dibujos de luz» en miniatura de las hojas. Una vez, Dietrich reconoció al alquimista por su ropa diferente, sentado en aquella peculiar postura, con las rodillas por encima de la cabeza, contemplando el arroyo que caía en un salto de agua. Lo saludó, pero la criatura, absorta en alguna contemplación, no respondió y, pensando que rezaba, Dietrich se marchó en silencio.

Dietrich sentía cada vez más frustración con la lentitud krenk.

—He visto a vuestros carpinteros apartarse de sus tareas —le dijo a Kratzer en una visita—, para recoger escarabajos o flores para vuestros filósofos. He visto a otros jugar con una pelota o dar saltos arriba y abajo sin ningún sentido aparente, desnudos. Vuestra tarea más urgente es la reparación de vuestro navío, no saber por qué nuestros árboles cambian de color.

—Todos aquellos que hacen el trabajo hacen el trabajo —anunció Kratzer.

Dietrich supuso que eso significaba que los filósofos no estaban capacitados para la construcción del navío, lo cual no era una conclusión sorprendente.

—Incluso así —insistió—, puede que haya tareas de aprendizaje que pudierais realizar.

Al oír esto las antenas de Kratzer se envararon y sus rasgos, nunca expresivos, se volvieron aún más impenetrables. Hans, que se había estado ocupando de catalogar imágenes de plantas y no prestaba ninguna atención aparente al discurso, se enderezó en su asiento con las manos detenidas sobre el conjunto de marcas con las que instruía al *Heinzelmännchen*. Los ojos de Kratzer clavaron a Dietrich en su asiento, que se agarró a los lados de la silla aterrorizado.

—Ese trabajo —dijo Kratzer por fin— es para aquellos que realizan ese trabajo.

La frase tenía el aspecto de ser un proverbio y, como muchos proverbios, adolecía de una concisión que lo reducía a una tautología. Le recordó a aquellos filósofos que, maleducados por los Antiguos, tenían prejuicios acerca del trabajo manual. Dietrich no podía imaginarse a sí mismo náufrago y poco dispuesto a ayudar a sus compañeros en las reparaciones necesarias. En esa situación, incluso los de noble cuna pondrían manos a la obra.

—El trabajo —señaló— tiene su propia dignidad. Nuestro Señor fue carpintero y se rodeó de pescadores y otra gente humilde. El papa Benedicto, que en paz descansa, era hijo de un molinero.

—He oído correctamente la expresión —dijo Kratzer—. Un carpintero puede convertirse en señor. *Ja-ja-ja*. Puede una piedra convertirse en pájaro; pregunta. O

son todos vuestros señores de baja estofa; pregunta.

—Reconozco que el hombre rara vez se alza por encima de su cuna —admitió Dietrich—, pero no despreciamos al trabajador.

—Entonces no somos tan diferentes, tu pueblo y el mío —dijo Kratzer—. Para nosotros nuestro sitio está escrito... Creo que dirías que está escrito «en los átomos de nuestra carne». Tenemos una frase: «Como somos, así somos». Sería absurdo despreciar a nadie por ser lo que nació para ser.

—¿Los «átomos de la carne...»? —había empezado a preguntar Dietrich cuando el *Heinzelmannchen* le interrumpió.

—Raras veces significa más a menudo que nunca; pregunta; exclamación.

Kratzer dirigió una serie de rápidos chasquidos a Hans y, al concluir, Hans expuso el cuello y se dedicó una vez más a escribir. Cuando volvió a hablar, retomó el tema anterior.

—Este curioso evento de los árboles de colores. Sabes la razón de ello; pregunta.

Dietrich, inseguro del sentido de la conversación y nada dispuesto a provocar la ira de Kratzer, respondió que el *Herr* Dios había dispuesto los cambios de color para advertir de la llegada del invierno, mientras que los árboles de hoja perenne mantenían la promesa de la primavera por venir y eso imbuía en los humores del año pesar y esperanza por igual. Esta explicación desconcertó a Kratzer, que preguntó si el señor a quien se debía Manfred era amo de los bosques, ante lo cual Dietrich desesperó de dar más explicaciones.

La Iglesia celebraba el principio de cada estación agrícola; rezaba por una buena siembra o por las lluvias del verano o por una buena cosecha. La *feriae messis*, la misa ferial, daba comienzo a la vendimia y por ello asistía a la misa *Exultate Deo* más gente que de costumbre. La falda sur del Katerinaberg estaba cubierta de viñas cuyo fruto se vendía bien en los mercados de Friburgo y proporcionaba a Oberhochwald una de sus pocas fuentes de plata. Pero el año anterior había vuelto a ser frío y había preocupación por el resultado de la cosecha.

En el ofertorio, Klaus presentó un puñado de uvas maduras de sus propias viñas y, durante la consagración, Dietrich estrujó una de las uvas para mezclar su jugo con el vino del cáliz. Normalmente, los miembros de la congregación charlaban entre sí, incluso se entretenían en el vestíbulo hasta que los llamaba la campana. Ese día observaban concentrados, atraídos no por el recuerdo del sacrificio de Cristo, sino por la esperanza de que el ritual trajera buena suerte en la vendimia..., como si la misa fuera simple brujería y no un memorial del Gran Sacrificio.

Al elevar el cáliz por encima de su cabeza, Dietrich vio entre las vigas del techo los brillantes ojos amarillos de un krenk.

Se detuvo con los brazos extendidos, hasta que el murmullo de su rebaño le hizo recuperar la compostura. Últimamente estaba cundiendo la superstición de que la puerta del purgatorio al cielo se abría mientras se elevaba el pan y el vino, y los fieles

a veces se quejaban si el sacerdote hacía una elevación demasiado breve. Sin duda, con una elevación tan larga, su sacerdote había liberado a muchas almas, para mayor santificación de la vendimia.

Dietrich depositó el cáliz sobre el altar y, tras hacer la genuflexión, murmuró las palabras de despedida porque su sentido se le había ido de la cabeza. Joachim, que estaba arrodillado junto a él sujetando el borde de la casulla con una mano y la campanita en la otra, miró también hacia el techo, pero si vio a la criatura no dio ninguna muestra de ello. Cuando Dietrich se atrevió una vez más a alzar los ojos, el inesperado visitante se había escabullido en las sombras.

Después de la misa, Dietrich se arrodilló ante el altar con los puños cerrados. Sobre él, tallado en un solo bloque de roble rojo, oscurecido aún más por cien años de humo de vela, Cristo colgaba clavado en su cruz. La masacrada figura, desnuda salvo por un tributo a la decencia, el cuerpo retorcido en agonía, la boca abierta en la última acusación angustiosa («¿Por qué me has abandonado?») sobresalía de la madera de la cruz, de modo que víctima e instrumento crecían uno del otro. Había sido una forma brutal y humillante de morir. Mucho más amables eran la cuerda, la hoguera o el hacha del verdugo que en los tiempos modernos aliviaban el viaje.

Tenuemente, Dietrich oyó el rumor de carros, el traqueteo de las tijeras, rebuznos de burros, voces mezcladas, maldiciones, el chasquido de los látigos, el gruñido de las ruedas mientras aldeanos y siervos se reunían y partían hacia los viñedos. El silencio descendió poco a poco hasta que todo lo que quedó más allá del viejo gemido de las paredes fue un martilleo distante e irregular que procedía de la herrería de Lorenz al pie de la colina.

Cuando estuvo seguro de que Joachim no se había rezagado, Dietrich se puso en pie.

—Hans —dijo en voz baja tras ponerse el arnés-de-cabeza krenk, y pulsó la señal que despertaba al *Heinzelmannchen*—. ¿Es a ti a quien he visto en el techo durante la misa? ¿Cómo llegaste hasta ahí sin que te vieran?

Una sombra se movió bajo las vigas del techo y una voz le habló al oído.

—Llevo un arnés que permite el vuelo y entré por el campanario. La frase estaba en mi cabeza para ver tu ceremonia.

—¿La misa? ¿Por qué?

—La frase es que tienes la llave de nuestra salvación, pero Kratzer se ríe y Gschert no escucha. Ambos dicen que debemos encontrar por nuestra cuenta el camino de regreso a las estrellas.

—Es una herejía en la que muchos han caído —admitió Dietrich—, pensar que puede alcanzarse el cielo sin ayuda.

El sirviente krenk guardó silencio un momento antes de responder.

—Yo pensaba que tu ritual completaría dentro de mi cabeza la imagen de vosotros.

—¿Y lo ha hecho?

Dietrich oyó un brusco chasquido en las vigas del techo y dobló el cuello para espiar dónde se había encaramado el krenk.

—No —dijo la voz en su oído.

—La imagen de Dietrich dentro de mi propia cabeza está también incompleta— admitió el sacerdote.

—Ese es el problema. Quieres ayudarnos, pero no veo ninguna ganancia para ti.

Las sombras se agitaron a la luz de las velas, sin ser del todo negras porque las llamas que las proyectaban aleteaban rojas y amarillas. Dos lucecitas brillaban entre las vigas. ¿Eran los ojos del krenk, que captaban el baile del fuego, o solo las placas de metal que aseguraban las vigas?

—¿Debe haber siempre una ganancia en lo que haga? —preguntó Dietrich a la oscuridad, incómodamente consciente de que la ganancia que buscaba era continuar con su propia soledad y liberarse del miedo.

—Los seres actúan siempre en beneficio propio: para obtener comida o estimular los sentidos, para ser aceptados en un lugar, para trabajar menos y conseguir lo mismo.

—No puedo decir que te equivoques, amigo saltamontes. Todos los hombres buscan el bien, y desde luego comida y los placeres de la carne y el cese del trabajo son bienes, o de lo contrario no los buscaríamos. Pero no puedo decir que tengas razón por completo tampoco. ¿Qué gana Theresia con sus hierbas?

—Ser aceptada —fue la rápida respuesta del krenk—. Su lugar en la aldea.

—Eso no engordará las coles. Un hombre que quiere alimento puede secar un pantano, o robar un surco; en la búsqueda de placer, puede amar a su esposa... o *folgar* con la de otro. El camino al cielo no se encuentra en bienes *parciales*, sino en el bien *perfecto*. Ayudar a los demás es un bien en sí mismo. Santiago, el primo de Nuestro Señor, escribió: «Dios resiste al orgulloso y concede gracia al humilde», y también que «la religión pura e inmaculada es esta: dar ayuda a los huérfanos y viudas en su desesperación».

—El primo de Manfred no tiene ningún peso con los krenken. No es nuestro señor, ni Manfred es tan fuerte como temía Gschert. Cuando su propia gente lo desafió por las balas de heno, no los golpeó como se merecían, sino que permitió que ellos, sus criados, decidieran el asunto por él. El acto de un débil. Y volvieron, sus propios sirvientes, y dijeron que los *Gärtners* tenían derecho. El deber los obliga a recoger el heno de Manfred, pero no a cargarlo en los carros.

Dietrich asintió.

—Así dicen las *Weistümer*. Es la costumbre del feudo.

El krenk tamborileó sobre las vigas y se inclinó tanto hacia la luz de la vela que Dietrich pensó que iba a volcarla.

—Pero eso deja las balas de heno del año que viene tiradas en el campo —dijo Hans—, mientras los siervos esperan para descargarlas. Eso es... falta de

pensamiento.

Una sonrisa cruzó los labios de Dietrich cuando recordó la discusión que se produjo en la corte tras la decisión.

—Nos divertimos con las paradojas. Es una forma de entretenimiento, como bailar o cantar.

—Cantar...

—En otra ocasión te lo explicaré.

—Es peligroso que alguien que gobierna muestre debilidad —insistió Hans—. Si vuestro Langermann hubiera hecho esa demanda a *Herr* Gschert, sería comida ahora mismo.

—No niego que Gschert tiene un humor colérico —dijo Dietrich secamente. Como carecían de verdadera sangre, los krenken no podían equilibrar su cólera adecuadamente con humores sanguíneos. En cambio, poseían un icor amarillo verdoso; pero como no era doctor en las artes médicas, Dietrich no estaba seguro de qué humor podía gobernar el icor. Tal vez uno desconocido para Galeno.

—Pero no te preocupes —le dijo a Hans—. Las balas de heno serán cargadas en los carros la próxima siega, pero los *Gärtners* no lo harán por deber, sino por *caridad*... o por un precio por el trabajo añadido.

—Caridad.

—Ja. Buscar el bien de otra persona y no el tuyo propio.

—Así lo haces tú; pregunta.

—No tan a menudo como ordenó el Señor, pero sí. Acumula méritos para ir al cielo.

—Lo entiende el *Heinzelmännchen* correctamente; pregunta. Un ser superior vino del cielo, se convirtió en vuestro *Herr*, y os ordenó que realizarais esta «caridad»...

—Yo no lo expresaría así...

—Entonces todo encaja.

Dietrich esperó, pero Hans no dijo nada más. El silencio se prolongó y se volvió opresivo, y el sacerdote había empezado a sospechar que su sigiloso visitante ya se había marchado (los krenken no eran dados a las formalidades de saludos y despedidas), cuando Hans habló una vez más.

—Ahora diré una cosa, aunque nos muestre débiles. Somos un pueblo mixto. Algunos pertenecen al navío y su capitán era su *Herr*. El capitán murió en el naufragio y ahora Gschert gobierna. Otros forman una escuela de filósofos cuya tarea es estudiar nuevas tierras. Fueron ellos quienes contrataron el navío. Kratzer no es su *Herr*, pero los otros filósofos le permiten hablar por ellos.

—*Primus inter pares* —sugirió Dietrich—. «El primero entre iguales».

—Bien. Una frase útil. Se lo diré. En el tercer grupo están aquellos que viajan para ver cosas extrañas y lejanas, lugares donde han sucedido hechos conocidos o grandes acontecimientos. Cómo llamáis a esa gente; pregunta.

—Peregrinos.



—Bien. La nave tenía que visitar varios sitios que querían ver los peregrinos antes de llevar a los filósofos a una tierra nueva. La compañía del navío y la escuela de filósofos dice siempre que esos viajes a lo desconocido pueden ser sin regreso. «Ha sucedido; sucederá».

—*Ja, doch* —dijo Dietrich—. En tiempos de mi padre, algunos sabios franciscanos embarcaron con los hermanos Vivaldi en busca de la India, que el mapa de Bacon situaba a poca distancia al oeste, al otro lado de la Mar Océana. Pero no se volvió a saber de ellos después de que salieran de cabo Non.

—Entonces tienes la misma frase en tu cabeza: «Un nuevo viaje puede ser solo en una dirección». Pero en las cabezas de los peregrinos siempre hay un regreso, y nuestro fracaso en llegar al cielo correcto tiene que deberse al... creo que vuestra palabra es «pecado»... de otro. Así que algunos peregrinos achacan nuestro actual fracaso al pecado de Gschert, e incluso algunos de la compañía de la nave dicen que no es nada comparado con el que era capitán antes. Uno que se crea más fuerte puede querer sustituirlo. Y sí es así, Gschert probablemente alzará el cuello, pues está en mi cabeza que él pueda pensar lo mismo.

—Es un grave asunto socavar el orden establecido —dijo Dietrich—, pues quién sabe si el resultado no será peor. Tuvimos un levantamiento similar hace doce años. Un ejército de campesinos arrasó la zona, quemando feudos, matando a señores y sacerdotes y judíos.

Y Dietrich recordó con súbita, insoportable inmediatez, la mareante embriaguez de ser barrido por algo más grande y más poderoso y más cierto que uno mismo, la seguridad y la arrogancia de los números. Recordó a familias nobles inmoladas dentro de sus propias casas; prestamistas judíos a quienes se les pagaba con creces con cáñamo y hogueras. Había un sacerdote entre ellos, un hombre de cierta cultura, y había exhortado a las multitudes con las palabras de Santiago:

*¡La maldición ha caído sobre vosotros, los ricos! Vuestra riqueza se ha podrido, vuestro fino vestuario es pasto de las polillas. ¡Vuestro oro y vuestra plata se han deslustrado y su corrosión es un testimonio contra vosotros! ¡Aquí, gritadlo, están los salarios que habéis arrebatado a los siervos que trabajaron por vosotros! Los gritos de los campesinos han llegado a oídos del Señor. ¡Vivisteis rodeados de lujos caprichosos en la tierra; engordasteis para el día de la matanza!*

Y el ejército de Armleder (se llamaban a sí mismos ejército, con capitanes autoproclamados, y llevaban brazaletes de cuero como uniforme), sudorosos, lujuriosos, ávidos de botín, ajenos a sus propias sentencias de muerte, se reunió por fin, de modo que el grito «¡el día de la matanza!» que rugió en mil gargantas fueron las últimas palabras que muchos adinerados señores y judíos oyeron en esta vida. Las mansiones iluminaron la noche con sus llamas, de modo que un hombre podía recorrer toda Rhineland siguiendo su iluminación como si fuera de día. Caravanas asaltadas por el camino. Carros de vendedores ambulantes

volcados en las cunetas. Buhoneros declarados a gritos prestamistas judíos y destrozados. Los burgueses de las ciudades libres, a salvo tras sus antiguas murallas, viendo desde los parapetos cómo sus almacenes ardían.

Pero las murallas de los *Burgs* habían resistido a las turbas indisciplinadas y la furia de los rebeldes se calmó cuando se dieron cuenta de que solo los esperaba el patíbulo. De las ciudadelas de piedra había fluido un río de acero: *Herrs* y caballeros; soldados y milicia de los gremios y levás feudales; lanzas y alabardas y ballestas que atravesaban carne y hueso. Jinetes más veloces que los talones más huidizos. Un puñado de aperos de labranza, palos, cuchillos arrojados junto al camino. Caballeros con cota de malla atacando a campesinos que carecían hasta de calzones bajo la ropa, de modo que los caminos se cubrieron de la mierda y los orines de su terror y mostraban sus partes privadas cuando colgaron de todas las ramas de Alsacia y Bisgrovía.

> Dietrich fue consciente del silencio.

—Miles perecieron —le dijo bruscamente al krenk.

El krenk continuó sin decir nada. En medio del silencio, la madera de la iglesia crujió.

—¿Hans...? —dijo Dietrich.

—Kratzer se equivocaba. Nuestros pueblos son muy diferentes.

Hans saltó de una viga del techo a otra, yendo hacia el fondo de la iglesia y luego a una ventana abierta.

—¡Hans, espera! —exclamó Dietrich—. ¿Qué quieres decir?

La criatura se detuvo en la ventana y se volvió a mirar a Dietrich.

—Vuestros campesinos mataron a sus señores. Esto es... antinatural. Lo que somos, somos. Tenemos esta frase en nuestras cabezas de esos animales que fueron nuestros antepasados.

Dietrich, desconcertado por aquella revelación inesperada, encontró la voz con dificultad.

—Vosotros... ¿Hay *animales* entre vuestros antepasados?

Imaginó horribles cópulas con bestias. Mujeres yaciendo con perros. Hombres holgando con burros. ¿Qué podía nacer de semejantes uniones? Algo inenarrable. Algo monstruoso.

—En tiempos antiguos —repuso el krenk—. Entonces había criaturas como vuestras abejas en las divisiones de su trabajo. No tenían frases dentro de la cabeza que les dijeran sus deberes. En cambio, las frases estaban escritas en los átomos de su carne, y esos átomos se pasaban de señores y damas a sus retoños, y así, con el tiempo, a nosotros. Así cada uno de nosotros conoce su puesto en la gran red. «Así fue; así es».

Dietrich tembló. Todos los seres, deseando su adecuado fin, se movían hacia él por naturaleza. Así una piedra, al ser tierra, se movía naturalmente hacia la tierra, y un hombre, al amar el bien, se movía naturalmente hacia Dios. Pero en los animales

los apetitos se mueven por el poder estimativo, que rige despóticamente, mientras que los hombres actúan por el poder cognitivo, que rige políticamente. Así, la oveja considera al lobo su enemigo y corre sin pensar; pero un hombre defiende su terreno o huye según le dicte su razón. Sin embargo, si los krenken eran gobernados por *instinctus*, el apetito racional no podía existir en ellos, ya que un apetito superior necesariamente movía a uno inferior.

Lo que significaba que los krenken eran bestias.

Recuerdos de osos y lobos parlantes que arrastraban a los niños a su perdición fluctuaron en su memoria. Que el ser que acechaba en las vigas, sobre él, no fuera *más que una bestia que hablaba* aterrorizó tanto a Dietrich que huyó de Hans.

Y Hans huyó de él.

## Sharon

A veces Sharon pensaba que Tom y ella en realidad no tenían una vida en común, sino dos vidas separadas compartiendo un apartamento. Todo funcionaba por inercia. Nunca le había dicho esto a Tom, y Tom no era capaz de adivinar sus pensamientos a partir de pistas sutiles. Así que cualquier error de percepción, si era un error, no se mencionaba nunca. En cambio, ella preparaba pruebas medio conscientes para que él nos las superara. Tras su gran logro, quiso celebrarlo y le resultó difícil hacerlo sola. Así que preparó, como había hecho tan a menudo en el pasado, una cena íntima.

Sharon tenía poca práctica en las artes domésticas. Tom la había descrito una vez como parcialmente domesticada. No era una gran cocinera, pero tampoco Tom era un comensal exigente, así que las cosas solían funcionar. Sin embargo, ella estaba tan acostumbrada a tenerlo a sus pies que sus repetidas ausencias todavía no habían calado en ella. No se le había ocurrido avisarlo. Por tanto, él llegó tarde a una cena que no sabía que le estaba esperando.

Tom no entendía de sutilezas, pero aquello no tenía nada de sutil. La comida se había enfriado, peor todavía, había sido recalentada en el microondas. Así que, a pesar del recalentamiento, el ambiente era frío.

—Me alegra que hayas venido —dijo ella, colocando enfáticamente las fuentes de servir. A menudo había usado esa misma expresión en momentos más íntimos, pero Tom sabía que ese no era uno de ellos. El golpe de las bandejas lo había dejado claro.

Tom lo lamentaba. Lo lamentaba siempre. Sharon sospechaba que su pesar era una estrategia que había adoptado conscientemente, y esto aumentaba su irritación. Había cierta condescendencia en pedir continuamente disculpas.

—Los mismos viejos archivos en préstamo de Harvard —dijo él—. Originales. Teníamos que terminarlos hoy y devolverlos. Ya sabes lo fácil que es olvidar la hora cuando estás enfrascado en algo.

Ella sacó dos platos de ensalada del frigorífico y los puso en la mesa, aunque con más suavidad que las fuentes. En efecto, sabía lo fácil que era.

—«Teníamos» —dijo por fin.

—La bibliotecaria y yo. Te dije que me está ayudando con la investigación. — Sharon no contestó nada—. Además —añadió él—, fuiste tú quien me convenció para que buscara manuscritos originales.

—Lo sé. Pero no pensaba que iba a ser todos los días.

—Cada par de días. —Estaba exponiendo razones y hechos, sin conseguir nada. La cantidad de días no era el tema—. Dime, te hable de Eifelheim, ¿verdad? De que no podía encontrar ningún dato y eso.

—Con esta habrán sido mil y una veces.

—Oh. Supongo. Me repito. Parece tan obvio, ahora. Oh, bien. *Lúchshye pózdno*

*chem nikogdá.*

—¿Por qué no puedes decir «más vale tarde que nunca»?

Él pareció desconcertado y Sharon no insistió. En realidad, no se daba cuenta de cuándo lo hacía. Ella vaciló un momento después de sentarse. Pretendía que la cena fuera una celebración y estaba decidida a que así fuera.

—He resuelto la geometría del espacio Janatpour —dijo. Se había imaginado gritándolo a pleno pulmón, proclamándolo a los cuatro vientos. No había previsto un comentario agrio en medio de un silencio embarazoso.

Tom tal vez salvó la vida con lo que hizo a continuación. Alzó su copa de vino y brindó a su salud, exclamando:

—*¡Sauwohl!*

Su placer era tan sincero que Sharon recordó que, de hecho, llevaba muchos años enamorada de él. Hicieron entrecuchar las copas y bebieron.

—Cuéntamelo —dijo Tom. Estaba apenado por la cena sorpresa. Odiaba tener que adivinar las respuestas a preguntas sin formular. Sin embargo, se sentía verdaderamente satisfecho por su éxito y su petición no era del todo para desviar la conversación de su propio retraso.

—Bueno, todo encajó de pronto. —Sharon empezó despacio, casi a regañadientes, pero fue entusiasmándose sobre la marcha—. El poliverso y el universo. El interior del globo. Y la velocidad de la luz. Por eso te estoy tan agradecida, aunque tu ayuda fuera involuntaria.

Tom iba dos o tres frases retrasado.

—Ah... ¿El «interior del globo»?

Ella no lo oyó.

—¿Sabes lo que se siente cuando dos fragmentos de información sin relación encajan? ¿Cuando de pronto un montón de cosas distintas tienen sentido? Es... Es...

—¿Beatífico?

—Sí. Beatífico. ¿Esa historia de la velocidad de la luz haciéndose más lenta? Bueno, lo comprobé y tenías razón.

Tom dejó el vaso sobre la mesa y la miró.

—No lo decía en serio. Solo estaba soltando vapor, desahogándome.

—Lo sé; pero a veces el vapor realiza un trabajo. Gheury de Bray detectó una tendencia en 1931 y Sten von Frisen lo mencionó en los *Procedimientos de la Royal Society* en 1937. Unos cuantos años más tarde, un estadístico llamado Shewhart demostró que los resultados de las pruebas realizadas entre 1874 y 1932 eran estadísticamente incompatibles con una constante. Halliday y Resnick descubrieron que eso seguía siendo cierto en 1974.

—Daba por hecho que era por falta de precisión en las mediciones.

—Y yo también, al principio. ¡Mira la extensión de los datos de Michelson-Morley! Pero la precisión es aleatoria, no una tendencia secular. El uso de diferentes métodos...

Tom asintió vigorosamente.

—Una medición depende de las operaciones realizadas para realizarla. Por tanto métodos distintos dan resultados distintos. Es aún peor en etiología...

—Cierto —lo cortó ella antes de que pudiera cargarse la celebración—. En parte, es debido al descubrimiento de métodos más precisos por parte de los físicos. Galileo usó linternas cubiertas en dos torres situadas a 1609 m de distancia y llegó a la conclusión de que la velocidad de la luz es infinita. Pero los relojes no eran lo suficientemente precisos entonces y su valor de referencia demasiado corto. Aplicando el fenómeno de 1a aberración estelar, el valor medio era de 299 882 kilómetros por segundo. Pero el valor medio usando espejos giratorios...

—¡Michelson y Morley!

—Entre otros. La velocidad de la luz usando espejos giratorios era de 299 874 kilómetros por segundo; usando geodímetros, de 299 793; usando láseres, de 299 792. Pero los cambios de método tuvieron lugar secuencialmente; así que ¿cuánto se debía al método y cuánto a lo que se medía?

—Ummm... —dijo Tom, que era todo lo que podía decir en ese momento.

—De 1923 a 1928, los cinco resultados publicados alternaron el método de aberración estelar y los espejos poligonales, con medias de 299 840 y 299 800 kilómetros por segundo respectivamente.

Tom estaba ya absorto. Siempre le encantaba la estadística pero a veces le fascinaba. Sus «ummm» se habían convertido en «ajas».

—Pero hay unas cuantas pistas —continuó Sharon—. Van Flandern, del Observatorio Naval, captó una desviación entre el periodo orbital de la Luna y los relojes atómicos, y dijo que los fenómenos atómicos estaban menguando. Pero le llamaron payaso y nadie se lo tomó en serio. Tal vez la Luna estuviese acelerando. Incluso concediendo eso, parece haber una serie de decrecimientos monotónicos cuya asíntota es la constante einsteniana.

Sonrió triunfal, aunque solo había descubierto una curiosidad y no una explicación.

Tom había terminado de imitar a un pez.

—Umm. Corrígeme sí me equivoco, ¿pero no hay buenos motivos para que la velocidad de la luz se suponga constante? ¿Ese tal Einstein? Quiero decir, no sé mucho de eso, pero crecí creyendo en la madre patria, la tarta de manzana y la constancia de  $c$ .

—Cuestión de medida —explicó Sharon, agitando ante él un pepinillo empalado—. Duhem escribió que una ley que satisface a una generación de físicos puede ser insatisfactoria para la siguiente, según mejore la precisión. La curva cae dentro de la banda de mediciones de error, así que  $c$  es constante «por motivos prácticos». Demonios, para la mayoría de los motivos *prácticos* todavía podemos usar a Newton... Pero si volvemos al Big Clap y nos peleamos con lo plano, o el problema del horizonte... ya sabes —dijo, dando un súbito giro a la conversación—. Dirac casi

descubrió lo mismo, pero enfocándolo en una dirección diferente.

—¿No sería en una *diracción* diferente?

Sharon era una criatura seria y la tendencia de Tom a hacer chistecitos espontáneos podía encenderla como el ámbar erizaba la piel de un gato.

—Seamos serios —dijo—. Dirac descubrió que la ratio entre la fuerza eléctrica y la fuerza gravitacional de un par electrón-protón es más o menos igual a la ratio entre la edad del universo y el tiempo que tarda la luz en atravesar un átomo.

Tom se echó a reír.

—Aceptaré tu palabra. —Volvió a llenar las dos copas de vino—. De acuerdo, pero la edad del universo no es una constante. Va aumentando...

—Al ritmo de un segundo por segundo. ¿Quién dice que viajar en el tiempo es imposible? El problema es la velocidad y la dirección.

Sharon tenía sentido del humor. Menos superficial que el de Tom. Los hermanos Marx eran menos superficiales que Tom. El vino le estaba sentando bien. Aunque Tom fuera torpe, tenía buenas intenciones y había demasiada gente que no las tenía y prefería enfadarse con ellos.

—Come un poco más de pescado —dijo ella—. Es bueno para el cerebro.

—Dos platos, entonces...

Hacía varias semanas que no se reían juntos, y la sensación de liberación era palpable. Los problemas podían ser obsesivos, pero aún peor, podían ser solitarios. Era bueno conectar de nuevo.

—Así que solo hay un punto en el tiempo en que las ratios de Dirac podrían ser iguales —instó él.

Ella asintió.

—La explicación habitual es la coincidencia. Según el principio antrópico la edad del universo es la que es porque es lo que tarda el universo en crear la física capaz de calcularla. Pero piensa... Si el espacio y el tiempo pueden retorcerse con el único propósito de mantener una ratio constante (la velocidad de la luz), ¿por qué no puede el resto del universo ser igual de cooperativo?

—¿Y...? —la instó él a seguir. No era la más incisiva de las preguntas, pero las preguntas ya no tenían importancia. Sharon estaba lanzada. Nada como el vino para lubricar las palabras de modo que corrieran más rápido.

—Dirac igualó sus dos ratios y las resolvió con  $G$ , la constante gravitacional; pero su teoría de la gravedad que se evapora lentamente fue refutada por los experimentos.

—Así que... tú has resuelto su ecuación con  $c$  —dedujo Tom.

Ella asintió.

—Y  $c$  es una función de la raíz cúbica inversa del tiempo, que...

—Que produce una mengua en la velocidad de la luz —terminó él—. Pero la asíntota es cero, no la constante de Einstein, *n'est-ce pas*?

Sharon agitó una mano.

—Aún no he resuelto eso todavía, pero el *coeficiente* implica las masas de resto

del electrón y el protón.

—Y eso ¿qué significa?

—El coeficiente no es constante tampoco. La contracción de Lorentz-Fitzgerald. Si  $c$  disminuye, ¿qué le sucede a la masa?

—Ni idea.

—Vamos, eso se estudia en el instituto. A medida que la velocidad aumenta hacia  $c$ , la masa aumenta. Todo el mundo lo sabe. Ahora, cambia de esquema. ¿Cuál es la diferencia si  $c$  disminuye hacia la velocidad?

—Bueno, ninguna, supongo.

—Eso es, así que el universo se está volviendo más macizo.

Tom se palpó el estómago.

—Creía que lo que era cada vez más pesado era tu cocina.

Sharon le dirigió La Mirada, pero él sonrió hasta que finalmente ella tuvo que sonreír también.

—Vale, ataré cabos por ti. —Apartó la fuente y se inclinó hacia delante, apoyando los brazos sobre la mesa—. La velocidad es el espacio partido por el tiempo, ¿no? Física de instituto.

—Me lo enseñaron justo después de lo de Lorentz-Fitzgerald.

—No te hagas el listo.

—No puedo evitarlo.

—Bueno, el universo está expandiéndose.

Él estuvo a punto de palparse de nuevo el estómago, pero se detuvo a tiempo.

—El *Big Bang*. El universo empezó como una pelotita y explotó, ¿no? Y lleva expandiéndose desde entonces.

—¡No! ¡Es un error! Eso es ciencia de periódico. ¡Explotó! ¿En qué explotó, por el amor de Dios? Estás pensando en estrellas y galaxias lanzadas al espacio; pero la materia primigenia *era* espacio. Las galaxias se alejan *unas de otras*, no de un centro común. No vuelan más rápidas *hacia* el espacio: el espacio se expande *entre* ellas. El fluido cosmológico. ¿Lo entiendes? —Una parte de ella (la parte capaz de mirar más allá de sí misma) veía que tal vez había bebido demasiado vino. Estaba farfullando y deseaba parar, pero se sentía completamente feliz, joder, y no quería.

Tom sacudió la cabeza.

—Fluido cosmológico... —Tuvo una súbita visión aristotélica del universo como un sitio lleno en vez de espacio vacío.

Sharon insistió, ansiosa de que lo comprendiera porque quería compartir su alegría.

—Mira, imagina las galaxias como puntos pintados en el exterior de un globo...

Él dio un manotazo en la mesa, triunfal.

—¡Sabía que llegaríamos al globo tarde o temprano!

—Imagínate que eres un bichito plano en alguna parte del globo. Eso debería ser fácil, ¿no? Ahora, infla el globo. ¿Qué les pasa a todos los puntos?



Tom miró la lámpara que colgaba sobre la mesa del comedor y se pellizcó el labio.

—¿Puedo ver siguiendo la curva del globo?

Ella asintió.

—Sí. Pero es una tierra llana curva y no puedes ver ni arriba ni abajo del globo.

Tom cerró los ojos.

—Todos los puntos huyen de mí-decidió.

—¿Y los puntos que están más lejos?

Él abrió los ojos y la miró con una sonrisa.

—Son los que se pierden más rápido. ¡Hijo de puta! Por eso...

—Los astrónomos usan el virado al rojo de la velocidad para calcular la distancia. Ahora, baja a otra parte del globo. ¿Qué ves?

Él se encogió de hombros.

—*Simil ataque*, obviamente.

Ella tomó un pequeño pimentero de la mesa y lo colocó entre ambos. Lo señaló.

—Entonces ¿cómo puede la misma galaxia estar alejándose del punto A —dijo señalándose a sí misma—, y del punto B? —Lo señaló a él.

Tom escrutó la supuesta galaxia.

—Estamos viviendo en la superficie de un globo, *hein?* El espacio se expande entre nosotros, así que cada uno ve que el otro se aleja. —Tom estaba más en lo cierto de lo que creía.

—En la superficie tridimensional de un globo muy extraño. Lo llamo el «universo percibido».

—Y tu «poliverso» incluye el interior del globo.

—Correcto. Dimensiones cuánticas, se llaman. Están literalmente *dentro* del universo percibido. He estado estudiando su ortogonalidad según la hipótesis de Janatpour.

—¿Y la velocidad de la luz?

—Así es. —Colocó el salero junto al pimentero—. Marca un kilómetro en la superficie del globo. La luz tardará... tal vez un tercio de microsegundo en cruzarlo. El kilómetro fijo a la superficie del globo y el kilómetro marcado *dentro* del globo son el mismo. Infla el globo, ¿y qué pasa?

—Um. La distancia *sobre* el globo aumenta pero la distancia interior no.

—Y si la velocidad de la luz es constante en el poliverso, ¿hasta dónde llega la luz en un tercio de microsegundo?

—Hasta el kilómetro original..., que no coincide con tu marca.

—Eso es. Así que un rayo de luz tarda más en cubrir la «misma» distancia que antes.

Tom se pellizcó el labio inferior y estudió de nuevo la lámpara.

—Interesante —dijo.

Ella se inclinó hacia delante.

—Se vuelve más interesante aún.

—¿Cómo?

—Solo puedo explicar la mitad de la disminución estimada de la velocidad de la luz.

Él la miró y parpadeó.

—¿Adónde va a parar la otra mitad?

Ella sonrió.

—Espacio partido por tiempo, amor. ¿Y si los segundos se hicieran más cortos? Un rayo de luz «constante» cubriría menos kilómetros en la «misma» cantidad de segundos. Todo eso sobre reglas y relojes... No son privilegiados, no fuera del universo. Si uno la expansión del espacio con la contracción del tiempo y lo extrapolo hacia atrás hasta el *Big Bang* (quiero decir, el Big Clap), obtengo un segundo *infinta*... Quiero decir, un segundo infinitamente largo y una velocidad de la luz *in-fi-ni-ta-men-te* rápida al separarlos y eso... Bueno, es *interesfante*, a causa de la teoría cinemática de la relatividad de Milne. *Esssspedimentalmente*... *Ex-pe-ri-men-tal-men-te* Milne es indistinguible de Einstein. Hasta ahora lo era. Esto va por mí.

Esta vez, brindó y apuró el resto del vino. Cuando tomó la botella para servirse otra copa, descubrió que estaba vacía.

Tom sacudió la cabeza.

—Siempre había creído que los años pasan más rápido a medida que me voy haciendo más viejo.

Sharon despertó con dolor de cabeza y una sensación cálida y acogedora. Quiso quedarse en la cama. Le gustaba el contacto del brazo de Tom que la cubría. Le hacía sentirse a salvo. Pero el dolor de cabeza venció. Salió de debajo de él (nada que no fuera el Krakatoa podría despertarlo) y se dirigió de puntillas al cuarto de baño, donde se echó dos aspirinas en la palma de la mano.

—Newton —les dijo a las píldoras. Las sacudió como dados mientras estudiaba su reflejo—. ¿De qué sonrías?

Era una mujer que se ufanaba de su dignidad y, la noche anterior, se había comportado de manera decididamente indigna.

—Sabes cómo eres cuando bebes excesivamente —reprendió a su imagen.

«Pues claro que lo sabías —le sonrió su imagen—. Por eso lo hiciste».

—Tonterías. Te salió el tiro por la culata. Quería celebrar mi descubrimiento. Lo que pasó después fue secundario.

«Sí, claro». Tragó las aspirinas con un poco de agua. Luego, como ya estaba levantada, fue al salón y empezó a recoger su ropa. Los platos de la encimera le reprocharon la comida que se resecaba en ellos. Recordó por qué no cocinaba más a menudo. Odiaba el desorden. Ahora tendría que pasarse todo el día fregando en vez de dedicarse a la física.

—Newton...

¿Por qué demonios tenía en la mente a *sir* Isaac? El viejo relojero de la física estaba anticuado. Einstein lo había convertido en una rareza, igual que ella haría con Einstein. Pero Newton había dicho que un cambio en la velocidad requiere una fuerza que lo explique.

Así pues, si el tiempo aceleraba...

Sharon se enderezó bruscamente, dejando caer todas sus prendas.

—¡Vaya, qué sitio tan peculiar es este universo!

## IX

### OCTUBRE DE 1348

*El mercado de Friburgo Durante las dos semanas que siguieron a la aterradora revelación de Hans, Dietrich evitó de nuevo el campamento krenk; tampoco Hans lo llamó por el hablador-lejano, así que en ocasiones el sacerdote casi se olvidaba de que las bestias estaban allí. Trató incluso de disuadir a Hilde de visitarlas, pero la mujer, poseída por un extraño orgullo en su ministerio, se negó.*

—Su alquimista desea que les lleve las comidas más diversas, para encontrar las que sean más de su gusto. Además, son seres mortales, no importa que sean repulsivos.

Mortales, sí. Pero los lobos y los osos eran mortales y uno no se acercaba a ellos a la ligera. No creía que Max pudiera protegerla si los krenken se daban la vuelta y la mordían.

Sin embargo, los krenken hablaban e ideaban herramientas ingeniosas, así que evidentemente poseían un intelecto. ¿Podría haber un alma con intelecto pero sin voluntad? Estas cuestiones lo dejaban perplejo y escribió una pregunta para que Gregor la llevara a la archidiócesis de Friburgo.

El *Herr* había anunciado el Día de Santa Aurelia que enviaría una caravana al mercado de Friburgo para vender vino y pieles y comprar tela y otros artículos, así que un frenesí de actividad consumía la aldea. Sacaron las grandes carretas de cuatro ruedas, las inspeccionaron, repararon los arneses, frotaron con sebo los ejes. Los aldeanos mientras tanto repasaron sus almacenes en busca de artículos para el mercado y reunieron montones de pieles, sebo, miel, hidromiel y vino según dictaran su inteligencia y sus posesiones. Klaus había encargado a Gregor la carreta de la comunidad.

Dietrich encontró al cantero en el prado, dirigiendo la carga de las carretas.

—Asegúrate de que ese barril está bien atado —advirtió Gregor a su hijo—. Buen día, pastor. ¿Tenéis algo para el mercado?

Dietrich le tendió la carta que había escrito.

—No es para vender, pero entrégale esto al archidiácono Willi.

El cantero estudió el paquete y el sello rojo de cera que Dietrich había estampado en él.

—Esto parece oficial —dijo.

—Solo son unas preguntas que tengo.

Gregor se echó a reír.

—¡Creía que erais quien tiene las respuestas! Nunca vais a la ciudad con nosotros, pastor. Un hombre culto como vos encontraría allí muchas cosas interesantes.

—Quizá demasiado —respondió Dietrich—. ¿Sabes qué respondió una vez fray

Pedro de Apulia cuando le preguntaron qué pensaba de las enseñanzas de Joaquín de Fiore?

Gregor se había agachado bajo el carro y empezaba a engrasar los ejes.

—No, ¿qué?

—Dijo: «Me importa tan poco Joaquín como la quinta rueda de un carro».

—¿Qué? ¿Una quinta rueda? ¡Ay, rayos y truenos! —Gregor se había golpeado la cabeza con el fondo del carro—. ¡Una quinta rueda! —dijo, saliendo de debajo—. Qué gracioso. Vaya.

Dietrich se dio la vuelta y vio al hermano Joachim que se marchaba. Echó a andar tras él, pero Everard, que estaba supervisando los carros oficiales, lo agarró del brazo.

—El *Herr* ha convocado a tres de sus caballeros para que sirvan de guardias —dijo—, pero quiere que Max lidere una tropa de soldados. Falkenstein no saqueará la caravana a la ida. ¿Para qué necesita miel... excepto para endulzar su ánimo? Pero al regreso podría resultarle demasiado tentadora. Toda esa plata tintinearán como la campana de la misa y su avaricia podría imponerse a su prudencia. Max ha ido al lazareto. Montad uno de los *palefridi* del *Herr* y llamadlo.

Dietrich señaló a su huésped, que ya se marchaba.

—Tengo que hablar con...

—La palabra que ha usado ha sido «ahora». Discutid con él, no conmigo.

Dietrich no quería visitar a los animales parlantes. ¿Quién sabía a qué actos los impulsarían sus instintos? Miró el sol.

—Es probable que Max esté ya de vuelta.

Everard hizo una mueca.

—O tal vez no. Esas han sido las instrucciones del *Herr*.

Dietrich vaciló.

—Manfred te lo ha contado, ¿verdad? Lo de los krenken.

Everard no quiso mirarlo a los ojos.

—No sé qué es peor, si verlos cara a cara o imaginarlos. —Se estremeció—. Sí, me ha hablado de ellos. Max, que usa la cabeza para algo más que para ponerse el casco, jura que son mortales. En cuanto a mí, tengo una caravana que organizar. No me molestéis. Thierry y los demás llegarán mañana, y no estoy preparado.

Dietrich cruzó el valle hasta los establos, donde Gunther le esperaba ya con un hermoso caballo de viaje.

—Me apena no poderos ofrecer una jumenta —dijo Gunther.

Las jumentas, o mulas de palafrén, se criaban para que las usaran las mujeres y los clérigos y poseían la solidez de los burros. Picado, Dietrich ignoró las manos que le ofrecía Gunther y montó desde el estribo. Tras sujetar las riendas del sorprendido Gunther, hizo bailar al caballo unos cuantos pasos para demostrarle que era el amo y luego lo espoleó con los talones. No llevaba espuelas (que alguien que no fuera noble las usara habría violado la Paz Suaba), pero el caballo aceptó la orden y echó a andar.

En el camino, Dietrich lo dejó trotar, disfrutando del ritmo de la criatura y la

sensación del viento en la cara. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que cabalgara un animal tan hermoso como aquel y se perdió un rato en sus pensamientos con placer animal. Pero no debería haber dejado que su orgullo se impusiera. Gunther podría preguntarse cómo había adquirido un simple párroco esa habilidad con los caballos.

Manfred sin duda tenía sus motivos, pero Dietrich deseaba que no le hubiera hablado a Everard de los krenken. Al final la noticia acabaría por correr, pero no tenía sentido azuzarla.

En el lugar donde los árboles habían sido arrasados, vio la jumenta del molinero atada al tocón donde Hilde solía dejar comida. No había ninguna otra montura cerca, pero como Max no hubiese abandonado a Hilde, debía de haber ido a pie. Dietrich desmontó, trabó las patas traseras de su caballo y siguió la pista que Max había marcado.

Aunque era de día, pronto quedó envuelto en un brillo verde. Abetos y pinos se elevaban hacia el cielo mientras que el más humilde avellano, privado de su cobertura, se acurrucaba desnudo bajo ellos. Dietrich no había llegado muy lejos cuando oyó suaves gemidos femeninos resonando entre los árboles, como si el bosque mismo gimiera. El corazón de Dietrich latió con más rapidez. El bosque, siempre amenazador, adquirió un aspecto más siniestro. Dríadas susurrantes pretendían abrazarlo con sus dedos secos y desnudos.

«Estoy perdido», pensó, y miró alrededor lleno de pánico en busca de las marcas de Max. Se dio la vuelta y una rama le arañó la mejilla. Jadeó, echó a correr, chocó contra un abedul. Se volvió, desesperado por regresar junto a su caballo. Al llegar a una elevación del terreno, resbaló y cayó. Apretó la cara contra la vieja manta de hojas y tierra, esperando que el bosque lo agarrara.

Pero el esperado contacto no se produjo y lentamente se dio cuenta de que los gemidos habían cesado. Alzó la cabeza y vio no el claro donde esperaba su caballo, sino el arroyo donde Max, Hilde y él se habían detenido el primer día. Atados a un robusto roble que se retorció surgiendo de la orilla del arroyo había dos rocines.

Max y Hilde estaban allí, colocando en su sitio una coquilla, bajando una falda. Max sacudió hojas y tierra y agujas de pino del corpiño de Hilde, apretando sus pechos al hacerlo.

Dietrich se marchó arrastrándose, sin ser visto. Max tenía razón. El sonido se transmitía en el bosque. Luego, tras ponerse en pie, corrió entre los abetos, yendo de matorral en matorral hasta que la fortuna le mostró las marcas y las siguió hasta donde había dejado el caballo.

La jumenta que había visto antes ya no estaba.

Como Max regresaba ya a la aldea, Dietrich dirigió también su montura a casa, feliz de no tener que continuar hasta el lazareto. Pero, al llegar a un recodo del camino, el animal se encabritó, Dietrich apretó los muslos hasta que el caballo

retrocedió unos cuantos pasos hacia la carbonera. Y así se calmó un poco y Dietrich le habló para aplacarlo. El animal se agitaba, los ojos desorbitados, coceando nervioso.

—Tranquilo, hermano caballo —le dijo. Tras colocarse el arnés en la cabeza, preguntó—: Hans. ¿Estás en el camino de la carbonera?

Solo el rumor de los pinos y las hojas secas llegaba a sus oídos. Eso, y los inevitables y lejanos chirridos de los krenken, que, al ser un sonido natural, parecían más parte del bosque que los amorosos gemidos de Hilde Müller en brazos de Max Schweitzer.

—No te acerques más —dijo en su oído la voz del *Heinzelmannchen*.

Dietrich se quedó quieto. El sol era visible a través del entramado gris de los árboles, pero ya estaba más bajo de lo que deseaba.

—Me cortas el paso —dijo Dietrich.

—Los artesanos de Gschert quieren doscientos palmos de alambre de cobre. Sabe tu especie el arte de extraer alambre; pregunta. Debe extraerse del grosor de una aguja, sin grietas.

Dietrich se frotó la barbilla.

—Lorenz es herrero. El cobre puede que no sea lo suyo.

—Bien. Dónde se encuentra un artesano del cobre; pregunta.

—En Friburgo —dijo Dietrich—. Pero el cobre es caro. Lorenz podría hacer la tarea por caridad, pero no un artesano de Friburgo.

—Te daré un lingote de cobre que hemos extraído de las rocas cercanas. El herrero puede quedarse lo que no use para el alambre.

—¿Y ese alambre asegurará vuestra partida?

—Sin él, no podemos marcharnos. Para sacar el cobre de la veta solo ha hecho falta... calor. No tenemos los medios para hilarlo. Dietrich, tú no tienes la frase en tu cabeza para hacerlo. Lo oigo en tus palabras. No irás a la villa franca.

—Hay... riesgos.

—Bien. Entonces esta «caridad» tuya, esa renta que debes al *Herr-de-las-estrellas* tiene límite. Cuando regrese, despedazará a aquellos que no cumplieron sus órdenes.

—No —dijo Dietrich—. No es así como gobierna. Sus caminos son misteriosos para los hombres. —«Y qué mejor prueba de ello que este encuentro», pensó. Miró una vez hacia las nubes, como si esperara ver allí a Jesús, riendo—. Na. Dame el lingote y me encargaré del alambre.

Pero Hans no quiso acercarse a él y dejó el lingote en el camino.

La caravana partió al día siguiente y cruzó la llanura hasta el punto de encuentro, donde se les unió la caravana de Niederhochwald. Thierry von Hinterwaldkopf comandaba los tres caballeros y los quince soldados de Max. Eugen portaba el estandarte de Hochwald.

Otros carros se les fueron uniendo por el camino: uno de un consorcio imperial del Salto del Ciervo y otro del señorío de la capilla de San Oswald. El cabildo

proporcionó dos soldados más y Einhardt, el caballero imperial, trajo a su *Junker* y cinco soldados más. Thierry, al ver que su pequeña tropa aumentaba, sonrió.

—¡Cristo, casi agradecería un ataque de la gente de Falkenstein!

Desde la cima del barranco, Dietrich oyó ese extraño susurro en el que hablan los valles lejanos: una jerga formada por el viento a través de las ramas peladas y las hojas perennes de abajo, por el arroyo veloz que caía en cascada por la pendiente, por el coro de saltamontes y otros insectos.

La caravana iba bajando por la falda del Katerinaberg. Poco acogedores grupos de piedra verde y terreno yermo alternaban con grupos de hayas desoladas y sacudidas por el viento. El camino se quebraba ante ellos tan solo unos pocos cientos de metros, pero la caída era en una pendiente tan escarpada que Dietrich a veces espiaba desde aquel punto la vanguardia de la tropa que llegaba por el otro lado. Había senderos que no podían seguir los carros. Vio antiguas escaleras talladas en la pared de piedra y se preguntó quién las habría tallado.

El fondo, cuando lo alcanzaron, era un salvaje barranco lleno de matorrales y robles caídos, flanqueado a ambos lados por grandes rocas sobresalientes y empinados precipicios boscosos. Un torrente, alimentado por las cascadas que caían de las alturas, chocaba y siseaba contra las rocas de su centro, convirtiendo en lodo el pequeño sendero que habían marcado los carros.

—Ahí está el Salto del Ciervo —dijo Gregor, señalando un macizo que se asomaba al barranco—. La historia cuenta que un cazador persiguió a un ciervo por todo el bosque y la bestia saltó desde esa roca hasta el lado de Breitnau. ¿Veis cómo el valle se estrecha allí? A pesar de todo, dicen que fue un salto maravilloso. El cazador estaba tan emocionado persiguiéndolo que trató de imitarlo, aunque con resultados menos felices.

*Burg* Falkenstein, en lo alto de uno de los precipicios, controlaba el paso. Las torretas salpicaban la *Schildmauer* como verrugas de sapo, marcadas con aberturas cruciformes para arqueros ocultos. Los centinelas eran siluetas en las almenas; sus movimientos no se distinguían en la distancia. La escolta fingió indiferencia, pero todos alzaron un poco sus escudos y agarraron con un poco de más fuerza las lanzas.

—Esos perros no cargarán contra caballeros —dijo Thierry después de que la tropa pasara sin más daño que los insultos—. Son lo bastante duros para enfrentarse a monjas o mercaderes, pero no se atreven a librar una verdadera batalla.

A la salida del barranco, el arroyo dejaba de ser un torrente para convertirse en un silencioso hilo de agua y el valle se ensanchaba para convertirse en verdes praderas. En las alturas, una torre cuadrada dominaba todo el paisaje.

—La atalaya de Falkenstein —explicó Max—. Su *Burgraf* hace desde allí señales al castillo cuando pasa una partida que merece la pena saquear. Entonces Falkenstein sale para impedirle el avance mientras los hombres de la atalaya le bloquean la retirada.



En el ancho y suave valle de Kirchgartner, el camino del barranco Falkenstein se unía a la carretera de Friburgo. Los hombres de Hochwald dispusieron sus carretas en círculo para la noche y encendieron una hoguera. Thierry destacó a unos soldados para que montaran guardia.

—Es seguro acampar aquí—le dijo Max a Dietrich—. Si Von Falkenstein nos ataca en este lado, deberá responder ante el *Graf* de Urach, y eso significa Pforzheim y toda la familia Baden.

—En tiempos antiguos —le contó Dietrich a Gregor mientras cenaban—, todas las caravanas eran así. Los mercaderes iban a armados con arcos y flechas y estaban unidos por juramento.

—¿Ah, sí? —preguntó Gregor—. ¿Como una orden de caballería?

—Muy parecido. Se llamaba un *Hans* o, para los franceses, una compañía, porque «compartían el pan». El *Schildrake* llevaba el estandarte a la cabeza de la banda, como hace Eugen, y el *Hansgraf* ejercía su autoridad sobre sus hermanos-mercaderes.

—Como Everard.

—*Doch*. Excepto que las caravanas en esos tiempos eran mucho más grandes y viajaban de feria en feria.

—Esas ferias debieron de ser espectaculares. A veces desearía haber vivido en los tiempos antiguos. ¿Eran los caballeros ladrones más comunes que ahora?

—No, pero había vikingos del Norte, magiares del Este y sarracenos de su fortaleza en los Alpes.

—¿Sarracenos en los Alpes?

—En Garde-Frainet. Atacaban a los mercaderes y peregrinos que cruzaban de Italia a Francia.

—¡Y ahora tenemos que ir a Tierra Santa a combatirlos!

Thierry los oyó y gruñó.

—Si al sultán le apetece atacarme, sé cómo defenderme; pero si me deja en paz, no le molestaré. Además, si Dios está en todas partes, ¿por qué ir a Jerusalén a encontrarlo?

Dietrich estuvo de acuerdo.

—Por eso ahora elevamos la hostia tras la consagración. Para que la gente sepa que Dios está en todas partes.

—Eso ya no lo sé —continuó Thierry—, pero si Jerusalén es tan santa, ¿por qué tantos regresan siendo malvados? —Volvió la cabeza hacia el extremo del barranco—, ¿Habéis oído lo que cuentan de él?

Dietrich asintió.

—El diablo liberó a su antepasado de los sarracenos al precio de su alma.

Thierry limpió su plato con un trozo de pan.

—Hay más en esa historia.

Hizo a un lado el plato y su *Junker* lo recogió para fregarlo. Los otros, sentados alrededor del fuego, anhelaban el relato, así que el caballero se limpió las manos en

las rodillas, contempló el círculo de rostros, y lo contó.

—El primer Falkenstein fue Ernst von Schwaben, un buen caballero dotado de todas las virtudes masculinas..., excepto que el cielo le había negado un hijo que llevara su nombre a la posteridad. Maldecía al cielo por eso, cosa que apenaba enormemente a su piadosa esposa.

»Una voz en sueños le dijo que, para hacer las paces con el cielo, debía peregrinar a Tierra Santa. Al orgulloso *Graf* le horrorizó la perspectiva de esta terrible penitencia; pero por fin aplacó sus propios deseos y partió con Barbarroja en la segunda gran peregrinación de caballeros. Antes de marchar, partió su anillo de bodas y, guardándose la mitad, le dijo a su esposa que, si no regresaba al cabo de siete años, debería considerar que sus lazos ya no existían.

»*Na*. El ejército alemán pasó mil penalidades y Barbarroja se ahogó; pero Ernst continuó hasta Tierra Santa, donde su espada se hizo famosa entre los infieles. En una batalla, fue capturado por el sultán. Con cada nueva luna, su captor le ofrecía la libertad si abrazaba la religión de Mahoma. Naturalmente, él se negaba.

»Así pasaron los años hasta que un día el sultán, impresionado por su caballerosidad y paciencia, lo puso en libertad. Deambuló por el desierto, siempre hacía el sol poniente; hasta que, una noche, mientras dormía, el diablo acudió a él.

—¡Je! —se burló Gregor a la luz de la hoguera—. Sabía que el villano estaba en alguna parte.

Los siervos que conducían los carros se persignaron al oír el terrible nombre.

—El maligno le recordó que el séptimo año expiraría por la mañana y su esposa se casaría con su primo. Pero prometió llevarlo a casa antes del amanecer y sin perder su alma... siempre que durmiera durante el viaje. Así que hizo este malvado trato.

»El maligno se convirtió en león y, cuando el caballero montó sobre él, sobrevoló tierra y mar. Aterrado, el caballero cerró los ojos y durmió... hasta que el grito de un halcón lo despertó. Miró horrorizado hacia abajo, donde se alzaba su castillo. Una procesión matrimonial estaba entrando en él. Con un salvaje rugido, el espíritu maligno lo soltó y huyó.

»Durante el banquete, la *Gräfin* Ida advirtió a aquel desconocido que nunca apartaba sus tristes ojos de su rostro. Cuando él vació su copa, se la tendió a un criado, para que se la ofreciera a su señora. Cuando ella miró dentro de la copa, vio... medio anillo.

Todos dejaron escapar un profundo suspiro de satisfacción. Thierry continuó.

—Tras echar mano a su pecho, ella sacó la otra mitad del anillo y lo arrojó feliz a la copa. Así se unieron las dos mitades y la esposa se dejó abrazar por su marido. Un año más tarde le dio un hijo. Y por eso la familia tiene un halcón en su escudo de armas.

—Uno casi comprende que un hombre pueda aceptar ese tipo de trato —dijo Everard.

—El maligno siempre ofrece un bien menor esperando apartar nuestros corazones

del mayor —dijo Dietrich—. Pero un hombre no puede perder su alma con un truco.

—Además —dijo Thierry, contemplando con satisfacción a su público—, Ernst podría haber sido un santo, que Philip seguiría siendo un ladrón.

—Era una época romántica —sugirió Gregor—. Esas historias que contaban de Barbarroja y el rey inglés...

—Corazón de León —dijo Dietrich.

—¡Sabían cómo llamar a los reyes entonces! Y el Buen Rey Luis. Y el noble sarraceno que era amigo y rival de Corazón de León, ¿cómo se llamaba?

—Saladino.

—Un caballero muy noble —comentó Thierry—, a pesar de ser infiel.

—¿Y dónde están ahora? —dijo Dietrich—. Solo son nombres en las canciones.

Thierry bebió de su copa y se la tendió a su *Junker* para que volviera a llenarla.

—Una canción es suficiente.

Gregor alzó la cabeza.

—Pero realmente debe de ser...

—¿Qué?

El cantero se encogió de hombros.

—No sé. Glorioso. Salvar Jerusalén.

—Ja. Lo es.—Dietrich guardó silencio un momento, de modo que Gregor se volvió a mirarlo—. El primero que empuñó la cruz lo hizo por piedad. Los turcos habían destruido la Cruz del Santo Sepulcro y expulsaron a los peregrinos de los altares. No eran tan tolerantes como los árabes, que dominaban la Ciudad Santa. Pero creo que muchos fueron también por las tierras, y la perspectiva no tardó en deformarse. Los legados no pudieron encontrar suficientes voluntarios, de modo que Outremer se quedó sin refuerzos. Los Regensburgers asaltaron a aquellos que llevaban la cruz y el cabildo de Passau declaró una «guerra santa» contra el legado papal, que había venido a reclutar hombres.

Gregor echó atrás la cabeza y soltó una carcajada.

—El Salto del Ciervo.

—¿Qué?

—¡Bueno, los caballeros, después de expulsar a los sarracenos de los Alpes, se olvidaron de detenerse y trataron de saltar hasta Outremer!

La caravana de Hochwald entró en Friburgo por la Puerta de Suabia, donde pagaron al *Graf* el peaje de un óbolo por cada piel y cuatro *pfennigs* por cada barril de vino. La miel de Walpurga pagó cuatro *pfennigs* por bote.

—Todo paga impuestos —gruñó Gregor mientras atravesaban la puerta—, excepto el buen pastor.

El grupo entró en una placita llamada Oberlinden y, allí, en la taberna del Oso Rojo, Everard se encargó del alojamiento.

—Aunque vos, pastor, probablemente os quedaréis con el capellán de la iglesia de

Nuestra Señora.

—Siempre escatimando *pfennigs* —exclamó Gregor, que había sacado un arcón de ropa del carro y lo dejó junto a la puerta de la posada.

—Thierry y Max han llevado a sus hombres al Schlossberg —dijo el administrador, indicando la fortaleza encaramada en la colina situada al este de la ciudad—. Lástima tener que compartir una cama con gente como este truhán —dijo, señalando con un dedo al camero—, pero cuantos menos cuerpos metamos en la habitación, más cómodos estaremos todos. Gregor, acompaña al sacerdote y paga al gremio un puesto en el mercado. Averigua adónde van nuestros carros.

Le lanzó a Gregor una bolsita de cuero y el cantero la pilló al vuelo.

Gregor se echó a reír y, agarrando a Dietrich por el codo, lo sacó del patio de la taberna.

—Me acuerdo de cuando Everard era un simple campesino como el resto de nosotros —dijo—. Ahora se da muchos aires.

Miró alrededor y divisó el campanario que se alzaba sobre los tejados de los modestos edificios del norte de Oberlinden.

—Por aquí.

Se abrieron paso entre una riada de mercaderes, soldados, maestros de gremios con ricos abrigos de marta; aprendices que corrían a cumplir los encargos de sus maestros; mineros de las montañas que proporcionaban a la ciudad sus riquezas de plomo y plata; caballeros del campo que contemplaban boquiabiertos los edificios y el bullicio; hilanderas de Bisgrovia que llevaban cestas de hilo a las tejedoras; un hombre queapestaba a río y llevaba al hombro un largo palo del que colgaban un puñado de peces goteantes; un «monje gris», que cruzaba la plaza hacia el Augustiner.

La ciudad había sido fundada en plena fiebre de la plata, ciento cincuenta años antes. Un grupo de mercaderes había alquilado solares de dos metros por tres metros y medio por una renta anual de un *pfennig* cada uno, por lo cual cada colono adquiría el derecho hereditario del solar, el uso de las zonas comunes y el mercado, la exención de impuestos y el derecho a elegir al *Maier* y el *Schultheiss*. La situación había atraído a siervos y hombres libres de todo el país.

De la calle de la Sal se dirigieron por un estrecho callejón a la calle de los Zapateros, que olía a cuero y pieles sin curtir. Pequeños arroyos corrían por canales situados a lo largo de las calles, un sonido limpio y relajante.

—¡Qué gran ciudad! —exclamó Gregor—. Cada vez que vengo aquí parece más grande.

—No tan grande como Colonia o Estrasburgo —dijo Dietrich, escrutando los rostros que encontraba en busca del primer gesto sorprendido de reconocimiento.

Gregor se encogió de hombros.

—Lo bastante grande para mí. ¿Conocisteis a Auberede y Rosamund? No, eso fue antes de que llegarais. Eran siervas que tenían una parcela en común cerca de

Unterbach, que les atendía un *Gärtner*... He olvidado su nombre. Se marchó al «salvaje oriente», se convirtió en un «caballero de vacas» de una de esas grandes manadas. Supongo que ahora vive en una «nueva ciudad» y combate contra esclavos furiosos. ¿Que estaba diciendo?

—¿Auberede y Rosamund?

—*Ach, ja*. Bueno, esas dos eran trabajadoras esforzadas y astutas. Al menos Auberede era astuta. Mi padre siempre se contaba los dedos después de estrecharle la mano. ¡Je! Mientras el *Gärtner* trabajaba su tierra, ellas se hacían con unas vides que pertenecían a Heyso; ese era el hermano de Manfred, que entonces tenía Hochwald. Lo convencieron para que les concediera la custodia de un almacén cerca de Oberbach, además de algunas de las vides para compartir. Después de unos años, les había ido tan bien que se lo concedió todo como medio de ingresos: ¡parcela, viñedos, almacén, más una carreta y algunos caballos flamencos! Finalmente, cansadas de trabajar por media parte, convencieron a Heyso para que convirtiera la concesión en un alquiler. Compraron una casa en Friburgo con los ingresos y un día se mudaron aquí sin despedirse siquiera.

—¿Llegaron a comprar su libertad?

El cantero se encogió de hombros.

—Heyso nunca fue tras ellas y, pasado un año y un día, fueron libres. Le concedió sus parcelas a Volkmar, como era su derecho: eran parte de las tierras del señor, después de todo; pero las mujeres todavía envían a un hombre suyo para atender los viñedos en alquiler, así que supongo que todos están contentos con el acuerdo.

—Un siervo menos es una parcela menos robada al señor —dijo Dietrich—. El dinero se valora más que el servicio manual. La gente de los señoríos se llamaba en otros tiempos *familia*. Ahora, todo es dinero y beneficio.

Gregor gruñó.

—No es suficiente, si me lo preguntáis. Aquí está la catedral.

La plaza era un clamor de martillos, chirrido de poleas, chasquear de lonas y maldiciones de los obreros que levantaban los puestos del mercado. Sobre ellos se alzaba una magnífica iglesia de piedra roja. La construcción había comenzado poco después de que se fundara la ciudad y la nave seguía el estilo de aquella época.

El coro y el crucero habían sido añadidos más tarde, al estilo moderno, pero con suficiente habilidad para no presentar ningún contraste acusado con la apariencia general. Las paredes exteriores estaban adornadas con estatuas de santos en protectores huecos de piedra. Bajo los aleros, modernas gárgolas abrían la boca y sonreían y, cuando llovía, vomitaban el agua que caía del tejado. El campanario ascendía trescientos palmos sobre sus cabezas. Altas ventanas con vitrales horadaban las paredes: ¡tantas que el tejado parecía flotar sin suspensión!

—Parece que todo vaya a desplomarse bajo su propio peso —dijo Dietrich—. La cúpula del coro de Beauvais solo tenía ciento cincuenta y seis palmos de alto, y se derrumbó y mató a los obreros.

—¿Cuándo fue eso?

—Oh, hace sesenta años, creo. Lo oí decir en París.

—Eran tiempos primitivos... y los constructores eran franceses. Necesitan todas esas luces porque el anticuado piso superior es demasiado débil para iluminar el interior. Pero claro, como decís, no queda pared suficiente para sostener el techo. Así que usan esas «columnas de fuerza» para reforzar la pared y repartir el peso del techo. —Gregor señaló la hilera de contrafuertes.

—El cantero eres tú —dijo Dietrich—. He oído decir que los parisinos terminaron su gran iglesia de Nuestra Señora hace tres años. No creo que hayan acabado todavía. La torre necesita un remate de aguja. ¿Es ese el *emporium*? Creo que es allí donde tienes que ir para conseguir un puesto. ¿Por dónde queda la iglesia franciscana?

—Todo recto desde la plaza de la Catedral hasta el otro lado de la calle Mayor. ¿Por qué?

—Tengo una cruz que Lorenz hizo para ellos y se me ha ocurrido ir a hablarles un poco de Joachim.

Gregor sonrió.

—¿Por qué no llevarles mejor a Joachim?

Los monjes de la iglesia de San Martín estaban montando un gran pesebre en el santuario. Francisco de Asís había iniciado la costumbre de construir portales de Belén en Navidad, y su popularidad se había extendido hasta Alemania.

—Empezamos a colocar figuras después de San Martín —explicó el prior. La festividad de San Martín marcaba el principio popular de la Navidad, aunque no el litúrgico—. Primero, los animales. Luego, en Nochebuena, la Sagrada Familia; el día de Navidad, los pastores y finalmente, en Epifanía, los Reyes Magos.

—Ciertos padres de la Iglesia-dijo Dietrich —sitúan la Navidad en el mes de marzo, lo cual sería más razonable que diciembre si los pastores guardaban sus rebaños de noche.

Los monjes se detuvieron para mirarse. Se echaron a reír.

—Es *lo que* sucedió lo que importa, no *cuándo* sucedió —le dijo el prior.

Dietrich no respondió, pero aquella era la clase de paradoja histórica que atraía a los estudiantes de París, y él ya no era estudiante ni estaba en París.

—El calendario está equivocado, en cualquier caso —dijo.

—Como demostraron Bacon y Grosseteste —reconoció el prior—. Los franciscanos no somos anticuados en filosofía natural. «Solo el hombre docto en la naturaleza comprende verdaderamente el Espíritu, ya que descubre el Espíritu allí donde se encuentra: en el corazón de la naturaleza».

Dietrich se encogió de hombros.

—Pretendía hacer una broma, no una crítica. Todo el mundo habla del calendario, pero nadie hace nada para corregirlo.

De hecho, puesto que la Encarnación significaba el principio de una nueva era,

había sido asignada simbólicamente al 25 de marzo, Día de Año Nuevo, y el 25 de diciembre caía necesariamente nueve meses después. Dietrich indicó el belén.

—En cualquier caso es un hermoso espectáculo.

—No es un «hermoso espectáculo» —le reprendió el prior—, sino una advertencia temible y solemne para los poderosos: «¡Contemplad a vuestro Dios: un niño pobre e indefenso!».

Algo sorprendido, Dietrich permitió que el prior y el abad lo escoltaran hacia el vestíbulo; lo hicieron despacio, pues el abad, un hombre mayor con una nube de pelo blanquecino en la cabeza casi calva, cojeaba.

—Gracias por traernos noticias del hermano Joachim —dijo el abad—. Informaremos al convento de Estrasburgo. —Entornó los ojos, recordando—. Un muchacho devoto, según recuerdo. Espero que le hayáis enseñado los peligros del exceso. No les vendría mal a los espirituales un poco de contención. —El abad miró de reojo a su prior—. Decidle que puede conseguirse acomodo. Marsilius ha muerto. Supongo que os habéis enterado. Todos han muerto ya, excepto Ockham, y está haciendo las paces con Clemente. Tiene que ir a Aviñón a pedir perdón.

Dietrich se detuvo en seco.

—Ockham. ¿Sabéis cuándo? No se imaginaba a Will pidiendo perdón a nadie.

—Será en primavera. El capítulo se reunirá y hará una petición formal. Clemente busca un modo de hacerle dar marcha atrás sin que sea demasiado obvio lo necio que fue Juan al expulsarlo. —El abad sacudió la cabeza—. Michael y los demás fueron demasiado lejos cuando acudieron al kaiser. Y no somos nosotros quienes tenemos que ordenar los asuntos de los reyes, sino que debemos cuidar de los pobres y afligidos.

—Eso puede requerir ordenar los asuntos de los reyes —dijo Dietrich.

El anciano guardó silencio un instante antes de preguntar suavemente:

—¿Habéis aprendido los peligros del exceso, Dietrich?

Al regresar a la iglesia de Nuestra Señora, Dietrich advirtió que una de las pescaderas que preparaba su puesto se había detenido a mirarlo. Se estremeció con la brisa, se subió la capucha y continuó caminando. Cuando miró atrás, ella estaba atando las cuerdas del tenderete. Había imaginado su interés. La gente había olvidado hacía tiempo.

La diócesis de Estrasburgo gobernaba Alsacia, Bisgrovía y la Selva Negra; pero un archidiácono residente en Friburgo hablaba en nombre del obispo. Dietrich lo encontró rezando en la capilla de la Reconciliación, y consideró una buena señal encontrar de rodillas a un hombre de tan alto rango.

Cuando el archidiácono se persignó y se puso en pie, vio a Dietrich y exclamó:

—¡Dietrich, viejo amigo! No te había visto desde París.

Era un hombre de habla tranquila y modales amables, y con una impaciencia acuciante en los ojos.

—Ahora tengo una parroquia en Hochwald. No tan grande como la tuya, Willi, pero es tranquila.

El archidiácono Wilhelm se persignó.

—Dios-nos-ama, sí. Demasiadas emociones estos últimos años pasados. Primero, Ludwig y Friedrich luchando por la corona, luego los barones (Endingen, Üsenberg y Falkenstein) arrasando Bisgrovía por Dios sabe qué motivos durante seis años...

Indicó la capilla de la Reconciliación, que los barones habían construido como ofrenda de paz.

—Luego el movimiento de los *Armleder* aplastando, quemando y ahorcando por doquier. Así que la locura pasó de los nobles al *Herrenfolk*, a la gente común. Dios sea alabado por estos diez años de paz... Dios y la Liga Suaba. Friburgo y Basilea fuerzan ahora a los barones a estar en paz, y Zúrich, Berna, Constanza y Estrasburgo se les han unido, como tal vez hayas oído. Ven a dar un paseo. ¿Sabes algo de Aureoli o Buridan o alguno de los otros? ¿Sobrevivieron a la peste?

—No sé nada. Me han dicho que Ockham va a hacer las paces.

Willi gruñó y se acarició la barba entrecana.

—Hasta que escoja su próxima pelea. Debe de haberse dormido cuando en clase hablaban acerca de eso de «benditos sean los mansos». Tal vez los franciscanos no enseñan eso en Oxford.

En la nave, la cúpula parecía alzarse hasta el infinito y Dietrich vio lo que Gregor había querido decir cuando se refería a la iluminación interior. Junto a la entrada de la torre había una hermosa estatua de la Virgen flanqueada por dos ángeles, tallada según el viejo estilo del siglo anterior. Los vitrales eran modernos, menos los rosetones del crucero sur, también de estilo antiguo.

—Tengo una preocupante pregunta teológica, señoría. Dietrich le entregó el paquetito y explicó sucintamente sus pensamientos referidos a los krenken, a quienes describió como forasteros de un lugar terrible, gobernados en gran medida por el instinto en vez de por la razón. ¿Podía tener alma gente semejante?

—Puestos a errar —dijo Willi—, es mejor errar del lado de la cautela. Asume que tienen alma a menos que demuestren lo contrario.

—Pero su falta de razón...

—Das demasiado peso a la razón. La razón, y la voluntad, siempre están dañadas hasta cierto punto. Considera esto: un hombre aparta la mano del fuego sin sopesar antes argumentos *sic et non*. Estar sujeto a hábitos y condiciones no priva de ser un alma.

—¿Y si el ser poseyera la apariencia de una bestia y no de un hombre? —aventuró Dietrich.

—¡Una bestia!

—Un cerdo, tal vez, o un caballo, o... o un saltamontes.

Willi se echó a reír.

—¡Que vano argumento! Las bestias poseen las almas que les son apropiadas.



—¿Y si la bestia pudiera hablar y construir aparatos y...?

Willi dejó de caminar y ladeó la cabeza.

—¿Por qué te muestras tan agitado, Dietl, por una *secundum imaginationem*? Esas preguntas son buenas preguntas de lógica en la escuela, pero no tienen ningún sentido práctico. Fuimos hechos a imagen y semejanza de Dios, pero Dios no tenía cuerpo material.

Dietrich suspiró y Willi le colocó una mano en el hombro.

—Pero por los viejos días de París, pensaré en el tema. Ese es el problema de las escuelas, ¿sabes? Deberían enseñar las artes prácticas: magia, alquimia, mecánica. Toda esa dialéctica está en el aire. —El archidiácono agitó una mano sobre su cabeza, meneando los dedos—. Na, nada gusta más a la gente que una buena disputa. ¿Recuerdas las multitudes en las discusiones públicas semanales? Te diré lo que pienso de entrada. —El archidiácono arrugó los labios y alzó un dedo—. El alma es la forma del cuerpo, pero no como la forma de una estatua es *formatio et terminatio materiae*, pues la *forma* no existe separada de lo *material*. No hay *blancura* sin un *objeto* blanco. Pero el alma no es una forma en este sentido simple, y en particular, no es la forma de la materia que informa. Por tanto, la forma de un ser no afecta el alma del ser, pues entonces algo inferior movería algo más alto, lo cual es imposible.

—El Concilio de Viena declaró lo contrario —sugirió Dietrich—. El noveno artículo decretaba que el alma es una forma como cualquier otra forma.

—O lo parecía. Pobre Peter Aureoli. Trató con mucho afán de reconciliar ese decreto con las enseñanzas de los Padres, pero eso es lo que pasa cuando dejas que un comité de aficionados se dedique a esos asuntos. Ahora, Dietl, dame un abrazo y me marcharé a reflexionar sobre tu problema.

Los dos se abrazaron unos instantes antes de concederse el beso de la paz.

—Que el Señor esté contigo, Willi —dijo Dietrich cuando se separaron.

—Deberías visitar Friburgo más a menudo —dijo el archidiácono.

Delante de la catedral, Dietrich torció el cuello en busca de las gárgolas que infestaban los aleros hasta que encontró la que había mencionado Gregor: un demonio agarrado a las paredes con las piernas muy largas y el culo sobre la plaza. Canalillos en los miembros conducían el agua de lluvia a través del trasero de la criatura hasta la plaza del mercado de abajo. La gente lo llamaba el cagón.

La risa de Dietrich atrajo la atención de una desaliñada dama que vendía pescado ahumado en un puesto cercano en la plaza de la Catedral.

—Buen día, sacerdote —dijo la mujer, que tenía acento de Alsacia—. Nada como la iglesia de donde viene, supongo.

—No. Nada como ella. Pero aquí no hay nada como de donde vengo.

Ella le dirigió una mirada peculiar.

—A la contra, ¿no? Conocí a un hombre así, sí señor. Podía dedicarle una hermosa sonrisa y él citaba a alguien alto y poderoso de París que pensaba que podía

ser la Tierra la que giraba alrededor del Sol. Siempre tenía una segunda manera de mirar las cosas. —Ladeó la cabeza y lo estudió—. Os vi antes y os dais cierto aire... Venid, poned la mano aquí. Una cosa que nunca olvidaré es el contacto de su mano contra mi pecho.

Dietrich retrocedió y la mujer se echó a reír.

—Pero él no era ningún timorato —dijo—. No, nunca se echaba atrás ante estas cosas dulces. Ni ante otras más amargas, ¿eh? —Se volvió a reír, pero poco a poco guardó silencio. Cuando Dietrich se dio media vuelta, su voz lo detuvo antes de que diera unos cuantos pasos—. Lo buscaron —dijo—. Tal vez más que yo, pues querían colgarlo y yo no quería hallarme tan cerca. Supongo que no era el hombre adecuado para mí, tan bien hablado como era. Ya no lo andan buscando, pero puede que todavía lo ahorquen, si lo encuentran.

Dietrich cruzó a toda prisa la plaza hasta el callejón de la Manteca, donde desapareció en el entramado de calles que conducía a la Puerta de Suabia. Por fin, miró hacia atrás y vio que un niño se había reunido con la pescadera: un niño moreno de unos doce años, esbelto y musculoso y vestido de pescador. Dietrich vaciló un instante más, pero aunque el niño hablaba con su madre, no alzó la mirada y por eso Dietrich no llegó a verle la cara.

A lo largo de los días siguientes, a medida que el mercado se volvía más bullicioso, Dietrich evitó la plaza de la Catedral. Llegó a un acuerdo con un calderero para que hilara el lingote.

—Siempre que lo estires lo bastante fino para que pase por este ojo —le dijo Dietrich. Y mostró un artilugio que le habían dado los krenken.

El orfebre silbó.

—El calibre es enormemente fino, pero cuanto más fino lo hile, menos cobre usaré, así que desde luego tengo un buen motivo. —Se rio de manera un tanto brusca. Tras él, su aprendiz estaba sentado en un taburete con las tenazas en la mano, viendo a su maestro negociar.

—¿Cuándo estará hecho?

—Debo trabajar el hilo en varias reducciones para que no se endurezca. Veréis, primero debo reblandecerlo con fuego y martillearlo un poco a través de una matriz. Luego mi aprendiz lo sujetará con las tenazas y lo agitará de un lado a otro, sacando con cada movimiento más alambre a través del agujero de la matriz. Pero no puedo sacarlo tan fino de una sola vez o el hilo se romperá.

Dietrich no estaba interesado en los detalles de su trabajo.

—Mientras no haya soldaduras...

El orfebre estudió el lingote con avaricia.

—Doscientos palmos... Tres días.

Al cabo de tres días el mercado terminaría y Dietrich podría abandonar esa ciudad de ojos curiosos.

—Me parece bien. Volveré entonces.

Habló también con un vidriero sobre el coste de reparar las ventanas rotas de la iglesia y se aseguró que el hombre prometiera acudir a la montaña en primavera.

—He oído decir que tenéis langostas allá —dijo el vidriero—. Mala cosecha. Un tipo de San Blasien dijo que oyó langostas por todo el Katerinaberg. —El hombre reflexionó un momento, y luego añadió con un guiño—: Y dijo que los monjes de San Blasien expulsaron a un demonio. Una horrible criatura entró en los almacenes a robar comida. Así que los monjes prepararon una trampa una noche y lo expulsaron con fuego. El demonio huyó hacia el Feldberg, pero los monjes quemaron la mitad de la cocina en la hazaña. —Echó atrás la cabeza y soltó una carcajada—. Quemaron la mitad de su cocina. Ja. Ustedes viven cerca del Feldberg. No habrán visto a esa criatura acercarse, ¿no?

Dietrich negó con la cabeza.

—No, no la hemos visto.

El vidriero hizo un guiño.

—Creo que los monjes estaban celebrando la vendimia. Yo mismo veo un montón de demonios de esa forma.

Cuando terminó el mercado, las carretas partieron hacia Hochwald con bolsas de monedas, piezas de tela y una sonrisa satisfecha en el rostro de Everard.

Dietrich no fue con ellos, pues la promesa del orfebre había sido demasiado optimista.

—Requiere un trabajo diferente —insistió el hombre—. El calibre es tan fino que sigue rompiéndose.

Era una súplica para aceptar un alambre más grueso, pero Dietrich no quiso oírla.

No le gustaba quedarse atrás, pero sin el alambre los krenken se quedarían eternamente, y había tenido una visión de lo que significaría eso. «Puede que todavía lo ahorquen, si lo encuentran». Se quedó en la casa capitular de la catedral, comiendo con Willi y los otros, pero nunca salía por las puertas que daban al sur y nunca se aventuraba hacia el río Dreisam, donde las cabañas de los pescadores flanqueaban el curso debilitado por el otoño. Rezó por la mujer y su hijo (y por su hombre, si había encontrado uno nuevo), y rezó para poder al menos recordar su nombre. De vez en cuando, se preguntaba si había malinterpretado las palabras obscenas de una pescadera. Todo había sucedido en otra parte. Todo se había hecho pedazos al pie de las murallas de Estrasburgo, pisoteado bajo los cascos de la caballería alsaciana, lejos de Bisgrovia. Era demasiada coincidencia que ella estuviera allí. Eso implicaba demasiada crueldad por parte de Dios.

El alambre estuvo por fin listo en la conmemoración de Pirminius de Reichenau. Dietrich partió con un grupo de mineros que se dirigían a las montañas de plata, acompañándolos hasta que sus caminos divergieron y él siguió la ruta del norte hacia

el valle de Kirchgartner. Allí encontró una caravana de Basilea, dirigida por un judío llamado Samuel de Medina, al servicio del duque Albrecht.

Dietrich consideró a Medina suntuoso y arrogante, pero tenía un gran contingente de guardias armados contratados en Friburgo y a las órdenes de un capitán Habsburgo con un salvoconducto firmado por Albrecht. Dietrich se tragó su orgullo y habló con el administrador del judío, Eleazar Abolafía, quien, como su amo, hablaba un español corrompido por muchas palabras de hebreo.

—No os prohibo caminar con nosotros —dijo el hombre con aire ofendido—, pero si no podéis mantener el paso, señor, os dejaremos atrás.

La caravana partió a la mañana siguiente con un tintineo de bocados y el gruñido de las ruedas de los carromatos. Medina cabalgaba un alazán adecuado a su tamaño mientras que Eleazar conducía una carreta que llevaba un pesado cofre de roble. Dos soldados cabalgaban por delante y otros dos detrás del grupo. El resto, todos a pie, se mezclaban con los demás viajeros y, de vez en cuando, se asomaban a la carreta. El grupo estaba formado por un mercader cristiano de Basilea, un comisionado de un comerciante de sales vienes y un tal Ansgar de Dinamarca, que llevaba una capa de peregrino adornada con insignias que representaban los altares que había visitado. Regresaba a Dinamarca tras su paso por Roma.

—La peste ha estado a punto de destruir la Ciudad Santa —le contó Ansgar a Dietrich—. Huimos a las montañas y el cielo tuvo piedad de nosotros. Florencia está devastada. Pisa...

—También Burdeos —dijo Eleazar subido al carro—. La peste apareció en los muelles y el *mayor* de Bisquale los hizo incendiar. Eso fue... —Contó con los dedos—. El segundo día de septiembre. Pero el fuego arrasó casi toda la ciudad, incluido el almacén de mi señor... Y también el Château de l'Ambriero, donde están los ingleses. La princesa Joan iba a casarse con nuestro príncipe. Ya había muerto de peste, me han dicho, pero el fuego consumió su cuerpo.

Dietrich y los peregrinos se persignaron e incluso el judío pareció triste, pues la peste mataba a cristianos, judíos y sarracenos con igual desprecio.

—No ha llegado a Suiza —comentó Dietrich.

—No —dijo el judío—. Basilea estaba limpia cuando partimos. Y también Zürich..., aunque eso no impidió que la ciudad expulsara a mi pueblo porque pensaron que *podríamos* traerla.

—Pero... —dijo Dietrich, sorprendido—, el Santo Padre ha condenado dos veces esa creencia.

Eleazar se encogió de hombros.

Dietrich dejó avanzar la carreta y se quedó junto al comerciante de Basilea, que llevaba de la brida su caballo alsaciano.

—Lo que el judío no os dirá —murmuró el hombre— es que los suizos tienen una confesión. Un judío llamado Agimet admitió haber envenenado los pozos de Ginebra. Los cabalistas lo enviaron con órdenes secretas, junto con otros.

Dietrich se preguntó cuánto habría ido embelleciéndose la historia al pasar de boca en boca. Si la cristiandad poseyera los habladores-lejanos de los krenken podría contarse la misma historia a todo el mundo, lo cual tal vez no aseguraría la verdad, pero al menos sí que todos oyeran la misma mentira.

—¿Se reafirmó ese Agimet en su confesión después?

El mercader se encogió de hombros.

—No, lo negó todo, lo cual demostró que estaba mintiendo; así que fue torturado por segunda vez y después se reafirmó en lo dicho.

Dietrich sacudió la cabeza.

—Esas confesiones no son convincentes.

El hombre de Basilea volvió a montar y desde la grupa preguntó:

—¿Sois entonces amante de los judíos?

Dietrich no dijo nada. El peligro había pasado ahora que el mal aire había dejado atrás París; pero el miedo continuaba en aquellas ciudades que se habían salvado. El pánico se alimentaba de los rumores y la pira se alimentaba del pánico.

Tanto se ensimismó Dietrich en sus pensamientos que hasta que no tropezó con la espalda del peregrino danés no descubrió que la caravana se había detenido y los supuestos guardias, junto con los caballeros del estandarte del halcón, habían rodeado la caravana con las espadas desenvainadas.

En el suelo, con la garganta limpiamente cortada de un tajo, yacía su capitán. Dietrich recordó que había venido con los judíos de Basilea, mientras que los otros soldados habían sido contratados en Friburgo para proteger el cofre. El muerto llevaba el águila Habsburgo en la librea; pero Dietrich solo tuvo tiempo de mirarlo antes de que los otros cautivos y él fueran conducidos como ovejas sendero arriba hasta las puertas de la Roca del Halcón.

## X

### NOVIEMBRE DE 1348

*La conmemoración de Florencio de Estrasburgo Peregrino, mercader, sacerdote, judío, todos eran lo mismo para el Herr Von Falkenstein. Su interés se centraba exclusivamente en el cofre. Pero la posibilidad de pedir rescates individuales añadía un placer extra al golpe, así que interrogó a sus prisioneros uno a uno. Cuando le llegó el turno a Dietrich, los guardias lo escoltaron hasta el gran sillón y lo arrojaron ante el Herr sin miramientos.*

Philip von Falkenstein era de tez oscura, con cabello rizado que le caía hasta los hombros. Llevaba una dalmática verde oscuro hasta los tobillos, con cinturón y, por encima, una sobrepelliz de brocado con el símbolo del halcón. Llevaba la barba recortada y a Dietrich le pareció que su rostro tenía el aspecto contraído de un hombre vacío.

—¿Qué ofreces por la libertad? —preguntó Philip—. ¿Cuál es tu posesión más preciosa?

—Vaya, la pobreza, *mein Herr*. Si me la quitáis de encima, lo soportaré.

Los guardias que flanqueaban el gran salón se agitaron incómodos. La piedra del castillo era húmeda y fría y olía a salitre. Falkenstein lo miró con brusquedad y, lentamente, una medialuna roja dividió su barba. A esa señal, unas risas apagadas recorrieron la sala.

—¿Quién es tu señor y qué hará para rescatarte? —preguntó *Herr Philip*.

—Mi señor es Jesucristo, y ya me ha rescatado con su sangre.

Esta vez Falkenstein no sonrió.

—Concedo a un hombre el derecho a hacer un chiste. Dos te convierten en un listillo. Ahora responde con corrección. ¿A quién sirves?

Los guardias se envararon un poco cuando Dietrich rebuscó dentro de su zurrón, pero le habían quitado el cuchillo además del alambre de cobre. Solo le habían dejado el arnés de cabeza de los krenken, que habían tomado por algún artilugio sacramental. Pulsó el indicador, como había hecho repetidamente desde que lo habían capturado.

—*Mein Herr Von Falkenstein* —dijo claramente—. Soy Dietrich, pastor de Oberhochwald, una aldea en feudo de *Herr Manfred von Hochwald*.

—¿Pagaré por recuperarte? ¿Le gustan los curas listos que hacen chistes a su costa? —Se volvió a su ayuda de cámara y susurró unas instrucciones.

—Al duque no le hará gracia este robo —sugirió Dietrich.

Philip alzó la cabeza.

—¿Que robo?

—No hace falta ser muy sutil para suponer que el cofre contenía material de algún valor para Albrecht. Plata, supongo.

Philip asintió y uno de los guardias dio un paso al frente y abofeteó a Dietrich.

—Friburgo es mío por derecho —le dijo Philip—. No de Urach; ni de Habsburgo. Recuperaré lo mío.

Dicho esto, envió a Dietrich de vuelta a su celda.

El Día de Florencio, al otro lado de la ventana el cielo se había vuelto sombrío y un viento amargo se abría paso hacia su celda. En la lejanía Dietrich divisó el punto perezoso de un águila. Nubes oscuras se congregaban en el sudoeste. Saboreó la frialdad metálica del aire. Una formación de cigüeñas volaba hacia el sur.

Falkenstein era un hombre avaricioso y eso a menudo llevaba emparejada la estupidez, pero Philip no carecía de astucia. En Viena echarían de menos la plata y el duque de Habsburgo, con vasallos desde el este del Reich hasta Suiza, no era alguien a quien había que tomar a la ligera. La esperanza de Falkenstein debía de ser que las sospechas recayeran sobre los judíos. Nadie que supiera lo contrario debía salir jamás de la Roca del Halcón.

Dietrich se asomó a la ventana y contempló las paredes cortadas a pico de la fortaleza, encaramada en las rocas del precipicio. Era lógico que Falkenstein no temiera que nadie pudiera salir de allí.

El ave lejana se había acercado y Dietrich vio ahora que carecía de alas. Antes de que hubiera asimilado eso, la aparición se acercó a su ventana y vio que era un krenk que llevaba un curioso arnés corporal. Flotando, la criatura colocó una especie de barro en la ventana y en él un pequeño cilindro brillante. Dietrich oyó un grito en las alturas y el golpeteo de clavos gruesos sobre la piedra. Sacó el arnés de su zurrón y se lo colocó.

—Apártate de la ventana. Apártate de la ventana. Rápido.

Dietrich corrió hasta el fondo de la celda justo cuando resonaba un trueno. El aire lo lanzó contra la puerta. Lascas de piedra lo picotearon; los guijarros le lastimaron las mejillas. Los oídos le zumbaban y los brazos y las piernas se le entumecieron. A través del polvo vio que la ventana se había convertido en un portal abierto. Mientras la miraba, una porción de la balaustrada superior se soltó con un sonido sibilante y un soldado cayó gritando, agitando inútilmente los brazos, más allá del demonio flotante.

—Rápido —dijo la voz en el arnés—. Debo llevarte. No te sueltes. —El krenk entró en la celda y, con un rápido movimiento, rodeó a Dietrich con una correa de algún tipo que abrochó a una abertura de su arnés—. Ahora veremos si el peso excede la fanfarronería del artesano.

El krenk corrió hacía el agujero en la pared y saltó al vacío. Dietrich apenas pudo atisbar los rostros aterrorizados en las almenas, y entonces los vientos se apoderaron de él y su rescatador voló entre el silbido de las flechas. Cuando Dietrich miró hacia abajo conoció el terror del primer Falkenstein a lomos del león al cruzar el mar interior. Casas, campos, castillos se habían convertido en juguetes infantiles. Los árboles eran arbustos; los bosques, meras alfombras. La cabeza le daba vueltas. Le

pareció que tenía el suelo encima. Vomitó cuanto tenía en el estómago y la oscuridad se apoderó de él.

Despertó en la linde del prado, junto al Bosque Grande. Cerca, un cerdito, con la anilla de invierno en la nariz, hozaba bajo un tronco caído. Dietrich se enderezó de pronto, haciendo que el cerdo gruñera y huyera. Hans estaba sentado en el bosque, con las rodillas sobre la cabeza y los brazos alrededor de las piernas.

—Viniste por mí —le dijo Dietrich.

—Tenías el alambre de cobre.

Dietrich negó con la cabeza.

—Lo tiene Falkenstein.

Hans hizo con el brazo el gesto de arrojar algo.

—Podría pedirle al orfebre que hilara más con lo que queda del lingote, pero ese fue su pago. Querrá otro.

Las mandíbulas de Hans castañearon.

—El cobre es todo —dijo—. Necesitó todos los esfuerzos para extraer esa pequeña veta. —Se levantó y señaló—. Puedes ir caminando desde aquí —dijo a través del *Heinzelmännchen*—. Acercarte volando me descubriría.

—Te descubriste ante los guardias del *Burg*.

—Murieron. Los que no cayeron cuando la muralla se desplomó, cayeron ante mí... *pot-de-fer*.

La fabulosa arma de Max, revelada por fin. Dietrich no pidió verla.

—¿Y los otros cautivos?

—No son nada.

—Nadie es nada. Cada uno de nosotros es precioso a los ojos del Señor.

Hans indicó sus ojos bulbosos.

—Pero no a los nuestros. Solo tú eras útil para nosotros.

—¿Incluso sin el alambre?

—Tenías el arnés de cabeza. Con eso pudimos encontrarte. Dietrich...

Hans arrancó un trozo de corteza de un abeto y lo aplastó entre sus dedos.

—¿Cuánto frío más habrá?

—¿Cuánto...? Es probable que nieve pronto.

—¿Qué es «nieve»?

—Cuando se calienta, se vuelve agua.

—*Ach*. —Hans reflexionó—. Bien, ¿cuánta entonces de esa nieve?

—Quizás hasta aquí. —Dietrich se marcó la cintura—. Pero se derretirá de nuevo en primavera.

Hans se quedó inmóvil como una estatua un rato; luego, sin decir palabra, saltó hacia el bosque.

Dietrich fue a ver directamente a Manfred y encontró al *Herr* en las pajareras con



su halconero, examinando las aves. Manfred se volvió con un azor encapuchado en el puño.

—Ah, Dietrich, Everard me dijo que te habías entretenido en Friburgo. No esperaba que regresaras tan pronto.

—*Mein Herr*, Falkenstein me hizo prisionero.

Hochwald alzó las cejas.

—En ese caso, no habría esperado tu regreso nunca.

—Me... rescataron. —Dietrich miró al halconero, que estaba cerca.

Manfred siguió la mirada de Dietrich.

—Es todo, Hermann —dijo. Cuando el sirviente se marchó, continuó—: Rescatado *por ellos*, entiendo. ¿Cómo?

—Uno de ellos vino en un arnés volador y untó una pasta en la ventana. Hubo un trueno y la pared se desplomó, y luego mi rescatador me agarró y me sacó de allí volando.

—*¡Ja!* —Manfred hizo un gesto con la mano libre. El azor chilló y flexionó las alas—. ¿Pasta de truenos y un arnés volador?

—Nada sobrenatural —le aseguró Dietrich—. En tiempos de los trancos, un monje inglés llamado Eilmer se colocó alas en manos y pies y saltó desde la cima de una torre. Voló con la brisa la distancia de un estadio.

Manfred arrugó los labios.

—No vi ningún hombre-pájaro inglés en Calais.

—Las agitaciones del aire, y su propio miedo al estar tan alto, hicieron que Eilmer cayera y se rompiera ambas piernas, de modo que a partir de entonces se quedó cojo. Atribuyó este fallo a la falta de plumas en la cola.

Manfred se echó a reír.

—¿Necesitaba una pluma en el culo? *¡Ja!*

—*Mein Herr*, hay otros prisioneros que necesitan ser rescatados.

Y explicó lo de la caravana del judío y la plata de Habsburgo.

Manfred se frotó la barbilla.

—El duque prestó dinero a los de Friburgo para que compraran las libertades que vendieron a Urach durante la guerra de los barones. Sospecho que el tesoro era el pago de ese préstamo. Hazme caso, un día los Habsburgo poseerán Bisgrovía.

—Los otros prisioneros...

Manfred descartó el asunto agitando una mano.

—Philip los liberará... cuando les haya quitado todo lo que tienen.

—No después de apoderarse de la plata de Habsburgo. La seguridad de Falkenstein se basa en su silencio. Albrecht puede pensar que el judío escapó con el tesoro.

—Como tú has escapado ya, no gana nada silenciando a los demás. Y un *Medina* no se dejaría tentar por esa cantidad. Albrecht lo sabe.

—*Mein Herr*, un hilo de alambre de cobre especialmente fino que había mandado

extraer en Friburgo para los krenken... Falkenstein lo tiene.

Manfred alzó el guantelete y observó el azor, acariciándole las plumas con la yema del dedo.

—Es un pájaro precioso —dijo—. Observa el trazado del ala, la elegancia de la cola, el delicioso plumaje avellana. Dietrich, ¿qué quieres que haga? ¿Que ataque la Roca del Halcón para recuperar un hilo de cobre?

—Si los krenken ayudan con su pasta de truenos y arneses voladores y *pots-defer*.

—Le diré a Max y Thierry que he encontrado un nuevo capitán para aconsejarme. ¿Por qué les va a importar un rábano a los krenken la Roca del Halcón?

—Necesitan el alambre para reparar su navío.

Manfred gruñó y acarició la cabeza del azor antes de devolverlo a su percha.

—Entonces es mejor que se pierda —dijo mientras cerraba la jaula—. Los krenken tienen muchas artes útiles que enseñarnos. Preferiría que no se marcharan tan pronto.

Cuando Dietrich llamó a Hans por el *mikrophone* más tarde, quien respondió fue Kratzer.

—El que tu llamas Hans está sentado en el calabozo de Gschert —le dijo el filósofo—. Su salida contra el *Burg* del valle no fue ordenada por *Herr* Gschert.

—¡Pero lo hizo para recuperar el alambre que necesitáis!

—Eso no es ninguna justificación. Lo que importa, importa. El azogue cae.

Los alquimistas asociaban el azogue con el planeta Mercurio, que también era veloz, y Dietrich pensó que Kratzer se refería a que el planeta había caído del cielo. Pero no tuvo ninguna posibilidad de preguntarlo, pues el filósofo krenk puso fin a la audiencia.

Dietrich permaneció sentado a su mesa en la rectoría, haciendo girar el arnés de cabeza, ahora silencioso, entre los dedos antes de arrojarlo sobre la mesa. Los krenken llevaban tres meses en el bosque, e historias descabelladas habían empezado a llegar ya a los habitantes de Friburgo. Y el alambre que necesitaban para volar se había perdido.

Durante las dos semanas siguientes, los krenken prohibieron a Max y Hilde la entrada en su campamento. Estaban derribando árboles de nuevo, le contó Hilde, y encendiendo hogueras. Dietrich se preguntó si se acercaba algún tipo de festividad de los krenken, similar al Día de San Juan, pero que necesitara la exclusión de los extraños.

—No es eso —dijo Max—. Están planeando algo. Creo que tienen miedo.

—¿De qué?

—No lo sé. Es instinto de soldado.

El Día de Santa Catalina de Alejandría amaneció oscuro y frío, con un ciclo

cargado de nubes y una brisa molesta que no llegaba a convertirse en viento. Los aldeanos, tras celebrar la *Krichweihe* en memoria de la fundación de su iglesia, salieron presurosos, ansiosos de las carreras a pie y otros juegos festivos, solo para quedarse mirando aturcidos las nubes de nieve en el horizonte. Durante la vigilia en la iglesia, una nieve silenciosa había cubierto la tierra.

Tras un momento de asombrada contemplación, los niños dejaron escapar un grito colectivo, y pronto jóvenes y mayores se enzarzaron en batallas burlescas y en levantar fortificaciones. Al otro lado del valle, una tropa de hombres salió del castillo. Dietrich pensó al principio que pretendían unirse a la batalla de nieve, pero se volvieron y marcharon a buen paso hacia el camino del valle del Oso.

Una bola de nieve golpeó a Dietrich en el pecho. Joachim sonrió y lanzó otra, pero falló.

—Así es como vuestros sermones llegan a la gente —exclamó el minorita, y los que ocupaban el fuerte de nieve se echaron a reír. Solo Lorenz no lo hizo y aplastó un gran bloque de nieve sobre la cabeza de Joachim. Gregor, que había estado organizando el ejército enemigo, lo tomó como señal para lanzar un ataque, y los aldeanos del otro lado del patio de la iglesia se abalanzaron en una melé general.

En medio de esta confusión, Eugen llegó a caballo levantando chorros de nieve, imponiendo el silencio a su paso, hasta que por fin llegó hasta Dietrich. Solo Theresia y los niños siguieron gritando, ajenos a su aparición.

—Pastor —dijo Eugen, esforzándose por mantener la voz grave—, los aldeanos deben venir al castillo.

—¿Por qué? —gritó Oliver Becker—. ¡No somos siervos a quienes se pueda dar órdenes!

Hizo ademán de lanzar una bola de nieve al *Junker*, pero Joachim, que estaba junto a él, le detuvo el brazo.

Dietrich miró a Eugen.

—¿Nos atacan?

Imaginó a Philip von Falkenstein dirigiendo a sus hombres en medio de la nieve para recuperar al pastor huido, «Deberíamos haber construido murallas de nieve más altas...».

—Los... los leprosos... —A Eugen le falló la voz—. Han salido del bosque. ¡Vienen hacia la aldea!

## AHORA

## Tom

Durante la Edad Media, en los días de rogativas, los campesinos de una aldea recorrían los límites de su feudo y arrojaban a sus hijos a arroyos o les golpeaban la cabeza contra ciertos árboles para que los jóvenes aprendieran las limitaciones de su vida. Si hubiera estudiado historia narrativa, Tom lo habría sabido.

Consideremos las llamadas que recibía de Judy Cao: un manuscrito rastreado y localizado, o una referencia recién descubierta, o el pedirle su aprobación para pagar las tarifas de archivos y bases de datos. Esas llamadas le causaban cierta euforia, como un montañero puede sentir júbilo al acercarse a una cima: no por ver el mundo extendido ante él, sino por la promesa de un nuevo horizonte más allá. Para Tom, el firme hilillo de información de Judy era como un manantial frío en un lugar árido y, si un hombre pudiera emborracharse con agua, sería a pequeños sorbos de este.

Los artículos habían ido apareciendo regularmente en su archivo de Eifelheim, todos adecuadamente indicados y con sus respectivos pedigríes, como perros en una exposición canina. Judy era una investigadora meticulosa. Había localizado anales monásticos, descubierto libros de cuentas feudales, desenterrado fragmentos sorprendentes: los residuos de un mundo desaparecido conservados por el azar. «Los documentos de la vida cotidiana», dignos de confianza precisamente porque no habían sido registrados con vistas a la posteridad.

De un cajón de sastre de «Baconalia» en Oxford: un *aide memoire* del caballero local de Hochwald que refería una discusión con «el pastor de Santa Catalina» sobre las teorías de fray Roger Bacon: botas de siete leguas, máquinas voladoras, cabezas mecánicas parlantes.

Preservada entre los papeles de Ludwig der Bayer en el museo de Fürstentum: una sorprendente referencia en los escritos de Guillermo de Ockham a «mi amigo, el *doctor seclusus* de Oberhochwald».

Enterrada en la colección Luxemburgo de la Universidad Charles de Praga: una mención a «*sir* Manfred von Oberhochwald» entre los compañeros del rey de Bohemia en la batalla de Crécy.

Un comentario en los Anales de San Blasien acerca de que «el demonio de Feldberg», tras haber eludido los intentos de capturarlo con fuego, había «escapado en dirección a Hochwald» después de iniciar un gran incendio que casi engulló el monasterio.

Un leva fechada en 1289, del Generallandesarchiv Baden, del conde Hermann VII de Baden dirigida a Ugo Heyso de Oberhochwald en la que pedía seis soldados y

medio de infantería y uno y medio de caballería.

Una leva similar para Manfred, en 1330, del duque Friedrich IV Habsburgo de Austria.

Una copia de una carta episcopal hallada en los archivos de la iglesia de Nuestra Señora en Friburgo de Bisgrovía dirigida al pastor Dietrich, afirmando la doctrina de que «el aspecto del cuerpo no refleja el estado del alma».

Un compendio anónimo, MS. 6752, de la Bibliothéque Nationale de París, sobre filosofía natural, «poco común por su extensión y organización sistemática», atribuido en una glosa, en su folio 237, a «mi antiguo estudiante, Seclusus», supuestamente añadida por el gran Maestro de Artes, Jean Buridan.

Si un hombre no puede emborracharse con estos sorbos está condenado a la sobriedad eterna. La cuestión de cómo un vasallo podía proporcionar seis soldados y medio a su señor hubiese mantenido ocupada una asamblea de jesuitas.

Sharon se alegraba por él, pues la tenacidad de Judy significaba que ella tenía que ocuparse de menos cosas y, por tanto, podía dedicar más tiempo a la física. Pensaba que esto era lo que quería y extraía cierta alegría de ello. El mayor inconveniente, a su entender, era que Tom quería compartir inmediatamente con ella cualquier pequeño dato recibido y que ella lo atendía distraída y a veces irritada. Estaba segura de que la información era fascinante pero, como el queso fuerte o la comida basura, su disfrute era un hábito adquirido.

Una noche, mientras cenaban en un restaurante italiano del barrio, Tom «compartió» con ella una macedonia de hechos que Judy había encontrado en una conferencia sobre la vida en las aldeas medievales. Entre los archivos citados había unos pocos de Oberhochwald de la década de 1330. Se referían principalmente a los aldeanos lo suficientemente desafortunados para llamar la atención de los tribunales, pero algunos eran casos felices de concesiones y nombramientos. En cuanto colgó el móvil y antes de que la salsa de almejas pudiera mancharle los labios, Tom empezó a darle detalles.

Había descubierto los nombres de las personas reales que habían vivido en «su» aldea. Acostumbrado a las amplias abstracciones de la citología, rara vez había encontrado a nadie tras sus ecuaciones y modelos. No lo sabía todavía, pero estaba siendo seducido por Judy Cao. Estaba empezando a sentir el placer de la historia narrativa.

Así, un tal Fritz Ackermann había sido multado con *tres pfennig* en 1334 por «abandonar el horno comunal del señor», lo cual significaba que se había atrevido a hornear su propio pan en casa. Y en 1340 se había concedido a una tal Theresia Gresch el derecho a recoger hierbas en el prado comunal y el bosque del señor.

Sharon pensó que la multa de tres *pfennig* era un signo de la tiranía del feudalismo y así lo dijo, con mucha más irritación de lo que el importe de la multa merecía, e incluso probablemente de lo que al propio Ackermann le había causado

pagarla. Tom pensó en corregir la apreciación de ella sobre el feudalismo, pero tan solo dijo:

—Trata de comprar alcohol al otro lado del puente, en Nueva Jersey, y descubrirás qué multa imponen los señores de Pennsylvania por romper su monopolio si te pillan.

Pero la tibieza con que ella recibió su alegre comentario lo descolocó un poco y Tom sintió como si lo hubieran arrojado sin ceremonias a una corriente fría.

Otra cosa de las llamadas de Judy que a veces irritaba a Sharon era su inoportunidad. Podían producirse a cualquier hora del día. ¿Aquella chica no dormía nunca? Y, naturalmente, Tom saltaba a responder. No importaba lo que estuviera haciendo. ¿Recogiendo los platos de la cena? Podían esperar. ¿Conduciendo el coche? Para eso inventó Dios los teléfonos móviles. Sharon era de las que consideraban indigno cualquier grado de ansiedad. «Contrólate» o «calma», solía decir, como si fuera un cumplido. La sonrisita de Tom empezó a molestarla. Un poco de *gravitas* no hace daño a nadie.

Una noche, mientras Tom estaba enfrascado en un libro de viajes sobre las costumbres y leyendas de la Selva Negra (uno nunca sabía dónde podía haber una mina de oro que desenterrar), Sharon se plantó delante de su sofá agitando el teléfono móvil ante él.

—Es tu nueva amiguita —dijo—. Otra vez.

Tom cerró el libro y lo dejó marcado con un dedo. A veces no estaba seguro de cómo interpretar a Sharon. Lo admitía de vez en cuando, después de unas cuantas cervezas y si Sharon no estaba cerca. Bromeaban mucho el uno con el otro, pero a veces él pensaba que los comentarios de ella tenían segunda intención... Sutil y delicada, porque no siempre lo captaba bien.

—No es mi amiguita —dijo.

Sharon y él llevaban juntos más tiempo que la mayoría de las parejas casadas y por eso habían adquirido ciertas costumbres, igual que el musgo se acumula sobre una roca húmeda o la yedra sube por las paredes de las bóvedas. Habían acordado hacía mucho que ser posesivos no tenía cabida en su relación, y por eso consideraban dar muestras de ello con una especie de horror. Pero eso era la teoría. En la práctica la cosa cambiaba, pues ser demasiado poco posesivo tenía también sus riesgos. El musgo podía ser una cosa blanda y suave sobre la que descansar, pero también es resbaladizo y admirarlo requiere cierta sutileza. De vez en cuando, Tom deseaba que Sharon se relajara un poco, y Sharon que Tom ganara algo de firmeza.

Sharon, que no había hecho el comentario demasiado en serio, agitó un poco el teléfono móvil en la mano mientras calibraba su reacción.

—Pon el chisme en modo vibrador —le dijo, entregándoselo—. Y llévalo encima. Para eso sirven los teléfonos móviles.

Sin decir otra palabra, se marchó a su sofá, donde se enroscó como las

dimensiones ocultas del poliverso. Al principio le costó concentrarse en el espacio Janatpour, cosa que atribuyó a la interrupción.

Tom reconoció la orden con un gesto ausente.

—¿Has oído eso, Judy? —le preguntó a la imagen borrosa de la pantalla del móvil—. Sharon cree que eres mi nueva amante.

Judy frunció el ceño.

—Tal vez no debería llamarte a casa.

A veces la envarada corrección de la generación más joven era un poco difícil de entender.

—Oh, a Sharon no le importa que llames. —Tom bajó la voz mientras lo decía para no molestar a la física del sofá—. Todo va bien. ¿Qué tienes para mí?

En realidad, anhelaba esos momentos. Judy rascaba su curiosidad allá donde picaba. «Ella y yo conectamos —le había dicho ya a Sharon—. Sabe de investigación histórica, a qué bases de datos recurrir, con qué archiveros contactar. Sabe qué estoy buscando, así que no tengo que explicar nada dos veces».

Y Sharon había contestado: «Es un tesoro, sí».

—Creo que sé por qué cambiaron el nombre de la aldea —dijo Judy.

—*Das geht ja wie's Katzenmachen!* —exclamó Tom, lo que molestó a la física del sofá y le valió una mirada de reproche que él no advirtió—. *Meine kleine Durchblickerin! Zeig' mir diesen Knallfekt.*

Judy ya estaba acostumbrada a este tipo de cosas. No tenía ni idea de lo que Tom había dicho, pero más o menos sabía lo que quería, así que no le hizo falta traducción. Hizo algo fuera de la pantalla y la imagen de un manuscrito reemplazó su cara.

No es posible saltar de un sillón reclinable, pero Tom lo intentó de todas formas. Corrió a CLIODEINOS, insertó el teléfono en su puerto y el manuscrito apareció en una ampliación más legible en el monitor. La letra era del siglo XIV. El latín era horrible: Cicerón se hubiese echado a llorar.

—Usé el Soundex para buscar variantes gramaticales —explicó Judy mientras él repasaba el documento—. Eso obliga a dar un rodeo más amplio, naturalmente, y se tarda más en sortear la... la...

—La *Krempel*. La basura. ¿Qué estoy mirando?

—Una bula de 1377 contra la Hermandad del Libre Espíritu. Parece que el nuevo nombre de Oberhochwald no fue originalmente Eifelheim, sino...

—Teufelheim. —Tom se le había adelantado y su dedo tocaba levemente la pantalla donde aparecía el nombre: «Hogar del Diablo». Se mordió el nudillo del pulgar mientras reflexionaba. ¿Qué tipo de gente había vivido allí para haberse ganado que sus vecinos pusieran al pueblo semejante nombre?

—«Renunciad a las obras de Satán —leyó en voz alta—. El pastor Dietrich fue puesto a prueba y no dio la talla. Dadla vosotros, enfermos de herejía y hechicería». Etcétera, etcétera. —Tom se acomodó en su silla—. El escritor no demuestra mucho aprecio por nuestro amigo Dietrich. Me pregunto qué cosa hizo que fuese tan

terrible..., además de engañar a ese orfebre del cobre.

Pasó el archivo al disco y el rostro de Judy volvió a aparecer en la pantalla.

—La conexión me pareció clara —dijo ella.

—Sí. ¿Por qué si no mencionar a Dietrich en la siguiente frase, a menos que Teufelheim fuera Oberhochwald? Aunque... —Se frotó la oreja con el dedo—. En toda Suabia supongo que podría haber dos Dietrich.

—El doctor Wegner, del Departamento de Lengua, dice que la evolución de «Teufelheim» a «Eifelheim» es lingüísticamente natural.

—*Ja, wenn man Teufel spricht, kommt er.*

Tom recuperó el mapa de la zona en otra ventana y cliqueó dos veces sobre el icono de la aldea para poder añadir la última glosa al nombre. El mapa describía la topografía, con las formaciones en relieve sombreado. La aldea se encontraba en un recodo del Feldberg junto a un profundo barranco que conducía al Höllental. ¿Y qué mejor ruta podría haber para el Hogar del Diablo que a través del valle del Infierno? En el extremo inferior del valle del Infierno se encontraba nada menos que Himmelreich, el «Reino del Cielo». Era una especie de nomenclatura a la inversa, con el diablo en la cima de la montaña y el cielo abajo.

Tom guardó la nueva información, pero con una ligera sensación de desánimo o tal vez de leve resaca.

—Seguimos sin saber por qué fue abandonado el lugar, pero supongo que nos hemos acercado un paso.

—Pero sí que lo sabemos —le dijo Judy—. Demonios. «El Hogar del Diablo».

Tom no estaba convencido.

—No —dijo—. Es un lugar más de la Selva Negra que tiene el nombre del diablo. Como Teufelsmühle, cerca de Staufenberg, o el Púlpito del Diablo... Hay *dos* Púlpitos del Diablo, uno en Baden-Baden y el otro en Kniebis. Además del valle del Infierno y el valle Embrujado y...

—¿Pero leíste la descripción de los diablos que ese tal Dietrich supuestamente conjuraba?

No lo había hecho, pero recuperó el archivo y esta vez leyó más allá del comentario del nombre.

—Unos feos hijos de puta, ¿no? —dijo cuando encontró el párrafo—. Ojos amarillos y saltones. Encantamientos incomprensibles. Hombres que se vuelven locos. «Bailaban desnudos, pero no tenían ningún atributo masculino». —La calidad de color del monitor, advirtió, era lo bastante buena para que viera que Judy se ruborizaba—. Supongo que los demonios no ganaron nunca un concurso de belleza.

—También volaban. Eso debe de ser lo que dio origen a esas historias sobre los krenkl.

—¿Unas cuantas frases en una bula? No, el escritor estaba repitiendo una historia que ya circulaba. Esperaba que sus lectores supieran a qué se refería, igual que esperaba que supieran quién era el «pastor Dietrich». Me pregunto si *krenkl* viene de



*Kränklein*... En el sur de Alemania el sufijo «-lein» se transforma en «-l».

—Yo pensaba...

—¿Qué?

—Bueno, las descripciones de los demonios son tan detalladas, tan vividas... Su aspecto. Incluso la forma en que se comportaron los aldeanos. Algunos «se salvaron junto con sus almas». Otros «entablaron amistad con los demonios y los recibieron en sus propias casas».

Tom rechazó su sugerencia incluso antes de que ella pudiera hacer acopio de valor para expresarla.

—Todo lo que hace falta es un poco de imaginación y una pizca de histeria. Los medievales creían en bestias míticas. Oían vagas historias de rinocerontes e imaginaban unicornios. Los jinetes de las estepas se convertían en centauros. Tenían *Kobolds* y enanos y... Vi un dibujo en un libro de rezos, en la Galería Walters de Baltimore, que mostraba dos extrañas criaturas (una parecida a un ciervo, la otra parecida a un gato), caminando erguidas sobre sus patas traseras y llevando entre ambas un ataúd con un paño mortuorio. Y hay un fresco en la cripta de la Franziskanerkirche de Friburgo que muestra saltamontes gigantescos sentados a un banquete, probablemente una metáfora del modo en que las langostas podían consumir cosechas enteras. Y en un dintel tallado en los Cloisters de Nueva York se ve...

—¡De acuerdo!

La vehemencia de su voz lo sorprendió.

—No estamos en la Edad Media —dijo él en voz baja después de un momento—. Siempre hay una explicación natural para hechos «sobrenaturales».

Después, Tom se quedó ante el PC, pellizcándose el labio. Si las visiones extrañas hubieran sido el motivo del tabú, habría habido Teufelheims por toda la zona del Rin.

El colapso medieval había engendrado suficientes horrores para despoblar mil Eifelheims. Hubo canibalismo tras las hambrunas de 1317 y 1318, cuando las cosechas se perdieron por las lluvias incesantes. «Los niños no estaban a salvo de sus padres», había escrito un cronista. Pero por eso no había desaparecido ninguna población. Había bandas de campesinos por todas partes, abrazando la pobreza y el amor libre, saqueando mansiones y monasterios y ahorcando judíos para hacerse notar. Pero los que huyeron regresaron pronto, incluso los judíos. Un siglo de guerra y bandidaje en Francia destruyó la mística del caballero, el torneo, el trovador y el amor cortés. El cinismo y la desesperación sustituyeron la esperanza y la expectación. Brujería y herejía, flagelantes y peste. El macabro culto a la muerte, con sus esqueletos danzantes. Un nuevo orden mundial tan cerrado, tan paranoico, tan represivo, tan *aturdido* por la falta de significado que la gente olvidó por completo que había habido un mundo distinto y más abierto antes.

Entre aquellas ruinas, ¿por qué solamente Eifelheim había continuado siendo

anatema?

Sacó la carpeta del proyecto y la llevó a la mesa de la cocina, donde extendió las hojas, escrutando cada una como si pudiera extraer respuestas por pura fuerza de concentración: archivos señoriales de vasallos de los condes de Baden y los primeros duques de Zähringen; la *memoire* del caballero; el tratado religioso del «mundo interior» con su capitular torpemente iluminada; aprobaciones señoriales de matrimonios y vocaciones, de multas y concesiones; enfeudaciones relativas a Oberhochwald y levas feudales sobre su caballero; el recorte de periódico que Anton le había enviado; una oración extática citando «ocho caminos secretos para dejar esta tierra de pesares» y atribuida de tercera mano a «san Johan de Oberhochwald»; la carta episcopal dirigida al pastor Dietrich.

Estaban también las habituales crónicas monásticas (de Friburgo, San Pedro, San Blasien y otras partes) de cosechas, ferias, chismes, actos nobles. Un caso concreto, un rayo caído en agosto de 1348, había incendiado varias hectáreas de bosque (y unas cuantas mentes supersticiosas). La peste avanzaba por entonces hacia el norte desde la costa, y el rayo se había interpretado más tarde como la venida de Lucifer. (¿Se había quemado la aldea? No, el documento *Moriuntur* y el asunto del herrero eran posteriores).

Las piezas y fragmentos se acumulaban para formar una imagen más amplia, o al menos un boceto. La mansión de Oberhochwald era una de las dos que poseía su caballero (la otra la tenía en prenda el duque austríaco). El último caballero poseedor del feudo se llamaba Manfred, y su padre se había llamado Ugo. El pastor, en la época de la caída de la aldea, se llamaba Dietrich, y puede que fuera el *doctor seclusus* mencionado por Ockham y que había escrito el *compendium* de la Bibliothèque. Había una curandera llamada Theresia (la imaginaba como una bruja de cabellos grises y un rostro tan accidentado como la propia Selva Negra), un granjero llamado Fritz, un herrero llamado Lorenz y unos cuantos otros cuyos nombres habían aparecido en aquella tesis doctoral. Retirar una capa de cebolla más en la investigación, localizar los originales que el candidato a doctor había utilizado, y era probable que aparecieran aún más nombres.

«Casi podría escribir una historia completa de esta aldea», pensó. Los registros de las cosechas y los impuestos le permitirían calcular el crecimiento económico y demográfico. Los archivos del feudo mostraban cómo encajaba en la estructura feudal local. La *memoire* del caballero y la carta del obispo incluso le permitían atisbar la vida intelectual de la población.

De hecho, advirtió de mal humor, lo único que faltaba en la historia de la aldea era lo único que hacía que mereciera la pena escribirla: por qué había desaparecido de manera tan brusca y absoluta.

«¿Y si no está aquí?», se preguntó. ¿Y si el documento clave se había perdido? Quemado en las luchas entre Mercy y los bernardinis en las postrimerías de la Guerra de los Treinta Años; o durante la retirada de Moreau por el valle del Infierno;

o en las campañas de Luis o Napoleón o una docena de otros engreídos conquistadores. Comido por los ratones o el moho, consumido por el fuego o la lluvia o las inundaciones, destruido por falta de cuidado.

¿Y si nunca había sido escrito?

—Tom, ¿qué pasa? Estás pálido.

Él alzó la cabeza. Sharon se encontraba en la puerta de la cocina, con una taza de infusión en la mano. El olor de manzanilla se extendió por la habitación.

—Nada —respondió. Pero tuvo la súbita y terrible sensación de que ya tenía una pieza clave de información en sus manos; que la había leído varias veces ya y que no había significado nada para él.

*Y así entré yo en esta historia, aunque al principio solo de manera anecdótica. Seguía impartiendo todavía clases en Albert-Louis y Tom me envió un e-mail pidiéndome que buscara los archivos señoriales de Oberhochwald. Se suponía que estaban en la colección de nuestra universidad. Respondí preguntando si era una suposición suya, una suposición fundada o una simple suposición. Y Tom respondió «LOL?» porque no entendió el chiste. Me hizo llegar una lista de palabras clave y una solicitud para investigar nuestros manuscritos e incunables en busca de referencias a Oberhochwald, cosa que supongo fue un justo castigo por mi intento de bromear. La teoría de la suposición no es muy divertida, sobre todo porque no sabemos qué querían decir con ella realmente. Usaban las mismas palabras que nosotros («movimiento», «intuición», «realismo», «natural», «oculto») pero cuyo significado a menudo difiere del que nosotros le damos. De todos modos prometí echar un vistazo lo mejor que pudiera y, una semana más tarde, le envié lo poco que había encontrado.*

## XI

### NOVIEMBRE DE 1348

#### *La celebración.*

Los krenken venían a la aldea.

El anuncio le sentó a Dietrich como un golpe en el estómago. Se sujetó a la brida del caballo de Eugen para no tambalearse. Pretendían tomar el poblado. Dada la cólera krenk, no podía ser otra cosa. Pero ¿por qué, después de meses de ocultarse? Miró al *Junker*, que tenía el rostro tan blanco como el suelo. El muchacho lo *sabía*.

—El *Herr* ha enviado hombres escogidos para enfrentarse a ellos, supongo.

Eugen tragó saliva.

—Eso les han dicho. Resistirán.

Dios concedió a Dietrich una visión de los hechos venideros. Los vio desplegarse con horrible claridad como si ya se hubieran cumplido: *factum est*. Sombrías filas de extrañas criaturas lanzan balas con sus *pots-de-fer*, encienden su pasta de truenos. Los hombres son perforados, destrozados. Los krenken saltan al aire para golpear a los hombres desde arriba.

Los hombres de Max gritan aterrorizados. Pero son hombres que responden al miedo golpeando. Puede que los krenken tengan armas mágicas, pero un golpe de espada los corta tan fácilmente como a un hombre. Y cuando los asustados hombres lo ven, caen sobre los supervivientes con una furia más mortífera, pues nace del miedo; golpean y cortan en pedazos a las criaturas que él había llamado Hans, Gschert y Kratzer.

Fuera cual fuese el resultado de la batalla, morirían demasiados para que los restantes vivieran. No habría cuartel. No quedaría ningún hombre en pie. O ningún krenken.

Pero si los krenken eran solo bestias que hablaban, ¿qué importaba? Uno mata a la bestia que lo ataca y así pone fin a su ansiedad.

Y sin embargo...

Hans había volado a través de una lluvia de flechas y se había enfrentado al castigo de Gschert por rescatar a Dietrich de *Burg Falkenstein*. Fuera cual fuese la fría razón krenk que lo había impulsado, merecía más que una espada como respuesta. No se mata a un perro que te ha ayudado, por muy ferozmente que ladre luego.

Dietrich vio de pronto el mundo a través de ojos krenken: perdidos, lejos de su hogar, vecinos de desconocidos ominosos capaces de matar a sus señores, un acto incomprensible, incluso bestial para ellos. *Para Hans, Dietrich era la Bestia que Hablaba*.

Dietrich jadeó y agarró las riendas de Eugen.

—*Rápido*. Ve con Manfred. Dile: «Ellos son tus vasallos». Lo entenderá. Me reuniré con él en el puente del molino. ¡Vamos!

Los aldeanos charlaban. Algunos habían oído mencionar a los leprosos y Volkmar dijo que traerían la enfermedad al poblado. Oliver exclamó que él solo los expulsaría si era necesario. Theresia respondió que había que recibirlos y cuidarlos, Hildegarde Müller, la única que comprendió lo que venía por el camino del valle del Oso, permaneció inmóvil, cubriéndose la boca abierta con una mano.

Dietrich corrió a la iglesia, tomó un crucifijo y un hisopo y llamó a la criatura Hans por el arnés de cabeza.

—Volved atrás —suplicó—. Todavía hay tiempo. —Se echó una estola al cuello—. ¿Qué queréis?

—Escapar de este frío aturdidor —respondió el krenk—. Los... fuegos... de nuestra nave no arderán hasta que hayamos reparado las... las fuentes del fuego.

Los krenken podrían haberse pasado el verano construyendo cabañas en vez de coleccionando flores y mariposas. Pero hacérselo ver ya era inútil.

—Max trae soldados para haceros volver.

—Huirán. Gschert tiene una frase en la cabeza. Nuestras armas y nuestra forma los harán huir y por eso tomaremos vuestros fuegos para nosotros y no sentiremos este frío.

Dietrich pensó en las gárgolas y monstruos que adornaban las paredes de la iglesia.

—Puede que asustéis a esos hombres, pero no huirán. Pereceréis.

—Entonces, igualmente, dejaremos de sentir el frío.

Dietrich corría ya colina de la iglesia abajo, con una capa de invierno sobre los hombros.

—Puede haber aún otro día. Dile a Gschert que alce un estandarte blanco y, cuando Max se os enfrente, tended las manos vacías. Me reuniré con vosotros en el puente de madera.

Y así, la temblorosa banda de dos docenas de krenken envueltos en la mezcla de atuendos que habían podido reunir y escoltados por los temblorosos y asombrados soldados de Max se acercaron al señor de Hochwald. *Herr* Gschert, espléndido con una saya roja y pantalones, y con un chaleco amarillo demasiado fino para el clima, dio un paso adelante y, a una indicación de Dietrich, se postró sobre una rodilla con las manos temblequeantes por delante. Manfred, después de una levísima vacilación, rodeó esas manos con las suyas propias, anunciando a todos los que se habían atrevido a acercarse:

—Declaramos a este... hombre... nuestro vasallo, para que tenga en feudo el Bosque Grande y produzca para Nos carbón y pólvora para los *pots-de-fer* y enseñe a nuestros hombres las artes de su tierra extranjera. A cambio, Nos le garantizamos a él y a su gente comida y refugio, ropa y calor, y la protección de nuestro fuerte brazo

derecho.

Y tras esto, desenvainó su larga espada y la alzó ante él, el pomo hacia arriba, para que semejara una cruz.

—Esto lo juramos ante Dios y la *familia* de Hof Hochwald.

Entonces Dietrich bendijo a los reunidos y los roció con el hisopo de mango dorado. Los aldeanos alcanzados por el agua se persignaron, mirando a los monstruos con los ojos muy abiertos. Algunos de los krenken, al advertir el gesto, lo repitieron, entre murmullos de aprecio de la multitud. Dietrich bendijo a Dios por impulsar a los krenken a imitar sin pensar.

Entregó el crucifijo procesional a Johann von Sterne.

—Guíanos despacio a la iglesia —le dijo—, pero sin pausas.

Y todos partieron del puente y atravesaron la aldea en dirección a la colina de la iglesia. Dietrich siguió la cruz y Manfred y Gschert lo siguieron a él.

—Que el Señor nos ayude —susurró Manfred para que solo Dietrich lo oyera.

El corazón humano encuentra consuelo en las ceremonias. Las palabras improvisadas de Manfred, el humilde gesto de Gschert, la bendición de Dietrich, la procesión y la cruz templaron el temor de los corazones de la gente, de modo que, en su mayor parte, los krenken fueron recibidos con un silencio de desconcierto y bocas abiertas. Los hombres agarraban los pomos de las espadas o los mangos de los cuchillos, o caían de rodillas en la nieve, pero nadie se atrevió a contradecir lo que el señor y el pastor tan claramente habían ordenado. Unos cuantos gritos taladraron el aire frío y quieto, y algunos chapotearon torpemente por la nieve en una parodia de huida. Las puertas se cerraron. Se corrieron los cerrojos.

«Muchos más huirían si fuera más sencillo hacerlo», pensó Dietrich, y rezó para que hubiera nieve. «¡Bloquea las carreteras; ahoga los senderos; mantén contenida esta monstruosa llegada en Hochwald!».

Cuando los krenken vieron la «catedral de madera», chirriaron y señalaron y se detuvieron para sacar aparatos *fotografik* para capturar imágenes de las tallas. La procesión se detuvo ante las puertas.

—¡Temen entrar! —gritó alguien.

—¡Demonios! —exclamó otro.

Manfred se volvió con la mano en la espada.

—Mételos dentro, rápido —le dijo a Dietrich.

Mientras Dietrich introducía a los krenken en la iglesia, le dijo a Hans:

—Cuando vean una lámpara roja, tienen que arrodillarse ante ella. ¿Comprendes? Díselo.

La estratagema funcionó. Los aldeanos se tranquilizaron una vez más cuando las criaturas entraron y rindieron obediencia a la Verdadera Presencia. Dietrich se atrevió a relajarse un poco.

Hans, portando la cruz, se detuvo junto a él.

—Se lo he explicado —dijo por el *mikrophone*—. Cuando tu gran señor del cielo

vuelva, puede que nos salvemos. ¿Sabes cuándo sucederá eso?

—No se sabe el día ni la hora.

—Que sea pronto —dijo Hans—. Que sea pronto.

Dietrich, sorprendido por el evidente fervor, solo pudo estar de acuerdo.

Cuando aldeanos y krenken por igual abarrotaron la iglesia, Dietrich subió al púlpito y contó todo lo que había sucedido desde el Día de San Sixto. Describió la situación de los forasteros en los términos más piadosos, e hizo que los niños krenken se presentaran ante la congregación con sus madres tras ellos. Hildegarde Müller y Max Schweitzer dieron fe de las heridas y las pérdidas de vidas que habían afligido a las criaturas y describieron cómo habían ayudado a colocar a sus muertos en criptas especiales a bordo de su navío.

—Cuando los rocié con agua bendita en el puente —concluyó Dietrich—, no mostraron ninguna incomodidad. Por tanto, no pueden ser demonios.

Los habitantes de Hochwald se agitaron y se miraron.

—¿Son turcos? —preguntó entonces Gregor.

Dietrich casi se echó a reír.

—No, Gregor. Son de una tierra mucho más lejana.

Joachim se abrió paso.

—¡No! —exclamó para que todos lo oyeran—. Son verdaderos demonios. Basta una mirada para convencernos. Su venida es una gran prueba... ¡Y de cómo respondamos puede depender la salvación de nuestras almas!

Dietrich se agarró a la barandilla del púlpito y Manfred, que ocupaba la *sedalia* normalmente reservada para el celebrante, rugió:

—He aceptado a este señor krenk como mi vasallo. ¿Osas contradecirme?

Pero si Joachim se enteró, no hizo caso, sino que se dirigió a la *familia*.

—¡Acordaos de Job y de cómo Dios puso a prueba su fe enviando demonios para atormentarlo! —les dijo—. ¡Acordaos de cómo Dios mismo, revestido de carne, sufrió todas las aflicciones humanas, incluso la muerte! ¿No podría él entonces afligir a los demonios como afligió a Job e incluso a su Hijo? ¿Nos atrevemos a asociar a Dios con la necesidad y decir que *esta* obra no puede ser suya? ¡No! Dios ha deseado que estos demonios sufran las aflicciones de la carne. —Hizo una pausa—. Pero ¿por qué? ¿Por qué? —continuó, como si reflexionara en voz alta, para que la silenciosa asamblea lo escuchara—. No hace nada sin un propósito, aunque su propósito pueda resultarnos un misterio. Se hizo carne para salvarnos del pecado. Hizo carne a estos demonios para salvarlos a ellos del pecado. Si los ángeles caen, entonces los demonios pueden alzarse. ¡Y nosotros vamos a ser los instrumentos de su salvación! Ved cómo han sufrido por voluntad de Dios... ¡y apiadaos de ellos! —Dietrich, que había estado conteniendo la respiración, dejó escapar un suspiro de asombro. Manfred apartó la mano de la espada—. Mostrad a estos seres lo que es ser un cristiano —continuó Joachim—. Dadles la bienvenida a vuestros hogares, pues tienen

frío. Dadles pan, pues tienen hambre. Consoladlos, pues están lejos de sus casas. Así, inspirados por nuestro ejemplo, se arrepentirán y serán salvados. Recordad la Gran Súplica: Señor, ¿cuándo te vimos hambriento? ¿Cuándo te vimos desnudo? ¿Cuándo? ¡En nuestro prójimo! ¿Y quién es nuestro prójimo? ¡Cualquiera que se cruce en nuestro camino! —Señaló directamente con el dedo a la masa de impasibles krenken que estaban de pie junto al atrio—. Prisioneros de la carne, no pueden mostrar ningún poder demoníaco. Cristo es todopoderoso. La bondad de Cristo es omnipotente. Triunfa sobre todas las cosas malvadas, triunfa sobre males tan antiguos como Lucifer. ¡Ahora veremos que *triunfará sobre el infierno mismo!*

La congregación jadeó, e incluso Dietrich sintió un escalofrío. Joachim continuó predicando, pero Dietrich ya no escuchaba. En cambio, advirtió el embeleso de los aldeanos; oyó los cliques de Hans y unos cuantos más que repetían la traducción de la cabeza parlante. Dietrich no estaba seguro ni de la lógica ni de la ortodoxia de las palabras del monje, pero no podía negar su efectividad.

Cuando Joachim terminó (o tal vez solo cuando hizo una pausa), Manfred se levantó y anunció para aquellos que no habían estado en el puente que el líder krenk era a partir de aquel momento el barón Grosswald y que se alojaría, junto con sus *ministeriales*, como invitado del Hof. El resto de los extranjeros serían alojados como su consejo determinara.

Esta perspectiva causó mucha inquietud, hasta que Klaus dio un paso al frente y, con las manos en las caderas, invitó al *Maier* de los peregrinos a alojarse con él. La oferta sobresaltó a Dietrich, pero supuso que, puesto que su esposa había atendido a los heridos, no podía parecer menos hospitalario. Después de esto, algunos abrieron sus casas mientras que otros murmuraban:

—¡Mejor tú que yo!

Manfred aconsejó a los krenken sobre su cólera.

—Comprendo que vuestro código de honor exige castigos corporales inmediatos. Bien. Otras tierras, otras costumbres. Pero no debéis tratar así a mi gente. La justicia es solo mía y transgredirla es manchar mi honor. Si alguno de vosotros transgrede las leyes y costumbres del feudo, deberá responder ante *mi* corte cuando se reúna en primavera. Por lo demás, el barón Grosswald impartirá justicia menor entre vosotros según vuestros usos. Mientras tanto, queremos heraldos que lleven esos arneses de cabeza que los krenken puedan proporcionar, para que cuando exista la necesidad de hablar unos con otros el heraldo más cercano pueda traducir.

En el silencio que se produjo tras estos anuncios, Joachim empezó a cantar, en voz baja al principio y después con más fuerza, alzando la cabeza y lanzando palabras a las vigas y crucetas, como transportado por algún fuego interno. Dietrich reconoció el himno, *Christus factus est pro nobis*, y en la siguiente estrofa unió su propia voz en *duplum*, con lo que Joachim vaciló antes de volver a recuperarse. Dietrich se encargó de la «voz sostenida», o *tenor*, y Joachim de la alta, y sus voces sonaron libremente a coro. Joachim a veces cantaba una docena de notas sobre una de Dietrich. Este



advirtió que los krenken habían silenciado sus chisporroteos y estaban tan inmóviles como las estatuas en sus nichos. Varios alzaron sus *mikrophonai* para capturar los sonidos.

Por fin las dos voces sonaron al unísono en el «fa» final del quinto modo, y la iglesia permaneció en silencio unos instantes, hasta que el brusco «¡Amén!» de Gregor inició un coro de amenes. Dietrich bendijo a la congregación.

—Que Dios haga prosperar esta empresa y refuerce nuestra resolución. Lo pedimos por Nuestro Señor Jesucristo, en el nombre del Padre y el Hijo y el Espíritu Santo, amén.

Entonces rezó en silencio para que la concordia milagrosamente conseguida por el inesperado sermón de Joachim no se desvaneciera tras segundas reflexiones.

Cuando más tarde Dietrich llevó a Hans y Kratzer a la rectoría, se encontró con que Joachim había encendido la chimenea de la habitación principal y estaba colocando los troncos chisporroteantes con un atizador de hierro. Los dos krenken lanzaron exclamaciones intraducibles por la cabeza parlante y entraron en la habitación, acercándose a las llamas. Joachim dio un paso atrás, con el atizador en la mano, y los observó.

—Estos van a ser nuestros huéspedes —supuso.

—El que lleva las extrañas pieles se llama Kratzer, porque cuando lo conocí usó los antebrazos para hacer un sonido de fricción.

—Y llamasteis a su señor Gschert —dijo Joachim con una sonrisa forzada—. ¿Sabe que eso significa «zafio»? ¿Quién es el otro? He visto esa ropa antes, en las vigas de la iglesia, en la *feriae messis*.

—¿Lo viste entonces... y no dijiste nada?

Joachim se encogió de hombros.

—Había ayunado. Podría haber sido una visión.

—Se llama Johann von Sterne. Es un sirviente que se ocupa de la cabeza parlante.

—Un sirviente y lo llamáis «von». No esperaba sentido del humor por vuestra parte, Dietrich. ¿Por qué lleva pantalones cortos y un jubón mientras el otro va envuelto en pieles?

—Su país es más cálido que el nuestro. Llevan los brazos y las piernas desnudos porque su habla a veces se sirve de la fricción de los brazos. Y como su navío se dirigía a tierras igualmente cálidas, ni los peregrinos ni la tripulación llevaba ropa de invierno. Solo la gente de Kratzer, que había planeado explorar un país desconocido, la llevaba.

Joachim golpeó el atizador contra la chimenea de piedra para desprender las cenizas.

—Compartiré las pieles, entonces —dijo, colgando el atizador de su gancho.

—Nunca se le ocurriría —respondió Hans Krenk. Tras una pausa, añadió—: Ni a mí.

Dietrich y Joachim fueron a preparar las camas para los forasteros en el edificio exterior de la cocina, donde el horno proporcionaría más calor. Al cruzar el camino cubierto de nieve entre los edificios, Joachim comentó:

—Cantasteis bien en la iglesia hoy. Es difícil dominar el *Organum purum*.

—Aprendí el método d'Arezzo en París.

Eso había consistido en memorizar el himno *Ut queant laxis* y usar las primeras sílabas de cada verso para el hexacorde: do, re, mi, fa, sol, la.

—Cantáis como un monje —dijo Joachim—. Me preguntaba si alguna vez habéis sido tonsurado.

Dietrich se frotó la coronilla.

—Me quedé calvo por causas comunes.

Joachim se echó a reír, pero tocó a Dietrich en el brazo.

—No tengáis miedo. Lo conseguiremos. Salvaremos a estos demonios por Cristo.

—No son demonios. Lo verás con el tiempo, como yo.

—No, están hundidos en el mal. El filósofo se negó a compartir sus pieles con su sirviente. Los filósofos siempre tienen razones lógicas para evitar el bien... y esas razones siempre dependen de su ansia de bienes materiales. Un hombre que tiene poco no duda en compartirlo; pero el hombre que tiene mucho lo agarrará con dedos moribundos. Este aparato... —Joachim acarició el cordón del arnés de cabeza que llevaba Dietrich—. Explicadme cómo funciona.

Dietrich no lo sabía, pero repitió lo que le habían dicho sobre ondas insensibles del aire, «sentidas» por artilugios que había llamado «sentidores» o *antennae*. Pero Joachim se echó a reír.

—Cuántas veces decís que no debemos imaginar nuevas entidades para explicar una cosa cuando con las ya conocidas basta. Sin embargo, aceptáis que hay ondas insensibles en el aire. Que el aparato es demoníaco resulta con diferencia la hipótesis más sencilla, sin duda.

—Si este aparato es demoníaco, no me ha hecho ningún daño.

—Las artes diabólicas no pueden dañar a un buen cristiano, lo cual habla en vuestro favor. He temido por vos, Dietrich. Vuestra fe es fría como la nieve y no proporciona ningún calor. La verdadera fe es un fuego que da vida...

—Si con eso quieres decir que no grito ni lloro...

—No. Habláis... y aunque esas palabras son siempre adecuadas, no son siempre las acertadas. No hay alegría en vos, solo una pena largamente olvidada.

—Ahí está el granero —dijo Dietrich, incómodo—. Trae la paja para las camas.

Joachim vaciló.

—Pensaba que ibais al bosque para yacer con Hildegarde. Creía que la colonia de leprosos era un engaño. Creer eso fue pecar de juzgar a la ligera... y os suplico perdón.

—Era una hipótesis razonable.

—¿Qué tiene que ver la razón con eso? Un hombre no razona para meterse en la cama de una mujerzuela. —Frunció el ceño y sus gruesas cejas se unieron—. La mujer es una puta, una tentadora. Si no ibais al bosque para acostaros con ella, es seguro que ella iba al bosque para estar con vos.

—No la juzgues tampoco a ella a la ligera.

—No soy ningún filósofo para cuidar las palabras. Es mejor llamar a las cosas por su nombre. Los hombres como vos son un desafío para las mujeres como ella.

—¿Hombres como yo...?

—Célibes. ¡Oh, que sabrosas las uvas que están fuera de nuestro alcance! ¡Cuánto más deseadas! Dietrich, no me habéis concedido el perdón.

—Oh, cierto. Tomo las palabras de la Oración del Señor. Te perdonaré tal como tú la perdonas a ella.

La sorpresa deformó los rasgos del monje.

—¿De qué debo perdonar a Hilde?

—De tener «tanta delantera» que sueñas con ella por las noches.

Joachim se quedó blanco y los músculos de su mandíbula se tensaron. Entonces miró la nieve.

—Pienso en ellos, en lo que se siente..., lo que sentiría teniéndolos en mis manos. Soy un miserable pecador.

—Así somos todos. Por eso nuestro premio es el amor y no la condena. ¿Quién de nosotros es digno de arrojar la primera piedra? Pero al menos no nos reprochemos unos a otros nuestras debilidades.

En la cocina, Dietrich descubrió a Theresia en un rincón, entre el hogar y el muro exterior.

—¡Padre! —exclamó—. ¡Expulsadlos!

—¿Qué te aflige? —Dietrich tendió las manos hacia ella, pero Theresia no quiso salir de las sombras.

—¡No, no, no! ¡Seres malvados y retorcidos! Padre, han venido por nosotros, pretenden arrastrarnos a todos al infierno. ¿Cómo pudisteis dejarlos venir? ¡Oh, las llamas! ¡Madre! ¡Padre, haced que se vayan!

Sus ojos no miraban a Dietrich, sino que estaban absortos en otra visión. Dietrich no había visto tanta aflicción en muchos años.

—Theresia, estos krenken son los peregrinos más necesitados del bosque.

Ella lo agarró por la manga de su túnica.

—¿No podéis ver su deformidad? ¿Han encantado vuestros ojos?

—Son pobres seres de carne y hueso, como nosotros.

El monje había llegado a la puerta del edificio exterior, con un puñado de paja para la cama al hombro. Lo soltó y corrió al rincón, donde se arrodilló ante Theresia.

—Los krenken la aterrorizan —le dijo Dietrich.

Joachim le tendió las manos.

—Ven, vamos a tu cabaña. Allí no hay ninguno para asustarte.

—No debería sentir miedo de ellos —dijo Dietrich.

Pero Joachim se volvió hacia él.

—¡En nombre de Cristo, Dietrich! ¡Primero, dad consuelo; luego, cuidad vuestra dialéctica! Ayudadme a sacarla de aquí.

—Eres un muchacho guapo, hermano Joachim —dijo Theresia—. Él era guapo también. Vino con los demonios y el fuego pero lloró y me rescató y me salvó de ellos.

Había dado dos pasos más, sujeta por Joachim y Dietrich, cuando gritó. Hans y Kratzer habían llegado a la puerta de la cocina.

—He observado a esta mujer —dijo Kratzer a través de la cabeza parlante—. ¿Por qué responden así algunos de los vuestros?

—No es como vuestros escarabajos y hojas, para ser estudiada y clasificada según su género y su especie —dijo Dietrich—. El temor ha despertado en ella antiguos recuerdos.

Joachim tomó a Theresia por debajo del brazo, colocándose entre la curandera y los krenken, y la hizo salir rápidamente por la puerta.

—¡Haced que se vayan! —le suplicó Theresia a Joachim.

Hans chasqueó sus labios callosos.

—Tendrás tu deseo.

No le pidió a Dietrich que tradujera para la muchacha, y el sacerdote no pudo dejar de preguntarse si había sido una exclamación involuntaria, sin intención de que alguien la escuchara.

Esa noche, Dietrich se internó en el Bosque Pequeño y cortó ramas de pino con las que formó una corona de Adviento para el domingo. Cuando después se asomó a la cocina, vio la manta raída de Joachim sobre el cuerpo tembloroso de Johann von Sterne.

## XII

### ENERO DE 1348

*Antes de maitines, en la Epifanía del Señor El invierno cayó como una mortaja. La primera nieve apenas se había vuelto escarcha bajo el pálido sol cuando una segunda nevada le cayó encima y sendero y pasto se desvanecieron por igual en el anonimato. El arroyo del molino y su estanque se congelaron. Podían verse los peces agitándose bajo el cristal invernal. Los campesinos, en sus chozas, dedicados a remendar y reparar, arrojaron otro leño al fuego y se frotaron las manos. El mundo exterior se había vaciado y una columna de humo gris flotaba sobre el silencio.*

Los krenken se acurrucaban miserablemente ante los fuegos de sus anfitriones, sin aventurarse a salir. La nieve había aplazado todo intento de reparar su nave. En cambio, charlaban de cómo lo harían algún día.

Pero después de algún tiempo, incluso la charla cesó.

Las completas de San Saturnio trajeron un viento que estremeció los postigos cerrados de la rectoría. Un bajo susurro gemía por las grietas de las tablas. Hans había ido al edificio exterior a preparar comida especial krenk para él y Kratzer. Joachim estaba sentado a la mesa del refectorio donde, bajo la mirada crítica de Kratzer, tallaba a Baltasar en una rama de roble negro para añadirlo a su colección de figuritas para el belén.

La puerta se abrió de golpe y el alquimista entró en la habitación y se colocó de un salto al lado del fuego, donde se abrió el abrigo de piel de Gregor y se refociló con las llamas.

—En Alemania —dijo Dietrich mientras iba a cerrar la puerta—, es costumbre llamar a la puerta y esperar a recibir permiso para entrar.

Pero el alquimista, a quien habían puesto de nombre Arnold de Villanova, no respondió. Anunció entre chasquidos algo a Kratzer, y los dos se enzarzaron en una animada discusión que el *Heinzelmännchen* no tradujo.

Dietrich recogió la olla de guiso que antes había colocado al fuego y sirvió a Joachim. Los krenken eran un pueblo rudo y de malos modales. No era extraño que discutieran tanto entre sí.

Hans regresó del edificio exterior con dos platos en las manos. Al ver al alquimista, vaciló y luego le tendió uno al alquimista y otro a Kratzer. Se sentó a la mesa frente a Joachim.

—Ha sido un buen gesto —dijo Joachim, recortando un poco más la espalda de Baltasar.

Hans extendió el brazo.

—Si solo quedara una migaja, Arnold tendría que tragarla.

Dietrich había advertido que incluso Gschert se mostraba considerado con el

alquimista, aunque Arnold era claramente un inferior.

—¿Por qué? —Sirvió un poco de sopa en un cuenco de madera y se lo dio a Hans, con un trozo de corteza de pan.

En vez de responder, Hans recogió el Niño Jesús que Joachim había tallado previamente.

—Tu hermano me dice que esto retrata a vuestro señor-del-cielo; pero la filosofía de la similitud de acontecimientos concluye que gente de mundos diferentes debe tener formas diferentes.

—La filosofía de la similitud de acontecimientos —dijo Dietrich—. Qué intrigante.

—Aunque menos que la Deidad hecha carne —dijo Joachim secamente—. El Hijo de Dios, Hans, asumió la apariencia de los hombres en su Encarnación.

Hans escuchó en silencio su arnés de cabeza.

—El *Heinzelmannchen* me explica lo que significa «encarnación» en vuestra lengua ceremonial.

—*Ja, doch.*

—Pero... ¡Pero esto es maravilloso! ¡Nunca hemos conocido a un pueblo capaz de asumir la forma de otro! ¿Era vuestro señor un ser de...? No, no fuego, sino de esa esencia que da ímpetu a la materia.

—Espíritu —aventuró Dietrich—. En griego decimos *energia*, que significa ese principio que «actúa dentro» o anima.

El krenk lo consideró.

—Nosotros establecemos una... relación... entre espíritu y cosas materiales. Decimos que «espíritu igual a materia por la velocidad de la luz por la velocidad de la luz».

—Una interesante invocación —dijo Dietrich—, aunque se me escapa su significado.

Pero el krenk se había vuelto para interrumpir a sus compañeros con exclamaciones que no fueron traducidas. Se produjo un encendido debate entre ellos, que terminó cuando el alquimista se colocó su propio arnés de cabeza y se dirigió a Dietrich.

—Háblame de ese señor de pura *energia* y de cómo se encarnó a sí mismo. ¡Ese ser, cuando regrese, aún podría salvarnos!

—¡Amén! —dijo Joachim. Pero Kratzer hizo chasquear sus labios laterales.

—¿Encarnación? Los átomos de la carne no encajarían. ¿Puede uno de Hochwald impregnar a un krenk? *Wa-bwa-wa.*

Arnold agitó el brazo.

—Un ser de pura *energia* podría conocer el arte de habitar un cuerpo extraño. —Tomó asiento junto a la mesa—. Decidme, ¿vendrá pronto?

—Este es el tiempo de Adviento —dijo Dietrich—, cuando esperamos su nacimiento en la misa de Cristo.

El alquimista tembló.

—¿Y cuándo y dónde se encarna?

—En Belén de Judea.

Pasaron el resto de la noche instruyéndolo en el catecismo, que el alquimista anotó diligentemente en la maravillosa pizarra para escribir que todos los krenken llevaban en la bolsa. Arnold le pidió a Joachim que tradujera la misa al alemán para que el *Heinzelmännchen* pudiera a su vez traducirla al krenk. Dietrich, que sabía lo mal que los conceptos de una lengua podían trasvasarse a otra, se preguntó cuánto del sentido original sobreviviría al viaje.

Llegó la Nochebuena y aparecieron los aldeanos que rara vez veían el interior de la iglesia. Con ellos vino Arnold Krenk. Alguno, al advertir a ese peculiar catecúmeno nuevo, se marcharon en silencio, incluida Theresia. Cuando la misa de los catecúmenos terminó, y el hermano Joachim, alzando el libro de los Evangelios, indicó a Arnold Krenk que se adelantara para la instrucción, unos cuantos volvieron para la misa de los fieles. Pero Theresia no estaba entre ellos.

Después, Dietrich se echó encima una capa y, tras tomar una antorcha, se encaminó al pie de la montaña, donde se hallaba la cabaña de Theresia. Llamó a la puerta, pero ella no contestó, fingiendo estar dormida, y por eso redobló sus esfuerzos. El ruido hizo que Lorenz se asomara a su herrería para mirarlo con ojos hinchados y dirigir una mirada suplicante a las estrellas antes de volverse a dormir.

Finalmente, Theresia abrió media puerta.

—¿No me permitiréis dormir? —preguntó.

—Te has ido de la misa.

—Mientras haya demonios presentes, no puede haber verdadera misa, así que no he roto la ley de la misa de Cristo. Vos lo habéis hecho, padre, pues no habéis celebrado una misa verdadera.

Esto era demasiado sutil para Theresia.

—¿Quién te ha contado eso?

—Volkmar.

Toda la familia Bauer se había marchado también de la iglesia.

—¿Y Bauer es teólogo? ¿Un *doctor rustica*? ¿Vendrás a la misa del amanecer?

Nunca había tenido que hacerle esa pregunta. En el pasado, su hija asistía a las tres misas de Cristo.

—¿Estarán *ellos* allí?

Las costumbres y ceremonias de la aldea interesaban a Kratzer y a muchos de los peregrinos perdidos. Algunos de ellos sin suda asistirían con sus *fotografía y mikrophonai*.

—Es posible.

Ella negó con la cabeza.

—Entonces yo no estaré. —Empezó a cerrar la puerta.

Dietrich alzó la mano para detenerla.

—Espera. Si «ante Cristo no hay judío ni griego, ni esclavo ni hombre libre, ni hombre ni mujer», ¿cómo puedo ante Cristo expulsar a nadie de la misa?

—Porque esos demonios no son hombres ni mujeres, ni griegos ni judíos —respondió ella simplemente.

—¡Eres una peleona!

Theresia cerró la puerta.

—Debéis descansar para la misa del alba —la oyó él decir.

De regreso a la rectoría, Dietrich expresó sus frustraciones a Joachim y se preguntó si podría prohibir a los krenken que asistieran a algunas misas para que Theresia y los demás lo hicieran.

—La respuesta sencilla es que no podéis —repuso el monje—, y como mucho de lo que Cristo enseñó, la respuesta sencilla será suficiente. Solo los eruditos cargan esas cosas con diatribas. —Extendió la mano y agarró la muñeca de Dietrich—. Nos enfrentamos a una tarea maravillosa, Dietrich. Si atraemos a estos engendros de Satán a los brazos de Cristo, el Reino de los Cielos no puede estar muy lejos. Y cuando venga la Tercera Era del Mundo, la Era del Espíritu Santo, nuestros nombres quedarán escritos en oro.

Mientras se acostaba para echar una cabezada hasta la misa del amanecer, Dietrich pensó: «¿Pero estará el nombre de Theresia entre ellos?».

Como sucede a menudo, el miedo se tradujo en hostilidad. Theresia arrojaba bolas de nieve a los krenken cada vez que los veía al descubierto, pues había comprendido su particular sensibilidad al frío.

—Pues claro que el frío los molesta —le dijo a Dietrich después de que este la reprendiera—. Están acostumbrados a los fuegos del infierno.

En una ocasión, sus proyectiles helados alcanzaron a un niño krenk. Después de esto, algunos krenken, sabiendo que verlos la volvía loca, empezaron a arriesgarse a soportar el frío para vengarse de ella asomándose a la ventana de su cabaña. El barón Grosswald aplicó la disciplina krenk a estos transgresores, no por amor a Theresia Gresch, sino para mantener la precaria paz, y el calor, que había conseguido gracias a la disposición de *Herr Manfred*.

Incluso Joachim tuvo que expresar su decepción.

—Si me hubieran preguntado quién en esta aldea se sentaría ante el Señor —dijo una tarde mientras zurcía un roto en su hábito—, habría dicho que la mujer de las hierbas. Lorenz me dijo que era muda cuando llegó con vos.

Dietrich, que estaba fregando el sucio, se detuvo a recordar.

—Y siguió siéndolo durante dos años más. —Dirigió una mirada al crucifijo de la pared, donde Jesús también se retorció atormentado. «¿Por qué, oh, Señor, la has afligido así? Job al menos era un hombre rico y por eso tal vez merecía sus aflicciones, pero Theresia era solo una niña cuando se lo quitaste todo».



—Su padre era un *Herr* de Alsacia —dijo—, y los del *Armleder* quemaron su mansión, mataron a su padre y sus hermanos y violaron a su madre.

Joachim se persignó.

—Que Dios los tenga en su gracia.

—Todo por el crimen de ser ricos —señaló Dietrich—. No sé si su padre era un señor cruel o si era amable, si tenía enormes cantidades de tierra o solo una pobre parcela de caballero. Esas diferencias no significaban nada para ese ejército. La locura se había apoderado de ellos. Consideraban malo el tipo de persona, no a la persona en sí.

—¿Cómo logró escapar? ¡Decidme que la turba no la...! —Joachim se había puesto blanco y sus labios y sus dedos temblaban.

—Había un hombre entre ellos —recordó Dietrich— que había abierto los ojos y estaba desesperado por escapar de su compañía. Sin embargo, a pesar de eso era uno de los líderes y no podía escabullirse sin ser visto. Así que pidió a la niña como si fuera a acostarse con ella. El levantamiento se había desintegrado ya. Eran hombres muertos que caminaban, sin necesidad de ley, ¿pues qué mayor castigo podría haberles caído encima? Los otros pensaron que se había llevado a la niña a algún lugar privado. Al amanecer, estaba a muchas leguas de distancia. —Dietrich se frotó los brazos—. Fue a través de ese hombre malvado como la niña llegó hasta mí y yo la traje aquí, donde la locura no había llegado nunca y ella pudo conocer un poco de paz.

—Dios bendiga a ese hombre —dijo Joachim, persignándose.

Dietrich se volvió hacia él.

—¿Dios lo bendiga? —gritó—. Mató a hombres e instó a otros a matar. La bendición de Dios estaba muy lejos de él.

—No —insistió el monje tranquilamente—. Estuvo siempre junto a él. Solo tenía que aceptarla.

Durante un momento, Dietrich no habló.

—Es difícil perdonar a ese hombre —dijo por fin—, no importa qué lo conmoviera al final.

—Difícil para los hombres, tal vez, pero no para Dios —replicó Joachim—. ¿Qué le sucedió después? ¿Lo capturó el duque de Alsacia?

Dietrich negó con la cabeza.

—Nadie ha oído su nombre en doce años.

El intervalo entre la Nochebuena y la Epifanía eran las vacaciones más largas del año. Los aldeanos tenían que surtir la mesa del banquete del señor, pero estaban exentos de cualquier servicio manual y por eso el espíritu festivo se apoderó de todos. Alzaron de nuevo un abeto en el prado y lo adornaron con banderas y ornamentos, y ni siquiera la choza más pobre dejó de colaborar con acebo, hojas de pino o *mistel*.

Pero la alegría no se extendió a los krenken. Una traducción demasiado literal de

*adviento* a la lengua krenk les había hecho creer en la llegada real del tan anunciado «señor del cielo», de modo que su decepción fue profunda. Aunque le alegró que los forasteros anhelaran el Reino de los Cielos, Dietrich advirtió a Hans que no se tomara ingenuamente las cosas al pie de la letra.

—Hace mil trescientos años que Cristo ascendió —explicó Dietrich después de la misa por san Sebastián, mientras Hans le ayudaba a limpiar los cálices sagrados—. También sus discípulos pensaron que pronto regresaría, pero se equivocaban.

—Tal vez se confundieron porque les pensaba el tiempo —sugirió Hans.

—¿Qué? ¿Puede el tiempo pensarse como si fuera un racimo de uvas? —Dietrich estaba a la vez sobresaltado y divertido, y chasqueó los labios con una risa parecida a la de los krenken mientras guardaba el cáliz en su mueble y echaba la llave—. Si el tiempo puede ser «pensado», entonces es un ser sobre el que se puede actuar, y un ser consta de sujeto y aspecto. Una cosa que es movable altera su aspecto, pues está *aquí*, y luego está *allí*; es *esto*, luego es *eso*. —Dietrich agitó la mano de un lado a otro—. Hay cuatro movimientos: cambio de sustancia, como cuando un leño se convierte en ceniza; cambio de cualidad, como cuando una manzana madura de verde a roja; cambio de cantidad, como cuando un cuerpo crece o disminuye, y cambio de lugar, que llamamos «movimiento local». Obviamente, para que el tiempo pueda ser «pensado» (aquí *largo*, allá *corto*) debe haber un *movimiento* del tiempo. Pero el tiempo es la *medida* del movimiento en cosas mutables y no puede medirse a sí mismo.

Hans no estuvo de acuerdo.

—Los espíritus viajan tan rápido como el movimiento de la luz cuando no hay aire. A esas velocidades, el tiempo pasa más rápidamente, y lo que es un parpadeo para el espíritu-Cristo es para vosotros muchos años. Así que vuestros mil cien años pueden parecerle a él solo unos cuantos días. Llamamos a eso pensar el tiempo.

Dietrich sopesó la explicación un momento.

—Admito dos tipos de duración: *tempus* para el reino sublunar y *aeternia* para los cielos. Pero la eternidad no es tiempo, ni el tiempo es una porción de la eternidad, pues no puede haber tiempo sin cambio, que requiere un principio y un fin, y la eternidad no tiene ni lo uno ni lo otro. Es más, el movimiento es un atributo de las cosas mutables, mientras que la luz es un atributo del fuego. Pero un atributo no puede informar a otro, pues entonces el segundo atributo debe ser una entidad y no podemos multiplicar entidades sin necesidad. Así, la luz no puede tener movimiento.

Hans unió sus antebrazos.

—Pero la luz es una entidad. Es una onda, como las que se agitan en el estanque.

Dietrich se rio de la sabiduría del krenk.

—Una onda en el agua no es una *entidad*, sino un atributo del agua producido por la brisa, o por un pez, o por una piedra lanzada contra ella. ¿Cuál es el medio en donde la luz «ondula»?

—No hay ningún medio —dijo Hans—. Nuestros filósofos han demostrado

que...

—¿Puede haber una onda sin agua? —rio de nuevo Dietrich.

—Muy bien —dijo Hans—. No es solo *como* una onda, pero está compuesto de... cuerpos muy pequeños.

Dietrich suministró el término.

—Corpúsculos. Pero si la luz estuviera compuesta de corpúsculos (una proposición diferente a ser «una onda en ningún medio»), esos cuerpos se impresionarían a sí mismos con nuestro sentido del tacto.

Hans hizo un gesto como de arrojar algo.

—No se puede discutir con ese razonamiento. —Se frotó los antebrazos lentamente, pero como los roces quedaron ahogados por las pieles, no emitió ningún sonido—. Cuando el *Heinzelmannchen* declara «movimiento» o «espíritu», los términos krenken que yo oigo pueden diferir de los términos alemanes que tú dices. Para mí, la roca que cae está en «movimiento», pero no el leño que arde. Cuando yo digo que al apretar cierta tecla de la cabeza parlante libero espíritu de los fuegos de los barriles de almacenamiento y por eso animo la materia, sé lo que he dicho, pero no lo que tú has oído. ¿Has terminado tu limpieza? Bien. Vayamos junto al fuego de la rectoría. Aquí hace demasiado frío para mí.

Se dirigieron al vestíbulo y, mientras Dietrich se ponía el abrigo y se subía el cuello para protegerse del frío, el krenk siguió hablando.

—Sin embargo, dices una verdad. El tiempo es verdaderamente inseparable del movimiento (la duración depende del grado de movimiento), y el tiempo no tiene principio ni fin. Nuestros filósofos han concluido que el tiempo empezó cuando este mundo y el otro mundo se tocaron. —Hans dio una palmada para demostrarlo—. Ese fue el principio de todo. Algún día volverán a chocar, y todo empezará de nuevo.

Dietrich asintió.

—Nuestro mundo en efecto empezó cuando fue tocado por el otro mundo; aunque dar palmadas no es más que una metáfora para lo que es puro espíritu. Pero, para presionar una cosa, algún actor ha de hacerlo, pues no existe movimiento sin motor. ¿Cómo podríamos presionar el tiempo?

Hans abrió la puerta de la iglesia y se preparó para iniciar los saltos que lo llevarían rápidamente a través del frío hasta la rectoría.

—Di más bien —respondió críticamente— que el tiempo nos presiona a nosotros.

La costumbre del feudo exigía que *Herr* Manfred festejara a los aldeanos en el Hof durante los días sagrados, y por eso, según las *Weistümer*, seleccionó varias casas de la aldea. En Oberhochwald, el número acostumbrado eran doce, en honor a los apóstoles. Aquellos que, como Volkmar y Klaus, tenían varias parcelas, se sentaban junto al señor con sus esposas y bebían y comían de los mismos platos del señor. Los *Gärtners* también estaban invitados, aunque estos traían su propio mantel, copa y

trinchador.

Gunther trajo un queso, cerveza, carne de cerdo con mostaza, gallina, embutido y budines, y un guiso de pollo. Manfred le había dicho al barón Grosswald que proporcionara la comida para su propia gente de sus almacenes. Pero la caridad iba en contra de las inclinaciones krenken, y la mayor parte de lo que Gschert ofreció eran comidas alemanas, adornadas con una pequeñísima porción de comida krenk. Dietrich achacó las magras porciones al innato egoísmo de Grosswald.

Durante el banquete, Peter de Rheinhausen, el *Minnesinger* de Manfred, cantó el *Libro de los Héroes*, eligiendo el pasaje en que el grupo de caballeros del rey Dietrich ataca el rosal del traicionero enano Laurin para rescatar a la hermana de Dietlieb, su camarada. Uno de los aprendices de Peter tocaba la viola, mientras que el otro aporreaba un pequeño tambor. Al cabo de un rato, Dietrich advirtió que los invitados krenken chasqueaban las mandíbulas al ritmo del laúd. Era en esos pequeños detalles que su esencia humana se les notaba, y pidió perdón a Dios por haber pensado una vez que eran bestias.

Después, los campesinos podían llevarse a casa las sobras que pudieran guardar en sus servilletas. Langermann había traído un mantel especialmente grande para este propósito.

—La mesa del *Herr* estaba servida con los frutos de mi trabajo —le dijo el *Gärtner* cuando advirtió que Dietrich lo miraba—, así que solo estoy recuperando parte de lo que fue mío.

Nickel exageraba un poco, pues trabajaba lo menos posible, pero Dietrich no le reprendió por su previsión.

Los criados retiraron entonces las mesas del centro del salón para dejar sitio al baile. Dietrich advirtió que los krenken y la gente de Hochwald se separaban lentamente, como el aceite y el agua después de ser agitados. Algunos, como Volkmar Bauer, evitaban a las criaturas y les dirigían miradas a la vez furiosas y temerosas.

El maestro Peter tocó, y los habitantes de Hochwald se emparejaron: Volkmar y Klaus con sus esposas, Eugen con Kunigunda, y ejecutaron los pasos mientras los demás invitados los miraban junto a la chimenea.

Manfred se volvió a los nobles krenken que tenía al lado: Grosswald, Kratzer y Shepherd, que era *Maier* de los peregrinos.

—Hay una historia de un baile de Navidad en el *Schloss* de Althornberg —dijo, indicando con un *Krautstrunk* lleno de vino, cuya superficie rugosa proporcionaba a quien bebía un asidero más firme que el cristal liso—. En la fiesta, algunos bailarines llevaban hogazas huecas de pan como zuecos. Bien, la profanación del pan provocó naturalmente la ira divina, así que empezó a tronar. Una criada trató de detener el baile, pero Althornberg interpretó los truenos como aplausos de Dios y ordenó a los bailarines que continuaran, momento en que un rayo incendió el castillo. Solo la criada sobrevivió... A veces se la ve todavía en los caminos, cerca de Steinbis.

Dietrich contó entonces la historia del convento de Titisee.

—No admitían más que a bellas herederas y vivían a expensas de su riqueza. Una noche oscura y tormentosa llamaron a la puerta durante una fiesta en la que todas se habían dado a la bebida, y las hermanas enviaron a abrirla a una novicia recién llegada. Al asomarse, vio a un viejo cansado de pelo blanco que pedía albergue para pasar la noche. Como no estaba aún corrompida, la novicia suplicó a la abadesa que le concediera hospitalidad, pero la mujer hizo un brindis a su salud y lo expulsó. Esa noche, la lluvia inundó el valle y todas en el convento se ahogaron, excepto la joven novicia, que fue rescatada por un bote donde remaba el viejo peregrino. Y ese es el origen del Titisee.

—¿Es así? —preguntó Shepherd.

—*Doch* —asintió Manfred gravemente—. La historia se puede comprobar de dos modos. Uno, asomándose a las profundidades del lago, donde se ven las torres del convento sumergido. El otro es sumergirse en las aguas. Pues si te zambulles «a más profundidad que cualquier sonda» oyes el repique de las campanas del convento. Pero ninguno de los que lo han hecho ha regresado, porque el Titisee no tiene fondo.

Más tarde, Hans llevó a Dietrich aparte y preguntó:

—Pero si ninguno de los que lo han hecho ha regresado, ¿cómo se sabe que pueden oírse las campanas?

Dietrich se echó a reír.

—Una fábula enseña una lección —le dijo al krenk—, no cuenta una historia. Observa que el castigo fue por no ofrecer ayuda a un extranjero y no por ninguna superstición pagana de hogazas de pan.

La pequeña Irmgard se había escapado de su habitación, como tenían que hacer los niños pequeños cuando sus mayores estaban de fiesta, pero Chlotile, su ama, que había descubierto la huida, fue tras ella y la niña entró chillando en la sala, abriéndose paso entre el alto bosque de piernas, hasta que, al mirar atrás para ver a su perseguidora, chocó con Shepherd.

La líder de los peregrinos, a quien llamaban «pastora» porque se pasaba casi todo el tiempo reagrupándolos y haciéndolos andar, miró a la cosita que casi la había derribado y el silencio se apoderó de la sala. Los bailarines se detuvieron. Kunigunda, al ver lo que había hecho su hermana, dijo «Oh» en voz muy queda, pues todo el mundo conocía la naturaleza colérica de los forasteros.

Irmgard alzó la cabeza y siguió alzándola, y abrió la boca. Había visto a las criaturas desde lejos, pero esta era la primera vez que el encuentro era cercano.

—¡Pero sí es un saltamontes gigante! —dijo, llena de placer—. ¿Puedes saltar?

Shepherd ladeó la cabeza levemente mientras su arnés le repetía las palabras; entonces, con una leve flexión de rodillas saltó hacia las vigas del salón... entre los aplausos de deleite de Irmgard. En lo alto del salto, Shepherd se frotó las espinillas, igual que un hombre podría entrechocar los tobillos. Antes de que tocara el suelo, un segundo krenk saltó también y pronto varios estuvieron haciéndolo, entre un

arrítmico roce de brazos y chasqueo de mandíbulas.

«Así que esto es lo que en su especie hace las veces de baile», pensó Dietrich. Sin embargo los saltadores no hacían ningún esfuerzo por moverse al compás, ni el chasquido y los roces seguían un *tempus*.

Pero la pregunta de Irmgard y la respuesta de Shepherd habían roto la silenciosa tensión de la sala. Los habitantes de Hochwald empezaron a sonreír mientras veían a la krenk saltar, pues también Irmgard se había unido a los saltos con infantil alegría. Incluso el ceño fruncido de Volkmar se distendió.

El maestro Peter, que buscaba en su laúd una música adecuada para la demostración, se contentó con el motete francés *El espejo de Narciso*. No tuvo ningún efecto sobre el caos krenk, pero sí animó a Eugen y Kunigunda a continuar la intrincada pauta de su baile. Peter cantó *Dame, je sui cilz qui vueil endurer*, y sus aprendices se le unieron. El que tocaba la pandereta se encargó del *triplum* y cantó la queja de la enamorada, «quédate conmigo o moriré»; el de la viola se encargó de la voz *tenor* y cantó el dolor del enamorado.

—¿Os gusta? —le preguntó Dietrich a Hans por el canal de voz privado que a veces usaban entre ellos—. El baile es un lazo más entre nosotros.

—Una barrera más. Esta habilidad peculiar vuestra demuestra solamente lo diferentes que somos.

—¿Habilidad peculiar nuestra?

—No tengo palabras para expresarlo. Conseguir una cosa haciendo muchas cosas distintas juntos. Cada hombre canta ahora diferentes palabras en diferentes tonos y, sin embargo, se acoplan de un modo extraño pero agradable a nuestros oídos. Cuando tu hermano y tú cantasteis para darnos la bienvenida a vuestra iglesia, los peregrinos no pudieron hablar de otra cosa durante días.

—¿No conocéis la armonía ni el contrapunto? —Incluso mientras lo preguntaba, Dietrich advirtió que no podían. Eran un pueblo que solo conocía el ritmo, pues no respiraba del mismo modo que los hombres, y por eso no podían modular la voz. En su caso, todo eran chasquidos o roces.

Hans señaló a los saltadores krenken.

—¡Gansos dentro de un corral! Cuando los aldeanos honraron las nuevas chozas, un hombre golpeó una piel, otro sopló por un tubo, un tercero sacó aire de una vejiga, un cuarto arañó cuerdas con un palo. Sin embargo todo se combinó en un sonido que los bailarines siguieron con los pies y dando palmadas en sus calzas de cuero... *sin ser dirigidos*.

—Nadie os dirige ahora —dijo Dietrich, indicando los saltadores.

—Pero no saltan en... «en concierto», me informa ahora el *Heinzelmännchen* de la palabra. No conocemos el «concierto». Cada uno de nosotros salta a solas dentro de su cabeza, pero con un único pensamiento: «Como morimos, reímos y saltamos».

Hasta qué punto Hans hablaba literalmente no fue evidente hasta que el sol

calentó la nieve en la Epifanía del Señor. Wanda, la esposa de Lorenz, despertó a Dietrich y lo arrastró colina abajo hasta un montículo de nieve en el camino, justo detrás de la fragua. Allí, un grupito de aldeanos se congregaba en silencio, temblando y soplándose vaho en las manos e intercambiando miradas inciertas.

—El alquimista ha muerto —dijo Lorenz.

Y en efecto, Arnold yacía de costado en un hoyo cavado en la nieve, doblado sobre sí mismo como aquellos cadáveres antiguos que a veces se encuentran en túmulos olvidados. Su desnudez sorprendió a Dietrich, ya que a los krenken los disgustaba el frío incluso cuando estaban cubiertos de pieles. En la mano tenía una hoja de pergamino en la que había garabateadas palabras-signos krenken.

—Wanda vio el pie que sobresalía del montículo de nieve —dijo Lorenz—, y lo sacamos con las manos desnudas.

Mostró las palmas, rojas y peladas, como si Dietrich pudiera dudar de su palabra y exigiera pruebas. Wanda se secó la nariz y apartó la mirada del cadáver.

—Ya no estaba cuando he despertado —dijo Gregor.

Seppl Bauer sonrió.

—Un demonio menos del que preocuparnos.

Dietrich se volvió y lo reprendió al momento.

—¿Pueden morir los demonios? —exclamó—. ¿Quién ha hecho esto? —Miró uno por uno a los miembros del grupito—. ¿Cuál de vosotros ha matado a este hombre?

Recibió negativas por todas partes y Seppl se frotó la oreja y le devolvió la mirada.

—¿Hombre? —dijo entre dientes—. ¿Dónde están sus atributos? No muestra ninguna masculinidad.

En efecto, la criatura no tenía más atributos que un eunuco.

—Creo que se enterró en la nieve y el frío lo mató —afirmó Lorenz.

Dietrich estudió la forma en que yacía el cuerpo y admitió que no había nada del apestoso icor que hacía las veces de sangre en los visitantes, ninguna evidencia de magulladuras. Recordó que Arnold era especialmente melancólico incluso para ser krenken, y dado a la soledad.

—¿Ha llamado alguien al barón Grosswald? ¿No? Tú, Seppl, ve. Sí, tú. Llévate a Max. Y que alguien avise a Klaus.

Dietrich se dio la vuelta y entonces vio que Joachim había bajado de la rectoría y contemplaba el cadáver con desazón.

—Era mi mejor catecúmeno —dijo el monje, cayendo de rodillas en la nieve—. Creía que sería el primero en unirse a nosotros.

—¿Y qué demonio podría vivir con eso? —dijo gravemente Volkmar Bauer.

Hans y Kratzer habían venido con Joachim. El filósofo contempló inmóvil el cuerpo de su amigo, pero Hans se adelantó y recogió el pergamino de la mano del alquimista.

—¿Qué dice? —preguntó Dietrich, pero bien podría habérselo preguntado a la talla de santa Catalina, pues Hans no se movió durante un buen rato. Por fin, le entregó el pergamino a Kratzer.

—Es parte de vuestra oración —dijo—. «Este es mi cuerpo. Quien coma de él vivirá».

Ante esta prueba de piedad, el hermano Joachim lloró abiertamente y siempre a partir de entonces nombró a Arnold en el *Mementoetiam* de la misa.

Tanto Hans como Kratzer permanecieron en silencio.



## XIII

### ENERO DE 1348

*Lunes de Roca* El primer lunes después de Epifanía (llamado *Lunes de Faldas por las mujeres, Lunes de Arado por los hombres*) marcó el final de los días sagrados de Navidad. La mayoría de los años, los hombres de la aldea competían en carreras para ver quién podía arar más rápido un surco, pero con el terreno cubierto de nieve las carreras no se celebraron. Pero el *Lunes de Faldas* continuó y las mujeres de Oberhochwald hicieron alegremente prisioneros a los hombres y pidieron rescate por ellos. El nombre de la celebración era una broma, pues «falda» y «venganza» sonaban muy parecidos en lengua alemana.

Dietrich trató, con poco éxito, de explicar la festividad a Hans y los otros krenken; pero el placer de la inversión de papeles se escapaba a aquellos a quienes el instinto obligaba a realizar su función. Cuando Dietrich explicó que en el Día de los Inocentes un *Gärtner* sería escogido para gobernar como *Herr* durante ese día, lo miraron con incompreensión... y no poco horror.

Wanda Schmidt capturó a Klaus Müller y lo retuvo en la fragua de su marido esperando un rescate que tardó en llegar. Algunos decían que fue una buena lucha, pues el molinero y la esposa del herrero tenían la misma corpulencia y casi la misma fuerza.

—Las piedras de molino —bromeó Lorenz mientras se lo llevaba Ulrike Bauer— molerían a alguien igual que me chafaría yo entre ellos.

Los hombres de la aldea, por su parte, querían ser capturados por Hildegarde Müller. Sin embargo, la esposa del molinero exigió solo un donativo para aliviar a los destituidos. Trude Metzger atrapó a Nickel Langermann..., para diversión de todos, pues nadie había olvidado que había pagado *Merchet* por sí misma.

Se produjo una pelea cuando Anna Kohlmann capturó a Bertram Unterbaum. Oliver Becker, que se consideraba con derecho a ese destino, derribó a Bertram de un golpe y le hizo sangre en la nariz. Pero en vez de correr hacia el victorioso, como Oliver sin duda había imaginado, Anna corrió hacia el muchacho caído y le acunó la cabeza en el regazo, ganándose años en el Purgatorio por las cosas que llamó al hijo del panadero. Oliver se puso pálido y huyó de su lengua, algunos decían que con lágrimas en los ojos.

Más tarde, cuando Jakob y Bertha no pudieron encontrar a su hijo para que encendiera el horno, descubrieron que tanto él como sus exiguas pertenencias habían desaparecido, y Jakob maldijo al joven y lo llamó *Bummer*.

Dietrich temía que el muchacho fuera con historias de los krenken a Friburgo, pero Manfred se negó a perseguirlo.

—¿Con este frío, con estas ventiscas? No, fue un necio al marcharse y es probable que sea un necio muerto dentro de poco.

Ante esa negativa, Dietrich permaneció arrodillado en la iglesia durante tres noches seguidas, castigándose por haberse preocupado por su propia seguridad y no por el descarriado joven.

En tercias, en la conmemoración de Priscila de las Catacumbas, Kratzer llamó a Dietrich y Lorenz para que se reunieran en el salón de Manfred con Hans y un tercer krenk a quien Dietrich no conocía, y de cuyo cinto pendían muchas herramientas curiosas. Los krenken esparcieron sobre la mesa de banquetes pergaminos ricamente iluminados con intrincadas figuras; a pesar de su precisión, la ejecución era pobre, carente del color y el brillo del trabajo de los franceses y de la salvaje exuberancia de los irlandeses. Grecas en ángulos precisos y con frutos curiosamente geométricos: círculos y cuadrados y triángulos, algunos con escritura. Joachim, incluso con su mano tan poco diestra, hubiese podido ejecutar fácilmente una iluminación más hermosa.

—Este dibujo —explicó Hans— es un... ¿Cómo lo llamáis cuando algo arranca y vuelve al punto de inicio?

—Un circuito, como cuando Everard hace un circuito de las posesiones del *Herr*.

—Mucha gracia. Este circuito ayuda a mover nuestro engranaje en las direcciones que se curvan hacia dentro al otro mundo. O eso dice el «sirviente de la esencia».

Con esto indicó al tercer krenk, que se llamaba Gottfried.

—Sus aparatos más sabios se estropearon en el naufragio y no pueden ser reparados, pero este primitivo puede servir en cambio. La esencia sale de este punto, el *movedor*, y pasa por una serie de alambres de cobre y así anima nuestras máquinas. Esta esencia está contenida en... barriles de almacenamiento, pero esos barriles se vacían por la falta de poder generador. Esto puede restaurarlos.

Dietrich miró la iluminación.

—¿Este aparato acelerará vuestra marcha?

Hans no volvió la cabeza.

—Puede que no sirva —admitió—, pero hay que probarlo o seremos «salvados por el alquimista».

Dicho esto, Kratzer chasqueó bruscamente las mandíbulas y el sirviente de la esencia se envaró. Hans se inclinó sobre el «circuito». Dietrich había advertido que el suicidio del alquimista había afectado a sus extraños huéspedes. Se habían vuelto más sometidos, pero también discutían con más frecuencia entre sí.

—¿La esencia que pasa por el cobre es tierra, agua, aire o fuego? —se preguntó Dietrich en voz alta.

Hans no dijo nada, así que Kratzer contestó.

—Las llamamos las... «cuatro apariencias de un material». Fuego, supongo. Puede arder.

—Eso es porque los átomos de fuego son tetraédricos, con muchas puntas afiladas. Debe moverse muy rápido, pues ese es uno de los atributos del fuego.

Hans, que estaba «leyendo el circuito», alzó la cabeza del manuscrito iluminado y separó sus labios blandos en una sonrisa krenk.

—Sí, muy rápido, en efecto.

—El fuego tiende siempre a su posición natural, a moverse hacia arriba, hacia la cuarta esfera sublunar.

—Bueno, este tipo de fuego busca una posición inferior —dijo Hans—. O «potencia», creo que la llamáis.

—Entonces debe de ser también parte de agua, que se mueve hacia una esfera inferior..., aunque el fuego y el agua, siendo contrarios, no se mezclan. Así, vuestro fuego-agua debe entonces fluir a través de los canales del cobre como el agua fluye por los canales y mueve el molino de Klaus y lo hace pasar de potencia a acto. ¿Estas frutas de vuestras grecas son máquinas? ¿*Ja*? Pero para mover una máquina hace falta una corriente fuerte. La altura de la presa es de gran importancia, puesto que cuanto mayor sea el salto, mayor será el trabajo realizado.

—El salto potencial de este circuito es muy grande—dijo Gottfried, el sirviente de la esencia—, al igual que la corriente. Hemos asegurado el resto del lingote que quedó con el orfebre de Friburgo. No alcanzará para todas las reparaciones, pero será suficiente para construir este aparato.

—¿Qué? —dijo Dietrich—. ¡Eso iba a ser la paga del hombre!

Hans estiró el brazo.

—Nuestra necesidad es más grande. El «bicho» que viajó contigo nos dijo dónde estaba su taller. Volamos por la noche y lo recuperamos.

—¡Pero eso es robo!

—Es supervivencia. ¿No se distribuyen los bienes según la necesidad, como nos leíste del libro?

—Se distribuyen, no se toman. Hans, la arrogancia natural de tu pueblo os ha apartado del Camino. Veis una cosa y, si la queréis y tenéis el poder, la tomáis.

—Si nos quedamos aquí, moriremos. Puesto que la vida es el mayor bien, requiere el mayor esfuerzo; por eso, trabajar para nuestra huida no puede ser considerado inadecuado.

Dietrich se sobresaltó.

—La vida es solo el mayor de los bienes *corrompibles*, pero no es el mayor bien de todos, que llamamos Dios. Desear lo que otro posee es amarte a ti mismo más que al prójimo, y eso es contrario a la *charitas*.

Pero Hans tan solo extendió el brazo.

—Joachim te lo ha esbozado adecuadamente. —Se volvió hacia el herrero—. Lorenz, ¿puedes hilar cobre lo bastante fino?

—El cobre requiere un fuego más fino que el hierro —dijo Lorenz—, y luego es solo cuestión de darle el calibre adecuado. —Sonrió al inexpresivo krenk—. No te preocupes. Empezaré a trabajar en cuanto ascienda Venus.

—Venus... —Hans torció el brazo en un gesto que indicaba incertidumbre.

—El planeta es favorable para trabajar el cobre —respondió el herrero para evidente asombro de los krenken—. Ya que el cobre vino de Chipre —aclaró.

Manfred permitió la empresa a regañadientes, no porque esperara poco éxito, sino porque temía demasiado.

—Si este aparato suyo se repara —le confesó a Dietrich más tarde—, los krenken se escabullirán, pues dudo que Grosswald entienda lo que implica un juramento de lealtad. Cuando le convenga, lo olvidará sin dudarlo.

—Muy poco se parecen en esto a la humanidad —dijo Dietrich.

Y así Lorenz hiló el cobre del lingote y Gottfried lo dispuso en un tablero que imitaba la pauta del dibujo del «circuito». Cuando su varita mágica tocó un carrete de metal gris oscuro, *el metal fluyó* y goteó sobre alambre y pinza por igual, resolidificándose al instante y uniendo el uno a la otra. Los trabajadores del metal usaban ese «metal-plomo», pero necesitaban fuego para hacerlo fluir, y Dietrich no vio ni rastro de fuego. La varita, cuando Gottfried le permitió tocarla, ni siquiera estaba caliente.

El trabajo requería mano de joyero y, cuando no se hacía a la perfección, Gottfried reprendía a sus aprendices o se ponía a discutir con Hans. Incluso entre los krenken, Gottfried destacaba por su cólera.

Los krenken se preocupaban por la naturaleza «desnuda» del alambre, pero el significado de eso era un misterio porque ninguna palabra alemana expresaba «revestimiento». Cuando el «circuito» estuvo por fin terminado, Gottfried lo probó con un aparato que llevaba en el cinturón y, tras muchas discusiones con Hans, Kratzer y el barón Grosswald, se declaró satisfecho.

Al día siguiente, una nevada indiferente cubrió el aire tranquilo. El grupo se reunió en el patio del *Burg*. Gottfried, envuelto en pieles, se colocó un arnés volador del que colgaba, en un saco protector, el aparato que había construido. Su sometido aprendiz, Wittich, llevaría a Lorenz a la nave en un cabestrillo. El herrero había pedido poder mirar, y el barón Grosswald, a petición de *Herr* Manfred, había consentido.

Dietrich rezó por sus esfuerzos y Lorenz se arrodilló sobre las piedras heladas del patio y trazó el signo de la cruz sobre su cuerpo. Antes de subir a la torre de la que partirían los voladores, el herrero abrazó a Dietrich y le dio el beso de la paz.

—Rezad por mí —dijo.

—Cierra los ojos hasta que estés de nuevo en tierra firme.

—No temo a las alturas, sino al fracaso. No soy orfebre. El hilo no es tan fino y regular como pidió Gottfried.

Dietrich se quedó en la base de la torre mientras los otros subían las estrechas escaleras en espiral hasta la cima. Al doblar la curva de la espiral, los dos krenken tropezaron en los resbaladizos bloques. Hans, que se había quedado con Dietrich,

comentó la evidente falta de habilidad de los constructores.

—Pues no —dijo Dietrich—. Esos escalones son así para que los atacantes que suban a la torre tropiecen. La escalera describe una espiral a la derecha por motivos similares. Los invasores no pueden blandir sus espadas, mientras que los defensores, al luchar hacia abajo, pueden descargar el golpe completo.

Hans sacudió la cabeza, un gesto que había aprendido de sus anfitriones.

—Vuestra ineptitud demuestra siempre astucia. —Señaló hacia el cielo, aunque sin echar atrás la cabeza—. Allá van.

Dietrich contempló a los voladores hasta que se convirtieron en motas oscuras en el cielo. Los centinelas de la muralla señalaron también, pero ya habían visto esos vuelos muchas veces y la novedad de la hazaña estaba empezando a aburrirlos. Incluso habían visto volar a Max Schweitzer, aunque con moderado éxito.

—Blitzl tiene no poco optimismo —dijo Hans.

—¿Quién es Blitzl?

Hans señaló a los voladores que se desvanecían ya sobre el bosque.

—Gottfried. Llamamos a los que siguen su aparato Pequeños Rayos. Durante el tiempo de truenos grandes sacudidas de ardiente fluido cruzan nuestro cielo, y Gottfried trabaja con versiones más pequeñas del mismo espíritu.

—¡El *elektronikos*!

Un rostro krenk no podía mostrar asombro.

—¿Lo conoces? ¡Pero no dijiste nada!

—Deduje su probabilidad por principios filosóficos. Cuando vuestra máquina falló, una gran oleada de *elektronikos* barrió la aldea, creando no poco caos.

—Da gracias entonces a que no fuera más que una onda —le dijo Hans.

Después fue difícil reconstruir lo sucedido. Gottfried estaba en otro apartamento del navío y no lo presenció. Tal vez Wittich vio un cable suelto y trató de ajustarlo. Pero mientras manejaba el alambre desnudo, Gottfried abrió la puerta del fluido, permitiendo que el *elektronikos* fluyera a través de los canales... y a través de Wittich, buscando, como hacen los fluidos, el terreno más bajo.

—Lorenz agarró a Wittich por el brazo para apartarlo —le dijo Gottfried a Manfred después—, y el fluido lo recorrió también a él.

«Como el viejo Pforzheim —pensó Dietrich—. Y Holzbrenner y su aprendiz. Solo que más fuerte, como si un torrente hubiera barrido al hombre. Los días del hombre son como la hierba, el viento se los lleva y ya no existen».

—¿El hombre Lorenz no sabía qué sucedería cuando tocara a Wittich? —preguntó Grosswald. Estaba sentado junto a Manfred y Thierry en el estrado de juez, ya que el asunto implicaba a su gente.

—Vio que Wittich sentía dolor —dijo Gottfried.

—Pero *tú* lo sabías —insistió Grosswald.

El sirviente de la esencia hizo el gesto de arrojar y todos pudieron ver las

quemaduras en sus manos.

—Actué demasiado tarde.

El barón Grosswald rozó lentamente sus antebrazos.

—No preguntaba eso.

Después de que el pobre cuerpo quemado de Lorenz fuera enterrado y Dietrich diera a Wanda todo el consuelo que pudo, Gregor se acercó a la rectoría a ofrecer sus condolencias, «ya que los dos eran muy amigos».

—Era un hombre simpático y amable —dijo Dietrich—, un buen conversador, siempre con ganas de hablar más. Una amistad es superficial, creo, si todo entre dos hombres está dicho. Estoy seguro de que había cosas que deseaba contarme, pero siempre había tiempo para hacerlo más tarde. Ahora, ya no lo habrá. Pero la pena de Wanda debe de ser más grande.

Gregor se encogió de hombros.

—Ella lo quería mucho, pero vivían como hermano y hermana.

—¡Vaya! No lo sabía. Bueno, Pablo recomendó ese tipo de vida en una de sus cartas.

—Oh, ella no hizo voto de celibato, no mientras Klaus Müller pudiera ir a visitarla. En cuanto a Lorenz, no parecía muy interesado, siendo Wanda *Walküre* suficiente para saciar el ardor de cualquier hombre.

—¡Klaus Müller y la señora Schmidt!

Gregor sonrió con retintín.

—¿Por qué no? ¿Qué alegría lleva Hilde a la cama del molinero?

Dietrich no pudo disimular su asombro. Aunque el desenfreno de Hildegarde Müller era bien conocido, no esperaba lo mismo de Wanda, una mujer que en modo alguno era bien parecida. Recordó cómo, el Lunes de Roca, Lorenz había comparado a su esposa y Klaus con piedras de molino. ¿Conocía el herrero la infidelidad de su esposa, y tal vez la toleraba?

Fray Joachim llegó sin aliento a la puerta.

—¡Sois necesario en la iglesia, pastor!

Alarmado, Dietrich se puso en pie.

—¿Qué sucede?

—Gottfried Krenk. —Las mejillas del joven, rojas por el frío, brillaban en su pálido rostro. Los ojos oscuros centellearon—. ¡Oh, sin duda no hubo un nombre más maravillosamente elegido! Ha abrazado a Jesús y necesitamos que celebréis el bautismo.

Gottfried esperaba en el baptisterio, pero Dietrich lo llevó primero a la sacristía y habló con él a solas.

—¿Por qué eliges el bautismo, amigo saltamontes? —preguntó.

Ningún sacramento podía ser válido si no se comprendía su significado. El

bautismo era una cuestión de voluntad, no de agua.

—Por Lorenz el herrero. —Gottfried frotó lentamente sus antebrazos, un gesto que Dietrich había concluido que significaba reflexión, aunque el ritmo concreto del frotamiento podía indicar irritación, confusión, o cualquier otro tipo de estado anímico—. Lorenz era un artesano, como yo —dijo Gottfried—. Un hombre de baja extracción social, para que sus superiores lo utilizaran. «En justicia ordena el fuerte; en justicia se somete el débil».

—Eso dijeron los atenienses a los habitantes de Melos —dijo Dietrich—. Pero creo que nuestra palabra «justicia» y la vuestra no significan lo mismo. Manfred no puede usarnos como os usa el barón Grosswald. Está limitado por las costumbres y las leyes del feudo.

—¿Cómo es posible, si la justicia es la voluntad del señor?

—Porque hay un Señor por encima de todos. Manfred es solo nuestro señor «bajo Dios», lo cual significa que su voluntad está subordinada a la justicia superior de Dios. Nosotros podemos no obedecer a un mal señor, o no seguir una orden ilegal.

Gottfried agarró a Dietrich por el brazo, y el sacerdote no trató de zafarse del duro contacto.

—¡Eso mismo! Vuestro señor tiene obligaciones con sus vasallos, nosotros no. Lorenz usó su propia vida para salvar a Wittich y Wittich era solo... uno que trabaja en lo que es necesario, pero sin las habilidades especiales de un artesano.

—Un *Gärtner*. Pero si Lorenz vio que Wittich sufría dolor, naturalmente trató de ayudarlo.

—Pero entre nosotros no es común ayudar al inferior. Un artesano no ayudaría a un mero *Gärtner*; no sin... sin vuestra *charitas* para impulsarlo.

—Siendo justos, Lorenz no sabía que iba a perder la vida.

—Lo sabía —dijo Lorenz, soltándolo—. Lo sabía. Yo le había advertido que no tocara los cables cuando estuvieran animados. Le dije que el fluido podía golpear a un hombre como un rayo. Por eso supo que Wittich estaba en peligro. Sin embargo, no pensó en quedarse allí y verlo morir.

Dietrich estudió al krenk.

—Ni tú —dijo al cabo de un momento.

Gottfried extendió el brazo.

—Yo soy krenk. ¿Podía hacer menos que uno de vosotros?

—Déjame ver de nuevo tus manos.

Dietrich sujetó a Gottfried por las muñecas y le volvió las palmas hacia arriba. Las manos krenken no eran como las de los hombres.

Los seis dedos podían actuar como pulgares y eran largos en relación con la palma, que parecía no mayor que una pieza de oro de un tálero. El paso del fluido ardiente le había dejado una quemadura en cada palma, que el médico krenk había tratado con un ungüento de algún tipo.

Gottfried apartó las manos y chasqueó sus labios laterales.

—¿Dudas de mis palabras?

—No —respondió Dietrich. Las marcas negras le habían parecido estigmas—. ¿Tienes el amor de Dios en tu corazón? —preguntó bruscamente.

Gottfried imitó el gesto humano de asentimiento.

—Si muestro en mis acciones este amor-al-prójimo, entonces lo tengo dentro de mi corazón, ¿no es cierto?

—«Por sus frutos los conoceréis» —citó Dietrich, pensando en Lorenz y en Gottfried—. ¿Rechazas a Satanás y todas sus obras?

—¿Qué es «Satanás»?

—El Gran Tentador. El que siempre nos susurra el amor al yo en vez del amor a los demás, y al hacerlo nos aparta del bien.

Gottfried prestó atención mientras el *Heinzelmannchen* traducía.

—Si cuando me golpean, hablo dentro de mi cabeza, pienso en golpear a otro —sugirió—. Si cuando toman algo mío, pienso en tomar de otro para sustituirlo. Si cuando busco placer, no pido el consentimiento del otro. ¿A esto te refieres?

—Sí. Esas palabras las dice Satanás. Nosotros siempre buscamos el bien, pero nunca podemos usar medios malignos para conseguirlo. Cuando otros nos hacen mal, no debemos responder con más mal.

—Son palabras difíciles, sobre todo para gente como él.

Todas las voces pronunciadas a través del *Heinzelmannchen* sonaban iguales, pero Dietrich se dio la vuelta y vio a Hans en la puerta.

—Difíciles, en efecto —le dijo Dietrich al sirviente de la cabeza parlante—. Tan difíciles que ningún hombre puede esperar seguirlos. Nuestro espíritu es débil. Sucumbimos a la tentación de devolver mal por mal, de buscar nuestro propio bien a expensas de otros, a la tentación de *utilizar a otros hombres* como medio para lograr nuestros fines. Por eso necesitamos la fuerza, la gracia de Nuestro Señor Jesucristo. La carga de tanto pecado es demasiado grande para que la llevemos solos, y por eso él siempre camina a nuestro lado, como Simón el Cireneo caminó una vez junto a él.

—¿Y Blitzl, Gottfried, seguirá este camino? ¿Un conocido camorrista krenk?

—Lo haré —dijo Gottfried.

—¿Eres entonces débil?

Gottfried mostró el cuello.

—Lo soy.

Los labios callosos de Hans se abrieron y sus labios blandos se abrieron.

—¿Tú dices eso?

Pero Gottfried se levantó y se encaminó a la puerta de la sacristía, pasando junto a Hans para llegar al altar. Dietrich miró a su amigo.

—Necesitará tus oraciones, Hans.

—Necesitará uno de tus milagros.

Dietrich asintió.

—Todos lo necesitamos.



Y siguió a Gottfried al baptisterio.

—El bautismo —le dijo al krenk junto a la pila bautismal de cobre— lava el pecado, igual que el agua ordinaria lava la suciedad. Se sale del agua renacido como un hombre nuevo, y un hombre nuevo necesita un nuevo nombre. Debes elegir un nombre cristiano de alguno de los santos que nos han precedido. Gottfried es un buen nombre...

—Quiero llamarme Lorenz.

Dietrich vaciló ante el súbito dolor de su corazón.

—*Ja. Doch.*

Hans colocó una mano sobre el hombro de Dietrich.

—Y yo quiero llamarme Dietrich.

Gregor Mauer sonrió.

—¿Puedo ser el padrino?

## AHORA

### Sharon

En la Edad Media quemaban a los herejes.

En realidad, nunca fueron tantos ni sucedió tan a menudo como se supone. Había reglas, y la mayoría de los casos se resolvían con absoluciones, peregrinajes u otras imposiciones. Si querías arder, tenías que esforzarte, y puede que nos enseñe algo sobre la naturaleza humana el hecho de que tantos lo hicieran.

Sharon no sabía que era una hereje hasta que olió el humo.

Su jefe de departamento encendió la leña. Le preguntó si era cierto que estaba investigando las teorías de la Velocidad de la Luz Variable y ella, con la inocencia y el entusiasmo de alguien lleno del sagrado espíritu de la inquietud científica, respondió:

—Sí, parece que resuelve bastantes problemas.

Se refería a los problemas cosmológicos: aplanamiento, el horizonte, lambda. A por qué el universo está tan bien sintonizado. Pero el jefe de departamento (se llamaba Jackson Welles) carecía de espíritu y lo justificaba por la ley, y la ley en este caso era que la velocidad de la luz es constante. Einstein lo había dicho, él lo creía y asunto zanjado. Así que entendió que se refería a un conjunto completamente distinto de problemas.

—Como el Diluvio Universal, supongo.

El sarcasmo sorprendió mucho a Sharon. Era como si ella hubiera estado hablando de mecánica de automóviles y él hubiera respondido con un chiste sobre un juego de cartas. Tardó en procesarlo y, como para ella el pensamiento inducía a la reflexión, Welles interpretó que su dardo había hecho mella y se acomodó en la silla con las manos cruzadas sobre el estómago. Era un hombre delgado, endurecido por la rutina y la política académica. Se teñía el pelo con mucho acierto, dejándose suficientes canas para parecer sabio pero no tantas como para parecer viejo.

Estaban sentados en su despacho, y Sharon se sorprendió de lo espartano que era. Era el doble de alto y ancho que el suyo pero contenía la mitad de trastos. Libros de texto en estanterías y con aspecto nuevo, periódicos, fotografías y certificados, todo impresionante en filas ordenadas. En la pizarra no había ecuaciones ni diagramas, sino presupuestos y planes.

No es que Welles no pensara, sino que pensaba en otras cosas aparte de la física. Presupuestos, becas, cátedras, ascensos, la administración del departamento. Alguien tenía que pensar en esas cosas. La ciencia no se da sin más. Es una actividad humana, realizada por seres humanos, y todo circo necesita un jefe de pista. Una vez, hacía mucho tiempo, un joven Welles había escrito tres estudios de excepcional mérito sobre mecánica cuántica derivada a partir de las ecuaciones de Maxwell; así que no

piensen que era un *Krawattendjango*, un «tío de corbata», como dicen nuestros chicos en Alemania. No muchos hombres pueden escribir uno de esos estudios. Quizá su actitud se debía a la añoranza de aquellos días embriagadores y al hecho de saber que no escribiría un cuarto estudio.

—Lo siento —dijo Sharon—. ¿Pero qué tiene que ver la VLV con el Arca de Noé?

Incluso entonces, ella seguía pensando que se trataba de un chiste del jefe. Tenía un sentido del humor algo sobrio y Sharon estaba más acostumbrada a los payasos.

—¿Crees de verdad que puedes demostrar el creacionismo de la Tierra reciente?

Quizá fue por la expresión seria de su rostro. La boca apretada en una fina línea. Los inquisidores debían de tener aquel rictus cuando entregaban a sus acusados al brazo secular. Pero Sharon finalmente se dio cuenta de que hablaba en serio.

—¿Qué es el creacionismo de la Tierra reciente?

El jefe de departamento no podía creer que fuera tan inocente. Pensaba que todo el mundo estaba al día como él de los caprichos de las asambleas, los consejos de administración y otras fuentes de locura.

—Que Dios creó el universo hace solo seis mil años. Dime que nunca has oído hablar de eso.

Sharon sabía cómo hubiese respondido Tom, y luchó por que las palabras no salieran de sus labios.

—Ahora que lo mencionas —dijo en cambio—, sí que lo he oído.

Le hizo falta el recordatorio. Se pasaba la mayor parte de las horas del día en el espacio Janatpour. Allí no había creacionistas, ni recientes ni de otro tipo. Les habría confundido y se habrían perdido en una de aquellas dimensiones suyas sin nombre.

—«Ahora que lo mencionas» —la imitó Welles. Su sarcasmo era famoso en las altas esferas de la facultad. El decano huía cuando se acercaba—. No hay nada tan incuestionable como la constancia de la velocidad de la luz.

Decir aquello era un error, no solo porque realmente había otras cosas más incuestionables, sino porque no había nada peor que enfrentarse a un científico serio con el argumento de la autoridad. Ni Welles ni Sharon habían recibido una educación religiosa y por eso ninguno de los dos se daba cuenta de que mantenían una discusión religiosa, pero algo atávico se rebeló en el corazón de Sharon.

—Ese es el paradigma actual —dijo—. Pero un repaso más cuidadoso de los datos...

—¡Quieres decir que pretendes interpretar a tu modo los datos para demostrar lo que quieres! —dijo Welles sin ningún sentido de la ironía. Tal vez Kuhn no fuera un gran filósofo, pero tenía razón en lo de la fría mano muerta del Paradigma—. Yo mismo lo investigué cuando me enteré de lo que estabas haciendo y no ha habido ningún cambio en la medición de la velocidad de la luz en varias décadas. —Se echó hacia atrás en su silla y cruzó de nuevo las manos bajo el pecho, tomando el silencio de ella como el reconocimiento del devastador impacto de su réplica.

—Discúlpame —dijo Sharon, con solo un pequeño temblor en la voz—. ¿Un par de décadas? Eso es como medir la deriva continental durante unas cuantas horas. Prueba con un par de siglos, como hice yo. Hace falta una base de referencia lo bastante amplia para...

Y entonces sus pensamientos escaparon en una dirección inesperada mientras su memoria sacaba un factoides del sombrero. Examinó el factoides de arriba abajo, de un lado a otro y alrededor, una y otra vez. Welles alzó las cejas extrañado por el súbito silencio. Había sido tan repentino que le zumbaban los oídos. Pero cuando abrió la boca, ella alzó una mano.

—¿Sabías que cuando Birge informó de la disminución de la velocidad de la luz en *Nature*, en 1934, no había detectado ningún cambio en la longitud de onda?

Welles, que no sabía lo primero, estaba igualmente a oscuras acerca de lo segundo.

—¿Quieres decir cuando informó de un error en su medición...?

—No, espera —le dijo ella—, esto es realmente interesante.

Había olvidado que estaba en el despacho de su jefe de departamento. Había encontrado una pepita brillante en el yacimiento y quería mostrársela a todo el mundo, convencida de que todos estarían tan encantados como ella.

—Piénsalo, Jackson. La velocidad de la luz es frecuencia por longitud de onda. Así que si  $c$  se reduce y la longitud de onda es constante, la frecuencia debe aumentar.

—¿Y...? —Welles arrastró la pregunta. No era ningún ignorante. Vio de pronto adonde quería ir a parar Sharon.

—Pues que las frecuencias atómicas gobiernan el ritmo al que avanzan los relojes atómicos —dijo ella, cada vez más entusiasmada—. Naturalmente, la velocidad de la luz ha sido constante desde que empezaron a usar relojes atómicos para medirla. ¡El instrumento está calibrado para medirla! ¡Oh, Dios mío! —Vio el abismo que se abría ante sí, pero al contrario que Welles, que ni se acercó al borde, ella se lanzó a él de cabeza—. ¡Oh, Dios mío! ¡Y no es la constante de Planck!

Suele pasar con los herejes. Empiezan a cuestionar una doctrina y acaban cuestionándolo todo. No es extraño que los quemaran.

Aquel chirrido que Welles oía era un cambio de paradigma. Pero las marchas estaban oxidadas.

—Doctora Nagy —dijo con pesada formalidad—. Tienes tu plaza y no hay nada que pueda hacer al respecto. Pero yo en tu caso no me sorprendería si no te renuevan la beca el próximo semestre.

Era la advertencia del tribunal. Arrepiéntete de tu heterodoxia o te condenarás. Pero Sharon Nagy iba tras la pista de algo muy peculiar, y Jackson Welles no sabía nada acerca de Évariste Galois. Aunque tenía un duelo al amanecer, Galois había pasado su última noche en este mundo escribiendo los fundamentos de la teoría de grupos algebraicos. Una buena noche de sueño y podría haber sobrevivido al duelo;

pero hay cierta forma de pensar que pone por encima de la vida el descubrimiento en sí mismo. Si la muerte no había amedrentado al joven Évariste, ¿qué temor a perder su subvención podía acosar a Sharon? No era tan joven como él, pero sabía cómo encajar una bala.

Era tarde cuando salió de la universidad. El semestre había empezado y tenía trabajos que corregir y notas que preparar. Era una de esas facultades que hacen hincapié en la enseñanza e incluso sus eruditos más prestigiosos tenían que luchar en las trincheras. Ella llevaba dos seminarios para graduados y daba un curso superior sobre estructura galáctica que tenía mucha demanda, aunque sus estudiantes pensaban que era un hueso. Un lunes era probable que continuara exactamente donde lo había dejado el viernes anterior, y a veces eso significaba *in media res*. Con los ojos hinchados de tanta fiesta de fin de semana, miraban las pizarras y las proyecciones de su ordenador tratando de recordar dónde había empezado la derivación.

Fue durante la preparación de su clase de estructura galáctica cuando advirtió una nueva anomalía.

—Hernando —le preguntó al joven posgraduado que trabajaba con ella—. ¿Por qué todos los coches van por la carretera en múltiplos de cinco?

Hernando Kelly era de Costa Rica, un «tico», como se llaman a sí mismos. Era bronceado, inquietantemente fornido y escalaba paredes de roca a pico por diversión. Con un brazo en cabestrillo (a veces las rocas ganan), Sharon lo había puesto a trabajar explorando bases de datos y recopilando los resultados. Se rascó la cabeza y trató de imaginar de qué iba la pregunta.

—En múltiplos de cinco —dijo, esperando una aclaración.

—Eso es. Los coches van a ochenta, ochenta y cinco, noventa, noventa y cinco, cien, etcétera.

—Todavía no has alcanzado las velocidades de la Ruta Azul. —Los dientes blancos asomaron bajo un bigote negro—. ¿Entonces nadie va a ochenta y dos o noventa y siete o algo así?

Sharon asintió.

—Muy bien, picaré. ¿Por qué?

—No lo sé —respondió ella—. Creía que tú lo sabías porque fuiste quien me lo dijo.

Alzó una distribución de frecuencias, una de las varias docenas que él había impreso de Minitab, de la base de datos del «imperio galáctico». El título de la gráfica era «Distribución de Virados al Rojo Galácticos».

—¿Notas algo?

—Bueno, sí. Tiene forma de peine. Eso significa que la resolución de medición es más burda que la escala, así que quedan columnas vacías en el histograma. Cambiaré la escala.

—Resolución de medición —dijo ella.

—Eso es... —respondió él, un poco alerta, pues reconocía el tono maniático en su voz.

—Ajá —respondió ella—. Cuantizados. Los virados al rojo están cuantizados. Las galaxias se alejan a ciertas velocidades pero no a las velocidades intermedias.

—¿Por qué?

—No lo sé. Eso sería solo una respuesta, y tengo algo mucho más precioso. Tengo una pregunta.

Kelly no veía la importancia de aquello. Era como el asunto de la velocidad de la luz. Eso había sido un verdadero lío, porque no todo lo publicado era de la misma calidad. Algunos informes no incluían los datos originales, algunos eran refritos de datos previos, otros eran duplicados. En ciertos casos, el método de medición había sido pobre o las técnicas para aplicarlo no se habían perfeccionado todavía. «Solo recopila todos los datos», le había dicho la Reina del Hielo. Oh, sí, qué fácil.

Él estaba convencido de que todo era un error de medición. Velocidades de la luz, ahora virados al rojo. No había visto histogramas «en forma de peine» cuando trabajaba durante los veranos en aquella metalúrgica de San José. El calibre marcaba incrementos de 0,002' y la escala incrementos de 0,001'. No había que aplicar números impares. Esperaba que el rumor no fuera cierto y la doctora Nagy no perdiera su beca a causa de su obsesión religiosa. Le gustaba trabajar con la Reina de Hielo.

Unas semanas después, Sharon dio con la respuesta, y fue un bombazo.

## XIV

### FEBRERO DE 1348

*De la Candelaria a témporas.*

La Candelaria era fiesta de guardar. En primas, los aldeanos se reunieron en el prado y Joachim repartió velas para todos, incluidos los dos krenken bautizados. Los otros krenken se mantuvieron apartados y observaron desde la linde del prado con aparatos *fotografik*. Dietrich bendijo las velas mientras Joachim cantaba el *Nunc dimittis*. Cuando todo estuvo preparado, formaron en procesión. Klaus y Hildegarde ocuparon su lugar de costumbre, inmediatamente detrás de Dietrich, lo que recordó a este inevitablemente la parábola de quiénes serían los primeros.

Cantando el himno *Adorna thalamum tuum, Sion*, Dietrich dirigió el río de luz en el amanecer, a lo largo de la calle principal y colina arriba hacia Santa Catalina, donde vio a Theresia arrodillada en la hierba húmeda junto a la iglesia. Pero cuando la procesión se acercó, se levantó y echó a correr. Dietrich vaciló y casi se perdió en el himno, pero cantó el verso *obtulerunt pro eo Domino* cuando atravesó las puertas de la iglesia, como estaba mandado.

Más tarde, ese mismo día, un débil grito procedente de la atalaya en el camino a Oberreid anunció la llegada de un jinete. Los krenken se escondieron a petición de Manfred y no salieron hasta que el jinete, un mensajero del obispo de Estrasburgo, partió a lomos de un caballo fresco una hora más tarde.

Berthold había convocado a todos los señores de Alsacia y Bisgrovía para que se reunieran en Benfeld el día ocho y discutieran la situación de Suiza.

—Estaré fuera una semana o más —les dijo Manfred a los *ministeriales* reunidos en su salón—. Asistirán demasiados lores para que quepa esperar una ausencia más breve.

Tras nombrar al *Ritter* Thierry *Burgvogt* en su ausencia y enviar a Bertram Unterbaum a Suiza para traer un informe, Manfred y su séquito partieron al día siguiente.

Los rumores volaron tras su marcha. Se decía que en Berna habían llevado a unos judíos a la hoguera en noviembre por el asunto de los pozos envenenados, y que se había escrito a las Ciudades Imperiales para instar a la misma acción contra ellos. Estrasburgo y Friburgo no habían hecho nada; pero en Basilea el pueblo se rebeló y, aunque el consejo desterró de la ciudad a los perseguidores de judíos más notables, el consejo se vio obligado a mantener a los judíos bajo custodia protectora en una isla del Rin.

Dietrich se quejó a aquellos que se habían reunido en la cabaña de Walpurga Honig para beber su cerveza de trigo y miel.

—El Papa ordena que respetemos a las personas y las propiedades de los judíos.

No había ningún motivo para semejante trato. *La peste no llegó nunca a Suiza*. Subió por Francia y llegó a Inglaterra.

—Quizá porque la rápida acción de Berna asustó a los prisioneros —sugirió Everard.

Se decía que en Berna habían encontrado el veneno. A Everard se lo había dicho Gunther, que a su vez se lo había oído al mensajero del obispo. Una mezcla de arañas, sapos y la piel de un basilisco cosida en finas bolsas de cuero que el rabino Peyret de Chambery dio al mercader de sedas Agimet para que los vaciara en los pozos de Venecia e Italia. Si no hubiera sido capturado a su regreso, podría haber hecho lo mismo en Suiza.

Dietrich protestó.

—Su Santidad escribió que los judíos no pueden estar esparciendo la peste, *pues ellos mismos mueren*.

Everard se dio un golpecito en la nariz con un dedo.

—Pero no tantos como nosotros, ¿eh? ¿Por qué creéis que es? ¿Porque dan saltitos cuando rezan? ¿Porque airean sus camas cada viernes? Puaff. Además, los cabalistas desprecian a sus hermanos judíos tanto como nosotros. Son tan reservados como los masones y no permiten que otros judíos estudien las escrituras ocultas.

Y «escrituras ocultas» podía ser cualquier cosa. Hechizos diabólicos. Recetas para venenos. Cualquier cosa.

—Deberíamos colocar una guardia en nuestro pozo —dijo Klaus.

—*Maier*-señaló Gregor—, aquí no tenemos judíos.

—Pero los tenemos *a ellos*. —Y Klaus señaló a Hans, quien, aunque no bebía cerveza, se unía a ellos para charlar—. Ayer mismo vi al llamado Zachary de pie junto al pozo.

Gregor hizo una mueca.

—¿Oyes lo que estás diciendo, hombre? *¿De pie junto al pozo?*

Nada se resolvía nunca cuando los hombres discutían ante jarras de cerveza. Hans dijo después:

—Ahora veo cómo la gente llega a preocuparse y agitarse. —Tras pensarlo un poco más, añadió—. Si trataran de expulsar a los krenken como hicieron con los judíos, no respondo del resultado.

El Día de Santa Ágata, Dietrich celebró la misa solo. Había tullidos y enfermos por los que rezar. Walpurga Honig había sufrido una cox de su mula. El hijo mayor de Gregor, Karl, estaba postrado con fiebre. Y Franz Ambach había pedido oraciones por el descanso de su madre, que había fallecido el mes anterior. Dietrich también pidió la intercesión de san Cristóbal por el feliz regreso de Bertram desde Basilea.

Dio las gracias, otra vez, porque la peste se había dirigido a Inglaterra y no a los bosques. Era un pecado alegrarse del sufrimiento de los otros, pero la buena suerte de Oberhochwald iba emparejada a ello, y la desgracia de Inglaterra estaba en esa



coyuntura de la que se alegraba.

—*Memento etiam, Domine* —rezó—, *famulorum famularumquetuarum Lorenz Schmidt, et Beatrix Amhach, et Arnold Krenk, qui nospraecesserunt cum signo fidei, et dormiunt in somnopacis.*

Se preguntó si eso mismo se cumpliría con el alquimista krenk. Ciertamente, había muerto con un «signo de fe» en la mano, pero al suicida le estaba normalmente vedado al cielo. Sin embargo, Dios no había causado ninguna tragedia y algún bien podía surgir de todo aquello y, al ver lo afectados que estaban los visitantes por la muerte de su compañero, muchos de los aldeanos de Hochwald que antes se habían mostrado cautos o temerosos con los krenken, ahora los saludaban abiertamente y, si no calurosamente, con hostilidad menos marcada.

Mientras retiraba los sagrados cálices, pensó en pasarse por la cabaña de Theresia. Últimamente se había inventado motivos para detenerse allí. El día anterior ella le había contado lo de la pierna de Walpurga y que le había entablillado el hueso. Dietrich le había dado las gracias y esperado a que ella dijera algo más, pero Theresia había ladeado la cabeza y cerrado los postigos de sus ventanas.

A esas alturas ya tenía que saber que se había equivocado con los krenken. Recordando su propio terror la primera vez que los vio, a Dietrich le resultaba fácil perdonar a Theresia por su miedo más duradero. Ella admitiría su error, regresaría a la parroquia y haría sus tareas y, por las tardes, antes de regresar a su cabaña al pie de la colina, comerían dulces juntos como habían hecho siempre y él le leería el *De usu partium* o el *Hortus deliciarum*.

La encontró poniendo algunas hierbas a secar junto al cristal de su ventana. Había cultivado esas hierbas en las macetas de barro del alféizar. Ella lo saludó con la cabeza cuando entró, pero continuó cortando.

—¿Cómo te va, hija? —preguntó Dietrich.

—Bien —respondió ella, y Dietrich buscó algo que decir que no pareciera una admonición.

—Nadie asistió hoy a la misa. —Pero eso era una admonición, pues Theresia asistía diariamente.

Ella no alzó la cabeza.

—¿Estuvieron allí?

—¿Hans y Gottfried? No.

—Buenos comulgantes habéis admitido.

Dietrich abrió la boca para protestar. Después de todo, pocos asistían siempre a la misa diaria. Pero se lo pensó mejor y comentó que el tiempo era algo más cálido.

Theresia se encogió de hombros.

—*Frau Grundsau* no vio ninguna sombra.

—*Herwyg* dice que será otro año frío.

—El viejo tuerto siente más el frío cada año.

—¿Tus... tus hierbas prosperan?

—Bastante bien. —Ella se detuvo en su labor y alzó la cabeza—. Rezo por vos cada día, padre.

—Y yo por ti.

Pero Theresia negó con la cabeza.

—Los *bautizasteis*.

—Ellos lo deseaban.

—¡Fue una burla del sacramento!

Dietrich tendió una mano y la agarró por la manga.

—¿Quién te ha estado diciendo esas cosas?

Pero Theresia se zafó y le dio la espalda.

—Por favor, marchaos.

—Pero yo...

—¡*Por favor, marchaos!*

Dietrich suspiró y se volvió hacia la puerta. Vaciló un momento con la mano en el pestillo, pero Theresia no lo volvió a llamar y no pudo hacer otra cosa sino cerrar la puerta tras él.

Manfred regresó de Benfeld en Sexagésima, hosco y taciturno y, cuando Dietrich fue a verlo a la mansión, encontró al *Herr* completamente borracho.

—La guerra puede ser honorable —dijo Manfred sin más preámbulos, cuando Gunther hubo cerrado la puerta y los dos se quedaron a solas—. Un hombre se pone la ropa de guerra y su oponente también, y se encuentran en un campo acordado por ambos, y usan las herramientas de la guerra como se ha dispuesto, y entonces... ¡Dios defiende la razón!

Saludó con una copa, la apuró de un trago y volvió a llenarla de una jarra de vino fresco.

—Dios defiende la razón... ¡Bebe conmigo, Dietrich!

Dietrich aceptó la copa, aunque solo dio un sorbo.

—¿Qué sucedió en Benfeld?

—El diablo anda suelto. Berthold. Carece de todo honor. Vuela con el viento. ¡Un obispo!

—Si queréis tener mejores obispos, dejad que la Iglesia los elija, y no los reyes y príncipes.

—¿Que el Papa elija, quieres decir? ¡Puaff! Habría espías franceses en todas las cortes de Europa. ¡Bebe!

Dietrich acercó una silla y se sentó frente a Manfred.

—¿Qué ha hecho Berthold para llevaros a este estado de embriaguez?

—Esto no es embriaguez. —Manfred llenó su copa—. Es lo que Berthold no ha hecho. Es señor de Estrasburgo, pero ¿gobierna? Unas cuantas lanzas habrían resuelto las cosas. —Golpeó la mesa con la palma de la mano—. ¿Dónde está ese muchacho, Unterbaum?

—Lo enviasteis a Suiza a enterarse del verdadero estado de las cosas.

—Eso fue el Día de San Blas. Ya tendría que haber vuelto. Si ese tonto se ha escapado...

—No se escaparía de Anna Kohlmann —respondió Dietrich mansamente—. Tal vez los caminos lo han retrasado. Se enorgulleció mucho por llevar la capa de mensajero. No la arrojaría fácilmente.

—Eso no es nada —dijo el *Herr* en un súbito cambio de humor—. Me enteré de todo en Benfeld. ¿Sabes qué pasó en Suiza?

—Oí que los judíos de Basler fueron reunidos para ser desterrados.

—Ojalá los hubieran desterrado. La turba entró en su barrio y le prendió fuego, de modo que... Todos murieron.

—¡*Herr* Dios en el cielo! —Dietrich medio se incorporó y se persignó.

Manfred le dirigió una mirada agria.

—No me gustan nada los usureros, pero... no hubo ninguna acusación, ni juicio, solo la muchedumbre enloquecida. Berthold preguntó en Estrasburgo qué pretendían hacer con los judíos y los miembros del consejo respondieron que «no sabían ningún mal de ellos». Y entonces... Berthold le preguntó al *Bürgermeister*, Peter Swaben, por qué había cerrado los pozos y retirado los cubos. Para mí que fue por simple prudencia, pero hubo un gran clamor contra la hipocresía de Estrasburgo. —Manfred volvió a apurar su copa—. Ningún hombre está a salvo cuando las turbas enloquecen, sea judío o no. Solo quieren desquitarse..., como bien sabes.

Con ese recordatorio, Dietrich apuró su copa y se estremeció mientras volvía a llenarla.

—Swaben y su consejo se resistieron —continuó Manfred—, pero a la mañana siguiente las campanas de la catedral anunciaron una procesión de los Hermanos de la Cruz. El obispo las detesta (todos los nobles lo hacen), pero no se atreve a hablar porque al pueblo le gustan. Ellos... ¡*Bebe, Dietrich, bebe!* Marcharon de dos en dos, los flagelantes, las cabezas gachas, los hábitos oscuros, las capuchas echadas, cruces rojas brillantes en el pecho, en la espalda, en la cabeza. Delante caminaba su Master, y dos lugartenientes con estandartes de terciopelo púrpura y paño de oro. Todo en completo silencio. En completo silencio. Me irritó, ese silencio. Si hubieran gritado o bailado, podría haberme reído. Pero ese silencio llenaba de asombro a todos los que lo veían, así que el único sonido era la respiración susurrante de los doscientos hermanos. Parecía una enorme serpiente reptando por las calles. En la plaza de la catedral cantaron su letanía, y solo pude pensar una cosa.

—¿Y qué fue?

—¡Qué *malos* eran los versos! ¡*Ja!* La maldita melodía se enrosca en mis pensamientos. Necesito que Peter el *Minnesinger* la exorcice. Ojalá me hubiera reído. Tal vez se hubiese roto el hechizo. El capítulo catedralicio echó a correr, naturalmente. Dos dominicos trataron de detener una procesión cerca de Miessen y fueron apedreados, ¿así que quién se atreve a oponerse a ellos ahora? Me dijeron que

Erfurt les cerró las puertas y que el obispo Otto los prohibió en Magdeburgo. Y que el tirano de Milán mandó erigir trescientas horcas de bienvenida ante las murallas de la ciudad, y la procesión se fue a otra parte.

—Los italianos son sutiles —dijo Dietrich.

—¡Ja! Al menos Umberto tuvo valor. Los hermanos se desnudaron hasta la cintura y procesionaron lentamente en círculo hasta que, a una señal del Master, el cántico cesó y se postraron en el suelo. Luego se levantaron y se azotaron con correas de cuero mientras los tres del centro marcaban el *tempus*, de modo que los golpes se produjeron al unísono. Mientras tanto, la multitud gemía y temblaba y lloraba compadecida.

—Los hermanos eran menos problemáticos al principio —aventuró Dietrich—. Un hombre necesitaba el permiso de su esposa para unirse...

—¡Permiso que supongo muchas dieron felizmente, ja!

—Y proporcionaban cuatro peniques al día para mantenerse en el camino. Hacían plena confesión, juraban no bañarse ni afeitarse ni cambiarse de ropa ni dormir en una cama, y guardar silencio y mantenerse castos en lo referido al otro sexo.

—Un voto serio, entonces, aunque peludo y maloliente. Y todo durante treinta y tres días y ocho horas, me han dicho. —Manfred arrugó el entrecejo—. ¿Por qué treinta y tres días y ocho horas?

—Un día por cada año de vida de Cristo en la Tierra —le dijo Dietrich.

—¿De verdad? ¡Ja! Ojalá lo hubiera sabido. Ninguno de nosotros pudo descifrarlo. Pero los antiguos líderes han muerto todos o han renunciado, llenos de disgusto. Ahora, los Masters dicen que absuelven del pecado. Denuncian a la Madre Iglesia, se burlan de la eucaristía, revientan la misa y expulsan a los sacerdotes de sus iglesias antes de saquearlas. Ahora enrolan a mujeres y parece que algunos votos ya no se cumplen como antes. —Manfred alzó su copa, agitó los restos de su vino, y suspiró—. Me temo que la maldición de la sobriedad se está apoderando de mí... Los flagelantes se enteraron de la obstinación del consejo y se lanzaron como locos al barrio judío, arrastrando consigo a los habitantes de Estrasburgo. Saquearon durante dos días, depusieron a Swaben y su consejo, e instalaron a alguien más de su agrado. Al final, el obispo, los señores y las Ciudades Imperiales accedieron a expulsar a sus judíos. El viernes trece, los judíos de Estrasburgo fueron reunidos y al día siguiente los condujeron a su propio barrio, a una casa que les había sido preparada. Por el camino la multitud se mofaba de ellos y les tiraba huevos y les rompía la ropa en busca de dinero oculto, de modo que muchos estaban casi desnudos cuando llegaron.

—¡Un escándalo!

Manfred contempló los posos de su copa.

—Después —dijo— incendiaron la casa, y me han dicho que novecientos judíos perecieron. La muchedumbre saqueó la sinagoga donde celebraban sus rituales secretos y encontraron el cuerno de un macho cabrío. Nadie sabía para qué servía, y dedujeron que era para señalar a los enemigos de Estrasburgo.

—Oh, santo Dios —dijo Dietrich—, eso era el *Shofar*. Para celebrar sus días sagrados.

Manfred volvió a llenar su copa.

—Tal vez deberías haber estado allí para educarlos, pero no creo que estuvieran de humor para discursos doctos. Como amante de Dios, yo mataría alegremente a novecientos judíos si vinieran contra mí armados y adecuadamente dispuestos para la guerra. Pero quemarlos a todos... Mujeres y niños... Un hombre de honor *protege* a las mujeres y los niños. ¡No se puede tolerar el desorden! Si un hombre ha de ser entregado a la hoguera o al verdugo, que sea después de una investigación adecuada. ¡*Los hombres tienen que ser gobernados!* Ese fue el pecado de Berthold. Se plegó a ellos cuando tendría que haber enviado a sus caballeros *para que los arrollaran bajo los cascos de sus caballos*. ¡Te digo, Dietrich, que esto es lo que ocurre cuando la gente de baja cuna impone su voluntad! ¡Dadnos señores como Pedro de Aragón o Albrecht von Habsburgo!

—¿O Philip von Falkenstein?

Manfred lo señaló con un dedo.

—¡No me pongas a prueba, Dietrich! No me pongas a prueba.

—¿Que hay de los judíos que escaparon?

Manfred se encogió de hombros.

—El hombre del duque señaló tierra de Habsburgo como santuario, así que supongo que ahora todos se habrán encaminado a Viena... o a Polonia. Dicen que el rey Casimiro ha hecho una invitación similar. Oh, espera —dijo Manfred mientras engullía un trago de vino. Tosió y dejó la copa sobre la mesa. Dietrich la tomó antes de que pudiera volcarse y derramar su contenido—. Va a haber guerra.

—¿Guerra? ¿Y olvidáis mencionarlo hasta ahora?

—Estoy borracho —dijo Manfred—. Uno bebe para olvidar. Los gremios de Friburgo han decidido acabar con la Roca del Halcón. El Halcón ha ensuciado su propio nido. Su pupila, Wolfriane, se escapó y se casó con un sastre de Friburgo. Philip capturó al hombre y, cuando ella acudió al pie de las murallas a suplicar su liberación, su celoso tutor se lo devolvió... lanzándolo de cabeza desde la almena más alta. El gremio de los sastres ha exigido venganza y los otros se unirán por solidaridad.

—¿Y en qué os afecta eso a vos?

—Sabes lo que pienso de Falkenstein... Pero el hombre del duque prometió ayuda a los de Friburgo. Compraron a Urach su libertad con dinero del duque, y su prosperidad es ahora la esperanza de Albrecht de recuperar el pago. Von Falkenstein robó a los Habsburgo uno de esos pagos. —Manfred hizo un gesto con la cabeza como para recordárselo a Dietrich—. No perderá otro.

—Os ha llamado, entonces, para que cumpláis vuestro servicio como caballero.

—Como a Niederhochwald —dijo Manfred—. Pero espero que el duque Friedrich se nos una también. Entonces... ¡*ja!* ¡Los señores de Oberhochwald y

Niederhochwald cabalgarán juntos!

Bebió y volvió la jarra sin conseguir nada.

—¡Gunther! —gritó, arrojándola jarra contra la puerta—. ¡Más vino! —Se volvió hacia Dietrich y dijo en un susurro—: Traerá vino peleón, ahora que piensa que no noto la diferencia.

—Bien —dijo Dietrich—. Así que otra guerra, entonces.

Manfred, hundido en su sillón, agitó una mano.

—La guerra francesa fue un capricho. Esta es por deber. Si no se puede tomar la Roca ahora, con los gremios de Friburgo, el duque y el resto unidos, entonces no podrá hacerse nunca. Pero el barón Grosswald no se comprometerá.

Señaló con la cabeza la puerta y, por extensión, la torre sur, donde se alojaban los huéspedes krenk.

—Hablé con él a mi regreso y dijo que no arriesgaría a sus sargentos contra Falkenstein. ¿De qué sirven sus armas mágicas, si no puedo usarlas?

—Los krenken son pocos —sugirió Dietrich—. Grosswald no desea perder a más de los que ya ha perdido. El último de sus niños murió ayer. Sin duda se enfrentará a una investigación cuando haya logrado regresar a casa.

Manfred golpeó la mesa.

—¿Entonces cambia su honor por la seguridad?

Dietrich se volvió hacia él, súbitamente furioso.

—¡Honor! ¿Tan divertidas son entonces las guerras?

Manfred se puso en pie de un salto y se plantó ante él con las manos sobre la mesa, inclinándose un poco hacia delante.

—¿Divertidas? No, nunca son divertidas, sacerdote. En las guerras, siempre tenemos que tragarnos nuestro miedo y exponernos a toda clase de vicisitudes. Pan mohoso o galleta, carne cocida o cruda; hoy suficiente para comer y mañana nada, poco o ningún vino, agua de un estanque o un charco; mal cobijo, tiendas como refugio o las ramas de los árboles como techo; una mala cama, pobre sueño con la armadura todavía puesta, cargados de hierro, el enemigo a un tiro de flecha. «¡Alarma! ¿Quién vive? ¡A las armas! ¡A las armas!». —Manfred hizo un amplio gesto con su *Krautstrunk* vacía—. Con el primer sueño: una alarma. Al amanecer: una trompeta. «¡A los caballos! ¡A los caballos! ¡Reuníos! ¡Reuníos!». Centinelas de guardia día y noche. Exploradores o forrajeadores, luchando al descubierto. Guardia tras guardia, deber tras deber. «¡Aquí vienen! ¡Aquí! Son demasiados... No, no tantos. ¡Noticias! ¡Noticias! Por aquí... Ese... Por allí... Presionadlos allí... ¡Adelante! ¡Adelante! ¡No cedáis terreno! ¡Oh!».

El *Herr* detuvo sus gestos, súbitamente consciente de que había elevado la voz y estaba caminando y agitando los brazos como un poseso mientras Gunther lo miraba aturdido desde la puerta. Manfred se giró hacia la mesa y tomó su copa, miró dentro y la soltó, vacía.

—Esa es nuestra llamada —dijo más tranquilamente, mientras volvía a su asiento.

Se hizo el silencio. Gunther sustituyó la jarra de vino y se marchó prudentemente. Entonces Manfred alzó la cabeza y taladró a Dietrich con la mirada.

—Pero tú sabes algo de eso, ¿verdad?

Dietrich apartó la mirada.

—Suficiente.

—Tienes amigos entre los krenken —oyó decir a Manfred—. Explícales lo que significa *deber*.

Al amanecer, aquellos siervos que debían servicio como mensajeros se pusieron la capa con las armas de Hochwald y llevaron la noticia al valle inferior y a los caballeros-siervos. Desde la colina de la iglesia, Dietrich vio los caballos danzar a lo largo de los caminos cubiertos de nieve.

La nieve que se había extendido durante todo el invierno alrededor del fuego, una barrera que mantenía a raya los tumultos más allá del bosque, se estaba derritiendo. Ya había senderos abiertos en ella. Los hombres que transmitían mensajes transmitirían también rumores, y empezarían a circular historias extrañas sobre los invitados de Oberhochwald.

Dos semanas más tarde, el primer lunes de Cuaresma, los caballos pisotearon el barro bajo las murallas del castillo y bufaron brillantes vapores con la fría brisa de marzo. Coloridos estandartes al viento indicaban a los caballeros que habían sido convocados en sus feudos. Los soldados comprobaban las armas y preparaban su cargamento para el viaje al valle. Las carretas crujían, los burros rebuznaban, los perros ladraban. Los niños gritaban de emoción o besaban a unos padres que esperaban de pie con rostro solemne. Las mujeres, firmes, se negaban a llorar. La esperada convocatoria del duque se había producido y el *Herr* de Oberhochwald marchaba a la guerra.

El *palefridus* de Manfred era negro como un cuervo, con manchas blancas, como si lo hubieran lavado con jabón. Su tupida crin le caía sobre el lado izquierdo del cuello e iba espléndidamente enjaezado con los colores de Hochwald. Manfred apenas lo había montado y ya reculaba de alegría, encantado por tener el peso de su amo en la silla. Dos de los sabuesos de Manfred corrieron tras el caballo, adelantándolo, detrás una vez más, saltando de excitación. Eran sabuesos y pensaban que eso iba a ser una caza.

Manfred había cubierto su armadura con la sobreveste que llevaba sus armas. Su yelmo, colgado tras la silla para el viaje, titilaba a la luz del sol. El pomo de su espada era dorado. Alrededor del cuello llevaba una correa con un cuerno en forma de espolón de grifo que medía casi medio brazo. Su extremo más grueso se acampanaba y, donde se curvaba hacia la punta, el artilugio estaba decorado con oro puro y sujeto por correas de piel de ciervo. Era brillante, como una piedra preciosa, y cuando lo soplaba, «sonaba mejor que todos los ecos del mundo».

Su sirviente personal montaba un caballo menos espléndido y, por silla, empleaba un viejo morral. Al hombro derecho llevaba la bolsa de viaje del *Herr*, repleta con provisiones, y sobre el izquierdo el escudo de su señor. Con el carcaj también en la mano derecha y la lanza bajo el escudo, parecía más terriblemente armado que el hombre al que servía.

—Está bien —le dijo Manfred a Dietrich, que esperaba junto al caballo negro en medio del barro y la nieve derretida—. El duque me pidió seis hombres y medio, y no me hace gracia decidir a quién enviar a casa antes que a los demás. Intrigan por el privilegio, ya sabes, pero nunca abiertamente. Quien se marcha se gana la enemistad de sus pares, y con frecuencia no cumple con ello para que no lo tilden de cobarde. Ahora puedo añadir el medio hombre del duque al medio hombre del conde y así obtengo uno entero.

Echó atrás la cabeza y soltó una carcajada, y Dietrich murmuró alguna respuesta. Manfred lo miró de reojo.

—¿No te parece momento para bromas? ¿Qué otra cosa puede hacer un hombre que marcha hacia una muerte posible?

—No es un asunto para tomarse a la ligera —le respondió Dietrich.

Manfred golpeó sus guanteletes contra la palma de su mano izquierda.

—Bien, rezaré mi penitencia más tarde, como debe hacer todo soldado. Dietrich, por mucho que yo atienda a mi feudo en paz, la paz necesita el consentimiento de todos, mientras que uno solo puede provocar una guerra. Hice un juramento para proteger a los indefensos y castigar a quienes pusieran en peligro la paz, y eso incluye a los nobles. Los sacerdotes decís que hay que perdonar al enemigo, y eso está bien, o habrá una venganza tras otra hasta la eternidad. Pero entre un hombre que no se detiene ante nada y otro que vacila por todo, la ventaja la lleva normalmente el primero. Los paganos tenían razón. Hacer la vista gorda conduce a una paz falsa. Tu enemigo puede confundir el perdón con debilidad y disponerse a golpear.

—¿Y cómo se determina la cuestión? —preguntó Dietrich.

Manfred sonrió.

—Bueno, yo combato a mi enemigo..., pero justamente. —Se volvió en la silla para ver si su grupo se había reunido ya—. ¡Eh! ¡Eugen, adelante!

El *junker*, a lomos de un caballo blanco de Valaquia, galopó entre los vítores de la gente congregada con el estandarte de Hochwald plantado en el estribo.

Kunigunda corrió hasta el caballo de Eugen y, tras agarrar las riendas, exclamó:

—¡Prométeme que volverás! ¡Prométemelo!

Eugen le pidió un pañuelo a 1a muchacha para llevarlo como prenda. Lo guardó en el cinturón, declarando así que lo protegería de todo daño. Kunigunda se volvió hacia su padre.

—¡Manténlo a salvo, padre! ¡No dejes que nadie le haga daño!

Manfred se inclinó hacia delante para acariciar a Kunigunda en ambas mejillas.

—Tanto como mi brazo y mi honor lo permitan, pequeña, pero todo está en



manos de Dios. Reza por él, Gundl, y por mí.

La muchacha corrió a la capilla antes de que nadie pudiera ver su llanto. Manfred suspiró.

—Escucha demasiado a los *Minnesingers*, y considera que todas las despedidas son como en los romances. Si no regreso... —La frase colgó en el aire. Añadió, en voz baja—: Ella es mi vida. Pretendo que Eugen se case con ella una vez que se haya ganado sus espuelas, y que él proteja Hochwald en su nombre, pero si él... si ninguno de nosotros regresa... Si eso sucede, encárgate de que se case bien. —Miró fijamente a Dietrich—. Te la confío.

—Pero el duque...

—El *Graf* Friedrich la dejará soltera, para seguir ordeñando mi tierra para su bolsillo. —Su rostro se ensombreció—. Si el niño hubiera vivido, y Anna con él... ¡*Ach!* ¡Nada arredraría a esa mujer si fuera mi *Burgvogt!* ¡Sí que era una esposa digna de un hombre! La mitad de mí murió cuando oí el grito de la comadrona. Todos estos años pasados han estado vacíos.

—¿Por eso marchasteis a las guerras francesas? —preguntó Dietrich—. ¿Para llenarlos?

Manfred se envaró.

—Cuida tu lengua, sacerdote. —Dio un tirón a las riendas pero, al alzar la cabeza, volvió a detener al caballo—. ¡Vaya! ¿Qué tenemos aquí?

Se había producido un clamor entre los caballeros y sus ayudantes. Algunos en el campamento señalaban al cielo y vitoreaban. Otros chillaron de terror mientras cinco krenken con arneses voladores se posaban como hojas del cielo en el terreno. Llevaban *pots-de-fer* atados al torso y tubos largos y finos sobre los hombros. Dietrich reconoció a Hans y a Gottfried, y se le antojó extraño que hubiera habido una época en que los krenken le parecían todos iguales.

Aquellos que al venir de viviendas lejanas no habían visto jamás a ningún krenk dejaron escapar gemidos. Una mujer de Hinterwaldkopf agitó en el aire una reliquia que llevaba al cuello. Otros se marcharon dirigiendo temerosas miradas hacia atrás. Franzl *Nariz-larga* golpeó a algunos de los que se retiraban con su bastón.

—¿Qué, huis de un puñado de saltamontes? —Rio.

Algunos caballeros estuvieron a punto de desenvainar sus espadas, y Manfred exclamó a voz en grito que los forasteros eran viajeros de una tierra lejana que habían venido a prestar su ayuda con sus hábiles armas. Entonces añadió *sotto voce* para Dietrich:

—Gracias por haber persuadido a Grosswald.

Dietrich, que sabía lo ineficaces que habían sido sus súplicas, no dijo nada.

La familiaridad con que la guarnición local saludó a los recién llegados tranquilizó a muchos. Algunos murmuraron por «dar la bienvenida a demonios», pero ninguno de los caballeros se atrevió a huir al galope mientras sus hermanos del *Burg* aguantaban a pie firme. Cuando Hans y Gottfried se arrodillaron ante Dietrich,

trazaron el signo de la cruz sobre sí mismos y rezaron la bendición del sacerdote, los murmullos se desvanecieron como agua engullida por la tierra sedienta. Por acto reflejo, muchos de los que habían dado la voz de alarma con más fuerza también se persignaron, y se sintieron más valientes, si no más tranquilos, por este signo de piedad.

—¿Qué significa esto? —le preguntó Dietrich a Hans en medio de la conmoción—. ¿Ha consentido entonces Grosswald?

—Recuperaremos el hilo de cobre robado por Von Falkenstein —dijo Hans—. Puede que funcione mejor que el que hizo el bendito Lorenz.

Uno de los tres krenken desconocidos echó atrás la cabeza e hizo un comentario entre zumbidos; pero como la criatura carecía de arnés de cabeza, Dietrich no lo entendió y Hans le hizo callar con un gesto.

Manfred, tras colocarse su propio arnés, se acercó y preguntó por su cabo.

Hans dio un paso al frente.

—Hemos venido a honrar a Grosswald, *mein Herr*. Por vuestra gracia, volaremos ante la columna e informaremos de lo que hace Falkenstein a través de los habladores-lejanos.

Manfred se frotó la barbilla.

—Y estaréis fuera de la vista de aquellos que son débiles de corazón entre nosotros... ¿Tienes el barro de truenos?

Un krenk acarició la mochila que llevaba en bandolera y Manfred asintió.

—Muy bien. Volaréis en vanguardia.

Dietrich contempló con sentimientos encontrados cómo los krenken se perdían en el cielo lejano. Las objeciones eran dos. El ejército murmuraría y se despertaría una terrible curiosidad; pero el hecho de ver a Hans o sus compañeros daría cuerpo a los susurros. *Por otra parte*, Hans podría recuperar el alambre y acelerar la partida krenk. *Ergo...* La cuestión quedaría determinada por una carrera entre la llegada de los curiosos y la marcha de los krenken. En respuesta a la primera objeción, sin duda los rumores ya se habían difundido, así que los chismes del ejército añadirían bien poco. Pero a la segunda objeción Dietrich no veía ninguna respuesta.

Camino de la colina de la iglesia, pasó junto a la cabaña de Theresia y la vio asomada a la ventana. Cruzaron una mirada y él vio de nuevo a la aturdida niña de nueve años que se había llevado al bosque. La saludó con un brazo y tal vez algo se agitó en los rasgos de ella, pero cerró los postigos antes de que pudiera asegurar qué era ese algo.

Lentamente, Dietrich dejó caer el brazo y dio unos cuantos pasos más colina arriba, pero, súbitamente abrumado, se sentó en una piedra y lloró.

Esa tarde, Dietrich y Joachim dieron de comer a la vaca lechera y los otros animales de la parroquia. El establo estaba caldeado por el calor de las bestias, lleno de olor a excrementos y paja.

—Me alegraré cuando los krenken se hayan ido y Theresia reemprenda sus deberes —dijo Dietrich mientras echaba forraje en el pesebre.

Joachim, que se había encargado de la tarea más ruidosa de las caponeras, se detuvo y se apartó los rizos de la frente con el dorso de la mano.

—Dietrich, no se puede plantar una salchicha en un sembrado.

Dietrich frunció el ceño y se apoyó en su horquilla. La vaca mugió. Joachim se volvió y siguió lanzando grano a los capones. En el edificio exterior se oía el golpeteo lejano de cacerolas.

—Siempre ha sido como una hija para mí—dijo Dietrich por fin.

Joachim gruñó.

—Los hijos son la maldición de los padres. Mi padre me lo dijo. Se refería a mí, naturalmente. Perdió una mano en la Guerra de los Barones y le amargaba no poder seguir haciendo pedazos a otros hombres. Quería que yo ocupara su lugar y fuera el heredero de mi tío, pero yo quería que Dios viviera en mí, y la guerra parecía un camino incierto hacia la Nueva Era. —Dietrich se volvió y Joachim asintió—. Habéis enseñado a Theresia lo que es la caridad, pero cuando intentó la mayor caridad de todas, fracasó. Así lo he escrito en mi diario. «Incluso la pupila del pastor Dietrich fue puesta a prueba y no dio la talla».

Dietrich negó con la cabeza.

—Nunca digas eso. Le haría daño. Di más bien que «el pastor Dietrich fue puesto a prueba y no dio la talla», pues no he logrado los objetivos que me había propuesto.

Kratzer irrumpió en el cobertizo, zumbando y chasqueando y agitando un cucharón de cocina. Dietrich dio un salto por la súbita intrusión y empuñó la horquilla, pero cuando vio que era el filósofo, se sacó el arnés de cabeza del zurrón y lo despertó.

—¿Dónde está Hans? —exigió saber el krenk—. Ya pasa de la hora y mi comida no está preparada.

Joachim abrió la boca para contestarle, pero Dietrich alzó una mano para hacerlo callar.

—No lo hemos visto desde esta mañana —contemporizó Dietrich. El krenk dio un puñetazo al marco de la puerta, dijo algo que el *Heinzelmännchen* no tradujo y salió de un salto del cobertizo.

Dietrich se quitó el arnés de cabeza y lo puso a dormir cuidadosamente.

—Bueno. No lo sabe... Lo que significa que Grosswald no los envió.

Se preocupó. Gschert había encarcelado a Hans por rescatar a Dietrich del calabozo del *Schloss Falkenstein*. ¿Qué castigo podría acarrearle esta nueva transgresión?

A tercia del día siguiente, el barón Grosswald se había enterado ya del asunto y se dirigió a la rectoría, empujando la puerta con tanta fuerza que chocó contra la pared y rebotó. Dietrich, que estaba rezando sus oficios saltó del reclinatorio y se le cayó el

libro de horas, de modo que las páginas se doblaron.

—¡Me enseñará el cuello cuando regrese! —gritó Grosswald—. ¿Por qué lo permitió Manfred?

Shepherd y Kratzer entraron también en la habitación, y la líder de los peregrinos se apresuró a cerrar la puerta contra el frío de marzo.

—Mi señor barón —dijo Dietrich—, el *Herr* no cuestionó la presencia de vuestros hombres en la reunión porque os había pedido que cumplierais vuestro deber, y supuso, cuando se presentaron, que era por voluntad vuestra.

Grosswald se plantó ante la chimenea encendida con un curioso paso saltarín que a Dietrich le parecía una especie de resbalón y sin embargo era evidente que implicaba agitación.

—Hemos perdido ya a demasiados —dijo, aunque no del todo para Dietrich, pues Shepherd contestó.

—Tres con el frío, y uno de los niños, antes incluso de que accedieras a... *entrar* en la aldea. Y desde entonces...

—El alquimista —añadió Kratzer.

—No pronuncies su nombre —advirtió Grosswald a su filósofo jefe—. No veré otra vida perdida de esa forma... ¡y por un gesto tan inútil!

—Si el gesto de Hans es inútil, ¿por qué compromete nuestras vidas? —le dijo Shepherd.

Grosswald intentó golpearla, pero la krenken esquivó el golpe con un diestro movimiento del brazo, como un caballero para una estocada. Los dos se controlaron entonces, pero se quedaron mirándose de reojo, como permitían sus peculiares ojos.

—¿Esperabais comer de las dádivas de mi señor, sin tener ninguna obligación a cambio? —insistió Dietrich—. ¿No os ha dado comida y cobijo durante el invierno?

—Te burlas de nosotros —dijo Grosswald, rechazando la mano que Kratzer había colocado en su brazo.

—No comprendo cómo pudo Hans actuar en contra de vuestras órdenes —dijo Dietrich—. ¿No está la obediencia escrita en los átomos de vuestra carne?

Kratzer, que hasta entonces había demostrado su agitación temblando en su sitio, extendió el brazo para detener a Grosswald.

—Yo responderé a esto, Gschert.

Dietrich advirtió el uso del diminutivo. Entre hombres adultos, significaba cariño o condescendencia, y Dietrich pensaba que los krenken eran incapaces de cariño.

—Nuestros átomos-carne escriben para nosotros un... apetito... para obedecer a nuestros superiores —dijo Kratzer—. Pero al igual que uno que tiene hambre puede ayunar, nosotros podemos templar nuestra ansia por obedecer. Tenemos un proverbio que dice: «Obedece una orden hasta que seas lo bastante fuerte para desobedecerla». Y otro: «La autoridad solo está limitada por su alcance».

Inclinó la cabeza, un gesto humano, hacia Shepherd, que se había situado en un rincón de la habitación.

—Y depende mucho del que da la orden —dijo ella. Gschert se envaró un momento y luego salió en tromba de la rectoría, haciendo chocar la puerta contra la pared.

—Comprendo —dijo Dietrich, mientras se dirigía a cerrar la puerta.

—¿Sí? —preguntó Shepherd—. Me asombra. ¿Puede un hombre ayunar eternamente o al final el hambre lo llevará a la desesperación?

Al día siguiente, Día de Santa Kunigunda, hubo una pelea entre los krenken. Se lanzaron unos contra otros en la calle y en el prado enfangado, para asombro de aldeanos y soldados de la guarnición por igual. Puños y pies y antebrazos provocaron heridas terribles y causaron un clamor como el entrechocar de espadas hecho con palos de madera seca.

Los asustados habitantes de Hochwald se refugiaron en la iglesia, las cabañas o el castillo, de modo que el trabajo languideció. Dietrich pidió una tregua a la multitud que peleaba en el prado, pero el combate continuó a su alrededor como una corriente alrededor de una piedra.

Perseguida por otros cuatro, Shepherd pasó saltando junto a él y se dirigió colina de la iglesia arriba. Dietrich corrió tras ella y encontró a los perseguidores golpeando las puertas de madera tallada de la iglesia, arañando las figuras con sus antebrazos aserrados. Santa Catalina había soportado una herida provocada por sus torturadores romanos.

—¡Deteneos, por el amor de Dios! —gritó, y se interpuso entre la turba y las preciosas tallas—. ¡Este edificio es un santuario!

Un terrible golpe le abrió el cuero cabelludo y vio de repente oscuras constelaciones picoteantes. La puerta se abrió tras él y cayó de espaldas al suelo del vestíbulo, golpeándose la cabeza ya dolorida contra las piedras. Unas manos lo agarraron y lo arrastraron al interior. La puerta se cerró, ahogando el clamor de la muchedumbre.

No supo cuánto tiempo permaneció allí aturdido. Por fin se incorporó, gritando:

—¡Shepherd!

—Estáis a salvo —dijo Joachim.

Dietrich miró alrededor en la iglesia tenuemente iluminada, vio a Gregor encendiendo velas que iluminaban a Shepherd y varios aldeanos. Los aldeanos se habían apartado de la krenken, perdiéndose en las sombras del edificio. Joachim ayudó a Dietrich a ponerse en pie.

—Habéis dicho bien —le dijo el monje—. «Deteneos por el amor de Dios». Os habéis dejado de dialéctica.

Los golpes en la puerta habían cesado y Joachim se acercó y abrió el postigo.

—Se han ido —dijo.

—¿Qué locura se ha apoderado de ellos? —se preguntó Dietrich.

—Siempre han sido un grupo malhumorado —contestó Gregor alzando la mecha

para encender una vela situada en las alturas—. Tan arrogantes como los judíos o los nobles. Ya van dos veces que os golpean.

—Perdónalos, Gregor -dijo Dietrich—. No sabían lo que hacían. Me interpuse entre sus puños y su objetivo. Por lo demás, nos ignoran.

Era el poder estimativo del impulso, supuso. Desde las profundidades de los átomos de su carne, los krenken no consideraban a los humanos ni amigos ni enemigos.

Shepherd se agachó, las rodillas por encima de la cabeza, y los largos brazos alrededor de las piernas. Sus labios laterales chasqueaban rítmicamente, como si canturreara.

—Mi señora —le preguntó Dietrich—, ¿qué significa este tumulto?

—¿Tienes que preguntarlo? —dijo la krenken—. Tú y Túnica-Marrón lo habéis causado.

Joachim había rasgado una tira de ropa del borde de su túnica y la ató a la frente de Dietrich para detener la hemorragia.

—¿Nosotros somos la causa? —preguntó.

—Por vuestra superstición nativa, Hans ha trastocado el orden natural.

—Mi señora —dijo Dietrich—, Hans actuó movido por el bien común... para recuperar el alambre de Falkenstein. Está en la naturaleza de los hombres, de toda la creación, perseguir el bien.

—La «naturaleza de toda la creación» es *hacer lo que se ha dicho*... lo que ha dicho la autoridad o lo que ha dicho la naturaleza misma. Eso es lo que hace el «buen» hombre. Pero Hans *decide por sí mismo* qué es un buen fin, no en el cumplimiento del deber, no siguiendo órdenes de sus superiores. ¡Antinatural! Ahora, algunos dicen que actúa siguiendo órdenes... de vuestro señor-del-cielo, «cuya autoridad supera incluso la de Herr Gschert».

—¡Bendito sea el nombre del Señor! —exclamó Joachim. Dietrich lo hizo callar con un brusco gesto.

—Toda autoridad está «sometida a Dios» —le dijo a Shepherd—. De no ser así la autoridad no tendría límites y la justicia solo sería un capricho del Herr. Pero continúa.

—Ahora hay discordia entre nosotros. Las palabras corren en todos los caminos, como saliva de una boca rápida, no en canales ordenados de aquellos-que-hablan a aquellos-que-escuchan. Como no puedes imaginar... *celebración-dentro-de-la-cabeza*... de saber que uno se esfuerza en hacer lo que quiere, tocando hacia arriba, hacia abajo, hacia todos los lados, enlaza en la Gran Red, ni vosotros podéis saber qué falta-dentro-de-nosotros cuando la Red se rompe. Kratzer lo compara con el hambre, pero el hambre es una cosa pequeña... —Calló y zumbó en voz baja—. Puede soportarse con facilidad hasta que se vuelve insoportable. Pero *esta* carencia es como sentarse en la orilla de un río desbordado con... con... vuestra palabra *amor-compañía*... con amor-compañía inalcanzable al otro lado.

—Mal de amores —dijo Joachim inesperadamente—. La expresión que buscas es mal de amores.

—¿*Doch*? Mal de amores, pues.

Gregor el cantero se había acercado a ellos y, cuando oyó lo que Joachim decía, observó:

—¿Entonces sienten mal de amores? Poco se nota.

—Tenemos mal de amores por la totalidad de la Red —dijo Shepherd—, y nadaríamos el río furioso para restaurarlo. Tenemos mal de amores por tierra-que-nutre... Vosotros decís *Heimat* y... y sus comidas.

—Pero ahora hay *herejes* entre vosotros —aventuró Dietrich—. Grosswald dice una cosa; Hans dice otra. Tal vez tú —sugirió— dices una tercera.

Shepherd alzó su rostro parecido a una máscara.

—Hans va contra las palabras de Gschert, pero el fallo de Gschert es que no dice esas palabras. Gschert dice que yo también desafío el orden natural, y la turba, alta y baja, me persigue por ese pecado. Pero con dos en discordia tal vez los dos estén equivocados, Gschert y Hans por igual.

—Los que se sitúan en el centro a menudo son atacados por ambos bandos —dijo Gregor—. Entre dos ejércitos es peligroso poner a pastar tu ganado.

—La discordia es un grave mal —dijo Dietrich—. Siempre debemos buscar la concordia.

Joachim se echó a reír.

—«No he venido a traer la concordia, sino la discordia. Por mi causa el marido abandonará a la esposa, los hijos abandonarán a sus padres» —citó—. Eso hacen los *filósofos*, jugando con las palabras, perdiendo de vista su significado sencillo, que pueden encontrarse en el corazón.

—Un poco de discordia aquí también —dijo Gregor suavemente.

—Dile a tu gente que todo el que venga a la iglesia, o a la corte de Manfred, no debe ser atacado, pues es la Paz de Dios que los guerreros no ataquen a mujeres o niños, campesinos, mercaderes, artesanos o animales, ni ningún edificio público o religioso, y por ley y costumbre, nadie puede golpear a nadie en la iglesia o en una corte del señor —le dijo Dietrich a Shepherd.

—¿Y sirve esta paz?

—Mi señora, los hombres son violentos por naturaleza. La paz es un tamiz y muchos lo pasan..., aunque quizá no tantos como si no lo hubiera.

—La casa-donde-no-pueden-caer-golpes... —dijo Shepherd con una voz que podía indicar cinismo o reflexión—. Nuevo pensamiento. Este edificio se llenará seguro.

Dietrich le pidió a Thierry que sofocara la lucha, pero el *Burgvogt* no quiso.

—Solo cuento con la guarnición —explicó—. Cinco caballeros, ocho centinelas, dos guardianes y un torrero. No los enviaré a pacificar a esos... a esas criaturas.

—¿Para qué te han dejado aquí, señor, si no es para mantener el orden? —exigió Dietrich.

Thierry soportaba la impertinencia con menos paciencia que Manfred.

—Von Falkenstein no es hombre que se quede ocioso mientras sus enemigos atacan, y aunque no puede arremeter contra Friburgo o Viena, es perfectamente capaz de asolar Hochwald. Si nos ataca, necesitaré a todos los hombres sanos, en guardia y armados. Si algún krenk viene aquí huyendo en busca de refugio, lo tendrá, pero no contendré su lucha. Eso es cosa de Grosswald, y no me colocaré entre sus vasallos y él.

Descontento con esta respuesta, Dietrich montó un caballo de los establos y se marchó a la Roca del Halcón, donde esperaba conseguir la intervención de Manfred. La necesidad de avivar el paso competía con la de elegir el camino con cuidado al bajar por la ladera del Katerinaberg y para atravesar los matorrales y otros obstáculos del barranco. Todavía se encontraba a la sombra del desfiladero cuando oyó un trueno sordo y vio una columna de humo oscuro al otro lado del valle.

Llegó a la Roca del Halcón después de nona, menos cansado de cuerpo que ansioso de mente, y buscó el estandarte de Hochwald en un campamento que se extendía sin orden ni concierto. Los emblemas de los nobles ondeaban por todas partes como las banderolas de un árbol de festival. Aquí el águila doble de los Habsburgo; allá la banda dorada del duque y las barras rojas y blancas de Urach. Por todas partes, cada una en su propio bastión, las armas de los tejedores, los plateros y los otros gremios de Friburgo. Von Falkenstein se había equivocado al calcular cuánto tiempo tolerarían los gremios sus imposiciones. Los obreros y tenderos se habían levantado de sus asientos para quitarse la piedra del zapato.

Los criados del campamento festejaban a voz en grito, y Dietrich vio el motivo cuando llegó a la cabeza del asentamiento. Las puertas de *Burg* Falkenstein colgaban sueltas y el portón se había desplomado, como si Sigenot las hubiera aplastado con su bastón. El entrechocar de las armas y los gritos de los hombres llegaban débilmente desde lo alto. La pasta de truenos krenk había forzado una entrada en el *Schloss*, pero el camino era estrecho y la «brecha de peligro» podía ser conservada si se defendía con afán. De hecho, el montículo de escombros bajo la brecha brillaba al sol de la tarde con las armaduras y los arreos de hombres y caballos.

Dietrich encontró por fin las tiendas de Hochwald, pero el pabellón del *Herr* estaba vacío, y su sirviente personal no aparecía por ninguna parte. El honor de Manfred lo habría impulsado a la brecha del peligro e incluso era posible que estuviera durmiendo entre aquellos muertos brillantes. Dietrich volvió a entrar en la tienda y, al encontrar un diván tallado al estilo turco, se dispuso a esperar.

A medida que la tarde se fue convirtiendo en noche, los sonidos de la batalla se desvanecieron, indicando que los últimos resistentes habían muerto o habían sido hechos prisioneros. Armas y armaduras pasaban a los vencedores, de modo que



muchos caballeros luchaban a muerte, no tanto por amor a su señor como por escapar de las penurias y la vergüenza. Los atacantes regresaban poco a poco al campamento, conduciendo prisioneros por los que pedirían rescate, y llevando consigo el botín que tras años de asaltos en los caminos habían llenado la Roca del Halcón.

Por puro aburrimiento, Dietrich había encontrado un rato antes un libro en el equipaje de Manfred; pero como se refería a la cetrería, poco había hecho por aliviar el aburrimiento, así que se puso a reflexionar sobre la letra del copista o las cualidades de las iluminaciones. Cuando oyó el irregular sonido de los cascos de los caballos, Dietrich soltó el volumen y salió de la tienda.

Los auxiliares habían vuelto a encender la hoguera y Max congregaba a sus hombres alrededor. Se irguió sorprendido al verlo.

—¡Pastor! ¿Qué ocurre? ¡Os han herido!

Dietrich se llevó la mano al vendaje.

—Hay lucha en la aldea. ¿Dónde está Manfred?

—En la tienda de los cirujanos. ¡Lucha! ¿Fue esa salida que hicieron de la atalaya? Pensamos que se dirigían a Breitnau.

—No, los krenken luchan entre sí... y Thierry no quiere hacer nada.

Max escupió en el fuego.

—Thierry es diestro en la defensa. Que Grosswald se encargue de los suyos.

—Grosswald no es nadie. Le toca a Manfred decidir.

Max frunció el ceño.

—No le gustará esto. Andreas, hazte cargo de los hombres. Venid, pues, pastor. Nunca encontraréis el hospital de campaña en este laberinto.

Echó a andar a paso rápido y Dietrich tuvo que esforzarse por alcanzarlo.

—¿Está malherido? —preguntó.

—Recibió un golpe que le costó la mejilla y varios dientes, pero creo que el cirujano puede volver a coserla. La mejilla, quiero decir.

Dietrich se persignó y ofreció una silenciosa oración por la recuperación del *Herr*. El hombre había sido un amigo extraño y cauteloso durante muchos años, peculiar en sus humores y muy dado a la contemplación desde la muerte de su dama, visceral en sus gustos, pero no carente de profundidad. Era uno de los pocos con quien Dietrich podía discutir asuntos no del todo mundanos.

Pero había entendido mal. Era Eugen, no Manfred, quien estaba atado a una silla en la tienda del cirujano. Un *dentator* extraía uno a uno los dientes rotos con un gatillo, una novedad francesa que recientemente se había puesto en uso. Los músculos del *dentator* se hinchaban por el esfuerzo mientras sofocaba un grito con cada tirón. La cara del *Junker* estaba negra por el golpe recibido. La sangre manchaba su frente, la barbilla, la nariz y pintaba de un horrible escarlata los dientes expuestos por el corte abierto en la mejilla. Su cráneo sonreía a través de la herida. Cerca, un cirujano manchado de sangre leía un libro ajado mientras esperaba.

Manfred, que estaba de pie junto a la silla para ofrecer apoyo al muchacho,

advirtió la llegada de Dietrich y, por señas, le indicó que la conversación debería esperar. Dietrich caminó sin descanso de un lado a otro de la tienda, acuciado por su misión.

A un lado había una mesa manchada donde solía trabajar el cirujano y, junto a ella, una cesta de esponjas secas. Curioso, Dietrich se agachó para coger una, pero el cirujano lo detuvo.

—¡No, no, *padre!* Muy peligrosas, esas. —Su mezcla de francés e italiano indicaba que era saboyano—. Están empapadas con una infusión de opio, corteza de mandrágora y raíz de beleño, y el veneno puede pasarse a los dedos. Luego... —Hizo el gesto de lamerse un dedo como para pasar la página de un manuscrito—. ¿Veis? ¿Muy malo?

Dietrich se apartó de las esponjas, tan súbitamente malignas.

—¿Para qué las usáis?

—Cuando dolor es tan grande que no puedo cortar sin peligro, humedezco esponja para liberar sus humos y la coloco bajo la nariz del hombre... así, hasta que se duerme. Pero... —Cerró un puño, con el pulgar y el índice un poco extendidos, y lo agitó—. Demasiado *fumo*, no despierta, ¿no? Pero para mayoría de las heridas muy graves, mejor que muera en paz que en tormento, ¿no?

—¿Puedo ver vuestro libro? —Dietrich indicó el libro que el cirujano tenía en las manos.

—Se llama *Los cuatro maestros*. Describe las mejores prácticas de los antiguos, sarracenos y cristianos, Los maestros de Salerno lo compilan hace muchos años..., antes de que las *famigliae* sicilianas mataran a todos los angevinos. Este libro —añadió orgullosamente— es copia directa de copia del maestro, pero yo lo aumento.

—Bien hecho —dijo Dietrich, devolviéndoselo—. ¿Entonces enseñan cirugía en Salerno?

El saboyano se echó a reír.

—¡Cielo santo! Reparar heridas es un arte, no una *schola*. Bueno, en Bolonia hay una escuela fundada por Henri de Lucca. Pero la cirugía es para manos ágiles. —Agitó los dedos—. No para mentes ágiles.

—Ja, «cirujano» en griego significa «labor manual».

—Oh, veo que sois un erudito.

—He leído a Galeno —dijo Dietrich—, pero fue hace muchos...

El saboyano escupió en el suelo.

—¡Galeno! En Bolonia, De Lucca abrió los cadáveres y vio que Galeno sabe mierda. ¡Galeno solo cortaba cerdos y los hombres no son cerdos! Yo mismo era aprendiz cuando primera disección pública (oh, treinta años hace, creo). Mi maestro y yo hicimos los cortes mientras importante *dottore* describe lo que ve para los estudiantes. ¡*Ja!* No necesitamos ningún *médico* que nos diga lo que vemos con ojos nuestros. ¡Santo cielo! ¡Tenéis herida en la cabeza! ¿Puedo verla? Ah, es profunda, pero... ¿La limpiáis con el *vino* como ordenan De Lucca y Henri de Mondeville?

¿No? —Frotó el corte con un trapo humedecido en vino—. Vino pasado. Ahora, yo seco el corte y uno los bordes como hacen los lombardos. *La natura* hace un líquido viscoso para pegar los bordes sin aguja. Envolveré la herida con cáñamo, para sacar el calor...

El *dentator* ya había terminado su trabajo y el locuaz cirujano se acercó para atender la mejilla de Eugen. El *Junker*, sudoroso y agotado por el trabajo en su mandíbula y sus dientes, vio acercarse el cuchillo con algo parecido al alivio. Entendía de cuchillos. El gatillo se parecía demasiado a un instrumento de tortura.

—Lo soportaré —dijo Manfred cuando Dietrich y él regresaron a la tienda del *Herr*—. El golpe iba dirigido a mí, así que es una cicatriz que puede llevar con honor. El propio duque vio la hazaña y accedió en el acto a que Eugen reciba su espaldarazo. Tu Hans también actuó de manera valiente, y se lo haré notar a Grosswald.

—Grosswald es el motivo de mi misión. —Dietrich explicó lo que había sucedido en la aldea—. Una facción dice que Hans hizo lo adecuado, a pesar de la orden de su señor. «Para salvarnos del alquimista», es como lo expresan.

Manfred, sentado en su silla de campaña, cruzó las manos bajo la barbilla.

—Comprendo.

Llamó a su criado con un gesto y tomó una fruta de la bandeja que le ofrecía.

—¿Y la facción de Grosswald? —Indicó al criado que le ofreciera la bandeja a Dietrich, pero este declinó el ofrecimiento.

—Dicen que Hans, por su desobediencia, trastocó el orden natural, y aborrecen esto por encima de ninguna otra cosa. Sospecho que hay también otras facciones. Shepherd está enfadada con Hans, pero usa su facción para derribar a Grosswald, a quien echa la culpa de la pérdida de sus peregrinos.

Manfred gruñó.

—Son tan retorcidos como los italianos. ¿Cómo estaban las cosas cuando te marchaste?

—Cuando comprendieron la Paz de Dios, muchos villanos huyeron a Santa Catalina o el *Burg*, para frustración de sus atacantes, que no se arriesgan a violar el santuario por no molestaros.

—Bien —dijo Manfred—. No puedo decir que me guste que alteren el orden natural, pero Hans me ha procurado un gran servicio hoy y, por mi honor, quisiera verlo recompensado, no castigado.

—¿Qué servicio fue ese, *mein Herr*? ¿Qué aplacaría a Grosswald?

—Grosswald es un hombre de humor variable. —Manfred se detuvo, luego sonrió torcidamente—. Tanto nos hemos acostumbrado a esas criaturas este invierno que pienso en él como un hombre. ¡Hans y sus krenken volaron hacia las almenas mientras toda la atención estaba en la brecha, mataron a los arqueros y asaltaron la fortaleza y aseguraron el tesoro!

—*Mein Herr*-dijo Dietrich con súbita aprensión—. *Mein Herr*, ¿los vieron?

—Algunos en el campamento los vieron, creo..., aunque solo de lejos, pues les advertí que permanecieran ocultos hasta donde se lo permitiera su honor. Los arqueros de las almenas, naturalmente, los vieron a las claras, igual que el torrero sobre la puerta. A él lo mataron antes de que pudiera echarnos aceite hirviendo, con lo que salvaron muchas vidas y evitaron muchas horribles heridas. Los hombres de Falkenstein pensaron que el demoníaco amo de su señor había venido por él por fin, así que su aparición sembró el pánico para nuestra ventaja. Habrá historias, pero eso no puede evitarse, y puede que piensen que los demonios eran de Falkenstein, no nuestros.

—Es poético —admitió Dietrich—. La leyenda que usó para asustar a los demás se revuelve como una serpiente para morderlo a él.

Manfred se echó a reír y bebió vino de una copa llena en parte con resina para dar un perfume suave a la bebida.

—El krenk que llevaba la pasta de truenos (se llamaba Gerd) actuó con gran valentía. Voló de noche hasta la base de la torre de la puerta y plantó allí la pasta. Por la mañana, la disparó en el momento en que Habsburgo disparaba sus *pots-de-fer*, para que pareciera que los disparos habían causado el daño. ¡El capitán del duque se quedó sorprendidísimo! Gerd usó el hablador-lejano para conseguirlo. *Por Nuestra Señora*, pareció como si le hablara a la pasta y esta le obedeciera. Dietrich, juro por mi espada que la frontera entre arte sagaz y poderes demoníacos tiene el grosor de un pelo. Hans condujo a sus compañeros hasta la fortaleza en busca de la plata Habsburgo, matando o hiriendo a todos los que se le pusieron por delante hasta que las escaleras parecieron un río de sangre..., aunque la mayoría de los defensores huyeron nada más verlos.

Los nobles eran dados a la hipérbole al contar hechos de armas. El cuerpo humano solo disponía de una cantidad limitada de sangre y unos cuantos minutos haciendo cuentas demostrarían la imposibilidad de derramar «un río» de sangre, sobre todo si «la mayoría de los defensores huyeron».

—¿Encontraron el cobre? —preguntó.

—Hans razonó que habría más resistencia cerca del tesoro y por eso atacó donde la resistencia era más grande. Pero... —Manfred echó atrás la cabeza y soltó una carcajada—. A pesar de sus buenos razonamientos, Hans encontró tu alambre por mera casualidad. Falkenstein tiene calefacción en los aposentos de su dama (¡una estufa de barro, nada menos!), y nuestros krenken se sintieron atraídos hacia ese sitio. El alambre estaba allí. El marido le había regalado el cobre, quizá para hacer alguna joya. Supongo que tus filósofos podrán extraer algo interesante de la coincidencia. Tal vez que la razón tiene sus límites.

—O que Dios quería que Hans lo encontrase. —Dietrich cerró los ojos y ofreció una breve oración de gracias para que los krenken pudieran continuar sus reparaciones.

—Pero escucha —dijo Manfred—. *Lady Falkenstein* tenía asignado un guardián

y, cuando los krenken irrumpieron en la habitación, empuñó su espada y abatió a Gerd de un solo golpe. ¡Y qué hizo nuestro pequeño cabo, sino proteger a su camarada y repeler al soldado mientras los demás lo sacaban de allí! Primero, agarró una silla para detener un golpe, luego lanzó una bala de su *pot-de-fer* que alcanzó al hombre en el casco y lo dejó sin sentido. ¡Entonces, oh, hecho valiente!, trazó la cruz sobre su enemigo y se retiró.

—¿Lo perdonó, entonces? —preguntó Dietrich asombrado, conociendo la cólera krenk.

—Un gesto maravilloso. Y *lady* Falkenstein gritando por miedo al Innombrable. Pero ahora dice que la defensa de su guardián fue tan heroica que incluso un demonio se conmovió y reconoció su valor.

—*Ach*. Así crecen las leyendas.

Manfred ladeó la cabeza.

—¿Qué mejor historia que ambos enemigos realicen gestas heroicas cuando se enfrentan entre sí? Según cuentan, el hombre se lo hizo encima al ver a Hans, pero plantó cara y luchó cuando podría haber huido. Ese hombre contará a sus nietos historias de cómo intercambió golpes con un demonio y sobrevivió..., si el duque no lo ahorca antes. Pero la plata del duque está asegurada y camino de Viena con los judíos, con una tropa de hombres de confianza para protegerla. Los otros prisioneros fueron liberados también.

—Gracias a Dios. *Mein Herr*, ¿queréis llamar a Hans y advertirle de la ira de su señor?

—Me temo que es demasiado tarde para eso. Cuando aseguré el tesoro del duque le di a Hans permiso para llevar volando a su compañero muerto a las criptas krenk.

Dietrich se levantó, alarmado.

—¡Qué! Debemos volver rápido, antes de que sea demasiado tarde.

Manfred frunció los labios.

—Siéntate, pastor. Solo un loco se aventura de noche por ese camino. Lo que Grosswald tenga en mente ya está decidido. ¡Sin embargo, por mi honor, si no trata bien a Hans, Grosswald las pagará!

Dietrich no estaba seguro de que Manfred tuviera poder para castigar a Grosswald, a menos que este lo permitiera. Los krenken temían al frío del invierno, pero su arrogancia se caldearía con el clima y sus juramentos podrían fundirse con las nieves.

Dietrich durmió relativamente bien. No esperaba que la tregua entre los krenken durara, pues sus costumbres requerían sumisión, no equilibrio. Su «Red» no era de juramentos y obligaciones mutuas, sino de autoridad y obediencia, y se debía menos al poder cognitivo de sus voluntades que al poder estimativo de sus apetitos.

La luna nueva se había puesto y, entre cortas cabezadas, Dietrich había visto a Orión y sus sabuesos perseguir a Júpiter. Ahora los cazadores, cansados de la

persecución, se ponían bajo las alturas de Breitnau, y la Estrella Perro, la más brillante de todas, se posaba amarilla sobre la cima de la montaña. Dietrich había leído a Ptolomeo en el *quadrivium* de París, y Ptolomeo había descrito como roja la Estrella Perro. Tal vez el griego se había confundido, o se trataba de un error del copista; pero Hans había dicho que las estrellas podían cambiar y Dietrich se preguntó si este era un ejemplo de la corruptibilidad de los cielos.

Sacudió la cabeza. Según Virgilio, la Estrella Perro causaba muerte y enfermedad. Dietrich la contempló hasta que desapareció de vista, o hasta que se quedó dormido por fin.

## XV

### MARZO DE 1349

*Hora sexta, Miércoles de Ceniza* A su regreso, Dietrich pasó por los campos de primavera y se sorprendió de ver a siervos y arrendatarios enfrascados en sus labores. Algunos lo saludaron, otros se apoyaron en sus palas y lo miraron. Herwyg el Tuerto, que trabajaba un surco cerca del camino, le pidió que bendijera su sembrado, cosa que Dietrich hizo al punto.

—¿Qué noticias hay de los krenken? —le preguntó a su arrendatario. De la aldea llegaban sonidos de mazas y el olor de pan fresco en el horno.

—Nada desde antes de ayer, cuando silenciaron a algunos. La mayoría se esconde en la iglesia. —Herwyg se echó a reír—. Supongo que ese monje predicador duele menos que una paliza.

—¿Entonces no se ha hecho nada con los krenken que partieron con el Herr?

El Tuerto se encogió de hombros.

—No han regresado.

Dietrich cabalgó hasta Santa Catalina, donde encontró a un puñado de krenken repartidos de forma desigual por la nave. Algunos estaban de pie, otros en su postura agachada característica. Tres colgaban de las vigas. Joachim estaba en el púlpito mientras un krenk de aspecto fornido con un arnés de cabeza traducía para aquellos que carecían de uno.

—¿Dónde está Hans? —preguntó Dietrich en medio del silencio que saludó su entrada.

Joachim negó con la cabeza.

—No lo he visto desde que partió el ejercito.

Uno de los krenken agachados zumbó y el fornido dijo a través del *mikrophone*:

—Beatice pregunta si Hans vive. Es un asunto importante para ella —añadió con la sonrisa krenk.

—Su banda actuó con valentía en el conflicto —le dijo Dietrich—. Solo uno murió y Hans lo vengó de un modo cristiano. Por favor, discúlpame, he de encontrarlo.

Se había dado ya la vuelta cuando Joachim lo llamó.

—¡Dietrich!

—¿Qué?

—¿Cuál de ellos murió?

—El llamado Gerd.

Este anuncio, cuando se tradujo, causó gran cantidad de chasquidos y zumbidos. Un krenk empezó a agitar los brazos violenta y repetidamente. Otros trataron de llamarlo de manera rápida y tentativa, como si le tocaran en el hombro para requerir

su atención. También Joachim bajó del púlpito e imitó el gesto krenk.

—Benditos los que lloran —le oyó decir Dietrich—, pues ellos serán consolados. La pena dura un momento, pero la dicha es dicha eterna en presencia de Dios.

Una vez fuera, Dietrich volvió a montar y se hizo con las riendas.

—Vamos pues, hermana yegua, he de pedir tu servicio una vez más.

Tras espolear al animal en las costillas, cabalgó hacia el Bosque Grande, levantando terrones de barro del camino empapado del valle del Oso.

Encontró a Hans en el navío krenk. Los cuatro krenken supervivientes estaban apretujados en una habitacioncita llena de cajas de metal, en el nivel inferior. Las paredes de la habitación estaban chamuscadas, y no era extraño. Cada caja tenía filas de pequeñas ventanas recubiertas de cristal, dentro de las cuales ardían unas pequeñas hogueras: rojo brillante, azul oscuro. Algunas cambiaron de color mientras Dietrich observaba. Otras ventanas eran oscuras y las cajas estaban chamuscadas por los incendios que había causado el naufragio del navío. Una caja estaba completamente arruinada, los paneles combados y retorcidos, de modo que Dietrich pudo ver que dentro había muchos cables y pequeños artilugios. Era en esa caja en la que Gottfried trabajaba con su varita mágica.

Debió de moverse, pues los krenken se volvieron de pronto. Dietrich había aprendido que el ojo krenk era especialmente sensible al movimiento. Cuando Dietrich sacó el arnés de cabeza de su zurrón, Hans cruzó la habitación de un salto y le arrancó el *mikrophone* de las manos. Luego, agarrando a Dietrich por la muñeca, lo condujo escaleras arriba hasta la habitación donde se habían conocido. Allí, Hans activó los «habladores».

—Gschert controla las ondas-en-ningún-medio —dijo el krenk—, pero esta cabeza habla solo en esta habitación. ¿Cómo sabías que nos ibas a encontrar aquí?

—No estabais en Falkenstein, ni os ha visto nadie en la aldea. ¿Adónde más podríais haber ido?

—Entonces Gschert no lo sabe todavía. Los canales-de-voz nos avisaron de problemas. Y teníamos que enterrar a Gerd e instalar el cable. —Hans estiró su largo brazo—. Aquí hace frío, pero... Ahora comprendo lo que tu pueblo quiere decir con «sacrificio». ¿Fuiste al campo de batalla?

—Tus paisanos se pusieron a pelear por tus acciones y quise ir a advertirte. Temí que regresaras para ser encarcelado, o algo peor. —Dietrich vaciló—. El *Herr* dijo que perdonaste al hombre que mató a Gerd.

Hans estiró el brazo.

—Necesitábamos el alambre, no su muerte. Este alambre, hilado por un auténtico orfebre del cobre, puede que sirva para la tarea. No es culpa del bendito Lorenz. El cobre no era su oficio. Ven, regresemos abajo. Recuerda, solo Gottfried está con nosotros en todo. Friedrich y Mechtilde se han unido solo por miedo al alquimista, no por amor al prójimo.



Dietrich observó durante un rato cómo los cuatro krenken unían cables y los tocaban con diversos talismanes, ¿quizá para bendecirlos con alguna reliquia? Una o dos veces parecieron discutir y consultaron manuscritos iluminados del «circuito *elektronik*». Trató de discernir cuál de los otros dos era Mechtilde, obviamente una krenken, aunque los estudió con atención, no pudo apreciar ninguna diferencia notable.

Como se aburría, paseó por dentro del navío y llegó a la sala que Kratzer había llamado del piloto, aunque no había ventana para mostrarle al piloto dónde estaba el navío, solo paneles de cristal opaco, varios de los cuales estaban oscurecidos por efecto del fuego. Uno de ellos cobró brevemente vida, acompañado por un claqueteo de voces krenk desde abajo.

Un sillón acolchado en el centro era el trono del capitán, desde donde daba órdenes a sus lugartenientes. Dietrich se preguntó qué hubiera pasado si aquel noble hubiera sobrevivido. El capitán tal vez no habría fracasado tanto como Gschert. Sin embargo, siendo más competente que Gschert, ¿no se habría librado, con la típica cólera krenk, del riesgo de ser descubierto deshaciéndose de los descubridores?

Dios tenía un fin para cada cosa. ¿A qué propósito servía haber unido a un sacerdote y erudito recluido con una extraña criatura que instruía cabezas parlantes?

Dietrich salió de la sala del piloto y se dirigió a la puerta exterior, donde respiró aire fresco. Un grito lejano resonó entre los árboles y, al principio, pensó que se trataba de un halcón. Pero era demasiado prolongado e insistente, y de repente quedó claro: el relincho de un caballo asustado.

Dietrich se dio media vuelta, corrió hacia la escalera y estuvo a punto de tropezar con su túnica mientras bajaba los escalones.

—¡Viene Gschert! —gritó, pero los krenken ni siquiera lo miraron. Dietrich advirtió que la voz humana para ellos no era más que un sonido, igual que sus chasquidos lo eran para él. Así que agarró a Hans por el antebrazo.

Por reflejo, el krenk lo empujó a un lado. Hans se volvió y a Dietrich no se le ocurrió nada mejor que señalar la escalera y gritar «¡Gschert!», esperando que la criatura hubiera oído el nombre lo bastante a menudo para reconocerlo sin traducción.

Debió de funcionar, pues Hans se detuvo un instante antes de descargar un torrente de cháchara a sus camaradas. Friedrich y Mechtilde soltaron sus herramientas y corrieron hacia la escalera, sacando sus *pots-de-fer* de sus cinturones. Gottfried alzó la cabeza mientras seguía trabajando con la varita mágica y, apartando primero los vapores con la mano, hizo el gesto de lanzar hacia Hans, quien esperó un momento más, luego echó la cabeza hacia atrás todo lo que pudo hasta que también él corrió a la escalera.

Dietrich se encontró a solas con Gottfried, su primer converso..., a menos que contara el críptico abrazo del alquimista a las palabras de la Consagración. Gottfried continuó uniendo cables a los diminutos puntos con su metal— *solidare*, pero Dietrich pensó que era consciente de que lo estaban observando. Gottfried apartó la

varita y la dejó sobre una caja que parecía de fibras de metal trenzadas. Usando un torcedor-de-tornillos, sacó un cuadradito del «circuito». Se lo arrojó a Dietrich, quien tuvo que cogerlo al vuelo, y colocó en su lugar un aparato algo más grande que parecía construido con restos de otros. Al examinar el artilugio extraído, Dietrich vio que, en vez de alambres de cobre, del aparato colgaban diversas fibras tan finas como un cabello y que parecían atrapar la luz dentro de sí mismas.

Gottfried chasqueó las mandíbulas y señaló el aparato que Dietrich tenía en la mano y el aparato más *schlampig* que había instalado en su lugar. Extendió las manos en un gesto muy humano y meneó la cabeza varias veces, con lo que Dietrich comprendió que Gottfried dudaba que el *elektronikos* fluyera a través de los hilos de cobre con la misma eficacia que la ¿luz? Había fluido una vez a través de las fibras similares a cabellos.

Tras haber expresado por señas sus dudas, Gottfried hizo el signo de la cruz y, dedicándose una vez más a la tarea, despidió a Dietrich agitando un brazo.

Dietrich encontró a Hans fuera, agazapado con los otros dos krenken tras unos barriles de metal. Hans agarró a Dietrich por la túnica y lo obligó a colocarse también detrás de los barriles, donde la tierra húmeda empapó su ropa y heló sus miembros. Vio que los krenken estaban temblando, aunque el día era moderadamente frío para sus sentidos. Se quitó la capa y la colgó de los hombros de Hans.

Hans ladeó la cabeza para mirar directamente a Dietrich. Luego le tendió la capa al krenk que estaba agachado junto a él. Este (Mechtilde, pensó Dietrich) la tomó y se envolvió en ella, cerrándola alrededor de su garganta. El tercer krenk estaba agachado pero ligeramente erguido, asomando por encima de los barriles. Un hombre hubiese escrutado las intermediaciones, pero él mantenía la cabeza tan quieta como una gárgola. Para captar mejor el movimiento en el bosque, supuso Dietrich. De vez en cuando, el tercer krenk se acariciaba ausente el cuello.

El caballo había dejado de relinchar y por eso Dietrich pensó que la bestia había huido..., a menos que Gschert la hubiera matado. Alzó la cabeza para mirar hacia los bosques y un sonido como el de una abeja pasó junto a él, seguido un momento más tarde por un brusco rugido en la linde del bosque y el choque de una piedra contra el navío que tenía detrás. Hans obligó a Dietrich a tirarse al suelo una vez más y chasqueó sus mandíbulas a menos de un palmo de su cara. El mensaje estaba claro: no hagas ningún movimiento súbito. Dietrich miró a Friedrich y advirtió que su antena izquierda se había doblado levemente para indicar un punto en el bosque. Hans cruzó sus antenas y, muy lentamente, colocó su *pot-de-fer* en posición para lanzar una bala a sus atacantes.

Hans emitió un sonido penetrante con sus callosos labios laterales y le respondió un zumbido similar desde el bosque. Dietrich sacó el arnés de cabeza del zurrón y lo agitó ante Hans indicando que iba a ponérselo.

—Le dije —anunció Hans cuando también él se colocó el arnés— que sus balas

dañarían nuestro único medio de escape. Pero se preocupa menos por nuestro escape que por mi obediencia. Cuando un hombre no puede conseguir nada, solo le queda ese orgullo.

Como su canal privado había sido clausurado, Hans hablaba a través del canal común, sin que le preocupara ya que los oyeran.

—Yo ordeno, hereje —contestó Gschert—. Tu lugar es servir.

—En efecto, nací para servir. Pero sirvo *a todos* en este viaje, y no solo a ti. Temes tanto arriesgar a *uno* de nosotros que estarías dispuesto a perdernos *a todos*. Si mandas aquí, tu orden es que muramos. Eras la mano izquierda de nuestro capitán, pero sin la cabeza, la mano no sabe qué agarrar.

Por respuesta, les llegó otra bala. Esta vez no hubo ruido de golpe, sino un sonido parecido al de un pie que se hunde en un profundo charco de barro. Dietrich miró por encima del hombro y jadeó, pues el navío krenk brillaba con una suave luz interna, sin fuente, *¡a través de la cual Dietrich pudo ver los árboles del otro lado!* Se persignó apresuradamente. ¿Podía lo inanimado tener espíritu? Mientras observaba, el navío pareció encogerse, como si se alejara.

Hans y los otros lo habían visto también. Friedrich y Mechtilde zumbaron, y Hans dijo, como para sí mismo:

—Ten cuidado, Gottfried... Manténla firme... —Entonces se dirigió a Gschert—: ¿Dónde está nuestro piloto? ¿Debería estar aquí para llevar el timón!

—Tu herejía ha dividido la Red. Zachary no quiere venir. ¿Confiarías tu vida a semejante remiendo? Aunque caiga al Otro Mundo, ¿volverá a subir?

—Entonces, al menos será una opción de muerte y no la peor de las opciones.

El temor atenazó el corazón de Dietrich y el cabello y el vello de los brazos se le erizaron. La nave krenk de repente recuperó su forma y tamaño y una onda de *elektronikos* atravesó a Dietrich y llegó al claro, donde fuegos fatuos bailaron brevemente en las copas de los árboles y en las armas y en diversos objetos metálicos.

El brillo amarillo tras los ojos de Hans pareció oscurecerse.

—Ah, Gottfried —dijo.

El llamado Friedrich se volvió hacia él con el *pot-de-fer* en la mano. Dijo algo, pero Dietrich solo escuchó la respuesta.

—Un pequeño salto da comienzo a un viaje largo.

Friedrich vaciló, luego bajó el arma. Dijo algo más, pero Hans no le respondió.

Sin previo aviso, Gottfried apareció en la puerta del navío y cruzó el espacio abierto hasta el lugar donde Hans y Dietrich estaban agazapados. Llevaba puesto su arnés de cabeza.

—Tendría que haber pedido vuestra bendición para el aparato, padre. Tal vez solo faltó eso.

Hans se llevó una mano a la frente.

—Ha faltado muy poco —dijo.

—¡*Bwa!* —dijo *Heinzelmännchen*—. Eso dijo el cazador del Salto del Ciervo.

Entonces saltó sobre los barriles de metal tras los que se escondían y, abriendo mucho los brazos, exclamó:

—¡Este es mi cuerpo.

Hans lo derribó al suelo un momento antes de que un enjambre de balas volara hacia él.

—Esos necios —dijo Hans—. Si dañan las paredes, el navío no navegará nunca. Debemos... debemos...

Su cuerpo hizo un ruido como de concertina, pues los krenken poseían muchas pequeñas bocas en todo el cuerpo.

—*Ach*. ¿Es que no llegará nunca el tiempo-cálido?

—El verano llega siempre —dijo Dietrich. Se volvió hacia Gottfried y añadió—: No debes desesperar y renunciar a la vida por un fracaso.

—El suyo no ha sido un acto de desesperación, sino de esperanza —le dijo Hans a Dietrich. Entonces, pasado su pánico momentáneo, concluyó—: Debemos eliminar a *Herr Gschert*.

—Decirlo es más fácil para ti que para nosotros —dijo Gottfried—. Tú sirves a Kratzer y no estás «obligado-por-juramento» al amo del navío como lo estamos nosotros. Sin embargo, aunque me apena verle caer, hay que hacerlo.

—¿Cuántos ha traído?

—¡*Bwa!* Por lo que parece, a todos menos a Zachary.

A partir de aquel momento tuvo lugar un combate extraño y lento. Acostumbrado a la justa y el encontronazo, a Dietrich le pareció algo muy peculiar, pues los combatientes mantuvieron una perfecta tranquilidad durante largos períodos. Sus compañeros, detrás de los barriles, parecían estatuas, pero estatuas que se movían imperceptiblemente. Cada vez que miraba a Hans, el sirviente de la cabeza parlante había adoptado una postura diferente. Comprendió que aquel estilo debía de ser muy adecuado para una gente cuyos ojos respondían al movimiento, pues la perfecta inmovilidad debía de dificultar verlos. Sin embargo, también debía de ponerlos en peligro cuando se luchaba contra quienes atacaban en tropel. A Dietrich se le ocurrió que si Gschert y Manfred hubieran luchado el día de la romería, cada uno habría sido vulnerable al otro. Pues permanecer quieto ante una carga era fatal, mientras que correr contra aquellos que tenían una aguda percepción del movimiento lo era igualmente.

En ocasiones, la detonación de un *pot-de-fer* indicaba un movimiento descuidado, y entonces los krenken demostraban que eran en efecto capaces de moverse velozmente. Las balas silbaban contra los barriles o pelaban las ramas de los árboles. Los combatientes ocupaban posiciones muy alejadas para lanzar sus disparos. El temblor de un matorral y el chasquido de ramas dentro de la oscuridad de los árboles indicaba que los hombres de Gschert estaban haciendo lo mismo. El ritmo irritó a Dietrich y anheló un ataque entre gritos y prisas.

Lleno de horror, Dietrich advirtió que un krenk había aparecido en el claro. Tan inmóvil como una roca o un árbol, estaba agazapado junto a la mesa y las sillas donde los refugiados se sentaban a descansar en tiempo más cálido. Dietrich no sabía a través de qué imperceptibles etapas había llegado a esa posición, y cuando volvió a mirar, ya no estaba.

Al mirar a la izquierda, vio a un krenk desconocido agazapado allí. Dietrich dejó escapar un grito de sorpresa y horror, y habría saltado a su propia perdición si Hans no lo hubiera agarrado firmemente por el hombro.

—Beatke está con nosotros —dijo, y Hans y el recién llegado se tocaron suavemente las rodillas el uno al otro.

El bosque parecía lleno de langostas, pues los dos bandos atacaban también con palabras, aunque Dietrich solo oía las diatribas que pasaban a través del *Heinzelmännchen*. Las palabras de Gschert eran como miel para un hombre que ayuna, llamadas al ansia innata de obediencia de los herejes.

—Ya has usado tu poder, Gschert —gritó Hans—, más allá de lo que es justo. Si hemos nacido para servir, y tú para mandar, entonces tus órdenes deben ser para el bien de todos. No negamos nuestro lugar en la Red. Negamos el tuyo.

Otro krenk, también con un arnés de cabeza, aunque Dietrich no lo conocía, dijo:

—Los que trabajamos seremos escuchados. Tú dices «haced esto» y «haced lo otro», mientras que tú no haces nada. Descansas en las espaldas de los demás.

Poco a poco Dietrich se dio cuenta de que más de una docena de krenken se alineaban ahora con Hans. Ninguno tenía *pot-de-fer*, pero llevaban diversas herramientas y artilugios. Estaban encaramados a los árboles o tras las rocas o en el arroyuelo que corría junto al claro.

—Pero Shepherd dijo que la obediencia era como el hambre —dijo Dietrich.

Su queja fue transmitida por el canal común y alguien que no conocía respondió:

—Así es, pero un hombre hambriento puede golpear a quien proporciona comida podrida.

Entonces una feroz cháchara creció en magnitud desde el lado del claro donde estaba Dietrich. A su alrededor había estatuas que, a cada mirada, habían alterado su postura, y de repente Dietrich se sintió pequeño junto a su madre en la catedral de Colonia, contemplando las gárgolas y los santos de rostro serio que lentamente se volvían hacia él. El *Armleder* había regresado, nacido de nuevo entre los krenken.

«Entre dos ejércitos es peligroso poner a pastar tu ganado», había dicho Gregory Mauer.

Dietrich dejó atrás la protección de los barriles y salió al claro que separaba las dos facciones enfrentadas.

—¡Alto! —gritó, esperando ser golpeado a muerte de un momento a otro por una docena de *pots-de-fer*. Alzó ambos brazos—. ¡Os ordeno en nombre de Cristo que soltéis vuestras armas!

Sorprendentemente, no le dispararon ninguna bala. Durante un momento, nada se

movió. Entonces, primero uno, luego otro, los krenken salieron de sus escondites. Hans echó atrás la cabeza y dijo:

—Me avergüenzas, Dietrich de Oberhochwald.

Y dejó caer su *pot-de-fer* al suelo. A este gesto, *Herr Gschert* salió del bosque.

—Tienes razón —dijo—. El asunto es entre el Hans y yo, solos, y es al cuello.

Dio un paso al frente, y Hans, tras un momento en que él y Beatke se tocaron, saltó al claro para recibirlo.

—¿Qué significa «al cuello»? —preguntó Dietrich.

—Lo cierto es que encontrándonos en este mundo volvemos a las costumbres de nuestros antepasados —le dijo Gschert a Hans. Y se quitó la ropa, arrojando al suelo la blusa y el ajado cinturón, y se quedó de pie, temblando, en la tarde de marzo.

Hans había llegado junto a Dietrich.

—Recuerda que es mejor que muera un hombre que todo un pueblo, y si esto restablece la concordia... —dijo. Se volvió hacia Gschert y añadió—: «Este es mi cuerpo, que será entregado por vosotros».

*Al cuello*; Dietrich advirtió de repente que Hans no iba a defenderse de las mandíbulas de Gschert.

—¡No! —dijo.

—¿Hemos llegado a esto, pues? —preguntó Gschert.

—Como Arnold siempre supo que pasaría —respondió Hans—. Gálatas 5:15.

—¡Adelante con tu superstición carente-de-pensamiento, entonces!

Pero antes de que Gschert pudiera saltar sobre el pasivo Hans, Dietrich oyó el imponente toque de una trompeta, el sonido que era mejor que todos los ecos del mundo.

—Fue bastante sencillo —dijo *Herr Manfred* mientras Max y sus soldados conducían a los ahora obedientes krenken de vuelta hacia Oberhochwald—. Antes incluso de que llegara a la aldea, los campesinos me dijeron que habías salido galopando como un loco hacia el Bosque Grande, y que, poco después, los krenken te siguieron. Hice que mis hombres doblaran el paso. Tuvimos que dejar nuestros caballos tras el risco, pero íbamos medio armados para el viaje y por eso la marcha no fue difícil. Oí parte de lo que sucedía por el canal común. ¿Cuál fue la causa de todo?

Dietrich contempló el claro, el montón de utensilios, la falta de orden.

—Los krenken tienen hambre de obediencia y *Herr Gschert* les ha servido gachas pasadas —dijo.

Manfred echó atrás la cabeza y soltó una carcajada.

—Si tienen hambre de obedecer a alguien —dijo el señor de Oberhochwald—, yo mismo les serviré esas gachas.

Y así, más tarde, en el gran salón, Hans y Gottfried unieron las manos y Manfred las rodeó con las suyas propias e hicieron sus juramentos al barón Grosswald y

aceptaron a *Herr* Manfred como su señor. En reconocimiento a su valor en la batalla de la Roca del Halcón, Manfred colocó un rubí en la mano derecha de Hans. Gschert no estaba contento con el acuerdo, pero accedió como Nicodemo en que eso resolvía el problema de la desobediencia.

Shepherd aceptó también que dos de sus peregrinos pidieran ser aceptados en el señorío y bautizados.

—Los que viven en tierras extrañas a menudo aceptan las rudas costumbres de la tierra. Tenemos un término para eso, que podríamos traducir como «caminar tras los pasos de los nativos». Piensan que así eliminan sus preocupaciones. Más tarde, lo lamentan; pero los lamentos deben venir después. Eres listo, sacerdote, y has liberado a Hans y sus herejes de una carga; pero déjame a mí la mía. —Y la líder de los peregrinos estudió a *Herr* Gschert al otro lado del salón—. Sin embargo, creo que Hans no se ha librado de toda la suya. Creo que tu *Herr* Manfred no nos permitirá partir y eso, sobre todas las cosas, es lo que Hans desea.

—¿No lo deseáis todos?

—Es en vano desear lo imposible.

—Eso se llama «esperanza», mi señora. Cuando Gottfried estaba reparando el «circuito», me dio a entender que esa reparación no se ajustaba a los baremos de los artesanos originales. Sin embargo, se aplicó a la tarea con voluntad, y no pude dejar de admirarlo por eso. Cualquiera necio puede sentir esperanza cuando el éxito está a la vista. Hace falta una auténtica fuerza para tener esperanza cuando todo parece perdido.

—¡Carencia de pensamiento!

—Si se persevera, la gracia de Dios puede favorecerte con el éxito después de todo, y la desesperación nunca vencerá. Mi señora, ¿qué habrías hecho, de haber depuesto al barón Grosswald?

La líder de los peregrinos sonrió con la sonrisa krenk, que a Dietrich siempre le parecía casi una burla.

—Ordenar a Hans que hiciera lo que ha hecho.

—¡Y sin embargo le acusas de que lo hiciera!

—¿Sin órdenes? Sí.

Dietrich se volvió para mirar a la cara a *lady* Shepherd.

—Tú enviaste a Gschert al Bosque Grande.

—En mi país —respondió la dama—, jugamos a un juego. Colocamos piedras en orden. Algunas piedras se quedan en su sitio y a esas las llamamos... El *Heinzelmännchen* dice que «colmenas», pero yo digo que «castillos» es mejor. Los guerreros-piedra salen de ellos y se mueven de un sitio a otro siguiendo ciertas reglas. Juegan al juego tres oponentes.

Dietrich comprendió.

—Entonces estás jugando a las piedras.

*Lady* Shepherd cerró sus labios laterales con medida delicadeza.

—Una ocupa su tiempo lo mejor que puede. Las complicaciones del juego me ayudan a olvidar. «Como morimos, reímos y saltamos».

—Na —dijo Dietrich—. Hans ya está fuera del juego. Ahora es vasallo de Manfred.

La krenken se echó a reír.

—También hay una versión para cuatro jugadores.



## XVI

### MARZO DE 1349

*Cuaresma.*

Con marzo llegó el Año Nuevo. Los siervos y aldeanos podaron las parras y cortaron postes para las vallas dañadas por la nieve de invierno. Desde la tregua impuesta por *Herr* Manfred, los humores se habían enfriado, y muchos krenken regresaron a sus antiguos hospedajes en la aldea. Hans, Gottfried y unos cuantos más acamparon junto al navío naufragado. El tiempo se volvía más cálido y Zimmerman y sus sobrinos construyeron para ellos un refugio que se calentaba con una estufa de piedra. Esto les permitió trabajar más horas en las reparaciones y, no por casualidad, reducir los encuentros con sus nuevos enemigos. Gerlach Jaeger, que a menudo se internaba hasta muy lejos cazando lobos, informó de que, al atardecer, a veces los veía intentando su extraño baile de saltos «en concierto».

—No son nada buenos —contaba el cazador—. Se les olvida, y luego cada uno hace lo que quiere.

Dietrich visitaba a menudo el campamento, y Hans y él paseaban por los caminos del bosque, ahora bien marcados, mientras discutían sobre filosofía natural. Los árboles habían empezado a reverdecer y unas cuantas flores impacientes extendían sus brazos rezando para que llegaran las abejas. Hans llevaba un chaleco de piel de oveja y unas calzas de cuero, pues sus curiosas prendas krenken se habían deteriorado hacía tiempo.

Dietrich explicó que, aunque los franceses empezaban el año del Señor en Navidad, los alemanes lo hacían en la Encarnación. El año civil empezaba, naturalmente, en enero. Hans no podía comprender semejante cosa.

—En Krenkheim —afirmó—, no tenemos solo el año estándar, sino también la hora del día e incluso una de doscientas mil partes del día.

—Kratzer dividió vuestra hora en un puñado de minutos y cada minuto en un puñado de parpadeos. ¿Qué tarea puede hacerse tan rápidamente que se necesite un «parpadeo» para marcarla?

—«Parpadeo» es un término vuestro. No significa nada para nosotros.

¿Podía un hombre detectar humor en unos globos facetados dorados, risa en unos labios callosos? Sobre ellos, un pájaro carpintero picoteaba una rama. Hans le chasqueó, como si le respondiera, y luego se echó a reír.

—Encontramos útiles esos intervalos para medir las propiedades, del «*mar elektronik*» —continuó—, cuyas... mareas... suben y bajan incontables veces durante un parpadeo.

—*Ach* —dijo Dietrich—, las ondas que se agitan en ningún medio. ¿Qué es para vosotros este «parpadeo»?

—Debo consultarlo con el *Heinzelmannchen*.

Los dos continuaron caminando en silencio bajo un coro de grajos y jilgueros. Dietrich se detuvo junto a grupo de plantas de granza. Arrancó una de las pálidas flores rosadas y se la acercó a las lentes. Con la raíz se hacía un buen tinte rojo y Theresia podría usar el resto para sus remedios. Pero no quería ir al Bosque Grande mientras los krenken estuvieran allí. Razón suficiente para que recogiera unas cuantas para ella y las guardara en su zurrón.

—Un parpadeo —anunció Hans por fin— son dos mil setecientos cuatro miríadas de las ondas de luz invisible de... una sustancia particular que no conocéis.

Dietrich se quedó mirando al krenk un momento antes de que la absurdidad de aquello lo abrumara, y entonces estalló en carcajadas.

Cuando ya regresaban al campamento, Hans preguntó por Kratzer. Dietrich le contó sus muchas discusiones con el filósofo acerca de asuntos de filosofía natural, pero Hans lo interrumpió.

—¿Por qué no ha venido a nuestro campamento?

Dietrich estudió a su acompañante.

—Tal vez lo haga. Se queja de debilidad.

Hans de repente se quedó quieto. Pensando que había visto algo en el bosque, Dietrich se detuvo también y prestó atención.

—¿Qué pasa?

—Me temo que nos tomamos la Cuaresma demasiado en serio.

—La Cuaresma es exigente—dijo Dietrich—. Esperamos la resurrección del Señor. Pero Kratzer no está bautizado; entonces, ¿por qué ayuna también?

—Por camaradería. Encontrarnos consuelo en ello.

Hans no supo qué más decir y terminaron el resto del paseo en silencio.

En el campamento, Ilse Krenkerin se acercó a Dietrich.

—¿Es cierto, pastor, que los que juran lealtad a vuestro Señor-de-los-cielos vivirán de nuevo?

—*Doch* —le aseguró Dietrich—. Su espíritu vive para siempre en la comunión de los santos, para reunirse con sus cuerpos en el Último Día.

—¿Y vuestro señor-del-cielo es un ser de *energía*, y por eso puede encontrar la *energía* de mi Gerd y devolverla a su cuerpo?

—*Ach*. Gerd. Entonces, ¿eras su esposa?

—Todavía no, aunque hablamos de encontrar un «*no equivalente*» a nuestro regreso. Él pertenecía a la tripulación y yo no era más que una peregrina del pasaje, pero él parecía tan... dominante, con su librea de la nave, y de buena forma. Fue por mí, para que no tuviera que beber el caldo del alquimista, que se enfrentó a *Herr Gschert* y se unió a los herejes. Si vuestro señor-del-cielo nos reúne en una nueva vida, también le juraré lealtad.

Dietrich no comentó que Gerd no estaba bautizado. No estaba seguro de cuál era el razonamiento correcto. La ley del amor decía que ningún hombre podía ser condenado por no creer en aquello que no había tenido oportunidad de aprender; pero también era cierto que solo a través de Jesús podía un hombre ir al cielo. Tal vez Gerd sería admitido en ese limbo reservado para los paganos virtuosos, un lugar de perfecta felicidad natural. Pero si era así, y si Ilse aceptaba a Cristo, no se reunirían. No era una cuestión sencilla, pero prometió recabar información para ella y otros dos del campamento que también lo habían preguntado.

Le complacía su interés, y también sentía curiosidad por lo que podía ser el «caldo del alquimista».

Nombrar caballero a un *Junker* era un asunto costoso, ya que el honor exigía celebraciones dignas de la ocasión: fiestas, banquetes, regalos, una competición de *Minnesingers* y un torneo de lanzas. Así que los señores a menudo nombraban caballeros a varios *Junkers* a la vez para ahorrar gastos. Cuando Manfred anunció que iba a nombrar caballero a Eugen, Thierry accedió a hacer también lo mismo con su Imein.

Los Zimmerman construyeron una fila de gradas en el prado desde donde la plebe pudiera ver las competiciones, y los sonidos de martillos y sierras ahogaron los gruñidos del trabajo extra. A un siervo llamado Carolus le sentó tan mal el trabajo adicional que se escapó. Su propiedad quedó otra vez en manos de Manfred, quien concedió la parcela a Hans y Gottfried.

—La tierra es servil —advirtió Dietrich a los nuevos arrendatarios—, así que le deberéis por ella trabajo manual a Manfred, pero vosotros sois arrendatarios libres.

Les sugirió que contrataran a Volkmar Bauer para que se encargara de la siembra y la cosecha a cambio de la mitad de los beneficios. Volkmar se quejó de que estaba demasiado ocupado con sus propias parcelas y las que le debía al *Herr*; pero era un hombre previsor y su familia podía necesitar algún día surcos nuevos. Así que se llegó a un acuerdo por el cual las obligaciones de las parcelas fueron alquiladas a otros. Testigo de los términos de dicho acuerdo fue el *Schultheiss* y se inscribió en el *Weistümer*. Aunque el trato no hizo que Volkmar sintiera ningún aprecio por los *krenken*, calmó la hostilidad, más abierta, del *Vogt*.

Un día antes de ser nombrados caballeros, el tercer domingo de Cuaresma, los *Junkers* ayunaron desde el amanecer hasta el ocaso. Entonces, tras comer a la puesta de sol, se pusieron una túnica de purísima lana inglesa blanca y pasaron la noche de vigilia, de rodillas en la capilla. La herida de Eugen estaba sanando, como había prometido el saboyano, aunque la cicatriz era marcada y su sonrisa siempre tendría un quiebro siniestro. Imein, que había combatido valerosamente pero sin recibir heridas, contemplaba aquella cicatriz con algo parecido a la envidia.

—Lamento mucho que la celebración sea tan poco fastuosa —le confesó Manfred a Dietrich esa noche mientras inspeccionaba las gradas—. Eugen se merece más, pero

debemos seguir ocultando a nuestros vasallos krenken. Einhardt se sentirá muy ofendido porque no le he invitado a romper unas lanzas con nosotros.

Einhardt era el caballero imperial que vivía junto al Salto del Ciervo.

—Supongo que el viejo se habrá enterado ya de los rumores —sugirió Dietrich—, pero es demasiado cortés para satisfacer su curiosidad.

—Eso imagino. A mi hija no le gusta bañarlo porque huele. Rara vez usa jabón, aunque desde la infancia le enseñaron a bañarse adecuadamente. «¡Vanidad francesa!», dice. Sospecho que triunfó en el campo de batalla porque sus oponentes huían de su hedor. —Manfred echó atrás la cabeza y soltó una carcajada.

—*Mein Herr* —dijo Dietrich—, os pido que no echéis atrás la cabeza... Entre los krenken es un signo de sumisión... y una invitación a que el superior muerda el cuello y lo rompa en dos.

Manfred alzó las cejas.

—¿Es así? ¡Creía que se reían!

—Cada hombre ve lo que su propia experiencia le ha enseñado. No castigasteis a Grosswald por perturbar la paz. Para nosotros, la templanza es una virtud; pero para ellos significa debilidad.

—Ja. —Manfred caminó unos cuantos pasos con las manos unidas tras la nuca. Luego se volvió e inclinó la cabeza—. El gesto de Hans en la Roca del Halcón, cuando perdonó a su enemigo... ¿significó también debilidad?

—*Mein Herr*, no lo sé; pero sus costumbres no son las nuestras.

—Tienen que aprender *nuestras* costumbres, si van a quedarse en mi feudo.

—Si se quedan. Su desesperación por regresar a su propio país es lo que impulsó a Hans a la desobediencia.

Manfred lo miró pensativo.

—Pero ¿por qué tanta desesperación? Un hombre puede anhelar su tierra, a su familia o sus amantes o... o a su esposa, pero el anhelo acaba por morir. Casi siempre.

Por la mañana, los *Junkers* salieron de la capilla y fueron bañados en un ritual que simbolizaba su pureza, después de lo cual se vistieron con ropa interior de lino, túnica de brocado con hilo de oro, calzas de seda y zapatos adornados. Les cubrieron los hombros capas carmesíes, de modo que los reunidos suspiraron encantados cuando volvieron a entrar en la capilla. Los krenken pintaron muchas imágenes con su *fotografía*.

El capellán celebró la misa, mientras Dietrich y el hermano Joachim cantaban a coro *Media vita in morte sumus*. La elección era acertada, pues aunque las palabras recordaban a los jóvenes que la muerte acechaba siempre en la vida por ellos elegida, las tonalidades del cuarto modo aliviaban la colérica bilis amarilla, que los guerreros deben contener siempre.

Después de la misa llegó la *Schwertleite*. Eugen e Imein colocaron sus espadas

sobre el altar y prometieron servir a Dios. En su homilía, el padre Rudolf les advirtió que imitaran a los caballeros de antaño.

—En estos tiempos degenerados, los caballeros se vuelven contra el ungido por el Señor y dilapidan el patrimonio de la Cruz, despojan a los pobres de Cristo, oprimen a los débiles y satisfacen sus propios deseos con el dolor de los otros. Deshonran su llamada y sustituyen su deber de combatir por avidez de botín y vírgenes inocentes. Vosotros debéis en cambio demostrar honor, lealtad, justicia, generosidad y, sobre todo, templanza, evitando excesos. Honrad a los sacerdotes, protegéd a los pobres y castigad a los criminales, como en los días antiguos.

Dietrich se preguntó si los caballeros de otros tiempos habían sido tan puros y meritorios como los recordaban. Quizá Roldán y Ruodlieb y Arturo no habían sido mejores ni peores que Manfred... o Von Falkenstein. Y sin embargo, ¿no era bueno tender al ideal, no importaba lo pobremente que pudiera llevarse a la práctica, e imitar al Roldán *ideal* y no al hombre falible que pudo haber sido?

El padre Rudolf bendijo las dos espadas. Entonces Manfred vistió a Eugen con una doble cota de malla, escarpes, *Topfhelm* con visera y un escudo decorado con el nuevo emblema de Eugen: una rosa blanca cruzada por un cardo. Cuando Imein fue vestido de modo similar por Thierry y ambos estuvieron arrodillados ante el altar, Manfred tomó la espada de cada uno de ellos y les dio el espaldarazo en el hombro. Antiguamente, se daba un bofetón, pero la nueva costumbre francesa se había hecho popular en Alemania.

Después se celebró un banquete en el gran salón. Un buey se asaba en un espetón ante la mansión y los siervos corrían de un lado a otro trayendo platos con cuartillos de vino y morcillas. Se sirvió col con pimienta, pastel de ave confitada, huevos encurtidos con remolacha, jamón asado con salsa de vinagre negro, remolacha dulce y zanahorias ralladas con pasas. La crema y los sorbetes también fueron rociados con salsa de vinagre negro. Durante el festín hubo malabarismos y canciones. Peter el *Minnesinger* cantó un pasaje del *Erec* de Hartman von Aue que describía la ira de sus caballeros hacia un conde que había golpeado a su joven esposa. Dietrich se preguntó si Manfred había ordenado cantar las estrofas como recordatorio al prometido de su hija.

El torneo tuvo lugar por la tarde. Los contendientes y sus damas se dirigieron al campo mientras los espectadores admiraban las elegantes libreas y sobrepellices. Eugen destacó especialmente, pues era muy apreciado. Los aldeanos abuchearon a Imein cuando los dos caballeros recién nombrados ocuparon sus posiciones en extremos opuestos del campo.

Dietrich lo observó todo con Max y Hans desde las gradas, lo suficientemente lejos para que los caballos no olieran al krenk.

—Practicábamos un juego muy parecido en París —comentó Dietrich.

—¿Qué? —dijo Max—. ¿Vos? ¿A las lanzas?

—No, era el juego de las obligaciones. Un estudiante era el interlocutor y otro el

demandado. La tarea del interlocutor en el debate era atrapar al demandado en una contradicción. La tarea del demandado era evitar la trampa. Nos ayudaba a desarrollar la inteligencia.

Max gruñó.

—¡Ja, pero no era un espectáculo tan bueno como este! —Extendió el brazo abarcando los terrenos señoriales.

—*Ach*, pero la Iglesia desaprueba estos espectáculos —dijo Dietrich.

Hans chasqueó las mandíbulas.

—¡No es de extrañar! ¡Arriesgar la vida por deporte!

—No es eso —le dijo Dietrich—. Es la muestra de vanidad y orgullo lo reprochable.

—Le daréis las gracias a Dios por toda la vanidad y el orgullo cuando tengáis que confiar vuestra vida y prosperidad a las habilidades que se practican aquí —dijo Max.

Kunigunda, que era la reina del amor y la belleza de la competición, arrojó su pañuelo, y los dos caballeros espolearon sus monturas con un grito, nivelando sus lanzas a medida que se acercaban, Imein desvió diestramente la punta de Eugen con su escudo y golpeó de lleno al otro con la suya. Eugen voló por encima de los cuartos del caballo y quedó aturdido en el suelo hasta que los asistentes se lo llevaron. Kunigunda se levantó para acudir a su lado, pero Manfred la contuvo colocándole una mano en el hombro.

—¡*Bwal!*—dijo Hans—. A los krenken podría gustarnos este juego, si los golpes no se contuvieran.

—Los tiempos cambian —explicó Max—. En los viejos tiempos, la multitud gritaba «¡con alegría!» y aplaudía cualquier finta bien hecha. Imein ha usado bien el escudo en ese pase. Muy bien hecho. Pero ahora —Max acompañó a sus palabras con el gesto—, se los oye gritar: «¡Ataca!». «¡Sácale los ojos!». «¡Córtale el pie!».

Hans repasó con el brazo las gradas.

—No han gritado nada de eso.

Max se inclinó hacia delante para ver a Thierry y Ranaulf entrar en liza.

—Aquí no, pero en todas partes lo hacen. Aquí la caballería no se ha olvidado todavía.

Esa noche, Dietrich se aventuró en el Bosque Pequeño, tras la colina de la iglesia, para recoger ciertas raíces y brotes, pues la luna y él estaban en el momento adecuado para la tarea. Unas cuantas hierbas habían respondido también al calor primaveral, aunque las lechugas tardarían varios meses en florecer. Dejó algunas plantas enteras. Otras, las cortó para hervirlas y hacer una pasta. Otras las molería con un mortero y las guardaría en bolsitas de muselina para prepararlas en infusión. Haría de todas esas medicinas un regalo para Theresia. La inesperada ofrenda la sorprendería y le invitaría a entrar en su cabaña para hablar y podrían recuperar la vida que habían tenido juntos.

Dietrich preparó los unguentos en el edificio externo de la cocina, mientras Joachim preparaba la cena y Kratzer se calentaba junto al fuego. Kratzer interrogó a Dietrich acerca de las propiedades de cada espécimen, y Dietrich le dijo que este era un purgante y aquel un remedio contra la fiebre. El filósofo krenk tomó una raíz que Dietrich no había lavado todavía.

—Nuestro alquimista pensaba a la vez demasiado y demasiado poco en el futuro. Nunca probó estas sustancias, solo las que nos ofrecisteis como alimento. Tal vez en una de estas hubiese encontrado nuestra salvación.

—Vuestra salvación —le dijo Dietrich—, se encuentra en el Pan y en el Vino.

—Ja —dijo Kratzer, todavía estudiando la raíz—. Pero ¿pan *de qué grano*? ¿Vino fermentado *de qué fruta*? *Ach*, si Arnold hubiera perseverado podría haber encontrado la respuesta en esta sencilla madera.

—Lo dudo —dijo Dietrich—. Esto es mandrágora, y es veneno.

—Como todos descubriremos si me dejáis que la eche en mi guiso —dijo Joachim desde la olla.

—Un veneno —dijo Kratzer.

—*Doch* —respondió Dietrich—. Ya he descubierto que induce el sueño y procura alivio al dolor.

—Sin embargo, lo que os envenena a vosotros puede mantenernos vivos a nosotros —dijo Kratzer—. Arnold debería haber continuado con sus pruebas. Nuestro médico no tiene su habilidad con la alquimia.

—¿Qué buscaba Arnold?

Kratzer se frotó lentamente los antebrazos.

—Algo para mantenernos hasta nuestra salvación.

—La Palabra de Dios, entonces —dijo Joachim desde el fuego.

—Nuestro pan de cada día —dijo Kratzer.

A Dietrich la concordancia de significados le pareció demasiado literal. Las palabras que oía decir a Kratzer eran simplemente las que el *Heinzelmännchen* había emparejado con los chasquidos y zumbidos krenk.

—¿Qué significa «salvación» para vosotros? —le preguntó a la criatura.

—Que deberíamos pasar de este mundo al siguiente, y a nuestra casa más allá de las estrellas, cuando vuestro señor-del-cielo venga por fin en Pascua.

—La fe no sirve de nada sin caridad —dijo Joachim—. Debéis seguir el camino que es Jesús: dar cobijo a quien no tiene techo, vestir al desnudo, consolar al afligido, alimentar al hambriento...

—¡*Ach!*—exclamó Kratzer—. ¡Ojalá pudiera alimentar al hambriento! Sin embargo, hay comida que nutre y otra que simplemente sacia.

Se frotó lentamente los antebrazos y produjo un sonido como una piedra de molino rechinando. Saltó a la puerta, la mitad superior de la cual estaba abierta, y miró hacia el Bosque Pequeño.

—Nunca me he... —dijo, tras un momento de silencio—. Vuestra palabra es

«casado», aunque entre nosotros hacen falta tres para conseguirlo. Nunca me he casado, pero hay colegas y hermanos-de-nido que querría ver una vez más, y que ahora no veré nunca.

—¡Tres! —dijo Joachim.

Kratzer vaciló un momento y sus mandíbulas se separaron, como si estuviera a punto de hablar; entonces dijo:

—En nuestro lenguaje, los términos significarían el «sembrador», el «creador del huevo» y el... el *Heinzelmännchen* no encuentra la palabra. Lo llama el «ama de cría», aunque cría *antes* del nacimiento. ¡*Bwa-wa-wa!* Se dice que ver a tus crías arrastrarse hacia la bolsa del ama de cría es una experiencia profundamente conmovedora. *Ach*, me he hecho viejo demasiado pronto, y esos asuntos son para los jóvenes. *Mwa-waa*. Nunca volveré a ver a mis hermanos-de-nido.

—No debes perder la esperanza —dijo Joachim.

Kratzer volvió sus grandes ojos amarillos hacia el monje.

—¡Esperanza! Una de vuestras «palabras internas». Sé lo que queréis decir con «cerdo» o «palafren» o «castillo», pero ¿qué es «esperanza»?

—Lo que te queda cuando todo lo demás se ha perdido —le dijo Joachim.

En la cabaña de Theresia, la llamada de Dietrich fue respondida primero por el silencio, luego por un movimiento furtivo tras los postigos, luego por la apertura de la puerta superior. Torpemente, Dietrich sacó de su zurrón la bolsa de medicinas que había preparado y se la tendió a la mujer que había sido la única hija de su vida.

—Toma —dijo—. Las he preparado para ti. Una es una inductora del sueño hecha con mandrágora, para lo cual hacen falta algunas instrucciones.

Theresia no aceptó la bolsa.

—¿Qué tentación es esta? No soy ninguna bruja para tratar con venenos.

—«La dosis hace el veneno». Lo sabes. Yo te lo enseñé.

—¿Quién os ha dado este veneno? ¿Los demonios?

—No, fue el médico saboyano que trató a Eugen. —Solo era cirujano, pero Dietrich no lo mencionó. Agitó la bolsa—. Tómala, por favor.

—¿Cuál es el veneno? No voy a tocarlo.

Dietrich sacó la esponja que había humedecido con la mezcla del saboyano.

—Ojalá no lo hubierais hecho. Nunca preparasteis veneno antes de que *ellos* vinieran.

—Fue el saboyano, ya te lo he dicho.

—Él fue solo su instrumento. Oh, padre, rezo cada día para que os liberéis de su hechizo. He pedido ayuda para vos.

Dietrich sintió frío.

—¿A quién se la has pedido?

Theresia tomó la bolsa con el resto de medicinas.

—Recuerdo la primera vez que os vi —dijo—. Nunca lo había recordado, pero



ahora puedo. Yo era muy pequeña y me parecisteis enorme. Teníais la cara toda negra del humo y la gente gritaba. Había una barba roja... No vuestra, pero... —Sacudió la cabeza—. Me subisteis a hombros y dijisteis: «Ven conmigo».

Empezó a cerrar la puerta superior, pero Dietrich la detuvo.

—Creía que podríamos hablar.

—¿De qué?

Y cerró la puerta firmemente.

Dietrich permaneció en silencio ante la cabaña.

—De... cualquier cosa —susurró. Anhelaba su sonrisa. Siempre se había alegrado por los regalos de medicinas que él le hacía.

«¡Oh, padre! —exclamó la niña en sus recuerdos—. ¡Os quiero tanto!».

—Y yo te quiero a ti —dijo él en voz alta. Pero si la puerta lo oyó, no respondió, y Dietrich apenas se había secado las lágrimas cuando regresó a la rectoría en lo alto de la colina.

Poco antes de vísperas, el Viernes Santo, llegó un heraldo de Estrasburgo con un paquete sellado con lazos y las armas episcopales impresas en brillante cera roja. El heraldo encontró a Dietrich en la iglesia preparándose para la Misa del Presantificado, el único día del año en que no había consagración. Alertados por el hablador-lejano, Hans y los otros krenken cristianos, que estaban ayudando a cubrir de negro las cruces y estatuas, habían saltado a las vigas y se habían ocultado en las sombras de allí arriba.

Dietrich inspeccionó los sellos y no vio ningún signo de manipulación. Lo sopesó, como si su peso revelara su contenido. Que alguien tan augusto como Berthold II supiera su nombre lo asustaba más allá de lo concebible.

—¿Sabes qué contiene? —le preguntó al heraldo.

Pero el hombre negó saber nada y se marchó, aunque mirando con recelo cuanto le rodeaba. Joachim, que también estaba ayudando en la iglesia, dijo:

—Creo que los rumores han llegado a oídos del obispo. Ese hombre ha sido enviado para entregar un mensaje, pero también le han dicho que mantuviera los ojos abiertos.

Los krenken saltaron al suelo y volvieron a trabajar con las mortajas.

—¿Le damos algo para ver? —dijo Gottfried, el último en saltar, y se marchó, riendo.

Dietrich rompió el sello y abrió el paquete.

—¿Qué es? —preguntó Joachim.

Era una acusación de la corte episcopal, por haber bautizado demonios. Si de su contenido algo le sorprendía era que hubiese tardado tanto en llegar.

De repente Dietrich recordó que esa noche, y a esa hora del día, el Hijo del Hombre había sido traicionado por uno de los suyos. ¿Vendrían también por él esa noche? No, tenía un mes de gracia para responder.

Leyó el documento una segunda vez, pero las palabras no habían cambiado.

—Un mes de gracia —dijo Manfred cuando Dietrich acudió a su *scriptorium* con la noticia.

—Por ley —respondió Dietrich—. Y debo proporcionar una lista de mis enemigos, para que el magistrado investigador pueda decidir si los cargos han sido presentados con malicia. Tiene que haber al menos dos testigos para que un juez actúe. La nota no los nombra, cosa que no es extraña.

Manfred, sentado en su silla curul, cruzó los dedos bajo la barbilla.

—Bien. ¿Qué longitud tiene tu lista de enemigos?

—*Mein Herr*, no creía tener ninguno.

Manfred señaló la acusación.

—Tienes al menos dos. Por la rueda de Catalina, eres ingenuo para ser cura. Puedo nombrarte una docena aquí en la aldea.

Dietrich pensó inevitablemente en aquellos que se habían opuesto al bautismo de Hans, en quienes temían a los krenken más allá de toda razón. El castigo para los falsos testigos era severo. Años antes, un hombre de Colonia que había acusado a su hijo de herejía, cansado de la desobediencia del muchacho, fue colocado en el cepo, donde murió. Dietrich se acercó a la ventana y aspiró el aire de la noche. La luz de las hogueras brillaba en las ventanas de las cabañas del valle. El bosque era un manto negro bajo el cielo titilante.

¿Cómo podía acusarla a ella y entregarla a semejante destino?

## AHORA

## Tom

Tom y Judy se reunieron en El Palomar para discutir los últimos hallazgos de ella con un par de bocadillos de carne con queso. En su búsqueda del pastor Dietrich, el gusano de Judy había encontrado una tonelada de *Klimbim*.

—¿Sabes cuántos alemanes medievales se llamaban Dietrich?

Alzó los ojos al cielo, pero en el fondo sabía cuánto trabajo requería un solo *eureka*. El viaje de mil kilómetros empezaba en efecto con un paso; pero no terminaba allí.

—Siglo equivocado, reino equivocado. Sajonia, Württemberg, Franconia... Un Dietrich en Colonia, incluso un Dietrich en París. Esos pude eliminarlos. Los difíciles no tenían ningún año concreto ni ningún lugar asociado. Esos los tuve que leer uno a uno. ¿Y esto? —Agitó la hoja impresa en el aire—. Los idiotas no pusieron «Oberhochwald» en el índice. Si no, habría aparecido hace tiempo. —Mordió el bocadillo con rabia—. Capullos —murmuró.

*Esto* era el extracto de un libro. Durante los años setenta, un emprendedor grupo de liberales había publicado un libro llamado *La tolerancia a lo largo de la historia*, que pretendía destacar actitudes en muchas épocas y lugares.

Además del discurso *Tengo un sueño* de Martin Luther King y *El dogma, sangriento* de Roger Williams, contenía una carta de un pastor Dietrich a su obispo.

A Su Ilustrísima Wilhelm Jarlsberg, archidiácono de Friburgo en Bisgrovía.

Suplico vuestros buenos oficios para presentar con mis humildes oraciones esta apología a Su Gracia, Berthold II, obispo de Estrasburgo.

He permanecido mansamente en silencio mientras mis detractores, esperando volver vuestro corazón contra mí, me han acusado ante el tribunal del Santo Oficio. La razón y la verdad prevalecerán, pensaba. Sin embargo, este último incidente referido a los flagelantes de Estrasburgo me hace preguntarme si la razón se toma en consideración todavía en la cristiandad.

Quienes me acusan os han dicho que en Oberhochwald hemos dado la bienvenida en nuestros hogares a demonios. Con vuestro permiso, respondo de este modo:

Asunto. Que el pastor Dietrich de Oberhochwald ha tratado con demonios y hechiceros y abusado del bendito sacramento del bautismo bajo vehemente sospecha de herejía.

*Objeción 1.* Parece que he tratado con demonios porque mis huéspedes

han empleado varios aparatos desconocidos y practicado artes desconocidas para los cristianos.

*Objeción 2.* Parece que he tratado con demonios porque se dice que mis huéspedes vuelan por medios sobrenaturales. Y se dice que ese vuelo es como el de las brujas cuando se reúnen en el monte llamado Kandel.

*Objeción 3.* Parece que he tratado con demonios porque el aspecto de mis huéspedes es peculiar. Pero está escrito que Cristo murió para salvar a todos los hombres. Por tanto, no puede negarse el bautismo a los conversos dispuestos, pues solo por fuerza o por quiebro de la voluntad se corrompe la gracia del sacramento. Es más, el Canon Episcopi dice claramente que la brujería, aunque es un delito civil, no es ninguna herejía. Por tanto la petición de quienes me acusan es impropia ante la ley y la teología.

*Réplica a la objeción 1.* Las cosas de este mundo son naturales o antinaturales. Pero una cosa se considera antinatural porque no sigue el curso habitual de la naturaleza, no porque invoque lo sobrenatural. Así, de una piedra lanzada hacia arriba se dice que su movimiento es antinatural, pues nunca exhibiría ese movimiento por propia naturaleza. Las cosas artificiales incluyen no solo las que imponen restricciones a la naturaleza, sino también creaciones mecánicas como los relojes o las lentes. Por eso, cuando una curandera emplea alguna propiedad oculta de una planta se dice que practica la magia, porque la verdadera esencia no ha sido descubierta aún y solo se conoce la eficacia. Pero «oculto» no significa desconocido para siempre, pues esas esencias, siendo reales, pueden descubrirse, y sería inútil para la naturaleza tener una propiedad potencialmente cognoscible que no pueda ser conocida, y a medida que sea conocida ampliamente entre los eruditos deja de ser oculta. Por ejemplo, ahora leemos la Palabra de Dios a través del medio de maravillosas lentes. Aunque no son más que aparatos mecánicos, mucha gente común aún recela de ellas. Mis huéspedes solo emplean aparatos como los descritos por Roger Bacon, los cuales, aunque sus esencias permanecen ocultas, son generalmente considerados cosas de este mundo.

*Réplica a la objeción 2.* El Canon Episcopi declara que las brujas no vuelan a sus aquelarres excepto en sueños inducidos por la belladona y otras hierbas nocivas, y que creer lo contrario es pecado. Por tanto, quienes me acusan yerran cuando dicen que mis huéspedes vuelan por medios sobrenaturales. Volar, de ser posible, se debería a la voluntad de Dios o a las habilidades de inteligentes artesanos.

*Réplica a la objeción 3.* Los demonios son incapaces de soportar el contacto con el agua bendita. Sin embargo, el agua del bautismo no les causó ninguna incomodidad, en particular a aquel que tomó el nombre cristiano de Johannes. Por tanto, no es ningún demonio.

Así refuto a quienes me acusan. «Quien cause el menor daño a mis

pequeños, me lo causa a mí». He ayudado a unos viajeros perdidos y hambrientos, algunos gravemente heridos, cuando aparecieron este verano pasado. Ciertamente, fray Joachim los considera feos y los llama demonios, a pesar de sus evidentes males mortales, pero mortales son. Vienen de una tierra lejana, y allí la gente tiene una forma naturalmente diferente; pero si el papa Clemente puede según su bula maravillosamente racional abrir su palacio de Aviñón a los judíos, entonces sin duda un pobre párroco puede ofrecer ayuda a unos viajeros indefensos, no importa el color de su piel ni la forma de sus ojos.

Cristo con nosotros este año de gracia de 1349. Entregado por mi propia mano en Oberhochwald, en el condado de Badén, en la conmemoración de Gregory Nazianzen.

DIETRICH.

—Un hombre notable —dijo Tom, doblando el papel.

—Sí—respondió Judy en voz baja—. Me hubiese gustado conocerlo. Mis padres fueron también «viajeros indefensos». Vivieron en una barca, en el agua, durante tres años antes de que su «pastor Dietrich» les encontrara un hogar.

—Oh. Lo siento.

Ella se encogió de hombros.

—Fue hace mucho tiempo, y yo nací aquí. La historia estadounidense.

Él golpeó las páginas con la uña.

—Este hermano Joachim, por otro lado, parece intolerante denunciando a Dietrich ante la Inquisición de esa forma y llamando «demonios» a la gente.

—Dietrich tal vez no supiera quiénes lo acusaban.

—¿Denuncias anónimas? Me suena a la Inquisición...

—Bueno...

Tom ladeó la cabeza.

—¿Qué?

—Al principio, muchos de quienes denunciaban acabaron muertos a manos de los herejes, así que se les prometió anonimato y se impusieron diversas penas por las acusaciones falsas.

Él parpadeó.

—¿La Inquisición tenía reglas?

—Oh, sí. Más estrictas que las cortes reales, de hecho. Por ejemplo, preparaban un sumario del caso con todos los nombres cambiados por seudónimos latinos y lo presentaban a un grupo de hombres escogidos por su reputación en la comunidad (los *boni viri*, los «hombres buenos»), quienes así podían revisarlo sin prejuicios. Conocemos casos en que el acusado cometió deliberadamente blasfemia para pasar de la corte real a la inquisitorial.

—Pero usaban la tortura, ¿no es cierto?

—Para interrogar, nunca para castigar. Pero *todo el mundo* usaba entonces la tortura. Los tribunales la permitieron solo después de que las cortes imperiales la introdujeran. El mismo manual de los inquisidores la consideraba «engañososa e inefectiva» y la permitía solo como último recurso, o cuando la culpa ya quedaba clara por otras pruebas. Entonces, se *exigía* una confesión. No podían condenar con otro testimonio. La tortura se permitía solo una vez, y no podía causar la pérdida de miembros ni poner en peligro la vida, y todo lo que se decía debía ser mantenido bajo juramento hecho después.

Tom no se lo creyó.

—Pero un fiscal persistente podía encontrar agujeros en eso.

—O uno corrupto. Desde luego. Era más bien un gran jurado moderno que un juicio.

—¿Estás segura? Siempre pensé que...

—Fue mi tesis en historia narrativa.

—Oh. Por eso aprendiste latín, ¿no?

Lo cierto era que Tom se sorprendía a menudo por los detalles precisos de la historia. Trabajando como él lo hacía desde una perspectiva amplia, los detalles podían desvanecerse en estereotipos sin rostro.

Estudió de nuevo el papel. ¿Cuánta información más estaba oculta del mismo modo, en el fondo de una Selva Negra de palabras de siete siglos de grosor?

—Supongo que serían chinos. Los huéspedes de Dietrich, quiero decir. Por los comentarios sobre el color de la piel y la forma de los ojos. Orientales, en cualquier caso.

—Ese tipo de viajes se realizaban en el siglo XIV —admitió Judy—. Los de Marco Polo y su padre y su tío. Y de Wilham Rubrick, que era amigo de Roger Bacon.

—¿Y hubo viajeros en la dirección opuesta? ¿No vino al Oeste nadie desde China?

Judy no estaba segura, pero El Palomar tenía zona Wi-Fi, así que sacó su portátil y tecleó la pregunta. Tras unos minutos, asintió.

—Se sabe de dos chinos nestorianos que vinieron a Occidente. ¡Vaya! Al mismo tiempo que los Polo iban al Este. Puede que se cruzaran en el camino. Eh, uno de ellos se llamaba Marco también. Que extraño. Marco y Sauma. Cuando llegaron a Irak, Marco fue elegido *Catholicos*, el Papa nestoriano, y envió a Sauma como embajador al Papa de Roma y a los reyes de Inglaterra y Francia.

—Puede que Dietrich ofreciera cobijo a un grupo similar —dijo Tom, pellizcándose el labio inferior—, un grupo que se topó con el desastre. Atacado por barones forajidos, tal vez. Dice que había algunos heridos.

—Tal vez —convino Judy—, pero...

—¿Pero qué?

—Los chinos no son tan distintos. Y no pueden *volar*. ¿Por qué llamarlos

entonces demonios voladores?

—Si su llegada coincidió con un estallido de alucinaciones colectivas, los dos hechos pueden haber confluido en la mente popular.

Judy arrugó los labios.

—Si es así, parece que Dietrich convirtió al menos a una alucinación al cristianismo. Johann. ¿Crees que será la misma persona que Johannes von Sterne, ese cuyo bautismo se cita en la corte del obispo?

—Eso creo. Y esta fue la respuesta de Dietrich. ¿Recuerdas el documento *moriuntur*?

—Sí. Creo que debía de ser parte de un diario del pastor Dietrich.

—*Bestimmt*. En un pueblo pequeño como Oberhochwald, el sacerdote era probablemente el único hombre culto. Toma. Anton me ha mandado esto por *e-mail* esta mañana. —Tom le entregó varios archivos pdf ya impresos que yo le había enviado—. Rebuscó en Friburgo por mí.

Judy los leyó con avidez. Cierto, era solo ayudante de investigación, pero eso no significaba que no le importara... la investigación, entre otras cosas. Cuando terminó, dejó los papeles sobre la mesa y frunció un poco el ceño. Entonces volvió atrás y releó algunos párrafos.

—¿Has visto esta parte en la que habla de sus nombres? —preguntó Tom—. «Se hace llamar Johann porque su verdadero nombre es demasiado difícil para nuestra lengua». Nunca debía de haber oído una lengua que no fuera indoeuropea.

Judy asintió, ausente.

—Debió de estudiar hebreo si era el *doctor seclusus* que menciona Ockham. Y es probable que en algún momento oyera hablar árabe. Pero...

—¿Has leído esa parte en la que Johann y algunos de sus compañeros ayudan a cuidar a los aldeanos durante la peste?

Tom recuperó las páginas de Judy, que siguió mirando el espacio que habían ocupado entre sus manos. Tom se lamió el pulgar y las hojeó.

—Aquí está. «Hans y tres de sus compatriotas visitan diariamente a los enfermos y entierran a los muertos. Qué triste que aquellos que se ocultaron de su vista no salgan para ser testigos de la verdadera caridad cristiana. —Dio un sorbo a su refresco—. Y así, Johann, rezamos juntos pidiendo fuerzas, y damos consuelo a aquellos peregrinos que han perdido la esperanza».

Judy tomó una decisión. Era solo una intuición y temía expresarla en voz alta, porque realmente no sabía que diría. Le quitó las hojas, las pasó y señaló con el dedo.

—¿Qué piensas de esto...?

La brusquedad con que lo dijo le valió una mirada de curiosidad antes de que Tom leyera el párrafo señalado.

—No estoy seguro de a qué te refieres —contestó él cuando terminó de hacerlo—. Dietrich encontró a Hans solo una noche, mirando las estrellas. Hablaron un rato y Hans preguntó cómo encontraría de nuevo el camino de vuelta a casa. Un viajero

melancólico, *n'est-ce pas?*

—No, Tom. Él escribió que Hans *señaló las estrellas* y preguntó cómo encontraría de nuevo el camino de vuelta a casa.

—¿Y? En aquellos días la gente usaba las estrellas como guía para viajar.

Ella apartó la mirada, hizo a un lado su bocadillo.

—No sé —dijo—. Es tan solo una sensación. Algo que hemos leído. Significa algo diferente... No lo que pensamos que significa.

Él no respondió. Dio un último bocado y soltó el bocadillo sin terminar. A pesar de la cantidad ingente de material que habían desenterrado, seguían sin estar más cerca de encontrar el motivo del abandono de Oberhochwald. Reflexionó un rato al respecto.

«Renunciad a ellos igual que nosotros renunciamos al suelo impío de Teufelheim». En su último año de existencia, Oberhochwald era una aldea corriente. Sin embargo, una generación más tarde se consideraba el Hogar del Diablo.

No se daba cuenta, pero estaba tanteando lo desconocido (la esencia del asunto todavía era un misterio) y necesitaría un poco de magia para descubrirlo.



## XVII

### ABRIL/MAYO DE 1349

*Hasta el Domingo de Rogativas En primavera, parecía que los krenken siempre habían estado allí. Se habían implicado en las rivalidades, los ritmos, las amistades y los celos de la aldea y el señorío, y habían empezado a participar en ceremonias y festejos. Tal vez, al estar privados de la compañía de los suyos, su instinctus los impulsaba a buscar ese consuelo. Cuando Franzl Nariz-larga fue herido por caballeros forajidos acampados en una cueva al pie del Feldberg, dos krenken usaron sus arneses voladores para buscar a los forajidos, aunque sin ningún éxito.*

—Hombres de Von Falkenstein —le dijo Max a Dietrich más tarde—, que huyeron a los bosques cuando cayó la Roca. Creía que habían escapado hacia Breitnau.

El golpe de Shepherd, tan largamente esperado, se produjo un domingo. Muchos krenken, a través de una traducción demasiado literal, habían esperado que el señor-del-cielo llegara en Pascua y los rescatara, y después se sintieron muy desalentados. Shepherd (que no lo había interpretado mal) había situado cuidadosamente a su gente esperando esta decepción. Se había insinuado a *Herr* Manfred, siempre entre los labios de Gschert y el oído de Manfred. Pretendía que Manfred se acostumbrara a escuchar sus consejos además de los de Gschert... para, al final, sustituirlos. Manfred, que no desconocía las intrigas de sus vasallos, era claramente consciente de sus maniobras.

—Está pensando en deponerlo —le dijo a Dietrich una tarde cuando paseaban con Max por las murallas del castillo—. Como si mi juramento para protegerlo no significara nada.

—Ella me dijo que los krenken juegan entre sí a un juego de posición y maniobra —dijo Dietrich—. Creo que está aburrida y esto alivia su tedio. Un pueblo curioso.

—Un pueblo *paciente* —respondió Max—. Dios puede haberlos creado para tender emboscadas o trabajar como centinelas; pero para las intrigas, el italiano más tonto podría dejarlos en calzones.

Shepherd pareció molesta cuando Manfred rechazó su toma de poder y asignó guardias al barón Grosswald. Dietrich no estaba seguro de hasta qué punto serían un gran obstáculo si Shepherd llevaba su golpe al límite, pero los krenken no parecían querer enfadar a su anfitrión. La mayoría de los peregrinos y uno de los filósofos de Kratzer declararon su lealtad a Shepherd, quien al final optó por la secesión.

Gschert se acostumbró al papel de *Herr* de los krenken y capeó el temporal, como suele decirse, aunque la secesión, primero de Hans y sus compañeros y luego de Shepherd y sus peregrinos, redujo bastante su poder. La mayor parte de los miembros de la tripulación permanecieron leales a él, y tal vez se había convencido a sí mismo de que era debido a su autoridad. A veces se le veía de pie en el parapeto del castillo,

quieto como una roca, contemplando el mundo con aquellos grandes ojos amarillos y pensando nadie sabía en qué. Dietrich nunca penetró la conciencia de aquel señor cruel y arrogante.

Mayo brotó a partir de las lluvias de abril, y las flores silvestres motearon los prados y bosques. El olor intenso de la savia y la fragancia de los tréboles llenaban el aire. Abejas diligentes revoloteaban entre las flores, molestando a los osos recién despiertos. Pero en la perpetua lucha por la miel entre el oso y las abejas, eran los hombres quienes ponían el equilibrio, pues cazaban a uno y criaban a las otras.

En la noche de Valpurgis, las hogueras iluminaron las cimas de las montañas para asustar a las brujas. Como dictaba la costumbre, Manfred se pasó el día jugando con los hijos ilegítimos de los aldeanos, mientras esos mismos aldeanos bailaban alrededor de postes adornados y saltaban las hogueras y aseguraban un jugoso suministro de esos niños para años futuros.

Dietrich y Hans estaban sentados en el prado de la iglesia, contemplando la celebración.

—Se dice que la antigua raza pelirroja que una vez poseyó estas tierras encendía esas hogueras para señalar la mitad de la primavera.

—La gente que llamas paganos —dijo Hans.

—Un tipo de paganos. Los romanos habían dejado atrás esas frivolidades, uno de los motivos por los que cayó su imperio. Era demasiado serio para durar.

—Entonces los cristianos tomaron estas costumbres de los paganos.

Dietrich sacudió la cabeza.

—No, los paganos se convirtieron en cristianos y, simplemente, conservaron sus costumbres. Por eso, igual que los romanos, hacemos regalos en Navidad y, como los germanos, decoramos árboles en las ocasiones festivas.

—Y como la raza pelirroja, encendéis hogueras y bailáis alrededor de postes. — Hans separó los labios—. Supervisar vuestras costumbres era el gran trabajo de Kratzer y yo tengo la frase en mi cabeza de que este ejemplo le complacerá. Tal vez... —Se envaró un momento—. Tal vez lo visite.

Abajo, entre los celebrantes, el filósofo trabajaba con ahínco con su aparato *fotografik*.

El Domingo de Rogativas, Hans y los otros krenken enfeudados se unieron a los aldeanos en la procesión anual del señorío. Dietrich los guio después de misa, vestido con una capa verde y agua bendita en un cubo de latón con la imagen grabada de un manantial brotando de una roca. Tras él, en orden de precedencia, marchaban Klaus y Hilde, luego Volkmar y sus parientes y los otros *ministeriales* de ese año, y detrás la masa de aldeanos, doscientas personas, charlando y riendo, con niños correteando entre ellos de manera tan azarosa y ruidosa como las abejas en los prados. Hans y Gottfried caminaban junto a Dietrich. Gottfried llevaba el hisopo y Hans el cubo.

Pero Dietrich recordaba cuando la niña Theresia había resbalado con aquel mismo hisopo en la mano y Lorenz el herrero llevaba el cubo y sostenía la capa. ¿Había tomado Gottfried el antiguo trabajo de Lorenz igual que había tomado su nombre? Ahora Theresia iba, temerosa, a la cola de la procesión.

Manfred los escoltaba a lomos de un palafrén blanco a quien habían trenzado la crin y habían perfumado y adornado con violetas frescas. Con él iban Eugen y Kunigunda y, en un pequeño poni blanco, la pequeña Irmgard, vestida con una saya de encaje, símbolo de castidad, y con el pelo suelto hasta la cintura. Kunigunda, ahora casada, llevaba el pelo recogido bajo una toca. Everard caminaba con su esposa Yrmegard y su hijo Witold unos cuantos pasos por detrás del grupo de su *Herr*.

—No es más noble por pisar la mierda de su señor —le susurró Klaus a su esposa, tan fuerte que Yrmegard frunció el ceño y agarró el brazo de su marido.

Dietrich ya le había explicado a Hans que aquella era una ceremonia solo para la *familia*, y por eso Joachim, como los soldados del *Burg*, se habían quedado atrás. Sin embargo, Kratzer y unos cuantos peregrinos los seguían con sus aparatos *fotografik*.

El terreno estaba todavía húmedo por las lluvias de la semana anterior, y pronto calzas y zapatos estuvieron manchados y el caballo de Manfred salpicado de barro hasta el jarrete. Cada vez que llegaban a un indicador de los límites, Richart Schulteiss lo señalaba y los padres arrojaban a sus hijos a *tal* arroyo o les daban un cabezazo contra *tal* árbol entre risas y repetidas demandas de «¡hazlo otra vez!» de la concurrencia.

—Una curiosa costumbre —dijo Hans mientras avanzaban—. Sin embargo, se entiende. No se puede amar un mundo. Es demasiado grande. Pero una mota de terreno, hasta donde puede ver el ojo, sí que puede ser considerado precioso por encima de todo lo demás.

Después de detenerse a comer a mediodía, y de hacer los curiosos una visita al navío krenk, los aldeanos salieron por el otro lado del Bosque Grande, donde el terreno caía bruscamente hacia el camino del valle del Oso. Manfred se había detenido junto a un saliente de roca para ensayar el descenso cuando de repente alzó una mano.

—¡Silencio!

El parloteo de los campesinos dio paso a gritos de «¡silencio ahí!» y «¡el *Herr* quiere silencio!», hasta que solo se oyeron la suave brisa y el rumor de las ramas del bosque que tenían detrás. Everard iba a decir algo, pero el *Herr* lo hizo callar con un gesto.

Finalmente, lo oyeron: el tañido de una campana lejana.

Era una sola nota, tocando lentamente, apenas perceptible, como una hoja traída por el capricho de los vientos.

—¿Ya es el ángelus? —preguntó alguien.

—No, el sol está aún demasiado alto.

—Demasiado grave para que sea la campana de Santa Catalina. ¿Es la de San

Pedro?

—La de San Wilhelm, creo.

—No, en San Wilhelm suenan tres campanas.

Entonces el viento cambió y el débil sonido se apagó. Manfred siguió prestando atención, pero no se repitió.

—¿De quién era esa campana? —le preguntó a Dietrich.

—*Mein Herr*, no la he reconocido. San Blasien tiene una campana llamada *Paternoster*, pero es más aguda de tono. Creo que era más lejana que las que normalmente oímos y algún viento extraño la ha traído a nuestros oídos.

Manfred miró hacia Suiza, la dirección de donde parecía proceder el tañido.

—¿Basilea, tal vez?

—¡Humo! —exclamó Hans—. Y cinco jinetes.

Everard saltó a un peñasco y se hizo pantalla con las manos.

—El monstruo tiene razón. ¡La granja de Altenbach está ardiendo! Una nube de polvo se mueve hacia el nordeste. Hay cinco jinetes —añadió mientras se bajaba de la piedra—. Aceptaré la palabra del ojos de insecto.

Manfred ordenó a sus siervos de todo el valle que ayudaran a apagar el fuego. Hans llamó al otro krenk bautizado a su lado. Después de señalar y chasquear un rato, Beatke y él fueron dando saltos hacia la granja de Altenbach, mientras Gottfried y otro saltaban hacia el bosque, hacia el navío naufragado. El quinto no supo qué hacer.

—¿Cómo pueden saltar tanto? —se preguntó Klaus, pues era la primera vez que veía a los krenken en campo abierto—. ¿Llevan botas de siete leguas?

—No —explicó Dietrich—. Los seres hechos de tierra se mueven naturalmente hacia el centro de la Tierra. Pero estos seres son atraídos con menos fuerza porque vienen de una tierra diferente. Hans me dijo que en el lugar de donde proceden su peso, o *gravitas*, era mayor que aquí.

Klaus gruñó, poco convencido, y echó a andar tras los demás. Dietrich agarró a Theresia por la muñeca.

—Ven, los Altenbach pueden necesitar tus ungüentos.

Pero ella se zafó.

—¡No mientras *ellos* estén aquí!

Dietrich tendió la mano.

—¿Me prestarás entonces tu zurrón? —Como Theresia no se movía, él susurró—: Y así lo vemos. Primero te apartas de estos extranjeros de más allá del firmamento; luego te apartas de ayudar a tu propia gente. ¿Te enseñé eso desde la infancia?

Theresia le entregó su bolsa.

—Tomad. Cogedla. —Y entonces se echó a llorar—. Cuidad de Gregor. Ese grandullón necio arriesga su alma.

Mientras Dietrich echaba a correr, Gottfried y Winifred pasaron por encima de él con sus arneses voladores y cubos metálicos de algún tipo colgando de ellos. Al mirar atrás, Dietrich distinguió al pequeño grupo de aldeanos que se quedaban. Theresia.

Volkmar Bauer y sus parientes. Los Ackermann. Y uno de los krenken. ¡Bueno, no hacían falta doscientos hombres para apagar un único fuego! Sin embargo, corriendo a su lado estaban Nickel Langermann y el hijo de Fulk Albrecht... ¡e incluso Klaus Müller!

—Altenbach me deberá un favor por esto —dijo sonriendo Nickel—. Nunca viene mal que un campesino rico esté en deuda contigo.

—Agárrate los calzones y date prisa —dijo Fulk—, o el fuego estará apagado antes de que llegemos.

Cuando, sin aliento, Dietrich llegó a la granja, Manfred se reunió con él en la puerta.

—Necesita tu sacramento, pastor —dijo, con una voz tan afilada como el pedernal.

Dietrich entró en la casita llena de humo, donde los krenken apagaban las llamas con una espuma que bombeaban de sus curiosos cubos. En el suelo de tierra estaba sentado Altenbach con las manos sobre la cintura, como si hubiera tomado una buena comida que lo hubiera dejado satisfecho. Tras él, una mujer lloraba. Cuando vio a Dietrich, Altenbach sonrió.

—Gracias a Dios que venís a tiempo —dijo—. No quería que ella hiciese su viaje sola. Perdonadme mis pecados, pero que sea rápido.

Dietrich vio la sangre manando entre los dedos.

—¡Eso es un corte de espada! —dijo. «Y además fatal». Esto no lo expresó en voz alta, aunque sospechaba que Heinrich lo sabía.

—Creía que dolería más —dijo el campesino—. Pero siento frío, como si tuviera el invierno en el vientre. Padre, me he acostado con Hildegarde Müller y una vez golpeé airado a Gerlach Jaeger...

Dietrich se acercó más para que los demás no pudieran oír la confesión. En su mayor parte, los pecados del hombre habían sido provocados solamente por breves pasiones. No había auténtica maldad en él, solo el testarudo orgullo que lo había mantenido apartado de los demás. Dietrich trazó la señal de la cruz sobre la frente del moribundo con su propia saliva y le ofreció las palabras del perdón de Dios.

—Gracias, padre —susurró Heinrich—. Me apenaría que estuviera sola en el cielo. Ella estará con Dios, ¿verdad, padre? Su pecado no la condena.

—¿Su pecado...?

Dietrich alzó la cabeza y buscó en la habitación a la esposa de Altenbach, y vio que la mujer que lloraba en el rincón era Hilde Müller. A su lado, Gerda Altenbach yacía con la garganta abierta y la ropa arrancada, aunque ahora una manta cubría su decencia.

—No —le dijo al moribundo—. No cometió ningún pecado sino que pecaron contra ella, como enseñó santo Tomás.

Altenbach se relajó.

—Pobre Oliver —dijo. —Tus hijos son Jakop y Jaspar, ¿no?

—Valientes muchachos —susurró—. Defienden a su madre...

Entonces entregó su alma. Cuando sus manos cayeron, las entrañas se le desparramaron.

—Todos muertos —dijo Manfred desde la puerta, y Dietrich se volvió hacia él—. Los dos muchachos están en el patio.

La mirada del *Herr* se volvió hacia Gerda, se posó luego en Heinrich.

—Había un *Gärtner* que trabajaba para él. Se hace llamar Nymandus. Se escondió tras la pila de leña y lo vio todo. Trató de escapar de mí, así que debe de haber huido del señorío de alguien. ¡«Nymandus», vaya nombre! Poco me importaría enviarlo de vuelta. Vio a cinco hombres armados, pero muy harapientos, así que supongo que eran los forajidos de la Roca del Halcón que se encontró *Nariz-larga*. Violaron a la esposa de Altenbach, lo mataron a él y a sus hijos, se hicieron con las gallinas y los cerdos. Creo que la comida era su objetivo. Nymandus dijo que el líder tenía el pelo rojo, así que es posible que se trate del *Burgvogt* de la atalaya de Falkenstein.

El *Herr* suspiró profundamente y salió al patio. Dietrich lo siguió.

—Enviaré a Max —dijo Manfred—, pero hay demasiadas cañadas y prados en esas montañas, y una banda pequeña puede acechar sin ser vista durante mucho tiempo. Dietrich... —Vaciló—. El hijo del panadero estaba con ellos.

—Oh. Así que a eso se refería Heinrich.

—Nymandus oyó a su amo llamar al muchacho por su nombre. Acaba de ahorcarse con toda certeza, el idiota. Solo falta capturarlo y una cuerda recia.

—Las malas compañías lo han descarriado...

—Lo han llevado al patíbulo. El hijo mayor de Altenbach (Jakop. ¿no?), lo atacó con una hoz y le abrió la mejilla. —Hizo una pausa, quizá reflexionando sobre una herida similar obtenida por Eugen de manera más honorable—. Y fue Oliver quien lo mató.

Dietrich había visto a los dos muchachos caídos en el granero, una hoz ensangrentada en la mano del hermano mayor. ¿Se había imaginado Oliver que era un caballero enzarzado en una batalla? Poseía una viva imaginación, capaz de imponer sus frutos en el mundo que lo rodeaba. Ahora era un asesino de niños. Dietrich susurró una oración: por Jakop y Jaspar, por Heinrich y Gerda, y por Oliver.

—Ja —dijo Manfred, advirtiendo el gesto—. No sé si el pobre Altenbach los vio caer. Espero que muriera pensando que sus hijos transmitirían su sangre.

En el silencio que siguió, se oyó una vez más el sonido de la lejana campana. Dietrich y Manfred se miraron, pero ninguno dijo lo que ambos pensaban que presagiaba.

## XVIII

### JUNIO DE 1349

*Hora tercia, en la conmemoración de Efraím de Siria Llegó junio y, en la eterna rueda de las estaciones, los campos de invierno fueron cosechados y se aró el barbecho para la siembra de septiembre. La mitad de los días de arado se dedicaban a las tierras del Herr, así que, aunque el Weistümer marcaba el descanso al atardecer, los arrendatarios libres se dedicaban entonces a arar sus propias parcelas para compensar el tiempo perdido. Uno de los bueyes de Trude Metzger se había muerto la semana anterior, así que tuvo que poner a una vaca en la yunta, aunque con una marcada falta de entusiasmo por parte del animal.*

Dietrich y Hans observaban trabajar a los aldeanos desde una losa de granito, en la linde del Bosque Grande. En las grietas de la roca, Dietrich tomó nota de dónde estaban las grandes dalias azules y decidió contárselo a Theresia. Cerca, el arroyo que corría junto al campamento krenk se precipitaba hacia el valle.

—¿Qué alimentos crecen en vuestro país? —preguntó Dietrich—. Deben de diferir de los que cultivamos aquí.

Hans parecía uno con la piedra de granito en la que estaba sentado. La absoluta inmovilidad ocasional de los krenken ya no asustaba a Dietrich, pero seguía sin comprender qué significaba esa costumbre.

Entonces las antenas de Hans se agitaron y dijo:

—Los términos no encajan bien, pero nosotros cultivamos plantas muy parecidas a vuestras uvas y habas y nabos y coles. Vuestro «trigo» es algo extraño para nosotros; e igualmente nuestros alimentos incluyen algunos que son extraños para vosotros. ¡Hojagrande! ¡Docetallos! ¡Ach! ¡Cómo anhela mi garganta su sabor!

—Tal vez los pruebes pronto. ¿Está vuestro navío preparado pan partir ya?

Hans separó los labios blandos.

—¿Te cansas de mi compañía?

—De eso nunca, pero habrá... dificultades si os quedáis mucho más tiempo.

—Sí. He oído que te relacionas con demonios. —Los labios de Hans se abrieron e hizo gestos amenazadores—. Tal vez tendría que volar hasta Estrasburgo y asustar al obispo para que se rinda.

—Por favor, no lo hagas.

—Tranquilo. Pronto, vuestros «demonios» ya no os molestarán más.

Se inclinó hacia delante, como dispuesto a saltar, y extendió el brazo.

—Veo movimiento en el camino del valle del Oso.

Dietrich se protegió los ojos para calibrar la distancia.

—Polvo —dijo por fin—. Usa tu hablador-lejano y alerta al barón Grosswald. Me temo que debe esconder a su gente una vez más.

Al principio, los viajeros eran sombras contra el sol poniente, y Dietrich, que esperaba en el camino a lomos de su rocín, oyó el cansino sonido de cascos y los gemidos de la carreta antes de discernir sus rasgos. Pero al acercarse, vio que el hombre que montaba la jumenta llevaba un *talith* bordado y su largo pelo gris con elaborados tirabuzones. No hacía falta ninguna estrella amarilla en su capa para identificarlo. Un segundo hombre, mal vestido y de rasgos más afilados y tez más oscura, con dos gruesas y oscuras trenzas, ocupaba el pescante de la carreta con resignación de sirviente. El toldo del vehículo protegía a dos mujeres ataviadas con velos.

El judío advirtió la sotana de Dietrich y dijo, con una levísima inclinación de cabeza:

—Paz a mi señor.

Dietrich sabía que los judíos, que eran observadores estrictos de su Ley, tenían prohibido saludar o devolver el saludo a un cristiano, y por eso con «mi señor» el hombre se refería en su corazón a su propio rabino y no a Dietrich. Era una hábil estratagema con la cual podía cumplir las innumerables leyes de su tribu y respetar las convenciones de la cortesía.

—Soy Malacai ben Schlomo —dijo el viejo—. Busco las tierras del duque Albrecht. —Tenía acento español.

—El duque tiene un feudo cercano llamado Niederhochwald —le respondió Dietrich—. Este es el camino de Oberhochwald, del mismo *Herr*. Os llevaré con él, si os place.

El hombre se frotó los dedos, un gesto que indicaba que los guiara, y Dietrich volvió su caballo hacia la aldea.

—¿Venís de... Estrasburgo? —preguntó.

—No. De Regensburgo.

Dietrich se volvió hacia él, sorprendido.

—Si buscáis las tierras de Habsburgo, habéis venido por el camino equivocado.

—Tomo los caminos que puedo —le dijo el viejo a Dietrich.

Dietrich llevó al judío al Hof de Manfred, donde contó su historia. El libelo sangriento había provocado algaradas en Bavaria y Malacai se había visto obligado a huir, pues habían quemado su casa y saqueado sus posesiones.

—¡Es infame! —exclamó Dietrich.

Malacai inclinó la cabeza.

—Eso sospechaba; pero gracias por la confirmación.

Dietrich ignoró el sarcasmo y Manfred, muy afectado por las penalidades del hombre, le hizo diversos regalos y lo condujo personalmente a la mansión de Niederhochwald, donde Malacai esperaba a que una partida de los hombres del duque lo escoltara a salvo a través de Bavaria hasta Viena.



El único lugar de Oberhochwald donde los judíos no podrían entrar era en la iglesia de Santa Catalina, así que muchos krenken se habían ocultado allí. Dietrich, cuando entró para preparar la misa, distinguió los brillantes ojos de los krenken encaramados a las vigas. Se encaminó a la sacristía y Hans y Gottfried lo siguieron.

—¿Dónde están los demás? —les preguntó.

—En el campamento —le dijo Hans—. Aunque ahora hace más calor, se han vuelto blandos durante estos últimos meses y el bosque les parece menos acogedor que la aldea. Nosotros, a cambio, encontramos su compañía menos acogedora, y por eso hemos venido aquí. Kratzer pregunta cuándo pueden salir.

—Los judíos se marchan esta noche. Vuestra gente podrá volver a su trabajo mañana.

—Eso está bien —dijo Hans—. «El trabajo es la madre del olvido».

—Una madre difícil —dijo Gottfried—, con poca comida para mantenerlo a uno.

Esto sorprendió a Dietrich, pues el ayuno de Cuaresma había quedado atrás hacía tiempo. Pero Hans extendió una mano para hacer callar a su compañero. Saltó a la ventana, desde donde contempló la aldea.

—Háblame de esos judíos y... sus comidas especiales.

Gottfried se había vuelto hacia las vestiduras litúrgicas y parecía estar estudiándolas, pero de ese modo, con la cabeza algo ladeada, que indicaba que también escuchaba con atención.

—Sé poco de las comidas judías —dijo Dietrich—, excepto que hay algunas, como el cerdo, que aborrecen.

—Como nosotros —dijo Gottfried, pero Hans volvió a hacerlo callar.

—¿Hay otras comidas que *ellos* coman pero vosotros no?

Por la quietud de los krenken, Dietrich supo que la pregunta era importante. El comentario de Gottfried, con su implicación de tendencias judaizantes, lo preocupó.

—No conozco ninguna —dijo con cautela—. Pero son un pueblo muy distinto.

—¿Tan distinto como Gottfried de mí?

Con la pregunta de Hans, Gottfried dejó de inspeccionar las vestiduras para la misa, se volvió y agitó sus labios blandos.

—No veo ninguna diferencia entre vosotros —dijo Dietrich.

—Sin embargo su gente vino una vez a nuestra tierra y... Pero eso es historia pasada y todo ha cambiado. Puede que hayas advertido que Shepherd habla de modo distinto. En su *Heimat*, lo que nosotros llamamos gran-krenk se usa poco, así que el *Heinzelmännchen* debe traducir dos veces. Para nosotros, vosotros y Malacai sois muy parecidos, excepto por el pelo y la ropa... y la comida. Sin embargo hemos oído que vuestra gente los ataca y los expulsa de sus hogares e incluso los mata. No puede ser por temor a esa usura de la que oigo hablar. Por carente de sentido que sea matar a un hombre porque le debes dinero, es doblemente carente matarlo porque le debes dinero a otro.

—Los rumores de los pozos envenenados han acompañado al de la peste, y la gente hace locuras por miedo.

—Los hombres hacen locuras. —Hans pasó el dedo por el reborde que sostenía el cristal en la ventana—. ¿Matar a los vecinos acorta las «pequeñas-vidas» que crean la enfermedad? ¿Es mi vida más larga si he acortado la de otro?

—El papa Clemente ha escrito que la piedad cristiana debe aceptar y mantener a los judíos; así que estas masacres son obra de pecadores y desobedientes. Sostiene que la enseñanza judía y cristiana son una sola, que llama «judeocristiana». El cristianismo salió de Israel como un hijo de una madre, así que no debemos anatemizarlos como hacemos con los herejes.

—Pero no os gustan —dijo Hans—. Lo habéis demostrado.

Dietrich asintió.

—Porque rechazaron al Cristo. Mientras se esperaba la venida del Salvador, los judíos fueron elegidos por Dios para ser la luz de las naciones, y Dios les dio muchas leyes como signo de su santidad. Pero cuando el Salvador vino, su misión terminó, y la luz fue dada a *todas* las naciones, como profetizó Isaías. Las leyes que los distinguen son huera: pues si todos los pueblos son llamados a Dios, no puede haber distinciones entre ellos. Muchos judíos sí creyeron, pero otros se aferraron a la antigua Ley. Incitaron a los romanos a matar a nuestro bendito Señor. Mataron a Santiago, Esteban, Bernabé y a muchos otros. Sembraron disensión en nuestras comunidades, interrumpieron nuestras ceremonias. Su general Bar Kochba masacró a los judíos cristianos y envió a muchos al exilio. Más tarde, traicionaron a los cristianos y los entregaron a sus perseguidores romanos. En Alejandría llamaron a los cristianos a salir de sus casas diciendo que la iglesia estaba ardiendo y luego los atacaron al salir y, en la lejana Arabia, donde gobernaban como reyes, masacraron a miles de cristianos en Najran. Así que como veis la enemistad viene de lejos.

—¿Y este Benshlomo es tan viejo como para haber realizado esos bajos actos?

—No, sucedieron hace mucho tiempo.

Hans extendió el brazo.

—¿Puede un hombre ser culpable de un acto cometido por otros? Lo que veo es que hay un límite a esta *charitas* que Joachim y tú predicáis, y la enemistad puede ser contestada con enemistad. —Golpeó varias veces el marco de la ventana con su antebrazo—. *Pero si la venganza es la ley, ¿por qué abandoné a Kratzer?*

Este estallido fue recibido con silencio, tanto por parte de Gottfried como de Dietrich, Hans se volvió.

—Dime que no he elegido como un necio.

Gottfried le tendió a Dietrich un alba de lino blanco. Al ponérsela, Dietrich recordó que representaba el atuendo con el que Herodes había envuelto al Señor para tomarlo por necio.

—No —le dijo a Hans—. Por supuesto que no. Pero los judíos han sido enemigos durante generaciones.

Hans se volvió para mirarlo de manera humana.

—Alguien dijo una vez: «Amad a vuestros enemigos».

Gottfried se volvió una vez más hacia la mesa y dijo:

—Padre, últimamente llevas prendas blancas. ¿Debo sacar estas?

—Sí, sí. —Dietrich le dio la espalda a Hans, las ideas revueltas en un remolino—. San Efraím es un doctor de la Iglesia, y por eso, el blanco, que es la suma de todos los colores, significa la alegría y la pureza del alma.

—Como si semejante ritual importara —dijo el hermano Joachim desde la puerta. Entró en la habitación—. Ya veo que habéis conseguido dos sacristanes. ¿Conocen bien su tarea? ¿Saben con qué dedos tocar y sostener la santa armadura para que podáis enzarzaros en la batalla con el diablo y guiar al pueblo victorioso a la Patria eterna?

—El sarcasmo es un poco pesado, hermano —le dijo Dietrich—. Un toque más alegre es necesario para conseguir el mejor efecto. Los hombres ansían las ceremonias. Es nuestra naturaleza.

—Fue para cambiar nuestra naturaleza por lo que Jesús vino al mundo. El *Evangelio Eterno* de Di Fiore elimina toda necesidad de signos y acertijos. «Cuando venga lo que es perfecto, las formas y tradiciones y leyes habrán cumplido su propósito y habrán terminado». No, debemos sondear en nosotros mismos.

Dietrich se volvió hacia los dos krenken.

—¡Y todo esto por si el lino debe ser blanco o verde! Por todos los santos, Joachim, esas *minutiae* te obsesionan a ti más que a mí.

—De esas cosas, nosotros no sabemos nada —dijo Hans—. Pero él tiene razón en la dirección curvada hacia dentro. Para encontrar nuestro hogar celestial, debemos viajar en direcciones no de altura ni de anchura ni de longitud, y a través de un tiempo de no duración.

—Siempre podríamos andar —dijo Gottfried, agitando sus labios blancos, pero Hans se lamió los labios callosos y su compañero dejó de reír—. Nos hemos apartado de casa y de nuestros compañeros —dijo—. No nos apartemos el uno del otro.

Al día siguiente, Dietrich se encontró a un hombre que estudiaba con atención las paredes de la iglesia. Al agarrarlo por el sobrepelliz, descubrió que era el criado judío.

—¿Qué haces aquí? —exigió saber—. ¿Por qué te han enviado?

—¡No diga al amo que yo vengo! —exclamó el judío—. ¡No lo diga, por favor!

La inquietud era tan palpable que Dietrich la consideró auténtica.

—¿Por qué?

—Porque... va contra Ley que nosotros caminemos cerca de casa de... de *tilfah*.

—¿De veras? Entonces ¿porqué no te repugna?

El criado se estremeció.

—Honorable, yo ser un villano de baja cuna, no tan puro y santo como mi amo.

¿Qué puede repugnarme?

¿Era ironía lo que Dietrich oía en aquella voz? Casi sonrió.

—Explícate.

—Oigo hablar de ellas, las tallas, a los criados del Hof y he pensado venir aquí. Nosotros tenemos prohibido hacer imágenes, pero yo amar la belleza.

—Por Sus heridas, creo que dices la verdad. —Dietrich se enderezó y soltó la manga del hombre—. ¿Cómo te llamas?

El hombre se quitó el sombrero.

—Tarkhan Hazer ben Bek.

—Un nombre muy largo para un hombre tan pequeño.

Tarkhan llevaba un escapulario adornado con borlas bajo su burdo atuendo, y sus gruesas trenzas no se parecían a los delicados rizos de su amo.

—Tú no eres español.

—Mi pueblo ser del Este, de las fronteras de Letts. ¿Tal vez conoces Kiev?

Dietrich negó con la cabeza.

—¿Está lejos ese Kiev tuyo?

Tarkhan sonrió tristemente.

—En el borde del mundo. Una vez fue una poderosa ciudad de mi pueblo, cuando teníamos el Imperio Dorado. Ahora, ¿quién soy yo cuyos padres fueron una vez reyes?

A Dietrich le hizo gracia.

—Te invitaría a mi mesa, y así aprendería de ese Imperio Dorado, pero temo que te contaminen.

Tarkhan cruzó las manos sobre el pecho.

—Los poderosos, como mi amo, ser tan puros que incluso cosas pequeñas los contaminan. Ahora piensa que demonio de ojos dorados lo observa y pasea el sello de Salomón por las habitaciones. Pero yo, ¿qué importa? Además, los buenos modales nunca contaminan.

La mención de los demonios de ojos dorados dejó a Dietrich momentáneamente sin habla. ¿Habían ido los krenken al Bosque de Abajo para observar a ese exótico extranjero?

—Yo... creo que tengo gachas, y un poco de cerveza. No puedo situar tu acento.

—Eso ser porque mi acento no tiene lugar. En Kiev, hay judíos y rusos, polacos y letones, turcos y tártaros. ¡Es extraño que yo mismo me entienda!

Siguió a Dietrich a la rectoría, donde Joachim acababa de colocar dos cuencos de gachas en la mesa. Se sorprendió, y Tarkhan le dirigió una sonrisa cautelosa.

—Yo haber oído tu prédica.

—No soy amigo de los judíos —replicó Joachim.

Tarkhan se encogió de hombros, fingiendo asombro. Joachim no dijo nada más, pero tomó un tercer cuenco y un poco de pan de la cocina. Lo dejó sobre la mesa, justo fuera del alcance de Tarkhan.

—No me extraña —le aseguró el judío a Dietrich mientras recogía su comida— que a veces los queméis.

—No te pases de listo —susurró Dietrich.

Cada uno rezó a su modo. Por encima del golpeteo de las cucharas de madera en el cuenco de madera, Tarkhan dijo:

—Los criados del Hof decir que eres hombre sabio, mucho viaje, y naturaleza estudiosa.

—Fui estudiante en París. Buridan fue mi maestro. Pero de esa Kiev no sé nada.

—Kiev, ciudad comercial. Muchos vienen y van, y eso me maravilla cuando soy niño. Acepto servicio con Ben Schlomo porque él viaja, así que yo ver muchos sitios. —Extendió las manos—. Así, sé que prohíbe el maimonismo. Dice que el consejo de rabinos declaró hace cuarenta años que ser *scientia* no adecuado para los judíos. Talmud único que debe estudiarse. ¿Tengo que saberlo yo? Pregunto dónde en el Talmud está escrito, y él me dice que solo los puros poder estudiar Talmud... y yo no serlo. ¡Oy!-Alzó los ojos al cielo en silenciosa súplica... o reproche.

Joachim gruñó.

—Tu amo tiene razón en lo de la vanidad del conocimiento del mundo, pero se equivoca en qué libro hay que estudiar.

El judío tomó otra cucharada de gachas.

—Allá donde voy, oigo esto. En tierras musulmanas, también, pero allí, solo el Corán adecuado para estudio.

—Los musulmanes fueron unos sabios maravillosos en otros tiempos —dijo Dietrich—. Y he oído hablar de vuestro Maimónides... Un gran erudito como nuestro Tomás y el sarraceno Averroes.

—El amo llama a los maimonistas peores herejes que los samaritanos. «Destruirlos, quemarlos y aniquilarlos a todos», dice. Es idea popular, pienso, para toda la gente. Musulmanes también. —Tarkhan se encogió de hombros—. ¡Oy! Todo el mundo persigue a los judíos. ¿Por qué no otros judíos? Maimónides mismo tuvo que huir de Córdoba porque los rabinos hispanioles lo persiguen. Hasta que amo decirlo —añadió—, yo nunca oír hablar de él. ¿Cómo voy a seguir a un maestro del que nunca oigo?

Dietrich se echó a reír.

—Para ser judío, eres un hombre de ingenio.

La sonrisa de Tarkhan se desvaneció.

—Sí. «Para ser judío». Pero encuentro lo mismo en todas las tierras. Algunos hombres sabios, otros tontos; algunos malvados, otros buenos. Algo de todo, a veces. Yo digo que el cristiano puede estar a salvo en su religión, igual que el judío en la suya, o el musulmán en la suya. —Hizo una pausa—. El amo nunca os va a decir esto, pero escapamos de Regensburg porque los gremios toman armas y luchan contra los que matan judíos. En esa ciudad cayeron doscientos treinta y siete gentiles.

—Que Dios los bendiga,

—Omayn.

—Ahora sentémonos junto a la chimenea y oigamos de ese Imperio Dorado — dijo Dietrich, mientras llevaba los cuencos a una mesa aparte.

El judío se encaramó a un taburete mientras Dietrich agitaba los leños para avivar las llamas. Fuera, el viento gemía y las ventanas de la tarde se oscurecían con las nubes.

—Esta historia de antiguos tiempos —dijo Tarkhan—, ¿cuánto será verdad? Pero es buena historia, así que no importa. En antiguos tiempos, al norte de Persia, viven Judíos de la Montaña, tribu de Simeón, puestos allí por Assurim. Pero muchas leyes olvidaron hasta que el rey Josué encontró de nuevo el Talmud. Conocen a Elías y Amós, Micah y Nahum, pero llegan judíos de Babilonia y hablan de nuevos profetas: Isaías, Jeremías, Ezequiel. Entonces los turcos paganos se pasan al Dios Uno. Juntos creamos Imperio Dorado. Nuestros mercaderes van a l'Stamboul, Bagdad, incluso Catay.

—Mercaderes —dijo Joachim, que había fingido no estar escuchando—. Teníais mucho oro, entonces.

—Entre los turcos cada dirección tiene color. Sur blanco, oeste dorado, y la mayoría de los turcos eran entonces kázaros. Itli Kan nombra siete jueces. Dos juzgan a nuestro pueblo según el Talmud; dos juzgan a los cristianos; dos juzgan a los musulmanes según *shari'a*. Séptimo juez, a los paganos, que adoraban el cielo. Muchos años nuestro kan combate árabes, búlgaros, griegos, rusos. Lo veo en libro antiguo, caballero judío en cota de malla cabalgando poni de las estepas.

Dietrich se lo quedó mirando asombrado.

—¡Nunca he oído hablar de ese imperio!

Tarkhan se golpeó el pecho.

—Como a todos los orgullosos, el Señor nos hizo caer. Los rusos toman Kiev e Itli. Todo eso sucede hace mucho tiempo, y casi todo se ha olvidado, excepto algunos, como yo, que aman las viejas historias. La tierra la gobiernan ahora mongoles y polacos; y yo, cuyos padres fueron reyes, debo servir a prestamista hispaniol.

—No te gusta Malacai —aventuró Dietrich.

—A su madre le parece raro. Judíos hispanioles orgullosos, con extrañas costumbres. ¡Comen pasteles de arroz en Pascua!

Cuando Dietrich acompañó más tarde a la puerta a Tarkhan, dijo:

—Ha oscurecido. ¿Encontrarás Niederhochwald?

El judío se encogió de hombros.

—El mulo puede. Yo cabalgo con él.

—Me gustaría... —Dietrich echó atrás la cabeza y contempló un instante las estrellas—. Me gustaría darte las gracias. Aunque nunca le he deseado a tu pueblo ningún daño, nunca antes he visto a ningún judío como hombre. Siempre era «un

judío es un judío».

Tarkhan frunció el ceño.

—Cierto. Pero para nosotros, griego y romano *notzrim* son lo mismo.

Dietrich recordó entonces que los krenken le habían parecido todos iguales al principio.

—Es la extrañeza —dijo—. Igual que los árboles de un bosque lejano se mezclan en un todo indiferenciable, las singularidades de los desconocidos se difuminan cuando su aspecto o sus costumbres se apartan de las nuestras.

—Puede que tengas razón —dijo Tarkhan ben Bek—. El amo ha viajado muchos años, solo ve contaminación. Aunque el amo piensa que te haber visto antes, cuando era mucho más joven.

La inquietante idea de que lo hubieran reconocido no abandonó a Dietrich, y agradeció que Malacai estuviera segregado en el Bosque de Abajo. No volvería a ver a Dietrich antes de partir hacia Viena.

A mediodía del Día de San Bernabé, un jinete solitario a lomos de un mulo y vestido con la túnica marrón de los minoritas llegó por el camino de San Wilhelm y entró en la mansión.

—No volveré —replicó Joachim cuando Dietrich le mencionó al forastero—. No cuando el prior de Estrasburgo es un servil conventual que ha olvidado toda la humildad que enseñó Francisco.

Más tarde, cuando se disponía a limpiar la iglesia, señaló el valle que separaba las dos colinas.

—Viene hacia aquí. Si es un conventual, no besaré su peludo...

El monje desconocido estudió la cima de la colina de la iglesia, deteniéndose al ver que lo observaban. No parecía haber cara dentro de la capucha, solo un vacío negro, y a Dietrich se le ocurrió que era la Muerte que venía con una docena de años de retraso y serpentaba por la montaña en su busca. Entonces un destello blanco apareció dentro de la sombra y Dietrich advirtió que era solo el ángulo del sol que había hecho que la capucha pareciera tan vacía. Inmediatamente, otra aprensión se apoderó de él: que el jinete fuera un *exploratore* enviado por el obispo de Estrasburgo para interrogarlo.

Su inquietud creció a medida que el inexorable mulo subía la colina. El jinete se echó atrás la capucha, revelando un rostro delgado, largo de barbilla y coronado por un laurel de pelo blanco revuelto. Tenía algo de zorro y algo de ciervo sorprendido por el cazador, y sus labios parecían los de un hombre que acaba de confundir el vino con una jarra de vinagre viejo. Aunque el tiempo lo había envejecido y enflaquecido más que nunca y había moteado su piel pálida de norteño, veinticinco años desaparecieron en un parpadeo y Dietrich dejó escapar un suspiro de sorpresa y deleite.

—¡Will! —dijo—. ¿Eres tú de verdad?

Y Guillermo de Ockham, el *venerabilis inceptor*, inclinó la cabeza con burlona humildad.

Resignados ya por las periódicas intrusiones de desconocidos, los krenken habían abandonado los espacios públicos; pero tal vez se habían aburrido y jugaban a un precario juego del escondite, manteniéndose apartados de la vista en vez de quedarse en el Bosque Grande. Mientras Dietrich escoltaba a su visitante por la aldea, advirtió, con el rabillo del ojo, el súbito salto de un krenk de un escondite a otro.

Las paredes de la iglesia dejaron mudo a Will Ockham, una hazaña que ningún Papa había conseguido todavía. Se quedó plantado un rato delante de ellas antes de empezar a recorrer el edificio, dejando escapar exclamaciones de deleite ante las *blemyae*, alabando el árbol de la perdición y el dragón.

—¡Deliciosamente pagano! —exclamó.

Dietrich tuvo que explicarle algunas cosas: los *Aschenmännlein*, los hombrecitos de ceniza del bosque de Siegmann, o los *Gnurr* del valle del Murg, que parecían brotar de la madera misma. Dietrich nombró a los cuatro gigantes que sostenían el tejado.

—Grim y Hilde y Sigenot y Ecke..., los gigantes que mató Dietrich de Berna.

Ockham ladeó la cabeza.

—¿Dietrich, dices?

—Un héroe popular en nuestras historias. Observa a Alberich el enano en el pedestal de Ecke. Le mostró al rey Dieter el cubil donde vivían Ecke y Grim. A los gigantes no les gustan los enanos.

Ockham pensó en ello un momento.

—Yo creía que ni siquiera reparaban en ellos. —Siguió observando al enano—. Al principio, me ha parecido que hacía una mueca por el esfuerzo para sostener a la giganta; ahora veo que se ríe porque está a punto de hacerla caer. Astuto. —Estudió los *Kobolds* bajo los aleros—. ¡Esas sí que son unas gárgolas exageradamente feas!

Dietrich siguió su mirada. Había cinco krenken encaramados desnudos bajo el tejado, petrificados en esa quietud preternatural en la que a veces caían. Fingían sostener el techo.

—Vamos —dijo Dietrich rápidamente, haciendo dar la vuelta a Ockham—. Joachim habrá preparado ya la comida.

Mientras se llevaba a su huésped, miró por encima del hombro y vio que uno de los krenken abría y cerraba sus labios blandos en una sonrisa krenk.

Dietrich y Ockham pasaron la noche conversando mientras cenaban pan moreno y queso y grandes cantidades de cerveza. Las noticias del gran mundo exterior llegaban a los altos bosques de labios de los viajeros; Ockham había estado en el centro de ese mundo.



—Me han dicho que has hecho las paces con Clemente —dijo Dietrich.

Will se encogió de hombros.

—Ludwig está muerto y Karl no quiere peleas con Aviñón. Ahora que todos los demás han muerto (Michael, Marsiglio y el resto), ¿por qué pretender que éramos el verdadero Capítulo? Devolví el sello de la orden, el que Michael se llevó cuando huimos. El Capítulo se reunió en Pentecostés y le contó a Clemente mi gesto, y Clemente mandó mensaje a Munich ofreciendo mejores términos de los que Jacques de Cahors ofreció jamás. Así que nos besaremos y fingiremos que todo va bien.

—Te refieres al papa Juan.

—El kaiser nunca lo llamó de otro modo más que Jacques de Cahors. Era un hombre religioso.

—¡Ludwig, religioso!

—Ciertamente. Creó su propio Papa y lo paseó por toda Italia. No se puede ser más religioso que eso. Pero cuando has dicho «caza» y «festines» y «torneos» has retratado al hombre en lo esencial. Oh, y al asegurar la buena fortuna de su familia. Un hombre sencillo, fácilmente guiado por sus consejeros, mucho más sutiles... Nunca habría entrado en Italia de no ser por las zalamerías de Marsiglio, pero su tozudez podía con el razonamiento más sutil. Karl, por otro lado, está mucho más interesado en las artes, y pretende que en Praga haya una universidad que rivalice con Montpellier o con Oxford, o con París mismo. Un lugar libre de las rígidas ortodoxias de los eruditos establecidos.

Se refería a los tomistas y averroistas.

—¿Un lugar donde puedan perseguir el nominalismo? —se burló Dietrich.

Ockham hizo una mueca.

—Yo no soy ningún nominalista. El problema de enseñar el Modo Moderno es que los eruditos menores, excitados por la novedad, rara vez se molestan en dominar mis reflexiones. Hay labios donde desearía de todo corazón que mi nombre no se hubiera posado nunca. Te digo, Dietl, que un hombre se vuelve hereje menos por lo que escribe que por lo que otros creen que ha escrito. Pero yo sobreviviré a todos mis enemigos. El falso papa Jacques está muerto, y también ese viejo necio de Durandus. Es de esperar que el odioso Lutterell los siga pronto. Atiende lo que te digo. Bailaré sobre sus tumbas.

—El «doctor moderno» era difícilmente un «viejo necio»... —aventuró Dietrich.

—¡Estaba en el tribunal que condenó mis tesis!

—El propio Durandus se enfrentó una vez al tribunal —le recordó Dietrich—. La revisión por los iguales es el destino de todos los filósofos que merecen ser leídos. Y ejerció su influencia favorablemente hacia dos de tus proposiciones.

—¡De cincuenta y seis a juicio! Ese favor insignificante es más insultante que la sincera hostilidad del odioso Lutterell. Durandus era un halcón que había decidido no volar. Habría sido menos necio si hubiera sido menos brillante. No se critica una piedra por caer. ¿Pero un halcón? Vamos, ¿a quién más conocimos en París?

—A Peter Aureoli... No, espera. Lo nombraron arzobispo, y murió el año antes de tu llegada.

—¿Suele ser tan fatal el arzobispado? —dijo Ockham, divertido.

—Tú y el Doctor Elocuente habríais encontrado que teníais mucho en común. Se afeitaba con tu navaja. Y Willi es ahora archidiácono en Friburgo. Le hice una pregunta este mercado pasado.

—¿Willi Jarlsburg? ¿El de los labios regordetes? Sí, lo recuerdo. Una mente de segunda fila. Y el cargo de archidiácono le viene bien, pues nunca le llamarán para que murmure un pensamiento original.

—Eres demasiado duro. Siempre me ha tratado con amabilidad.

Ockham lo observó un instante.

—Típico de su clase. Pero un hombre amable puede poseer un intelecto de segunda fila. No es ningún insulto. La segunda fila es mucho más de lo que consiguen la mayoría de los eruditos.

Dietrich recordó la habilidad de Ockham para refugiarse tras sus precisas palabras.

—El *Herr* me trajo un tratado de un joven estudiante de París, Nicholas Oresme, que tiene un nuevo argumento para el movimiento diurno de la Tierra.

Ockham se echó a reír.

—¿Así que sigues debatiendo la filosofía de la naturaleza?

—La naturaleza no se debate: se experimenta.

—Oh, sin duda. Pero Juan de Mirecourt... No habrás oído hablar de él. Lo llaman el Monje Blanco. Es capuchino, como puedes suponer. Sus proposiciones fueron condenadas en París el año pasado... No, fue en el cuarenta y siete, y por eso ahora lo conocemos como pensador de primera fila. Ha demostrado que la experiencia (*evidentia naturalis*) es un tipo inferior de evidencia.

—Se hace eco de Parménides. Pero Albrecht dice que en las investigaciones sobre la naturaleza la experiencia es la única guía segura.

—No. La experiencia es una guía pobre, pues mañana puedes tener la experiencia contraria. Solo esas proposiciones cuyo contrario se reduce a una contradicción, *evidentia potissima*, pueden ser sostenidas con certeza.

Ockham abrió las manos, esperando la contrarréplica.

—Una contradicción de términos no es el único tipo de contradicción —dijo Dietrich—. Sé que la hierba es verde por experiencia. Lo contrario puede ser falsificado por *experientia operans*.

Ockham se llevó la mano a la oreja.

—Tus labios se mueven, pero oigo la voz de Buridan. ¿Quién puede asegurar que, en algún lugar lejano, no hay hierba amarilla?

Dietrich se detuvo al recordar que, en la tierra krenk, la hierba era en efecto amarilla. Frunció el ceño, pero no dijo nada.

Ockham se puso en pie.

—Ven, vamos a probar tu proposición con una experiencia. El mundo gira, dices.

—Yo no he dicho que girara; solo que, *loquendo naturale*, podría hacerlo. El movimiento de los cielos sería el mismo en cualquier caso.

—Entonces ¿por qué buscar una segunda explicación? ¿De qué serviría, aunque fuera cierta?

—La astronomía se simplificaría. Así, aplicando tu propio principio de la hipótesis mínima...

Ockham se echó a reír.

—Ah. ¡El argumento de la adulación! El argumento de más peso con diferencia. Pero nunca me he referido a las entidades de la naturaleza. Dios no puede ser contenido por la sencillez y puede elegir hacer algunas cosas simples y otras complejas. Mi navaja se aplica solo al funcionamiento de la mente. —Iba ya hacia la puerta y Dietrich corrió a alcanzarlo.

En el exterior, Ockham estudió el cielo índigo.

—¿Dónde está el este? Muy bien. Apliquemos la experiencia. Ahora, si muevo mi mano rápidamente, así, siento el aire empujando contra ella. Así, si nos moviéramos hacia el este, debería sentir el viento del este en mi cara y... —Cerró los ojos y abrió los brazos—. No siento ningún viento.

Joachim, que subía la colina de la iglesia, se detuvo en el camino y se quedó mirando al sabio, que parecía haber adoptado la postura del Crucificado.

Ockham se volvió hacia el Bosque Pequeño.

—Ahora, si miro al norte... —Se encogió de hombros—. No siento ningún cambio en el viento, mire hacia donde mire. —Calló, expectante.

—Hay que disponer de la experiencia —insistió Dietrich— de modo que explique todos los asuntos que afectan a la conclusión, lo que Bacon llamó *experientia perfectum*.

Ockham extendió las manos.

—Ah, así que los sentidos comunes son insuficientes para este tipo tan especial de experiencia.

Sonriendo como si hubiera triunfado en un debate, regresó a la rectoría, con Dietrich de nuevo tras él. Joachim, que los seguía, cerró la puerta y se dispuso a servir una jarra de cerveza. Se sentó a la mesa junto a Dietrich y arrancó un trozo de pan de la hogaza y se puso a escuchar con una sonrisa.

Dietrich continuó con la discusión.

—Buridan consideró las objeciones a una Tierra giratoria en su vigésima segunda pregunta sobre los cielos, y encontró una respuesta para todas excepto una. Si el mundo entero se mueve, incluyendo la tierra, el aire, el agua y el fuego, no sentiríamos la resistencia del viento más que un bote que es llevado por la corriente siente el movimiento del río. La única objeción acuciante fue que una flecha lanzada hacia arriba no cae a la izquierda del arquero, cosa que haría si la Tierra girara bajo ella, pues una flecha se mueve tan velozmente que atraviesa el aire y, por tanto, no

iría con él.

—¿Y ese Oresme ha resuelto la objeción?

—*Doch*. Considera la flecha en reposo. No se mueve. Por tanto, al principio ya sigue el movimiento de la Tierra y, cuando se suelta, posee dos movimientos: un movimiento rectilíneo, arriba y abajo, y un movimiento circular hacia el este. El maestro Buridan escribió que un cuerpo al que se imprime un movimiento continuará con su movimiento hasta que el impulso se disipe por la gravedad del cuerpo u otras fuerzas resistentes.

Ockham sacudió la cabeza.

—Primero la Tierra se mueve, luego se mueve la gente con ella para explicar por qué no tropieza constantemente; después el aire debe moverse con ella para responder a una segunda objeción; luego la flecha para responder a otra, y así sucesivamente. Dietl, la explicación más sencilla a por qué las estrellas y el Sol parecen girar alrededor de la Tierra es que giran alrededor de la Tierra. Y el motivo por el que no sentimos ningún movimiento de la Tierra es que la Tierra no se mueve. ¡Ah, Hermano Ángelus, por qué desperdiciar tus dotes con cosas tan triviales!

Dietrich se envaró.

—¡No me llames así!

Ockham se volvió hacia Joachim y dijo:

—Se dedicaba a sus lecturas antes de las campanadas de la mañana y continuaba haciéndolo a la luz de las velas después de las campanadas de la tarde, por eso los otros estudiantes lo llamaban...

—¡Ha pasado mucho tiempo desde entonces!

El inglés echó atrás la cabeza.

—¿Puedo seguir llamándote *doctor seclusus*? —Gruñó y fue a servirse otra jarra de cerveza.

Dietrich guardó silencio. Había pensado en compartir una idea fascinante y Will, de algún modo, había creado una *disputatio*. Tendría que haberlo recordado, de París. Joachim los miró a ambos. Ockham regresó a la mesa.

—Se ha acabado la cerveza —dijo.

—Hay más en la cocina —respondió Dietrich.

Discutieron sobre los Oxford Calculators del Merton College y la muerte del abad Richard de Wallingford, que había inventado una nueva geometría «triangular» y un instrumento, el *rectangulus*, muy apreciado por los navegantes.

—Y hablando de navegantes —añadió Dietrich—, los españoles han descubierto nuevas islas en la Mar Océana.

Se había enterado de la historia por Tarkhan, quien a su vez lo había hecho por los agentes de su amo.

—Se encuentran cerca de la costa de África y en ellas hay grandes bandadas de canarios. Así que tal vez pueda encontrarse un nuevo camino para cruzar el océano y llegar a las «tierras de ultramar» del mapa de Bacon.

—La Tierra de Bacon tiene más fácil explicación si se atribuye a la imaginación de un cartógrafo y el atractivo de las zonas en blanco —dijo sonriente Ockham, y añadió—: Igual que tus rústicos ebanistas han llenado las paredes de tu iglesia con saltamontes gigantescos y similares.

Joachim tenía en la boca un trozo de pan y estuvo a punto de atragantarse. Dietrich le ayudó a tragar un poco de cerveza para hacerlo bajar.

Ockham se puso en pie.

—Traeré más cerveza de la cocina.

—No —jadeó Joachim—. Allí también espera un saltamontes gigante.

Sin entender el chiste, Ockham se rio, confuso.

## XIX

### JUNIO DE 1349

*Hora nona, en la conmemoración de Bernard de Menthon Manfred llamó a su banquete un simposium y prometió un debate entre Dietrich y Ockham como entretenimiento de sobremesa. Pero como algunas diversiones no son del gusto de todo el mundo, esto no sustituyó las canciones de Peter ni las acrobacias del enano ni la exhibición de platos y cuchillos del malabarista. El perro amaestrado del enano apenas arrancó una mueca a Will Ockham; pero Kunigunda y Eugen se rieron abiertamente, sobre todo cuando el perro le bajó las calzas al enano para descubrir su culo desnudo. Einhardt, como Manfred, prestó más atención a las canciones.*

—Einhardt estaba molesto conmigo —le había confesado antes Manfred a Dietrich— por haberse perdido el torneo, así que con esto hago las paces con él.

Dietrich, tras haber verificado el famoso hedor del caballero, agradeció que su corpulenta esposa, *lady* Rosamund, se sentara entre ambos.

La mesa estaba repleta de aves y venado y era continuamente atendida por un incesante río de criados que traían platos, retiraban las bandejas vacías y esparcían por el suelo paja fresca mezclada con flores para ocultar los olores cuando pisaban. Tras cada asiento un paje esperaba para atender las necesidades de cada comensal. Tarkhan, acicalado y peinado para parecer respetable, atendía a su amo, pues los ritos de Malacai no le permitían comer de la despensa de Manfred, sino de sus propias provisiones, preparadas bajo su supervisión. Normalmente, dos de los sabuesos de Manfred deambulaban por la sala, carroñeando las sobras que caían de la mesa; pero, por respeto a la sensibilidad del judío, los animales habían sido apartados del festín. Sus penosos aullidos podían oírse levemente desde las perreras.

Eugen estaba sentado a la derecha de Manfred y Kunigunda a la izquierda. Junto a ellos se hallaban Dietrich y Will, con Malacai el judío a la derecha de Will. La esposa y la hija de Malacai permanecían en sus aposentos, para decepción de Eugen, que esperaba con ansia la exótica visión de mujeres cubiertas con velo. *Lady* Rosamund difícilmente podía ser una compensación.

A la izquierda de Einhardt, al pie de la mesa, se sentaba Thierry von Hinterwaldkopf. El caballero ya había cumplido sus días de servicio obligado, pero Manfred esperaba convencerlo para que sirviera unos cuantos días más y que lo ayudara a perseguir a los forajidos.

En un rincón, junto a la chimenea, se encontraban Peter el *Minnesinger* con sus dos ayudantes.

—Con el permiso de *mein Herr*-dijo, tensando las cuerdas hasta afinarlas—, voy a cantar algo de Perceval.

—¡Ese horrible cuento francés no! —se quejó Einhardt.

—No, señor caballero. —Peter se ahuecó el pelo y colocó el laúd sobre su regazo

—. Cantaré la versión de Wolfam von Eschenbach, que todos los hombres consideran la más noble adaptación de la historia.

Manfred agitó una mano.

—Algo menos pesado —dijo—. Algo emocionante. Toca *La canción del halcón*.

Devoto del Arte Nuevo, Peter solía quejarse de la afición de Manfred por las *Minnesong* anticuadas, en las que todo eran figuras y símbolos, y hubiese preferido una lírica más moderna, con personajes reales que se movieran en paisajes reales. Sin embargo, *La canción del halcón* estaba diestramente construida y no se podía cambiar ningún verso sin estropear su métrica. Su autor, anónimo como solían ser los poetas de antaño, era solamente conocido como «el de Kürenburg».

*Crie un halcón durante más de un año.*

*Cuando como quería lo tuve adiestrado y hube con cintas de oro sus plumas adornado se alzó hasta las alturas y voló hacia otro lado.*

*Desde entonces lo he visto elegante, volando, y con lazos de seda en las garras mostrando con su abrigo de plumas que brillaba dorado.*

*Que Dios mantenga unido quienes viven amando.*

Al escucharla, Dietrich se maravilló por cómo Dios podía aparecer en los lugares más inesperados, pues *La canción del halcón* le había dado la respuesta de Dios al problema de Ilse y Gerd. No importaba que Ilse hubiera sido bautizada y Gerd no, pues Dios uniría a los amantes.

Y a más que a los amantes. ¿No había criado Dietrich a Theresia para que fuera como él quería que fuera? ¿No había ella «volado hacia otro lado»? ¿No la había visto desde entonces «elegante, volando»? Sin duda que Dios volvería a unirlos una vez más. Una lágrima se abrió paso por su mejilla y Kunigunda, siempre atenta a quienes tenía cerca, se dio cuenta y colocó su mano en la suya.

Después, entre el estrépito de la cubertería y los *Kraustrunks*, la conversación de la mesa se centró en asuntos mundanos. La casa Bardi había seguido a la casa Peruzzi a la insolvencia, según les contó Ockham, y Malacai añadió que la plata se había vuelto escasa.

—Toda va a Oriente, para pagarle al sultán seda y especias.

—En su tratado sobre el dinero que me regaló *mein Herr* —dijo Dietrich—, el joven Oresme escribió que el dinero puede ser comprendido igual que el arco iris o el magnetismo. Declara que «si el príncipe fija una tasa en las monedas que difiere de los valores del oro a la plata en el mercado, la moneda devaluada desaparecerá de la circulación y la sobrevalorada permanecerá en curso».

—¿Una filosofía del dinero? —dijo Ockham.

—La plata en efecto compra más oro en Oriente —dijo Malacai, atusándose la barba.

—¡Así que «vuela a otro lado»! —rio Kunigunda.

—Que Dios no separe la plata de aquellos que la aman —añadió Thierry, mirando

de reojo al judío.

—¡Bah! —dijo Einhardt—. Entonces el príncipe simplemente fija los precios del oro y la plata en el mercado para igualar los valores que pone a la moneda.

—Tal vez no —respondió Dietrich—. Jean Olivi argumentó que el precio de una cosa deriva del valor que le dan aquellos que quieren comprarla..., no importa lo que los mercaderes exijan o los príncipes decreten o cuánto trabajo haya en su creación.

Ockham se echó a reír.

—Es la retorcida influencia de Buridan. Oresme es su alumno, igual que lo fue el Hermano Ángelus aquí presente. —Hizo un gesto con la cabeza hacia Dietrich—. Y de uno de Sajonia, llamado Pequeño Alberto, se habla mucho. Ah, Dietl, tendrías que haberte quedado en París. Hablarían de ti del mismo modo.

—Dejo la fama para los demás —respondió Dietrich, cortante.

Cuando más tarde la charla regresó a la política, Ockham contó el infame avance de la corte de Wittelsbach a través de Italia veinte años antes, cuando habían quemado la efigie del Papa.

—Después de todo, ¿qué tiene que decir un francés en la elección del kaiser Romano?

—¡*Sauwhol!*—dijo Einhardt, saludando con su copa.

—Pensaba usar esto como tema de la disputa —dijo Manfred, indicando con un trozo de venado que sirvieran vino—. Cuéntanos tus argumentos, hermano Ockham, si no son meramente que comiste a la mesa de Ludwig.

Ockham apoyó la barbilla en su palma y se frotó la oreja con un dedo.

—*Mein Herr*—dijo después de un momento—, Marsiglio escribió que nadie podía contradecir al príncipe en su propia tierra. Naturalmente, quería decir que Jacques de Cahors no podía contradecir a Ludwig..., cosa que complacía a Ludwig enormemente. Y lo que quería decir de hecho era que era gibelino y echaba la culpa al Papa de todos los males de Italia.

—«Gibelino» —dijo Einhardt—. ¿Por qué no pueden pronunciar *Vibligen* los italianos?

Manfred estudió el dorso de su mano.

—¿Y no estás de acuerdo...?

Ockham habló con cautela.

—Argumenté que, *in extremis*, y si el príncipe se ha vuelto un tirano, entonces es legítimo que otro príncipe, incluso un Papa, invada su país y lo derroque.

Einhardt resopló y Thierry se envaró. Incluso Manfred se quedó quieto.

—Como los señores de Bisgrovia derrocaron a Von Falkenstein —terció Dietrich rápidamente.

Einhardt gruñó.

—Forajidos, *doch*.

La repentina tensión se alivió.



Manfred dirigió a Dietrich una mirada divertida. Arrojó al suelo el hueso de su venado y se volvió de nuevo hacia Ockham.

—¿Y cómo podemos saber cuándo el príncipe se ha vuelto un tirano?

El paje de Ockham volvió a rellenar el *Krautstrunk* del inglés y Ockham dio un sorbo antes de contestar.

—Habréis oído la máxima: «Lo que complace al príncipe tiene fuerza de ley». Pero yo dije que: «Lo que complace al príncipe *razonable y justamente por el bien común* tiene fuerza de ley».

Manfred estudió a su invitado con atención y se frotó la mejilla.

—El príncipe tiene siempre en mente el bien común —dijo.

Ockham asintió.

—Naturalmente, un príncipe que gobierna con la ley de Dios en el corazón así lo hará; pero los hombres son pecadores y los príncipes son hombres. Los hombres poseen ciertos derechos naturales que les ha concedido directamente Dios y de los cuales el príncipe no puede ser privado. El primero de los cuales es el derecho a su propia vida.

Eugen hizo un gesto con el cuchillo.

—Pero puede matarlo un enemigo o caer de peste u otra herida. ¿Qué derecho tiene a la vida un hombre que se ahoga en un río?

Ockham alzó el índice.

—Que un hombre posea un derecho natural a su propia vida significa solamente que su defensa de esa vida es *legítima*, no que esa defensa tenga *éxito*. —Extendió las manos—. En cuanto a otros derechos naturales, cuento el derecho a la libertad frente a la tiranía y el derecho a la propiedad. A esto último podemos renunciar *cuando al así hacerlo se persigue la propia felicidad*.

Ockham cortó la salchicha que el paje le había colocado delante.

—Como hacen los espirituales para imitar la pobreza del Señor y sus apóstoles.

Thierry se echó a reír.

—Bien. Así hay más para el resto de nosotros.

Ockham agitó la mano, sin hacerle caso.

—Pero con Ludwig muerto, cada hombre debe cuidar de lo suyo, así que voy a Aviñón a hacer las paces con Clemente. Esta salchicha está excelente.

Einhardt golpeó la mesa.

—Sois delgado para ser monje, pero veo que tenéis apetito de monje. —Luego volviéndose hacia Eugen, dijo—: Dime cómo ganaste esa cicatriz.

Ruborizándose, el joven *Ritter* contó sus hazañas en *Burg Falkenstein*. Al concluir el relato, el caballero imperial alzó su copa ante él.

—¡Viejos golpes llevados con honor! —exclamó.

Manfred y él volvieron a librar la batalla de Mühldorf, en la que Einhardt había luchado a favor de Ludwig Wittelbasch y Manfred por Friedrich Habsburgo, cada uno de los cuales quería la corona imperial.

—Ludwig tenía una esbelta figura —murmuró Einhardt—. Tenéis que haberlo notado, Ockham. Lo conocisteis. Un cuerpo muy notable, alto y esbelto. ¡Corno le gustaba bailar y cazar ciervos!

—Por ese motivo, la dignidad imperial le quedaba un poco grande —contrarrestó Manfred.

—¿No tenía *gravitas*? —Einhardt engulló un vaso de vino—. Bueno, tus Habsburgo son serios. Lo reconozco. El viejo Albrecht no podía pasar la sal en la mesa sin reflexionar sobre las implicaciones políticas. ¡*Ja!* Antes de tu época, creo. Yo era solo un *Junker*, «Duro como el diamante», eso es lo que la gente decía de él.

—Sí —dijo Manfred—. Mirad lo que hizo en Italia.

Einhardt parpadeó.

—Albrecht no hizo nada en Italia.

Manfred se echó a reír y dio un golpe en la mesa.

—Por eso. Una vez, dijo: «Italia es el cubil de un león. Entran muchas huellas, pero ninguna sale».

Todos los sentados a la mesa soltaron una carcajada.

El caballero mayor sacudió la cabeza.

—Nunca he comprendido por qué fue allí Ludwig. Al sur de los Alpes no hay nada más que italianos. No se les puede dar la espalda.

—Fue a instancias de Marsiglio —dijo Ockham—. Esperaba que el emperador zanjara las guerras civiles que había allí.

Manfred tomó un higo del cuenco y se lo metió en la boca.

—¿Por qué derramar sangre alemana para zanjar las disputas italianas?

—Los luxemburgueses sí que son de esos acerca de los cuales cantan los *Minnesingers* —dijo Einhardt—. Karl tiene la bolsa abierta para ellos, así que supongo que también cantarán sobre él. Por eso seguí a Ludwig. Entre vuestros agrios Habsburgo y los huidizos luxemburgueses, los Wittelbasch son gente alemana que habla sencillo y bebe cerveza, tan simples como esta salchicha.

—Sí —dijo Manfred—, tan simples como esta salchicha.

Einhardt sonrió.

—Bien, tendrían que estar locos para querer la corona. —Frunció la frente ante un plato de manjar blanco que el criado le había puesto delante—. Esto, he de decir, es más propio de un luxemburgués.

—Hablando de eso —dijo Thierry—, ¿qué ha sido de la vieja Boca-bolsillo?

Respondió Malacai el judío.

—Oímos en Regensburg que la *Gräfin* Margaret permanece leal a su nuevo mando y que la revuelta del Tirol ha terminado.

—No se le puede reprochar —dijo Thierry—. Su primer marido era a la vez estúpido e impotente. Una esposa puede soportar una cosa u otra, pero no las dos a la vez.

—¡*Ja!* —dijo Manfred, alzando la copa—. ¡Bien dicho!

—El matrimonio es un sacramento —objetó Dietrich—. Sé que defiendes a Ludwig en esto, Will, pero ni siquiera un emperador puede anular un matrimonio.

Einhardt se inclinó por delante de su esposa y agitó un tenedor ante Dietrich.

—No, un matrimonio es una *alianza*. Las grandes casas —dijo, tocándose la sien— se pasan *décadas* planeando por anticipado, ¡décadas!, empujando a sus hijos como si fueran piezas de ajedrez a los lechos nupciales del Imperio. Pero en esto es en lo que Ludwig fue tan listo... para ser un cabeza de salchicha. Boca-bolsillo detestaba a Hans-Heinrich, pero no quiso rechazar una alianza-matrimonio con Luxemburgo sin obtener a cambio otra de igual valor. Así que Ludwig le concede el divorcio... *¡y entonces la casa con su hijo!* —Golpeó la mesa con la palma y las copas bailaron—. ¡Y así, *pfff!* Luxemburgo pierde el Tirol ante Wittelbasch.

—Para ser un movimiento tan inteligente, resultó un poco demasiado obvio —dijo Thierry.

—Bueno, Ludwig hace un segundo movimiento de ajedrez —dijo Einhardt—. Se queda con Bavaria, y su hijo posee ahora Tirol y la Marca de Brandenburgo, que rodea Bohemia... por si Luxemburgo crea problemas, *¿ja?* Y cuando las otras casas se quejan de nepotismo, le quita Carintia al Tirol, lo que no cambia nada pero contenta a todo el mundo.

—Y os daréis cuenta —añadió Manfred— que Habsburgo obtuvo Carintia... *sin* necesidad de besar a la Condesa Fea.

Más risas. Einhardt se encogió de hombros.

—¿Qué importa? Luxemburgo gobierna Europa. No veréis de nuevo a un Habsburgo en el trono imperial.

Manfred le sonrió a su manjar blanco.

—Tal vez no.

—Luxemburgo tiene tres votos en el bolsillo.

—Son necesarios cuatro —dijo Thierry—. ¿Han resucito la disputa en Mainz?

Einhardt sacudió la cabeza.

—El nuevo perrito faldero del Papa... ¿quién es? —Chasqueó los dedos.

—Gerlach de Nassau —le dijo Ockham.

—Ese mismo. Le ha dicho a todo el mundo que es el nuevo arzobispo, pero Heinrich no quiere entregar su sede. ¿Veis lo astuto que es todo esto? Gerlach no es nadie. ¿Quién teme que la casa Nassau se apodere de Mainz?

—Si puede echar al conde Heinrich —dijo Thierry.

—Veamos. —Einhardt fue contando con los dedos—. Karl tiene el voto bohemio y su hermano Baldwin es arzobispo de Trier. Ya son dos. Y cuando la casa Luxemburgo dice «rana» el arzobispo Waldrich pregunta hasta dónde debe saltar. Excepto que se cree Rey de las Ranas. ¡Ja-ja! Así que con el voto de Colonia ya son tres. En cuanto a los Wittelsbach... Bueno, el pequeño Ludwig tiene Brandenburgo, como he dicho, y su hermano Rudolf es conde palatino, lo que suma dos votos. Con Mainz en la cuerda floja, ambas familias le hacen la corte al otro Rudolf, el duque de

Saxe-Wittenburg. ¡Ja! ¡La casa *Welfen* tiene la llave!

Manfred sonrió mansamente.

—El equilibrio cambiará antes de que el Capítulo tenga que volver a votar. Sin embargo... Nadie pensó tampoco que Ludwig se moriría de pronto.

—La partida del kaiser estaba cazando en los bosques de alrededor de Fürstenfeld —recordó Ockham—. Yo estaba en el albergue con los demás cuando lo trajeron. Un campesino lo encontró en el suelo junto a su caballo, como si se hubiera quedado dormido.

—Un hombre en el verano de su vida, además —dijo Einhardt—. Apoplejía, he oído decir.

—Demasiadas salchichas —sugirió Manfred.

—No murió de hambre —admitió Ockham.

—Ni yo —dijo Einhardt—. Esta comida es excelente, Manfred. Lástima que no todos nosotros podamos disfrutarla. —Miró a Malacai—. Por cierto, ¿qué es eso que he oído sobre tus demonios invitados?

La cuestión, por inesperada, produjo un silencio momentáneo en la mesa.

—He fundado un lazareto en el Bosque Grande —dijo Manfred desenfadadamente—. Los leprosos que hay allí son horribles de aspecto, pero son tan mortales como tú y como yo.

Thierry sonrió a la nada; Eugen miró su copa. *Lady* Kunigunda miró a su padre. Ockham escuchaba con interés. Malacai se atusó repetidamente la barba y sus ojos no se perdieron nada.

—Ja. Algunos de tus hombres han estado contando historias —repuso Einhardt—. Dicen que los llevaste contigo a la Roca del Halcón. —El anciano se volvió hacia su esposa—. ¿Ves, querida? No hay nada de esas historias.

*Lady* Rosamund era una mujer carnosa e indignada.

—Entonces ¿qué es lo que vi? —Se volvió hacia la gente de Hochwald—. Hace dos semanas, oí un ruido extraño en mi roaleda, pero cuando fui a mirar, vi... no sé qué. Unos horribles ojos amarillos, enormes brazos y piernas... Como un saltamontes gigante. Saltó al cielo y voló, voló en esa dirección. ¡Luego vi mis rosas masticadas y escupidas en el suelo!

—Un saltamontes gigante... —dijo Malacai lentamente.

Einhardt le dio una palmadita en el brazo.

—Alguna bestia entraría en el jardín, querida. Eso fue todo.

Pero estudió a Manfred con suspicacia.

Por la mañana, Dietrich escoltó a Ockham hasta el paso del camino a Oberreid. Ockham llevaba su mula, a la que llamaba *Hipótesis Menor*. Se detuvo y le frotó el hocico. Se había echado atrás la capucha, de modo que al amanecer su salvaje cabello parecía un laurel de llamas contra el sol naciente.

—Te has dejado crecer la tonsura, Dietl —dijo.

—Ahora soy un sencillo cura de diócesis. Ya no soy mendicante.

Ockham lo estudió.

—Puede que hayas dejado tu voto de pobreza, pero no puedo decir que hayas ganado riquezas al hacerlo.

—La vida aquí tiene sus dones.

—Si hubieras aprendido a halagar al kaiser, no tendrías que vivir en la Selva Negra.

—Si tú hubieras aprendido a vivir en la Selva Negra, no tendrías que halagar al kaiser.

Ockham sonrió débilmente y miró hacia el este, hacia Munich, Praga, Viena, las capitales de las grandes casas.

—Cierto —dijo, y un momento después añadió—: Había emoción en todo aquello, la sensación de que estábamos consiguiendo cosas en el mundo. «Si me defendéis con vuestra espada», le dije a Ludwig, «yo os defenderé con mi pluma».

—Me pregunto si lo habría hecho, de haber llegado el caso.

Ockham se encogió de hombros.

—Ludwig estaba en mejor situación. Pero cuando haya sido largamente olvidado, los hombres me recordarán a mí.

—¿Tan malo es ser olvidado? —preguntó Dietrich.

Ockham se dio la vuelta y tensó la cincha de la silla de la mula.

—Háblame de esos demonios y saltamontes.

Dietrich lo había visto estudiar el tejado de la iglesia y sabía que había notado la ausencia de las «gárgolas». Y la esposa de Einhardt los había descrito.

Suspiró.

—Hay islas incluso más allá de las Canarias. Las mismas estrellas del cielo son islas lejanas y en ellas viven...

—Saltamontes —sugirió Ockham—, en vez de canarios.

Dietrich negó con la cabeza.

—Seres como tú y como yo, pero con una forma externa que recuerda a los saltamontes.

Ockham se echó a reír.

—Podría acusarte de multiplicar entidades, excepto que... —Miró de nuevo hacia los aleros de la iglesia—. ¿Cómo sabes que esos saltamontes viven en una estrella?

—Ellos me lo dijeron.

—¿Puedes estar seguro de que dijeron la verdad? Un saltamontes puede decir lo que quiera y no ser más sincero que un hombre.

Dietrich rebuscó en su zurrón.

—¿Quieres hablar con uno?

Ockham estudió el arnés de cabeza que sacó Dietrich. Lo tocó torpemente con el dedo.

—No —dijo, retirando la mano—. Mejor que sepa lo menos posible.

—Ah. —Dietrich apartó la mirada—. Manfred te ha contado lo de la acusación.

—Me preguntó si hablaría en tu favor ante el magistrado.

Dietrich gruñó.

—Sí, como si la palabra de un hereje tuviera peso para ellos. Si alguien hace preguntas sobre asuntos diabólicos durante mi estancia aquí, podré responder sinceramente que no vi nada.

—Gracias, viejo amigo.

Los dos se abrazaron y Dietrich ayudó a Will a montar.

Ockham se acomodó.

—Temo que hayas malgastado tu vida en este pueblecito insignificante.

—Tenía mis razones.

Y también las tenía para quedarse. Dietrich había llegado a Oberhochwald buscando solamente refugio, pero ya era su rincón del mundo, y conocía cada árbol, cada roca y arroyo como si le hubieran hecho chocar la cabeza contra ellos en su juventud. No hubiese podido vivir de nuevo en París. Antes solo le parecía mejor porque era más joven, y no había conocido aún la felicidad.

Después de que el Viejo Inceptor se marchara, Dietrich regresó a la aldea, donde encontró a su granjero, Herwyg *el Tuerto*, camino de los campos.

—Se ha marchado, pastor —rezongó el viejo—. Y no demasiado tarde.

—¿Y...? —inquirió Dietrich, preguntándose qué podría tener Herwyg contra Ockham.

—Dejó Niederhochwald esta mañana, con carreta, harén y todo. Se dirigió a Friburgo con las primeras luces.

—¿El judío? —Pese al sol de junio, Dietrich sintió frío de pronto—. Pero si iba a Viena.

Herwyg se frotó la barbilla.

—No puedo decirlo, ni me importa. Es una criatura retorcida. Kurt el porquero, que está casado con mi prima, oyó al viejo judío decir que pondría fin al ángelus. ¡Qué infamia! Sin las campanas, ¿cómo sabría la gente cuándo dejar de trabajar?

—El ángelus —dijo Dietrich.

Herwyg se acercó más y bajó la voz, aunque no había nadie para oírlo.

—Y el tipo puede que haya visto también a vuestros huéspedes especiales. Kurt los oyó hablar de bestias sucias y demonios voladores. Kurt vino para acá inmediatamente, porque quería ser el primero en dar la noticia.

Herwyg escupió en el suelo, pero Dietrich no esperó a que aclarara si lo hacía por los judíos, por el gusto de su prima en maridos o simplemente porque tenía flema en la garganta. Se dirigió a la iglesia vacía, donde, entre las imágenes de santos dolientes y criaturas de otra tierra, cayó de rodillas y suplicó de nuevo la absolución que había suplicado durante más de una docena de años.

## XX

### JUNIO DE 1349

*Desde la conmemoración de San Gervasio El Herr lo encontró allí, postrado en el suelo, y se volvió y se sentó en el escalón del santuario, ante él.*

—He enviado a Max y a sus hombres a capturar al judío —dijo—. Solo puede seguir unos pocos caminos, cargado como va con su carreta. Los hombres de Max van a caballo. Lo traerán de vuelta.

Dietrich se puso de rodillas.

—¿Y luego qué?

Manfred se apoyó en los codos.

—Luego veremos. Estoy improvisando.

—No podréis retenerlo eternamente.

—¿No puedo? No, supongo que el duque se hará preguntas. Un agente de la familia Seneor no puede desaparecer sin más. Pero nuestras preocupaciones van juntas, Dietrich —añadió—. Friedrich tendría preguntas para mí también. Te acepté.

«Podría huir», pensó Dietrich. Sin embargo, ¿adonde lo haría esta vez? ¿Qué señor lo aceptaría? Las Nuevas Ciudades del Este necesitaban desesperadamente colonos y hacían pocas preguntas sobre el pasado de un hombre. Dietrich regresó a sus oraciones, pero perturbaba su mente la preocupación por sí mismo. Así que empleó recitativos, esperando que el pensamiento siguiera a las palabras. Al cabo de un rato, oyó a Manfred levantarse y marcharse.

El sol se ponía cuando la conmoción hizo que por fin Dietrich saliera a ver al grupo que regresaba por la hondonada entre la colina de la iglesia y la del castillo. Eran Max y sus hombres, con un solo prisionero atado y encapuchado que iba montado en un caballo guiado. La gente salía de sus casas y acudía corriendo de los campos para enterarse de lo sucedido.

Joachim apareció tras Dietrich.

—¿Es el judío? —preguntó—. ¿Por qué está atado de esa forma? ¿Qué planea hacer con él Manfred?

«Planea matarlo», pensó Dietrich. No podía retenerlo, pues el duque hubiese enviado una escolta para llevarlo a Viena, ni tampoco dejarlo en libertad, porque entonces el duque lo hubiese castigado por dar cobijo a Dietrich esos doce últimos años. Dietrich recordó lo que había dicho Max de servir a dos amos. Pero un accidente... La muerte sería conveniente para todos.

Excepto para Malacai, naturalmente.

—¿Adónde vais? —le preguntó Joachim.

—A salvar a Manfred.

Encontró al *Herr* en su alto sillón, al fondo del salón del castillo, bajo el

estandarte de Hochwald. Al entrar, Dietrich oyó la puerta del *Bergfried* cerrarse de golpe y a Manfred suspirar preocupado.

—¡*Mein Herr!* —exclamó Dietrich—. ¡Tenéis que liberar al judío!

Manfred, sentado con la barbilla apoyada en el puño, alzó sorprendido la cabeza.

—¡Liberarlo! —Se echó atrás en el asiento—. ¿Sabes lo que ocurriría después?

Dietrich apretó los puños a sus costados.

—*Ja. Doch.* Lo sé. Pero el pecado exige penitencia, no más pecado. Un judío está hecho a imagen de Dios, no menos, que un krenk, y algunos de ellos serán salvados un día. Dios aceptará a Malacai por su fe en la vieja dispensa, *pues su promesa, es de generación en generación.* Dios hizo con su pueblo una alianza y Dios no rompe su palabra. Malacai buscó nuestra protección y juro lo que juré en Rheinhausen aquel día en que me encontrasteis: no permitiré que nadie que venga a mí sufra ningún daño. Lo juro aunque ese voto me coloque entre él y vos.

Manfred lo miró con expresión fría.

—Me deshonras. ¿Amas tanto las llamas que lloras por quien prenderá la antorcha?

—Tiene buenos motivos.

Manfred gruñó.

—¿Y aceptas el castigo que seguirá?

El viejo Rudolf Baden era duque durante el levantamiento, pero Friedrich podría haber heredado los rencores de su padre junto con sus tierras. Los tribunales eclesiásticos retirarían a Dietrich de las cortes seculares si apelaba: pero eso tan solo cambiaría la cuerda por la hoguera.

Sin embargo, Carino había asesinado a su inquisidor, Peter de Verona, y acabado sus días en gran santidad en el priorato de Forli..., cuyo prior era el propio hermano de Peter.

—No pido indulgencia ninguna —dijo.

Manfred dirigió su mirada al centro de la cámara.

—¿Has oído lo que ha dicho?

—Lo he oído.

Dietrich se dio media vuelta y, a su izquierda, vio a Malacai el judío, pero algo maltrecho, y a su lado, a un desgredado Tarkhan ben Bek. Malacai se acercó a Dietrich y lo miró fijamente a los ojos. Dietrich parpadeó, pero luego aceptó el escrutinio mansamente.

Finalmente, Malacai retrocedió un paso.

—Estaba equivocado —le comunicó a Manfred—. No es el mismo hombre.

Luego giró bruscamente sobre sus talones y se encaminó hacia la puerta.

—Esperaré la escolta en Niederhochwald... y me dedicaré a mis asuntos hasta entonces.

Tarkhan lo siguió a la salida, pero se detuvo junto a Dietrich.

—Tú hombre afortunado —susurró—. Tú hombre muy afortunado. El amo no se



equivoca nunca.

Dietrich encontró a Max en la sala común del castillo, donde Theresia le estaba cosiendo las heridas. Alzó la cabeza cuando Dietrich entró y le dirigió una sonrisa.

—Vuestros judíos fueron afortunados —dijo Max—. Si no los hubiéramos perseguido estarían muertos, y las mujeres peor. Los forajidos cayeron sobre ellos a dos leguas del Bosque Pequeño, donde el camino de Oberreid pasa por ese estrecho desfiladero. Un buen lugar para una emboscada. Yo mismo lo había elegido. ¿Eso es vino, mujer? ¡El vino es para beber, no para las heridas!

Le arrancó la copa de las manos y bebió un trago.

—¡*Puaf!* —Lo escupió al suelo—. ¡Es vinagre!

—Perdona, soldado —dijo Theresia—, pero tengo entendido que la práctica es recomendada por los médicos del Papa y los doctores italianos.

—Los italianos usan veneno —respondió Max—. Pero como iba diciendo, los forajidos usaron el desfiladero porque no podían saber que les pisábamos los talones a los judíos hasta que aparecimos por su retaguardia. El vigía había abandonado su puesto para unirse al pillaje. Dios estuvo con nosotros y... —Max miró alrededor y bajó la voz—. Y ese criado suyo tenía una espada entre sus cosas, una gran hoja curva como la que usan los turcos. Eso nos dio otra ventaja en la lucha, así que no discutiré sobre su legalidad.

«Localicé a mi hombre: un malandrín de feo aspecto, más cicatriz que piel. Pude ver que dominaba la lucha con la daga, pues vino a mí con el arma en posición baja, así que adopté la postura llamada «las escalas desequilibradas». —Agitó los brazos, tratando de demostrarlo mientras seguía sentado, para gran malestar de Theresia—. Pero que me zurzan si no alzó la daga y cambió el sentido del golpe. Una treta hábil.

«Ahora bien, una daga sirve para hallar un punto entre las cadenas de una cota de malla, pero no para acuchillar. Mi hoja lo pilló desprevenido, y en vez del bloqueo con el antebrazo que esperaba le di un golpe en el vientre. Tenía manos rápidas, eso sí. Se lo reconozco. Para usar la daga hace falta más rapidez que fuerza.

Theresia rezongó mientras le vendaba el brazo.

—*Ach*, pobre hombre.

Max frunció el ceño.

—Ese «pobre hombre» y sus amigos han asesinado a doce personas desde que huyeron de la Roca del Halcón, incluidos Altenbach y toda su familia.

—Era un hombre perverso, estoy segura —respondió ella—, pero ahora no tiene posibilidad de arrepentirse.

—Tampoco tiene ninguna posibilidad de volver a asesinar. Eres demasiado blanda, mujer.

«Demasiado blanda», pensó Dietrich, aunque en algunos aspectos no más que el pedernal y, en otros, frágil como el cristal.

Dietrich se quedó con Max después de que Theresia se marchara.

—Manfred me contó que no hiciste ningún prisionero, excepto Oliver.

Max guardó silencio un instante.

—Es un mal movimiento bloquear la daga de un hombre con el hombro. Debo recordarlo la próxima vez. —Flexionó el hombro y dio un respingo—. Rezo para que no se me quede tieso. ¿Se lo pediréis a Dios en misa? Pagaré siete peniques. Pastor... —suspiró—. Pastor, Oliver era asunto nuestro. Los otros eran carroña, pero Oliver era uno de nosotros y tenemos que ahorcarlo con nuestras propias manos.

Y así fue.

Manfred convocó a los miembros del jurado en el patio, donde Nymandus el *Gärtner* juró haber visto a Oliver entre los forajidos y asesinando al hijo de Altenbach. El joven no respondió, pero susurró:

—Cabalgué un caballo y empuñé una espada. Luché por los pobres y en honor de la reina del amor y la belleza.

«No —pensó Dietrich—, luchaste contra los pobres... porque tu reina del amor y la belleza eligió a otro». Se preguntó qué pensarían de él los otros forajidos. ¿Se habían imaginado también a sí mismos como hombres libres que desafiaban a señores opresores?

Nadie habló a favor de Oliver, ni siquiera su padre, quien en voz alta repudió a su hijo y exclamó que ese era el destino de todos aquellos que tenían ínfulas de grandeza. Pero después regresó a su panadería y permaneció sentado durante horas mirando el horno frío, helado.

Solo Anna Kohlmann lloró por él.

—Todo es por mí causa —dijo—. Solo quería ganarse mi corazón con hazañas valerosas.

Y en vez de conquistar un corazón, había perdido el cuello.

—*Mein Herr* —dijo Dietrich cuando Manfred preguntó si alguien quería hablar —, si lo colgáis no tendrá posibilidad de arrepentirse.

—Tú encárgate de la otra vida —respondió el *Herr*—. Yo debo hacerlo de esta.

Los krenken que habían acudido al patio mostraron su acuerdo junto con los otros habitantes de Hochwald cuando los miembros del jurado dieron su veredicto y Manfred pronunció la sentencia de muerte. Gschert von Grosswald y Thierry von Hinterwaldkopf, que flanqueaban a Manfred en el escaño, estuvieron de acuerdo con el juicio, y Gschert lo demostró con un simple abrir y cerrar de sus labios callosos.

Así que al día siguiente, al amanecer, sacaron al prisionero, atado y amordazado, sangrando por una docena de heridas, el rostro ennegrecido por incontables golpes. Sus ojos correteaban como dos ratones por encima del trapo que le cubría la boca, buscando un escape, buscando consuelo, pero no encontró más que el sordo desprecio de aquellos que le rodeaban. Su propio padre le escupió cuando lo conducían por la calle principal hacia el tilo donde iba a ser ahorcado.

Más tarde, cuando Dietrich se acercó a la cabaña de Theresia para ver cómo estaba, se encontró a Gregor en la puerta, acariciándose una mano con la otra.

—Mi dedo meñique, creo —dijo el cantero—. Necesita una tablilla. Me lo pillé entre dos piedras.

Dietrich llamó a la puerta y Theresia abrió la parte superior. Al ver a Gregor, mostró la primera sonrisa que Dietrich veía desde la llegada de los krenken. Entonces reparó en Dietrich.

—Alabado sea Dios, padre —dijo antes de volverse hacia Gregor—. ¿Qué te trae por aquí, cantero?

Gregor alzó su mano ensangrentada en una muda llamada de ayuda, y Theresia soltó una exclamación y lo hizo pasar, Dietrich los siguió, dejando la puerta superior abierta para que entrara el aire. Vio cómo Theresia limpiaba la herida y le colocaba una tablilla con una venda de cáñamo, aunque le parecía que el cantero no era de los que se quejan por ese tipo de pequeñas heridas. Solo después de haber atendido a Gregor se dirigió Theresia a Dietrich.

—¿También estáis herido, padre?

«Sí», pensó él.

—Solo he venido a ver cómo te van las cosas —respondió Dietrich.

—Van bien —dijo ella, mirándolo a la cara.

Dietrich esperó a que dijera algo más, pero ella no lo hizo: por eso la sujetó por los hombros y la besó en la frente, como había hecho tantas veces en su infancia. Inexplicablemente, ella empezó a llorar.

—¡Ojalá no hubieran venido nunca!

—Gottfried-Lorenz me ha asegurado que pronto se irán a casa.

—A una casa o a otra —dijo Gregor—. Dos más murieron esta semana pasada. Creo que mueren de añoranza.

—Nadie muere de añoranza —dijo Dietrich—. El frío mató a algunos... el alquimista, los niños, algún otro..., pero ya ha llegado el verano.

—Es lo que Arnold me dijo —insistió el cantero—. Dijo: «Moriremos porque no estamos en casa». Y, otra vez, me dijo: «Aquí, comemos y nos llenamos, pero no nos nutrimos».

—Eso no tiene sentido —dijo Dietrich.

El cantero frunció el ceño y miró a Theresia, y luego la puerta abierta, a través de la cual los sonidos de los pájaros animaban el aire de la mañana.

—Me sorprende —admitió el hombretón—. Vuestro amigo, Kratzer, dijo una vez que deseaba tener la mitad de esperanza que Arnold. Sin embargo, Arnold se suicidó y Kratzer no.

—Su cabeza parlante tal vez no entienda palabras como «esperanza» o «desesperación».

—¿Qué diferencia hay si mueren o se marchan? —dijo Theresia.

Dietrich se volvió hacia ella y le tomó las manos, y ella no se soltó.

—Todos los hombres mueren —le dijo—. Lo que importa a los ojos de Dios es cómo nos hemos tratado unos a otros en vida. «Ama al señor con todo tu corazón y toda tu alma, y ama a tu prójimo como a ti mismo». Esta orden nos une unos a otros y nos salva de las trampas de la venganza y la brutalidad.

—No hay escasez entre los cristianos de venganza y brutalidad —observó Gregor.

—Los hombres son hombres. «Por sus obras los conoceréis», no por el nombre que se dan a sí mismos. Hasta el hombre más perverso puede recibir el perdón al final. Ja, incluso el hombre más perverso. Yo mismo... yo mismo lo he visto.

Theresia alargó la mano y le tocó la mejilla para secar una lágrima.

—Os referís a Gottfried-Lorenz —dijo Gregor—. Grosswald lo llamó colérico, y ahora es el más humilde de los krenken.

—Ja —dijo Dietrich, mirándolo—. *Ja*. Me refería a gente como Gottfried-Lorenz.

—Pero creo que Grosswald no pretendía alabarlo llamándolo humilde.

Theresia lloraba también y Dietrich le devolvió el favor.

—No —respondió—. Para él, el perdón y el olvido son debilidad y locura. Un hombre con poder lo utiliza; sin poder, obedece. Pero creo que todos los hombres anhelan justicia y piedad, sea lo que sea que esté escrito en los «átomos de su carne». Hemos salvado a seis de los suyos..., quizás a siete, pues no estoy seguro del alquimista.

—Justicia y piedad —dijo Gregor—. ¿Ambas a la vez? Eso sí que es un acertijo.

—Padre —dijo Theresia de pronto—, ¿se puede amar y odiar al mismo hombre?

Una abeja había entrado en la cabaña y cazaba diligente entre las hierbas que Theresia cultivaba en pequeñas macetas, en la ventana.

—Creo que puede no ser el mismo hombre, sino dos: el hombre que ahora es y el hombre que fue —dijo Dietrich por fin—. Si un pecador se arrepiente verdaderamente, muere al pecado y nace un hombre nuevo. Eso es lo que significa perdonar, pues desafía la razón echar la culpa a un hombre de los hechos de otro.

Temió seguir con el tema y poco después se marchó de la cabaña con Gregor. En el exterior, el cantero se frotó ausente el dedo herido.

—Es una mujer dulce, pero sencilla. Y puede que no esté del todo equivocada con los demonios. Puede que sea como dice Joachim: la prueba suprema. ¿Pero quién está a prueba? ¿Los guiamos a la humildad o nos conducen ellos a la venganza? Conociendo a los hombres, me temo lo segundo.

A la mañana siguiente, en el desayuno, Kratzer abrió un frasco que llevaba en el cinto. El contenido resultó ser un caldo oscuro que el krenk mezcló con las gachas. Volvió a poner el tapón en su sitio, pero se quedó inmóvil con el frasco en la mano un rato antes de volver a guardarlo en su bolsa. Kratzer se llevó una cucharada de gachas a la boca, vaciló, luego devolvió la cuchara y su contenido al cuenco y lo apartó.

Dietrich y Joachim intercambiaron una mirada de asombro, y el minorita se

levantó de su asiento y se acercó a la olla para comprobar cómo estaban las gachas.

—¿Llena pero no nutre? —preguntó Dietrich de broma, recordando lo que había dicho Gregor el día anterior.

Kratzer respondió con esa inmovilidad con la que su gente parecía convertirse en piedra. Siempre enervante para Dietrich, el gesto de pronto quedó claro. Algunos animales respondían al peligro permaneciendo igualmente quietos.

—¿Qué ocurre? —preguntó Dietrich.

Kratzer revolvió las gachas.

—No debería hablar de eso.

Dietrich esperó y Joachim lo observaba sorprendido. Se sirvió gachas en su propio cuenco pero, aunque tuvo que tender la mano más allá de Kratzer para hacerlo, el krenk no se movió.

—He oído a algunos de vosotros —dijo Kratzer por fin— hablar de una hambruna que hubo hace muchos años.

—Más de treinta años —respondió Dietrich—. Yo acababa de recibir las órdenes y Joachim ni siquiera había nacido. Llovió copiosamente durante dos años y las cosechas se ahogaron en los campos, desde París a las marcas polacas. Había habido hambrunas pequeñas antes, pero en esos años no hubo grano ninguno en toda Europa.

Kratzer se frotó los antebrazos con fuerza.

—Me dijeron que la gente comía hierba para llenar sus vientres —dijo—. Pero la hierba no la sustentaba.

Dietrich dejó de comer y miró al krenk.

—¿Qué? —preguntó Joachim, sentándose.

Dietrich sintió la mirada de reojo de la criatura, que por lo demás permanecía absorta en alguna visión interna.

—¿Cuánto tiempo más durarán vuestros almacenes particulares? —le preguntó a Kratzer.

—Los hemos usado desde el principio, pero gota a gota incluso el océano más poderoso debe vaciarse un día. Algunos tienen gran «esperanza», pero su situación es dura, quizá demasiado dura para algunos de nosotros. Me ha gustado —añadió— que vuestro «buen tiempo» llegara antes del fin. Habría echado de menos ver renacer vuestras flores y vuestros árboles volver a la vida.

Dietrich miró a su huésped con horror y piedad.

—Hans y Gottfried pueden reparar todavía...

Kratzer frotó sus antebrazos.

—Esa vaca no viene del hielo.

Tras pedir prestado un caballo a Everard, Dietrich corrió al campamento krenk, donde encontró a Hans, Gottfried y cuatro más en el apartamento inferior del extraño navío, alrededor de la ilustración de un «circuito» y discutiendo con gran alboroto.

—¿Es cierto que vuestra gente pronto morirá de hambre? —preguntó Dietrich

mientras irrumpía en la sala.

Los krenken se detuvieron en su labor y Hans y Gottfried, que llevaban arneses de cabeza, se volvieron hacia la puerta.

—Alguien te lo ha contado —dijo Hans.

—«Las mandíbulas tienen goznes» —comentó Gottfried.

—¿Pero es *verdad*? —insistió Dietrich.

—Tiene verdad —dijo Hans—. Hay ciertos... materiales (ácidos es vuestra palabra alquímica) que son esenciales para la vida. Tal vez cuatro docenas de esos ácidos se encuentran en la naturaleza... y nosotros los krenken necesitamos veintiuno de ellos para vivir. Nuestros cuerpos producen nueve de forma natural, así que debemos obtener los otros de nuestra comida y bebida. Esa comida que habéis compartido con nosotros contiene once de esos doce. Falta uno, y nuestro alquimista no lo encontró en ninguno de los alimentos que probó. Sin ese particular ácido, hay un... Debo llamarlo «primario», ya que es el primer bloque constructor del cuerpo, aunque supongo que debería llevar uno de vuestros términos griegos.

—*Proteios* —croó Dietrich— *Proteioi*.

—Eso. Me sorprende que uséis lenguas distintas para hablar de materias distintas. Ese griego para la filosofía natural; el latín para cuestiones que tratan de vuestro señor-del-cielo.

Dietrich agarró al krenk por el antebrazo. Las ásperas espinas que corrían por él se le clavaron en la mano, haciéndole sangre.

—¡No es nada! —exclamó—. ¿Qué hay de esa *proteína*?

—Sin ese ácido, la *proteína* no puede formarse y, al carecer de ella, nuestros cuerpos se corrompen lentamente.

—¡Entonces debemos encontrarla!

—¿Cómo, amigo mío? ¿Cómo? Arnold pasó noches sin dormir buscándola. Si eludió su agudo ojo, ¿cómo podemos descubrirla nosotros? Nuestro médico es hábil, pero no en las artes del laboratorio.

—Entonces ¿masticasteis rosas cerca del Salto del Ciervo? ¿Robasteis en el monasterio de San Blasien?

Una sacudida del brazo.

—¡Como si pudiéramos saberlo probando! Sí, algunos de los nuestros lo intentan. Pero la mejor fuente de la *proteína* se encuentra al final de nuestro viaje. El ácido que falta se encuentra dentro de nuestra comida concreta, a la que recurrimos para complementar la que vosotros habéis proporcionado. —Hans se dio la vuelta—. Nuestro navío zarpará antes de que el hambre se agudice.

—¿Qué hay en el caldo que Kratzer no quiere comer?

Hans no se volvió, pero su voz susurró al oído de Dietrich como si estuviera a su lado.

—Hay otra carne que tiene esa *proteína*, y el suministro no se ha agotado todavía. Dietrich no lo comprendió hasta al cabo de un buen rato, cuando Gottfried dijo:

—Este es mi cuerpo, que será entregado por vosotros. Tus palabras nos han dado esperanza.

El horror de la situación de los forasteros cayó entonces sobre Dietrich, aplastándolo con su peso.

—¡No debéis!

Hans se volvió una vez más hacia él.

—¿Tendríamos que morir *todos*, si *algunos* pueden sobrevivir?

—Pero...

—Nos has enseñado que es bueno ofrecer tu cuerpo por la salvación de los demás. Nosotros tenemos una frase: «El fuerte devora al débil». Es un signo, una *metáfora*, pero en tiempos de gran hambre en nuestro pasado se ha convertido en hecho. Pero tú nos has salvado. Es el *ofrecimiento* y no el comer lo que salva, y los fuertes también pueden ofrecerse para salvar a los débiles entre nosotros.

Dietrich regresó a Oberhochwald anonadado. ¿Podía haber confundido a los krenken? No era imposible. El *Heinzelmannchen* no comprendía los significados de las palabras y asociaba los signos solo por el uso. *Evidentia naturalis*, se dijo.

Sin embargo, estaba claro que a Kratzer le inquietaba la idea. Tanto que ni siquiera probaba el caldo. Dietrich se estremeció de nuevo al recordarlo. ¿De quién había sido destilado aquel caldo? ¿De Arnold? ¿De los niños? ¿*Había sido alguno de ellos empujado a la muerte para preparar el caldo?* Ese pensamiento era lo más horrible de todo. ¿Los impulsaría el *instinctus* krenk a dirigirse voluntariamente a la olla?

Arnold había entregado su vida. «Este es mi cuerpo», les había prometido a los demás krenken en su nota final. Una terrible parodia, advirtió Dietrich ahora. Tras haber fracasado en su búsqueda del elusivo ácido, se había dejado llevar por la desesperación y abandonado el empeño. Y sin embargo había conservado, como la legendaria caja de Pandora, una última tenue esperanza: que Hans y Gottfried pudieran reparar el navío y devolver a los krenken a su hogar celestial. Todo lo que aumentara los alimentos necesarios añadiría muchos días al esfuerzo. Incapaz de seguir el camino que veía necesario, el alquimista había emprendido el único camino que había podido, por el bien de los demás.

Y por eso había muerto siendo cristiano después de todo.

El jinete llevaba la librea del obispo de Estrasburgo y Dietrich observó su aproximación desde un risco que asomaba al camino de Oberreid. Hans, que lo había advertido, se hallaba a su lado, encaramado de algún modo a la misma roca de modo que, aunque se asomaba mucho al precipicio, no caía como podría haberlo hecho un hombre. Un centro de gravedad diferente, le había explicado una vez a Dietrich, mostrándole un truco con pajas, un *pfennig* y una copa.

—¿Trae tu arresto? —preguntó el krenk—. Lucharemos para que no caigas en sus

manos.

—«Aparta tu espada» —citó Dietrich—. Tu ataque difícilmente apagaría los temores que albergan.

Hans se echó a reír y dijo algo por el hablador-lejano para advertir a los demás.

Dietrich vio que el heraldo hacía girar su montura para que subiera hasta Santa Catalina.

Al mirar alrededor, Dietrich advirtió que Hans se había marchado sin hacer ningún ruido, una habilidad krenk extrañamente similar a la de los fantasmas para desvanecerse. «Debo impedir que el heraldo entre en la rectoría», pensó, pues el débil Kratzer estaba allí dentro. Se subió los faldones y corrió al camino justo cuando el heraldo llegaba a la cima, por lo que el hombre se detuvo bruscamente.

—La paz sea contigo, heraldo —dijo Dietrich—. ¿Qué misión te trae aquí?

El hombre miró de un lado a otro, incluso por encima de su cabeza, y se arrebujó con más fuerza en su capa, aunque el día era cálido.

—Traigo un mensaje de Su Excelencia, Berthold II, obispo de Estrasburgo por la gracia de Dios.

—En efecto, veo su escudo en tu capa.

Si habían venido por él, ¿por que habían enviado solo a ese hombre? No obstante, si el mensaje era una orden para que regresara a Estrasburgo con el mensajero, lo haría mansamente. En los campos lejanos, algunos campesinos habían detenido su labor en los surcos para mirar hacia la iglesia. Al pie de la colina, el golpeteo del martillo de Wanda Schmidt había cesado mientras la mujer contemplaba los acontecimientos.

El heraldo sacó un pergamino, doblado y atado con un lazo y sellado con cera. Lo arrojó al suelo, a los pies de Dietrich.

—Leedlo en la misa —dijo el hombre, y entonces, con notable vacilación, añadió—: Tengo más parroquias que visitar y me gustaría tomar una jarra de cerveza antes de marcharme.

Quedó claro que no tenía ninguna intención de desmontar. Su rocín estaba flaco y casi agotado. ¿Cuántas parroquias había visitado ya, cuántas le faltaban aún? Dietrich vio otros paquetes en el morral del heraldo.

—Puedes pedir un caballo en los establos del *Herr* —dijo, señalando el otro lado del valle.

El mensajero no dijo nada, pero miró a Dietrich con cautela. La puerta de la rectoría se abrió de golpe y un pájaro echó a volar en los aleros. El heraldo se sobresaltó y un temor terrible distorsionó su cara.

Pero solo era Joachim que traía la cerveza solicitada. Debía de haber estado escuchando desde la ventana. El hombre del obispo miró al minorita con recelo.

—No me extraña encontrar a uno de ellos en este sitio —comentó con desprecio.

—Podría humedecer una esponja en el barril y ofrecerte la cerveza con una caña de hisopo —dijo Joachim, que no alcanzaba para hacer llegar la copa al hombre a



caballo.

El heraldo se inclinó y la arrancó de las manos del franciscano, la apuró de un trago y la arrojó al suelo. Joachim se arrodilló para recuperarla.

—He ofendido a mi Señor —dijo— al no ofrecerle una copa de oro engastada con esmeraldas y rubíes.

El heraldo no le hizo caso. Señaló el mensaje en el polvo.

—La peste ha llegado a Estrasburgo.

Dietrich se persignó y a Joachim se le olvidó levantarse.

—Que Dios nos ayude a todos —susurró Dietrich.

## XXI

### JUNIO DE 1349

*La Natividad de San Juan Bautista La misa, Recordare, Domine, fue en nona y Santa Catalina se llenó de atemorizados curiosos. Burg y Dorp por igual estaban allí, y los krenken también, incluso los que no habían sido bautizados, pues todos sabían que una portentosa noticia había llegado al pastor. Manfred y su familia, advertidos de antemano, ocupaban la zona frontal para dar ejemplo. Dietrich celebró conjuntamente con el capellán, el padre Rudolf, un hombre vanidoso y arrogante muy consumido con el prestigio de su cargo. Sin embargo, el pálido semblante de Rudolf, como la ruina de un templo romano, exigía piedad y Dietrich le dirigió las palabras del Salvador: «No tengas miedo, pues siempre estaré contigo».*

La carta del obispo, cuando la leyó en voz alta, no tuvo el sonido capaz de encoger el corazón de la desapasionada declaración del heraldo. Unos cuantos ciudadanos de Estrasburgo habían caído enfermos con los inconfundibles signos, pero no en los grandes números que habían assolado París ni, el año antes, Italia. Sin embargo, se advertía a todas las parroquias para que se preparasen. Se pedían oraciones especiales por Estrasburgo... y por Basilea y Berna, pues se sabía que la peste había llegado a Berna en febrero y a Basilea en mayo.

Con esta noticia, Anna Kohlmann se arrojó llorando al suelo y fue imposible consolarla.

—¡Bertram! —gimió—. ¡Ach, Bertram!

Manfred, que había enviado al muchacho a Berna, mantuvo el gesto adusto.

En medio de esta conmoción, avanzó desde el fondo de la nave Ilse Krenkerin. Como Kratzer, estaba muy debilitada por su negativa a beber el elixir y se movía usando muletas de extraña forma; pero las dejó y se acercó a Anna apoyándose en las manos y las rodillas, y procedió a dar golpecitos a la muchacha. Alguien gritó por el ataque. Pero Joachim contuvo a la multitud y se plantó ante las dos muchachas, gritando que se trataba tan solo de una caricia krenken.

—Conozco las frases dentro de tu cabeza —le dijo Ilse a Anna, y el *Heinzelmännchen* repartió las palabras a una docena de arneses de cabeza, y los susurros las extendieron más allá—. Yo morí cuando cayó Gerd. Pero cayó cumpliendo su deber por el bien común y lo veré cuando mi energía entre en las tierras del señor-del-cielo.

Joachim repitió estas sencillas palabras de fe a la congregación reunida. Esto provocó murmullos de acuerdo y muchos asentimientos de cabeza, pero fue de poco consuelo para Anna Kohlmann.

Después de la ceremonia, Dietrich y el padre Rudolf se cambiaron de ropa en la sacristía.

—El obispo tan solo ha escrito que *podría* venir aquí —dijo el capellán—. Solo

que *podría*. No que lo *vaya* a hacer. —Parecía encontrar mucho consuelo en la gramática—. Y Estrasburgo está lejos. Alsacia es frontera del *Reich* francés. No tan lejos como Aviñón o París, pero...

Dietrich dijo que ese tipo de informes a menudo eran exagerados.

Durante varios días la gente permaneció encerrada en casa o comentaba que la peste no llegaría tan arriba, a las montañas. «El mal aire es pesado —anunció Gregor con confianza— y siempre busca un nivel inferior». Pero Theresia decía que Dios había creado su instrumento y solo el arrepentimiento podía detener su mano. Manfred se mostraba más pensativo.

—Esas campanas que oímos el día de las rogativas —le dijo a Dietrich—. Eran de Basilea, creo, y nos las trajo un soplo de viento. Dios nos estaba advirtiendo.

Hans sugirió marcar los tiempos y localizaciones de los brotes en una carta-de-tierra, con lo que Dietrich supuso que se refería a una carta portulana. Pero como no había ninguna en la aldea y la mayoría de esas cartas eran simbólicas, la sugerencia quedó en nada. Los krenken desconocían la geografía para elaborar lo que Hans llamaba «una verdadera carta». De cualquier forma, todos los hombres sabían que viajar de Berna a Basilea y Estrasburgo era pasar por Friburgo y luego seguir los caminos hacia el Alto Bosque. Un giro al este y... Se habían salvado, no obstante, por muy poco.

Ilse Krenkerin murió unos días después de la misa de la peste y Dietrich ofreció por ella un oficio de difuntos en Santa Catalina. Hans, Gottfried y los otros krenken bautizados llevaron el catafalco a la iglesia y lo depositaron delante del altar. Shepherd asistió en silencio, pues Ilse había formado parte de su grupo de peregrinos. No se mostró irrespetuosa en modo alguno durante la ceremonia, aunque Dietrich no podía decir si por reverencia o por mera curiosidad. Solo unos cuantos aldeanos acudieron, ya que en su mayoría estaban reclusos en sus casas. Norbert Kohlmann asistió, y Konrad Unterbaum y su familia. También lo hicieron, sorprendentemente, Klaus y Hilde. Hilde lloró al ver el cadáver de Ilse y su marido no fue capaz de consolarla.

Después, los krenken se llevaron a su compañera para guardarla en las cajas-frías hasta que fuera necesaria su carne.

—Vendé sus heridas —dijo Hilde mientras los habitantes de Hochwald contemplaban a los krenken avanzar por el valle del Oso hacia su nave. Dietrich la miró—. Se hirió en el naufragio, y yo vende sus heridas —repitió ella.

Klaus le rodeó el hombro con un brazo.

—Mi esposa es compasiva —dijo; pero la mujer se libró del brazo.

—¡Compasiva! ¡Fue un penitencia terrible la que se me impuso! Ilse *apestaba* y un chasquido de sus mandíbulas podía arrancarme la muñeca. ¿Por qué debería llorar por ella? Es una carga menos para mi penitencia.

Se secó la cara con un pañuelo, se dio la vuelta y casi chocó con Shepherd cuando huía.

—Explica, Dietrich —dijo Shepherd—. ¡Todas esas oraciones sobre el cadáver! ¡Toda el agua vertida, todo el humo agitado y revuelto! ¿Qué consigues? ¿Qué bien le hace a Ilse? ¿Qué bien? ¿Que bien? ¿Qué les digo a sus dadores-de-nacimiento?

Echó atrás la cabeza y chasqueó sus labios laterales tan rápido que causaron un zumbido que se convirtió en una nota musical, y una parte remota de la mente de Dietrich se complació al aprender que un tono era una frecuencia aguda de chasquidos. Shepherd dio un salto, no hacia la bonita cabaña de Klaus y Hilde, donde se alojaba, sino hacia los campos en barbecho del Bosque Grande.

—Nunca los había considerado como nosotros hasta hoy —dijo Konrad Unterbaum—. Pero conozco su corazón: eso lo conozco.

Joachim estaba sentado en un taburete pequeño junto al jergón de Kratzer y le daba de comer unas gachas a la criatura con una cuchara. Fuera, las veletas giraban y nubes oscuras se atropellaban unas a otras mientras corrían por el cielo. Destelló una nube lejana sobre las tierras llanas. Dietrich, que estaba de pie junto a la ventana abierta, olió la lluvia en el aire.

—Vuestro clima agrada —dijo una voz en el arnés de cabeza, tan fuerte que Dietrich tardó un momento en identificarla como perteneciente a Kratzer. Debería haber jadeado y parecido débil, como correspondía a su estado, pero el arte del *Heinzelmännchen* no llegaba a tanto—. El cambio en el aire acaricia mi piel. Vosotros no tenéis este sentido. No, no sentís la presión del aire. ¡Pero, *ach!* ¡Esa lengua vuestra! ¡Qué soberbio órgano! Nosotros no saboreamos nada tan intensamente como vosotros. ¡Qué afortunado es eso! ¡Qué afortunado! Con una escuela de filósofos regresaré a este lugar para estudiar. Desde la gente-pájaro del Mundo Hogar-Acantilado no he conocido a nadie tan fascinante como vosotros.

Kratzer divagaba cuando hablaba de regresar, pues cada vez resultaba más claro que no se marcharía..., excepto de la forma en que todos los hombres abandonan este mundo. Dietrich sintió un gran arrebató de piedad y se acercó al jergón para acariciar a la extraña criatura de su propia extraña manera.

Cada día, Dietrich y Joachim preparaban una comida para el debilitado Kratzer, probando diversos ingredientes con la esperanza de que uno contuviera la sustancia que su cuerpo necesitaba. Hicieron guisos con frutas improbables y tés de hierbas dudosas. Nada podía hacer más daño que no hacer nada. El filósofo había rechazado el frasquito que contenía el vil caldo del alquimista y cada día su piel callosa se volvía más moteada.

—Sangra por dentro —explicó la médico krenk, cuando Dietrich tuvo que recurrir a sus habilidades—. Si no quiere beber el caldo, no hay nada que yo pueda hacer. Y aunque lo beba —añadió—, solo prolongará la agonía. Toda nuestra

esperanza está en Hans, y Hans se ha vuelto loco.

—Rezaré por su alma —dijo Dietrich, y la médico extendió el brazo despreciando las almas, la vida, la muerte, la esperanza.

—Tú puedes creer que la energía puede vivir sin el cuerpo para mantenerla —replicó la krenken—, pero no me pidas a mí esas tonterías.

—Pones el arado antes que el buey, doctora. Es el espíritu el que mantiene al cuerpo.

Pero la doctora era materialista y no quiso oírlo. Buena en las cosas pequeñas, como esa gente era a menudo, consideraba que el cuerpo krenk no era más que una máquina, como una noria, y no tenía en ninguna consideración las aguas veloces que lo movían.

Cuando pasó una semana sin tener más noticias, el temor a la peste empezó a desvanecerse y la gente se rio de aquellos que habían tenido tanto miedo. Por la Natividad de San Juan, las celebraciones los hicieron salir de sus cabañas. Los arrendatarios entregaron a la parroquia su tributo de carne y encendieron hogueras en las montañas, incluso en el Katerinaberg, de modo que la noche de vigilia estuvo salpicada de brillos rojizos. Los niños corrían por la aldea trazando feroces arcos con sus antorchas para espantar a los dragones. Al final, encendieron una gran bola de leña y matojos en el prado de la iglesia, la hicieron rodar colina abajo y un gran suspiro escapó de cien labios, pues se volcó a un lado a la mitad del camino. Los niños se rieron encantados por la diversión de las llamas, pero sus mayores rezongaron por la mala suerte que esto significaba. Lo normal era que la feroz rueda llegara al pie sin caerse, les dijeron las ancianas a los ancianos, quienes asintieron sin llevarles la contraria, aunque la memoria pudiera decir lo contrario.

Hans separó los labios.

—Supervisar vuestras costumbres era la gran obra de Kratzer y tengo la frase en mi cabeza de que este ejemplo podría complacerle.

—Se está muriendo.

—Y así descansará.

Dietrich guardó silencio. Tras unos instantes, dijo:

—Amabas a tu amo.

—¡*Bwa-wa!* ¿Cómo podría no hacerlo? Está escrito en los átomos de mi carne. Sin embargo, un mordisco más de conocimiento para alimentar su mente le gustaría. —Se envaró bruscamente y se quedó inmóvil—. Gottfried-Lorenz llama. Hay problemas.

Gottfried llevaba una corona de flores y se había quitado sus calzas de cuero para saltar entre los danzantes. Pocos advertían ya la costumbre, ya que no tenía ningún órgano vergonzoso que mostrar. Al menos, ninguno que las mujeres pudieran reconocer como tal. De algún modo, en el baile, había rozado la cabeza a Seppl Bauer

con su brazo aserrado y el joven yacía postrado entre las fluctuantes antorchas. Algunos entre la multitud gruñían. Otros se habían congregado haciendo preguntas.

—¡El monstruo ha atacado a mi hijo! —declaró Volkmar. Extendió el brazo para abarcar a los vecinos—. Todos lo vimos.

Unos cuantos asintieron y murmuraron. Otros sacudieron la cabeza. Unos cuantos gritaron que había sido un hecho fortuito. Ulrike, embarazada, gritó al ver a su marido en el suelo.

—¡Bestia! —le chilló a Gottfried—. ¡Bestia!

Dietrich vio ira, confusión, miedo, reconoció los signos. Advirtió con el rabillo del ojo a un puñado de krenken que se reunían más allá del cerco de luces, y uno, que tenía entre ellos el rango de sargento y era conocido como Max Saltarín, había abierto la bolsa donde guardaba su *pot-de-fer*.

Dietrich llamó al cantero.

—Gregor, ve al castillo y trae a Max. Dile que tenemos un asunto para la justicia del *Herr*.

—¡Del duque, querréis decir! —gritó Volkmar—. El asesinato es cosa de la justicia superior.

—No. ¡Mira! Tu hijo respira. Solo hace falta que le vuelvan a coser el cuero cabelludo y que descanse un poco.

—¡No lo haréis vos! —replicó Volkmar—. Vuestra compasión por esos demonios es un escándalo.

Lo que podría haber sucedido entonces permaneció en suspenso, pues Max llegó con media docena de hombres armados e impuso sobre ellos la paz del *Herr*. Manfred, cuando llegó mucho más tarde, declaró que el asunto había sido un accidente y decidió que el juicio completo de los hechos esperaría a la corte anual de San Miguel.

La multitud se dispersó, hosca, y algunos dieron una palmada en el hombro a Volkmar, mientras que otros le dirigieron una mirada de disgusto.

—Volkmar no es mal hombre —le dijo Gregor a Dietrich—, pero la lengua se le dispara sola sin que se dé cuenta. Y dice cosas con tanto convencimiento que después no puede negarlas sin parecer idiota.

—Gregor, en ocasiones pienso que eres el hombre más inteligente de Oberhochwald.

El cantero se persignó.

—Dios no lo quiera, que eso no es gran cosa.

Cuando los celebrantes se dispersaron Dietrich se quedó a solas con Hans y Gottfried. Hans dijo:

—El *Herr* es un hombre inteligente. Dentro de tres meses, en la corte, y mucho antes, todas estas cuestiones se habrán olvidado.

Gottfried tocó a Dietrich en el hombro, sobresaltándolo.

—Padre, he pecado —dijo el krenk—. No fue un accidente. Seppl me insultó y le golpee sin pensar.

Dietrich observó a su converso.

—La culpa puede ser debida a las circunstancias —concedió—. Si tu *instinctus* fue más fuerte que tú...

—Golpearlo no fue mi pecado.

—¿Cuál, entonces?

—Después... me sentí feliz.

—Ah. Eso sí es serio. ¿Cómo te provocó?

—Se alegró de que pronto ya no estuviéramos.

Dietrich ladeó la cabeza.

—¿Porque pasáis hambre? ¿Esperaba vuestra muerte?

—No, se refería a nuestro navío. No lo pensé. Podría haberse referido a una «despedida». Tal vez no conociera nuestro fracaso.

Dietrich se detuvo y agarró a Gottfried por el brazo, cosa que hizo que el krenk se quedara inmóvil y preparara un golpe por instinto.

—¿Fracaso? ¿Qué significa eso?

—El alambre no servirá —dijo—. Hay una medida... ¿Sabes cómo se rompe una cuerda si tira de ella demasiado peso? Nuestro molino *elektronik* también se rompe, aunque de un modo diferente. Con cada prueba, se hace menos fuerte. Hicimos las sumas y...

Gottfried guardó silencio y Hans lo tocó varias veces en el torso.

—Pero la doctrina de las posibilidades, hermano —le dijo a Gottfried—, no da ninguna certeza. Ofrece todavía una posibilidad de éxito.

—También hay una posibilidad de que Volkmar Bauer me acaricie —respondió Gottfried. Miró a Dietrich directamente, al modo humano—. La debilidad es tal que nuestro navío puede caer al abismo entre los mundos, pero careceremos de poder para volver a subir a la costa lejana. Un duro destino.

—O un destino fácil, hermano —dijo Hans—. ¿Quién ha regresado jamás para decirnos qué pasará?

Gottfried apartó el brazo de Hans y se marchó dando saltos colina abajo. Dietrich lo observó irse. Luego se volvió hacia Hans.

—Siempre has sabido que fracasarías.

Los ojos de Hans eran inescrutables.

—¿Un aparato como ese? ¿Alambre extraído con tenazas por un niño en un torno? ¿Sin revestimiento para que el alambre contenga sus fluidos? Hemos hecho el mejor trabajo posible, pero tiene más remiendos y parches que la ropa del bufón de Manfred. Pensé que el fracaso era probable desde el principio.

—Entonces... ¿por qué fingir?

—Porque tenías razón. Cuando el alquimista fracasó, mi gente no habría visto ante ella más que la muerte aguardando. Les hemos dado otra cosa durante estas

últimas cinco lunas. La esperanza puede ser un tesoro más grande que la verdad.

Cuando regresó a la rectoría, Dietrich encontró a Kratzer tendido en su camastro, abriendo y cerrando sus labios blandos, aunque demasiado despacio para que el gesto fuera una carcajada. Recordó que Hans había hecho una vez lo mismo bajo un cielo anónimo. «Está llorando», pensó Dietrich, y le pareció extrañamente conmovedor que, tanto para el krenk como para el hombre, la apariencia externa de las lágrimas se pareciera a la risa.

Kratzer era materialista. ¿Por eso lloraba? Todos los hombres temían naturalmente la muerte. Sin embargo, un materialista, al no esperar nada más allá del umbral, podía temer más el tránsito. Se inclinó sobre el camastro de Kratzer, pero solo vio su propia mirada de reflejos en aquellos extraños ojos dorados. No había lágrimas, no podía haber lágrimas y, al carecer de ellas, ¿cómo podía sangrarse el humor melancólico?

Los krenken estaban lastrados en todas las expresiones; sus humores se ampliaban al ser contenidos, como la pólvora negra en uno de los tubos de papel de Bacon. Lloraban más profundamente, se enfurecían más apasionadamente, celebraban más salvajemente, retozaban más lentamente. Pero no conocían ningún poema ni cantaban ninguna canción.

Y sin embargo, igual que un hombre podía ser feliz sin saber nada (feliz antes de que hubiese norias y lentes y relojes mecánicos, cuando la vida era más dura que en tiempos más modernos), también podían los krenken vivir contentos hasta su llegada al Hochwald.

Dietrich cruzó el edificio exterior para traer algo de grano con el que hacer unas gachas. En el alféizar de la ventana, junto al saco de grano, estaba el frasco de Kratzer. Estaba hecho con un material blanco y semiopaco que Kratzer había llamado «aceite-de-roca», y el sol, al pasar a través del fino hule que servía de pantalla en la ventana, proyectaba su contenido en la sombra. Dietrich tomó el frasco.

No estaba equivocado. El nivel había disminuido.

Tras regresar a la rectoría, contempló al filósofo. «Ahora sé por qué lloras, amigo mío». El espíritu estaba dispuesto, pero la carne es débil y el temor de Kratzer había tirado del tapón que su repulsión quería mantener cerrado.

—¿Sabes que ha bebido? —le preguntó Dietrich al monje, que estaba arrodillado rezando.

Los murmullos de Joachim cesaron y el monje asintió, una vez.

—Con esta misma cuchara le di de comer. Le he servido a sus amigos y compañeros. Dios actúa de modo misterioso. —Se sentó sobre sus talones—. El cuerpo no es más que un recipiente: solo el espíritu es real. Nosotros respetamos nuestro cuerpo como imagen de Dios, pero sus cuerpos no están hechos a imagen de Dios y por eso pueden ser usados de maneras que no nos están permitidas.

Dietrich no respondió a la casuística. Observó al minorita recoger los finos



gránulos verde oscuro que expulsaba el cuerpo del krenken y echarlos en un cubo.

—Pero si el cuerpo se consume, ¿qué queda para la resurrección de los muertos? —preguntó.

Joachim limpió a la criatura.

—¿Qué queda cuando lo consumen los gusanos? No pongáis límites a Dios. Con él, todas las cosas son posibles.

Poco después de la Natividad de San Juan, llegó un buhonero que venía del valle del Oso con un mulo cargado de mercancías. Pidió permiso al *Herr* para montar un puesto en el prado durante unos cuantos días. Era un hombre cetrino de anchos y gruesos bigotes, con pulseras en las muñecas y dos aretes de oro en las orejas. Encendió su fragua y prometió todo tipo de milagros reparadores. Mostró también los adornos que había conseguido en Oriente. Se hacía llamar Imre y decía tener sangre húngara. Hizo un buen negocio vendiendo diversas bagatelas y reparando ollas y sartenes.

Al día siguiente, a la hora del ángelus, Dietrich lo abordó cuando guardaba sus artículos para la noche.

—¿Tenéis algo para que lo arregle? —preguntó el hombre.

—Estás lejos de casa —sugirió Dietrich.

Eso provocó un alegre encogimiento de hombros.

—El hombre que en casa se queda, no puede ser buhonero —replicó—. Solo Soprón, el tendero. Vende a los vecinos, ¿y qué gana? Lo que yo hago, lo hago. Mirad, ¿dónde habéis visto las cosas que traigo?

Rebuscó en un cofre y sacó un pañuelo blanco con peces y cruces bordados con vivos tonos de rojo y azul.

—¿Dónde se ve un pañuelo tan fino?

Dietrich fingió estudiar la mercancía.

—Conseguirías mejor precio por él en Viena o en Munich que en un pueblecito de las montañas.

El hombre se lamió los labios y miró a un lado. Se atusó el bigote.

—A los gremios de las ciudades no les gustan los buhoneros. Pero aquí, ¿cuándo ven uno?

—Con más frecuencia de lo que crees, amigo Imre. Friburgo no está tan lejos.

No mencionó que las historias de demonios habían mantenido a raya últimamente ese tráfico. Que Imre pudiera ver a un krenk incauto era una posibilidad a la que Dietrich ya se había resignado.

—Ahora, si me devuelves el broche de Volkmar, te daré un buen consejo. Las sustituciones de metal básico son demasiado arriesgadas para una aldea tan pequeña, donde cada hombre conoce sus pocas posesiones con mayor intimidad que la gente de ciudad.

Imre hizo una mueca y sacó de su bolsa el adorno. Dietrich comprobó el cierre y

vio que había sido reparado con considerable habilidad.

—Un hombre de tu habilidad no tiene por qué recurrir a este tipo de robos. —Le tendió la pieza de estaño que el buhonero había sustituido—. Si te marcan como ladrón, ¿quién comerciará contigo?

Imre dejó caer el falso broche en su bolsa y se encogió de hombros.

—Los hombres hábiles también tienen que comer. El amigo quería que le vendiera el broche en Friburgo. Engañar a su esposa y quedarse el dinero.

—Sería mejor que te marcharas —le dijo Dietrich—. Volkmar hablará con los demás.

De nuevo, Imre se encogió de hombros.

—Los buhoneros vienen, los buhoneros van. Si no, no habría buhoneros.

—Pero no vayas ni a Estrasburgo ni a Basilea. La peste ha aparecido allí.

—Oh... —El magiar miró hacia el este, hacia el valle del Oso—. Bien. Entonces no iré a esos sitios.

El buhonero regresó a Oberhochwald tres días más tarde, aunque Dietrich no se enteró hasta después de mediodía. El propio Manfred, que había salido a dar un paseo a caballo con Eugen y uno de los caballeros del castillo, lo vio llegar por el camino de Niederhochwald. Imre declaró que tenía que hablar en privado con el *Herr* y Manfred se lo llevó aparte. Eugen no se alejó demasiado, y al oír jadear al *Herr* y pensar que había sido golpeado a traición, dejó sin sentido al buhonero con un golpe plano de espada. Esto resultó ser una injusticia, como Manfred refirió a un consejo apresuradamente convocado después en el gran salón.

—La peste ha llegado a Bisgrovía —anunció sin más preámbulos.

## XXII

### JUNIO DE 1349

*Hasta hora nona, en el Día  
de los Siete Hermanos Santos.*

«La peste nos acecha», pensó Dietrich. Se había ido acercando cada vez más, desde Berna a Basilea y a Estrasburgo, volviéndose ahora hacia Friburgo. ¿Llegaría a continuación a las montañas? Había cruzado los Alpes, así que escalar el Katerinaberg no sería ninguna hazaña.

—Ese tal Imre había llegado al claro de Iglesia-Jardín —continuó Manfred—. Allí se encontró a un grupo de gente de Friburgo que galopaba hacia el barranco. Eran una docena en total: un mercader, por su ropa, su dama, doncellas y criados de librea y unos cuantos más. Habrían arrollado a nuestro buhonero si no se hubiera apartado presuroso con sus mulas. Una bolsa cayó de un caballo de carga al pasar y el mercader ordenó a un criado que volviera a cargarlo, mientras él y los demás continuaban su camino. El criado trabajó a toda prisa, esparciendo ropa y otros enseres y recogiénolos torpemente. Imre le ayudó a asegurarlo todo.

—Lo más probable es que él mismo soltara la carga al pasar —dijo Klaus, y los demás se rieron nerviosos.

Manfred no sonrió.

—Fue entonces cuando el criado le habló de la peste y de que cientos morían cada día en Friburgo.

—¿Verificó la historia del criado, *mein Herr*? —insistió Everard—. Tal vez el hombre exagerara. Los criados son notables mentirosos.

Manfred le dirigió una mirada peculiar.

—Imre razonó que si un hombre tan educado como un mercader consideraba aconsejable huir al este, él sería un idiota si continuara hacia el oeste. El criado del caballo rápidamente dejó atrás sus mulas, pero Imre se topó con su carga poco después, esparcida por el sendero del barranco. Supuso que lo duro del camino había hecho que la carga volviera a soltarse y, sin la voz de su amo en el oído, el criado esta vez lo había abandonado todo y huido. Imre consideró que la ropa era demasiado valiosa para dejarla abandonada y por eso la recogió y la cargó en su propia mula.

—No dudo que ayudara a cargar los enseres del hombre con ese mismo fin en mente —dijo Klaus. Hablaba demasiado rápidamente y se frotaba una mano con otra mientras miraba por turno a cada consejero.

—Un poco más allá —continuó Manfred sombrío—, se encontró con el cuerpo de la dama del mercader, que había caído del caballo. Tenía la cara de un azul oscuro y retorcida de agonía, y había vomitado bilis negra. Además, se había roto el cuello en la caída.

Klaus no apostilló esta vez. Everard se había puesto pálido. El joven Eugen se mordió los labios. El barón Grosswald no se movió. Dietrich se persignó y rezó por la mujer desconocida.

—¿Y su marido no se detuvo a ayudarla? —preguntó.

—Ni el criado. Imre dice que por piedad la cubrió con una manta del alijo abandonado, que no se atrevió a hacer nada más. —Manfred se hundió un poco en su alto sillón—. Pero no lo he dicho todo. El buhonero confesó que había venido al oeste huyendo. La peste había llegado ya a Viena en mayo y a Munich este mes, pero guardó silencio por miedo a que lo expulsáramos.

Hubo muchas exclamaciones. Everard maldijo al buhonero. Klaus exclamó que Munich estaba, después de todo, a muchas leguas de distancia y que el mal aire podría haber viajado al norte, hacia Sajonia, en vez de al oeste, a Suabia. Eugen temió que la peste los estuviera rodeando, al este y al oeste. Dietrich se preguntó por los judíos, que se habían marchado en esa dirección con la escolta del duque.

El barón Grosswald, silencioso hasta entonces, habló.

—La enfermedad brota de incontables criaturas, demasiado pequeñas para el pensamiento y transmitidas por diversos modos: por el contacto o el aliento, en la orina o los excrementos, en la saliva o incluso en la brisa. No importa hacia dónde sople el viento.

—¡Qué tontería! —exclamó Eugen.

—No tanto —dijo Dietrich, a quien ya Hans había referido esta tesis, además de la médico krenk—. Marco Varro propuso eso mismo en *De re rustica*...

—Lo cual es muy interesante, pastor —dijo Klaus con voz aguda y tensa—, pero esta peste no es como otras aflicciones y puede que no se extienda como la de los monstruos. —Se volvió hacia Gschert—. ¿Puedes jurar que lo que dices de vuestras pequeñas-vidas se cumple en nosotros? He oído a tu gente recalcar más de una vez nuestras diferencias.

Gschert extendió el brazo.

—«Lo que puede ser, puede ser; pero lo que es, debe ser». Tengo otras preocupaciones que este *mal odour* vuestro. Podéis vivir o podéis morir, por mucho que lo neguéis, según decida la suerte de las pequeñas-vidas. En cuanto a nosotros, solo podemos morir.

El tono desapasionado de la cabeza parlante dotó su declaración de una fatal frialdad. Dietrich quiso decirle al monstruo que su razonamiento había fallado, había errado la lógica. Lo que *debe* ser es; pero lo que *es* no tiene por qué ser; puede ser cambiado por la gracia de Dios.

Pero Manfred golpeó la mesa con el pomo de su daga. Dietrich advirtió lo blancos que estaban los nudillos que la empuñaban.

—¿No podría vuestra médico mezclar para nosotros una medicina? —preguntó el Herr—. Si la peste es natural, entonces el tratamiento debe ser natural, y no tenemos nadie en la aldea...

Pero Gschert sacudió la cabeza al modo humano.

—No. Nuestros cuerpos (y los vuestros, he de suponer) tienen naturalmente muchas pequeñas-vidas dentro, con las que vivimos en equilibrio. Un compuesto «anti-vida» debe cuidar que solo muera el invasor. Vuestros cuerpos son demasiado extraños para nosotros y no distinguiríamos amigo de enemigo entre vuestras pequeñas-vidas, aunque nuestra medico conozca el arte. Hacen falta artes sutiles para crear un compuesto que cace y destruya a una pequeña-vida invasora. Crear una nueva de la nada y para unas criaturas cuyos cuerpos ella no conoce está más allá de su capacidad.

Se produjo el silencio y Manfred permaneció sentado un momento mientras los otros observaban. Entonces apoyó ambas manos sobre la mesa y se puso en pie, y todos los ojos menos los de Gschert se volvieron hacia él.

—Esto es lo que haremos —anunció Manfred—. Todo el mundo sabe que tener contacto con los enfermos es la muerte. Por tanto, nos mantendremos apartados y no tendremos ningún contacto con el exterior. Nadie puede usar el camino que atraviesa la aldea. Todo aquel que llegue de más allá de Friburgo o de cualquier otro lugar debe dar un rodeo y cruzar los campos. Todo el que intente entrar en la aldea será rechazado... Por la fuerza de las armas, si es preciso.

Dietrich resopló lentamente y se miró las manos. Entonces se dirigió a Manfred.

—Se nos ordena ser caritativos con los enfermos.

Un largo suspiro alrededor de la mesa. Algunos bajaron avergonzados los ojos; otros lo miraron con mala cara.

Manfred golpeó la mesa con los nudillos.

—No es falta de caridad puesto que no podemos hacer nada por ayudarlos. ¡Nada! Lo que no podemos hacer es permitir la peste entre nosotros.

Eso provocó fuertes exclamaciones de asentimiento por parte de todos, menos de Dietrich y Eugen.

—Hay rumores de que alojamos demonios —continuó Manfred—. Muy bien. Que se sepa. Que los krenken vuelen a voluntad. Que los vean en San Blasien y San Pedro; en Friburgo y Oberreid. Si la gente tiene demasiado miedo para venir aquí, puede que mantengamos a esta... a esta muerte a raya.

Esa noche, Dietrich organizó una procesión penitencial hasta el alba para rogar por la intersección de la Santa Virgen y santa Catalina de Alejandría. Irían en procesión descalzos y con harapos y los penitentes llevarían ceniza bendecida en la frente. Zimmerman bajaría la gran cruz del altar y Klaus la llevaría a sus espaldas.

—¡Un poco tarde para eso, sacerdote! —se quejó Everard—. ¡Se os envió para que nos contarais la voluntad de Dios! ¿Por qué no nos advertisteis de su ira hace años?

—Es el fin del mundo —dijo Joachim tranquilamente y quizá con satisfacción—. El fin de la Edad Media. ¡Pero llega la Edad Nueva! ¡Se marcha Pedro, llega Juan!

¿Quién será digno de vivir en estos tiempos?

Sin embargo, la escatología del monje no tenía más sentido que las quejas de Everard o las bromas de Klaus, o la severidad de Manfred.

Terminados los preparativos, Dietrich se arrodilló a rezar en su cuarto. «Recuerda, oh, Señor, tu alianza, y di al ángel exterminador "Frena ahora tu mano y no asoles la tierra, y no destruyas a toda alma viviente."» Cuando alzó los ojos, vio el extraño crucifijo de hierro que había hecho Lorenz y recordó al herrero. Un hombre extraño y amable en quien Dios había mezclado fuerza y mansedumbre; un hombre que había muerto intentando salvar a un extranjero monstruoso de un peligro invisible. ¿Qué había pretendido Dios con eso? ¿Y qué había pretendido al impulsar a un violento y colérico krenk a tomar el nombre de Lorenz... además de toda la mansedumbre que podía asumir la naturaleza krenk?

Tras incorporarse del reclinatorio, vio a Hans sentado tras él, las rodillas sobre la cabeza. Dietrich se puso el arnés de cabeza y reprendió a su huésped.

—Debes hacer un poco de ruido al entrar, amigo saltamontes, o me matarás de la sorpresa.

Una leve separación de los labios blandos indicó una leve sonrisa.

—Entre nosotros, el ruido es señal de torpeza. En los átomos de nuestra carne está escrito que no hagamos ningún ruido, y los más silenciosos son los más admirados y se consideran los más atractivos. Cuando nuestros antepasados eran animales y carecían de pensamiento y habla, éramos presa de terribles seres voladores. Y así, cuando éramos paganos, adorábamos a dioses temibles y veloces. La muerte era una liberación del miedo... y nuestra única recompensa.

—«No temáis». Nuestro Señor lo dijo con más frecuencia que ninguna otra cosa.

Hans chasqueó sus labios laterales.

—¿Tienes la frase en la cabeza de que la procesión de mañana detendrá esa peste vuestra, que impedirá que las pequeñas-vidas lleguen a los bosques?

—Si es como dices, no. No más que una oración puede detener a un caballo a la carga. Pero no rezamos por eso. Dios no es un prestidigitador barato que actúa por un *pfennig*.

—¿Por qué, entonces?

—Porque concentrará nuestras mentes en las cosas de importancia. Todos los hombres mueren, todos los krenken mueren. Pero lo que importa es cómo abordemos la muerte, pues recibiremos la otra vida según nuestros méritos.

—Cuando vuestra gente se somete, se arrodilla ante vuestro *Herr*. Entre nosotros, nos sentamos como ves.

Dietrich aceptó estas palabras y, al cabo de un momento, preguntó:

—¿Con qué propósito has rezado?

—Para dar las gracias. Si he de morir, al menos he vivido. Si mis compañeros han perecido, al menos los he conocido. Si el mundo es cruel, al menos he probado la amabilidad. Tuve que cruzar hasta el otro lado del cielo para probarla, pero, como

dices, el mundo está lleno de milagros.

—¿No hay esperanza, entonces, para tu gente?

—«Solo una cosa elimina toda posibilidad de muerte y esa cosa es la muerte». Pero escúchame, Dietrich, y te diré una frase que mi gente ha aprendido: *el cuerpo puede reforzarse por un ejercicio del espíritu*. ¿Me comprendes? Un hombre puede agradecer la muerte y por eso encontrarla. Otro hombre puede desear vivir y, en ese deseo, encontrarse la diferencia entre sus destinos. Así, si estas oraciones y procesiones acumulan vuestra *energía*, podréis resistir mejor la entrada de las pequeñas-vidas en vuestros cuerpos. En cuanto a mí, tengo una respuesta a mí propia oración.

—¿Y cuál es?

Pero Hans se negó a decirlo. Saltó junto a la cama del moribundo Kratzer y colocó en la pared, ante sus ojos, una reproducción en vivos colores de la escena del prado que Dietrich había visto por primera vez en la extraña «pizarra-de-visión», sobre la mesa de Kratzer. Hans permaneció agazapado junto a la cama un rato, en silencio.

—Para todo krenk —dijo por fin—, la frase es que verá su nido-de-nacimiento una vez más. Según le vaya por el mundo-dentro-del-mundo, las maravillas que encuentre en lugares lejanos, siempre tendrá ese lugar.

Hans desplegó sus patas.

—Nuestro navío zarpará —dijo—. Dentro de otra semana, tal vez dos. No más.

Entonces, sin decir otra palabra, salió de la rectoría.

Durante la semana que siguió a la procesión, un curioso estado de ánimo se apoderó de los habitantes de Oberhochwald. Se dieron a la alegría y la risa espontánea y se dijeron unos a otros que Munich y Friburgo estaban muy lejos, que lo que sucedía allí no afectaba a la región de los Altos Bosques. La gente salió de sus cabañas para divertirse en el prado. Volkmar Bauer le regaló a Nickel Langermann una empanada de carne y su esposa cuidó al pequeño Peter, que había caído enfermo. Jakob Becker cruzó la aldea y dejó una hogaza de pan en cada choza y dos en cada cabaña y después visitó la tumba donde habían depositado a su hijo.

Gregor y sus hijos llevaron a Theresia Gresch a misa el quinto domingo de Pentecostés. Esta misa tuvo mayor asistencia que la mayoría, y después Gregor dijo que si la gente se asustara más a menudo, la aldea sería un lugar más amistoso, y se rio como si fuera un gran chiste.

Dietrich agradeció la concordia recién hallada pero cuando, pasada esa semana, no sucedió nada, la aldea regresó lentamente a la normalidad. Los arrendatarios libres despreciaron una vez más a *Gärtners* y siervos; el juego en los campos cesó. Dietrich se preguntó si la procesión de penitencia, como había sugerido Hans, había reforzado sus espíritus para resistir al mal aire, pero Joachim tan solo se echó a reír.

—¿Qué fuerza tiene una penitencia si se difumina demasiado pronto? —Negó con

la cabeza—. No, la auténtica contricción es más larga, más amplia, más profunda que esa, pues este pecado ha estado mucho tiempo con nosotros.

—Pero la peste no es un castigo —insistió Dietrich.

Joachim apartó la mirada.

—*No digáis eso* —susurró ferozmente a los suaves confines de la iglesia de madera, y las estatuas parecieron susurrar también con crujidos y gemidos—. Si no es un castigo, no es nada, y es algo demasiado terrible para no ser nada.

Esa noche, tranquilamente, murió Kratzer.

Joachim lloró, pues el filósofo nunca había aceptado a Cristo y había muerto fuera de los brazos de la Iglesia. Hans dijo solamente:

—Ahora, lo sabe.

Dietrich, para consolar al sirviente de la cabeza parlante, dijo que Dios podía salvar a quien él quisiera y que había un limbo del cielo reservado para los paganos virtuosos, un lugar de felicidad natural.

—¿Experimento eso que llamáis «pena»? —preguntó el krenk—. Nosotros no *lloramos* como lo hacéis vosotros; así que tal vez no *sintamos* como vosotros. Pero hay una frase en mi cabeza de que no volveré a ver a Kratzer, que nunca más me dará instrucciones, nunca más me golpeará por mis fallos. Desde hace mucho tiempo no le he rendido *homenaje* (uso vuestro término) y, desde entonces, lo he mirado de manera diferente. No como un sirviente mira a su amo, sino como un sirviente mira a otro, ¿pues no somos ambos siervos de un Señor mayor? La frase en mi cabeza es que suplique por él de algún modo, pues ni siquiera ahora puedo soportar haberlo decepcionado. —Se volvió hacia la ventana y desde allí contempló la aldea y, más allá, el Bosque Grande—. No quiso beber y yo lo hice. La fuerza que rechazó fue mía para que reparara el navío. ¿Cuál de nosotros tenía razón?

—No lo sé, amigo mío —respondió Dietrich.

—Gschert bebió y *no hizo nada*.

Dietrich no le respondió. Los labios del krenk se movieron lentamente.

Después de un rato, llegó la médico con otros dos krenken y se llevaron los restos mortales de Kratzer a su navío, para prepararlo y que fuera alimento para los otros.

El viernes, en la conmemoración de los Siete Hermanos Santos, los krenken se marcharon del Alto Bosque. Manfred les ofreció una ceremonia de despedida en su mansión, a la que invitó a sus líderes y a aquellos que los habían alojado. A Shepherd le regaló un collar de perlas, mientras que al barón Grosswald le entregó una corona de plata en reconocimiento de su rango. Quizá por primera vez, a Dietrich le pareció que el líder krenken se emocionaba. Se colocó el laurel sobre la cabeza con gran cuidado y, aunque Shepherd abrió los labios con la sonrisa krenk, los caballeros y soldados presentes irrumpieron en un fuerte «*¡hoch!*» que sobresaltó a los krenken.

Manfred llamó a Dietrich, Hilde y Max.



—No tuve corazón para prohibirlo —dijo—. El timón de su nave ha sido reparado del todo y no tienen motivos para quedarse más tiempo. —Hizo una pausa—. Si se quedan, todos seguirán al pobre Kratzer a la tumba. Como vosotros tres fuisteis los primeros en darles la bienvenida, os envío con ellos para bendecir su nave. Espero que regresen pronto ahora que saben qué vientos los traen aquí. El barón Grosswald ha prometido regresar con médicos y boticarios dotados que puedan ayudarnos contra la peste.

—*Mein Herr*, su timón... —dijo Dietrich. No pudo terminar y dijo solamente—: Yo también les deseo buenos vientos y mares en calma.

Cabalgaron en los rocines del *Herr* entre campos dorados hasta el claro donde se encontraba el navío. Dietrich sugirió que dejaran atados los caballos en la carbonera y recorrieran caminando el resto del trayecto, no fuera a ser que la cercanía de tantos krenken los asustara. Dietrich advirtió que Max llevaba una nueva bolsa al cinto en la que guardaba un *pot-de-fer* de mano.

—Veo que por fin te has procurado uno.

Max sonrió y sacó la máquina de la bolsa.

—Max Saltarín me lo dio antes de que se marcharan a su nave.

—¿Qué harás cuando no te queden más balas?

Max se encogió de hombros.

—Nos han enseñado a hacer pólvora negra sin peligro; con eso es suficiente. Hacer balas para este aparato requiere artes mecánicas que no tenemos. Las balas que usamos para nuestras hondas son de forma y tamaño demasiado irregulares. Pero es una pieza inteligentemente forjada y la guardaré por su belleza y como recuerdo de los extraños acontecimientos de este año pasado.

—Anoche, Joachim pidió a Shepherd y a otros que se quedaran.

Maxladeó la cabeza.

—¿Tanto los odia? Si se quedan, morirán.

—Cree que nuestra gran obra era ganar a esas criaturas para Cristo y que es esta labor la que ha apartado la peste de nuestros hogares. Si los krenken se marchan sin ser bautizados, dice, la peste vendrá.

Max se echó a reír.

—¿Sigue llamándolos demonios? He ayudado a transportar a demasiados cadáveres suyos para creerlo.

Hilde se reunió con ellos al pie del risco. Le entregó a Dietrich el fardo que contenía sus vestiduras sacramentales. Max llevaba el cubo y el hisopo.

—Me alegraré cuando se hayan marchado y las cosas vuelvan a estar en orden —dijo ella.

Dietrich tomó a sus compañeros de la mano.

—¿Os han contado algo nuestros huéspedes sobre ese viaje suyo? ¿Shepherd? ¿Augustus? ¿Alguno de ellos?

—¿Porqué? —preguntó Max—. ¿Qué va mal?

Dietrich los soltó.

—No sé si es un terrible pecado o un maravilloso acto de esperanza. Venid.

Con eso, los guio risco arriba y luego hasta el otro lado, donde los krenken, repartidos en diversas tareas, se preparaban para embarcar. Eran menos que antes y muchos se hallaban al final de su particular enfermedad, con la piel completamente moteada. La mayoría estaban de pie o agachados a solas, pero a unos cuantos sus compañeros los sostenían o los trasladaban en camilla. Se acercaron en silencio.

El barón Grosswald había dispuesto una mesa y máquinas inteligentes para repetir en krenk las palabras de Dietrich.

—Tienes que ser rápido —dijo por el canal privado—, o nuestra resolución puede flaquear.

Dietrich asintió para demostrar que había oído y se puso las vestiduras púrpura usadas en la misa para peregrinos y viajeros. No iba a celebrar la misa, naturalmente, pero las oraciones tenían especial valor en esta ocasión.

Se persignó.

—*In nomine Patris, et Filii, et Spiritus Sancti...*

Unos cuantos krenken repitieron el gesto. El viento azotaba los árboles, sacudiendo las ramas y haciendo que se inclinaran.

—*Redime me. Domine* —rezó por sus huéspedes—. Redímeme, oh, Señor, y ten piedad de mí: pues mi pie ha seguido el camino recto. Júzganos, oh, Señor, pues hemos viajado inocentemente. Si caminamos por el valle de la muerte no temeremos ningún mal, pues tú estás con nosotros.

»Dirige nuestros pasos según tu palabra y no dejes que ninguna inquietud nos domine. Dios ha dado a sus ángeles nuestra custodia para mantenernos a todos en su camino. De la mano nos llevarán para que nuestros pies no tropiecen con ninguna piedra.

«Vigila, oh, Señor, nuestras idas y venidas, para que nuestros pasos no se aparten del camino recto. Inclina tu oído y oye mis palabras. Muestra tus maravillosas bendiciones.

Entonces, alzando los brazos, exclamó:

—Envía tu gracia a estos peregrinos para guiar sus pasos; que los siga y los acompañe en su camino, para que en la protección de tu compasión podamos regocijarnos por su progreso y su salvación.

Dietrich se acercó al navío, lo roció con el agua bendita que Max había traído en el cubo y terminó trazando el signo de la cruz sobre los krenken congregados, diciendo:

—Id con Dios.

Después de esto, los peregrinos, todavía en silencio, subieron a su navío. Algunos inclinaron la cabeza o hicieron una genuflexión ante Dietrich al pasar, aunque a él no le pareció que fuera más que una muestra de cortesía.

—Adiós, mis krenken —dijo una y otra vez—. Que Dios os acompañe.

Una de ellos respondió por el canal de voz privado:

—Llevaré conmigo a casa tu mensaje de caridad.

Dietrich le dirigió una bendición particular mientras sus ojos buscaban entre las figuras que iban pasando.

—¿Qué buscáis? —le preguntó Max.

—Una cara.

Sin embargo, curiosamente, aunque había aprendido a distinguir a los individuos, al ver ahora a los krenken en fila sus rostros particulares se confundieron una vez más en la misma uniformidad que había percibido en sus primeros encuentros. Era como si, en el momento culminante de su partida, todos se hubieran vuelto una vez más indiferenciables.

Tal vez Hans y los otros, obligados por el deber a ocupar sus puestos, estaban ya dentro del navío.

Algunos krenken vacilaron en la rampa y unos cuantos hicieron el intento de darse la vuelta. A estos los sicarios de Grosswald los animaron con golpes y empujones. Uno de los sicarios era Friedrich, que se había aliado con Hans cuando este y Gottfried habían desafiado a Grosswald. Se quedó inmóvil al darse cuenta de que Dietrich lo miraba, luego se abrió paso entre los peregrinos para entrar en la nave.

Shepherd y Grosswald fueron los últimos en subir a bordo. El capitán del navío se detuvo y pareció a punto de decir algo, pero luego simplemente sonrió a la manera krenk.

—Tal vez la magia funcione.

Shepherd fue la última. Se detuvo a mitad de la rampa y contempló el claro.

—Extraño mundo; extraña gente —dijo—. Hermoso, pero mortífero. Ha habido peores orillas donde varar, pero ninguna tan cruel.

Se dio la vuelta para irse, pero Dietrich le tendió los tres arneses de cabeza.

—Ya no los necesitaremos —dijo, aunque ahora que se lo había quitado Shepherd no iba a entenderlo.

Pero Shepherd simplemente tocó el *mikrophone* con la punta de un dedo y se lo devolvió a Dietrich, junto con el suyo propio. En la parte superior de la rampa, chirrió unas últimas palabras sin traducción, y luego entró y la puerta se cerró tras ella y la rampa se plegó sobre sí misma entre chasquidos metálicos.

Dietrich pretendía ver el navío hasta que se perdiera de vista, pues lo consumía la curiosidad acerca de cómo pretendía hacerlo. Hans había insistido en que se movía sobre un cojín de magnetismo hacia una dirección «dentro de todas las direcciones». Dietrich había leído en París la *Epístola de Magnete* de Fierre Maricourt, y recordaba que los imanes tenían dos polos y que los polos iguales se repelían, así que lo que Hans le había dicho tenía el aval de la filosofía natural. Pero ¿qué había querido decir con aquello de que esas «direcciones interiores» retrocedían no importaba dónde se

encontrara uno? Maricourt (el «maestro Peter» de Bacon) había escrito también que un investigador «diligente en el uso de sus propias manos corregirá en poco tiempo un error de un modo que nunca podría por su propio conocimiento natural de la filosofía y las matemáticas». Así que Dietrich decidió ver el navío krenk retroceder y, si Max y Hilde y él lo observaban desde puntos distintos, probarían la proposición de que retrocedía en todas direcciones a la vez.

Sin embargo, después de que les explicara la *experientia*, y Max y Hilde se dirigieran a sus puestos asignados, varios krenken saltaron sobre ellos y, agarrándolos con sus largos brazos aserrados, los llevaron al otro lado del risco.

Los krenken los inmovilizaron en el suelo. Max gritó y trató en vano de alcanzar su *pot-de-fer*. Hilde gritó. El corazón de Dietrich latía contra sus costillas como un pájaro cautivo. El krenk que lo sujetaba contra el barro hizo rechinar los labios laterales, pero Dietrich no podía entender nada sin el arnés de cabeza. Hilde dejó de ofrecer resistencia y sollozó.

—¿Hans? —dijo Dietrich, pues el krenk que lo inmovilizaba llevaba unas calzas de cuero y una blusa suelta de lana que le quedaba demasiado grande. El krenk había abierto las mandíbulas, quizá para responder, quizá para partir en dos de un bocado el cuello de Dietrich, cuando un súbito viento agitó las ramas superiores de abetos y abedules. Una extraña tensión atenazó a Dietrich y contuvo la respiración y esperó. Fue como la mañana en que llegaron los krenken, pero no tan fuerte.

El terror y la inquietud fluyeron a través de él como el agua del arroyo en la noria. El viento creció hasta convertirse en un aullido y los relámpagos restallaron como las flechas de una ballesta, agitando los árboles y haciendo que las ramas se partieran. Los truenos resonaron en el Katerinaberg, uno tras otro, hasta que se apagaron.

La breve tormenta terminó. Los árboles se inclinaron un momento, luego se irguieron. Los krenken que sujetaban a Dietrich y sus compañeros se enderezaron y se quedaron muy quietos, moviendo las antenas. También Dietrich olfateó el aire y detectó un leve olor, a la vez metálico y punzante. Las cabezas krenken se movieron poco a poco y Dietrich comprendió que se estaban mirando entre sí. Hans chasqueó algo y Gottfried avanzó de donde había estado esperando entre los árboles, con varios cofres grandes y equipo diverso, y se subió al risco.

Desde allí, trinó algo breve e intenso y los que sujetaban a Max y Hilde y cuatro más que esperaban en el bosque saltaron hacia la cima de la loma, donde, después de varias rondas de chasquidos, se dieron golpecitos con las duras puntas de sus dedos.

Dietrich y Max se pusieron en pie. Un momento después, Hilde se unió a ellos. Siguieron a los ocho krenken hasta la cima.

El claro estaba vacío.

Todo lo que quedaba del gran navío eran los tocones de muchos árboles, los restos rotos de otros y un montón de basura pasada por alto o ignorada en la partida. Uno a uno, los krenken bajaron la cuesta y se quedaron allí en completo silencio.

Uno se agachó y recuperó un objeto del suelo y lo sostuvo indiferente, pero Dietrich, que observaba desde el risco, supo que estaba estudiando con gran intensidad, pues lo movía primero hacia un lado, luego hacia otro, que era lo que los krenken solían hacer para agudizar la visión de sus extraños ojos.

—Ese aparato —dijo Hilde, y Max y Dietrich se volvieron los dos hacia ella—. Lo vi a menudo en las manos de sus niños. Es una especie de juguete.

Abajo, los krenken se sentaron y se abrazaron las rodillas por encima de la cabeza.

## AHORA

## Sharon

La oyó llamar a lo lejos, una diminuta voz de insecto, chirriando su nombre. Pero su universo era demasiado hermoso para dejarlo. No, no el *uni-verso*, el *poli-verso*. Doce dimensiones, no once. Un trío de tríos. Los grupos de rotación y la meta-álgebra tenían ahora sentido. La velocidad de la luz encajaba también de manera anómala. Comprimió su poliverso y el pulso se le aceleró. Un chico listo, ese Einstein. Lo entendió bien. Un quiebro. Kaluza y Klein tampoco eran moco de pavo. Y un doblez y... ¡*Allí!* Si lo retorció de *esa* forma...

Hay un estado alterado que te abrumba en esos momentos, como si la mente se hubiera deslizado hasta otro mundo. Todo lo demás se vuelve lejano y el tiempo mismo parece suspendido. El movimiento cesa. El sol se queda quieto. En esos momentos, los matemáticos famosos hacen crípticas notas marginales.

La mirada de Sharon volvió a enfocarse y vio el rostro de Tom delante del suyo.

—¡Lo tenía! —dijo—. Era maravilloso. ¡Casi lo tenía! ¿Dónde está mi cuaderno?

Apareció por arte de magia en sus manos, abierto por una página en blanco. Arrancó el boli de los dedos de Tom y escribió frenéticamente. A la mitad inventó una nueva anotación. «Por favor-pensó—, que luego recuerde lo que significa». Marcó una ecuación con un asterisco y escribió: \**¡Es cierto!*

Suspiró y cerró el libro.

—Espera a que se lo cuente a Hernando —dijo.

—¿Quién es Hernando?

Miró a Tom con el ceño fruncido.

—No sé si enfadarme porque me has hecho perder el hilo de mis pensamientos o alegrarme porque tenías mi cuaderno a mano. ¿Cómo lo has sabido?

—Porque normalmente no te sirves té sobre los huevos revueltos.

Solo entonces recordó ella que estaba desayunando. Bajó la mirada y gruñó.

—Se me debe de estar yendo la cabeza.

—Eso no te lo discuto. He sabido que era lo bastante serio para precisar del cuaderno cuando he visto que los ojos se te ponían vidriosos.

Llevó el plato al fregadero, lo enjuagó y lo puso a escurrir.

—Puedes tomarte uno de mis huevos pasados por agua —le dijo por encima del hombro.

Ella se estremeció.

—No sé cómo puedes comerte esas cosas. —Sharon le robó un trozo de bacon del plato.

Él volvió a sentarse.

—Te he visto. ¿Quieres un poco de té? Yo lo serviré.

Pronto ella estuvo sorbiendo el Earl. Tom soltó la tetera.

—¿Cuál ha sido la gran revelación? Nunca te había visto desconectarte de esa manera.

—No entiendes de física TUG.

Y Sharon no entendía la cliología; pero Tom sabía algo que Sharon no sabía, aunque él no supiera que lo sabía. Y es que cuando tus palabras salen de tu boca y vuelven a tu oído tu cerebro las exprime por segunda vez y las limpia un poco mejor. Todo lo que Tom sabía era que, cuando trataba de explicarle las cosas a Sharon, su propio pensamiento se aclaraba.

—Continúa —dijo—. Me sentaré aquí, sonreiré benignamente y asentiré en los momentos adecuados.

—No sé por dónde empezar.

—Empieza por el principio.

—Bueno... —Ella tomó un sorbo de té mientras pensaba—. Muy bien. En el *Big Bang*...

Tom se echó a reír.

—¡Eh! Cuando digo que empieces por el principio, no quiero decir realmente por el principio.

Ella lo intentó de nuevo.

—Mira. ¿Por qué cayó la manzana sobre Newton?

—¿Porque estaba sentado debajo del árbol?

Ella se apartó de la mesa.

—Olvídalo.

—Vale, vale. La gravedad, ¿no?

Ella se detuvo y lo estudió.

—¿Te interesa mi trabajo o no?

—¿Tenía preparado tu cuaderno?

Era verdad. ¿Cómo era el dicho? Las acciones hablan más fuerte que las palabras. Y menos mal, por cierto, porque sus palabras podían ser muy irritantes. Ella extendió la mano sobre la mesa y le palmeó la suya.

—Tienes razón, Tom. Pero todavía estoy intentando resolver esto, así que será mejor que no me distraigas con observaciones ingeniosas.

Casi había estado a punto de decir «observaciones no demasiado ingeniosas».

Tom se encogió de hombros y se acomodó en su asiento. Había oído «no demasiado ingeniosas», de todas formas.

—Muy bien. Las manzanas se caen por la fuerza de la gravedad. ¿No se había descubierto eso ya?

—¿Y por que fluyen las corrientes?

—Electromagnetismo. ¿Me vas a dar un premio? —Su voz se había cargado de animosidad.

—¿Por qué el tiempo corre más rápido?

Él abrió la boca para responder, la cerró y se puso a pensar.

—Por algún tipo de fuerza —dijo lentamente, casi para sí.

«¡Te pillé!», pensó ella. Para aquello no había réplicas graciosas.

—Exactamente. Las aceleraciones requieren fuerzas. El tío Isaac así lo dijo. Míralo de esta forma. No nos movemos «adelante» en el tiempo; «caemos hacia abajo» atraídos por una especie de gravedad temporal. Yo la llamo cronidad.

«¿Atraídos por qué? —se preguntó ella—. ¿Por algo situado al final del tiempo? ¡Qué aristotélico! Jackson tendría una vaca. O algo al principio. Dios. ¡Ja! No, mejor que sea el *Big Bang*. No tiene sentido pulsar los botones peligrosos de la silla».

—O tal vez nos empujan —continuó—. Todavía no he decidido si es un signo más o un signo menos.

—Bien —musitó Tom—. *Tempus fugit*, después de todo.

Cierto, había prometido no hacer ninguna observación ingeniosa. No había roto esa promesa.

Ella suspiró. Era difícil seguir enfadada con Tom. ¡Era tan condenadamente alegre cuando su propio trabajo iba bien!

—Sé que mis ecuaciones están bien —dijo en voz alta—. Necesito saber si son un hecho.

Más gente tendría que hacer esa distinción. Una cosa es tener un pájaro en una ecuación; otra es tener un pájaro en la mano. Un *hecho* es un logro, *factum est*. En alemán, *deed-matter*. Tom, que había estado leyendo últimamente más latín y alemán medieval que inglés, supo inmediatamente lo que Sharon quería decir.

Pero era más fácil hacer hipótesis sobre fuerzas ocultas que acechaban tras las paredes del mundo que encontrarlas. Después de todo, ella no podía derribar esas paredes, ¿no?

¿No?

Nunca subestimes a una mujer decidida. En sus manos, los universos son endebles.

—El CERN puede concederme un poco de tiempo dentro de unos cuatro meses —le dijo a Tom una semana más tarde mientras irrumpía por la puerta sintiéndose satisfecha consigo misma—. Lo que significa que me darán gallinas si yo pongo los huevos.

Tom asintió, calculando que era el momento adecuado. Estaba sentado a su mesa, leyendo una copia de los archivos señoriales de Oberhochwald que yo le había enviado desde Friburgo. Le faltaban muchas páginas y el documento acababa varios años antes del momento crucial; pero ¿quién sabía dónde podía haber enterrado oro?

—Sería solo algo preliminar, por supuesto —continuó Sharon—. CERN no puede retroceder tanto en el tiempo.



Él podría haber asentido también a eso; pero era algo que exigía más.

—¿Cómo dices?

—Los aceleradores realmente grandes recrean condiciones como si estuvieran en los primeros segundos después del *Big Bang*. Podemos pegar la nariz en el globo y ver un mundo donde los segundos eran más largos y los kilómetros más cortos.

—¿Y todo esto es valioso porque...?

—Cronidad. Necesito detectarla, verificarla. Y no puedo mientras esté atascada en el presente con todas las fuerzas petrificadas. Verás, una quinta fuerza trastoca el paradigma. Las fuerzas se clasificaron en dos ejes: fuerte contra débil y largo alcance contra corto alcance. El esquema era tan claro que todo el mundo supuso que solo podía haber cuatro fuerzas.

—Eh, suena igual que los cuatro elementos aristotélicos de los que me habló Judy. Los dos ejes eran caliente contra frío y mojado contra seco. Caliente y seco te dan fuego...

Solo había dos personas en el apartamento. ¿Cómo había conseguido colarse Judy?

—Esto no es la Edad Media —replicó ella—. ¡No somos prisioneros de la superstición!

—¿Eh? —dijo Tom, preguntándose a qué venía esa observación. Sharon dejó el maletín sobre la mesa y lo abrió. Se puso a mirar su contenido.

Al cabo de un momento, Tom dijo:

—¿Entonces, ejem, qué fuerza es fuerte y de largo alcance?

Sharon cogió su cuaderno y le dio la vuelta, ausente.

—El electromagnetismo —dijo—. Y la fuerza *débil* de largo alcance es la gravedad.

—Tal vez yo esté ganando peso, pero la gravedad no me parece tan débil.

—Sí, pero necesitas todo un planeta para sentirla, ¿no?

Tom se echó a reír.

—Ahí me has pillado.

—Y las fuerzas de corto alcance son las fuerzas nucleares fuertes y débiles.

—Espera —dijo Tom—, déjame adivinar cuál es la fuerte.

Sharon dejó caer el cuaderno en la mesa. No dijo nada, pero fue como si lo gritara.

—Muy bien, vale. ¿Cómo encaja la cronidad? —le preguntó Tom.

—Redefiniendo los alcances. El largo alcance y el alcance corto solo se aplican a las tres dimensiones espaciales familiares. Otras fuerzas podrían propagarse a lo largo de dimensiones ocultas. Verás, las fuerzas son deformaciones espaciales. Einstein demostró que la gravedad era una deformación causada por la existencia de materia. Quiero decir... La Tierra gira alrededor del Sol, ¿no?

Tom había estado tan inmerso en investigación medieval que la pregunta le pareció extrañamente contraria a los hechos. La Tierra estaba en el centro y el Sol

giraba en el cuarto cielo. La falta de un paralaje perceptible de las estrellas fijas había refutado el heliocentrismo siglos antes. Pero sabía que tenía que evitar las réplicas ingeniosas. De haberlo sabido más a menudo, se hubiese evitado tensión en la vida.

—Muy bien...

—Entonces, *¿cómo sabe la Tierra que el Sol está ahí?* No hay acción a distancia, ¿no? Respuesta: la Tierra no sabe nada del Sol. Tan solo sigue el rumbo de la resistencia menor y rueda por el borde del embudo. Así que si la gravedad es una curvatura del espacio-tiempo, ¿qué es el electromagnetismo?

Tom no era tonto. Sabía cuándo le estaban dando la respuesta mascada. Miró la lámpara de su mesa, tratando de imaginar que era en realidad una especie de curvatura espacial.

—Para hacer que funcionara, Kaluza y Klein tuvieron que añadir varias dimensiones suplementarias al universo. Entonces descubrimos las fuerzas nucleares y tratamos de crear modelos de curvatura para ellas. Cuando el humo se despejó por fin, nos encontramos con once dimensiones en las manos.

Tom se quedó boquiabierto.

—*Merde!* ¿Quieres decir que los físicos siguen añadiendo dimensiones imaginarias solo para que su metáfora de la curvatura espacial sea consistente? Me recuerda a los astrónomos ptolomeicos añadiendo nuevos deferentes y epiciclos.

—Esas dimensiones no son más imaginarias que los «campos de fuerza» de Newton. Y no tienen nada de arbitrarias. Ciertas relaciones de simetría...

Tom alzó las manos, mostrando las palmas.

—Vale, vale. Me rindo.

No lo había hecho y ella lo sabía.

—¡No me des la razón como a los locos! Esto es física. Esto es *real*. ¡Y es mucho más importante que saber por qué una remota aldea alemana fue abandonada cuando resulta obvio que murió todo el mundo!

Decir eso fue un error; más que un error. Lo que les sucede a los seres humanos puede ser más importante que lo que les sucede a las teorías físicas. Pero fue además un error de carácter personal. Sharon había creado una curvatura en su propio espacio personal y la fuerza que representaba repelía.

Tom se puso en pie.

—Tengo que ir la biblioteca. Tengo una reunión con Judy.

—¿Más Eifelheim? —preguntó ella, sin volverse.

Pero no era una pregunta tan sencilla como las dos palabras que la formaban. El inglés es un idioma tonal... si tienes oído para los tonos.

—*Tempus fugit* —dijo él después de un momento, respondiendo a la pregunta que ella no había hecho—. *Quae fuerant vitia mores sunt*.

Sharon no respondió. Tom recogió sus archivos en papel y los guardó en la mochila que usaba para su portátil. Judy parecía una chica guapa, dada la actual preferencia por las mujeres demacradas. ¿Le parecía atractiva a Tom? ¿Por qué había

insistido tanto con Hernando?

—Te quiero, ya lo sabes.

Tom se echó la mochila al hombro.

—Ojalá me lo dijeras de vez en cuando.

—Es un hecho establecido, como la gravedad. No hace falta recordarlo continuamente.

Él la miró con seriedad.

—Sí que hace falta. Cuando estás cerca de un precipicio.

Ella miró a un lado, quizás esperando que allí hubiera un precipicio. Tom esperó y, tras un momento, como ella no dijo nada más, se dirigió hacia la puerta. Miró atrás antes de cerrarla y vio que Sharon no se había movido.

Tenía que decírselo a alguien, así que llamó a Hernando.

—Si tuviera que hacer una conjetura —dijo el ingeniero nucleónico cuando ella lo llamó—, diría que tienes un modelo de curvatura para tu fuerza temporal.

—Si añado una duodécima dimensión. Pero eso echa por tierra los modelos aceptados para las otras cuatro.

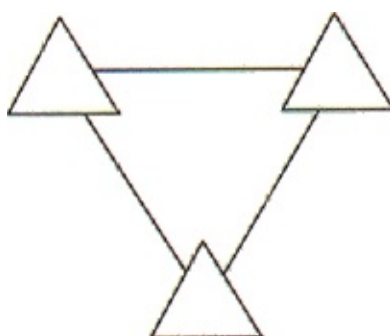
—Hasta ahora.

—Cierto. Me vino de sopetón. Verás, explicaba el «zoo» subatómico la teoría de quarks de 1990. Resultó que todas esas partículas subatómicas pertenecían a tres familias de tres partículas. Bien, he organizado mis doce dimensiones del mismo modo, como tres conjuntos de tres: espacio, tiempo y algo a lo que no he puesto nombre todavía.

—Eso solo son nueve —señaló él. No recalcó que probablemente entendía mejor el zoo subatómico que ella.

—Más tres «metadimensiones» que enlazan los tres tríos a nivel superior.

Ella garabateó mientras hablaba. Un triángulo con un triángulo más pequeño en cada vértice. En realidad, era solo un icono.



—Lo llamo poliverso. Nuestro universo es el subconjunto que podemos ver. Una curvatura en el poliverso puede intersectar el universo de diversas formas, dependiendo de su orientación. Como los ciegos y el elefante, creemos estar viendo fuerzas distintas, pero solo son «secciones cruzadas» de una misma curvatura.

—Mm. No podemos *ver* esas «dimensiones ocultas», ¿no?

—No. Las dimensiones suplementarias forman el interior de un globo. El monobloque original era ligeramente asimétrico. Cuando se expandió con el *Big Bang*, algunas de sus dimensiones se enrollaron. Todavía están allí: en los quarks, en ti, en mí, en todo.

—Tal vez —dijo Hernando—, pero la explicación más sencilla para que no las veamos es que no están.

Sharon trató de arreglar las cosas con Tom durante la cena. Esperó a que regresara de la biblioteca (¿planeaba acaso leer todos los libros que había en ella?) y anunció que lo invitaba a *goulash* y *palatschinken* en el café Belváros. Tom, que ya había comido un bocadillo de carne y queso en El Palomar, sabía que había ocasiones en que unas cuantas calorías de más son una bicoca, y accedió con toda la alegría de la que pudo hacer acopio.

—¡Jo! —dijo, metiéndose en ambiente—. *Paprikás csirkét kérekgaluskával és uborkával. És palacsinta!*

Ella incluso le dejó parlotear sobre gente que llevaba siglos muerta en ciudades fantasma.

El punto culminante fue que había habido un hospicio llamado San Lorenzo en algún lugar de 1a Selva Negra a finales del siglo XIV dedicado a las víctimas de la peste y dirigido por la pequeña orden de frailes de «San Johann de Oberhochwald». Sharon no veía qué tenía eso que ver con lo demás. Él iba a enseñarle el emblema de la orden, pero el patente desinterés de Sharon lo detuvo. Así que en lugar de eso le preguntó por su propio trabajo.

Eso era lo que ella estaba esperando.

—¿Que no encaja en la secuencia quince, catorce, dos?

—Mm... ¿La diferencia entre catorce y dos es demasiado grande?

—Eso es. Al principio había solo una superfuerza, porque las dimensiones extra no se habían enrollado todavía. A medida que los niveles de energía bajaron, el poliverso se abarquilló y las fuerzas individuales, ah, se separaron de la sopa. La gravedad se separó a la escala de Plank,  $10^{19}$  masas de protón; la fuerza nuclear fuerte a la escala de unificación, o  $10^{14}$  masas de protón; la fuerza débil a la escala de Weinberg-Salam, 90 masas de protón, que viene a ser  $10^2$ .

Por una vez en su vida, Tom pudo adelantarse a ella.

—Y crees que tu cronidad se separó en algún punto intermedio.

Ella sonrió.

—Mi deducción es que unas  $10^4$  de masas de protón. Lo llamo la escala de energía Nagy porque soy enormemente modesta. El CERN no puede llegar a tanto; pero tal vez el nuevo acelerador L4 lo haga. Ya en los años ochenta pudieron alcanzar la escala Weinberg-Salam. Mezclaron la fuerza débil con el electromagnetismo y crearon la fuerza electrodébil.

—Espera, me acuerdo. Ese es el avance que hizo posible el escudo antinuclear, ¿verdad?

—Más o menos. La fuerza débil gobierna la desintegración atómica. Una vez que pudimos unirla al electromagnetismo, el campo de supresión de fisión fue solo una cuestión de tiempo. ¡Mierda!

Tom parpadeó. Tal vez por el destello de reflexión.

—¿Qué?

—Sabemos cómo manipular el electromagnetismo. Si podemos unir la cronidad con la fuerza electrodébil... Con eso debería poderse manipular la fuerza tiempo.

—¿Viajes en el tiempo?

—No, no. Pero el tiempo es tridimensional. La escala de energía Nagy nos mete *dentro del globo* y podríamos... Bueno, ir a cualquier parte. La velocidad de la luz sigue siendo el límite superior; pero si vamos lo bastante lejos en la dirección adecuada, los kilómetros se vuelven muy cortos y los segundos muy largos, ¡y podemos elegir la puñetera velocidad de la luz que queramos!

Bueno, tomar un atajo por el interior del globo sería un bonito truco topológico, como un donut saltando a través de su propio agujero; pero ¿quién sabía? Con las energías adecuadas, concentradas en las direcciones adecuadas...

Él volvió a parpadear.

—¿Viaje interestelar instantáneo?

Ella cabeceó.

—Algo tan parecido que casi sería lo mismo. Tom, no necesitaríamos naves espaciales, para nada. *Podríamos conducir nuestros cochese las estrellas*. ¡Con trajes protectores, probablemente, podríamos caminar! Un solo paso podría cubrir distancias interestelares.

—¡Botas de siete leguas! Parece que has descubierto el hiperespacio.

—No. El *hipoespacio*. La topología se conserva. Las ocho dimensiones ocultas están *dentro* del universo, ¿recuerdas? Para viajar a otros mundos, tendríamos que viajar hacia dentro.

Se echó a reír, pero esta vez Tom permaneció extrañamente callado.

—¿Tom?

Él se estremeció.

—Nada. He tenido una extrañísima sensación de *dèjà vu*, eso es todo. Como si hubiera oído todo esto antes.

## XXIII

### JULIO DE 1349

*Santa Margarita de Antioquía Joachim llamaba al ángelus cuando Dietrich salía de la choza de Nickel Langermann, donde había sajado las pústulas malignas de los brazos de Trude Metzger y el dorso de la mano del pequeño Peter. Las pústulas lo preocupaban. La «enfermedad de los cardadores de lana» solía ser fatal. Perdido en esos pensamientos, se topó con un puñado de aldeanos que regresaban charlando de sus campos.*

—¿Vienes a visitar a tu hija, viejo? —oyó decir a la gente.

—¡Ach, Klaus, Klaus! ¡Aquí viene tu suegro!

—Es un camino difícil para un viejo débil, ¿estás bien?

Y allí estaba Odo Schweinfurt, de Niederhochwald, parpadeando atontado al sol. El viejo buscó arriba y abajo en la calle, vio el molino y se encaminó en esa dirección.

—¡No, la casa del molinero está por allí! —le dijo alguien, y Odo se volvió, inseguro.

La conmoción hizo salir a Hilde de su casa.

—¿Mi padre está aquí? —preguntó Hilde. Entonces, con placer más fingido que sentido, exclamó—: ¡Papá!

Pero apestaba a los cerdos que cuidaba y ella no se acercó más de lo que le permitió la nariz.

Klaus estaba tras ella, todavía con el delantal blanco del molino, y miró con suspicacia al viejo *Gärtner*. No sentía el mismo desprecio que su mujer por el trabajo del hombre, pero su nariz no lo toleraba mejor.

—¿Qué quieres, Odo? —preguntó, pues dudaba que alguien acudiera a su puerta si no quería algo.

—Muertos —dijo el viejo.

—¿Tienes hambre? ¿Es que Karl no te alimenta? ¡Qué hijo tan desagradecido! —Se rio, pues el hermano de Hilde tenía reputación de rácano.

—No —dijo Hilde, secándose las manos en el delantal—. Ha dicho «muertos». ¿Quién está muerto, papá?

—Todos. Karl. Alicia. Gretl. Todos. —Miró en derredor al grupo de aldeanos, como buscando, buscando.

Hilde se llevó una mano a la boca.

—¿Toda su familia?

Odo se sentó de culo en la tierra de la calle principal.

—No duermo desde hace tres días y no he comido nada desde ayer por la mañana.

Dietrich dio un paso adelante.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó. «Querido Dios», rezó, «que sea carbunco».

—El mal azul —dijo Odo, y aquellos que estaban cerca gimieron—. Todos han muerto en el Bosque de Abajo. El padre Konrad. Emma Bauer. El joven Bachmann. Todos ellos. *Ach*, Dios es cruel por haber matado a mi hijo y mis nietos ante mis ojos... y salvarme a mí después.

Volvió el rostro al cielo y agitó ambos puños.

—¡Yo te maldigo, Dios! ¡Maldigo al Dios que ha hecho esto!

Dietrich oyó la palabra correr entre la multitud como una andanada de flechas disparadas al aire. ¡La peste! ¡La peste! La gente empezó a apartarse.

Incluso Klaus se alejó. Pero Hilde Müller, con el semblante blanco como las nubes, tomó a su padre de la mano y lo condujo hacia su casa.

—Será nuestra muerte —le advirtió Klaus.

—Es mi penitencia —dijo ella, agitando la cabeza.

—El camino desde el valle es duro —le dijo Herwyg *el Tuerto* a todos los que quisieron escuchar—. El mal aire no puede subirlo.

Pero nadie le respondió y todos huyeron en silencio a sus casas.

Por la mañana, Heloïse Krenkerin voló al Bosque de Abajo e informó de que había un par de mujeres viviendo bajo un cobertizo al fondo de los campos. Tenían una pequeña hoguera y habían huido al bosque al ver a Heloïse. Una tercera persona debía de estar oculta también, pues alguien disparó una flecha cuando se acercó a mirar. Como mucho, no vivían más que unos pocos; a menos que los demás hubieran huido a San Pedro o al valle del Oso.

El *Herr* oyó este informe en su alto sillón y se acarició una antigua cicatriz del dorso de la mano. Dietrich estudió a los consejeros, que ocupaban la negra mesa de roble en el salón de la mansión. Eugen, pálido y con los ojos muy abiertos a su derecha; Thierry, que había venido cabalgando desde Hinterwaldkopf por otro asunto y que ahora estaba sentado con gesto sombrío a la izquierda de su señor; Richart, cuyos libros de leyes eran inútiles en este asunto, dirigía su atención aquí y allá según hablaban los demás. Dietrich y el padre Rudolf representaban el brazo espiritual, y Hans hablaba por los ocho krenken.

—¿Desaparecido? —dijo Manfred por fin—. ¿La mitad de mi gente muerta y *no nos hemos enterado de nada hasta ahora?*

Everard habló en voz baja, aunque no tanto como para que no se le oyera.

—Cuando la familia de un hombre muere, su vida parece tener menos peso.

Una contestación así por parte de alguien tan obsequioso como Everard atrajo miradas sobresaltadas. El administrador desprendía un olor intenso y punzante que Dietrich pudo situar. «Borracho», decidió por las mejillas coloradas, la voz pastosa, la mirada nublada.

—Heloïse vio un cuerpo en el sendero —dijo Max, continuando con su informe—. Tal vez enviaron a un hombre a notificarlo pero murió por el camino.

—Además de no conseguirlo —dijo Thierry, cuyos puños eran piedras sobre la mesa.

—Con la gracia de *mein Herr* —intervino Klaus—. El padre de mi mujer dice que no pasaron más de tres días desde la primera muerte hasta su huida.

Manfred frunció el ceño.

—No he olvidado, *Maier*, que rompiste mi toque de queda.

—Mi *esposa* lo acogió... —Se enderezó—. ¿Rechazaríais a vuestro propio padre?

Manfred se inclinó hacia delante y habló en tono mesurado.

—Sin. Una. Sola. Vacilación.

—Pero... Se halló entre nosotros antes de que nadie supiera que había venido.

—Además —dijo el *Schulteiss*, satisfecho de que hubiera algo cubierto por la ley y la costumbre—, los de las aldeas tienen derecho a visitarse unos a otros.

Manfred dirigió una mirada de asombro a su hombre de leyes.

—Hay un tiempo para los derechos y un tiempo para lo que es necesario —dijo—. Di órdenes de que *nadie* entrara en esta aldea.

Richart se escandalizó; Klaus estaba verdaderamente sorprendido.

—Pero... ¡Pero si era solo Odo!

Manfred se frotó la cara.

—Nadie, *Maier*. Puede que haya traído consigo la peste.

—*Mein Herr* —dijo Hans—, no soy ningún sabio en estas cosas, pero la velocidad de la peste indica que las pequeñas-vidas devoran rápidamente a su... digamos «anfitrión», aunque el invitado no sea bien venido. Esas pequeñas-vidas actúan tan rápidamente que, si Odo las traía, ya debería mostrar los signos, y no lo hace.

Manfred gruñó, todavía escéptico.

Everard soltó una risita y se dirigió a Klaus.

—Eres un necio, molinero, y tu esposa te lleva de las riendas. Y a todos los demás que puede montar.

Klaus torció el rostro y se levantó de la mesa, pero Eugen alzó una mano.

—¡No en la mesa de *mein Herr*!

—¡Administrador, retírate! —exclamó Manfred por su parte. Como el hombre no se movió, gritó—: ¡Ahora!

Thierry se levantó con la mano en el pomo de la espada.

Pero el padre Rudolf habló con voz quejumbrosa.

—No, no, esto no. Esto no. No debemos luchar unos contra otros. *Nosotros* no somos el enemigo.

Y sujetó a Everard por el codo y lo ayudó a ponerse en pie. Everard entornó los ojos como si viera a la asamblea por primera vez. Rudolf lo guió hasta la puerta y él se tambaleó e incluso chocó contra el marco. Max cerró la puerta tras él.

—Apesta —dijo el sargento.

—Tiene miedo —respondió Dietrich—, y está borracho porque tiene miedo.



Manfred los miró a todos con dureza.

—¡No toleraré ninguna excusa! ¿Max?

—Había tumbas recientes en el patio de la iglesia, allá abajo —continuó el sargento—, pero también cadáveres desperdigados... en el prado, en los campos, incluso un hombre muerto en el arado.

—¿Sin enterrar, quieres decir? —exclamó Dietrich. ¿Los había asaltado *tan* repentinamente?

Manfred lo señaló con un dedo.

—¡No, pastor! ¡No irás allá abajo!

—Enterrar a los muertos es uno de los mandamientos que el Señor nos ordenó. —Una gran bola de hielo se había formado dentro de Dietrich al pensar en lo que le esperaba allí.

—Si bajas de la montaña, no puedo permitir tu regreso —le dijo Manfred—. Los vivos necesitan aquí tus cuidados.

Dietrich se dispuso a poner una objeción, aunque Hans les interrumpió.

—A nosotros nos resultará más fácil.

—Entonces también a vosotros habrá que prohibiros el regreso —le dijo Manfred al krenk.

Hans movió los labios con su sonrisa krenk.

—*Mein Herr*, mis compañeros y yo no podremos «regresar» nunca. ¿Qué es un exilio menor dentro de uno mayor? Pero las pequeñas-vidas que devoran a tu gente probablemente no atacarán a los míos. La... ¿cómo decís cuando cambian las cosas?

—*Evolutum* —sugirió Dietrich—. Un despliegue de lo potencial al hecho. La consecución de un fin.

—No, ese no es el término adecuado... Pero lo que significa, *mein Herr*, es que *vuestras* pequeñas-vidas no conocen *nuestros* cuerpos, y carecen de... de la llave para entrar en nuestra carne.

Manfred frunció los labios.

—Muy bien, pues. Hans, puedes enterrar a los muertos de Niederhochwald. Llévate solo krenken contigo. Cuando regreséis, esperad en vuestro antiguo lazareto del bosque, por si hay signos de peste. Si no aparece ningún signo en... en... —Calculó un intervalo prudente—. Dentro de tres días, podréis regresar a la aldea. Mientras tanto, *nadie* puede entrar en este señorío.

—¿Y qué hay del padre de mi mujer? —insistió Klaus.

—Tiene que irse. Es duro, molinero, pero así tiene que ser. Debemos mirar por nosotros mismos.

Everard yacía boca abajo en el camino, cerca de la puerta. Klaus se echó a reír.

—El cretino se ha vomitado encima.

El sol estaba alto en el cielo pero la brisa que llegaba del Katerinaberg traía consigo suficiente fresco para mitigar el calor. Las rosas se habían abierto a su tiempo

y sus zarcillos se habían entrelazado en las rejas del jardín del *Herr*. Pero la tierra junto a la puerta había sido aplastada por incontables pies obedientes y el amarillo de las lechugas había emergido más milagrosamente del suelo pelado.

Everard se revolvió en el suelo.

—Le dolerá todo cuando se le pase, si se revuelve así en el suelo —comentó Max.

—Puede que se ahogue con su propio vómito —dijo Dietrich—. Ven, vamos a llevarlo con su esposa.

Dietrich se adelantó y se arrodilló junto al administrador.

—Parece cómodo donde está —comentó Max. Klaus se echó a reír.

El vómito junto al camino era negro y repugnante, y el propio Everard olía de un modo repugnante. Su respiración silbaba como una gaita, y sus mejillas, cuando Dietrich las tocó, estaban calientes. El administrador se retorció cuando lo tocó con suavidad y gimió.

Dietrich se puso bruscamente en pie y retrocedió dos pasos.

Chocó con el molinero, que se había adelantado gritando: «¡Despierta, borracho!». El administrador y el *Maier* habían sido rivales y compañeros durante muchos años y se trataban con esa mezcla de amistoso desdén que a menudo engendraban ese tipo de relaciones.

—¿Qué pasa? —le preguntó el sargento a Dietrich.

—La peste.

Max cerró los ojos.

—¡Santo Dios en el Cielo!

—Deberíamos llevarlo a su casa —dijo Dietrich, pero no hizo ningún movimiento. Klaus, abrazándose, se volvió.

—El *Herr* debe saberlo —dijo Max, regresando a la mansión.

Hans llevó a Dietrich aparte.

—Heloïse y yo lo llevaremos. —La *krenken* pagana, que estaba descansando allí cerca tras su vuelo, se unió a él.

En la colina opuesta, Joachim tocaba la campana de mediodía, anunciando la hora del almuerzo a los trabajadores de los campos. Klaus escuchó un momento, luego dijo:

—Pensaba que sería una escena más ominosa.

Dietrich se volvió hacia él.

—¿El qué?

—Este día. Pensaba que vendría marcado por signos terribles... Nubes negras, vientos espantosos, truenos. Crepúsculo. Sin embargo, es una mañana tan corriente que me asusta.

—¿Solo ahora te asustas?

—Ja. Los portentos implicarían que hay un Motor Divino, por misterioso que sean sus movimientos, y la ira de un Dios furioso puede aplacarse con oración y penitencia. Pero esto ha sucedido sin más. Everard enfermó y cayó al suelo. No hubo

ningún signo; así que puede que sea una cosa natural, como siempre habéis dicho. Y contra la naturaleza, no tenemos ningún recurso.

En la casa del administrador, retiraron de la mesa legajos y rollos y colocaron a Everard, como si sirvieran un cerdo relleno. Su esposa, Yrmegard, gemía y se retorció las manos. Everard había empezado a patalear y retorcerse y su cara estaba sensiblemente más caliente. Dietrich le quitó la camisa al hombre y vio las bubas en su pecho.

—Es carbunco —dijo Klaus, aliviado.

Pero Dietrich negó con la cabeza. El parecido era notable, pero esas no eran las pústulas de la «enfermedad de los cardadores de lana».

—Ponle paños fríos en la frente —le dijo a Yrmegard—. Y no toques las bubas. Cuando tenga sed, no le des más que sorbos. Hans, Heloïse, trasladémoslo a su cama.

Everard aulló cuando lo levantaron y los krenken casi soltaron su carga.

—Heloïse se quedará con él —anunció Hans—. Yrmegard, no te acerques más. Las pequeñas-vidas pueden viajar en la saliva, otras con el contacto o la respiración. No sabemos cómo es en este caso.

—¿Debo entregar a mi esposo al cuidado de demonios? —preguntó Yrmegard. Se retorció las manos en el mandil, pero no hizo amago de acercarse a la cama. El joven Witold, su hijo, se agarraba a sus faldas y miraba con los ojos muy abiertos a su padre, que seguía retorciéndose.

Una vez fuera de la casa, Klaus se volvió hacia Dietrich.

—Everard no llegó a acercarse a mi suegro.

Hans extendió el brazo.

—Las pequeñas-vidas pueden ser transportadas por el viento, como las semillas de algunas plantas. O pueden viajar en otros animales. Cada especie viaja de forma distinta.

—Entonces ninguno de nosotros está a salvo —gimió Klaus.

Resonaron unos cascos en el patio y Thierry e Imein pasaron al galope, rodearon el murete de piedra y saltaron el foso que rodeaba los terrenos. Klaus, Hans y Dietrich los vieron recorrer la aldea y luego los campos, donde los cansados campesinos se maravillaron al verlos y, sin conocer todavía la causa, dejaron escapar gritos de admiración por su pericia como jinetes.

Pero para el ángelus de la tarde todo el mundo se había enterado de la noticia. Los que regresaban de los campos se marcharon a sus casas sin decir palabra. Esa noche, alguien lanzó una piedra y rompió el hermoso cristal de colores que tan orgullosamente había puesto Klaus en la ventana de su casa. Por la mañana, nadie salió a trabajar. Espiaron tras los postigos de madera la calle desierta, como si el aliento envenenado de la peste esperara para golpear a quien osara asomarse.

A la mañana siguiente, después de celebrar la misa para una congregación formada por Joachim y los krenken, Dietrich subió a la cima de la colina para

contemplar la aldea que emergía de las sombras de la noche. Allá abajo, la fragua estaba oscura y fría. Un rítmico crujido sonaba en el aire matutino: la noria de Klaus, que giraba lentamente, suelta. Un gallo anunció el amanecer y las ovejas del rebaño enfermo de carbunco balaban penosamente a sus hermanas caídas durante la noche. Una leve neblina flotaba sobre los campos, blanca y delicada como lino tejido.

Joachim se reunió con él.

—Es como una aldea de muertos.

Dietrich hizo el signo de la cruz.

—Que Dios no oiga tus palabras.

Se produjo otro momento de silencio antes de que Joachim volviera a hablar.

—¿Necesitan ayuda?

Dietrich extendió el brazo.

—¿Qué ayuda podemos darles?

Se volvió, pero Joachim lo agarró.

—¡Consuelo, hermano! Los males del cuerpo son los males menores, pues solo terminan con la muerte, que es poca cosa. Pero si el alma muere, entonces todo se ha perdido.

Con todo, Dietrich no podía actuar. Había descubierto que tenía miedo de la peste. *Media vita in morte sumus*. En medio de la vida estamos en la muerte, pero esa muerte lo aterraba. Había visto hombres con las tripas ensartadas en una espada clavada en el vientre, gritando y abrazándose y manchándose la ropa. Sin embargo, ningún hombre iba a la batalla sin aceptar ese riesgo. Pero aquella enfermedad no tenía ningún sentido del riesgo ni la esperanza, y golpeaba donde y a quien se le antojaba. Heloïse había visto a un hombre en Niederhochwald muerto en su arado; ¿qué hombre va a su trabajo aceptando que la muerte puede estar esperándolo allí?

Hans le puso una mano en el hombro y Dietrich se sobresaltó.

—Iremos nosotros —dijo el krenk.

—¿Un demonio deambulando por la calle principal buscando a los enfermos? Eso sí que será un consuelo para esa gente.

—¿Entonces somos demonios, después de todo?

—Los hombres temerosos pueden ver demonios en lo familiar, y dirigir su miedo de lo insensato a lo sensato.

—¡Falta de pensamiento!

—Así es, pero es lo que hace la gente.

Dietrich dio un paso hacia el sendero, vaciló, y luego continuó hacia abajo. Llegó primero a la casa de Theresia y su llamada fue respondida por una voz aguda que apenas reconoció.

—¡Marchaos! ¡Vuestros demonios nos han traído esto!

La acusación era ilógica. La peste había asolado regiones que nunca habían visto a un krenk; pero Theresia nunca se había dejado convencer por ninguna razón de peso. Dietrich continuó hasta la fragua, donde encontró a Wanda Schmidt hablando

ya con Joachim.

—No tenías por qué venir —le dijo Dietrich al monje mientras los dos caminaban, uno por cada lado de la calle; pero Joachim se limitó a encogerse de hombros.

Y así continuaron, casa por casa, hasta que, al fondo de la calle, llegaron a las chozas de los *Gärtners*. Cuando entraron en la casita de los Metzger, Dietrich se aseguró que Trude no sufriera más que de carbunco. Las vetas negras de su brazo indicaban que el veneno se extendía en su interior. «Trude se va a morir», pensó, pero apartó la idea de su cara y sus labios mientras pronunciaba una bendición para ellos.

Regresó a la cúspide donde la colina de la iglesia y la del castillo cruzaban la mirada y esperó a Joachim, que cruzaba el prado desde la casa del molinero. Las ovejas balaban cuando el minorita pasó entre ellas.

—¿Están bien? —preguntó Dietrich, indicando las casitas que flanqueaban el otro lado del prado, y Joachim asintió.

Dietrich dejó escapar un aliento que no era consciente de haber contenido.

—Ningún otro, entonces.

Joachim apartó de una patada una rata muerta del camino y miró hacia el castillo.

—Todavía está la mansión..., y ahí es donde la peste se mostró primero.

—Yo preguntaré a Manfred y los suyos.

Por impulso, abrazó al monje.

—No tenías necesidad de exponerte. Este rebaño está a mi cargo.

Joachim estudió las ovejas que morían en el prado, como preguntándose a qué rebaño se refería Dietrich.

—El *Vogt* está descuidando su trabajo —dijo—. Las ovejas muertas deberían ser quemadas o el carbunco destruirá el rebaño. Las ovejas de mi padre enfermaron de eso una vez, y dos de los pastores murieron con ellas. Fue culpa mía, por supuesto.

—Volkmar tiene ahora otras preocupaciones aparte de las ovejas del pueblo.

Joachim sonrió de pronto.

—Pero yo no. «Alimenta a mis ovejas», dijo el Maestro, pero no todo el alimento es pan. Dietrich, el viaje por esa calle ha sido duro, pero un compañero alivia siempre el camino.

Al final, solo Everard estaba enfermo y parecía estar descansando tranquilamente. Dietrich se atrevió a esperar que la cosa no empeorara. Hans chasqueó sus mandíbulas, pero no dijo nada.

Gottfried y Winifred Krenk volaron con dos de los arneses voladores hasta el valle para enterrar a los desafortunados habitantes de ese lugar. Había tantos cadáveres que utilizaron la pasta-de-truenos para cavar las tumbas. Dietrich se preguntó si era un modo adecuado de cavar una tumba, pero luego decidió que una tumba cavada de una sola vez podía en efecto ser adecuada para una población que había muerto toda a la vez. Pronunció las palabras sobre ellos usando el hablador-

lejano que Heloïse había llevado consigo.

Después, Hans volvió a llenar los barriles de fuego de la cabeza parlante desplegando un tríptico de cristal. Este cristal convertía la luz del sol en la esencia *elektronik*. Filosóficamente, un tipo de fuego podía ser convertido en otro tipo de fuego, pero la alquimia práctica se le escapaba.

—¿Por que ha venido aquí la peste? —preguntó Dietrich de pronto.

Hans contemplaba la marca en el cuerpo del *Heinzelmannchen* que indicaba hasta dónde estaban llenos los barriles.

—Porque ha llegado a todas partes. ¿Por qué no aquí? Pero, Dietrich, amigo mío, hablas de la peste como si fuera una bestia que viene y va con un propósito. No hay ningún propósito.

—Eso no me consuela.

—¿Tiene que consolarte?

—La vida sin propósito no merece la pena ser vivida.

—¿Sí? Escucha, amigo mío. La vida siempre merece la pena ser vivida. Mi... Tú dirías mi «abuelo». Mi abuelo se pasó muchos... meses, acurrucado en un nido roto, en una ciudad asolada por... por un ataque aéreo. Sus hermanos-de-nido murieron quemados. Su ama murió en sus brazos por una explosión violenta peor que las de la pólvora negra. No sabía dónde encontrar su siguiente comida. Pero mereció la pena vivir, porque en esas situaciones adversas, encontrar esa siguiente comida te da esperanza: el siguiente amanecer señala tu éxito. Nunca estuvo más vivo que en aquellos meses en que vivió tan cerca de la muerte. Fue mi propia nidada, que no necesitaba nada, la que encontraba la vida opresiva.

Cuando amaneció el martes sin más casos de peste, los aldeanos salieron de sus casas y hablaron con voz queda. Habían llegado noticias de la mansión. Everard descansaba y su fiebre parecía que había bajado un poco.

—Tal vez la aldea escape sin que la cosa empeore —dijo Gregor Mauer cuando vio a Dietrich esa mañana.

—Ojalá, Dios lo quiera —respondió Dietrich.

Estaban en la cantera, entre polvo y lascas de piedra. Los dos hijos de Gregor holgazaneaban, ataviados con delantales de cuero y guantes gruesos. El pequeño Gregor, un mozalbete de casi sesenta kilos, tenía en la mano una plomada y la hacía oscilar, ausente.

—Pastor...

Gregor parecía extrañamente vacilante. Estudió el polvo de su patio, empujándolo con la suela de su bota. Con una mirada hizo retirarse a sus hijos. El pequeño Gregor le dio un codazo a su hermano y le sonrió a su padre por encima del hombro.

—No hay respeto —dijo Gregor—. Tendría que haberlos enviado fuera a hacer su aprendizaje. —Suspiró—. Pastor, querría casarme con Theresia. Es vuestra pupila y sois vos quien tiene que darla en matrimonio.

Dietrich no había querido que llegara este día. En su corazón Theresia seguía siendo una niña llorosa, manchada con el hollín de su casa quemada.

—¿Comprende ella tu deseo?

—Consiente. —Como Dietrich no contestó, Gregor añadió—: Es una buena mujer.

—Lo es. Pero su corazón está profundamente perturbado.

—He tratado de hablarle sobre los krenken.

—Hay más que eso. Creo que ella imprime sus demonios internos sobre los externos.

—Yo... no comprendo.

—Es algo que me dijo Hans sobre el alma. Los krenken han hecho de ello una filosofía. Yo la llamo *psyche logos*. Han dividido el alma en tres partes: el yo (la conciencia), que se asienta sobre el *ego* y lo gobierna; el pecado original, bajo él y, naturalmente, las almas vegetativas y animales de las que escribió Aristóteles. Dicen... —De pronto se sintió irritado consigo mismo—. Pero eso no importa ahora. Lo que quiero decir es... —Sonrió brevemente—. Hay asuntos en su pasado de los que nada sabes.

—Me preocupa menos su pasado que su futuro.

Dietrich asintió.

—¿Entonces tenemos vuestra bendición?

—He de pensarlo. No hay ningún hombre a quien prefiera entregársela más que a ti, Gregor. Pero es una decisión para el resto de su vida y no puede hacerse al albur.

—El resto de su vida podría no ser mucho tiempo —dijo Gregor lentamente.

Dietrich se persignó.

—No tientes a Dios. Nadie más ha caído enfermo.

—Todavía no —reconoció Gregor—, pero el final del mundo se acerca, y en el cielo ni hay matrimonios ni se celebran.

—Te he dicho que lo pensaría.

Dietrich se dio media vuelta para marcharse, pero el grito de Gregor lo hizo mirar atrás.

—No necesitamos vuestro permiso —dijo el cantero—, pero queríamos vuestra bendición.

Dietrich asintió, encogió los hombros y dejó la cantera.

Después de vísperas, Dietrich comió pan y queso regados con cerveza. Había cortado algunos trozos para Joachim, pero el joven monje no había regresado. Hans estaba sentado junto a la ventana abierta, escuchando la canción de los insectos del atardecer. De vez en cuando, el krenk mordía un pedazo de pan mojado en su elixir dador de vida. Incluso así, algunas magulladuras se habían marcado ya en su piel. Las estrellas, reflejadas en sus enormes ojos, parecían tintinear dentro de su cabeza.

—Hay una frase en mi cabeza —dijo—, que una de esas debe de ser Estrella-

hogar. Si Dios es bueno, no me abandonará sin verla. Ojalá supiera cuál es. Tal vez... —Extendió un largo antebrazo, un largo dedo—. Esa. Es tan brillante. Debe de haber algún motivo para que sea tan brillante —zumbó con sus labios laterales—. Pero no. Es brillante porque está cerca. La filosofía de las probabilidades me dice que Estrella-hogar está a una distancia insondable, en una dirección insondable y ninguna de esas luces brilla jamás en los cielos de Krenkheim, Incluso ese tenue lazo se me niega.

—¿El cielo es profundo, entonces? —preguntó Dietrich.

—Inconmensurablemente profundo.

Dietrich se acercó a la ventana y observó la negra bóveda del cielo.

—Siempre he pensado que es una esfera de la que cuelgan lámparas. ¿Pero algunas están cerca y otras están lejos, dices, y es por eso por lo que parecen brillar más o menos? ¿Qué las sostiene? ¿El aire?

—Nada. No hay aire en el vacío entre las estrellas. No hay ningún «arriba» ni «abajo». Para ascender al cielo, hay que subir y subir hasta que la Tierra afloja su tenaza y flotas para siempre... o hasta que caes bajo la tenaza de otro mundo.

Dietrich asintió.

—Tu teología es correcta. ¿En qué medio nadan entonces las estrellas? Buridan nunca creyó en la quintaesencia. Decía que los cuerpos celestiales siempre continuarían con el movimiento que Dios les dio, pues no habría resistencia. Pero si el cielo no es bóveda que contiene el aire, entonces debe de estar lleno de otra cosa.

—¿Es así? Había una famosa... *experientia* —le dijo Hans—. Un filósofo krenk razonó que, si los cielos estuvieran llenos de este quinto elemento, habría un «viento» cuando nuestro mundo se moviera a través de él. Midió la rapidez de la luz primero de un modo, luego de otro, pero no encontró ninguna diferencia.

—¿Entonces el joven Oresme está equivocado? ¿La Tierra no se mueve?

Hans se volvió y agitó los labios.

—O no hay ninguna quintaesencia.

—O la quintaesencia se mueve con nosotros, como hace el aire. Hay más de dos posibilidades.

—No, amigo mío. El espacio está lleno de nada.

Dietrich se echó a reír por primera vez desde que habían encontrado a Everard.

—¿Cómo puede ser eso, puesto que nada no es ninguna cosa, sino la carencia de una cosa? Si el cielo estuviera lleno de ninguna cosa, algo se movería para llenarlo. La misma palabra lo demuestra. *Vacuare* es «vaciar». Pero *natura non vacuit*. La naturaleza no vacía. Hace falta esfuerzo para vaciar algo.

—Na... —repuso Hans con vacilación—. ¿Traduce adecuadamente el *Heinzelmännchen*? Nuestros filósofos dicen que la nada contiene lo que nosotros llamamos la «nada-espíritu». Pero dudo que tu gente haya oído hablar de ello. ¿Cómo lo dirías en tu lengua filosófica?

—El sustantivo de *vacuare* es *vactium*, que expresa una acción abstracta como un hecho, «lo que está en el estado de haber sido vaciado». Por tanto: *energia-vacuum*.



Pero leemos que «el espíritu de Dios actuó sobre el vacío», así que debe de ser que vosotros habéis encontrado el mismo aliento de Dios en esta *energia-vacuum* vuestra. Pero, atiende. —Dietrich alzó un dedo—. Vuestro navío se mueve a través de direcciones imperceptibles que están dentro de toda la naturaleza.

—Ja. Como el interior de una esfera es imperceptible para aquellos que solo abarcan su superficie.

—Entonces, vuestra estrella Krenkheim no está tan lejos. Está dentro de vosotros en todo momento.

Hans se quedó inmóvil un momento y luego separó brevemente sus labios blandos.

—Eres un hombre sabio, pastor Dietrich, o muy confundido.

—O quizás ambas cosas —admitió Dietrich. Se asomó a la ventana—. No veo ni rastro de Joachim, y está ya demasiado oscuro para estar ahí fuera sin antorcha.

—Está en la iglesia —respondió Hans—. Lo vi entrar en nona.

—¿Y no ha salido aún? Es más de vísperas.

Alarmado, Dietrich cruzó el patio de la iglesia, tropezando con el terreno iluminado por las estrellas que apenas vislumbraba, y llegó apresuradamente al poste tallado de la esquina noroeste de la iglesia. Ecke la gigante lo miró desde arriba; Alberich el enano sonrió amenazador desde el pedestal. El viento soplaba y le hacía oír voces. Dietrich subió las escaleras, se detuvo y colocó una mano en la sinuosa forma de santa Catalina, en su apenada mejilla. Un búho pasó con un sonido que era casi silencio. Temeroso de lo que podría encontrar en el interior, Dietrich abrió las puertas.

La luz de las estrellas, atenuada por los vitrales, apenas iluminaba el interior. Dietrich oyó un golpe sordo cerca del altar.

Corrió al santuario, donde tropezó con una forma postrada. Flotaba un olor familiar en el aire.

—¡Joachim! —gritó—. ¿Estás bien?

Recordó a Everard tendido en su vómito y su hedor. Pero aquel olor era el olor metálico y caliente de la sangre.

Agarró el cuerpo y descubrió que estaba desnudo de cintura para arriba. Encontró la suave carne joven marcada por surcos sangrientos.

—Joachim, ¿qué has hecho?

Pero sabía la respuesta, palpó hasta encontrar el flagelo y lo arrancó de las manos del minorita.

Era la cuerda anudada que el monje llevaba como cingulo, empapada ahora de sangre.

—¡Ach, necio! ¡Necio!

El cuerpo se agitó en su abrazo.

—Si bebo la copa hasta el fondo —susurró una voz—, puedo apartarla de otros.

Volvió la cabeza y Dietrich vio sus ojos brillando bajo la frágil luz.

—Si yo sufro el dolor de diez, entonces nueve pueden salvarse. Ahí tenéis —rió—, eso es álgebra, ¿no?

Una fría luz azul iluminó el interior de la iglesia cuando Hans entró con una lámpara krenk.

—Se ha herido a sí mismo —dijo la criatura cuando terminó de acercarse.

—Ja —respondió Dietrich—. Para tomar sobre sí nuestro sufrimiento.

¿Se había estado azotando durante cuatro horas enteras desde que Hans lo vio entrar en la iglesia? Dietrich agarró al monje con más fuerza, lo besó en la mejilla.

—¿Creía que con los látigos vencería a las pequeñas-vidas? —dijo Hans—. ¡Eso no es lógico!

Dietrich tomó el cuerpo en brazos y se levantó.

—¡Al diablo la lógica! Todos nosotros estamos indefensos. ¡Al menos él ha intentado hacer *algo*!

El miércoles, Manfred llamó a Dietrich a la capilla para conmemorar al kaiser san Heinrich: un gobernante justo para una época en la que en Germania había ambas cosas, gobernantes y justicia.

—El buen padre Rudolf —explicó Manfred— tomó mi yegua gris anoche y huyó.

A Dietrich nunca le había agradado el capellán, pero esta noticia lo sorprendió y lo llenó de preocupación. La capilla del *Herr* estaba bien surtida de cálices de oro y vestiduras de seda, y el cargo de capellán era cómodo, exigía pocas cosas y estaba mejor considerado que el de simple cura de pueblo. Rudolf era un buen hombre y honraba a Dios, pero una pequeña porción de su corazón seguía a Mammon.

Al fondo de la capilla estaban Eugen y Kunigunda, y su hermana Irmgard, Chotilde el ama, Gunther, Peter el *Minnesinger*, Wolfram y su familia, Max y unos cuantos más del servicio del *Herr*, esperando en silencio a que empezara la misa. Dietrich redujo la voz a un susurro.

—¿Ha abandonado su puesto?

Los siervos huían a veces de sus feudos. Con menos frecuencia, era un señor quien lo abandonaba. Pero no parecía posible que ningún hombre desertara de su vocación.

—¿Adónde irá?

Manfred meneó la cabeza.

—¿Quién sabe? Tampoco le reprocho lo del caballo. Huir te da una oportunidad, y no niego a ningún hombre sus oportunidades.

Después, Dietrich contempló la aldea sin verla, pensando en el padre Rudolf. Luego giró sobre sus talones y se dirigió a la casa de Everard.

—¿Cómo se encuentra hoy tu esposo? —preguntó cuando Yrmegard abrió la puerta superior.

Yrmegard miró por encima del hombro.

—Mejor, creo... Él... —Bruscamente, la mujer abrió la puerta inferior—. Vedlo

vos mismo.

Dietrich cruzó el umbral. Respiró despacio, pues no quería atraer demasiado mal aire a sus pulmones.

—La paz sea con todos vosotros. ¿Dónde está Heloïse?

—¿Quién es esa? ¿La demonio? Creía que todos los demonios tenían nombre judío. La eché. No me gusta tenerla ahí agazapada dispuesta a apoderarse del alma de mi marido si abandona su cuerpo.

—Yrmegard, los krenken están con nosotros desde el día de la celebración...

—Solo estaban esperando su oportunidad.

La casa de Everard estaba dividida en una habitación principal y un dormitorio. El administrador poseía varias parcelas de tierra y la riqueza se notaba en la opulencia de su morada. El hombre se hallaba en el dormitorio. Al tocarlo, Dietrich comprobó que su frente estaba seca y caliente. Las hinchazones en su pecho se repetían en su ingle y bajo los brazos. Una, junto al brazo izquierdo, había crecido hasta adquirir el tamaño y el color de una manzana. Dietrich metió un paño en el cubo, lo empapó, lo dobló, y se lo puso al hombre en la frente. Everard siseó y sus manos se convirtieron en garras.

Dietrich oyó a Yrmegard mandar callar al niño. Everard abrió un ojo.

—Calla, niño —dijo. Las palabras eran pastosas porque tenía la lengua hinchada y no le cabía en la boca. Era un caracol viscoso, gris y húmedo que trataba de escapar de su caparazón—. A los niños buenos les gustan las gachas y los pájaros cantan —dijo Everard, con un ojo ansioso clavado en Dietrich.

—Está loco —dijo Yrmegard, acercándose a la cama. Witold salió llorando de la casa sin parar de correr.

—Está consciente y habla —respondió Dietrich—. Eso es milagro suficiente. ¿Por qué pedir también un discurso razonado?

Trató de darle un poco de agua a Everard, pero le corrió por la barbilla debido a la hinchazón de la lengua. Tosió y gimió, pero eso parecía mejor que los gritos y vómitos del día anterior. «Se le está pasando», pensó Dietrich aliviado.

Desde la colina del castillo, Dietrich siguió el sendero hasta el prado que bordeaba el arroyo del molino. Allí encontró a Gregor y Theresia sentados en la orilla lanzando guijarros al estanque. Se detuvo antes de que lo vieran, y oyó, por encima del correteo del agua en la noria, los cascabeles de la risa de Theresia. Entonces alguien puso el eje en marcha y la gran noria empezó a gruñir y a girar.

Hubo una época en que a Dietrich le encantaba aquel sonido. Era el sonido del trabajo descargado de los hombros de los hombres. Pero aquel día había en él algo de pesar. Klaus llegó desde el molino para ver la rueda girar y juzgar la corriente y la caída del agua. Satisfecho, se volvió y, al ver a Dietrich, lo saludó. Gregor y Theresia se volvieron también y Dietrich, al ser descubierto de esta forma, se acercó a ellos.

—Tenéis mi bendición —le dijo a Gregor, antes de que el cantero pudiera hablar.

Colocó por turno la mano izquierda sobre la frente de cada uno, trazando una cruz con la derecha mientras lo hacía. El contacto sirvió para una doble función, pues no detectó signo de fiebre en ninguno de los dos, pero no dijo nada.

—Es una buena mujer —le dijo a Gregor—, y piadosa cuando los terrores lo permiten, y sus habilidades en las artes curativas son realmente un don de Dios. Respecto a los terrores, no la presiones, pues quiere consuelo y no inquisición.

Se volvió hacia Theresia.

—Escucha a Gregor, hija mía. Es un hombre más sabio de lo que cree.

—No entiendo —dijo Theresia.

Dietrich se arrodilló ante ella.

—Es lo bastante sabio para amarte. Conque comprendas eso, bastaría para Aristóteles.

Gregor lo acompañó un trecho hasta el molino.

—Habéis cambiado de opinión.

—Nunca me opuse. Gregor, tenías razón. Cada día puede ser el último y, sea corto o largo nuestro tiempo, la felicidad más pequeña que se le añada aumenta su valor.

En el molino, Klaus se limpió las manos en un trapo mientras el cantero y la herborista se marchaban juntos.

—¿Bien? —preguntó—. ¿Obtiene Gregor lo que quiere?

—Obtiene lo que ha pedido —respondió Dietrich—. Reza a Dios para que quieran lo mismo.

Klaus sacudió la cabeza.

—A veces sois demasiado listo. ¿Sabe ella lo que quiere hacerle? Quiero decir ahí abajo. Es una mujer simple.

—¿Vas a moler trigo hoy?

Klaus se encogió de hombros.

—Puede que la peste nos mate a todos, pero no hay motivo para morir de hambre mientras esperamos.

Ese fue el tercer día de gracia.

## XXIV

### JULIO DE 1349

*Hora prima, en la conmemoración de San Hilarino El viernes amaneció y llegó un viento cálido que siseó entre los abetos y agitó el trigo a medio crecer. Los cielos se difuminaron en un azul tan claro que parecía alabastro. En la distancia, hacia Bisgrovia, se alzaban pequeñas columnas oscuras, probablemente de incendios en las tierras bajas. El aire se retorció por el calor, conjurando criaturas invisibles que acecharan la tierra.*

Dietrich estaba sentado junto al jergón de Joachim y el joven le volvió la espalda con la intención de que pudiera tratarle las heridas sin causarle excesivas molestias. Dietrich metió los dedos en el cuenco y roció el ungüento con cuidado. El minorita se estremeció con el contacto.

—Podrías haber muerto —le reprendió Dietrich.

—Todos los hombres mueren —respondió Joachim—. ¿Qué os preocupa?

Dietrich depositó el cuenco a un lado.

—Me he acostumbrado a tenerte cerca.

Mientras se levantaba, Joachim se volvió a mirarlo.

—¿Qué sucede en la aldea?

—Han pasado tres días sin más aflicciones. La gente ya comenta que la peste ha pasado de largo. Y una gran mayoría ha vuelto al trabajo.

—Entonces mi sacrificio no ha sido en vano.

Joachim cerró los ojos y echó atrás la cabeza. En unos instantes volvió a quedarse dormido.

Dietrich sacudió la cabeza. ¿Cómo podía decirle al muchacho que se equivocaba?

Cuando Dietrich dejó la rectoría para preparar la iglesia para la misa, vio a Herwyg *el Tuerto*, a Gregor con sus hijos y a otros más camino del campo, con las hoces y las guadañas al hombro. El horno de Jakob estaba encendido y el molino de Klaus giraba. Solo la fragua continuaba fría y silenciosa.

Dietrich recordó que Lorenz estaba siempre junto al yunque, sudoroso con su delantal, y lo saludaba desde abajo. Tal vez Wanda había descubierto que aquella tarea de hombre era demasiado para ella. O tal vez no tenía carbón.

Dietrich bajó la colina, dejó atrás las ovejas, de las que apenas quedaba un puñado, todas nerviosas y con aspecto enfermo. La mortandad entre las bestias de la aldea apenas había sido advertida por el mayor temor a la peste. Las vacas y ovejas habían caído víctimas del carbunco. También había ratas muertas por todas partes, lo cual era una bendición. El perro de Herwyg ladró, se sentó y se rascó furiosamente las pulgas.

Dietrich entró en la fragua, tomó un martillo que había sobre el yunque, lo

sostuvo con ambas manos y le pareció curiosamente pesado. Lorenz lo manejaba con una sola mano y lo alzaba sobre la cabeza, sin embargo Dietrich apenas podía levantarlo. Cerca había un barril lleno de herraduras para los bueyes y, al lado, otro de herraduras para caballo. En el barril para templar el hierro, una película verde se había desarrollado sobre la superficie del agua.

El grito de un cuervo llamó su atención. Lo vio revolotear, posarse en el jardín trasero de la fragua, volver a alzar el vuelo. Un círculo.

Tras soltar el martillo, Dietrich corrió a la puerta trasera, y allí encontró a Wanda Schmidt tendida de espaldas entre las habas y las coles, agitando los brazos como si quisiera agarrar el cielo. Su lengua, negra e hinchada, asomaba entre unos labios secos y agrietados. El cuervo volvió a acercarse y Dietrich lo espantó con un palo.

—Agua —jadeó la mujer postrada. Dietrich regresó a la fragua, encontró una taza junto al barril y la llenó. Pero cuando le tendió la taza a la mujer caída, sus brazos la apartaron de un manotazo. Tenía la cara roja de fiebre, así que Dietrich buscó un paño, lo empapó en agua y se lo colocó en la frente.

Wanda chilló, arqueando la espalda y agitando los brazos hasta que apartó el paño. Tras recuperarlo, Dietrich descubrió que ya estaba seco. Lo arrugó en sus manos y se sentó en el suelo. «¿Por qué, oh, Señor? —suplicó—. ¿Por qué?».

Sin embargo, ese era un pensamiento impío. «Esta peste no viene de Dios —se recordó—, sino de un mal olor que trae el viento». Everard lo había respirado; ahora Wanda lo había hecho también. No había tenido ningún contacto con el administrador últimamente, así que la teoría krenk de las pequeñas-vidas saltando de hombre a hombre se demostraba falsa. Sin embargo, tenía que haber alguna *razón* para aquello. Dios había ordenado todas las cosas según medida, peso y número, y por eso al medir y pesar y numerar los simples hombres podían aprender las eternas órdenes con las que Dios fijó el curso de las estrellas y las marcas del mar.

Wanda gritó y Dietrich se apartó. La sola mirada de alguien enfermo podía infectar. De los ojos brotaban llamas azules. La única seguridad estaba en la huida. Se puso en pie y regresó a la calle atravesando la fragua, donde se quedó de pie, respirando entrecortadamente.

Fuera, todo parecía en orden. Oyó la sierra de la tonelería de Boettcher, el agudo grito de un halcón que volaba alto sobre los campos de otoño. Vio al cerdo de Ambach hozando la basura de la calle, el destello del agua que caía de la rueda de la noria. Sintió el aliento caliente del viento en la cara.

Wanda era una mujer demasiado grande para moverla solo. Tenía que correr en busca de ayuda, se dijo. Corrió primero a la cantera, pero Gregor había salido con sus hijos a segar heno. Entonces, recordando que Klaus y Wanda se habían acostado juntos, corrió al extremo oriental de la aldea.

Odo abrió la puerta superior, pero miró a Dietrich sin reconocerlo.

—La maldición se ha cumplido —dijo el viejo, un acertijo que se abstuvo de

explicar.

Dietrich pasó la mano y, tras soltar el cerrojo de la puerta inferior, entró en la casa.

—¡Klaus! —gritó. El viejo Schweinfurt se quedó junto a la puerta abierta, contemplando la calle vacía. De arriba llegó un gemido y Dietrich subió la escalera hasta el altillo donde dormían.

Allí encontró al molinero sentado en un escabel que había acercado a la cama. La cama tenía cabezal y, al pie, un cofre de roble con goznes de hierro, con la imagen tallada de una noria. Sobre el colchón de sarga yacía Hilde.

Tenía el pelo dorado enmarañado y empapado de sudor, y su cuerpo se sacudía de tos. Miraba con ojos que parecían de krenk.

—Llamad al pastor Dietrich —gritó—. ¡Dietrich!

—Aquí —dijo Dietrich, y Klaus respondió con un respingo a la palabra susurrada cuando no había reaccionado antes a sus gritos y golpes en la puerta.

—Se quejaba de dolor de cabeza cuando despertó —dijo, sin volverse—, y yo no le hice caso y fui a poner en marcha el molino. Entonces...

—¡Dietrich! —gritó Hilde.

Dietrich se arrodilló junto a la cama.

—Estoy aquí.

—¡No! ¡No! ¡Que venga el pastor!

Dietrich la tocó suavemente en el hombro, pero la mujer se sacudió.

—Ha perdido la sesera —dijo Klaus, con voz preternaturalmente tranquila.

—¿Han aparecido las bubas?

El *Maier* sacudió la cabeza.

—No lo sé.

—¿Puedo alzarle el camisón para inspeccionar...?

El molinero miró a Dietrich un momento, luego se echó a reír. Eran grandes risotadas que agitaron todo su cuerpo y murieron bruscamente.

—Pastor —dijo gravemente—, sois el único hombre de este pueblucho que ha pedido mi permiso antes de mirar.

Se apartó.

Dietrich alzó el camisón y se sintió aliviado al no descubrir ninguna hinchazón en la ingle, aunque puntos rojizos cerca de su lugar secreto indicaban que pretendían aparecer. Cuando trató de mirarle el pecho y bajo los brazos, el camisón se interpuso y ella agitó los brazos.

—¡Max! —dijo—. ¡Llamad a Max! ¡Él me protegerá!

—¿Le administraréis los últimos sacramentos? —preguntó Klaus.

—Todavía no. Klaus... —Vaciló, pero no dijo nada de Wanda. El molinero no dejaría a su esposa estando de aquel modo. Cuando se levantó, Hilde lo agarró por la túnica.

—Traed a Dietrich —le suplicó.

—*Ja doch* —respondió Dietrich, zafándose—. Ahora voy a buscarlo.

En el exterior, se detuvo a tomar aire. Dios era astuto. Dietrich había huido de la peste en una casa solo para encontrarla en otra.

Hans y Gottfried le ayudaron a trasladar a Wanda a su cama. Cuando Dietrich regresó a la rectoría, Joachim lo miró a la cara.

—¡La peste! —dijo. Como Dietrich asintió, echó atrás la cabeza y exclamó—. ¡Oh, Dios, te he fallado!

Dietrich le colocó una mano en el hombro.

—No le has fallado a nadie.

Joachim se zafó de la mano.

—¡Los krenken van a volver al infierno sin ser redimidos!

Cuando Dietrich se volvió, Joachim le agarró la manga.

—No podéis dejarlos morir solos.

—Lo sé. Voy a ver a Manfred para pedirle permiso para montar un hospital.

Encontró al *Herr* en el gran salón, sentado entre dos fuegos, uno rugiente en la chimenea y otro en un gran caldero situado al otro lado de la habitación. Toda la casa se había reunido allí, incluso Imre el buhonero. Los criados iban y venían, cargando leña para avivar los fuegos. Se marchaban despacio y regresaban deprisa.

Manfred, que estaba sentado a la mesa del consejo escribiendo con una pluma en un pergamino, habló sin levantar la cabeza.

—Los fuegos funcionaron para tu Papa. De Chauliac lo recomendó cuando hablé con él en Aviñón. El elemento del fuego destruye el mal aire... —Agitó la pluma—. De algún modo. Dejo la ciencia para aquellos que están versados en ella.

Sus ojos se dirigieron a los rincones de la sala, como si pudiera ver la peste acechando allí. Luego se dedicó una vez más al pergamino.

El fuego tal vez fuese efectivo, se dijo Dietrich, ya que aflojaba la masa endurecida del mal aire y lo hacía elevarse. También las campanas podían romper esa masa al agitar el aire. Pero si la peste era transportada por innumerables *mikrobiota*, Dietrich no veía de qué modo podían ayudar las llamas; a menos que, como las polillas, las pequeñas-vidas fueran atraídas por el fuego para autoinmolarse. No dijo nada de estos pensamientos.

—*Mein Herr*, Wanda Schmidt y Hilde Müller han sido golpeadas por la peste.

—Lo sé. Heloïse Krenkerin nos avisó por el hablador-lejano. ¿Qué quieres de mí?

—Pido a vuestra gracia establecer un hospital. Pronto, me temo, demasiados caerán enfermos de...

Manfred despuntó la pluma contra la mesa de un golpe.

—Te andas con demasiadas ceremonias. Un hospital. *Ja, doch*. Sea. —Agitó una mano—. Para lo que va a servir...

—Si no podemos salvarles la vida, al menos podemos hacer más cómoda su



muerte.

—Debe de ser un gran consuelo. ¡Max!

Secó el pergamino y lo dobló en cuatro. En un pegote de cera vertido de una vela estampó su sello. Estudió después el anillo, moviéndolo un poco en su dedo. Luego miró a la pequeña Irmgard, que estaba allí cerca con su ama, reprimiendo las lágrimas, y le sonrió brevemente. Le entregó a Max la carta, junto con otra que ya había terminado.

—Llévalas al camino de Oberreid y dáselas a los primeros viajeros de aspecto respetable que veas. Una es para el duque de Baden, la otra para el duque de Habsburgo. Viena y Friburgo tienen ya sus propios problemas, pero deben saber qué ha acontecido aquí. Gunther, acompáñalo y ensíllale una montura.

Max parecía triste, pero inclinó la cabeza y, tras sacarse los guantes del cinto, se dirigió a la puerta. Gunther lo siguió; parecía, si eso era posible, aún menos feliz.

Manfred sacudió la cabeza.

—Temo que la muerte esté en esta casa. Everard cayó después de salir de esta misma sala. ¿Cómo se encuentra?

—Más tranquilo. ¿Puedo trasladarlo al hospital?

—Haz lo que sea necesario. No vuelvas a pedirme permiso. Voy a llevar a todo el mundo al *Schloss*. Prohibí que entrara nadie en la aldea y no me hicieron caso. Ahora Odo nos ha traído esto. Al menos puedo proteger la *Schildmauer* de los intrusos. Cada hombre debe cuidar ahora de su propia casa y de su propia familia.

Dietrich tragó saliva.

—*Mein Herr*, todos los hombres son hermanos.

Manfred hizo una mueca de tristeza.

—Entonces tienes mucho trabajo por delante.

Dietrich llamó a Ulf y Heloïse para que llevaran a Everard al hospital improvisado en la fragua. Ninguno de los dos krenken había aceptado todavía a Cristo. Hans había sugerido que se habían quedado porque su miedo a morir en «la brecha entre los mundos» superaba su miedo a morir de hambre. Pero cuando le preguntó a Ulf al respecto, el krenk se echó a reír.

—No le temo a nada —alardeó por el canal privado—. Los krenken mueren. Los hombres mueren. Hay que morir bien.

—Con *charitas* en el corazón.

El krenk extendió el brazo.

—No hay ninguna *charitas*, solo valor y honor. Se muere sin miedo, desafiando al Cernidor. Nadie cree, naturalmente, en el Cernidor, pero es un dicho nuestro.

—Entonces ¿por qué te quedaste cuando vuestro navío zarpó, si no es por miedo a esa «brecha»?

Ulf indicó a la krenken que caminaba dando zancadas delante de ellos.

—Por Heloïse. Prometí a nuestro cónyuge... ¿Entiendes nuestro hombre-mujer-

ama? Bien. El ama se queda siempre en el nido. Hice un... juramento de sangre de que junto a nuestra Heloïse me quedaría. Algunos buscadores-de-verdad dicen que la brecha carece de tiempo y prolonga la muerte para siempre. Heloïse temía eso por encima de todo. Para mí, toda muerte es lo mismo y le chasqueo las mandíbulas. Me quedé por mi juramento.

Cuando entraron en casa de Everard, el hedor era palpable. El administrador yacía desnudo en la cama, con un trapo seco y sucio en la frente. Oscuras líneas azuladas le corrían por las extremidades, desde la ingle y los sobacos. No había ni rastro de Yrmegard ni de Witold. Dietrich se inclinó sobre él pensando que estaba muerto, pero los ojos del hombre se abrieron de pronto y casi se levantó de la cama.

—¡Madre de Dios! —gritó.

—Debo sajar las bubas antes de moverlo —le dijo Dietrich a Ulf, empujando suavemente al administrador para que se tumbara de nuevo. Los negros ríos de veneno que le corrían por los brazos y las piernas sugerían que ya era demasiado tarde—. ¿Dónde están tu esposa y tu hijo? —le preguntó a Everard—. ¿Quién te cuida?

—¡Madre de Dios!

El administrador se arañó entre gritos. Luego, bruscamente, se quedó tendido en silencio, jadeando y suspirando, como si hubiera repelido un ataque desde las almenas y descansara para el siguiente.

Dietrich había lavado el cuchillo con vino agrio y Ulf sugirió calentarlo también al fuego. En la chimenea apenas quedaban unas ascuas. No había leña preparada. «Ella ha huido —pensó Dietrich—. Yrmegard ha abandonado a su esposo». Se preguntó si Everard lo sabría.

Las bubas eran tan grandes como manzanas, la piel tensa y brillante alrededor de ellas. Dietrich escogió la que había bajo el brazo derecho y la tocó con la punta de su escalpelo.

Everard aulló y se agitó, golpeó a Dietrich con el puño y le arrancó el escalpelo de la mano. Dietrich se arrodilló, viendo doble por efectos del golpe, y luego tanteó entre la paja del suelo en busca de la hoja caída. Cuando se levantó, Everard yacía de costado, abrazándose las piernas con fuerza, con las rodillas encogidas. Dietrich se acercó al escabel que había junto a la cama y se sentó un momento mientras se frotaba la sien y pensaba. Entonces llamó a Hans por el hablador-lejano.

—Hay una cesta en mi cobertizo, marcada con la cruz de los Hospitalarios —le dijo a su amigo—. Trae a la casa del administrador una de las esponjas que encontrarás en ella... Pero ten cuidado. Está empapada en mandrágora y otros venenos.

Hans llegó pronto y se quedó a mirar con los otros krenken. Dietrich humedeció la esponja en el barril de agua que había detrás de la casa y regresó, sujetándola a la distancia de un brazo. Entonces, como le había enseñado el saboyano, la colocó con

firmeza contra la nariz y la boca de Everard mientras el mayordomo le arañaba las manos. Lo suficiente para dormir, había dicho el saboyano, pero no tanto como para producir la muerte. Everard se quedó súbitamente flácido, y Dietrich arrojó la esponja al fuego. ¿Demasiado tiempo? No, el pecho del hombre subía y bajaba. Dietrich se persignó.

—Bendito Jesús, guía mi mano.

El contacto con la hoja no despertó al mayordomo, pero gruñó y se debatió un poco. Hans y Ulf le sujetaron los miembros con firmeza. La buba era dura y Dietrich apretó la punta con más fuerza.

De repente se abrió y manó de ella un líquido negro de hedor abominable. Dietrich apretó los dientes y se dedicó a las bubas restantes.

Cuando terminó, Heloïse le tendió un paño que mientras tanto había hervido y empapado en vinagre. Con esto, Dietrich limpió como pudo la mugre del pecho del hombre.

—Yo no tocaría el pus —aconsejó Ulf, y Dietrich, que no tenía semejante intención, salió corriendo a la calle y vomitó el desayuno de esa mañana. Luego aspiró a grandes bocanadas el aire de la montaña. Hans, que lo había seguido, lo tocó brevemente varias veces.

—¿Era malo?

Dietrich jadeó.

—Muy malo.

—Mi... —Hans se tocó brevemente las antenas—. Debo lavarlas —dijo—. El administrador no vivirá.

Dietrich resopló.

—Siempre hay esperanza, pero... creo que tienes razón. Su esposa ha escapado con el niño. No tiene a nadie que lo cuide.

—Entonces nosotros lo haremos.

Colocaron a Everard en la camilla que Zimmerman había preparado, y Ulf y Heloïse se encargaron de transportarlo. Dietrich caminó junto a ellos y mantuvo firme la camilla mientras bajaban la colina. Recordó cómo san Efraím de Siria había transportado trescientas camillas durante una hambruna en Mesopotamia. «Necesitaremos más», se dijo.

Hans se quedó a quemar todos los trapos y la ropa para matar las pequeñas-vidas que pudieran contener. Ulf lo llamó.

—Guarda un poco de pus para inspeccionarlo.

—¿Por qué pides eso? —preguntó Dietrich cuando bajaban la colina.

—Trabajé con los instrumentos en el lazareto de nuestro navío —le dijo Ulf—. Tenemos un aparato, que Gschert nos dejó, que nos permite ver las pequeñas-vidas.

Dietrich asintió, aunque no lo comprendía. Entonces preguntó, de repente:

—¿Por qué nos ayudas con los enfermos, si no tienes ninguna *charitas*?

El krenk pagano extendió el brazo.

—Hans es ahora el *Herr* krenk, así que lo sigo. Además, ocupa mis días. Lo cual era, a su modo, una típica respuesta krenk.

Wanda Schmidt murió al día siguiente.

Pataleó y se agitó y se mordió la propia lengua en vano. La sangre negra se acumuló en su interior y manó por su boca. No oyó las palabras de consuelo que pronunció Gottfried Krenk; quizá ni siquiera notó los amables golpecitos que entre los de su especie hacían las veces de caricias.

Después, Gottfried se dirigió a Dietrich.

—El *Herr*-del-cielo no quiso salvar a la mujer del bendito Lorenz. ¿Por qué entonces suplicamos su ayuda?

Dietrich negó con la cabeza.

—Todos los hombres mueren cuando Dios los llama a su lado.

Y Gottfried respondió.

—¿No podría haberla llamado más suavemente?

Klaus y Odo llevaron a Hilde al hospital en una camilla que cargaron entre los dos. La dejaron en un camastro, en la fragua, cerca del fuego que Dietrich había encendido en el horno. Luego Klaus envió a Odo de regreso a la casa y el viejo asintió distraído y dijo:

—Dile a Hilde que se dé prisa y me cocine la cena.

Klaus lo vio marchar.

—Se sienta en el taburete ante la chimenea y se queda mirando las cenizas frías. Cuando entro en la habitación, vuelve los ojos hacia mí solo un instante antes de que la fascinación por las cenizas vuelva a llamarlo. Creo que ya está muerto... aquí dentro. —Se golpeó el pecho—. Todo lo demás es mera ceremonia.

Se arrodilló para acariciarle el pelo a Hilde.

—Las bestias se están muriendo también —dijo—. Por el camino he visto ratas muertas, varios gatos y el viejo sabueso de Herwyg. El Tuerto echará de menos a ese perro.

«Querido Dios —rezó Dietrich—, ¿purgarás la tierra de todos los seres vivos?».

—¿Qué es esto? —preguntó, señalando con el dedo la manga de Klaus—. Parece sangre. ¿Ha vomitado ella sangre?

Klaus se miró las manchas como si nunca las hubiera visto.

—No —dijo. Tocó una con el dedo pero no se manchó, así que la sangre ya estaba seca—. No, yo... Seguí...

Pero lo que el molinero fuera a decir se perdió en la duda, pues Hilde se levantó de la cama y se quedó allí plantada, erguida. Al principio, Dietrich pensó que se trataba de un milagro, pero la mujer empezó a dar vueltas y a balancearse y a cantar agitando los brazos. Klaus la agarró, pero el brazo de ella lo golpeó en la mejilla con tanta fuerza que casi lo derribó al suelo.

Dietrich se colocó al otro lado de la cama y trató de agarrarla por un brazo mientras Klaus la agarraba por el otro. La asió por la muñeca y usó su propio peso para tirar de ella. Klaus hizo lo mismo. Hilde continuó retorciéndose de un lado a otro, tarareando. Entonces, bruscamente, calló y se quedó quieta. Klaus alzó la cabeza.

—¿Ha...?

—No. No, respira.

—¿Qué significa? El baile.

Dietrich sacudió la cabeza.

—No lo sé...

Las bubas habían aumentado de tamaño, pero todavía no había vetas de veneno en sus brazos.

—¿Puedo verle las piernas?

Sin decir palabra, Klaus levantó la falda de Hilde y Dietrich estudió su ingle y sus muslos y se alivió al ver que allí no había tampoco vetas.

—Gottfried —pidió—, trae el vino viejo.

Klaus bajó la cabeza.

—*Ja, ja*. Yo también necesito un trago. ¿Descansará ahora?

—No es para beber. Debo lavar mi escalpelo.

Klaus se echó a reír de repente, y luego se hundió en un hosco silencio.

Gottfried trajo un cuenco con vinagre y Dietrich lavó la hoja en él. Luego la sostuvo sobre el fuego de la fragua hasta que el mango se puso caliente. No se arriesgaría a usar la esponja soporífera esta vez: ese recurso había que reservarlo para casos como el de Everard, en que la posibilidad de vivir y el riesgo de morir estaban más equilibrados.

—Sostén el cuenco —le dijo Dietrich a Gottfried, tendiéndole una bacina de barro—. Cuando abra la pústula, el pus debe caer en el cuenco. Ulf dice que no debemos dejar que nuestra carne entre en contacto con él —añadió para Klaus—, pero el krenk no cree que los afecte a ellos.

—Solo hay una forma de descubrirlo —dijo Gottfried.

—Es un demonio sabio, entonces. —Klaus estudió al krenk—. Ella cuidó de ellos, ahora ellos cuidan de ella. Una cosa no me parece mejor que la otra. —Miró el escalpelo.

—No temas —dijo Dietrich—. De Chauliac le dijo a Manfred que este curso de acción solía ser efectivo si no se retrasaba demasiado.

—¡Cortad, pues! No podría soportar que ella...

Dietrich había afilado el escalpelo hasta convertirlo en una cuchilla de afeitar. Cortó limpiamente la pústula. Hilde jadeó y arqueó la espalda, aunque no gritó como había hecho Everard. Dietrich la sujetó con fuerza por el brazo y la pestilencia se vertió en el cuenco de Gottfried. Miró para ver si contenía sangre y se sintió aliviado al ver que no había ninguna.

Aunque menos repugnante que el de Everard, el pus apestaba bastante. Klaus tragó saliva y no vomitó por pura fuerza de voluntad, aunque retrocedió.

Pronto, la horrible tarea terminó. Dietrich roció las heridas con vinagre. No estaba seguro de por que esto podría ser eficaz, pero los doctores en medicina lo creían así desde la gran época de Tomás de Aquino. El vinagre ardía, así que el elemento fuego quemaba las pequeñas-vidas.

Después, Dietrich se marchó con Klaus a casa de Walpurga Honig, donde se sentaron en el banco que había delante. Klaus llamó al postigo de la ventana con los nudillos y, un momento después, la esposa del cervecero la abrió y le puso en las manos una jarra de cerveza. Miró a Dietrich, volvió a aparecer con una segunda jarra y luego cerró el postigo con llave. El repentino ruido sobresaltó a Atiulf Kohlmann, que estaba sentado en el suelo al otro lado de la calle, y el niño llamó llorando a su madre.

—Todo el mundo tiene miedo —dijo Klaus, haciendo un gesto con la jarra. Tomó un sorbo, cerró los ojos y rompió a llorar. La jarra se le cayó de los dedos sin fuerzas y derramó su contenido en la tierra—. No comprendo —dijo después de un rato—. ¿Le ha faltado algo? Una sola palabra y lo tenía todo. Brocados, cintas, tocas. Ropa interior de seda una vez que estuvimos en Friburgo..., italiana, y ¿no me costó lo mío? «Pintura francesa» para su cara. Puse comida en su mesa, un techo sobre su cabeza... y no una choza como la de su padre. No, un edificio *de madera* con un horno de piedra y una chimenea para calentar el dormitorio. Le di dos hermosos hijos y, aunque Dios decidió llamar al niño demasiado pronto, me encargué de casar a nuestra Phye con un mercader de Friburgo. Solo Dios sabe cómo estarán en Friburgo ahora.

Se estudió las manos y las retorció. Miró al este, hacia las tierras bajas.

—Sin embargo, ella busca a otros hombres —continuó—. Todo el mundo lo sabe, pero yo he de fingir lo contrario... y tomarme mis pequeños desquites cuando peso la comida. Bromeaba cuando le levanté la falda para vos. Pero de verdad que creo que sois el último hombre de Oberhochwald que ha visto esa visión; aunque hubo un tiempo en que no lo creí. Pensaba que ibais a los bosques con ella, pastor. Aunque seáis cura, también sois un hombre. Así que os seguí un día. Fue entonces cuando vi a los monstruos por primera vez. Sin embargo, no fueron una visión tan terrible como la de mi Hilde despatarrada en un lecho de flores mientras ese burdo sargento la poseía.

Dietrich recordó haber visto uno de los caballos del molinero atado en el claro y haber pensado que era de Hilde.

—Klaus... —empezó a decir, pero el molinero continuó sin dar ninguna señal de haber oído.

—Soy un hombre ágil en la cama matrimonial. No tan ágil como en mi juventud, pero no he tenido ninguna queja de otras. Oh, sí, me he acostado con otras mujeres.

¿Qué elección tenía? ¿La vuestra? No, ardo como vuestro Pablo. No sé por qué ella me rechaza. ¿Le dicen otros hombres palabras más dulces? ¿Son sus labios más agradables? —Y el molinero alzó los ojos para mirar directamente a Dietrich—. Podríais decírselo. Podríais hacer que fuera un mandamiento. Pero... no quiero su sumisión. Quiero su amor y no puedo tenerlo, y no sé por qué.

»La vi por primera vez en las pocilgas de su padre, dando de comer a los cerdos. Tenía los pies descalzos en el fango, pero yo vi una princesa en el lodazal. Yo era aprendiz del viejo Heinrich, el padre de Altenbach, que tenía el molino del *Herr* antes que yo, así que mis perspectivas eran buenas. Mi Beatrix había muerto en aquel terrible invierno de 1315 y todos nuestros hijos con ella, así que mi semilla moriría conmigo a menos que volviera a casarme. Le propuse matrimonio a su padre y pagué *Merchet* y el *Herr* consintió. ¡Ninguna mujer de aquí ha tenido tan buen festín de bodas, excepto la mismísima Kunigunda del *Herr*! Esa noche descubrí que no era virgen, ¿pero qué mujer lo es en esta época? No me molestó entonces. Tal vez debería haberlo hecho.

Dietrich colocó una mano en el hombro de Klaus.

—¿Qué vas a hacer ahora?

—No era amable con ella, ese cerdo del sargento. Para él, fue otra aventura.

—Wanda Schmidt ha muerto.

Klaus asintió lentamente.

—Eso me entristece. Éramos buenos amigos. Compartíamos la misma carencia, pero yo la llenaba con ella. Sé que era pecado, pero...

—Un pecado menor —le aseguró Dietrich—. No había ningún mal, creo, en ninguno de vosotros.

Klaus se echó a reír estrepitosamente. Su fornido cuerpo se estremeció como un terremoto en un barril y a las comisuras de sus ojos asomaron lágrimas.

—¿Cuántas veces —dijo, cuando la risa se convirtió en melancolía—, en vuestros secos sermones escolásticos, os he oído decir que un «mal» es la ausencia de un «bien»? Así que decidme, sacerdote... —Los ojos se volvieron hacia Dietrich repletos de vacío—. ¿A qué hombre le ha faltado jamás tanto como a mí?

Permanecieron sentados en silencio. Dietrich le tendió al molinero la jarra de cerveza y el molinero bebió.

—Mis pecados —dijo—. Mis pecados.

—Everard ha muerto también —le dijo Dietrich, y Klaus asintió—. Y Franzl *Nariz-larga* del castillo. Pusieron su cuerpo ante las murallas esta mañana. —Miró hacia las torres, más allá de las almenas—. ¿Cómo está Manfred?

—No lo sé.

Klaus dejó ambas jarras en el alféizar para que la esposa del cervecero las recuperara.

—Me pregunto si lo sabremos alguna vez.

—Y los Unterbaum se han ido —dijo Dietrich—. Konrad, su esposa, sus dos hijos

supervivientes...

—Hacia el valle del Oso, supongo. Solo un necio se dirigiría a Bisgrovía con la peste en Friburgo. ¿Dónde está la madre de Atiulf?

Se levantaron y se acercaron al niño que lloraba en el suelo.

—¿Qué pasa, pequeño? —preguntó Dietrich, arrodillándose junto al chiquillo.

—¡Mami! —aulló Atiulf—. ¡Quiero a mami!

Se quedó sin aliento y sorbió aire con una gran bocanada que terminó en un paroxismo de tos y flema.

—¿Dónde está? —preguntó Dietrich.

—¡No sé! ¡Mami, *no me encuentro bien!*

—¿Dónde está tu padre!

—¡No sé! ¡Vati, haz que pare!

Entonces las toses sacudieron su cuerpo una vez más.

—¿Y tu hermana, Anna?

—Anna está dormida. No la despiertes. Lo dijo mami.

Dietrich miró a Klaus y Klaus lo miró a él. Luego los dos miraron hacia la puerta de la casa. El *Maier* apretó la mandíbula.

—Creo que deberíamos...

Klaus abrió la puerta y entró, y Dietrich, con el niño de la mano, lo siguió.

No había ni rastro de Norbert ni de Adelheid, pero Anna estaba tendida en un camastro de paja, con un semblante de paz y tranquilidad.

—Muerta —anunció—. Pero no hay ningún signo en ella. No como en el pobre Everard.

—Atiulf —dijo Dietrich con severidad—, ¿estaba tu hermana enferma cuando te fuiste anoche a la cama?

El niño, todavía lloriqueando, negó con la cabeza. Dietrich miró a Klaus, quien dijo:

—A veces el carbunco golpea así, cuando entra por la boca en vez de por la piel. Tal vez la peste actúa igual. O ha muerto de pena por el niño.

—Bertram Unterbaum.

—No creía que Norbert fuera capaz de dejar al niño para que se muera-dijo Klaus.

El sentido común le habría dicho que huyera, pensó Dietrich, Si el niño estaba condenado, ¿qué sentido tenía quedarse y convertirse también en víctima? Y por eso toda la gente razonable había huido... de la antigua Alejandría, del ejército asolado por la peste de Constantino, del Hospital de París.

Klaus tomó al niño en brazos.

—Voy a llevarlo al hospital. Si vive, será mi hijo.

Norbert había actuado contrariamente a su temperamento, pero el ofrecimiento de Klaus era sorprendente. Dietrich los bendijo y se separaron. Dietrich continuó hacia el extremo de la aldea que asomaba al valle del Oso simplemente porque había



echado a andar en esa dirección.

La puerta de una casa se abrió de golpe e Ilse Ackermann salió corriendo de ella con María en brazos.

—¡Mi pequeña Maria! ¡Mi pequeña Maria! —chillaba una y otra vez. La niña era una figura ennegrecida, manchada de vómito, con los labios y la lengua azul oscuro y la sangre manándole de la boca. Exhudaba el peculiar olor de la peste. Antes de que Ilse pudiera decir nada más, la niña tuvo un espasmo y murió.

La mujer chilló una vez más y soltó a la niña en el suelo, donde yació como la muñeca chamuscada que esa misma niña había rescatado del fuego. La peste parecía haber invadido cada centímetro de su cuerpo, pudriéndolo desde dentro. Dietrich retrocedió horrorizado. Esa visión era más terrible que la de Hilde en su delirio o incluso que la de Wanda con su lengua negra e hinchada. Aquello era la muerte en toda su horrible majestad.

Ilse se llevó las manos a la cara y salió corriendo hacia el campo de otoño donde trabajaba Félix, dejando a su hija en el suelo.

La muerte había asaltado a Dietrich por todas partes y demasiado rápidamente. Everard, Franzl, Wanda, Anna, Maria. Pacífica o agonizante; larga o breve; pudriéndose de hedor o simplemente quedándose dormida. No había ninguna orden en ella, ninguna ley. Dietrich avivó el paso. La peste, después de tres días de descanso, había redoblado sus esfuerzos.

Una fruta repugnante colgaba del tilo del prado: una figura humana que se retorció con la calurosa brisa de julio. Era Odo, vio Dietrich al acercarse, y al principio pensó que se trataba de un suicidio. Pero la cuerda estaba atada al tronco y no había nada bajo sus pies desde donde pudiera haber saltado. Entonces lo comprendió. Cuando regresaba de casa de su yerno, habían atacado y matado a Odo por el pecado de haber traído la peste.

Dietrich no pudo soportarlo más. Echó a correr. Sus sandalias golpetearon contra las tablas de madera del puente del arroyo y encontró el camino del valle del Oso. El sendero desnudo se cocía al sol, excepto donde corría junto al río. Allí el arroyuelo se había convertido en lodo, que salpicó las piernas de Dietrich cuando lo cruzó. En el recodo se encontró con una de las yeguas del *Herr*, una gris, completamente ensillada y enjaezada, mordisqueando algún matorral succulento junto al camino.

«¡Una señal!», pensó. Dios había enviado una señal. Sujetó las riendas, tomó impulso y la montó. Luego, sin mirar atrás, dirigió el tranquilo animal hacia el este.

## AHORA

## Sharon

El subconsciente es algo maravilloso. Nunca duerme, no importa lo que haga el resto de la mente. Y no deja de pensar. No importa lo que haga el resto de la mente. Sharon estaba en mitad de su clase de estructura galáctica (siete graduados de física de primera fila) cuando, al volverse después de hacer una afirmación, sus ojos se posaron en la gráfica tamaño póster de la distribución del virado al rojo.

«Naturalmente».

Guardó silencio. El estudiante que acababa de responder a su pregunta se agitó incómodo en su asiento, preguntándose en qué se había equivocado. Hizo tamborilear su bolígrafo sobre la mesa y buscó apoyo en sus compañeros de clase.

—Lo que quería decir... —contemporizó, buscando una pista.

Sharon se dio media vuelta.

—No, no, tiene razón, Girish. Pero acabo de darme cuenta... La clase ha terminado.

La curiosa diferencia entre un graduado y su primo no graduado es que al estudiante graduado puede no gustarle un regalo semejante. En su mayor parte, están ahí porque *quieren* estarlo, no porque la sociedad diga que deben estar. Por eso los alumnos salieron de la clase del seminario murmurando entre sí mientras Sharon corría a su despacho, donde se puso a escribir frenéticamente.

Cuando Hernando llegó media hora más tarde, tiró su gorra a la estantería y dejó caer la mochila junto a su mesa, estaba tan absorta que ni siquiera reparó en él. Hernando la miró un rato antes de ponerse a clasificar sus notas para su clase de nucleónica.

—Es porque el tiempo está cuantizado —dijo Sharon, sacando a Hernando de su propia reflexión.

—¿Qué? ¿El tiempo, cuantizado? Sí, supongo. ¿Por qué no?

—No, son los virados al rojo. Por qué las galaxias se alejan a velocidades discretas. El universo farfulla.

Hernando se giró en la silla para mirarla.

—Cierto.

—Bueno, energía de vacío. La lambda de Einstein, la que él consideró su mayor torpeza.

—El factor chapuza cósmico que introdujo para poder obtener el resultado que quería.

—Eso es. Claro, Einstein era un genio. Incluso cuando cometía un error era brillante. Lambda separa las galaxias más y más rápido. Pero la cantidad de energía en el vacío depende de la velocidad de la luz... y viceversa.

—Eso es lo que parece sugerir tu teoría.

Ella ignoró sus dudas.

—Si la velocidad de la luz disminuye, eso reduce la cantidad de energía que puede contener el vacío. Así que, ¿dónde va el exceso de energía?

Hernando frunció los labios, pensativo.

—¿Fuera del universo?

—No, *dentro* del universo. Dentro de la radiación y la materia corriente. En las nubes de polvo y las microondas, estrellas y planetas y galaxias, en las ballenas y las aves y los profesores universitarios.

El posgraduado silbó.

—El *Big Bang* mismo...

—Y sin ningún campo de inflación descabellado necesario como epiciclo. El tiempo cuantizado es lo único que explica los huecos del virado al rojo.

—¿Qué hay de la exactitud de las mediciones? —sugirió Hernando—. O de que las muestras sean insuficientes o que no sean representativas.

—Eso es lo que le dijeron a Tifft cuando lo descubrió. Y... tenían razón en gran parte; pero también eran campeones de la ortodoxia aferrándose al dogma establecido. Mira, la *luz* está cuantizada, el *espacio* está cuantizado, ¿qué hace que el *tiempo* sea tan especial? Es solo otra dimensión del continuum.

—Oh, es un argumento convincente. Además, si tienes razón, no es exactamente un con-tinu-um.

—Y por eso hay huecos en los virados al rojo. Lo que parece una película continua es en realidad solo una serie de fotogramas. El universo tiene «grietas».

El musculoso joven se echó a reír.

—¿Y que hay en esas grietas?

—¡Oh, nos encantaría saberlo! Otros universos completos, creo. Mundos paralelos.

Hernando ladeó la cabeza y pareció pensativo.

—¿Pruebas objetivas? —dijo después de un rato.

—Ahí es donde entras tú.

—¿Yo? —Pareció alarmarse, como si Sharon estuviera a punto de enviarlo a uno de aquellos mundos paralelos.

—Tienes que construirme un detector de cronones.

—Claro, tengo la tarde libre después de la clase de las dos. Supongo que un cronón es...

—Un «cuanto» de tiempo.

Él se lo pensó.

—Vale. ¿Pero cómo se detecta una cosa así?

—Tú y yo, Hernando, vamos a descubrirlo. Piénsatelo. Algún día, puedes caminar por otro planeta, o por un mundo paralelo.

El posgraduado hizo una mueca.

—Tengo algo que hacer ese fin de semana.

Sharon se apoyó en su sillón, segura ahora de que la mente escéptica de Hernando había picado el anzuelo. Todo entusiasta necesita un escéptico o pierde el control.

## XXV

### JULIO DE 1349

#### *Días feriales.*

La yegua gris no tenía ganas de huir y su paso testarudo era un compromiso entre el deseo de Dietrich de galopar y su propio deseo de no moverse. Cuando llegaron a la puerta del prado, donde los matorrales daban paso a terreno abierto, la yegua vio restos de heno disperso a medio cortar, se desvió del camino y trató de mordisquear la cuerda del poste.

—Si tanta hambre tienes, hermana yegua —concedió Dietrich—, no sobrevivirás al viaje.

Se inclinó hacia delante, soltó la aldaba y el animal entró a paso vivo en el prado, como un niño al que le muestran un pastel de cumpleaños.

Mientras Dietrich esperaba impaciente a que la yegua se alimentara, la curiosidad hizo que volviera su atención hacia las alforjas, y se preguntó a quién, además de a Dios, debía aquel regalo. Al buscar, encontró un manípulo de lino de color verde, bordado en hilo de oro con las cruces y el crismón. Debajo había otras vestiduras sacerdotales de sorprendente belleza. Se acomodó en la silla. ¿Qué más signo podía pedir que habían enviado el caballo para que él lo encontrara?

Cuando la yegua terminó de comer, Dietrich la condujo hacia la sombra del Bosque Grande. Recordó que allí había un arroyo donde el animal podría beber, y la sombra de los árboles sería un alivio del horrible calor.

No había vuelto a entrar en el bosque desde la partida del navío krenk y el follaje de verano había alterado su aspecto de modo considerable. Las rosas silvestres y otras flores sofocaban el aire con sus fragancias. Las abejas zumbaban. Nueva vegetación había tapado muchas de las marcas que había dejado Max. Sin embargo, la yegua parecía caminar en una dirección determinada. Dietrich supuso que olía el agua y le dio rienda suelta.

Criaturas invisibles se apartaban de su camino, agitando los matorrales. Un pájaro de alas azules observó su avance durante un momento antes de echar a volar. Petrarca, según se decía, encontraba paz en la naturaleza y, una vez, había escalado el monte Ventoux, cerca de Aviñón, simplemente para ver el panorama desde su cúspide. Tal vez el salvajismo de sus escritos, sus distorsiones y libelos, se debían en parte a su amor por los lugares extraños.

Dietrich llegó al claro donde el arroyo se remansaba antes de continuar su camino montaña abajo. La yegua bajó la cabeza y empezó a beber, y Dietrich, tras reflexionar que también a él le entraría sed por el camino, desmontó y tras atar al animal caminó unos pasos corriente arriba para beber.

Una piedra cayó en el estanque y Dietrich retrocedió de un salto. Sobre él, en un

saliente desde donde el agua se vertía en el estanque, estaba sentada Heloïse Krenkerin. Dietrich despertó su arnés de cabeza.

—Alabado sea Dios —le dijo por el canal privado.

La krenken extendió la mano a un lado y lanzó otra piedra al estanque.

—Alabado sea Dios —respondió—. Creía que los de tu especie evitaban estos bosques.

—Son lugares temibles —reconoció Dietrich—. ¿Qué te trae por aquí?

—Mi gente encuentra... tranquilidad-dentro-de-la-cabeza en lugares como este. Tiene... cuál es vuestra palabra... *Laberinto*. Equilibrio.

—Arnold solía sentarse ahí —dijo Dietrich—. Lo vi una vez.

—Lo... También él era de la Gran Isla.

Lanzó otra piedra al estanque, reiniciando las ondas que habían empezado a atenuarse. Dietrich esperó, pero ella no dijo nada más hasta que se volvió para irse.

—Cuando os quedáis quietos, parece como si os desvanecierais —dijo Heloïse—. Sé que es la forma en que están formados nuestros ojos, y Ulf trató de explicar cómo los vuestros eran diferentes; pero él es solo... uno-que-trabaja-con-máquinas-para-los-médicos, no un médico. —Lanzó otra piedra—. Pero no importa.

La piedra golpeó directamente el centro del que partían las ondas, y Dietrich pensó que cada uno de sus lanzamientos había dado exactamente en el mismo punto. ¿Era el movimiento del agua lo que atraía su puntería? Los humanos calculaban la distancia con más exactitud que los krenken; pero los krenken calculaban el movimiento más exactamente. Así Dios asigna a cada pueblo dones adecuados a su ser.

—¿Cómo está Ulf? —preguntó la krenken—. ¿Muestra las manchas? —Extendió su brazo para que Dietrich pudiera ver las motas verde oscuro que presagiaban la extraña muerte de inanición de sus huéspedes.

—No que yo haya visto.

Ella se pasó un dedo por una gran magulladura.

—Dime, ¿es mejor morir rápido o despacio?

Dietrich bajó la cabeza mientras arrastraba la arena con el pie.

—Todos los seres quieren vivir por naturaleza, así que la muerte es un mal que nunca se busca por su bien. Pero todos los seres quieren también evitar el dolor y el terror. Como morir rápidamente los alivia, una muerte rápida es, por tanto, si no «buena», al menos un defecto menor del bien. Pero una muerte rápida no da ocasión para el arrepentimiento y la expiación a aquellos que han obrado mal. Por tanto, una muerte lenta puede ser también un mal menor.

—Es cierto lo que se decía de ti. —Una quinta piedra siguió a las demás—. Ulf se quedó porque Hans pidió sus habilidades particulares, y él obedeció como si Hans hubiera sido un... uno-puesto-arriba.

—¿Eso es lo que te dijo?

—No podía dejarlo. Sin embargo, cada día huelo más cerca mi muerte. Eso no

está bien. La muerte debería cernirse como vuestro halcón, no acechar como vuestro lobo. «Así era; así es».

—La muerte no es más que la puerta a otra vida —le aseguró Dietrich.

—Lo es.

—Y nuestro *Herr*, Jesucristo, es la puerta.

—¿Y cómo paso por esa puerta-que-es-un-hombre?

—Tu mano está ya en el picaporte. El camino es el amor, y eso ya lo has demostrado con tus actos.

También lo había hecho su esposo. Mientras regresaba junto a su caballo, Dietrich se asombró de que ambos se hubieran quedado porque cada uno de ellos pensaba que el otro iba a hacerlo. Así uno pasa de preocuparse por el deber a tener el deber de preocuparse. Puso el pie en el estribo y montó.

—Ven a verme cuando regreses a la aldea y hablaremos —dijo. Tiró de las riendas y dirigió a la yegua hacia el sendero.

El animal había sido en efecto una señal, y un milagro también. La señal había sido guiarlo hasta allí, para que Dios pudiera reprenderle amablemente a través de las mandíbulas de una forastera. El cáliz no se apartaría de Heloïse como no se había apartado del Hijo del Hombre en Getsemaní, ¿qué presunción era entonces pensar que podía apartarse de él?

—Señor —rezó—. ¿Cuándo te vi enfermo o necesitado y dejé de consolarte?

Se inclinó hacia delante y acarició la cabeza de la yegua, que relinchó de placer.

—Eres un animal milagroso —le dijo, pues Dios le había permitido estar en presencia de un krenk sin sentir pánico.

Por el camino de regreso, rezó por el reposo del alma del padre Rudolf. Dios había presentado a Dietrich los medios para huir y, con ellos, le había hecho una advertencia de la recompensa que tenía la huida.

El horror se fue acumulando igual que una tormenta: primero unos pocos, luego un periodo de tranquilidad en que la gente pensaba que la amenaza había pasado ya, luego unos cuantos más, hasta que por fin llegó como un torrente. La gente permanecía acobardada en su hogar. En los campos, las cosechas se pudrían y el heno se marchitaba sin segar. Unos cuantos se unieron a Dietrich y los krenken en el hospital. Joachim, cuando se recuperó de sus heridas; pero también Gregor Mauer, Klaus Müller, Gerda Boettcher, Lueter Holzacker. Theresia Gresch trabajaba con sus hierbas, preparando aquellas que aliviaban el dolor o inducían al sueño, pero no quería entrar en la fragua.

Gottfried había dedicado el hospital a san Lorenzo, aunque Dietrich sospechaba que se refería al difunto herrero, no al diácono de Sixto. Como Dietrich le había hablado de los Caballeros Hospitalarios, la criatura empezó a llevar una sobrepelliz con una cruz de la Orden en la parte superior izquierda.

La gente enfermaba poco a poco... y de repente; con accesos de tos... y con

bubas. Herwyg *el Tuerto* pareció ennegrecerse ante la horrorizada mirada de Dietrich, como si una sombra hubiera atravesado su alma. Marcus Boettcher sufrió, como Everard, una larga agonía de convulsiones. La familia entera de Volkmar Bauer pereció; su esposa, Seppl, incluso Ulrike y su bebé recién nacido. Solo el *Vogt* sobrevivió, y precariamente.

Los días fueron pasando: Margarita de Antioquía, María Magdalena, Apolinario, Santiago el Mayor, Berthold de Gasten... Al perder la cuenta de las festividades, Dietrich celebró días sin nombre.

Los entierros se multiplicaron. Marcus Boettcher. Konrad Feldmann y sus dos hijas. Rudi Pforzheimer. Gerda Boettcher. Trude y Peter Metzger. Tras cada muerte, Dietrich hacía sonar la campana de la iglesia. Una vez por un niño, dos por una mujer, tres para los hombres. ¿Quién las escucharía?, se preguntaba. Imaginaba los repiques perdiéndose cada vez más débiles en un paisaje vacío de vida.

El patio de la iglesia se llenó y cavaron tumbas en terreno nuevo que Dietrich consagraba. «No todos morirán», se decía Dietrich una y otra vez. En París quedaba gente, y en Aviñón. Incluso en Niederhochwald, un puñado habían sobrevivido. Hilde parecía mejorar, y el Pequeño Gregor, e incluso Volkmar Bauer.

Reinhardt Bent no robaría más surcos a sus vecinos, ni Petronella Lürm espigaría los campos del *Herr*, La mujer de Fulk, Constanz, murió de manera repentina. Melchior Metzger llevó a un delirante Nickel Langermann al hospital.

—No es justo—decía el joven, como si echara la culpa a Dietrich—. Tuvo carbunco y se recuperó. ¿Por qué golpearlo esta segunda vez?

—No hay ninguna razón —respondió Hans, junto al lecho de Franz Ambach—. Solo hay un «cómo» y no lo sabe nadie.

Ulf había estado trabajando en un aparato que ampliaba cosas muy pequeñas, por lo que Dietrich le había puesto por nombre *mikroskopion*. A través de él, Ulf había estudiado la sangre de los enfermos y los sanos. Un día, cuando Dietrich fue a la rectoría a despertar a Joachim para su turno en el hospital, Ulf le mostró en la imagen-pizarra incontables lunares negros de diversas formas y tamaños, como motas de polvo capturadas en un rayo de luz. Ulf indicó una.

—Esta no aparece nunca en la sangre sana pero está siempre en la enferma.

—¿Qué es? —preguntó Joachim, solo despierto a medias.

—El enemigo.

Pero una cosa era conocer el rostro del enemigo y otra muy distinta matarlo. Arnold podría haber tenido éxito, o eso decía Ulf.

—Sin embargo, nosotros no tenemos su habilidad. Solo podemos probar la sangre de un hombre y decir si el enemigo está presente dentro de él.

—Entonces —dijo Joachim—, todos los que aún no llevan esta marca de Satán deben huir.

Dietrich se frotó la barbilla sin afeitarse.



—Y se podrá impedir que los enfermos huyan, para que no extiendan aún más las pequeñas-vidas. —Miró a Joachim, que no dijo nada—. *Ja, doch*. Es poco, pero es algo.

Max fue el líder natural de una huida semejante. Conocía los bosques mejor que nadie, aparte de Gerlach el cazador, y estaba más acostumbrado a guiar hombres que Gerlach.

Dietrich se dirigió a los establos del *Herr* y ensilló un esbelto corcel negro. Había tensado la cincha y estaba proponiéndole a la bestia que aceptara el bocado cuando la voz de Manfred dijo:

—Podría hacerte azotar por tu presunción. —Dietrich se volvió y encontró al *Herr* detrás de él. Llevaba una gran ave de caza en el antebrazo izquierdo. Manfred indicó el caballo—: Solo un caballero puede cabalgar un corcel.

Pero cuando Dietrich empezaba a quitar la brida, negó con la cabeza.

—Na, ¿a quién le importa? He venido hasta aquí solo porque me he acordado de mis aves y he decidido soltarlas antes de que se mueran de hambre. Estaba en la pajarera cuando te he oído trastear. Tengo pensado soltar la jauría y vaciar el establo también, así que me va bien que hayas venido ahora. Supongo que pretendes huir como hizo Rudolf.

La ligereza de la suposición enfureció a Dietrich, sobre todo porque se acercaba demasiado a la verdad.

—Voy a buscar a Max —dijo.

Manfred alzó el guante y acarició el halcón, que ladeó la cabeza, mordisqueó el grueso guante de cuero y chilló.

—Sabes lo que significa el guante, ¿verdad, precioso? Anhelas desplegar las alas y volar, ¿eh? Max ha volado también, supongo, o ya habría regresado.

Dietrich no dijo nada, y Manfred continuó:

—Pero su carácter lo impulsa a regresar a mí. No me refiero a Max, sino a esta belleza. Max también, ahora que lo pienso. Dará vueltas y más vueltas, buscando un brazo acogedor y no lo verá. ¿Es justo liberarlo a esa pena?

—*Mein Herr*, sin duda se acostumbrará a sus nuevas circunstancias.

—Eso hará —respondió Manfred con tristeza—. Me olvidará a mí y olvidará las presas que cazamos juntos. Por eso el halcón simboliza el amor. No se puede tener un halcón. Hay que liberarlo y, entonces, regresará por propia voluntad o...

—O «volará a otras manos».

—¿Conoces el termino? ¿Estudiaste cetrería? Eres un hombre curioso, Dietrich. Un sabio de París. Sin embargo, sabes montar a caballo y tal vez cazar con aves. Creo que eres de noble cuna. Sin embargo, nunca hablas de tu juventud.

—*Mein Herr* conoce las circunstancias en las que me encontró.

Manfred hizo una mueca.

—Expresado de forma muy delicada. En efecto, las conozco. Y si no te hubiera

visto enfrentarte a la turba en Rheinhausen, te habría dejado allí para que te mataran como al resto. Sin embargo, en conjunto, todo ha ido muy bien. He copiado muchas de nuestras conversaciones en memorandos. Nunca te lo había dicho. No soy ningún erudito, aunque me considero un hombre práctico, y siempre me han deleitado tus ideas. ¿Sabes cómo hacer que un halcón regrese a ti?

—*Mein Herr...*

—Dietrich, después de todos estos años, puedes prescindir de las formalidades.

—Muy bien... Manfred. No se puede hacer regresar a un halcón, aunque fácilmente se le puede impedir volver. Un halconero debe dominar sus emociones, no debe hacer ningún movimiento brusco que pueda espantar al pájaro.

—Ojalá más enamorados conocieran ese arte, Dietrich. —Se echó a reír y entonces, en medio del silencio, su cara se ensombreció—. Eugen tiene la fiebre.

—Ojalá Dios lo salve.

Los labios de Manfred se torcieron.

—Su muerte será el fin de mi Gundl. Ella no podrá vivir sin él.

—Ojalá Dios le niegue su deseo.

—¿Crees que Dios te sigue escuchando? Creo que se ha marchado del mundo. Creo que se ha disgustado con los hombres y no quiere saber nada más de nosotros.

—Manfred salió de los establos y, con un movimiento del brazo, lanzó al halcón—. Dios ha huido a otras tierras, creo. —Admiró un rato la belleza del ave antes de volver al establo—. Odio romper mi lazo con él de esta manera. —Se refería al pájaro.

—Manfred, la muerte no es más que un halcón «lanzado a otras tierras».

El *Herr* sonrió sin ganas.

—Muy oportuno, pero quizá demasiado fácil. Cuando regreses con el corcel, dale paja, pero no lo metas en el establo. Debo ver a las otras bestias.

Se volvió, vaciló, luego abrió los brazos.

—Tú y yo tal vez no volvamos a encontrarnos nunca.

Dietrich aceptó el abrazo.

—Lo haremos, si Dios nos concede a ambos el deseo de nuestros corazones.

—¡Y no lo que nos merecemos! Ja. Así nos despedimos con una broma. ¿Qué otra cosa puede hacer un hombre entre tanta pena?

Al principio, Dietrich no reconoció a Max, pero el fuerte zumbido de las moscas al sol de verano lo condujo hacia el lugar. Encogió los hombros y desmontó. Ató con especial cuidado al caballo en un roble cercano. Sacó un pañuelo, arrancó un puñado de flores silvestres y las aplastó dentro de la tela para liberar su perfume antes de atarse el pañuelo sobre la cara. Arrancó una rama de un matorral y, usándola como escoba, barrió el cuerpo del sargento, dispersando a sus aéreos comensales. Entonces, con tanto desapasionamiento como pudo, contempló el cadáver de su amigo.

Los médicos de Bolonia y Padua habían hecho anotaciones acerca de cuerpos

resecos al sol, o consumidos en la tierra, o sumergidos en agua corriente, pero Dietrich no creía que lo hubieran hecho jamás acerca de un cuerpo en aquel estado. El estómago se le subió a la boca y dedicó una indignidad final al hombre. Cuando se recuperó y hubo rellenado su «pañuelo florido», Dietrich confirmó lo que había atisbado.

Habían apuñalado a Max por la espalda. Tenía el jubón roto a la altura de los riñones y de allí había brotado un gran borbotón de sangre. Había caído hacia delante, en el acto de empuñar la daga, pues yacía sobre el brazo derecho con el mango del arma en la mano agarrotada y la hoja a medio desenvainar.

Dietrich se dirigió tambaleándose a una roca cercana, un bloque que había caído incontables años antes del acantilado de arriba. Allí se echó a llorar... Por Max, por Lorenz, por Herwyg *el Tuerto* y todos los demás.

Dietrich regresó al hospital después de vísperas. Durante un rato observó a Hans y Joachim y los demás atender a los enfermos, aplicando paños fríos a frentes febriles, dando de comer a bocas indiferentes, lavando vendas usadas para cubrir las llagas en tinas de agua caliente y jabonosa y luego poniéndolas a secar, una práctica que habían recomendado Hugh de Lucca y otros.

Por fin, Dietrich se acercó a Gregor, que atendía a su hijo enfermo.

—Todo el mundo dice que tiene mi cara —dijo Gregor—, y tal vez eso sea cierto cuando está despierto y trata de ser como yo; pero cuando esta dormido, recuerda que es el primogénito *de ella*, y su sombra me contempla desde dentro de su corazón. —Guardó silencio durante un instante—. Debo cuidar a Seybke. Los dos se pelearon. Siempre luchando como dos cachorros de oso. —Gregor dobló el cuello—. Gregerl no es un chico piadoso. Se burla de la Iglesia, a pesar de mis reprimendas.

—La elección es de Dios, no nuestra, y Dios no actúa por resquemor, sino por amor infinito.

Gregor contempló la fragua.

—Amor infinito —repitió—. ¿Os referís a esto?

—No es ningún consuelo —intervino Hans—, pero los krenken sabemos una cosa: no hay ningún otro modo en que el mundo pudiera haber sido creado para albergar vida. Hay... números. La fuerza de los lazos que unen los átomos; la... la fuerza de la esencia *elektronik*; la atracción de la materia... ¡*Ach!* —Extendió el brazo—. Las frases en mi cabeza deambulan; no ha sido mi llamada. Hemos demostrado que esos números no podrían haber sido otros. El cambio más pequeño en alguno y el mundo no existiría. Todo lo que pasa en este mundo procede de esos números: cielo y estrellas, sol y luna, lluvia y nieve, plantas y animales y pequeñas-vidas.

—«Dios ha ordenado todas las cosas —citó Dietrich el Libro de la Sabiduría—, según su peso y medida y número».

—*Doch*. Y de esos números vienen también enfermedades y aflicciones y muerte

y la peste. Sin embargo, si el *Herr-del-cielo* hubiera ordenado el mundo de otra forma, no habría vida ninguna.

Dietrich recordó que el maestro Buridan había comparado el mundo con un gran reloj que Dios había puesto en marcha y que oscilaba siguiendo sus propias causas instrumentales.

—Tienes razón, monstruo —dijo Gregor—. No es ningún consuelo.

Heloïse Krenkerin murió al día siguiente. Hans y Ulf llevaron su cuerpo a la iglesia y la depositaron en un banco que Joachim había preparado. Luego Dietrich los dejó a solas para que ejecutaran los ritos que les había permitido previamente. Después, en la rectoría, Hans alzó su frasco a la ventana.

—Solo quedan estos días —dijo, marcando el nivel con la punta del dedo—. No te veré hasta el final.

—Pero después del final, volveremos a vernos el uno al otro —le dijo Dietrich.

—Tal vez —concedió el krenk. Colocó el frasco con cuidado en el estante y salió. Dietrich lo siguió y lo encontró sentado en el macizo rocoso donde le gustaba encaramarse. Se sentó en la hierba a su lado. Sus piernas se quejaron y se frotó la pantorrilla. Bajo ellos, el sol poniente proyectaba sombras largas y el cielo se había vuelto de color cobalto. Hans extendió el brazo izquierdo.

—Ulf —dijo.

Dietrich siguió el gesto hasta el campo de otoño ahogado por los hierbajos, donde vio a Ulf de pie con los brazos extendidos. Su sombra corría como la lanza de un caballero por los sembrados, rota por la irregularidad de las plantas y el terreno.

—¡Hace el signo del Crucificado!

Hans agitó los labios.

—Tal vez. El *Herr-del-cielo* es a menudo caprichoso. Pero mira cómo le muestra el cuello al cielo. Invita al Cernidor a llevárselo. Este era un antiguo rito, practicado por el pueblo de Ulf en la lejana isla del Mar Oriental de las Tormentas. La gente de Ulf y la mía por igual consideraban esos ritos tontos y vanos, y la gente de Shepherd trató de eliminarlos. De hecho, el rito hace mucho que no se emplea, ni siquiera en la Gran Isla; pero en tiempos de peligro, un hombre puede volverse hacia las costumbres de sus antepasados y exponerse en un campo despejado.

Hans se levantó de la roca, se tambaleó y estuvo a punto de caerse. Dietrich lo agarró por el brazo, arrastrándolo a lugar seguro. Hans se echó a reír.

—¡*Bwah!* ¡Qué innoble fin! Mejor que te lleve el Cernidor de Ulf que un tropezón torpe, aunque prefiero una muerte tranquila durante mí sueño. ¡*Ach!* ¿Qué es esto?

¡Uno de los halcones liberados por Manfred se había posado en el brazo extendido de Ulf! El pájaro chilló. Pero como Ulf no proporcionó el bocado esperado, el ave extendió las alas y remontó el vuelo hacia el cielo una vez más, donde trazó tres vueltas antes de alejarse.

Hans se sentó de pronto y se abrazó las rodillas, con las mandíbulas laterales abiertas. En el campo lejano, Ulf saltaba al modo de la danza krenk. Dietrich los miró a ambos, asombrado.

Hans se levantó y se sacudió ausente la hierba y la tierra de sus botas de cuero.

—Ulf aceptará ahora nuestro bautismo —dijo—. El Cernidor lo ha perdonado. Y si eso puede demostrar piedad, ¿por qué no jurar fidelidad al mismísimo *Herr* de la piedad?

—¡Pastor, pastor!

Era el pequeño Atiulf, que se había acostumbrado a seguir a Klaus a todas partes y llamarlo papá.

—¡Hombres! ¡En el camino de Oberreid!

Era el día después del bautismo de Ulf, y Dietrich había estado cavando tumbas en la cima de la colina de la iglesia con Klaus, Joachim y unos cuantos hombres más. Se reunieron con el chico y Klaus lo tomó en brazos.

—Tal vez traen la noticia de que la peste se ha marchado —dijo el molinero.

Dietrich sacudió la cabeza. La peste no se marcharía nunca.

—Por su capa, es heraldo del duque, y el otro un capellán. Tal vez el obispo haya enviado un sustituto para el padre Rudolf.

—Sería un necio si viniera aquí —comentó Gregor.

—O estaría contento de salir de Estrasburgo —recordó Dietrich.

—No lo necesitamos aquí, en cualquier caso —dijo Joachim.

Pero Dietrich solo había dado unos cuantos pasos colina abajo cuando el caballo del heraldo retrocedió y estuvo a punto de desmontarlo. El jinete luchó con las riendas mientras la aterrorizada bestia relinchaba y alzaba los cascos al aire. Unos cuantos pasos tras él, la montura del capellán también se inquietó.

—*Ach* —dijo Gregor entre dientes—. Lo que nos faltaba.

Los dos jinetes retrocedieron al paso entre las colinas antes de que el heraldo hiciera dar la vuelta a su caballo y, alzándose en los estribos, extendiera el brazo derecho en un ademán que Dietrich malinterpretó como el gesto de rechazo krenk. Luego se perdieron tras el recodo de la colina y solo una nube de polvo quedó para mostrar dónde habían estado. Encontraron a Hans en campo abierto, entre la fragua y la cantera de Gregor, mirando el camino de Oberreid.

—Pensé en advertirlos —dijo, oscilando levemente—. Había olvidado que no soy uno de vosotros. Me han visto y...

Fue Klaus, nada menos, quien colocó una mano en el hombro del krenk y dijo:

—Pero sí que eres uno de nosotros, hermano monstruo.

Gottfried salió de las sombras del hospital.

—¿Qué importa si te han visto? ¿Qué pueden hacer sino liberarnos de esto? El de la capa bonita ha arrojado algo al suelo.

Gregor trotó camino abajo para recuperarlo.

—Lamento haberos traicionado, Dietrich —dijo Hans—. Para nosotros es difícil ver la falta de movimiento. Me olvide y me quedé quieto. Costumbre. Perdóname. — Y, dicho esto, se desplomó.

Klaus y Lueter Holz hacker lo llevaron al hospital y lo acostaron en un jergón. Gottfried, Beatke y los otros krenken supervivientes se congregaron a su alrededor. Hans se sacudía.

—Ha estado compartiendo su parte con nosotros —dijo Gottfried—. No lo supe hasta ayer.

Dietrich lo miró.

—¿Se ha sacrificado como hizo el alquimista?

—¡*Bwah-wah!* No como hizo el alquimista. Arnold pensó que el tiempo añadido nos permitiría terminar las reparaciones. Bueno, no era un hombre del *elektronikos*, ¿y quién dice que se equivocaba al tener esperanza? Pero Hans no actuó por esperanza carnal, sino por amor a nosotros que le servimos.

Gregor llegó con un pergamino atado con una cinta. Se lo entregó a Dietrich.

—Es lo que ha dejado caer el heraldo.

Dietrich desató la cinta.

—¿Cuánto tiempo...? —le preguntó a Gottfried.

El sirviente de la esencia *elektronik* se encogió de hombros como podría hacerlo un hombre.

—Quién sabe. Heloïse fue al cielo en unos pocos días; Kratzer tardó semanas. Es como con vuestra peste.

—¿Qué dice la nota? —preguntó Joachim, y Dietrich sacó sus lentes del zurrón.

—Si no hay ningún sacerdote entre nosotros —anunció cuando terminó de leer—, se autoriza a los legos a escuchar la confesión de los demás. —Alzó la cabeza—. Un milagro.

—Vaya milagro —dijo Klaus—. ¿Que yo confiese mis pecados aquí al cantero? ¡Eso sí que sería un milagro!

—Na, Klaus —dijo Lueter—. Te he oído confesar después de haberte tomado un par de jarras de cerveza de Walpurga.

—El archidiácono Jalrsberg dice en su escrito que no quedan sacerdotes que enviar.

—Un milagro, en efecto —dijo Klaus.

—La mitad de los puestos de la diócesis están vacantes... porque sus sacerdotes no huyeron como el padre Rudolf. Se quedaron con sus rebaños y murieron.

—Como vos —dijo Klaus. Y Dietrich le rio el comentario.

Gregor frunció el ceño.

—El pastor no está muerto. Ni siquiera está enfermo.

—Ni tú ni yo —dijo Klaus—. Todavía no.

Dietrich estuvo sentado junto al camastro de Hans todo el día y durmió allí por la

noche. Hablaron de muchas cosas, el monstruo y él. Si existía un vacío. Cómo podía haber más de un mundo, porque entonces cada uno intentaría abalanzarse hacia el centro del otro. Si el cielo era una bóveda o un vasto mar vacío. Si los imanes del maestro Peter podrían crear una máquina que nunca se parara, como había sostenido. Todas aquellas cuestiones de filosofía que tanto habían interesado a Hans en días más felices. Hablaron, también, de Kratzer, y Dietrich se convenció más que nunca de que, si el amor tenía algún significado en los desconocidos corazones de los krenken, Hans y Kratzer se habían amado el uno al otro.

Por la mañana, el puente levadizo del castillo se abrió con crujido de cadenas y Richart *el Schultheiss*, con Wilifrid, el amanuense, y unos cuantos más salieron a todo galope, bajaron por la colina del castillo y se dirigieron hacia el camino del valle del Oso. Poco después la campana de la capilla del castillo sonó una vez. Dietrich esperó y esperó, pero no hubo un segundo toque.

Esa tarde, los aldeanos celebraron una asamblea extraordinaria bajo el tilo y Dietrich preguntó a quiénes de los allí reunidos había encontrado Ulf ubres de las pequeñas-vidas. Casi la mitad levantaron la mano, y Dietrich advirtió que se habían sentado a distancia de sus vecinos.

—Debéis marcharos de Oberhochwald —dijo—. Si os quedáis, las pequeñas-vidas os invadirán también. Llevaos a aquellos a quienes se les haya pasado la fiebre. Cuando la peste se haya marchado, podréis regresar y enmendar las cosas una vez más.

—Yo no regresaré —exclamó Jutte Feldmann—. ¡Este lugar está maldito! Un lugar de demonios y hechicería.

Hubo murmullos de aprobación, pero algunos, como Gregor y Klaus, sacudieron la cabeza y Melchior Metzger, envejecido de pronto, se sentó en el suelo con expresión sombría en el rostro.

—¿Pero adónde iremos? —preguntó Jakob Becker—. La peste nos rodea. Está en Suiza y también en Viena, en Eriburgo, en Munich, en...

Dietrich lo detuvo antes de que pudiera enumerar el mundo entero.

—Id al sudeste, al pie de las montañas —dijo—. Evitad los pueblos y ciudades. Construid refugios en el bosque, mantened hogueras encendidas y quedaos cerca de ellas. Llevaos harina y viandas para comer. Joachim, tú irás con ellos.

El joven monje lo miró con la boca abierta.

—Pero... ¿Qué sé yo del bosque?

—Lueter Holz hacker conoce el bosque. Y Gerlach Jaeger lo ha recorrido cazando ciervos y lobos.

Jaeger, que estaba un poco apartado del grupo cortando un pedazo de madera con un cuchillo, alzó la cabeza y escupió.

—Yo solo —dijo, y siguió cortando.

Todos se miraron. Aquellos cuya sangre albergaba las pequeñas-vidas, pero que

aún no habían caído enfermos, agacharon la cabeza, y unos cuantos se levantaron y se marcharon. Gregor Mauer se encogió de hombros y miró a Klaus, quien extendió el brazo al estilo krenk.

—Si Atiulf está sano... —sugirió.

Cuando los aldeanos se dispersaron, Joachim siguió a Dietrich a la acequia, junto al molino de Klaus. La rueda giraba salpicando agua, pero las piedras guardaban silencio, lo que significaba que el mecanismo estaba desconectado. La bruma refrescaba y Dietrich agradeció el alivio del calor. Joachim se volvió hacia el agua que entraba a borbotones en la acequia, de modo que Dietrich y él se daban la espalda. Durante un rato, el murmullo del agua y el gruñido de la noria fueron los únicos sonidos. Tras darse la vuelta, Dietrich vio que el joven contemplaba el brillo de la luz en la agitada corriente.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

—¡Me expulsáis!

—Porque estás limpio. Porque tienes una posibilidad de vivir.

—Pero vos también...

Dietrich lo hizo callar con un gesto.

—Es mi penitencia... por pecados cometidos en mi juventud. Tengo casi cincuenta años. ¡Qué poco tengo que perder! Tú aún no tienes veinticinco y te quedan muchos años más al servicio de Dios.

—Así que me negáis incluso la corona del martirio —dijo el joven, amargamente.

—¡Te doy el báculo del pastor! —replicó Dietrich—. Esa gente estará desesperada y negará a Dios. ¡Si hubiera querido darte una tarea fácil, te habría dejado aquí!

—¡Pero también yo deseo la gloria!

—¿Qué gloria hay en cambiar vendajes, sajar bubas, limpiar la mierda y el vómito y el pus? ¡Herr Jesu Christus! Se nos ordenan esas cosas, pero no son gloriosas.

Joachim evitó la diatriba.

—No. No, os equivocáis, Dietrich. Es el trabajo más glorioso de todos, más glorioso que el de los caballeros empenachados que ensartan hombres con sus lanzas y alardean de sus hechos.

Dietrich recordó una canción que algunos caballeros solían cantar tras el *Armleder*. «Los campesinos viven como cerdos / y no tienen modales...».

—No —reconoció—, los hechos de los caballeros no son siempre gloriosos tampoco.

Habían devuelto odio por odio y abandonado todo sentido de la caballería por la que antaño habían sido famosos..., si esa fama había sido alguna vez algo más que mentiras en los labios de los *Minnesingers*.

Dietrich volvió la mirada hacia la colina del castillo. Una vez le había preguntado a Joachim dónde estaba cuando pasó el *Armleder*. Nunca se lo había preguntado a



Manfred.

—Nos hemos demostrado incapaces —dijo Joachim—. ¡Los demonios eran nuestra prueba, nuestro triunfo! En cambio, la mayoría escaparon sin cristianizar. Nuestro fracaso nos ha acarreado el castigo de Dios.

—La peste está en todas partes —repuso Dietrich—, en sitios que nunca han visto a un krenk.

—A cada uno su propio pecado —dijo Joachim—. Al de algunos, riqueza. El de otros, usura. El de otros más, crueldad o rapacidad. La peste golpea en todas partes porque hay pecado en todas partes.

—¿Y por eso Dios los mata a todos, sin dar a los hombres ocasión de arrepentirse? ¿Qué hay del amor que Cristo predicó?

Los ojos de Joachim se volvieron hoscos y sombríos.

—Esto lo hace el Padre, no el Hijo. ¡El de la Antigua Alianza, *cuya mirada es fuego, cuya mano es un rayo y cuyo aliento es el viento de la tormenta!* . —Luego, en voz más baja, añadió—: Es como un padre enfadado con sus hijos.

Dietrich no dijo nada y Joachim permaneció sentado. Al cabo de un rato, el monje dijo:

—Nunca os he dado las gracias por aceptarme.

—Las disputas monásticas pueden ser brutales.

—Fuisteis monje una vez. El hermano William os llamó Hermano Ángelus.

—Lo conocí en París. Era una broma suya.

—Él es uno de nosotros, un espiritual. ¿Lo fuisteis vos?

—A Will no le interesaron nunca los espirituales hasta que el tribunal condenó sus propuestas. Michael y los demás abandonaron Aviñón al mismo tiempo, y él se les unió.

—Lo habrían mandado a la hoguera.

—No, le habrían hecho replantear sus propuestas. Para Will, eso era peor. —Dietrich sonrió con tristeza—. Se puede decir cualquier cosa, presentándola como una hipótesis, *secundum imaginationem*. Pero Will presenta sus hipótesis como si fueran hechos probados. Defendió el caso de Ludwig contra el Papa, pero para Ludwig era una herramienta.

—No me extraña que seamos perseguidos.

—Muchas buenas verdades han sido defendidas por hombres malvados para sus propios propósitos. Y buenos hombres han causado mucho mal con su fanatismo.

—El *Armleder*.

Dietrich vaciló.

—Ese fue un caso. Había buenos hombres entre ellos.

Guardó silencio, pensando en la pescadera y su hijo en el mercado de Friburgo.

—Tenían un cabecilla llamado Ángelus —dijo Joachim lentamente.

Dietrich guardó silencio un buen rato.

—Ese hombre ya ha muerto —dijo por fin—. Pero gracias a él aprendí una

terrible verdad: que la herejía es verdad, *in extremis*. Lo adecuado para el ojo es la luz, pero demasiada luz ciega.

—Entonces ¿os comprometeríais con los malvados, como hacen los conventuales?

—Jesús dijo que las malas hierbas crecerían con el trigo hasta el día del Juicio —respondió Dietrich—, así que hay hombres buenos y malos en la Iglesia. Por nuestros frutos nos conoceréis, no por el nombre que nos damos. He llegado a creer que hay más gracia en convertirte en trigo que en arrancar malas hierbas.

—Eso podría decir la mala hierba, si pudiera hablar: dedicaos a cortar pelo —dijo Joachim.

—Mejor cortar pelo que las cabezas que hay debajo.

Joachim se levantó de la roca donde estaba sentado. Lanzó una piedra al estanque.

—Haré lo que me pedís.

Al día siguiente, cuatro docenas de aldeanos se reunieron en el prado, bajo el tilo, preparados para marcharse. Habían recogido sus pertenencias en bultos que llevaban a la espalda o en hatillos suspendidos del extremo de un palo, al hombro. Algunos tenían la mirada aturdida de un ternero en el matadero y permanecían de pie en medio de la masa, con la mirada baja. Esposas sin maridos; maridos sin esposas. Padres sin hijos; hijos sin padres. Gente que había visto a sus vecinos marchitarse y ennegrecer hasta corromperse y apestar. Unos cuantos ya habían echado a andar por el camino. Melchior Metzger se acercó a Nickel Langermann, que yacía en un camastro en el hospital, y lo abrazó por última vez antes de que Gottfried lo espantara. Langermann estaba demasiado sumido en el delirio para reconocer la caricia.

Gerlach Jaeger se mantenía aparte, observando la asamblea con no poco disgusto. Era un hombre bajo y fornido con negra barba rizada y muchos años de bosque en el rostro. Su ropa era burda y llevaba varios cuchillos al cinto. Su bastón era grueso como una rama de roble, recortado y tallado a su placer. Se apoyaba en él con ambas manos, reposando la barbilla encima. Dietrich le habló.

—¿Crees que les irá bien?

Jaeger gargajeó y escupió.

—No. Pero haré lo que pueda. Les enseñaré a poner trampas y cepos, y hay uno o dos que tal vez sepan cómo se coloca un dardo en la ballesta. Veo que Holzhacker lleva su arco. Y su hacha. Eso es bueno. Necesitaremos hachas. ¡Ach! ¡No necesitamos un barril lleno de *Klimbin*! Jutte Feldmann, ¿en qué estás pensando? Vamos al Bosque de Abajo y a subir el Feldberg. ¿Quién crees que va a cargar con eso? Por Dios del cielo, pastor, no sé qué tiene esta gente en la cabeza.

—Tienen pena y tragedia en la cabeza, cazador.

Jaeger gruñó y no dijo nada durante un rato. Luego alzó la cabeza y empuñó su bastón.

—Supongo que puedo considerarme afortunado. No tengo ni mujer ni familia que

perder. Eso es suerte, supongo. Pero ni al bosque ni a la montaña les preocupará la pena, y no es bueno internarse en la espesura con la cabeza en otra parte. Lo que quiero decir es que no necesitan llevárselo todo. Cuando la peste haya pasado, volveremos y todo estará aquí esperando.

—Yo no voy a volver —rugió Volkmar Bauer—. Este lugar está maldito.

Y escupió un buen gargajo. Estaba pálido y tembloroso todavía, pero se contaba entre los que iban a marcharse.

Otros reaccionaron al grito de Volkmar y tiraron piedras a Gottfried, que había salido a verlos marchar.

—¡Demonios! —gritó alguien—. ¡Nos habéis traído esto!

Y la multitud rugió y se abalanzó contra él. Gottfried chasqueó sus callosos labios laterales como si fueran un par de tijeras. Dietrich temió que su colérica naturaleza hiciera acto de presencia. A pesar de su débil estado, Gottfried podría matar a una docena de atacantes con sus antebrazos aserrados antes de que la pura fuerza numérica pudiera con él. Jaeger alzó su bastón y lo blandió.

—¡Yo mando aquí! —gritó.

—¿Por qué se quedó cuando sus compatriotas se marcharon? —gritó Becker—. ¡Para mostrarnos nuestra condena!

—¡Silencio!

Era Joachim, empleando su voz de predicador. Salió al prado, se echó atrás la capucha y los miró.

—¡Pecadores! —les dijo—. ¿Queréis saber por qué se quedaron? —Señaló hacia el krenk—. ¡Se quedaron para *morir*! —Dejó que las palabras resonaran en las casas de las inmediaciones y en el molino de Klaus—. ¡Y para ofrecernos consuelo! ¿Quién de vosotros no los ha visto cuidar a los enfermos o enterrar a los muertos? ¿Quién, de hecho, no ha sido alimentado por ellos, aparte de por vuestra propia obstinación? Ahora se os invita a una aventura mayor que la invención de ningún *Minnesinger*. Se os invita a ser la Nueva Israel, a pasar un tiempo en el desierto y a poseer como recompensa la Tierra Prometida. ¡Traeremos la Nueva Era! Indignos como somos, seremos purificados por pruebas mientras esperamos la venida de Juan. —Bajó la voz y la multitud dejó de murmurar para escuchar sus palabras—. Viviremos aparte durante un tiempo, mientras Pedro se marcha y la Edad Media pasa. Habrá muchas pruebas y algunos de nosotros no las superaremos. Experimentaremos privaciones y calor, hambre y tal vez la furia de bestias salvajes. ¡Pero eso nos fortalecerá *hasta el día de nuestro regreso*!

Hubo un aplauso entrecortado y sometido, y unos cuantos amén, pero Dietrich pensó que estaban más atemorizados que convencidos.

Jaeger tomó aire.

—Bien, pues. Ahora que todo el mundo está aquí... ¡Lütke! Jakob! —Con un montón de blasfemias y uno o dos gestos con el bastón, puso en marcha su rebaño—. «Hijos de Israel» —murmuró.

Dietrich le dio una palmada en el hombro.

—He leído que también ellos eran un grupo díscolo.

Mientras los otros iban pasando, Joachim se acercó a Dietrich y lo abrazó.

—Que os vaya bien —le dijo Dietrich—. Recuerda, hazle caso a Gerlach.

El cazador, en el puente de madera, exclamó:

—¡Al cielo, carajo, y que se rompa el firmamento!

Joachim sonrió débilmente.

—Con peligro de mi alma.

Los otros habían vuelto a la aldea y los dos se habían quedado solos. Joachim miró hacia el pueblo y una sombra cruzó su rostro al contemplar el molino y el horno, el patio del cantero, la fragua, *Burg Hochwald*, la iglesia de Santa Catalina. Entonces se frotó la mejilla y dijo:

—He de darme prisa. —Se echó al hombro el hatillo—. O me quedaré atrás y...

Dietrich extendió una mano y le colocó al monje la capucha.

—Hace calor. El sol puede abatirte.

—Ja. Gracias. Dietrich... Tratad de no pensar tanto.

Dietrich colocó la palma en su otra mejilla.

—Yo también te quiero, Joachim. Ten cuidado.

Se quedó en el prado contemplando partir al monje; luego caminó hasta el puente para verlos por última vez antes de que desaparecieran tras los campos de otoño y la pradera. Estaban allí, en efecto, apretujados donde el camino era estrecho, y Dietrich sonrió, imaginando las obscenidades de Gerlach. Cuando no hubo más que ver, regresó al hospital.

Esa noche sacó a Hans al aire libre para que el krenk pudiera contemplar el firmamento. La noche era cálida y húmeda, pues tenía las características del aire, llevada a ese estado por la corrupción del fuego, pues el día había sido caluroso y seco. Dietrich había traído su libro de oraciones y una vela para leer, y se estaba ajustando las lentes cuando advirtió que no sabía qué día era. Trató de contar a partir de la última festividad de la que estaba seguro, pero los días eran un borrón, y sus horas de sueño y de vigilia no siempre habían seguido el ritmo del círculo de los ciclos. Comprobó la posición de las estrellas, pero no había visto la puesta de sol, ni tenía un astrolabio.

—¿Qué buscas, amigo Dietrich? —preguntó Hans.

—El día.

—*Bwah...* ¿Buscas el día en la noche? ¡*Bwah-wah!*

—Amigo saltamontes, creo que has descubierto la *sinécdoque*. Me refería a la fecha, por supuesto. El movimiento de los cielos podría decírmelo, si tuviera capacidad para leerlo. Pero no he leído el *Almagest* desde hace muchos años, ni a Ibn Qurra. Recuerdo que las esferas cristalinas imparten un movimiento diario al universo, que está más allá del séptimo cielo.

—Saturno, creo que lo llamaste.

—*Doch*. Más allá de Saturno, el firmamento de estrellas, y más allá, las aguas sobre los cielos, aunque en forma cristalizada en hielo.

—Nosotros, también, encontramos un cinturón de cuerpos de hielo rodeando cada sistema-mundo. Aunque, naturalmente, giran hacia la parte de aquí del firmamento, no a la de más allá.

—Eso has dicho, aunque no comprendo qué impide que el agua helada busque su lugar natural aquí en el centro.

—¡Un gusano! —replicó Hans—. ¿No te he dicho que la imagen está equivocada? ¡El Sol está en el centro, no la Tierra!

Dietrich alzó el dedo índice.

—¿No me dijiste que el firmamento...? ¿Cómo lo llamaste?

—El horizonte del mundo.

—*Ja, doch*. Dijiste que su calor es el resto del maravilloso día de la creación; y más allá nadie puede ver. Sin embargo este horizonte se extiende en todas direcciones hasta la misma distancia y, como podría decirte cualquier estudiante de Euclides, es el centro de la esfera. Por tanto, la Tierra se halla realmente en el centro del mundo, *quod erat demonstrandum*.

Dietrich sonrió de oreja a oreja por haber zanjado con éxito la cuestión, pero Hans se envaró y emitió un largo siseo. Alzó los brazos y los cruzó sobre su cuerpo, mostrando los bordes aserrados. «Un gesto protector», pensó Dietrich. Tras un momento, los brazos del krenk se separaron lentamente y Hans susurró:

—A veces el dolor sordo se agudiza como un cuchillo.

—Y yo estoy planteando un debate mientras tú sufres. ¿No queda más de vuestra particular medicina?

—No. Ulf la necesitaba más. —Hans tanteó con el brazo izquierdo, buscando a Dietrich—. Muévete, agítate. Apenas puedo verte. No, prefiero discutir grandes cuestiones. No es probable que ni tú ni yo tengamos las respuestas, pero me distrae un poco del dolor.

El amanecer asomaba por el camino de Oberreid. Dietrich se levantó.

—Tal vez un poco de té de corteza de sauce, entonces. A nosotros nos calma el dolor y puede que te sirva también.

—O que me mate. O puede que contenga la *proteína* perdida. Té de corteza de sauce... ¿Estaba entre las cosas que probaron Arnold o Kratzer? Espera, el *Heinzelmännchen* puede que lo tenga en su memoria.

Hans consultó por su *mikrophone*, escuchó, luego suspiró.

—Arnold lo probó. No hace nada.

—Sin embargo, si ensordece el dolor... ¿Gregor? —Dietrich llamó al cantero, que estaba sentado junto a su hijo mayor al otro lado de la fragua—. ¿Hemos preparado té de corteza de sauce?

Gregor negó con la cabeza.

—Theresia estaba pelando corteza hace dos días. ¿Voy a traerlo?

Dietrich se sacudió la túnica.

—Yo iré. Descansa bien —le dijo a Hans—. Volveré con la poción.

—Cuando esté muerto —repuso el krenk—, y Gottfried y Beatke beban de mí en mi memoria, cada uno dará su parte al otro por caridad, y así la cantidad será doble en tamaño por haber sido intercambiada. ¡*Bwah-wa-wah!*

Dietrich no entendió el chiste y supuso que su amigo había cometido un error al desarrollarlo. Cruzó el camino y saludó a Seybke, que trabajaba en la cantera de su padre. Tallando lápidas. Dietrich les había dicho a los canteros que no se preocuparan por la tarea, pero Gregor había respondido:

—¿Qué sentido tiene vivir si la gente olvida cuándo has muerto?

Dietrich llamó a la puerta de la casa de Theresia y no obtuvo ninguna respuesta.

—¿Estás despierta? —llamó—. ¿Has preparado corteza de sauce?

Volvió a llamar y se preguntó si Theresia habría ido al Bosque Pequeño. Pero tiró de la aldaba y abrió la puerta.

Theresia estaba descalza en el suelo de tierra, vestida solo con su camisón arrugado. Retorcía una colcha con las manos. Cuando vio a Dietrich, exclamó:

—¿Qué queréis? ¡No!

—He venido a buscar corteza de sauce. Disculpa mi intrusión —retrocedió.

—¿Qué les habéis hecho?

Dietrich se detuvo. ¿Se refería a los que había dejado? ¿A los que habían muerto en el hospital?

—¡No me hagáis daño! —Su cara estaba roja de ira, tenía la mandíbula apretada y tensa.

—Yo nunca te haría daño. Lo sabes.

—¡Estabais con ellos! ¡Os vi!

Dietrich apenas había empezado a analizar la frase, cuando ella abrió la boca una vez más; solo que en vez de gritos de miedo brotó de ella una fuente de vómito negro. Él estaba tan cerca que una parte lo manchó y su hedor llenó rápidamente la habitación. Dietrich contuvo una arcada.

—¡No, Dios! —gritó—. ¡Lo prohibo!

Pero Dios no escuchaba y Dietrich se preguntó frenético si también Él había caído víctima de la peste y su vasta esencia incorpórea, «infinitamente extendida sin extensión ni dimensión», se pudría en el infinito vacío de la esfera Empírea, más allá de los cielos cristalinos.

El temor y la furia habían huido del semblante de Theresia y se miró a sí misma con asombro.

—¿Padre? ¿Qué ocurre, padre?

Dietrich le ofreció los brazos abiertos y ella avanzó tambaleándose hacia ellos.

—Ven. Tienes que acostarte.

Rebuscó en su zurrón y sacó su pañuelo de flores y se lo puso sobre la nariz. Pero

la esencia se había agotado, o bien el hedor era demasiado intenso.

La condujo hasta la cama y pensó, mientras ella se apoyaba en él, que ya se había vuelto liviana como un espíritu. Igual que la naturaleza de la Tierra es buscar el centro de la Tierra, la naturaleza del aire es buscar los cielos.

Gregor había llegado a la puerta de la casa.

—Os he oído gritar... ¡*Ach*, Dios del cielo!

Theresia se volvió hacia él.

—Ven, querido esposo.

Pero Dietrich la agarró con fuerza.

—Tienes que acostarte.

—*Ja, ja*, estoy muy cansada. Cuéntame una historia, papá. Háblame del gigante y el enano.

—Gregor, trae mi escalpelo. Lávalo con vino viejo y ponlo al fuego, como nos enseñó Ulf. Luego date prisa.

Gregor se apoyó contra el marco de la puerta y se pasó una mano por la cara. Alzó la cabeza.

—El escalpelo. *Ja, doch*. Lo antes posible —vaciló—. ¿Ella se...?

—No lo sé.

Gregor se marchó y Dietrich acostó a Theresia sobre la paja. Le colocó bajo la cabeza una manta a modo de almohada.

—He de comprobar las pústulas —le dijo.

—¿Estoy enferma?

—Lo veremos.

—Es la peste.

Dietrich no dijo nada, pero levantó el camisón empapado.

Allí estaba, en su ingle, grande y negra e hinchada, como un sapo maligno. Era más grande que la que le había sajado a Everard. No podía haber crecido de la mañana a la noche. Cuando el ataque era rápido, la víctima moría rápida y tranquilamente, sin bubas. No, aquello llevaba varios días creciendo, a juzgar por lo que había visto en otros.

Gregor entró corriendo y se arrodilló a su lado. Le entregó primero el escalpelo, aún cálido por el fuego, y luego le cogió la mano a Theresia.

—*Schatzi* —dijo.

Theresia había cerrado los ojos. Ahora los abrió y miró seriamente a Dietrich a la cara.

—¿Moriré?

—Todavía no. Tengo que abrir tu pústula. Te causará mucho dolor y no tengo más esponjas.

Theresia sonrió y la sangre manó por las comisuras de su boca, recordando a Dietrich las historias del hombre-lobo de Freudenstadt.

Gregor había encontrado un paño en alguna parte y estaba frotando la sangre,

tratando de limpiarla, pero más sangre se acumulaba con cada frotamiento.

—Temo que abra la boca —dijo, tenso—. Creo que se le desparramará toda la vida.

Dietrich se montó a horcajadas sobre las piernas de la mujer.

—Gregor, sujétala por los brazos y los hombros.

Buscó la buba en la entepierna de Theresia. La punta del escalpelo apenas había tocado la dura hinchazón cuando Theresia chilló:

—*¡Sancta Maria Virgina, ora pro feminis!*

Sus piernas se agitaron espasmódica, salvajemente, casi desmontando a Dietrich. Gregor le sujetó con fuerza los brazos.

Dietrich apretó con la punta para romper la piel, como había llegado tristemente a acostumbrarse a hacer. «Llego demasiado tarde —pensó—. La hinchazón está muy avanzada». Era del tamaño de una manzana, de un oscuro y maligno color azul.

—No tenía ningún signo ayer —dijo Gregor—. Lo juro.

Dietrich lo creyó. Ella había ocultado los signos, temerosa de que la acostaran entre los demonios. ¿Qué tipo de temor era aquel, se preguntó, que podía incluso sofocar el temor de una muerte horrible? El Señor lo había ordenado: «No temáis». Pero los hombres quebrantaban todos sus mandamientos, ¿por qué no ese?

La piel se rompió y manó un icor denso, amarillo y hediondo que manchó los muslos de Theresia y empapó la paja del colchón. Theresia gritó y llamó a la Virgen una y otra vez.

Dietrich encontró otra pústula, mucho más pequeña, en la parte interior del muslo. La abrió con más rapidez y con un trapo limpió tanto pus como le fue posible.

—Examina bajo los brazos y en el pecho —le dijo al cantero.

Gregor asintió y le subió el camisón hasta donde pudo. Los gritos de Theresia se habían convertido en sollozos.

—El otro hombre no fue tan amable —dijo.

—¿Qué dices, querida? Pastor, ¿a qué se refiere?

Dietrich evitó mirarlo.

—Está delirando.

—Tenía barba también; pero era rojo vivo. Pero papá lo espantó.

La sangre le caía por la barbilla mientras hablaba y Gregor la limpiaba sin esperanza.

Dietrich recordaba al hombre. Se llamaba Ezzo y tenía la barba roja de su propia sangre después de que Dietrich le cortara la garganta y lo quitara de encima de la niña.

—Ahora estás a salvo —le dijo a la mujer en que se había convertido—. Tu marido está aquí.

—Duele. —Había cerrado los ojos.

Había una pústula más, bajo el brazo derecho, tan grande como el pulgar de Dietrich. Fue más difícil abrirla, pues cuando le soltó las piernas, ella las dobló y las



alzó, como hacen los niños pequeños cuando duermen. Theresia se abrazó las rodillas.

—Duele —dijo de nuevo.

—¿Por qué nos ha abandonado, Dios? —preguntó Gregor.

Dietrich trató de soltar el brazo de Theresia para poder abrir la última pústula. No creía que importara.

—Dios no nos abandonará nunca —insistió—, pero nosotros podemos abandonar a Dios.

El cantero hizo un amplio gesto con el brazo, soltando su presa sobre el hombro de Theresia.

—¿Entonces dónde está él en todo esto? —gritó. Theresia dio un respingo y él inmediatamente bajó la voz y le acarició el pelo con sus grandes dedos toscos.

Dietrich pensó en todos los argumentos razonados de Tomás de Aquino y los otros filósofos. Se preguntó cómo habría respondido Joachim. Entonces pensó que Gregor no necesitaba una respuesta, ni la quería, pues la única respuesta era la esperanza.

—Theresia, necesito sajar la buba que tienes bajo el brazo.

Ella había abierto los brazos.

—¿Veré a Dios?

—*Ja. Doch.* Gregor, busca un poco de aceite de cocina.

—¿Aceite de cocina? ¿Por qué?

—He de ungirte. No es demasiado tarde.

Gregor parpadeó, como si la unción fuera algo repentino y extraño que nunca hubiera oído antes. Entonces soltó a Theresia, se dirigió al otro lado de la casa, cerca de la chimenea, y volvió con un frasquito.

—Creo que es aceite.

Dietrich lo tomó.

—Servirá.

Sus labios se movieron en una silenciosa oración mientras bendecía el aceite.

Después, mojando el pulgar en él, trazó el signo de la cruz sobre la frente de Theresia y sobre sus ojos cerrados, rezando:

—*Illumina oculos meos, ne umquam obdormium in morte...*

De vez en cuando, cuando Dietrich se detenía para recordar las palabras adecuadas, Gregor decía «amén» entre lágrimas.

Casi había terminado de administrar el sacramento cuando Theresia tosió y un bolo de sangre y vómito brotó por su boca. Dietrich pensó: «Las pequeñas-vidas están ahí dentro. Nos habrán afectado a Gregor y a mí». Sin embargo, esa no era la primera vez que lo manchaban, y Ulf, en su última inspección de la sangre de Dietrich, había declarado que todavía estaba limpia.

«Pero Ulf murió hace muchos días».

Cuando completó el rito, Dietrich apartó el aceite (otros lo necesitarían pronto) y

tomó una de las manos de Theresia. Parecía muy frágil, aunque la piel era áspera y estaba agrietada.

—¿Recuerdas cuando Fulk se rompió el dedo y yo te enseñé a arreglárselo? —dijo.

Los labios de ella, cuando sonrió, eran tan rojos como fresas.

—No sé cuál de los tres estaba más asustado, si tú, Fulk o yo. —Se volvió hacia Gregor—. Recuerdo sus primeras palabras. Era muda cuando la traje aquí. Estábamos en el Bosque Pequeño buscando peonías y otras hierbas y raíces, y yo le estaba enseñando cómo encontrarlas cuando se pilló el pie en el hueco de una rama rota y dijo...

—Ayudadme —dijo Theresia y su mano agarró la de Dietrich con toda la fuerza que le permitía su debilidad. Tosió un poco, y luego un poco más, y la tos aumentó hasta que un gran flujo de vómito y sangre brotó de ella, empapándole el camisón hasta la cintura. Dietrich extendió la mano para volverle la cabeza de modo que no se ahogara, pero cuando la alzó supo, quizá porque era un poco más liviana que antes, que su hija adoptiva había muerto.

Un rato después, se encaminó al hospital para contarle a Hans lo que había sucedido y descubrió que el krenk también había muerto en su ausencia.

Dietrich se arrodilló junto al cadáver y alzó los grandes y largos brazos aserrados y se los cruzó sobre el pecho moteado en actitud de oración.

No pudo cerrarle los ojos, naturalmente, y estos parecían todavía vivos, aunque era debido tan solo a que los rayos del sol poniente más allá de los campos de otoño se reflejaban en ellos como en una de las gotas de lluvia de Teodorico, y la sombra de un arco iris se dibujó sobre las mejillas de Hans.

## AHORA

## Tom

El subconsciente es algo maravilloso. Nunca duerme, no importa lo que haga el resto de la mente. Y no deja de pensar. No importa lo que haga el resto de la mente.

Tom despertó bañado en sudor frío. «¡No, no es posible!». Era absurdo, ridículo. Pero todo encajaba. Todo estaba en su sitio. ¿O no? ¿Era la respuesta a su dilema o una quimera que solo tenía sentido como sueño perturbado?

Miró a Sharon, que estaba acostada, completamente vestida, a su lado. Debía de haber regresado tarde del laboratorio y se había echado. Normalmente, él se despertaba cuando ella entraba en el apartamento, no importaba lo tarde que fuera o lo profundo de su sueño, pero no podía recordar a qué hora había vuelto ella la noche anterior. Sharon se volvió un poco y sus labios esbozaron una sonrisa. Soñando con cronones, sin duda.

Tom se levantó de la cama y salió de puntillas de la habitación, cerrando la puerta con cuidado. Se sentó ante CLIODEINOS y recuperó el archivo de Eifelheim. Repasó y cotejó cada artículo, creando un mapa de relaciones. La información se encuentra en la configuración de los hechos, no en los hechos mismos. Reagrúpalos de otro modo y, ¿quién sabe?, su significado puede cambiar por completo.

Puso los hechos en orden cronológico, situando los sin fechar por contexto o por relación lógica, cosa que no siempre era una tarea sencilla. No solo se había reformado el calendario, sino que el año empezaba en otra fecha. Durante el Imperio, un año de Nuestro Señor empezaba con la fiesta de la Encarnación, mientras que los años civiles de Ludovico IV empezaban el día de Año Nuevo. A Tom le parecía algo retorcido, pero Judy se había echado a reír antes de decirle: «Al César lo que es del César, Tom. Los papas y emperadores puede que estuvieran compitiendo durante siglos, pero nadie se olvidó nunca de que tenían diferentes esferas de autoridad».

Lo cual significaba que todo, desde el 1 de enero al 25 de marzo de 1349, según la terminología moderna, había sido registrado como Anno Domini 1348.

Comparó las fechas con la epidemia de Peste Negra en Basilea y Friburgo, y con cualquier otro acontecimiento contextual acerca del que pudo encontrar información. El registro era desigual, incompleto. Si los forasteros habían llegado en otoño, ¿por qué no hubo rumores de hechiceros y demonios en Oberhochwald durante seis meses o más? En realidad no sabía cuándo había comprado Dietrich el alambre, ni cuándo «los viajeros decidieron intentar volver a casa». ¿Y cómo encajaba Ockham? El Papa lo había invitado a Aviñón el 8 de junio de 1349, pero había pruebas de que había salido antes de Munich, justo antes de que se declarara la peste allí. No se había vuelto a saber de él, y los historiadores suponían que había muerto de peste por el

camino. Su ruta lo habría llevado cerca de Oberhochwald. ¿Se habría pasado por allí para ver a «mi amigo, el *doctor seclusus*»? ¿Había llevado la plaga consigo desde Munich? ¿Había muerto allí?

Tom mordisqueó la punta de su lápiz óptico. Envidiaba a los físicos. Las respuestas estaban siempre «al final del libro». Si un físico era lo bastante persistente o lo suficientemente listo, podía arrancárselas a la fuerza al universo. Los cliólogos eran menos afortunados. Los hechos en sí mismos no siempre sobrevivían, y los que sobrevivían lo hacían por suerte, no por su importancia. Por muy persistente que fueras, no podías interpretar un archivo quemado en un incendio hacía siglos. Si no eras capaz de vivir con eso (con el conocimiento de que las respuestas no estaban al final del libro), era mejor que te apartaras por completo de la historia.

Estudió su lista y sus diagramas con atención, consultando los documentos originales de vez en cuando para refrescar los detalles en su mente. En un mapa, comprobó el vuelo del «Demonio de Feldberg» desde San Blasien «en dirección a Feldberg». Oberhochwald estaba en su camino. En el fondo, no veía ninguna otra explicación posible. De hecho, se preguntaba por qué no lo había comprendido antes. ¿Qué le había dicho a Sharon aquel día en el restaurante? Tal vez el subconsciente es más listo de lo que pensamos.

O tal vez no. Se echó atrás en su silla y contempló el techo, pellizcándose el labio. No encontraba ningún fallo obvio en su razonamiento; pero ¿qué importaba eso? A veces lo obvio no es más que una quimera. Necesitaba una segunda opinión. Alguien en cuyo juicio (y discreción) pudiera confiar. Copió sus archivos y añadió un sumario. Cuando miró el viejo reloj digital con su pantalla de cristal líquido, eran las tres y veinte de la madrugada. Eso significaba que en Friburgo eran las nueve y veinte de la mañana. Inspiró profundamente, vaciló, y entonces, antes de poder pensárselo dos veces, lo mandó todo a mi despacho, a un cuarto de mundo de distancia. Añadió solo una pregunta: «*Was glaubst du?*». ¿Cuál es tu deducción?

*El mensaje de Tom picó mi curiosidad. Le contesté con un e-mail diciendo que una respuesta requeriría varios días de investigación, como mínimo, y me fui a la biblioteca de la Albert-Louis. Allí encontré algunos de los documentos que me había pedido y los comparé con los que me había enviado. Luego busqué más documentos y me salté varios siglos y los leí también. Después, a solas, fumé mi pesada pipa tallada y, entre humo de tabaco, reflexioné. Dejamos la dignidad para la vejez; la que tenía, me la había ganado. Sin embargo, Tom era difícilmente el tipo de hombre que llega precipitadamente a conclusiones o gasta bromas pesadas a los amigos.*

*Pero un amigo es un amigo, y ya habrán advertido que él y yo nos tuteábamos. Y eso no es moco de pavo.*

*Así que, dos días más tarde, escaneé los documentos que había encontrado, los comprimí e hice todas esas cosas maravillosas que nos permite la tecnología moderna; luego los adjunté a un e-mail. Con cautela (con mucha cautela), esbocé*

*mis conclusiones. Si Tom tenía la inteligencia que Dios les había dado a los nabos, podría leer entre líneas tan fácilmente como en los renglones. Esto es lo que significa «inteligencia»: inter legere.*

—¿Qué haces levantado tan temprano?

Tom dio un respingo; estuvo a punto de caerse de la silla. Se sujetó al borde de la mesa y, cuando miró alrededor, vio a Sharon de pie en la puerta del dormitorio, frotándose los ojos.

—¡No te me acerques de esa forma tan sigilosa!

—Vaya, ¿de qué forma quieres que me acerque a ti, pues? Además, un camión Mack podría atropellarte y no te darías cuenta, tan concentrado estás en esa impresora. —Bostezó—. Eso es lo que me ha despertado. La impresora.

Entró descalza en la cocina y enchufó la tetera.

—Es hora de levantarse, de todas formas —gritó por encima del hombro—. ¿Qué haces despierto a esta hora?

Tom recogió la última hoja de la impresora y le echó un vistazo rápido. Había estado leyendo mi mensaje según iba saliendo.

—Estoy conectado con Anton. Llevamos una hora enviándonos mensajes.

—¿Anton Zaengle? ¿Cómo está?

—Está bien. Quiere que vaya a Friburgo. —Tom repasó el fajo de hojas con el pulgar—. Esto es el cebo para atraerme allí.

Ella asomó la cabeza por la puerta.

—¿A Friburgo? ¿Por qué?

—Creo que cree lo que creo.

—Oh. Bien, gracias por aclarármelo.

—Tardaría demasiado y suena absurdo.

—Eso no te ha detenido otras veces. —Se secó las manos con un trapo de cocina, cruzó la habitación y se plantó tras él, apoyando ambas manos en sus hombros—. Tom, soy física, ¿recuerdas? Al lado de esos extraños y encantadores quarks *nada* parece ridículo.

Tom se pellizcó el labio inferior. Tras un momento, lanzó los papeles a la cesta de su mesa.

—Sharon, ¿para qué necesitaría un sacerdote de una aldea perdida, en la Edad Media, doscientos palmos de alambre de cobre?

—Bueno... No lo sé.

—Ni yo tampoco; pero ordenó que se lo hicieran especialmente. —Se inclinó hacia delante y sacó una hoja del montón. Estaba muy subrayada en rojo—. Y, durante el verano de 1349, los monjes de un monasterio cercano a Oberhochwald oyeron truenos cuando no había nubes en el cielo. —Soltó la hoja—. Y *peccatores Eifelheimensis*, los pecados de la gente de Eifelheim, algo que encontró Anton, declara herética la idea de que pudiera haber hombres con alma que no descendieran

de Adán.

Sharon sacudió la cabeza.

—Todavía estoy dormida. No lo pillo.

Tom se sorprendió al descubrir lo reacio que era a expresar sus pensamientos en voz alta.

—Muy bien —dijo—. Hace unos setecientos años, seres inteligentes de otro mundo quedaron atrapados cerca de Oberhochwald, en la Selva Negra. —Ya estaba. Lo había dicho. Alzó una mano para hacer callar a Sharon, que se había quedado boquiabierta—. Su nave se estropeó. Creo que viajó a través del hipoespacio Nagy. No murieron, pero su caída fue suficiente para iniciar un incendio en el bosque y herir a algunos.

Sharon había recuperado el habla.

—Espera un momento, espera un momento. ¿Qué prueba...?

—Déjame terminar. Por favor. —Tom puso en orden sus pensamientos y continuó—. La súbita aparición de los alienígenas y, además, sus rasgos físicos (ojos amarillos saltones, por ejemplo) asustaron a muchos aldeanos, que huyeron a las poblaciones cercanas esparciendo rumores acerca de demonios. Otros, incluido el sacerdote de la aldea, el pastor Dietrich, vieron que los alienígenas eran criaturas que necesitaban ayuda. Para asegurarse, el cura obtuvo un permiso cuidadosamente redactado de su obispo; algo que podía pedir en latín sin descubrir el pastel.

»Los alienígenas vivieron en Oberhochwald durante muchos meses. Mientras fray Joachim y otros los acusaban de hechicería y de adorar al diablo, los aldeanos intentaron ayudar a los alienígenas a reparar su nave dañada. Tendría que haberme dado cuenta por lo del alambre de cobre. ¿Qué uso podían darle unos viajeros terrestres? También volaban. ¿Eran criaturas aladas? ¿Tenían antigravedad? Tal vez tenían un modo de dominar esa energía de vacío de la que hablas. En su carta, el pastor Dietrich solo negó cuidadosamente que sus huéspedes volaran por medios *sobrenaturales*.

Se había quedado sin aliento. Estudió el rostro de Sharon en busca de un atisbo de su reacción.

—Continúa —dijo ella.

—Los alienígenas eran inmunes a la peste (bioquímica diferente), y devolvieron el favor a los aldeanos cuidando de ellos. Al menos algunos. Otros, estoy seguro, habían sucumbido ya a la apatía. Dietrich incluso convirtió a unos cuantos. Tenemos constancia de al menos un bautismo. ¿Johannes *Sterne*? Oh, sabía de dónde venían sus huéspedes. Lo sabía.

»Los alienígenas también empezaron a morir. No de peste, sino por falta de algún nutriente vital. De nuevo debido a la bioquímica diferente. «Comen, pero no se nutren», fue como lo expresó Dietrich. Cuando su amigo Hans murió..., y esto es una suposición: cuando Hans finalmente murió, Dietrich lo enterró en el patio de la iglesia e hizo tallar su cara en piedra para que las generaciones futuras lo supieran.

Solo que no sabía cuántas generaciones serían, ni que la aldea misma desaparecería.

»¿El tabú? Fácil. Había realmente "demonios" allí. Y, poco después de que Joachim maldijera el lugar, fue golpeado por la peste. Bastante impresionante para unos campesinos supersticiosos. ¿Estaban los demonios realmente muertos o solo dormidos? ¿Esperando nuevas víctimas? La gente evitó la aldea y pasó la prohibición a sus hijos. Si no obedeces a mamá, los demonios voladores vendrán y te llevarán. Poco después, la etiqueta de Joachim, *Teufelheim*, se convirtió en el eufemismo *Eifelheim* y el nombre original de Oberhochwald se olvidó gradualmente. Todo lo que quedó fue la costumbre de evitar el lugar, vagos cuentos de monstruos voladores y una lápida con una cara.

Ya estaba. Lo había contado todo. Gran parte eran deducciones, inferencias. No tenía ninguna fuente primaria sobre el hermano Joachim, por ejemplo, pero yo le había encontrado las memorias de un abad del convento de Estrasburgo en las que cita a Joachim diciendo: «El gran fracaso de Oberhochwald trajo la más terrible de las maldiciones sobre sus cabezas, algo sobre lo que yo los había advertido repetidas veces», lo cual parecía una prueba bastante clara de su condenación.

Ella se lo quedó mirando. La cabeza le daba vueltas. «¿Alienígenas? ¿En la Alemania medieval?». Era fantástico, increíble. ¿Hablaban en serio? Lo escuché mientras le contaba la historia. ¡Su solución era más increíble que el problema original!

—¿Y crees que esa historia es cierta? —preguntó cuando él terminó.

—Sí. Y Anton también. —Le mostró una nota que acompañaba las páginas—. Y no es ningún tonto.

Ella leyó la nota rápidamente.

—No lo dice claramente-recalcó.

Tom sonrió.

—Ya te digo que no es ningún tonto.

—Eso queda para ti, supongo. Lo que me gustaría saber es por qué has metido en esto el espacio Nagy. Si estás decidido a arruinar tu reputación, ¿no puedes dejar que la mía se salve?

Tom hizo una mueca.

—Reconoce que no soy tonto del todo. Te estoy diciendo que esta teoría explica perfectamente los hechos. Y, si es cierta... —Su voz se apagó.

«Si es cierta...». Sharon sintió que su corazón se aceleraba.

—Me he servido del espacio Nagy porque ni Dietrich, ni nadie más, describió una nave espacial.

—¿Cómo iban a hacerlo? —señaló ella—. No tenían el concepto de nave espacial.

—Los medievales no eran estúpidos. Estaban pasando por una revolución tecnológica. Levas, norias y relojes mecánicos... Habrían reconocido una nave

espacial como algún tipo de vehículo, aunque dijeran que era el carro de Elías. Pero no. Dietrich y Joachim y la bula de 1377 dicen que los alienígenas «aparecieron». ¿No es así como describiste el otro día el viaje al hipoespacio? Un solo paso cubre grandes distancias, eso fue lo que dijiste. No me extraña que Dietrich estuviera tan interesado en las botas de siete leguas. Y a eso se refería Johann cuando señaló las estrellas y preguntó cómo podría encontrar el camino de vuelta a casa. Viajando como lo había hecho, no tendría ni idea de cuál era la suya.

—Aparecieron. Eso es leer mucho con un solo verbo.

Él golpeó el fajo de papeles de impresora con la palma de la mano.

—Pero todo encaja. Confluencia de conocimientos, no deducción. Un solo hilo de razonamiento no es suficiente para sostener la conclusión, pero todos juntos... Una oración atribuida a Joachim dice que hay ocho formas secretas de dejar la Tierra. ¿Cuántas dimensiones hay en tu hipoespacio «oculto»?

—Ocho.

Pronunció la palabra con reticencia. La sangre le martilleaba en los oídos. «¿Y si...?».

—Y el tratado religioso atribuido de tercera mano a Dietrich... para viajar a otros mundos hay que viajar al interior. Tú empleaste casi las mismas palabras. Tu geometría dodecadimensional se convirtió en una «Trinidad de Trinidades». El escritor mencionaba «tiempos y lugares que no podemos conocer, excepto mirando dentro de nosotros mismos».

—Pero eso en realidad era un tratado religioso, ¿no? Quiero decir: los «otros mundos» eran el cielo, el infierno y la Tierra, y con eso de «viajar al interior» se refería a buscar en el alma de cada uno.

—*Ja doch*. Pero estas ideas no fueron escritas hasta setenta y cinco años más tarde. Los escritores tomaron algo que habían oído de tercera o cuarta mano y lo interpretaron según un paradigma familiar. El racionalismo de la Edad Media ya estaba dando paso al misticismo romántico del Renacimiento. ¿Quién sabe lo que el propio Dietrich comprendía cuando Johann trataba de explicárselo? Toma. —Cerró la carpeta y se la tendió—. Léelo como hizo Anton y dime si no tiene sentido.

Ella lo miró a los ojos mientras aceptaba la carpeta. «Habla en serio», pensó. Lo cual, conociendo a Tom, podía significar que era incapaz de afrontar la insolubilidad del problema original.

O tal vez su idea no era tan descabellada como parecía.

«Dale una oportunidad. Se la merece antes de que llame a los tipos de la bata blanca».

Se desplomó en su puf. Leyó los artículos despacio y con cuidado, confiando en las traducciones al inglés. El alemán medieval era demasiado difícil y el latín era griego para ella. Con el rabillo del ojo veía a Tom moviéndose inquieto.

Eran artículos inconexos y descabellados. Pero un hilo argumental los unía. Llegó por fin al tratado que Tom le había mostrado al principio. Reconoció la fea y



angulosa letra capitular. Otra ilustración era el icono de la Orden de San Johann: cada persona de la Trinidad dentro de un pequeño triángulo situado en uno de los vértices de un triángulo más grande. Curiosamente, el Espíritu Santo estaba en el vértice superior. Era extrañamente similar a su propio garabato del poliverso.

Cuando terminó, cerró los ojos y trató de ver la respuesta con claridad. Intentó unir las piezas del rompecabezas como él había hecho. Si *esto* iba con *eso*... Finalmente, sacudió la cabeza al ver la trampa en la que había caído.

—Todo es circunstancial —dijo por fin—. Nadie dice directamente nada de alienígenas ni de otros planetas.

La tetera empezó a silbar y fue a la cocina para apagarla. Dejó los papeles de Tom en la mesa, donde había dejado los suyos la noche anterior. Abrió la alacena que había sobre el fregadero y buscó el té.

—Sí que lo dijeron —insistió Tom. La había seguido hasta la cocina—. Fueron y lo dijeron directamente. Usando términos y conceptos medievales. Oh, nosotros podemos hablar fácilmente de planetas orbitando estrellas, pero ellos estaban empezando a darse cuenta de que su propio planeta giraba sobre su eje. «Mundo» significaba... Bueno, significaba el «poliverso». Y «planeta» significaba «estrellas que se movían». Nosotros podemos hablar sobre continuums multidimensionales de espacio-tiempo-lo-que-sea, pero ellos no podían. Apenas empezaban a tantear el concepto de un continuum: lo llamaban «la intensión y remisión de las condiciones», y Buridan acababa de formular la primera ley del movimiento. No tenían palabras para definir las palabras. Todo lo que aprendieron de los viajeros de las estrellas fue filtrado por una *Weltanschauung* que no estaba equipada para manejarlo. Lee a Ockham algún día; o a Buridan o a santo Tomás. Es casi imposible que les encontremos ningún sentido, porque veían las cosas de manera diferente a nosotros.

—La gente es gente —dijo ella—. No me convence.

Se le ocurrió que no estaba haciendo de abogado del diablo. Era Tom quien estaba abogando por los diablos. Le hubiese gustado compartir el chiste, tan propio de Tom, con él, pero decidió que no era el momento adecuado. Él hablaba demasiado en serio.

—Todo lo que tienes podría interpretarse de otro modo —le dijo—. Solo cuando lo unes todo aparece una posible pauta. *Pero ¿lo has juntado todo de la manera correcta?* Tal vez el diario no lo escribió tu pastor Dietrich. Podría haber otros Oberhochwalds... En Bavaria, en Hesse, en Sajonia. La «aldea en los bosques altos». Dios mío, eso debe de ser tan raro en el sur de Alemania como una calle Mayor en el Medio Oeste. —Alzó una mano para evitar sus objeciones, como él había hecho antes—. No, no me estoy burlando de ti. Solo estoy proponiendo alternativas. Tal vez el rayo fue realmente un rayo, no una fuga de energía de una hiponave espacial averiada. Tal vez Dietrich dio cobijo a peregrinos chinos, como pensaste al principio. Un alambre de cobre debe de tener otros usos aparte de servir para reparar máquinas alienígenas.

—¿Qué hay de las descripciones de los mundos internos ocultos y la Trinidad de

Trinidades? ¿No te suena a hipoespacio?

Ella se encogió de hombros.

—O a tecnología medieval. La física y la religión parecen ambas un galimatías si desconoces los axiomas básicos.

Sharon echó el agua caliente en una tetera y dejó que la infusión reposara. Sin embargo, en la mesa de la cocina no había sitio. Estaba cubierta de papeles. Cuando había dejado encima la carpeta, parte del contenido se había salido. Las páginas de Tom estaban mezcladas con las suyas del laboratorio. Manuscritos medievales y diagramas de circuitos para los detectores de cronones. Chasqueó la lengua cuando vio el desguisado y empezó a recogerlo. Tom se quedó en la puerta.

—¿Sabes lo que encuentro significativo? —dijo Tom—. La manera en que Dietrich se refería a los alienígenas.

—Si eran alienígenas y no alucinaciones.

—Muy bien. Si eran alienígenas. Siempre los llamaba «seres», o «criaturas», o «mis huéspedes», o «viajeros». Nunca nada sobrenatural. ¿No dijo Sagan una vez que los visitantes alienígenas tendrían cuidado de que no los confundieran con dioses o demonios?

Ella bufó.

—Sagan era un optimista. La capacidad para cruzar el espacio no vuelve a nadie más ético, igual que la capacidad para cruzar el océano no hizo a los europeos más éticos que los indios.

Esa página y aquella otra eran de Tom. Esa página era suya. Puso cada una en la carpeta correspondiente.

—Recuerdo lo que dijo que sería una prueba convincente de la visita de alienígenas. Estaba en el libro que escribió con Schlovski.

—¿Que fue?

—Un conjunto de planos para algún tipo de *hardware* de alta tecnología.

Y esa página era de Tom. Y esa era suya... No, un momento. Aquello no era un diagrama de circuitos, era la capitular de Tom. Se detuvo de pronto, la garganta tensa.

—¡Oh, Dios mío!

—¿Qué? —Él se apartó de la pared—. ¿Qué ocurre?

—¡No puedo creerlo! —Agitó la copia de la capitular del tratado ante su cara—. ¡Mira esto! ¿Grecas y hojas y trinidades? ¡Esto es un diagrama de circuitos! ¡Son las conexiones de Josephson! Tom... Hernando y yo *construimos* este circuito la semana pasada.

Sharon hojeó los papeles hasta encontrar el diagrama que quería. Lo colocó junto al manuscrito y estudió ambos. ¿Eran lo mismo? La iluminación estaba retorcida como una enredadera, no trazada geoméricamente. Trató de hacer encajar las hojas y nudos y racimos de uvas con los arcanos símbolos nucleónicos. Solo las conexiones del dibujo importaban, se dijo, no la longitud ni la forma de las parras-cable. Casi, le pareció. Las dos encajaban, prácticamente. Pero no del todo.

—Confuso en la transmisión —le dijo a Tom. ¿Confuso o era ella la que ahora veía lo que quería ver?—. Ese enlace no es posible... —Señaló la letra—. Y esto es un circuito cerrado. Y estos dos componentes deberían estar al revés. ¿O no...? Espera un momento.

Siguió con el dedo las enredaderas, con cuidado.

—No todas las diferencias son confusiones. Esto es un *generador* no un detector. ¿Ves esto? ¿Y esto? Es parte de un circuito generador. Tiene que serlo. Parte de su puerta a las estrellas. ¡Maldita sea!

Había llegado al final de la página.

—¿Qué pasa?

—Está bien, parte del diagrama. No está completo.

Frunció el ceño y salió de la cocina, sumida en sus pensamientos. Llegó a su sofá y se tumbó. Cerró los ojos y empezó a balancearse sobre el entramado parecido a una jungla de su hipoespacio como un pre-homínido que aún no ha abandonado los árboles.

—Puede que esto te suene extraño —anunció Tom—, pero me siento decepcionado.

Ella abrió los ojos y lo miró. Él estaba estudiando el diagrama del circuito medieval.

—¿Decepcionado?

Ella no podía creer que hubiera dicho eso. ¿Decepcionado cuando les acababan de dar las estrellas?

—Me refiero a que no dejaron un conjunto completo de planos. De haber sido así, entonces tú sabrías qué hacer.

Ella lo miró, allí de pie, en la puerta de la cocina.

—Pero ya sé lo único que importa.

—¿Qué?

—Sé que puede hacerse.

## AHORA

## Anton

Me reuní con Tom y Judy en la *Hauptbahnhof* de Bismarckallee, donde el tren magnético sube desde Frankfurt del Main. Tomamos el tranvía de Bertholdstrasse hasta Kaiser Josef Strasse y desde allí fuimos caminando hasta el hotel de Geberau. Fui señalando las vistas como el peor de los guías turísticos. Tom lo había visto todo ya, naturalmente; pero era nuevo para Judy.

Cuando atravesamos la Schwaben Tor, ella hizo el comentario de que parecía de cuento. Aquella puerta llevaba ya un siglo en las murallas de la Ciudad Vieja cuando el pastor Dietrich había entablado amistad con ciertos forasteros. Cerca se encuentra el Oso Rojo, que ya era una posada en esa misma época. El viento del Höllental era fresco, un signo de que el final del verano estaba cerca.

Después de que se instalaran en sus habitaciones, los llevé a almorzar al Römischer Kaiser. Dedicamos toda nuestra atención a la comida. Hacer lo contrario en la Schwarzwald habría sido un pecado capital. Nadie en el mundo cocina como los *Schwarzwälder*; incluso los maniqués de nuestros grandes almacenes son gordos. Hasta que el camarero trajo nuestra *Streussel* no permití que la conversación se centrara en los negocios.

Tom quería ir al bosque inmediatamente. Noté su ansiedad, pero le dije que esperaríamos hasta el día siguiente.

—¿Por que? —quiso saber—. Quiero ver el sitio personalmente.

Judy esperó pacientemente, sin decir nada.

—Porque Eifelheim está en lo más profundo de la Selva Negra —dije—. Será un trayecto largo en coche y un buen trecho caminando, aun en el caso de que localicemos el lugar rápidamente. Te hará falta una buena noche de sueño para recuperarte del *jet lag*.

Tomé otro bocado de mi *Streussel* y solté el tenedor.

—Y por otro motivo, amigos míos. Monseñor Lurm de la oficina diocesana se nos unirá cuando tenga el permiso del obispo. Naturalmente, no le he dicho lo que esperamos encontrar. De este modo será un valioso detector de nuestras ideas preconcebidas.

Tom y Judy se miraron.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Tom—. ¿Por qué necesitamos a la oficina diocesana?

A veces, mis amigos son un poco lentos.

—Es un cementerio católico, *nicht wahr*? No habéis venido hasta aquí solo para mirar. Sin duda querréis abrir la tumba y ver quién, o qué, hay enterrado en ella. Para eso necesitamos el permiso.

—Pero... —Tom frunció el ceño—. Ese cementerio tiene setecientos años de antigüedad.

Me encogí de hombros.

—¿Y qué? Algunas cosas son eternas.

Él suspiró.

—Tienes razón. Supongo entonces que tendremos que esperar hasta mañana.

Los americanos siempre tienen demasiada prisa. Un solo hecho los lleva a un caudal de deducciones. Es mejor planear con cuidado cómo dar con ese hecho. Tom nos habría llevado antes al lugar... pero sin pala.

Hicimos una cosa antes. Los llevé a la cripta de la Franziskanerkirche y les mostré el mural de los saltamontes que imitaba *La Última Cena*. Los colores estaban desvaídos, la pintura se descascarillaba y las figuras tenían ese extraño aspecto que quienes no están acostumbrados a Klimt o a Picasso consideran antinatural.

Tom se acercó y los observó.

—¿Supones que son *ellos*?

Me encogí de hombros.

—¿Por qué solo hay ocho?

—Supongo que para evitar la acusación de blasfemia.

—Hay un nombre bajo algunos de ellos —dijo Judy.

Eso no lo había advertido yo en mi primera visita. Nos acercamos y traté de leer las deterioradas letras. Una vez hubo nombres bajo todos ellos, pero los siglos habían borrado muchas letras, incluso nombres enteros. Un saltamontes llevaba capa de caballero hospitalario y se llamaba (si dedujimos correctamente las letras que faltaban), Gottfried-Laurence, Otro estaba sentado con la cabeza echada atrás y los brazos extendidos... ¿muerto, en oración? Su nombre empezaba con la letra U y tenía que ser muy corto. Uwe, pensé, o Ulf. El del centro, que compartía su pan, era «San Jo\_\_» y, apoyado en su pecho estaba «-ea-ric-».

—No son los nombres de los apóstoles —comenté.

Pero Tom no respondió. No podía apartar los ojos de la figura del centro.

Monseñor Lurm se reunió con nosotros delante del hotel, a la mañana siguiente. Era un hombre alto y enjuto de frente despejada. Vestido con una ajada cazadora, solo el alzacuellos revelaba su oficio.

—*Na, Anton, mein Alter* —dijo, agitando unos papeles—. Los tengo. Debemos presentar los debidos respetos y no tocar nada más que esa tumba concreta. Personalmente, creo que el obispo Arni estará más que contento de enterrar estas tonterías sobre Drácula. —Miró a Tom y Judy—. Eso es algo, ¿no? ¡Para enterrar, tenemos que desenterrar! —Se echó a reír.

Di un respingo. Heinrich era un hombre virtuoso, pero sus chistes le habían acarreado muchos años en el purgatorio. También me sentí culpable de haberlo

engañado respecto a nuestras intenciones.

—Permítame —dije—. Este es mi amigo de América, Tom Schwoerin, y su ayudante, Judy Cao. Monseñor Heinrich Lurm.

Heinrich apretujó la mano de Tom.

—Doctor Schwoerin, es para mí un gran placer. Disfruté mucho de su estudio sobre las frecuencias genéticas de las tribus suabas. Aclaraba mucho las rutas de sus migraciones. Es buena cosa que mis antepasados fueran soltando sus genes allá donde iban, ¿eh?

Antes de que Tom pudiera responder a su último *bon mot*, interrumpí.

—Heinrich es arqueólogo *amateur*. Ha hecho excavaciones en varias poblaciones suabas de antes del *Völkerwanderung*.

—¿Usted es *ese* Heinrich Lurm? El placer es mío. He leído sus trabajos, padre. No es ningún *amateur*.

Heinrich se ruborizó.

—Al contrario, *amateur* viene del latín *amare*, «amar». Me dedico a la arqueología por amor. No me pagan.

Heinrich había alquilado dos camionetas japonesas. Dos hombres de grandes bigotes esperaban junto a ellas, hablando tranquilamente. Había picos, palas y otra parafernalia en el primer vehículo. Cuando los hombres nos vieron llegar, subieron a la parte trasera del segundo.

—Creo que hay una vieja carretera que nos llevará hasta cerca del lugar —me dijo Heinrich—. No puede estar muy lejos caminando. Yo conduciré la primera camioneta. Anton, encárgate tú de la segunda. *Fräulein* Cao. —Se volvió hacia ella—. Puede usted venir conmigo. Ya que soy célibe, estará más a salvo que con estos dos viejos sátiros.

Me sonrió, pero yo fingí no darme cuenta.

Fuimos por la Schwarzwald-Hauptstrasse, la autopista de la Selva Negra, hasta las montañas, y tomamos la salida de Kirchzarten. La carretera empezó a ascender cuando nos dirigimos al Zastiertal. Bajé la ventanilla y dejé que el aire fresco de la montaña entrara en la cabina. Detrás, los obreros se reían. Uno de ellos empezó a cantar una antigua canción del país.

—Lástima que Sharon no pudiera venir —dije.

Tom me miró un instante.

—Está trabajando en otro proyecto. El que te conté.

—Ja. El diagrama del circuito. Eso fue lo más notable de todo. Nunca más volveré a mirar la iluminación de un manuscrito del mismo modo. Piénsalo, Tom. ¿Podrías tú o podría yo haber reconocido jamás lo que era, mucho menos saber qué significaba? *Puff*. —Agité una mano—. Nunca. Y Sharon. ¿Lo habría visto alguna vez? Manuscritos medievales. No, los físicos no se dedican a esas cosas. Solo porque los dos estabais juntos pudo suceder como sucedió. Y si ella no hubiera pensado en el

comentario de Sagan antes de mirar...

Tom contemplaba los árboles por la ventanilla.

—Fue una coincidencia de lo más descabellada. ¿Quién sabe qué más puede haber ahí fuera, escondido en archivos y bibliotecas, que nadie ha reconocido porque la gente adecuada no lo ha mirado de la forma adecuada? Cosas para las que hemos encontrado explicaciones seguras, aceptables, *creíbles*.

Unos cuantos kilómetros más adelante la carretera de Oberreid se volvió más abrupta y presté toda mi atención a la conducción. El Feldberg se alzaba a nuestra derecha. Poco después, monseñor tocó el claxon y sacó el brazo por la ventanilla señalando a la izquierda. Vi la vieja carretera de tierra y toqué el claxon para indicar que comprendía. Pasé a tracción a las cuatro ruedas.

Heinrich conducía como el lunático que era. Parecía no ser consciente de que la carretera no estaba pavimentada. Nuestra camioneta se sacudía y se estremecía mientras le seguía y me pregunté si perderíamos a los dos obreros que se agarraban a la parte trasera. Alabé en silencio a los operarios japoneses de control de calidad que habían ayudado a fabricar nuestros amortiguadores.

El sol ya estaba alto en el cielo cuando llegamos a la zona donde antaño estuvo Eifelheim. No había ni rastro de la aldea. Yo tenía en la mano copias de las imágenes por satélite, pero de cerca todo parecía diferente. La naturaleza había reclamado lo suyo y los árboles habían tenido siete siglos para crecer y morir y volver a crecer. Tom no ocultaba su asombro mientras dábamos vueltas y más vueltas. ¿Dónde estaba el prado de la aldea? ¿Dónde la iglesia? Podríamos haber pasado de largo, pero los soldados americanos que se habían topado con el lugar habían tenido el detalle de dejar atrás latas vacías de cerveza para marcarlo.

Heinrich se puso al mando y los demás ocupamos rápidamente el papel de ayudantes suyos. Pero claro, él era un hombre de campo y nosotros no.

Del equipo de su mochila sacó un GPS. En unos instantes, localizó nuestra situación. Marcó el mapa con un lápiz de cera y luego señaló con él.

—La iglesia debe de estar enterrada bajo un montículo cruciforme en la cima de esa pequeña colina. Lo más probable es que el cementerio esté detrás del presbiterio, aunque también puede estar a un lado.

Encontramos el montículo rápidamente y nos dividimos en tres equipos, cada uno buscando el terreno en una dirección distinta a partir del final del presbiterio. No pasó mucho rato antes de que uno de los obreros, Augustus Mauer, encontrara lo que podría haber sido una lápida, convertida en guijarros. No podíamos estar seguros. Tal vez eran rocas naturales. Reemprendimos nuestra búsqueda.

Judy encontró la tumba. La vi a mi derecha cuando se detuvo y miró al suelo. No nos llamó, sino que permaneció un rato en silencio. Luego se agachó y ya no pude verla detrás de los matorrales.

Mire a mí alrededor, pero nadie se había dado cuenta. Continuaban caminando lentamente, registrando el suelo del bosque. Me acerqué a ella y la encontré arrodillada junto a una piedra rota y hundida. La acción del suelo había reclamado la mitad inferior de la piedra, pero estaba hundida en un ángulo tal que la cara que había en ella había quedado protegida parcialmente de los elementos.

—¿Es esto? —pregunté en voz baja.

Ella jadeó y tomó aire. Se volvió y me vio y se relajó visiblemente.

—Doctor Zaengle —dijo—. Me ha asustado.

—Lo siento.

Me agaché junto a ella, mientras mis viejos huesos protestaban. Estudié la cara en la piedra. Estaba gastada, como solo los vientos de siete siglos pueden gastar algo. Sus contornos estaban ajados por el tiempo, borrosos, apenas visibles. ¿Cómo la habían visto siquiera los soldados?

—¿Es esta la tumba? —repetí.

Ella suspiró.

—Eso creo. Al menos, es la que encontraron los soldados. —Alzó una colilla de cigarrillo para demostrar cómo lo sabía—. La inscripción es casi ilegible y trozos de la parte superior se han caído. ¿Pero ve esto? ¿Las letras?... HANNES STE... —Las siguió con los dedos.

—Johannes Sterne —dije por ella—. Juan de las Estrellas. El nombre con el que fue bautizado. —Miré alrededor—. ¿Sabe cuántas tumbas debe de haber aquí? Y esta es la que encontramos.

—Lo sé. Me da miedo.

—¿Miedo? ¿Qué?

—Cuando lo encontremos. No tendrá la forma adecuada. Será algo feo.

No supe cómo contestarle. Humano o alienígena, fuera cual fuese su forma, sería feo en un sentido u otro.

—Gus ha encontrado otra lápida —le dije—. Y Heinrich. Ambas estaban destrozadas. Tom cree que cuando la peste llegó aquí, los aldeanos vecinos vinieron y destruyeron las lápidas de los «hechiceros». Sin embargo, esta, presumiblemente la que más los asustaba, quedó intacta. ¿Por qué?

Ella sacudió la cabeza.

—Hay muchas cosas que no sabemos ni sabremos nunca. ¿De dónde venían? ¿Cuántos eran? ¿Eran valientes exploradores o turistas asombrados? ¿Cómo entablaron comunicación Dietrich y ellos? *¿De qué hablaron, esos últimos meses de vida?*

Su rostro, cuando lo volvió hacia mí, estaba al borde de las lágrimas.

—Imagino —dije lo más amablemente que pude— que hablaron de volver a casa y las grandes cosas que harían cuando llegaran allí.

—Sí —respondió ella, más tranquila—. Supongo que eso harían. Pero los que nos lo podrían haber contado llevan ya mucho tiempo muertos.



Sonreí.

—Podríamos hacer una sesión espiritista y preguntárselo.

—*¡No diga eso!* —susurró ella. Apretó contra sus muslos los puños cerrados—. He estado leyendo sus cartas, sus diarios, sus sermones. He estado dentro de sus cabezas. No me parecen muertos. Anton, *¡la mayoría nunca fueron enterrados!* Hacia el final, ¿quién quedó para empuñar la pala? Debieron de quedarse en el suelo y pudrirse allí. El pastor Dietrich era un buen hombre. Se merecía algo mejor que eso. —Ahora sí había lágrimas en sus mejillas—. Mientras atravesábamos el bosque, tuve miedo de encontrarlos, todavía vivos. Dietrich o Joachim o uno de los aldeanos o...

—O algo horrible.

Ella asintió en silencio.

—Eso es lo que la asusta, ¿no? Es una mujer racional del siglo XXI, que sabe con seguridad que criaturas alienígenas tendrían un aspecto y un olor diferente, y sin embargo saldría corriendo y gritando como cualquier campesina medieval. Tiene miedo de actuar igual de mal que fray Joachim.

Ella sonrió débilmente.

—Tiene bastante razón, doctor Zaengle. —Cerró los ojos y suspiró—. *Hay cu'ú gitíp tói. Cho toi su'c manh.* Me temo que no actuaría como lo hizo el pastor Dietrich.

—Él hace que todos nos sintamos avergonzados, hija —dije—. Hace que todos nos sintamos avergonzados.

Contemplé a mi alrededor los altos robles y las preciosas flores silvestres de la montaña, y escuché el tableteo de los pájaros carpinteros. Tal vez Dietrich había tenido un buen entierro, después de todo.

Judy inspiró profundamente y se secó las lágrimas.

—Vamos a decírselo a los demás —dijo entonces.

Heinrich dio instrucciones para la excavación.

—Después de tanto tiempo, el ataúd se habrá desintegrado. Todo estará lleno de tierra. Caven hasta que encuentren fragmentos de madera. Luego usaremos los palustres.

Gus y Sepp, el otro obrero, empezaron a cavar poco a poco alrededor de la tumba. Como los restos se habrían hundido a lo largo de los siglos, tendrían que cavar hondo. Querían que los bordes del agujero se combaran hacia dentro para que no se desplomaran. Ambos hombres eran de antiguas familias de Bisgrovia. Los familiares de Gus eran canteros desde hacía muchas generaciones y Sepp Fischer descendía de un largo linaje de pescadores del río Dreisam.

Atardecía ya cuando comenzó la excavación, pero Heinrich había venido preparado con lámparas de gas para trabajar de noche. También había traído tiendas y sacos de dormir.

—No querría tener que buscar el camino de vuelta en la oscuridad —dijo—. Acuérdense de Hänsel y Gretel.

Cuando el sol se ponía ya descubrimos cómo habían encontrado la cara los soldados. La luz se filtraba por un hueco entre los árboles, iluminando la piedra y prestando un claro relieve a la talla. Por algún accidente de la erosión, solo cuando se iluminaba desde ese ángulo, con la luz del crepúsculo, se veía el rostro, como si fuera un holograma proyectado sobre la piedra. Gus y Sepp estaban trabajando con sus palas y no se dieron cuenta, pero Heinrich estaba encorvado justo al lado y, al oír el jadeo de Judy, se dio la vuelta y miró.

Era la cara de una mantis y no lo era. Los ojos eran grandes y saltones y el que había tallado la piedra había comunicado un atisbo de facetas en los ojos, de modo que parecían gemas en el semblante extraño (supe que aquellos ojos tenían que haber sido amarillos). Había rastros de líneas que tendrían que haber sido antenas o bigotes u otra cosa. En vez de mandíbulas como de insecto, había una especie de boca; una caricatura de labios y barbilla humanos, Judy me agarró el brazo. Pude sentir sus uñas clavándose en mi piel. Tom se pellizcaba el labio. Era la cara de la cripta de la iglesia.

Heinrich se detuvo y contempló la piedra sin decir nada. Era obvio que aquello no era ninguna distorsión de un rostro humano causada por la erosión. Era un demonio. O algo parecido a un demonio. Heinrich se volvió y nos miró, calibrando nuestras reacciones. El sol había continuado su camino y el rostro desaparecía.

—Creo que debería hacer un calco —dije.

La luna era un fantasma que vagaba sobre las copas de los árboles cuando Gus finalmente golpeó madera. Las linternas de gas siseaban y chisporroteaban proyectando un cambiante círculo de luz en la oscuridad del bosque. Judy estaba arrodillada al borde del agujero, con los ojos cerrados, sentada sobre sus talones. No sé si rezaba o dormía. Apenas podía ver las cabezas de los hombres en el agujero.

Tom se acercó y se detuvo a mi lado. Tenía en la mano el calco que Heinrich había hecho de la cara del alienígena. «Hans», me recordé. No «el alienígena» sino Johann Sterne, una persona, alguien que había muerto hacía mucho tiempo; lejos de su hogar, en compañía de extraños. ¿Qué había sentido cerca del final, cuando hubo perdido toda esperanza? ¿Que emociones habían cruzado aquella mente alienígena? ¿Significaban acaso algo mis preguntas? ¿Las extrañas enzimas que surcaban su sangre hacían el papel de la adrenalina? ¿Tenía sangre siquiera?

Tom señaló el cielo.

—Luna llena —dijo—. No es buen momento para abrir la tumba de Drácula.

Trató de sonreír para demostrar que estaba bromeando. Judy se puso súbitamente en guardia y se asomó al agujero. Tom y yo nos acercamos al borde y nos asomamos también.

Sepp y Gus estaban de pie a un lado mientras Heinrich sondeaba la tierra con un palustre. Había algo liso y brillante que asomaba. Pálido. No blanco hueso, sino amarillo y marrón. Heinrich excavó alrededor y lo sacó, con tierra y todo. Luego se sentó en el suelo y lo rozó con un cuchillo romo, limpiándolo; su propio rostro estaba

tan inmóvil como sí estuviera tallado en piedra.

«Lo sabe», pensé.

Una cara emergió gradualmente del abrazo de la tierra. Gus se quedó boquiabierto y dejó caer la pala. Se persignó rápidamente tres veces. Sepp permaneció tranquilo, observándolo todo con los ojos entornados. Asintió solemnemente, como si siempre hubiera sabido que el suelo de Eifelheim produciría frutos de otra tierra.

Era un cráneo, y no era un cráneo, y nunca había habido dentro ninguna mente terrestre. La química del suelo había actuado sobre él, pero nuestros gusanos y bacterias no lo habían encontrado apetitoso. Los ojos habían desaparecido, naturalmente, y dos enormes cuencas a cada lado de la cabeza miraban sin ver; pero lo que le había servido de piel, fuera lo que fuese, había permanecido en buena parte intacto. Era la cabeza de una momia.

Heinrich la alzó y Judy la recogió torpemente. Tom se colocó tras ella y la inspeccionó por encima de su hombro. Heinrich salió del agujero y se sentó en el borde, con los pies colgando hacia dentro. Se sacó la pipa del bolsillo y la encendió; advertí que sus manos temblaban un poco con la cerilla.

—Bien, Anton. ¿Me dirás ahora en qué me he metido? Tengo la sensación de que al obispo Arni no va a gustarle.

Así que se lo dije. Tom y Judy añadieron los detalles. El misterio. Las leyendas populares. Los atisbos y pruebas fragmentarias. Heinrich asintió mientras escuchaba. Hacía alguna pregunta ocasional. La explicación que dio Tom de la física del hipoespacio lo confundió, creo; pero la obtenía de segunda mano, claro. Creo que Tom también estaba algo confundido. Sharon vivía en un mundo diferente al nuestro, un mundo austero y extrañamente hermoso, pero cuya belleza apenas entreveíamos a duras penas. Sharon había visto el parecido con un circuito en la iluminación de un manuscrito. Dejémoslo en eso. Su capacidad de reflexión le había dado a Tom el valor para poner a prueba su intuición, y su intuición la había hecho seguir a tientas un camino que algún día podría darnos las estrellas. Sin duda, Dios actúa de formas misteriosas.

Heinrich lo aceptó todo tranquilamente. ¿Cómo podía dudar cuando había tenido el cráneo en sus propias manos? Contempló el bosque que nos rodeaba.

—Quedarán los restos del esqueleto, naturalmente —dijo, señalando la tumba con la caña de la pipa—. Y de otros también. ¿Dicen que había varios de esos seres? ¿Y por aquí? —La pipa barrió la Selva Negra—. Y por ahí, ¿qué? Fragmentos de metal o plástico, podrido o descompuesto bajo el suelo. —Suspiró—. Hay mucho trabajo por hacer. Y no olviden las acusaciones de fraude o engaño que surgirán. Tendremos que traer a otra gente, decírselo al obispo Arni y a la gente de la universidad.

—¡No!

Todos miramos sorprendidos a Judy. Todavía tenía en las manos el cráneo de Johann, y Gus, superado su temor inicial, lo miraba con curiosidad, la mirada clavada en las cuencas vacías. Me sentí orgulloso por la manera en que habían reaccionado

los dos obreros. Fuera lo que fuese que iba a pasar con todo esto, era un buen presagio.

—Saben lo que harán, ¿verdad? —dijo Judy—. Lo sacarán de ahí y lo ensamblarán y lo colocarán detrás de un plástico a prueba de balas para que los turistas pueden mirarlo y los niños hagan chistes desagradables y se rían. No está bien. No lo está. —Cuando negó con la cabeza, todo su cuerpo se estremeció.

—Eso no es cierto, Judy —dijo Tom, colocándole amablemente las manos sobre los hombros. Ella giró la cabeza y lo miró—. Déjalos que miren y hagan bromas. Nosotros tomaremos medidas y holografías y tomaremos muestras de células para que los biólogos las estudien. Eso es lo que *él* hubiese querido. Luego haremos moldes de escayola y los colgaremos. Pero a él, lo mantendremos a salvo de todo daño y algún día, cuando el trabajo de Sharon esté terminado, algún día descubriremos de dónde vino y lo llevaremos a casa. O lo harán los hijos de nuestros hijos.

Heinrich asintió, y su pipa envió al cielo filigranas de humo. Sepp todavía estaba dentro del agujero, con su pala. Tenía las manos apoyadas en el borde y contemplaba las estrellas que brillaban a través del dosel de los árboles; su cara era una mezcla de asombro y expectación como nunca he visto.

*Oh feliz posteridad que no experimentará tan  
abismal asombro y considerará nuestro testimonio una fábula.*  
**PETRARCA.**

## Apuntes históricos

He intentado describir el panorama de Rhineland de mediados del siglo XIV lo más adecuadamente posible, pero si ya es bastante difícil hacerlo de la América de principios del siglo XXI, no digamos de un lugar y una época en que la visión del mundo era tan distinta de nuestras propias categorías de pensamiento.

Para empezar, se tomaban el cristianismo en serio; en muchos aspectos, más en serio que muchos integristas modernos. Al mismo tiempo, le daban menos importancia. Empezaban a sentirse las primeras sacudidas del nacionalismo que acabaría por destruir la cristiandad. En Crécy y en todas partes había empezado a importar a qué nación o raza pertenecías.

Los filósofos estudiaban la naturaleza virtualmente sin ninguna intrusión de los teólogos, que eran filósofos naturales. La filosofía natural formaba parte del currículo básico del estudiante universitario, junto con la lógica y las «ciencias exactas»: matemáticas, astronomía, óptica y música. No se impartía arte ni humanidades. Los doctores en teología, medicina y leyes tenían primero que dominar este currículo. Nunca, ni antes ni después, ha habido una proporción tan grande de la población educada de manera tan exclusiva en lógica, razón y ciencia.

La clave era el concepto de la causa secundaria: Dios había dotado los cuerpos materiales con la habilidad de actuar unos sobre otros *por su propia naturaleza*. De ahí las «leyes naturales». Si Dios creó el mundo entero, entonces invocar a Dios para explicar el arco iris o el magnetismo o el movimiento rectilíneo no añadía nada al saber humano. Los filósofos, por tanto, buscaban explicaciones naturales a fenómenos naturales. Que un siglo más tarde se invocara la religión por un asunto trivial como el movimiento de la Tierra posiblemente los hubiera sorprendido.

Con dos notables excepciones, los acontecimientos y personajes mencionados en el texto fueron como se describen. El aspecto físico de Margaret Maultasch, la Duquesa Fea del Tirol, fue utilizado para retratar a la Reina de Corazones de *Alicia en el País de las Maravillas*. El duque Friedrich mencionado en el texto fue Federico III, que gobernó en Baden, no su primo, Federico IV, que gobernó al mismo tiempo en Pforzheim. Los meses en que la Peste Negra golpeó varias ciudades y regiones fueron recogidos por Peter Ravn Rasmussen en un atlas en [www.scholiast.org/history/blackdeath/index.html](http://www.scholiast.org/history/blackdeath/index.html).

El mariscal Villars en efecto se negó a atravesar Höllenthal con su ejército usando la excusa citada. El derrocamiento del Consejo de la ciudad de Estrasburgo y la masacre de los judíos el Viernes 13 se describen en las *Crónicas de Estrasburgo*. El duque Albert y el rey Casimiro ofrecieron sus remos como santuario para los judíos, y las milicias de los gremios se reunieron y defendieron el barrio judío de Regensburg. Como en cualquier época, había hombres buenos y malos. La historia

del Demonio de Feldberg pertenece a los *Anales de San Blasien*. El argumento de los derechos naturales del pueblo contra su príncipe fue propuesto por Guillermo de Ockham en su *Opus nona ginta dierum* (y antes, por santo Tomás en *Sobre los reyes*).

Ockham determinó e inceptó, pero nunca llegó a doctorarse. Lo último que se supo de él fue que salió de Munich, el 10 de marzo de 1349, para hacer las paces con el Papa. La fecha que consta en su *Denkmal* en Munich es incorrecta, pues sabemos por algunos documentos que estaba vivo después de ese punto.

Las dos principales alteraciones de los acontecimientos históricos son la procesión de los flagelantes en Estrasburgo y el asalto a la Roca del Halcón. Los flagelantes no llegaron en realidad a Estrasburgo hasta junio de 1349 y la bula papal que condenaba la práctica no se promulgó hasta el 20 de octubre de ese mismo año, después de los hechos de esta historia. Los he trasladado ambos a febrero para que coincidan con la conferencia de Benfeld.

Las milicias de Friburgo asaltaron y tomaron la Roca del Halcón en 1389. Lo he adelantado cuarenta años, a marzo de 1349, y he hecho que participara Manfred. La romántica *causus belli* fue tal como se describe.

Una alteración menor: Nicolás de Oresme no escribió *De Monete*, donde enunció la Ley de Gresham, hasta después de la época de esta historia. Hay otros varios pequeños ajustes de este tipo.

## Apuntes sobre física

El modelo del multiverso que Sharon desarrolla fue creado y se le dio una capa de pintura hace muchos años para el relato «Eifelheim» (*Analog*, noviembre de 1986), del cual proceden los capítulo «Ahora» de este libro. Mohsen Janatpour, que imparte clases en la Facultad de San Mateo, en California, fue de gran ayuda y el espacio Janatpour recibió su nombre en su honor.

Recientemente, las teorías sobre la velocidad de la luz variable (VLV) se han convertido en un tema candente entre los cosmólogos. Un destacado defensor de la misma es João Magueijo, cuyo divertido libro *Faster Than the Speed of Light* es una buena introducción, además de una entretenida narración de cómo funciona la física. Me encantó leer en su libro que tenía en cuenta el modelo «Kaluza-Klein» que Mohsen y yo ideamos en los años ochenta, aunque no me sorprendió ver que lo rechazaba. Decidí conservarlo, por si acaso.

En justicia, el declive histórico de la velocidad de la luz parece debido realmente a los cambios en los métodos de medición. Las teorías de la VLV exigen un cambio solo tras las secuelas del *Big Bang*, como forma de sortear el tema de la inflación. La inflación, invocada solamente para salvar las apariencias de la teoría y a la que después se permite desaparecer del universo, nunca habría pasado revista con Buridan, y Will Ockham habría vociferado acerca de la innecesaria multiplicación de entidades. Las teorías de la VLV resuelven perfectamente los «problemas cosmológicos» usando bucles de retroalimentación inherentes que afinan homeostáticamente el universo. No son necesarias nuevas entidades.

La última vez que hablamos, Mohsen y yo tratamos también el tema de la cuantización del virado al rojo. Algunos físicos la ven; otros no. Los mismos datos. Una explicación para el virado al rojo cuantizado es que el tiempo está cuantizado, igual que se supone que lo está el espacio. Como yo había inventado ya el ficticio cronón para el «Eifelheim» original, el asunto del virado al rojo encaja. Si es cierto, puede que tengamos que revisar el universo, otra vez.



## Una nota sobre los términos y las fuentes

Ciertos términos, giros y expresiones empleados de vez en cuando se han conservado y otros se han traducido. Así, aparecen el valle del Oso y el Salto del Ciervo en vez de Bärenthal y Hirschsprung. Valle de Wiesen en vez de Wiesenthal.

Los sistemas feudales y señoriales que eran comunes en toda Europa occidental durante la época de la historia llevaban ya tiempo descomponiéndose. La terminología es igualmente extraña, ya sea alemana, francesa, inglesa o latina. He usado los términos más familiares a menos que haya buenos motivos para lo contrario. Así, aparecen castillo, mansión y mazmorra en vez de *Schloss*, *Hof* o *Bergfried*. Cuando el término traducido hubiera parecido «demasiado normal», se empleó el alemán: *Vogt*, *Junker* en vez de alguacil o escudero.

El discurso de Manfred de la página 262 está adaptado de la crónica de Don Pero Niño del siglo XIV, *El Victorial*, de Gutierre Díaz de Games, uno de sus compañeros.

La descripción de Manfred preparado para la guerra, de la página 261, está adaptada del romance medieval *Ruodlieb*.

El sermón del padre Rudolf de la página 300 es de Peter de Blois, 1170. La queja de Max sobre la deportividad de la página 301 está tomada igualmente de la vida real.

La historia de Auberede y Rosamund de la página 179, que tuvo lugar en Francia, se cuenta en *Those Terrible Middle Ages!* de Régine Pernod, y se combina con la de otra campesina. Que dos siervas medievales pudieran poseer una casa en la ciudad e irse allí a vivir juntas puede sorprender a algunos.

El famoso hedor de Brun, hermano de Otto, y las prácticas de baño mencionadas en la página 299 son del poema épico *Ruotger* y se aplican al vecino de Manfred. A menudo leemos que la gente no se bañaba en la Edad Media, aunque tenemos la evidencia del *Ruotger* y también, menos formalmente, el juramento de los flagelantes de no bañarse durante la duración de su servicio. Habría sido extraño jurar no hacer algo que nunca se hacía. Lo más probable es que en la Europa transalpina, en una época anterior a los calentadores de agua, bañarse fuera una cosa ocasional.

*La canción del halcón* de la página 342 es una adaptación de *Medieval Civilization in Germany, 800-1273*, de Franz H. Bäuml (Ancient People and Places, v. 67).

La discusión de Dietrich sobre la intensión y remisión de las condiciones y el teorema de la velocidad media de la página 125 son adaptaciones de la *Regule solvendi sophismata* de William de Heytesbury, tal como se cita y trata en *The Foundations of Modern Science in the Middle Ages* de Edward Grant.

Los títulos latinos aplicados a varios filósofos han sido adaptados. Así, Peter Aureoli, el *doctor facundus*, es el Doctor Elocuente, y Durandus, el *doctor modernis*, es el Doctor Moderno. Will Ockham, que nunca llegó a doctorarse, era conocido como *venerabilis inceptor*, el Viejo Inceptor. El de inceptor era un «grado» previo al

doctorado que permitía *ius ubique docendi*, el derecho a enseñar en todas partes.



MICHAEL F (RANCIS). FLYNN nació en 1947 en Easton (Pennsylvania, EE.UU.), donde sigue viviendo en la actualidad. Estudió en universidades de Philadelphia, Milwaukee y Boulder, graduándose en Matemáticas y obteniendo después un máster en Topología. Trabajó durante once años aplicando la estadística al control de calidad en ingeniería. Después ha sido consultor de gestión en temas de calidad.

Su primer relato de ciencia ficción, «Slan Libh», apareció en noviembre de 1984 en la revista *Analog* de Stanley Schmidt, de la que ha sido escritor asiduo, y uno de los más característicos, a partir de la segunda mitad de los años ochenta. Se confiesa lector de Heinlein, Asimov y Norton, y son muy apreciadas sus humorísticas charlas sobre estadística en diversas convenciones de ciencia ficción.

Su primera novela, *EN EL PAÍS DE LOS CIEGOS* (1990), alcanzó un gran éxito y obtuvo los premios LOCUS y COMPTON CROOK a la mejor primera novela del año, además del premio PROMETHEUS. La obra, ambientada en el siglo XIX, presenta una sociedad secreta de matemáticos que construye realmente el ordenador diseñado por Charles Babbage y, con la ayuda de la cliología (la ciencia estadística de la historia), controla en cierta forma el devenir de la historia humana.

Tras publicar *FALLEN ANGELS* (1991) con Larry Niven y Jerry Pournelle, su obra más conocida es la serie iniciada con *FIRESTAR* (1996), que incluye ya tres títulos más: *ROGUE STAR* (2001), *LODESTAR* (1998) y *FALLING STARS* (2001). Se trata de una magna y épica saga del futuro cercano, una nueva historia del futuro al estilo de Heinlein, basada en el tradicional optimismo tecnológico en torno al futuro de la

humanidad en el espacio.

Recientemente ha añadido, en el marco genérico de la misma serie FIRESTAR, una novela independiente: *EL NAUFRAGIO DE EL RÍO DE LAS ESTRELLAS* (2003), una especie de space opera crepuscular muy bien considerada por crítica y público.

Su último título es *EIFELHEIM* (2006), casi una novela histórica sobre la vida medieval y el peso del cristianismo a mediados del siglo XIV, cuando una nave extraterrestre debe realizar un aterrizaje forzoso en un pueblo medieval de la Selva Negra.

Los mejores de sus relatos cortos, por los que ha obtenido diversas nominaciones a varios premios (Hugo, Nebula y otros), se recogen en la antología *THE FOREST OF TIME AND OTHER STORIES* (1997). También se han recopilado como fix-up algunos de sus relatos interrelacionados aparecidos en Analog en el volumen *THE NANOTECH CHRONICLES* (1991).

En 2003, cuando la Heinlein Society otorgó el primer Robert A. Heinlein Award, fue Michael Flynn quien lo obtuvo, precediendo así a otros grandes autores que lo obtendrían después, como Larry Niven o Jerry Pournelle.